

Juan María Gutiérrez

AMÉRICA POÉTICA

COLECCIÓN ESCOGIDA DE COMPOSICIONES EN VERSO,
ESCRITAS POR AMERICANOS EN EL PRESENTE SIGLO [XIX]

EDICIÓN, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS
Guadalupe Correa Chiarotti

TOMO II



UNAM San Antonio
Biblioteca Arte & Cultura

Juan María Gutiérrez

AMÉRICA POÉTICA

COLECCIÓN ESCOGIDA DE COMPOSICIONES EN VERSO,
ESCRITAS POR AMERICANOS EN EL PRESENTE SIGLO XIX

Juan María Gutiérrez

AMÉRICA POÉTICA

COLECCIÓN ESCOGIDA DE COMPOSICIONES EN VERSO,
ESCRITAS POR AMERICANOS EN EL PRESENTE SIGLO XIX

EDICIÓN, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS

Guadalupe Correa Chiarotti

TOMO II



UNAM
SAN ANTONIO



Biblioteca
Arte & Cultura
UNAM San Antonio

© 2026, Guadalupe Correa Chiarotti
© 2026, Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM San Antonio – Biblioteca Arte & Cultura
600 Hemisfair Plaza Way San Antonio, TX 78205.
United States of America.
unamsa.edu/editorial
Coordinación editorial: Miguel García Audelo

Gutiérrez, Juan María, 1809-1878.

América poética : colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo [XIX] / edición, estudio preliminar y notas de Guadalupe Correa Chiarotti. San Antonio, TX : Universidad Nacional Autónoma de México, 2026.

1062 p.; 17 x 24,4 cm. (Colección Biblioteca Arte & Cultura)

ISBN: 979-8199-083-96-6

1. Poesía hispanoamericana — Siglo XIX — Antologías. 2. Poesía hispanoamericana — Historia y crítica. 3. Escritores hispanoamericanos — Siglo XIX. 4. Literatura latinoamericana — Siglo XIX — Colecciones. I. Correa Chiarotti, Guadalupe, ed. II. Universidad Nacional Autónoma de México. Sede San Antonio. III. Título.

Clasificación Dewey: 861.508

Clasificación LC: PQ7084

Imagen de portada: Mauricio Rugendas, *Tertulia en casa del Coronel Gutike*, Talca, 1836 [fotografía] [S.l. : s.n.] , 1836. 1 fotografía : monocromo, gelatina, papel fibra ; 18 x 12 cm.

Esta publicación es resultado de la investigación realizada por la autora para obtener el grado de Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. El proyecto contó con el apoyo del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT) a través de su programa de becas de posgrado.

Cuidado del Estudio preliminar: Julia Sabena

Diseño de interiores y portada: Lucas Collosa

Primera edición, abril, 2026.

DOI: [Digital Object Identifier para indexación académica]

Licencia de Acceso Abierto (Open Access)

[Logo de Open Access / Creative Commons]

Esta obra se publica bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y de investigación, siempre que se cite la fuente original y no se realicen obras derivadas ni se utilice con fines comerciales.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

UNAM San Antonio

Ing. Paula de Gortari Pedroza

Directora

Alfredo Ávalos Lara

Comunidad y Cultura

Miguel García Audelo

Biblioteca Arte & Cultura

HIDALGO

Bartolomé

Don Bartolomé Hidalgo nació en Montevideo: la revolución de 1810 debió encontrarle muy joven juzgando por el entusiasmo que respiran sus poesías patrióticas escritas en 1816 y 1818.

Dos Unipersonales representados en festividades cívicas en los teatros de Montevideo y Buenos Aires y los diálogos que publicamos a continuación de esta noticia, son las únicas obras de Hidalgo salvadas del olvido.

Hidalgo no carecía de entonación poética y era hábil en hallar medios eficaces para exaltar el entusiasmo en pueblos comprometidos en una empresa difícil. El actor de uno de los Unipersonales, se un militar en hábito de campaña el cual dirige sus discursos a una multitud de soldados. En la última escena, toma un pabellón, se adelanta hacia ellos y les dice:

Mirad el pabellón que esta provincia
reconoce por suyo: defendedlo.
¡Tremole desplegado en nuestros muros,
símbolo fiel de tan heroico esfuerzo!
Si el tirano intentase arrebatarlo,
antes en sangre y muerte se halle envuelto;
el día se encapote, gima el aire,
la bóveda celeste al ronco estruendo
despida rayos, y la triste noche
aumente su pavor: retiemble el suelo;
Neptuno mande con acento horrible
al océano que salga de su centro;
todo tiemble y destruya si se pierde
el pabellón que ufano doy al viento.

No obstante el mérito de estos versos y de otros que pudiéramos añadir, Hidalgo no es conocido en el Río de la Plata sino por los diálogos de «Chano y Contreras» que reproducimos en esta colección. Están estos escritos en el lenguaje pintoresco y rústico de los «gauchos», en el metro que emplean los «payadores» en sus justas poéticas, y tanto el uno como el otro de estos diálogos, retratan al vivo el carácter y las costumbres de aquellos hombres altivos e inteligentes.

Aquella «difícil facilidad» que resalta en las obras verdaderamente originales, ha inducido a muchos a escribir a la manera de Hidalgo; pero todos han quedado muy abajo del maestro. Tal vez conserva superioridad, porque nadie descendió a hablar el lenguaje tosco del pueblo con mejores intenciones que él. En los tiempos que alcanzó nuestro poeta, el patriotismo estaba en el alma, y desde aquel santuario, era un verdadero genio inspirador de felices ideas, tanto en el bufete como en los campos de batalla.

1

DIÁLOGO PATRIÓTICO INTERESANTE, ENTRE JACINTO CHANO, CAPATAZ DE UNA ESTANCIA EN LAS ISLAS DEL TORDILLO Y EL GAUCHO DE LA GUARDIA DEL MONTE

(Se supone recién llegado a la Guardia del Monte el capataz Chano, y el diálogo en casa del paisano Ramón Contreras, que es el gauchó de la Guardia.)

CONTRERAS	y cuanto se puso el sol cogí el camino y me vine: cuando en esto se asustó el animal, porque el poncho las verijas le tocó...	20
¡Con qué amigo! ¿Díaónde diablos sale? Meta el redomón, desensille, votoalante... ¡Ah pingo que da calor!	¡Qué sosegarse este diablo! A bellaquear se agachó y conmigo a unos zanjones caliente se enderezó.	25
CHANO	5 Viéndome medio atrasado puse el corazón en Dios y en la viuda, y me tendí; y tan lindo atropelló	30
De las islas del Tordillo salí en este mancarrón ¡Pero si es trabuco, Cristo! ¿Cómo está señó Ramón?	este bruto, que las zanjás como quiera las salvó.	
CONTRERAS	¡Eh p... el pingo ligero bien haya quien lo parió!	
Lindamente, a su servicio... ¿Y se vino del tirón?	10 Por fin después de este lance del todo se sosegó,	35
CHANO	y hoy lo sobé de mañana antes de salir el sol, de suerte que está el caballo parejo que da temor.	40
Sí, amigo; estaba de balde, y le dije a Salvador: Anda, traéme el azulejo, apretamelé el cinchón porque voy a platicar con el paisano Ramón. Y ya también salí al tranco,	15 CONTRERAS ¡Ah, Chano... pero si es liendre en cualquiera bagualón!...	

Mientras se calienta el agua
y echamos un cimarrón
¿qué novedades se corren?

CHANO

Novedades... qué sé yo;
hay tantas que uno no acierta
a qué lado caerá el dos,
aunque le esté viendo el lomo.
Todo el pago es sabedor
que yo siempre por la causa
anduve al frío y calor.
Cuando la primera patria
al grito se presentó
Chano con todos sus hijos.
¡Ah tiempo aquél, ya pasó!
Si fue en la patria del medio
lo mismo me sucedió,
pero amigo en esta patria...
Alcancemé un cimarrón.

CONTRERAS

No se corte, dele guasca,
siga la conversación,
velay mate: todos saben
que Chano, el viejo cantor
a donde quiera que vaya
es un hombre de razón,
y que una sentencia suya
es como de Salomón.

CHANO

Pues bajo de ese entender
emprestemé su atención,
y le diré cuanto siente
este pobre corazón,
que como tórtola amante
que a su consorte perdió,
y que anda de rama en rama
publicando su dolor;
así yo de rancho en rancho
y de tapera en galpón
ando triste y sin reposo,
cantando con ronca voz

de mi patria los trabajos,
de mi destino el rigor.
45 En diez años que llevamos
de nuestra revolución
por sacudir las cadenas
de Fernando el baladrón,
¿qué ventaja hemos sacado?
Las diré con su perdón:
robarnos unos a otros,
aumentar la desunión,
90 querer todos gobernar,
y de facción en facción
andar sin saber que andamos:
resultando en conclusión
que hasta el nombre de paisano
95 parece de mal sabor,
y en su lugar yo no veo
sino un eterno rencor
y una tropilla de pobres,
que metida en un rincón
100 canta al son de su miseria,
¡no es la miseria mal son!

CONTRERAS

¿Y no sabe en qué diasques
este enredo consistió?
¡La pujanza en los paisanos
105 que son de mala intención!
Usted que es hombre escrito
por su madre digaló,
que aunque yo compongo cielos
y soy medio payador,
110 a usted le rindo las armas
porque sabe más que yo.

70 CHANO

Desde el principio, Contreras,
esto ya se equivocó.
De todas nuestras provincias
115 se empezó a hacer distinción,
como si todas no fuesen
alumbradas por un sol:
entraron a desconfiar
unas de otras con tesón,
120 y al instante la discordia

[illegible]

CONTRERAS

Lo que a mí me causa espanto
es ver que ya se acabó
tanto dinero, ¡por Cristo!
mire que daba temor
¡tantísima pesería!
¡Yo no sé en qué se gastó!
Cuando el general Belgrano
(que esté gozando de Dios)
entró en Tucumán, mi hermano
por fortuna lo topó,
y hasta entregar el rosquete
ya no lo desamparó.
¡Pero ah contar de miserias!
de la misma formación
¡sacaban la soldadesca
delgada que era un dolor!
Con la ropa hecho miñangos,
y el que comía mejor
era algún trigo cocido
que por fortuna encontró.
Los otros cual más cual menos
sufren el mismo rigor.
Si es algún buen oficial
que al fin se inutilizó,
da cuatrocientos mil pasos
pidiendo por conclusión
un socorro: no hay dinero.
Vuelva... todavía no...
Hasta que sus camaradas
(que están también de mi flor)
le largan una camisa
unos cigarros y adiós.
Si es la pobre y triste viuda
que a su marido perdió,
y que anda en las diligencias
de remediar su aflicción,
lamenta su suerte ingrata
en un mísero rincón.
De composturas no hablemos:
vea lo que me pasó
al entrar en la ciudad:
estaba el pingo flacón
y en el pantano primero
lueguito ya se enterró,
seguí adelante ¡ah barriales!

si daba miedo, señor.
Anduve por todas partes
y vi un grande caserón
que llaman de las comedias,
que hace que se principió
muchos años, y no pasa
de un abierto corralón,
y dicen los hombres viejos
que allí un caudal se gastó.
Tal vez al hacer las cuentas
alguno se equivocó
y por decir cien mil pesos...
Velay otro cimarrón.
Si es en el paso del ciego,
allí Tacuara perdió
la carreta el otro día;
y él por el pasó cortó
porque le habían informado
que en su gran composición
se había gastado un caudal.
Conque amigo no sé yo
por más que estoy cavilando
adónde está el borbollón.

CHANO

Eso es querer saber mucho.
Si se hiciera una razón
de toda la plata y oro
que en Buenos Aires entró
desde el día memorable
de nuestra revolución,
y después de buena fe
se diera una relación
de los gastos que ha habido,
el pescuezo apuesto yo
a que sobraba dinero
para formar un cordón
desde aquí a Guasupicúa;
pero en tanto que al rigor
del hambre perece el pobre,
el soldado de valor,
el oficial de servicios,
y que la prostitución
se acerca a la infeliz viuda
que mira con cruel dolor
padecer a sus hijuelos,

entretanto, el adulón, el que de nada nos sirve y vive en toda facción, disfruta grande abundancia; y como no le costó nada el andar <i>remediado</i> gasta más pesos que arroz. Y amigo de esta manera, en medio del pericón el que tiene es don Fulano, y el que perdió se amoló; sin que todos los servicios que a la patria le prestó, lo libren de una roncada que le largue algún pintor.	300 <

a quien desea servirle
con la vida y corazón.

Esto dijo el viejo Chano
y a su pago se marchó,
Ramón se largó al rodeo
y el diálogo se acabó.

385

1820

Notas:

1. En AP, pp. 362-366. En una ya antigua recolección de su obra, Martiniano Leguizamón circunscribe el período productivo del autor entre los años 1813-1822 y reúne un *corpus* de doce composiciones, originalmente sin firma, «como si se hubiera complacido en borrar todos los rastros, para confundirse con el alma anónima de la muchedumbre» (p. 113). Algunas de estas piezas poéticas han sido recogidas de nuevo sin nombre de autor en *La lira argentina*, 1824 («La marcha nacional oriental», «El triunfo de San Martín», el primer «Diálogo patriótico» y la «Relación de las fiestas mayas del año 22»), aunque este volumen –se queja el investigador en 1917– es una de las obras más raras de la bibliografía nacional. «Otro tanto ocurre con la *América poética* publicada por JMG en Valparaíso en 1846, que trae en la página 361 una sucinta noticia sobre Hidalgo, ampliando a su vez los datos de la *Colección de poetas del Río de la Plata*, compilada en Montevideo en 1842, que supone de Rivera Indarte; pero estos libros, como *El parnaso oriental* aparecido en Montevideo en 1834-1837 en tres volúmenes –del cual fue compilador el joven argentino Luciano Lira– que inserta además del «Diálogo» entre Chano y Contreras varias poesías serias como «Sentimientos de un patriota» y las inscripciones colocadas en la pirámide levantada en la plaza principal de Montevideo en una celebración del aniversario del 25 de mayo de 1816, constituyen libros rarísimos fuera de la circulación literaria.» Cfr. Martiniano Leguizamón, *El primer poeta criollo del Río de la Plata, 1788-1822*, noticia sobre su vida y su obra, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, 1917, p. 5. El «Diálogo patriótico interesante» figura en *El primer poeta criollo*, 1917, pp. 74-84; anota el mismo Leguizamón: «Debió aparecer en enero de 1821, porque el día 6 de febrero Hidalgo publicó un folleto de ocho páginas en 4° por la imprenta de Álvarez, contestando a los cargo que le dirigía desde la *Matrona Comentadora* el famoso padre Castañeda».

v. 4. [N. de JMG] *Pingo*: Lo mismo que caballo.

v. 44. [N. de JMG] *Cimarrón*: Mate sin azúcar.

v. 78. [N. de JMG] *Tapera*: Casa abandonada.

v. 134. [N. de JMG] *Mancarrón*: Caballo.

v. 223. [N. de JMG] *Miñangos*: Pedazos, harapos.

v. 266. [N. de JMG] *Tacuara*: Apodo de un paisano.

v. 272. AP: *Con qué* (por *Conque*); corrijo según *El primer poeta*, 1917.

v. 287. AP: *Guasupicúa* (por *Guasupicuá*); corrijo según *El primer poeta*, 1917.

RELACIÓN QUE HACE EL GAUCHO RAMÓN CONTRERAS A JACINTO CHANO,
DE TODO LO QUE VIO EN LAS FIESTAS MAYAS EN BUENOS AIRES, EN EL AÑO 1822

CHANO		el alfajor relumbrando: yo quise meterle el poncho, pero amigo quiso el diablo trompezase en una taba, y luego mi contrario	40
¡Conque mi amigo Contreras, qué hace en el ruano gordazo! Pues desde antes de marcar no lo veo por el pago.		se me durmió en una pierna que me dejó coloreando: en esto llegó la gente del puesto, y nos apartaron.	
CONTRERAS		Se fue y me quedé caliente sintiendo, no tanto el tajo como el haberme impedido ver las funciones de Mayo: de ese día por el cual	45
Tiempo hace que le ofrecí el venir a visitarlo, y lo que se ofrece es deuda: ¡pucha! pero está lejazos. Mire que ya el mancarrón se me venía aplastando. ¿Y usted no fue a la ciudad a ver las fiestas este año?	5 10	me arrimaron un balazo, y pelearé hasta que quede en el suelo hecho miñangos. Si usted estuvo Contreras cuénteme lo que ha pasado.	50
CHANO			
¡No me lo recuerde amigo! Si supiera ¡voto al diablo! lo que me pasa ¡por Cristo! se apareció el veinticuatro Sayavedra el domador a comprarme unos caballos: le pedí a dieciocho reales, le pareció de su agrado, y ya no se habló palabra, y ya el ajuste cerramos; por señas que el trato se hizo con caña y con mate amargo. Calientase Sayavedra, y con el aguardientazo se echó atrás de su palabra, y deshacer quiso el trato. Me dio tal coraje amigo que me aseguré de un palo, y en cuanto lo descuidé sin que pudiera estorbarlo le acudí con cosa fresca: sintió el golpe, se hizo gato, se enderezó, y ya se vino		CONTRERAS	
	15	¡Ah fiestas lindas, amigo! No he visto en los otros años funciones más mandadoras, y mire que no lo engaño. El veinticuatro a la noche como es costumbre empezaron.	55
	20	Yo vi unas grandes columnas en coronas rematando y ramos llenos de flores puestos a modo de lazos.	60
	25	Las luces como aguacero colgadas entre los arcos, el cabildo, la pirami la recova y otros lados, y luego la vertería.	65
	30	¡Ah cosa linda! un paisano me los estuvo leyendo pero ¡ah poeta cristiano, qué décimas y qué trovas! Y todo siempre tirando	70
	35	a favor de nuestro aquíl.	75

	Luego había en un tablado musiquería con fuerza y bailando unos muchachos con arcos y muy compuestos vestidos de azul y blanco; y al acabar, el más chico una relación echando me dejó medio... quién sabe. ¡Ah muchachito liviano, por Cristo que le habló lindo al VEINTICINCO DE MAYO! Después siguieron los fuegos y cierto que me quemaron porque me puse cerquita, y de golpe me largaron unas cuantas escupidas que el poncho me lo cribaron. A las ocho de tropel para la Merced tiraron las gentes a las comedias; yo estaba medio cansado y enderecé a lo de Roque: dormí, y al cantar los gallos ya me vestí; calenté agua, estuve cimarroneando y luego para la plaza cogí y me vine despacio: llegué ¡bien haiga el humor! llenitos todos los bancos de pura mujerería; y no amigo cualquier trapo sino mozas como azúcar, hombres, eso era un milagro; y al punto en varias tropillas se vinieron acercando los escueleros mayores cada uno con sus muchachos, con banderas de la patria ocupando un trecho largo: llegaron a la pirami y al dir el sol coloreando, y asomando una puntita... bracatán, los cañonazos, la gritería, el tropel, música por todos lados, banderas, danzas, funciones, los escuelistas cantando;	y después salió uno solo que tendría doce años, nos echó una relación... ¡Cosa linda amigo Chano! Mire que a muchos patriotas las lágrimas les saltaron. Más tarde la soldadesca a la plaza fue dentrando y desde el fuerte a la iglesia todo ese tiro ocupando. Salió el gobierno a las once con escolta de a caballo, con jefes y comandantes y otros muchos convidados, doctores, escribinistas, las justicias a otro lado, detrás la oficialería los latones culebreando. La soldadesca hizo cancha y todos fueron pasando hasta llegar a la iglesia. Yo estaba medio delgado y enderecé a un bodegón, comí con Antonio el manco, y a la tarde me dijeron que había sortija en el bajo; me fui de un hilo al paraje, y cierto no me engañaron. En medio de la alameda había un arco muy pintado con colores de la patria: gente, amigo, como pasto, y una mozada lucida en caballos aperados con pretales y coscojas, pero pingos tan livianos que a la más chica pregunta no los sujetaba el diablo. Uno por uno rompía tendido como lagarto, y... zas... ya ensartó... ya no... ¡Oiganlé que pegó en falso! ¡Qué risa, y qué boracear! Hasta que un mocito amargo le aflojó todo al rocín y ¡bien haiga el ojo claro! se vino al humo, llegó	125 80 130 85 135 90 140 95 145 100 150 105 155 110 160 115 165 120

y la sortija ensartando le dio una sentada al pingo y todos, VIVA, gritaron.		
Vine a la plaza: las danzas seguían en el tablado; y vi subir a un inglés en un palo jabonado tan alto como un ombú, y allá en la punta colgando una chuspa con pesetas, una muestra, y otros varios premios para el que llegase: el inglés era baqueano: se le prendió al palo viejo, y moviendo pies y manos al galope llegó arriba, y al grito ya le echó mano a la chuspa y se largó de un pataplús hasta abajo; de allí a otro rato volvió y se trepó en otro palo y también sacó una muestra, ¡bien haiga el bisteque diablo! Después se treparan otros y algunos también llegaron. Pero lo que me dio risa fueron, amigo, otros palos que había con unas guascas para montar los muchachos, por nombre rompe cabezas; y en frente, en el otro lado un premio para el que fuese hecho rana hasta toparlo; pero era tan belicoso aquel potro, amigo Chano, que muchacho que montaba, contra el suelo... y ya trepando estaba otro... y zas al suelo; hasta que vino un muchacho y sin respirar siquiera se fue el pobre resbalando por la guasca, llegó al fin y sacó el premio acordado. Pusieron luego un pañuelo y me tenté ¡mire el diablo! con poncho y todo trepé	170 175 180 185 190 195 200 205 210 215	y en cuanto me lo largaron, al infierno me tiró, y sin poder remediarlo (perdonando el mal estilo) me pegué tan gran culazo, que si allí tengo narices quedo para siempre ñato. Luego encendieron las velas y los bailes continuaron, la cuetería y los fuegos. Después todos se marcharon otra vez a las comedias. Yo quise verlas un rato y me metí en el montón, y tanto me rempujaron que me encontré en un galpón, todo muy iluminado, con casitas de madera y en el medio muchos bancos. No salían las comedias y yo ya estaba sudando, cuando amigo, de repente árdese un maldito vaso que tenía luces dentro, y la llama subió tanto que pegó fuego en el techo: alborotose el cotarro, y yo que estaba cerquita de la puerta, pegué un salto y ya no quise volver. Después me anduve paseando por los cuarteles, que había también muy bonitos arcos y versos que daba miedo. Llegó el veintiséis de mayo y siguieron las funciones como habían empezado. El veintisiete lo mismo: un gentío temerario vino a la plaza: las danzas, los hombres sabiendo al palo, y allá en el rompe cabezas a porfía los muchachos. Luego con muchas banderas otros niños se acercaron con una imagen muy linda
		220 225 230 235 240 245 250 255 260

INURRIETA

Manuel

Don Manuel Inurrieta nació en Chascomús, ciudad muy principal de la provincia de Buenos Aires. Es un joven de distinguida educación, pero no ha seguido la carreta de las letras: cultiva algunas bellas artes como aficionado y reside actualmente en el Brasil, ocupado en especulaciones mercantiles.

1

LA CADENA DE PELO
(SATISFACCIÓN A UNA DAMA)

Porque la tenga presente, o me sirva de consuelo, envíome una amiga ausente, de los rizos de su frente, una cadena de pelo.	5	más que gruesos eslabones de cadenas remachadas.	10

Para tiernos corazones, esas hebras combinadas son poderosas prisiones,		Mas no os dé, señora, pena, sólo es prenda de amistad; no a esclavitud me condena: traigo al cuello una cadena sin perder mi libertad.	15

Montevideo, agosto 1840.

Notas:

1. En AP, p. 371.

2

LA QUE VI EN EL BAILE
(INÉDITA)

A mi hermana.

Era joven y era linda, de una estatura mediana, negro el cabello, ojos grandes, la mejilla sonrosada; en su festivo semblante de expresión abierta y franca, por una mano invisible la bondad lleva grabada.	5	Dulce su voz, armoniosa, penetrantes sus miradas, de afable y sencillo trato, alegre como una pascua, sin melindres de doncella ni escrúpulos de beata. De blanco toda vestida de sencillez hace gala:	10 15

tanto más bella parece
cuanto menos esmerada.
Chalcito color celeste,
sujeto al pecho llevaba
con una «mariposita»
de filigrana de plata.
En cada una de sus formas,
en sus modales, en su habla,
hay un secreto que hechiza
hay un hechizo que encanta.
Cuando baila ¡qué donaire!
¡qué gentileza! ¡qué gracia!
Si parece que no toca
al suelo la leve planta.
Entre el bullicio y tumulto
de la alegre contradanza,
atónito la seguía
con la vista y con el alma:
sólo a ella veían mis ojos,
sólo su voz escuchaba.
Si fuera como esta hermosa
la que el destino me guarda,
¡cuán dichoso me creyera!
¡oh, cómo tierno la amara!

Mientras bailaba ligera
una presurosa valsa,
cayérasele un ramito
que en la cabeza llevaba;
recogilo en el momento
como una cosa sagrada,
y guardelo aquí en mi pecho
que agitado palpitaba.

Entre confiado y dudoso,
acerqueme luego a hablarla, 50
y mirándome risueña
extendió su mano blanca,
brindándome una diamela
que sobre el pecho ostentaba.
Al tomarla yo la dije, 55
con no sé qué desconfianza:
«¿Por qué la empleáis tan mal?»
«En nadie mejor empleada
—me contestó cariñosa—,
que en el que humilde se abaja 60
a levantar una flor
30 acaso ya pisoteada...»

Desde entonces ando loco,
yo no sé lo que me pasa:
soñé con ella esa noche, 65
también soñaré mañana.
Ella, el ramo, la diamela,
y aquella boca torneada
como el arco del amor,
me siguen como fantasmas: 70
40 unas veces todas juntas
otras veces separadas,
siempre las tengo presentes
y no pudiera olvidarlas,
ni aunque tú me lo pidieras, 75
ni aunque ella me lo mandara,
45 ni porque traiga en el pecho
«la imagen de la inconstancia».

Montevideo, febrero 1840.

Notas:

2. En AP, pp. 371-372.

IRISARRI
Hermógenes

Don Hermógenes Irisarri, hijo de un americano muy conocido por sus escritos y sus actos diplomáticos, nació en la República de Chile el 19 de abril de 1819. Ha escrito en varios periódicos de Santiago, y las poesías que publicamos aparecieron (desde 1842 a 1844) en el *Semanario* y en el *Crepúsculo*, publicaciones ambas de recomendable mérito literario.

1

A UNA MUJER

Fuiste un tiempo, triste niña, la envidia de la hermosura, y en tu frente honesta y pura brilló el amable candor. Y entonces, niña ¿te acuerdas? Los hombres te saludaban, y a tu oído murmuraban, dulces palabras de amor.		de vivida lumbre ardientes, y respirando placer; eran de amor lenguas vivas que si el amor inspiraban,	30
	5	ellos solos lo ignoraban, sin desearlo comprender.	
Palabras que en tu inocencia sin comprenderlas oías, y tú a la vez sonreías quizás sin saber por qué; pues que tu sonrisa ingenua en tu labio y tu mejilla, como tu alma era sencilla, pura como el labio fue.		¡Pero, qué pronto perdieron su hermosura y su viveza! ¡Ay cuán presto a la tibieza se siguió la languidez! ¡Dolorida es la mirada que un tiempo fuera tranquila, y ya el párpado destila llanto que quema tu tez!	35 40
	10		
¡Esas palabras que ahora, si suenan en tus oídos, suenan como ecos perdidos de un concierto que acabó! Te traen al pensamiento un recuerdo, dulce y triste de lo que en un día fuiste cuando el amor te halagó.	15	Eran tus labios la imagen de la rosa purpurina, que la brisa matutina aromática empapó, cuando por puertas de nácar, apareciendo la aurora, trasparentes gotas llora sobre el cáliz de la flor.	45
	20		
Tus ojuelos celestiales eran dos diáfanas fuentes	25	Y era tu risa el remedo de las blandas olas, cuando, por la playa resbalando, quieren su imperio ensanchar,	50

y al replegarse a su lecho muestran a la vista, avaras, nítidas perlas, que raras, en su seno guarda el mar.			
Si dormías, de tu sueño gozabas tranquilamente, sin que agitase tu mente un recuerdo de dolor; que tu corazón sereno dejaba gustar a tu alma en suave y plácida calma del dulce sueño el valor.			
Cual arroyo que tranquilo sus limpias aguas desliza, y las flores fecundiza en el ameno vergel, era tu vida en el mundo; por él serena pasaba, brillo y color le prestaba, y era pura como aquél.			
¿Quién que te viera aquel tiempo, hermosa niña, dijera, que tu aparición no fuera una visión celestial? ¿Un ángel que descendía a endulzar nuestra amargura, a prometernos ventura allá en la vida eternal?			
¿Y hora por qué mustia y sola y retirada del mundo, consuelo a un dolor profundo buscas en la soledad? ¿Por qué tus ojos al cielo de lágrimas inundados, los tienes siempre tornados como implorando piedad?			
¡Piedad de los cielos niña! ¿Y los cielos qué te han hecho, que así exhalas de tu pecho quejas de amargo dolor? —Los cielos no te ofendieron, ni te podrán dar los cielos,			
	55	para tus males, consuelos que te ha negado el amor.	95
		Amaste, niña, y amando dejaste de ser dichosa, que una ventura engañosa sorprendió tu corazón; y dejastes inocente, una dicha verdadera por una falaz quimera, una fatal ilusión.	100
	60		
		Tu tierno pecho sencillo, las palabras engañaron que los labios pronunciaron de ese tu amante traidor; y cuando pudo su astucia triunfar de tu resistencia, burlose de tu inocencia y de tu cándido amor.	105
	65		
	70		110
		Tú le contemplas a veces en medio de los placeres del amor de otras mujeres tranquilamente gozar, sin que recuerde tan sólo una vez al pensamiento, el horroroso tormento, que te ha por fin de acabar.	115
	75		
		O te finges que le miras ya volver arrepentido, y a tus pies le ves rendido implorando tu perdón, y tú le tiendes la mano, y en disculparle te empeñas.	120
	80		
	85	Y vas a abrazarle y... ¡Sueñas con una grata ilusión!	125
		Inocente paloma, sufre y llora, que trazado en el libro del destino estaba el largo y áspero camino que te conduce de la vida al fin, ¡Sí, sufre y llora, que tu culpa expías, que tú a la tierra a padecer viniste. ¡Sobrada culpa tuviste con empezar a vivir!	130
	90		135

Si creíste tal vez que tu existencia
de placeres se viera coronada,
por tu amor adormida, y arrullada
de la fortuna entre caricias mil,
¡inocente paloma! es que ignorabas
entre ilusiones de eternal ventura,
¡que esta mansión de amargura
lo era de engaños así!

Los goces, los deleites de la tierra
son sombras, son fantasmas pasajeros,
que a nuestra vista ofrecen lisonjeros
cuadros de gloria y de inmortal placer.
¡Fantasmas que cual humo se deshacen,
mientras que al alma fascinada aquejan

los recuerdos que le dejan
de la ventura de ayer!

140 Y tú, paloma incauta, enamorada,
¿qué harás de tu existencia desgraciada,
dime, que harás con tu infeliz pasión? 155
Llegas tal vez a un claustro y dolorida
en él consumes tu agitada vida,
entre el cilicio, ayunos y oración.
145 Y allí suplicas con ferviente anhelo
que plegue concederte al almo cielo, 160
de tu acerbo penar el galardón.
Y en tus ruegos tal vez envuelto un nombre
sube a implorar del cielo, para el hombre,
150 que te perdió en el mundo, ¡su perdón!

Notas:

1. En AP, pp. 373-375. No localicé ningún volumen individual que reuniera la obra del autor; «A una mujer» apareció en *El Semanario de Santiago*, núm. 10 (15 de septiembre de 1842).

2

EL POETA (FRAGMENTOS)

Al mundo vino un ser por su desgracia
y enviado por la mano de Dios mismo,
marcado con el sello de su gracia
y colocado al borde de un abismo.

Todo el espacio su mirada abarca
y a la infinita eternidad se extiende,
y el corazón de fuego late y marca
cada celeste chispa que le enciende.

Dotado de alma grande, alma sensible,
que todo lo comprende o lo medita,
y para quien vivir es imposible
con una duda en la memoria escrita.

Un ser que marcha sin saber por dónde;
pero que en todas partes ve un camino,
que aunque su fin ante la vista esconde,
siempre, seguirle siempre, es su destino.

Flores le cubran o ásperos abrojos
por el sendero va con planta osada,
y es la espina o la flor ante sus ojos
con colores poéticos tocada. 20

5 Lanzado al mundo con misión divina
como su patria el mundo le recibe,
él por el mundo con placer camina,
pero en el pensamiento solo vive.

10 Vive para los hombres, para el mundo, 25
para la gloria vive a quien adora,
pero en penoso meditar profundo,
que vive para sí su mente ignora.

15 Un ser a quien le fuera concedido
discurrir en las nieblas del pasado, 30
y sacar de entre el polvo del olvido
hechos que eternamente ha consagrado.

Y hasta el velado porvenir oscuro,
como la fantasía del profeta,
se atreve a penetrar, y a lo futuro
le arranca sus secretos el poeta.

Sí, su mente brillante y atrevida,
mente el pasado y porvenir, presente
todo en el alma está lleno de vida,
que todo vive en su atrevida mente.

¡Poeta, sí, tú vives, y viviendo
pasan por ti los días y los años,
y los días, los años, van trayendo
a tu penosa vida desengaños!...
.....
.....

Viste naciendo un botón
de una rosa nacarada,
y pensaste en la ocasión
que aquella flor encantada
merecía un corazón.

Y tú el corazón la diste
poeta, y lo diste en vano,
que a cogerla fuiste ufano,
y las espinas no viste
que lastimaron tu mano.

Así vinistes al mundo
y el mundo así te engañó,
y solo en cieno profundo

este muladar inmundo
que un jardín te pareció.

35 Pero tú, poeta, vives 60
 en él y sólo por él,
 ¿qué te importa sea hiel
 lo que del mundo recibes,
 si tú le dejas tu miel?

40 Guste en buen hora de tu obra 65
 o la rechace de sí,
 poeta, confiesa y di,
 ¿si su voto no es de sobra,
 si no te bastas a ti?

 Si tu conciencia es la guía 70
45 que conduce tu razón,
 deja al mundo en la ocasión,
 déjale con su manía,
 descansa en tu corazón.

 No temas, no, la malicia 75
50 de ese mundo corrompido
 que te hiere en su injusticia,
 relega todo al olvido
 que el bueno alcanza justicia.

 Ni te importe su opinión, 80
55 ¡que el poeta en su misión
 sobre la tierra que habita,
 es una planta maldita
 con frutos de bendición!

Notas:

2. En AP, pp. 375-376.
v. 84. [*N. del a.*] Zorrilla.

3

A LICE

¿Quién creyera, ingrata Lice,
 que fueras tan inconstante;
 quién pensara que al amante
 que te juró eterno amor,
a quien tú correspondiste

 y le entregaste tu pecho,
 le niegues hoy el derecho
 que tiene a tu corazón?
Crueldad tan grande no cabe
5 en beldad tan soberana. 10

¿Y cómo creerte, inhumana, capaz de tal mutación?		¿Y aun no te viste en mi sueño hermoseando la ilusión?	
Cuando ríes de mis quejas y te burlas de mi llanto, y del juramento santo que a mí [am]or siempre te dio,		Mucho, Lice, te he querido	55
pienso ver de un triste sueño alguna amarga ilusión.	15	y te quiero mucho, ingrata, y al fin tu rigor me mata sin ser yo merecedor.	
¿Yo creyera que esos ojos sus rayos abrasadores sólo lanzasen traidores para causar destrucción?	20	Mas, tomaré tus crueldades cual si me fueran favores, y modelo de amadores cesarán mis quejas hoy:	60
¿Creyera yo que tuviesen tanta languidez fingida, y que prometiesen vida para dar muerte mayor?	25	yo no merezco ser tuyo; así lo quiere el destino, y éste me traza el camino que seguiré en mi dolor.	65
¿Pensara yo que tu boca que causa envidia a la rosa, muy más fresca y más hermosa que un vespertino arrebol,	30	Así me dice sañudo: «Olvida cosas pasadas, que promesas olvidadas nunca las hizo el amor.	70
dulcemente pronunciase palabras del amor llenas, palabras que eran ajenas de un sencillo corazón?		Tu ventura ha sido un sueño y su amor una ilusión».	
Es imposible, ni el sueño obrar puede esa ilusión.	35	¿Cierto será, Lice mía, que tú, cruel, me has engañado que tú jamás me has amado, que burlaste un corazón	75
No puedo yo persuadirme que quieras darme la muerte. ¿Ni cómo creer que mi suerte a tal extremo llegó?... ¿A tu más humilde siervo, a tu amigo el más constante, a tu más rendido amante, tratarlo con tal rigor?	40	que juró ser siempre tuyo? ¿Cierto será? y has tenido el placer de haberme herido con tan horrible traición?	80
¿Y cuál el motivo ha sido que en ti tal mudanza ha obrado, después de haberme jurado Constante fe, eterno amor?	45	No, repito, jamás creo que de tal modo haya obrado la que en el mundo ha ostentado ser la total perfección.	
¿Pues no he sido siempre el mismo, y mis palabras y acciones en todas las ocasiones no probaron mi pasión?	50	Ya, ya te miro a mi llanto volver la faz, y risueña de tus labios, halagüeña así decirme tu voz:	85
		«Son tus temores un sueño, una fatal ilusión.»	90

Notas:

3. En AP, pp. 376-377.

v. 16. AP: *or* (por *amor*); completo el segmento faltante.

4

PENSAMIENTOS

CANTO SÁFICO

A mi amigo don J. V. L.

I		si sufro y lloro y padecer continuo, sólo es mi vida:	
¡Bálsamo grato de las crudas penas, dulce consuelo en mis amargas horas, blando regalo de la mente mía, ven, yo te imploro!		¿Cómo pudiera deleitarme el canto, los blandos sonos de acordada lira, si son los ecos de felices de horas que ya pasaron?	30
¡Grata Poesía, celestial encanto, ven, y a mi ruego presurosa acorre, ven a dictarme sonoros versos, Musa querida!	5	¡Ven, pero tráeme tus dolientes ayes y tus suspiros y tus quejas hondas; y tus amargas y abundantes dame lágrimas tiernas!	35
Si el alma tiene que llorar sus cuitas, si tiene el alma que cantar sus goces, lágrimas tristes o sonrisa grata, ¡tú me las debes!	10	Y yo contento con tu don sagrado mil y mil veces bendecirte pueda; que es don del cielo el de llorar las cuitas que se padecen.	40
¡Ven, y ya sea que anegada en llanto, o que festiva te presentes hora, siempre en buena hora, bienvenida seas... quiero que vengas!	15	II ¡Cuánto apetezco en la acallada noche bajo las ramas del añoso sauce, cuando la virgen de los aires, blanca, pura se ostenta;	
Ay que tu risa no se acuerda, ¡oh Musa! con el martirio que padece el alma, ásperos, rudos, mis acentos fueran, tibio mi canto.	20	¡cuánto apetezco en el espacio inmenso verla esparcir sus celestiales rayos, y que su imagen pudorosa, quiebren aguas del río!	45
Pero si mustia, taciturna influyes, el estro mío se dilata, y dócil corre la pluma, y trazará sonoros fáciles versos.		Pláceme ver el azulado cielo, manto bordado de brillantes luces, bóveda inmensa que jamás midieron ojos humanos,	50
Si el alma inquieta, si doliente el cuerpo lánguido tiendo sobre el triste lecho,	25		

pláceme sí, con penetrante vista sondar su oscuro, su profundo arcano, y adivinarle en mi febril deseo límite fijo.	55	llegue a tu trono mi loor y suba, suba mi incienso.	
Lánzome así por la región del éter, vago por medio de un millón de mundos, mudo y absorto los contemplo y nada sé que decirme.	60	Suba, que en tanto, resignarme es justo a lo que ordene tu querer divino... ¡Si tú que muera decretaste, venga, llegue la muerte!	95
		III	
Ellos son grandes, son inmensos mundos, quizá habitados por las mismas almas que aquí dejaron la pesada y dura cárcel del cuerpo.		Limpia, tranquila, plateada luna dame tu suave, tu fulgor divino, y un rayo tuyo penetrando el sauce, hiera mi frente.	100
O en esos globos rutilantes miro de ángeles bellos la mansión gloriosa, bella, flotante, transparente y pura, propia del ángel.	65	Húmedas nieblas que vagáis prendidas de la insalubre líquida laguna, en espirales como el humo al cielo pronto, alejaos.	
¡Cuántas ideas que expresar quisiera vuelan y asaltan a la mente mía, cuando contemplo maravillas tantas, obras tan grandes!	70	Céfiro, dame tu suspiro errante, dame tu aliento embalsamado y puro, y que tus alas al pasar, mi rostro diáfanas toquen.	105
Venga conmigo el obcecado ateo, venga conmigo el obcecado y crea, que no es posible resistir cuando habla naturaleza.	75	Y si vosotras misteriosas hadas voláis errantes por el aire vano, no de mi ensueño me saquéis con voces desconocidas.	110
Venga y ya observe con la luz dudosa de la plateada y vacilante estrella, o con el rojo y vigoroso rayo del sol hermoso;	80	Amo en la luz y la quietud callada de la serena y apacible noche, dar a mi cuerpo y mis sentidos, libre paz y descanso.	115
siempre a sus ojos brillará el potente brazo que ordena creación tan vasta, siempre a sus ojos brillará, en la viva luz y en tinieblas.		Amo el murmullo del arroyo limpio que el césped riega en desigual corriente, cuando con manso susurrar halaga, frescas las flores.	120
Y el hombre, el hombre, el infeliz gusano, 85 te desconoce, criador supremo; goza tu luz y tu tiniebla... ¡nunca te da las gracias!		Y amo el momento en que las flores bellas tiernas cerrando tembloroso el cáliz, vuela la tarde y al llegar la noche sopla la brisa.	
Yo, miserable, aunque doliente sufro, a ti mis preces y mi canto envié:	90	Y amo en la brisa respirar el suave puro perfume que exhalan ellas,	125

cuando les daba el primoroso y blando
último beso.

.

Es el momento en que reposa todo,
todo en silencio se sepulta y sombras;
horas de paz en que cansados duermen
cielos y tierra.

Que si a deshora en lontananza se oyen
vagos ladridos del mastín celoso,
que en el aprisco velador se hospeda,
eco les falta.

¡Nada! el silencio, la oración, el sueño,
la paz, la calma sepulcral, las sombras,
formas sin cuerpo, sin color, sin voces...
¡Muerto está el mundo!

IV

¡Ésta la hora que a pensar me invita,
éste el momento en que morir debiera;
porque en el alma recogida bullen
santas ideas!

Llore angustiado y con zozobra espere 145
del duro trance aproximarse el tiempo,
quien nada tenga que desear, quien nada
juzgue que falta.

Quien goce y viva de mundanos bienes,
quien cifre en ellos sus delicias todas, 150
quien tantas horas de ventura cuenta
cuantas son ellas.

Pero hay momentos en que abate al hombre
tanto el destino con sus rudos golpes,
que busca alivio en la futura calma 155
de la otra vida.

Cuando el momento de morir me llegue,
buenos amigos, un favor os pido:
templad acordes la sonora lira
juntos, y en torno 160

de aquel estrecho cabezal que ocupe,
unidos todos, con fervor sagrado
¡cantad al Dios de las bondades, bellos
sáficos himnos!

Notas:

4. En AP, pp. 378-380.

LAFINUR
Juan Crisóstomo

El doctor don Juan C. Lafinur nació en las Minas de la Carolina, lugar situado en la jurisdicción de San Luis, provincia de la República Argentina, el 27 de enero de 1797. Estudiaba en la Universidad de Córdoba del Tucumán, cuando emprendió sus campañas el general don Manuel Belgrano. Lafinur dejó entonces el manto de estudiante de ciencias morales, ciñó la espada, y dio otra dirección a su espíritu, pues según expresión de él mismo, tuvo la gloria de pertenecer a la academia de matemáticas fundada por aquel general para instrucción de los cadetes de su ejército. «A ella se agolpaba la juventud a sorprender a la naturaleza en sus misterios y a fecundar desde temprano el germen de la gloria.»

Lafinur se dio a conocer en Buenos Aires por algunos periódicos que redactó allí, por sus poesías, y principalmente por la novedad de las doctrinas que profesó en los colegios de aquella ciudad.

En enero de 1823 se doctoró en ambos derechos en la Universidad de Santiago de Chile, se casó en esta capital en el mismo año, y murió el día 13 de agosto de 1824.

Lafinur fue uno de esos hombres de acción y de entusiasmo cuyos escritos son inferiores a su talento y a su fama. En los 27 años de su vida, fue militar, periodista, profesor; cultivó la música, se separó de la doctrina de sus maestros para enseñar las ideas que entonces se llamaban «del siglo», y murió como el católico más fervoroso.

1

A LA MUERTE DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO
CANTO FÚNEBRE

Obruit audentem rerum gravistaque, nitorque,
nec potui coepti pondera ferre mei.

Ovidio

¿A dónde alzaste fugitiva el vuelo
robándote al mortal infortunado,
virtud, hija del cielo?

¿Quién ayermó tu templo inmaculado,
y tu antorcha apagó? Dinos ¿a dónde
el voto te hallará del varón justo?

Un eco pavoroso ¡ay! nos responde:
«Olvidó para siempre al mundo injustos:

al túbulo volose, allí se esconde»:
y el justo lo sintió; que en su alta mente 10
vio las desgracias que la patria llora,
y antes que ella lloró; vio de repente
gemir los bronce, do el buril pronuncia
los nombres de los hijos de la gloria;
de luto el estandarte que antes fuera 15
prenda de la victoria;

ronco el tambor glorioso que predicó el combate y las venganzas; y al héroe que animoso vio su sangre correr en mii matanzas, y violó en faz serena, hoy postrarse al dolor, darse a la pena. Aún sintió más: en bárbara alegría los abismos hervir, y las pasiones del mundo apoderarse con fiereza; de la guerra fatal la chispa impía avivar es su afán, y con presteza la copa tiende el miedo a la venganza traidora e impotente; Mientras que la ambición más insolente avanza hasta el terrible tabernáculo; el velo despedaza, escupe el ara; trueno la guerra, y mil desastres para y mil sepulcros abre. La cuadriga en carro de serpientes arrastrada la densidad rompiendo de una nube de crímenes preñada, el paso se abre, y en los aires zumba un grito pavoroso a que responden los huecos de la tumba; grito fatal con que ella se recobra: <i>Murió Belgrano; consumada es la obra.</i> Y ¿es verdad? ¿El oráculo espantoso terminaría aquí? ¡Bárbara suerte! ¡Acabó la virtud! ¡Polvo y ceniza caen en el rostro que la misma muerte no logró conturbar! ¡La tumba triste por una ley precisa es el último carro de los héroes! Sea: y ¡qué resta, muerte, al triunfo impío, si el valor es difunto; qué resta ya sino cambiar al punto en sepulcro la tierra, divorciando al tiempo y a la vida para siempre! Sol que ves nuestro luto; ilustre padre de la patria y la luz; tú que reinando en las regiones do sus lindes puso la inmensa creación, viste las glorias del héroe que a tu causa reservaste; ¿testigo del contraste, que por su amarga pérdida lloramos, serás? Mil veces para sus victorias fue escasa tu luz pura;	20 25 30 35 40 45 50 55 60	hasta aquella región donde natura escondió sus tesoros, y algún día aras de oro se alzaron a tu frente: hasta allá fue su espada; y su energía vengó tu templo, redimió tu gente. Pero ¡a qué describir sus altos triunfos! ¡A qué rumiar laureles marchitados de la tumba en el hielo! Contemplemos por único consuelo a Belgrano inmortal en nuestras almas, y su alma contemplemos. Su religión ¡oh Dios! ¡Quién como él supo rendir al ara el estandarte altivo y al Dios de los combates acatarse? Su pecho compasivo, cuando estaba la gloria fermentando Sus soberbias semillas, y en el furor del triunfo, él las ahogara por mejor heroísmo, y a la hueste rendida le declara la vida y libertad. Su patriotismo, su celo por el bien, su porte justo, su generosidad... gritadlo a voces, legiones que a la gloria condujera; vosotros que a su ejemplo fuisteis siempre pródigos de las almas; la miseria espantosa, la hambre fiera, la estación penetrante ¡ay! combatisteis con vuestro general: ¡oh! vos sentisteis de su pecho las tiernas emociones: vos le visteis primero que la luz, volar en torno de vuestras pesadumbres. ¡Cuántas veces no os consoló su ejemplo poderoso! Y cuando la fortuna en sus reveses falló ciega por vos, en sus abrazos cogisteis con usura el precio a tanta pena acerba y dura. Rodead también el negro monumento, jóvenes tiernos que al santuario ilustre de la hermosa virtud habréis llegado a merced de su amor. Quería el hado perpetuar en vosotros sus caprichos, y ciegos a la luz, parar el día en que fuerais esclavos: Belgrano combatió su tiranía, y con piedad heroica y sin ejemplo	65 70 75 80 85 90 95 100 105 110

y lo embarga el dolor; ¡dolor terrible que el llanto asoma so la faz del héroe!...			
Y el lamento responde pavoroso: «¡Murió Belgrano!» ¡oh Dios! ¡así sucede	15	La magia del honor, y con destreza	55
la tumba al carro, el ay doliente al viva, la pálida azucena a los laureles!		amar le hicisteis el tesón perenne, la hambre angustiadora, el frío agudo...	
¡Hoja efímera cae! ¡tal resististe al Noto embravecido y sus vaivenes!	20	Suspende ¡oh musa! y al dolor concede una mísera tregua. Yo lo he visto	60
La tierra fría cobra tus despojos, que abarcará por siempre; mas no puede		al soldado acorrer que desfallece, y abrazarlo, cubrirlo, y consolarlo.	
¡campeón ilustre! ¡atleta esclarecido!	25	Ora rayo de Marte se desprende, y al combate amenaza, y triunfa, y luego	65
la mano que te roba hollar las leyes que el corazón conoce: envanecido		¿qué más hacer?... El desairar la suerte, y ser grande por sí; ésta no es gloria	
el jaspe os mostrará a los descendientes de la generación que te lamenta.	30	del común de los héroes; él la ofrece en pro de los rendidos que perdona.	70
La patria desolada el cuello tiende al puñal parricida que le amaga		Ora al genio se presta y lo engrandece: corre la juventud, y la natura	
en anárquico horror, la ambición prende en los ánimos grandes, y la copa	35	la expía en sus arcanos, la sorprende, y en sus almas revienta de antemano	75
da la venganza al miedo diligente.		el germen de las glorias. ¡Oh! ¡quién puede describir su piedad inmaculada,	
Aun de Temis el ínclito santuario profanado y sin brillo; el inocente,	40	su corazón de fuego, su ferviente anhelo por el bien! Sólo a ti es dado	80
el inocente pueblo, ilustre un día, a la angustia entregado; el combatiente		historia de los hombres: a ti que eres la maestra de los tiempos. La arca de oro	
sus heridas inútiles llorando escapa al atambor; el país se enciende	45	de los hechos ilustres de mi héroe, en ti se deposita; recogedla,	85
en guerra asoladora que lo ayerma; asoma la miseria, pues que cede		y al mundo dadla en signos indelebles. Y vos ¡sombras preciosas de Balcarce,	
la espiga al pie feroz que la quebranta, y ¿ora faltas Belgrano?... ¡Así la muerte	50	de Oliver, de Colet, Martínez, Vélez! Ved vuestro general; ya es con vosotros;	90
y el crimen, y el destino de consuno deshacen la obra santa, que torrentes		abridle el templo que os mostró valiente. ¡Tucumán! ¡Salta! ¡Pueblos generosos!	
vale de sangre, y siglos mil de gloria, ¡y diez años de afán!... ¡Todo se pierde!	55	Al héroe del febrero, y del setiembre alzado el postrer himno. Mas vosotras,	
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio, tu nombre en fin, que todo lo comprende,		vírgenes tiernas, que otra vez sus sienes coronasteis de flores, id a la urna,	
flores fueron un día; marchitolas la nieve del sepulcro. Así os lamente		y deponed con ansia reverente el apenado lirio; émulo hacedlo	
la legión que a la gloria condujiste: con tu ejemplo inmortal probó el deleite,	1820	de los mármoles, bronces y cipreses.	

Notas:

2. En AP, pp. 383-384. En *El doctor Juan Crisóstomo Lafinur*, 1907, pp. 125-127.

vv. 69-72. [*N. del a.*] La Academia de matemáticas establecida en Tucumán, para la instrucción de los caballeros cadetes, y a la que el autor tiene el honor de haber pertenecido. A este propósito hubiera dicho más en detalle algunos de los hechos, que han marcado su vida con caracteres eternos de filan-

tropía y humanidad; tal como el de la fundación de escuelas de primeras letras en varios pueblos, a sus expensas; pero esto no ha sido posible atendida la brevedad del canto, y la premura del tiempo.

3

A LA ORACIÓN FÚNEBRE,
QUE EN LA IGLESIA CATEDRAL DE BUENOS AIRES FUE PRONUNCIADA POR SU
PREBENDADO DOCTOR DON VALENTÍN GÓMEZ,
EN LAS EXEQUIAS DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO
ODA

No tiene poco de héroe el que sabe
alabar dignamente a los que lo son.
(*Un escritor americano*)

Era la hora: el coro majestuoso dio a la endecha una tregua; y el silencio, antiguo amigo de la tumba triste, sucedió a la armonía amarga, y dulce: la urna, solitaria, presidía la escena que canta hoy la musa mía.	a tu expresión feliz, dechado entero de lo bello, lo tierno y verdadero.	
Que las virtudes que en su torno andaban velando su tesoro, y dando al cielo su llanto, su esperanza y sus amores, al púlpito volaron; sus acentos dulcísimos sonaron; los oyeron los hombres... y de serlo se dolieron.	No a la mísera Safo retrataste herida de un ingrato; ni de Ariadne los suspiros; ni lágrimas de Dido tu pincel espumara regalado; si al mausoleo penetraste triste con mejor causa que Artemisa fuiste.	30 35
¡Cuándo más dulce la verdad fue oída! ¡cuándo sus rayos más apetecidos! Y ¡cuándo más acerba nuestra pena! y ¡cuándo nuestra pena menos dura! Milagros tuyos ¡orador divino! del corazón tu lengua halló el camino.	Aquí a la patria en su desdicha unida mostraste, señalando la urna avara: y ¿quién no fue el primero a apresurarse para tenderle el brazo?... El patriotismo dijo a la fama: «Un héroe se ha acabado, y en su pérdida mil han asomado».	40
El pueblo suspiraba ante tu frente; un canal misterioso se veía desde tu boca hasta él. Avara el alma se guarda tus palabras, cual si fuesen las reliquias del héroe que encarecen.	¡Momentos fugitivos! ¡oh que vuelva el dolor que nos diste! torna a vernos envanecidos de glorioso llanto; heríate el dolor; tú nos herías con su espada y la tuya; que fue entonces mengua de tu poder no herir los bronce.	45 50
Un cuadro de virtudes delineado por quien sabe sentirlas; de virtudes por quienes Clío no ensayó aún su trompa, ni la historia sus páginas, fue dado	Centellas que despide el entusiasmo, y que apaga el sollozo... reticencias, más elocuentes que la lengua misma... Tiernas interjecciones, usurpadas del sentimiento a la dialecta grave: leyes son con que el arte triunfar sabe.	50

Mas te bastó tu causa; tus prodigios el cielo sólo los obró en tu boca; si la sombra del héroe fue presente a tu dolor sublime ¡qué contento diciendo a su silencio tornaría: «Os vivo aún querida patria mía».	55	Tú nos dejaste al fin, pero dejando en nuestras almas la virtud hermosa: así oscurece el sol porque a otras climas vaya el torrente de su lumbré pura, así la rosa cuando dulce expira descarga su fragancia en quien la mira.	70
Pero el tiempo... ¡cruel! y ¡cuál se engaña el hombre en su consuelo! Vuela el tiempo... ¡Nuestra dulce ilusión, nuestra esperanza se han acabado ya! despierta el alma a su afán anterior, y se estremece, y la verdad apura que aborrece.	60	Viva en nosotros tu oración sagrada como el fuego de Vesta; orgullo sea de las divinas letras; pesadumbre de los tiranos; ornamento digno de la patria; que al héroe honra mil veces más que mármoles, bronces y cipreses.	75
	65		
		1820	

Notas:

3. En AP, pp. 384-385. En *El doctor Juan Crisóstomo Lafinur*, 1907, pp. 133-135.

4

A UNA ROSA (SONETO)

INÉDITO

Señora de la selva, augusta rosa,
orgullo de setiembre, honor del prado,
que no te despedace el cierzo osado
ni marchite la helada rigurosa.

Goza más; a las manos de mi hermosa
pasa tu trono; y luego el agraciado
cabello adorna, y el color rosado
al ver su rostro aumenta vergonzoso.

Recógeme estas lágrimas que lloro en tu nevado seno, y si te toca a los labios llegar de la que adoro, también mi llanto hacia su dulce boca correrá, probaralo, y dirá luego: esta rosa está abierta a puro fuego.	10
Buenos Aires, 1820.	5

Notas:

4. En AP, p. 386.

De fenómeno tal nadie adivina 5
los efectos, los modos y las causas:
se aturde el necio, el sabio es el que dice:
«Colombia y el Perú, Chile y Bonaria».

Notas:

34

Don José María Lafragua, secretario del Ateneo de México, goza fama de poeta en aquella república, su patria; nosotros sólo conocemos de él la siguiente composición a Iturbide y algunos trozos en prosa insertos en *El Apuntador*, periódico literario, publicado en México el año 1841.

1

ITURBIDE

Al señor don Andrés Quintana Roo.

Les siècles sont à toi, le monde est ta patrie.
Quand nous ne sommes plus, notre ombre a des autels
où le juste avenir prépare à ton génie
des honneurs immortels.

Lamartine

I

De cruel destino la implacable saña
de los aztecas derribó el imperio:
Tenochtitlan cayó y un hemisferio
apenas basta a la ambición de España.

De oro y plata riquísimo venero
abre Anáhuac al fiero castellano
que al yugo le unce con impía mano,
mintiéndole amistad con labio artero.

Y su altivo señor de una mirada
la suerte de dos mundos decidía:
«nunca el sol en su imperio se ponía»,
su voz en tierra y mar era acatada.

Y sus tercios derraman muerte y lutos
en torno del azteca infortunado,
que de la clase de hombre degradado,
envilecido gime entre los brutos.

Y en el nombre de un Dios, todo dulzura,
hipócritas ministros guerra gritan
y de la turba la venganza excitan
y ciñen de laurel su sien impura.

Y sumido en horrible cautiverio,

es Anáhuac memoria de lo que era:
el delicioso grano es ya cibera,
es el antiguo edén un cementerio.

Y así corren los años tras los años 25
y pasa un siglo y otro siglo pasa,
y la joven colonia, triste, lasa,
yermar se ve por déspotas extraños.

5 Cual víctima arrastrada al sacrificio,
unida vive a la caduca Iberia 30
y parte sus errores, su miseria,
de Mezencio sufriendo el cruel suplicio.

10 Llenóse, empero, la fatal medida,
de México se abrieron los anales,
do grabados con sangre, tantos males 35
vio la naturaleza estremecida.

15 Encadenadas, las humildes manos
elevó al cielo el infeliz colono;
llegó su voz hasta el fulgente trono
y condolido Dios, «no más tiranos» 40

20 dijo; e *Hidalgo* fue: su noble aliento
anuncia *patria* en el feliz *Dolores*,
y enajena oprimidos y opresores

de <i>Independencia</i> el seductor acento.		no era ya un semidiós cual antes fuera:	90
Acento que a las víctimas que gimen	45	la voz de la razón desvaneciera	
como al amante la esperanza encanta,		el prestigio que enantes le cubría.	
acento que a los déspotas espanta			
como al reo el recuerdo de su crimen,		El torrente impetuoso de Dolores	
que es para ellas de un ángel como el trino,		a un arroyo se hallaba reducido,	
dulce como el de puerto al marinero,	50	por el brazo de un héroe defendido	95
y para ellos la voz de un juez severo,		en los montes del sur abrasadores.	
como la de cadalso al asesino.		Como el último adiós de la existencia,	
En torno del patriótico estandarte		ardía del tirano en vilipendio	
presurosos adúnanse mil bravos,		aquella chispa del pasado incendio	
que ya el acero blanden los esclavos,	55	que el astro iluminó de independencia.	100
si bien ignoran de la guerra el arte.		¿Qué, empero, un brazo contra mil alcanza?	
Pero el déspota en bárbara pelea		Ya Anáhuac no luchaba con su suerte;	
se forma en derredor horrible valla:		cierta como un <i>ayer</i> era su muerte,	
de cadáveres alza una muralla		vaga como un <i>mañana</i> su esperanza.	
y de un lago de sangre la rodea.	60	Mas cual suele tras hórrida tormenta	105
Y la casta beldad y el joven fuerte,		brillar del claro sol la lumbre pura,	
y el tierno niño y el inerme anciano,		en medio tanto horror, tanta amargura,	
y el ministro de Dios y el artesano,		un genio nuevo, un paladín se ostenta.	
a la segur sucumben de la muerte.		Del seno mismo de la hueste impía	
Y la virtud, la ciencia, el heroísmo,	65	nace el terrible, el vengador guerrero:	110
al colosal poder todo se humilla:		conocido es del déspota su acero,	
lo que olvida la pérfida cuchilla		temidas su pericia y osadía.	
arrebata rabioso el fanatismo.		Que en la década infanda, por su saña,	
Porque entonces, <i>piadosa y justiciera</i> ,		por su valor en lances mil probados,	
en medio de las ruinas y el espanto,	70	cual fúnebre cometa fue el soldado,	115
entre orfandad, viudez, suspiros, llanto,		hijo de Anáhuac, defensor de España.	
la <i>santa</i> Inquisición prende su hoguera.		Una mancha de sangre le cubría:	
Así vencidos nuestros campeones,		la vio, se estremeció y por borralla,	
así sus huestes destrozadas fueron;		arrójase a los campos de batalla	
los padres de la patria así cayeron,	75	y al poder de tres siglos desafia.	120
se abatieron así nuestros pendones.		Sus enemigos, sus rivales mide;	
Y el ídolo de horrenda tiranía		y superior a opresos y opresores,	
de miseria y cadáveres cercado,		la voz que Hidalgo pronunció en Dolores	
sobre un trono de tumbas asentado,		a repetir a <i>Iguala</i> va <i>Iturbide</i> .	
como el genio del mal aparecía.	80	Y ante este pueblo de eternal renombre	125
Implacable, cual crimen castigaba		se humillaron Celaya y Salvatierra	
la palabra, la acción, el mismo aliento,		y se olvidó la fratricida guerra	
porque de sangre indígena sediento,		de independencia ante el sagrado nombre.	
sólo con sangre su furor saciaba.		Al escuchar del héroe los acentos,	
Y es vano su furor, vano su encono,	85	tembló bajo la púrpura el tirano:	130
efímero el poder de que blasona,		el cetro deslizose de su mano,	
que perdió su equilibrio la corona,		retemblaron del trono los cimientos.	
su fuerza el cetro, su respeto el trono.		Aprestose de nuevo a la pelea,	
Y aquel hombre que púrpura vestía		de su inmenso poder haciendo alarde,	

el tenaz castellano... ya era tarde: 135
 «Independiente y libre Anáhuac sea»
 Iturbide dijera... ¿Qué podía
 contra el genio la odiosa tiranía?

Notas:

1. En AP, pp. 387-392; poesía con estampa en *El Apuntador. Semanario de teatros, costumbres, literatura y variedades* (México), t. 1, núm. 17 (1841), lit. s.p., poema pp. 265-269. | Epígrafe: en la p. 304 del siguiente número de *El Apuntador* se lee: «Corrección: En la página 265 en el segundo de los versos franceses, dice: *á des autels*: léase, *a des autels*. En el siguiente dice, *a ton génie*: léase, *à ton génie*.». La AP conserva los yerros, lo cual invita a suponer que *El Apuntador* llegó de modo fragmentario a manos de JMG o, simplemente, que éste no reparó en la fe de erratas. La estrofa corresponde al poema de Lamartine «La glorie. A un Poète Exilé», vv. 13-16.
- v. 3. [N. de JMG] La ciudad de México.
- v. 23. *cibera*: residuo de los frutos después de exprimidos.
- v. 42. [N. de JMG] Don Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores, dio en él la voz de la revolución mexicana, la noche del 13 de setiembre de 1810. | [N. de la e.] En verdad es el 16 de setiembre; cfr. *infra* el poema así titulado de Andrés Quintana Roo.
- v. 50. AP: «dulce como *es el* puerto al marinero,» (por *el de*); sigo *El Apuntador*, en la lógica de que la cualidad <dulce> no corresponde al *puerto* sino al *trino del puerto*, esto es que el trino que escuchan las víctimas es tan dulce como el trino del pájaro que escucha el marinero cuando se avecina a un puerto.
- v. 85. AP: «*como* su encono» (por *vano*); sigo *El Apuntador*.

	II	cediendo gustoso de jefe el bastón,	160
		imprime en su nombre de prez, de heroísmo,	
		eterno, fulgente, glorioso blasón.	
Cambiose el teatro: no es ya de Dolores		El bando enemigo, briosos campeones,	
la fúnebre escena que rápida huyó,	140	valientes soldados ofrece también;	
es drama grandioso que a nuevos actores		ansiosos de fama, de entrambas legiones	165
la mano potente de Dios encargó.		los dignos rivales son firme sostén.	
Mil ecos responden al grito de Iguala;		Empero entre todos brillaba Iturbide	
repítelo el río, apréndelo el mar,		rigiendo a los suyos y al fiero español,	
resuena en Sonora, resuena en Zempoala,	145	cual brilla y los astros soberbio preside	
lo aplaude la toga, lo acata el altar.		en medio los cielos el nítido sol.	170
Y al punto mil huestes de bravos soldados		Levanta la frente, de gloria velada,	
doquiera tremolan del héroe el pendón,		se lanza a la arena, su sangre a verter,	
y vuélvense en lanzas las plumas y arados,		y empuña el acero, que en vil retirada	
y en vez de la lira retruena el cañón.	150	jamás a la vaina se viera volver.	
Y el viejo patriota, de Hidalgo guerrero,		«Alzaos, aztecas: la patria o la tumba,	175
que víctima fuera del nuevo adalid,		o libres o muertos», el héroe clamó.	
su encono depona, desnuda el acero,		«Y alzaos, Aztecas» do quiera retumba,	
su jefe le aclama, le sigue a la lid.		que ya del tirano la hora sonó.	
Y al campo de muerte, de honores y gloria,	155	La lucha se trava y al hórrido trueno	
las huellas siguiendo del gran capitán,		y al eco sonoro de noble clarín,	180
en pos de una patria, se lanza Victoria,		el hombre de <i>Iguala</i> , valiente, sereno,	
y Múzquiz y Bravo, Rayón y Terán.		Anáhuac recorre de uno a otro confín.	
Y el noble Guerrero, señor de sí mismo,			

Las huestes impías de vil servidumbre ante él desaparecen cual humo fugaz: la lid es su triunfo, vencer su costumbre, su grito de guerra presagio de paz.		
Y cuantas batallas, victorias numera; y el brazo invencible que el cielo guió, del mísero pueblo que esclavo gimiera, las férreas cadenas al fin destrozó.	185	190
		Al golpe terrible de fúlgida espada el cetro y corona miramos romper; la púrpura regia miramos rasgada y el trono potente derruido caer. Rayó de ventura dulcísima aurora que México libre vengada adoró y llena de heridas, empero señora, del mundo en los fastos su nombre grabó.

Notas:

v. 162. [*N. del a.*] Superior a todo elogio fue a la verdad el noble desprendimiento del general Guerrero y bastaría por sí solo, aún sin las demás prendas de este desgraciado caudillo para colocarle en la más brillante página de nuestra historia. Pasó ya el tiempo de las pasiones y el nombre que éstas quisieron mancillar, aparece hoy en toda su pureza. Cuilapa nos pide una lágrima: vertámosla; porque aquella humilde tumba guarda los restos de un héroe.

v. 170. AP: «en medio *a* los cielos»; sigo *El Apuntador*.

	III	
Y llegó el dichoso día, día de gloria y honor, en que un pueblo que nacía, en su seno recibía al augusto salvador.		
En que a la patria un altar erigió el feliz colono, en aquel mismo lugar donde se viera acatar de los tiranos el trono.	200	
Del sol el disco candente el espacio señoreaba, cual nunca resplandeciente, y cual nunca derramaba de luz y fuego un torrente.		
A la celeste lumbrera entusiasta muchedumbre la frente alzaba altanera, donde antes impreso fuera sello de vil servidumbre.	205	
De amor y de gratitud latían los corazones al mirar los campeones que de infame esclavitud rompieran los eslabones.		
Sobre bríoso corcel blandiendo fulgente espada,	210	
		la noble faz sonrosada, de inmarcesible laurel la noble sien coronada; y en medio de mil loores y lágrimas de alegría, y a los ecos triunfadores de clarines y atambores, Iturbide parecía.
	215	Su excelsa frente velaba nuevo, brillante dosel, que sobre ella revolaba el águila y desplegaba sus alas en torno de él.
		Era tan viva, tan pura como el amor de una madre de los pueblos la ternura que en él miraban su padre su esperanza, su ventura.
	220	La mansión que el opresor con su hálito envileciera purificó el redentor y se abatió su bandera ante el pendón tricolor.
		La naciente sociedad fiaba su paz, su gloria en el valor y lealtad del hijo de la victoria, del Dios de la libertad.
	225	Y México independiente

al ver al héroe divino contemplaba tiernamente aquella radiosa frente que encerraba su destino. Intérprete del contento que nada turba ni impide era un solo sentimiento, era un solo pensamiento, un solo nombre, Iturbide.	255	de los pasados horrores todo era júbilo, honores; era un torrente de gloria; era un océano de amores. Era la dicha gozar	270
Y miraban con delicia los jóvenes su bravura, las mujeres su apostura, los guerreros su pericia, los ancianos su cordura. Y perdida la memoria	260	de aquel que naciendo ciego llega el sol a contemplar; era abrasarse en el fuego en que arde el que sabe amar. Era por fin, existir,	275
	265	porque la luz es la vida, porque el amor es vivir, porque el alma está adormida antes de ver o sentir.	280

Notas:

- v. 199. [*N. del a.*] Por una coincidencia extraordinaria entró en México el general Iturbide el mismo día en que cumplió 33 años, de manera que nos dio el ser político el día en que recibió la vida.
v. 243. AP: «su esperanza y su ventura» (por coma); sigo *El Apuntador*.

IV		un recuerdo fugace nos dejaron y nuestros labios, sin gustar, probaron la copa del placer.	305
¿Cómo ser pudo que en tan breve espacio tan mágico placer desapareciera? ¿Cómo fue que de Anáhuac se pusiera el astro bienhechor? El sol de independencia nos alumbra, nuestro es de libertad el beneficio; pero ¿dónde el que alzara el edificio?, ¿dó está el libertador?	285	En señor el colono convertido presa fue de la pérfida anarquía: era ciego... la luz del medio día no pudo resistir.	310
¡Ay! ya la patria que libró su brazo no es la virgen de América que un día llena de juventud y lozanía Europa contempló. Es flor hermosa que agostó el estío, beldad del vicio por el filtro ajada, estrella por las nieblas eclipsada, esperanza que huyó.	290	Y cual destroza al elevado cedro del terroroso rayo la fiereza del padre de la patria la cabeza el golpe vino a herir.	315
¿Qué se hicieron de júbilo las horas? Los días de ventura, ¿qué se hicieron? Su aurora apenas vimos cuando huyeron para no más volver. Sus goces embriagando nuestras almas	295	No digamos que débil, fascinado, deslustrando el laurel de la victoria, bajó del alto asiento de la gloria y hasta rey se abatió; no lo digamos, no; que nuestras frentes el sello vil del parricidio marca: si graves faltas cometió el monarca un crimen las borró.	320
	300	De Calleja el guerrero fratricida ante el varón de Iguala desaparece; la víctima sangrienta desvanece	325

la débil majestad; y ante el libertador idolatrado olvidanse del hombre los errores y cubre del magnate los rencores un velo de piedad.		para el feliz Anáhuac siempre fuera un padre, un salvador.	
Gigante de grandezas y miserias, su cetro se rompió, su espada brilla: ¡gloria, honor en Iguala... y... en Padilla... muerte de malhechor!	330	Grande, guerrero; grande, ciudadano; grande, al romper los grillos del colono; y al descender del elevado trono, <i>único, sin rival.</i>	365
¡Un trono y un cadalso! Aclamaciones de aquél en torno, en torno de la tumba ni el eco solo de una voz retumba, ni se mece una flor!	335	Olvídese <i>Agustín</i> , nunca <i>Iturbide</i> ; arránquese la foja del imperio; mas de Colón acate el hemisferio al caudillo inmortal.	370
Su oído regalaron los aplausos y del festín los brindis sólo un día: durmió tres lustros bajo losa fría en fúnebre quietud. Pisó su planta un día sobre rosas y tres lustros el pie del caminante sobre su frente descansó arrogante, hollandando el ataúd.	340	Sí, héroe digno, paladín valiente, tu nombre santo vivirá glorioso mientras el sol de los trópicos radioso colore el septentrión.	375
Que a la crueldad la ingratitud uniendo, la patria derramó su sangre pura y negó a sus cenizas sepultura... Pero no, que mentí. Nunca la patria de tan negra infamia la autora fue: lo fueron las facciones arrastradas de miserías pasiones al ciego frenesí.	345	Y la vejez lo enseñará a la infancia y la madre a sus hijos en la cuna: señal será en la guerra de fortuna, como en la paz, de unión.	
Que no fue nunca el César sino el héroe, no el hombre que en un trono se asentara, sino el hombre que un trono desplomara, blanco de su rencor. Y esculpida en el pecho de los pueblos siempre su imagen celestial viviera:	350	Mejores que nosotros nuestros hijos darán a tus proezas premio justo: si te desconoció tu siglo injusto, te espera el porvenir. De la historia en las tablas de diamante tu generosa acción será grabada, que la verdad sobre la tumba helada siempre se ve lucir.	380
	355	De amor con letras «Iturbide» impreso, en cada corazón tendrás alzado un altar por las lágrimas regado de tierna gratitud.	390
	360	De las artes, de la alma poesía se agotará el tesoro en tus loores, que siempre el genio coronó de honores la gloria, la virtud.	395

México, setiembre 27 de 1841.

Notas:

v. 367. [*N. del a.*] En efecto: si el señor Iturbide como general y como libertador es igual o, si se quiere, inferior a Bolívar y a Washington; si es menos que Napoleón como emperador, es indudablemente superior a los tres el día 30 de marzo de 1823, abdicando en Tacubaya una corona que podía fácilmente conservar. Bolívar usurpó el mando y no supo dejarlo, Napoleón abdicó dos veces

por fuerza, porque toda la Europa se había conjurado contra él, Washington no se halló en este caso y así no puede asegurarse lo que habría hecho. Iturbide, pues aparece *solo*, dando este noble ejemplo de heroicidad, despojándose del poder supremo voluntariamente y por un acto de puro patriotismo, que las generaciones venideras apreciarán en su verdadero valor. ¡Gloriémonos de que haya nacido en nuestra patria!

CASTILLO Y LANZAS
Joaquín M. de

El señor Castillo y Lanzas ha publicado sus poesías el año de 1832 en Filadelfia. Es hijo de Jalapa, en México; cuenta hoy cuarenta años de edad y ha visitado algunos pueblos de la Europa y de los Estados Unidos de América. Mediante la administración del general Paredes, ha sido ministro de Estado en el departamento de Relaciones exteriores.

1
MI DESEO

Si yo canté algún día merced de la fortuna a los favores del campo el alegría, la risa de las flores y de inocentes senos los amores: amor, campo ¡ay! y flores perdieron a mi vista sus bellezas y son ora dolores, ya no dulces ternezas lo que dan de mi mal las asperezas.	5	¡Oh bosques silenciosos de mi dulce Jalapa!, ¿cuándo, cuándo darán vuestros umbrosos senos abrigo blando al corazón contino lamentando? En tan deseado asilo y de vuestro follaje al manso ruido descansando tranquilo, yo quedaré adormido y conmigo mi mal, en grato olvido.	20
Turbio traigo ora el seno de tan largo penar cual le ha cabido y mi vivir sereno, apenas conocido, en grave agitación se ha convertido.	10	Y entre guijos bullendo, derramando el consuelo en su frescura irá el raudal corriendo, murmurando ternura y al sueño breve prestará dulzura.	25
	15		30

Notas:

1. En AP, p. 393; en Joaquín M. de Castillo y Lanzas, *Ocios juveniles*, Filadelfia, Imprenta de E. G. Dorsey, 1835, pp. 36-37.

2
UNA REVOLUCIÓN

Yo vi, la diestra armada de sangriento puñal amenazante, a la AVARICIA osada con energía pujante congregar a las huestes arrogante.	5	al orbe estremeciendo, viéndolas denodadas a cometer el crimen preparadas. Yo vi entonces alzarse la mortífera daga del tirano y en el seno ocultarse, ¡ah, furor inhumano!	10

de su patria infelice, por su mano.	15	y partiendo ligero	
Yo oí luego gemidos		ir el trueno a anunciar el hecho fiero.	25
y prolongados, fúnebres clamores		Yo oí clamar ¡Victoria!...	
y hórridos alaridos		y a la AVARICIA ¡oh, caso sin ejemplo!	
que entre llanto y temores		en el solio de gloria,	
anunciaban a un tiempo esos horrores.	20	usurpado, contemplo;	
Yo vi el sol cubrirse		y de Patria y Virtud destruido el templo.	30
de inúsito vapor y el cielo entero			
negro capuz vestirse			

Notas:

2. En AP, pp. 393-394; en *Ocios juveniles*, pp. 37-38.
v. 21. *Ocios juveniles: encubrirse* (por *cubrirse*).

3

A LA SEÑORITA DOÑA... EN SUS DÍAS

Aurífera brillando la alta frente		Así rápida vuela nuestra vida,	
y en traje de alegría		Lesbia, así tu hermosura;	
aurora abre felice en el oriente		ésta que a deleitable amor convida	
la puerta al nuevo día.		en singular ternura.	
Abrázala afectuosa la natura,	5	¡Ah! no estéril perezca; si en ofrenda	25
que en su contento llora;		preciada de himeneo	
el reino alado ensalza su ternura,		en su ara la tributa, cara prenda	
los mortales su gloria.		de un conyugal deseo.	
En el pensil, a Flora consagrado,		Y por Virtud regida con clemencia	
ya la purpúrea rosa	10	tu alma placentera	30
se alza en rara beldad, su cerco alado		haga, cuando finare tu existencia,	
abriendo deliciosa.		tu fama duradera.	
¡Que alargar sus encantos fuera dable!		Así la blanda rosa, cuando expira	
Mas presto ¡oh desconsuelo!		destruida su elegancia,	
de la llama despojo lamentable,	15	en sus reliquias plácida respira	35
cubrirá mustia el suelo.		dulcísima fragancia.	
Nacer, brillar, morir, obra es tan sólo		Tal es mi voto, Lesbia: ¡óigalo el cielo!	
de un brevísimo paso;		Y, cual en este día,	
y si, al salir, riente la halla Apolo,		¡muy venturosa dete aquí en el suelo	
yerta vela a su ocaso.	20	larga existencia y pía!	40

Notas:

3. En AP, p. 394; en *Ocios juveniles*, pp. 47-49.

EL PATRIOTISMO

Cuando la antigua Grecia florecía, cuando Roma señora dominaba, con celo el <i>patriotismo</i> se abrigaba, su nombre con placer se repetía.	a la victoria misma embellecía.	
A su impulso toda alma en sí sentía	Mas su celeste llama gloriosa ya no cual antes muéstrase tan pura ni cual antes es hoy tan ardorosa.	10
fuego que al heroísmo la incitaba y éste, que de victoria se orleaba,	5 Entronizada la <i>Avaricia</i> oscura, «yo reina soy», exclama ella imperiosa, «¡desconocerme es perdición segura!».	

Notas:

4. En AP, p. 394; *Ocios juveniles*, pp. 67-68.

LA VICTORIA DE TAMAULIPAS
CANTO

Al cielo eleva su himno de victoria el mexicano pueblo venturoso; y de nativa gloria y fúlgidos destellos rodeado, desciende el genio hermoso de sacra libertad.	Porque cerró el oído el justiciero Dios a los clamores del invasor impío que atrevido al meditar la más nefanda guerra	25
Acongojado, ante su faz divina se prosterna el mísero invasor y en la arenosa playa memoria eterna deja de su ruína ignominiosa.	5 invocó el santo nombre en sus furores. Al pueblo por su diestra engrandecido, al mexicano pueblo grato atiende, con brazo poderoso le defiende y al bando hostil dispersa, confundido.	30
Y entre el común aplauso, la española muchedumbre mirando, Palas ciñe al joven vencedor verde laureola.	10 ¡Mas a la Hesperia deshonor eterno! Sentada sobre ruinas y montes de cadáveres sin cuento, sus males llora y desventuras dinas; y a la contrita voz del desengaño puesto el atento oído,	35
Si benigno quisiera el dios del Pindo acierto y energía dar a la musa mía, la porfiada lucha describiera en que la altiva saña domada fue de la arrogante España; domada por los hijos valerosos	15 señala con el índice a los pueblos el cuadro de lo que es y lo que ha sido. Allá el fulgente sol sus rayos lanza dando brillo mayor a una corona que era en dos hemisferios acatada; 20 acá, se ve caída, destrozada, entre sendos despojos confundida y bajo un bello cielo que, negando sola a ella su esplendor, toda otra parte está con vivas luces reanimando.	40 45
de la ardiente Zempoala, que arrojando la furia de la hueste embravecida, dieron en Tamaulipas nueva vida y esplendor a su patria independiente.		

Mirad, cómo destruido
yace aquel cetro horrendo
que estableciera entre el marcial estruendo
un nuevo Cid audaz. Grandioso cuando
de *san Esteban* designó el asiento
entre bélicos cantos de alegría;
mas de estrago crüento
asunto lamentable en este día.
¡Tanto pudo en la mente del tirano
la falaz esperanza fabricada
sobre bases aéreas de conquista!
¡Tanto el ardor insano
de la venganza atroz nunca aplacada!

«*Anáhuac* en civiles disensiones
exige –dijo– el freno saludable
de nuestras sabias leyes.» ¡Oh inaudita
ilusión, a sí sola comparable!

Qué pues, ¿aherrojarnos se pretende
con infame baldón, cuando supimos
volver con dignidad a nuestros fueros?
¿Y cuando a los mortíferos aceros
de la opresión inicua caer vimos
víctimas a millares,
en su sangre tiñendo los altares,
en su sangre este suelo,
restaurar se desea
el afrentoso yugo, renovando
días de luto y duelo y sufrimiento?
Ah, que en su necio orgullo devanea
esa nación, que un tiempo al orbe dando
ejemplo de virtudes peregrinas,
de su envidiable elevación sublime
cayó por siempre y oprimida gime.

¿Y qué bienes dejonos en herencia?
¿Qué males no sembrara en nuestra tierra?
¿Y opimos esperaba
que de ahí frutos naciesen...? Sólo guerra:
otro medio ninguno nos restaba
contra la usurpación, cuando el momento
mil veces glorioso
de regeneración era llegado
y por la voz de un héroe proclamado.
Momento que el Eterno
había en su alta mente prefijado

50 para oprobio condigno de un gobierno
que con furial poder regir quería; 95
momento en que debía
anunciarse la nueva a las naciones
del tránsito a la lista de los libres,
55 rotos de esclavitud los eslabones
de un numeroso pueblo; en fin, momento 100
en que se realizase el grato triunfo
de la razón divina y la justicia
contra la iniquidad. Movi6 los pechos
60 en ellos infundiendo noble aliento
y con suma clemencia 105
las vías preparó y heroicos hechos
que guiaron la nación a su contento,
a libertad y dulce independencia.

65 Y contra aquel decreto irrevocable,
contra esa animación toda divina, 110
¿qué prepotencia humana bastaría?
El Altísimo dijo: «Oh tiranía,
hasta aquí: ya este pueblo tu execrable
imperio a destruir de hoy se encamina».

70 Los cielos aplaudieron la justicia; 115
tremó toda la tierra conmovida
y la brillante espada desceñida
vibrando el noble Hidalgo
75 la libertad proclama. 120
Cunde veloz su llama;
retiembla formidable el solio hispano;
mas a la lucha ordena a las legiones
que marchen y que sacien su venganza
80 en la sangre del bravo mexicano. 125
Atónitas, observan las naciones
la pugna truculenta que amenaza
en páramo tornar la pingüe tierra;
mas las palmas batiendo,
indicios dan de celebrar la guerra.

85 En ella sucumbieron 130
mil ilustres patricios, cuya gloria
no borrará jamás el tiempo austero;
ni la de aquellos ínclitos varones
90 que en la sangrienta lucha libertados 135
del enemigo acero,
sellaron en cadalsos su memoria.

Su sangre, por la patria derramada,
 ¡ah! no estéril corriera.
 De desastrosa tempestad cargada,
 oscura, horrible nube suspendida
 sobre IGUALA improviso se descubre
 y una vasta expansión en torno cubre:
 con estrépito horrísono reventia;
 vuela el rayo flamígero y ahuyenta
 las Hespéricas haces. Confundidos,
 los restos de esa vana muchedumbre
 caer ven de su templo la techumbre
 y a su suelo regresan. Las columnas
 del gaditano estrecho se estremecen
 y las duras cadenas con que unidas
 estaban al Anáhuac, derruidas,
 sumérgense en el piélagos. Cordiales
 sobre la patria llueven bendiciones;
 y en premio a tantos males
 cubre el oprobio a la nación ibera;
 y la eternal barrera
 diamantina se cierra, que separa
 el país de Moctezuma venturoso
 del reino de Femando tenebroso.

Mas no suele huracán el más violento
 imprimir por do pasa tan funestas
 señales de su aciago poderío,
 como en esta alma tierra por desdicha
 dejó el dominio de la España impío.
 ¡Ay! si jamás tan negra tiranía
 hubiese contra aquélla conspirado,
 ni del saber triunfado
 la estólida ignorancia,
 ni la superstición de la adorable
 celeste religión, ¡cuál otra fuera,
 destruida la coyunda del tirano,
 la suerte del Anáhuac! Nunca fiera
 su cuello hubiera erguido,
 ni en la tierra ruínas esparcido
 de la sangre nativa mancilladas
 la hidra monstruosa de anarquía,
 ni de tornar a ejércitos y armadas
 con tan ardiente empeño
 a la soberbia España
 tal causa la daría.

Mas torpemente en su rencor se engaña.
 Antes, aunque entre anárquica inclemencia,
 Anáhuac ser prefiere soberano
 que en servil existencia
 tornar al yugo innoble del hispano. 185
 Esto, empero, el hispano no ha pesado;
 y pues velo turbado,
 que Anáhuac pide, juzga exagerante,
 su auxilio y su regencia:
 ¡oh juicio temerario y arrogante! 190

De un pueblo que, ilustrado,
 juró no más sufrir duras cadenas
 y que de la honda sima
 de oscuro despotismo
 alzó con heroísmo 195
 a la brillante lumbre
 de libertad la sien ante abatida,
 ¿razón será se exija que en la infancia
 diere estable la paz y la abundancia?

¿Cómo a ese señorío, 200
 sobre sólidas bases cimentado,
 que admiración al orbe ha producido
 elevarse han logrado
 las naciones más ínclitas que ha habido?
 Viérase de entre el humo 205
 de la sangre patricia, que a torrentes
 inundara los campos, las ciudades,
 nacer la clara estrella
 de suspirada gloria; las maldades,
 expiadas en cadalsos imponentes, 210
 cesar ante el rigor de la justicia;
 y en pos venir propicia
 la dulce paz a cimentar el lazo
 de unión indisoluble,
 venir, aún ¡ay! su palma salpicada 215
 con la sangre en discordias derramada...
 Paz cara si con ella redimida
 fuese la libertad y toda fuente
 de bárbaro dominio destruída.

¡Mengua, empero, afrentosa 220
 al pueblo que deifica a su tirano
 e imprime el labio süave en la mano
 que los hierros le forja; o que, indolente,

tolera al ambicioso que el cetro empuñe de opresión odioso!	225	libre de degradante cautiverio, y nuestras justas leyes por siempre más recobrarán su imperio.»	
Sufrir no pudo Anáhuac en su seno doméstico tirano. La aura bella del pueblo entusiasmado, que de su amor y su renombre lleno su triunfo alzaba a la polar estrella,	230	Dice, y con voz tremenda publica a sus cohortes mercenarias de la arrogante empresa el firme intento y a estas playas remotas señalando el término les muestra a su ardimiento.	270
turbóse, y se deshizo con violencia no bien ya viera en déspota tornado su gran libertador: a triste exilio por el voto común fue condenado el que a su patria diera independencia.	235	Sus alas la Esperanza prestando a los bajeles equipados cortan el ancho golfo arrebatados, y llegan. Los pendones despléganse y de parches y clarines nuevo estridor resuena	275
¿Y la Iberia así juzga de este suelo fácil la reconquista? ¡Qué delirio! Más asequible fuera que hoy al Asia libertad y esplendor diese el asirio.		y el bronce honda señal deja en la arena.	280
Mas no ve que esforzando su voz por atraerse las naciones, ríen de ella, presagando que al blasonar de fuerte se lanza a cierta muerte.	240	¡Al arma, ciudadanos! Aprestaos a la guerra, que huellan nuestra tierra con sacrílega planta los hispanos!	285
Y cual feroz guerrero al peso de los años encorvado, entre la nieve de sus canas fiero, respira aún y arranca del olvido su antiguo ardor: así <i>ella</i> a la memoria de su pueblo revive,	245	Con animado rostro, en que se vía profética señal de la victoria lucir encantadora, noble adalid del suelo anahuacense, Santa-Anna se presenta y dice: «Amigos, los duros opresores de la patria osado han temerarios invadir nuestro suelo y sus planes nefarios pretenden ocultarnos bajo el velo de nuestra religión y bien seguro.	290
lamentando falaz nuestra anarquía, su para siempre extinta nombradía.	250	¿Quién en ellos no advierte que lo que anhelan más es nuestra muerte y la renovación de su dominio? Completemos veloces su exterminio y en una heroica y rápida jornada quede tal arrogancia escarmentada y el pueblo mexicano libre por siempre más de su tirano».	295
«Tiempo es –exclama– fuertes castellanos a vuestro honor volviendo por azar de la adversa suerte ajado, que lidiando y venciendo con vuestro brío usado, resplandecer hagáis en la victoria vuestra preclara gloria.	255		300
La fama largo tiempo adormecida, que tanto fatigaran las hazañas en entrambas Españas de vuestra ilustre raza esclarecida, hoy pide resonar con nuevo aliento vuestros triunfos. Sí; llegó ya el día en que sea la justicia vindicada,	260	Y ordena que del tiempo robando los instantes presurosos, vuelen por mar y tierra campeones de Zempoala valerosos.	305
	265		

El pardo lino al aura desplegando
aprestadas las naves,

el campo con las proras van surcando
del ponto bramador. «Brisas, süaves
sopladas, y no se vea
oscurecerse el cielo proceloso
ni el férvido oceano
sepulte en su ancho abismo tenebroso,
sin honor al valiente mexicano,
estas frágiles naves;
¡ah! ni esta juventud, que de la patria
es blasón distinguido.

Adiós, adiós, oh jóvenes guerreros;
inscrito en vuestra frente está el destino
de gloria que os espera.
En ecos de la fama vocingleros
la nueva lisonjera
vendrá de vuestro triunfo peregrino.
¡Volad, venced...!» Así del mar orilla
clamando, los que quedan siguen fieles
con los ojos las naves que se alejan,
y esperanzas hermosas
en pos de sí al apartarse dejan.

Si fuese por ventura
dado a mi humilde lira
más elevado son cuando procura
encarecer los hechos gloriosos
de los dignos guerreros nacionales;
fausta en esta ocasión celebraría
la excelsa bazarria
del ínclito caudillo mexicano,
que a fuer de más valiente
en pobres navicillas mofa ufano
la ciencia y vigilancia del hispano,
que cuando más distante
creíalo ¡error! lo tiene frente a frente.
La historia en sus anales
consagrará este rasgo de ardimiento,
del final triunfo anuncio verdadero;
el fallo general ha pronunciado
de admiración su asiento lisonjero.

¡Y oh, mágico poder imprescindible
del patrio amor en pechos generosos!

¿Pudo la ostentación de la clemencia,
con que dorar sus fines el hispano
iluso pretendía,
desviar en el pecho americano
el amor a su cara independencia
y el que a su patria sola le debía?
Jamás, ni en uno pudo:
si con mayor desdoro
a su nota perfidia, impenetrable
vio siempre a sus halagos y vil oro
de permanente honor el firme escudo.

Y cuando los agrestes moradores,
insólito mormullo percibiendo
por la tendida playa, numerosos
aquellos invasores
vieron que en densas filas la ocuparon,
huyendo presurosos
al punto sus hogares desolaron;
y jóvenes y ancianos,
del uno y otro sexo promiscuados,
de los montes volaron al seguro.
De allí luego, los senos alentados
a la común defensa de la patria,
con ímpetu, volviendo, en choque fiero
a escarmiento muy duro
somete el campesino al vano ibero.

Cual suele devorante
llama que entre las mieses ha prendido
arder, crecer, volar, ruinas causando;
tal desde el nuevo puerto, defendido
por el hesperio bando,
con ímpetu saliendo
y con furia leonina combatiendo,
hasta la capital a que dio nombre
el celoso patriota *Villerías*
con su caudillo al frente
la hueste abrióse paso osadamente.

Por no esperadas vías
llega entonce indignada
donde el antiguo pueblo al nuevo mira
la legión de Zempoala valerosa,
de castigar ansiosa
y con mano esforzada
esa sin tasa asoladora ira.

Oscuro manto teje silenciosa
la noche y en su sombra sepultado
lo futuro, lo de hoy y lo pasado,
todo en olvido plácido reposa.
Su luz niegan los astros en el cielo, 400
mientras acá en el suelo
aquí y allí confusa se discierne
en la estancia de odiosa servidumbre
de breve luz la trémula vislumbre.
A la quietud el bravo mar se inclina 405
y no brama tan fiero
do a recibir del Pánuco las aguas
tan cerca a nuestra costa se avecina,
que cual de ello ofendida
repele sus encuentros, e indignado 410
sepulcros hondos labra
en que abismar la triste nao procura,
y el tesoro y el dueño infortunado.

Do quier silencio. ¡Un punto hizo natura,
atenta a la vandálica locura! 415

Mas, improviso, ¿qué festivos sonos
de oscuridad rasgando el denso velo
a herir agudos llegan los oídos?
Y aún otra vez... y aún otra...
¡Oídllos con estruendo repetidos! 420
Voces son del hispano
que, en beodo festín, envanecido
su triúnfo canta ufano;
y cual si de él hubiese dependido
el éxito final de la campaña, 425
árbitra de la paz aclama a España.

La nueva noche al impaciente día
sucede al fin, y al sueño y al sosiego
sus alas tiende. El héroe de Zempoala
llevar súbito opina hierro y fuego 430
al enemigo campo. Viérase al instante
ufanos los valientes congregarse
sin sacudir el parche resonante,
sus armas requerir y con presteza
en arregladas filas ordenarse. 435

Y a ser primero en el peligro, al frente
SANTA-ANNA se coloca noblemente
y dice: «Anahuacenses,

un hemisferio tiene en este día
la vista en vos fijada, 440
impaciente del fin de esta jornada.
A vuestro arresto y noble bizarría
toca dejar la patria libertada,
la impía turba invasora destruida
y aquella ardiente expectación cumplida». 445

«Cúmplase» respondieron,
y en presurosa marcha se pusieron.

En débiles esquifes
con tal cautela el Pánuco atraviesan
que lo sintiera apenas el mismo río; 450
y de nuevo se ordenan. Y con brío
por tres puntos distintos, de concierto,
entre vivas a Anáhuac soberano,
raudos el campo asaltan. Sacudido
el aura en tanto al hórrido estallido 455
del fulmíneo cañón, anuncia cierto
el resistir de aquel protervo bando,
que de los firmes techos murallados
presentando al asalto resistencia 460
arroja con prestísima violencia
terrible destrucción. Y de aprestada
al combate enemiga navecilla,
mortífera retumba por la orilla
el bronce estallador. Oh, cuál se vía 465
en esa hora funérea
nacer, gimiendo, en pálidos fulgores
fatídico esplendor, que en los horrores
al punto disipado
de aquella oscuridad, el alma hacía 470
tremar al contemplar ¡ay cuánta muerte!
y de viudez y de orfandad y duelo
¡cuánta ocasión a arbitrio de la suerte!

¿Mas qué manda la patria en su defensa?
O vencer o morir. La ley es esta:
pompa triunfal o decorosa pira. 475
Tiemble, tiemble el servil a quien denuesta
el poder que a morir le ha religado;
mas al libre soldado
la gloria nacional aliento inspira:
por ella no le aterra 480
el rostro horrible de ominosa guerra.

La noche a paso lento caminaba,
de la escena luctuosa complacida;
raya la aurora, tímida esparciendo
su luz, tras de las nubes escondida.

Mas aún no se doblega el ardimiento
de aquellos zempoaltecas esforzados
que su patria defienden
y dulce libertad. Rotos, lanzados
do quier los opresores
de la alta posición do se muraron,
en tierra dan, con desusado estruendo;
y en mayor saña ardiendo
y sus cárdenos labios
de la espuma de su ira revestidos,
sus ojos centellantes, encendidos,
tornan a la pelea, redoblando
sus golpes, con usura retribuidos;
y en gritos furibundos prorrumpiendo
execran la ilusión que a tan horrendo
término, sin honor, trajo sus días;
y en el lance fatal en que se miran
rápidos se abalanzan, cual la hiena
del hambre devorada
su infausta presa bárbara arremete;
más rápidos al punto se retiran
y el escarmiento su furor enfrena
y a ser menos osados les somete.

Un clamor de las haces nacionales
entonces se levanta, que pronuncia
«Muerte a la turba hispana»; y preparadas
al fiero acometer, blanden sanguíneas
sus tajantes espadas,
cuando... ¡Victoria, oh cielo! ved que ondea
señal de paz el domeñado ibero:
¡cese, cese la guerra,
que el rugiente león besó la tierra!

Inesperado luego
estrépito confuso se conmueve;
y de polvo una nube
oscureciendo más al cielo sube,
y una guerrera multitud se observa
en tropel agitado aproximarse,
y en los rostros fijarse
del ibérico resto el rojo tinte

de renaciente gozo:
en sus senos revive la confianza
y el ardor no encubierto de venganza.

«Todo no está perdido
–exclaman animosos–;
el cielo con piedad nos ha mirado:
nuestro número así multiplicado,
la ley demos, la muerte, victoriosos».

¡Ilusivo clamar! ¿La ley, la muerte
dar el vencido al vencedor? ¿Qué vale
crecer en fuerza, cuando adversa suerte
su sello ya imprimió? Del debelado
la triste relación de aquel suceso

los senos de pavor había helado.
Y así como en Junín, donde brillaba
el gran *Libertador*, sobre su frente
el bello nombre de COLOMBIA escrito,
rayos de luz tan viva y refulgente
en torno despedía, que el hispano
sin voz, sin movimiento,
sólo para la fuga tuvo aliento;
así no bien del *héroe mexicano*
el nombre ilustre el invasor oyera

y vencedor le viera,
que atónito, confuso y reducido
a ingrata humillación, en tanto admira
la estrella hermosa de su ilustre fama,
sólo a pedir acierta
que sea el combate aciago suspendido.

Y quintuplas las filas enemigas,
que pasen libremente
sin mengua de la patria a los honores
dejan las mexicanas, cual si amigas,
los pendones del águila flameando
y al compás de ruidosos atambores.
¡Oh gloria a los valientes que estamparon
allí su prez impávidos triunfando!

Tal entre el numeroso
concurso de los astros y cercado
de vivo resplandor, hender se viera
la alta región cometa majestuoso.

Orilla el río undoso
un fortín en las *Piedras* se levanta
y en sitio poderoso

el dominio asegura de las aguas que mansas a lamer llegan la planta de un elevado monte pedregoso. Del <i>Humo</i> en la planicie, al nivel y vecino de esas aguas, queda un bastión en breve construido.	570	La <i>libertad</i> , la patria <i>independencia</i> jamás, ¡ah! no, con opresores reyes transigirán infames; ni halagüeño, con rostro seductor, pérfido hispano doblegará a su antojo nuestras leyes.	615
De <i>Cecilia</i> está el paso guarecido por los bravos que guía el ilustre <i>Terán</i> , a quien corona de frondoso laurel Minerva pía. El águila de Anáhuac allí alzada, sus alas extendidas, a diestra y a siniestra el punto cubre de la enemiga furia desatada.	575	Tocaba ya la tregua su término fatal, cuando turbada su faz natura muestra presagiando siniestra horrible tempestad. No bien formada, con violencia indecible se desata y su influjo dilata	620
¿Qué resta al invasor? Morir heroico, su lealtad mostrando, o a discreción sin límites rendirse del noble vencedor. Morir, lavando con lustración de sangre la injusticia. Mas si sobrarle pudo la sevicia, del generoso aliento carecía que al honor salva y presta nombradía.	580	asolador al reino del Oceano; y ¡oh! entonces brama horrendo, aquí espantosos vértigos formando, Allá su altura al cielo disputando y los diques rompiendo sobre las playas nuevos lechos tiende. Horrisonos desátanse los vientos y cuanto a ellos se opone fácil cede,	625
Cual triste moribundo que próximo ya al trance de agonía gimiendo al despedirse de este mundo, del uno al otro día anhela prolongar, aunque angustiado, la ya trémula chispa de existencia; así el caudillo hispano, perdida la esperanza en aquella hora, quisiera ¡oh cuán en vano! el instante apartar de la victoria. Propone instante nuevas condiciones, empero ya la guerra por su misma natura le indicaba que su gloria final sólo estribaba en el agudo acero, no en razones.	585	caber en sí el Pánuco no puede, y con extraños ecos turbulentos el feudo de sus ondas, que a oceano debiera, lo tributa a las vecinas tierras, tornando en ruinas cuanto aniega por do con gran furor hirviendo llega.	630
O rendición total o cierta muerte: he aquí de la balanza los contrapuestos pesos. En tal lucha por la ambición y la ira provocada, derecho uno solo hay, el del más fuerte, pues en la fuerza y no en razón fundada está de la agresión el arduo empeño.	590	Caen los vapores densos deshechos en torrentes de agua inmensos. Y rompiendo en fragor hórrido trueno en ecos sonoros repetido, parte ignífero el rayo de do el seno de la tormenta está más denegrido.	635
	595	Y súbito la tierra se estremece y soterrano son bronco despierta y cuanto más la noche se oscurece más refulgentes vense nuevas llamas emitir los volcanes, con su irrupción inúsita esparciendo terror; y do los manes de los padres ilustres de la patria descansan apacibles	640
	600	en el eterno sueño, estos acentos, silenciando los vientos, oyéranse terribles.	645
	605		
	610		

«¿Y aún no vencidos son esos esclavos
que profanar osaran
la mansión de los libres e intentaran
en nuevo yugo uncir a nuestros bravos?
¿Hasta cuándo, hasta cuándo
tal desacato sufrirá el Anáhuac,
tan criminosa audacia, tan nefando
fruto de la soberbia castellana?
Hollad la pompa vana
de esa vil , mercenaria muchedumbre;
y a la radiante lumbre
de sacra *independencia*
los senos inflamados,
marchad, volad, acometed osados,
oh dignos defensores de este suelo,
que fue siempre clemente
a la *justicia* el poderoso cielo.
Y por él triunfareis; y restaurada
la patria a dulce vida,
vuestros nombres gloriosos
benedicirá constante agradecida.

Sí, patria, fuente hermosa
de virtudes sublimes en las almas
de aquellos que te adoran
con invariable fe, ¡patria amorosa!
Hoy sólo a tu defensa consagrado,
de tu ardor alentado
empuñando el acero,
digno de ti e impávido el guerrero
vengará tus ultrajes; y humillada
la arrogante cerviz será por siempre
del odiado opresor. Desde hoy sellada
será tu libertad esclarecida.
Del invasor oscuras con la sangre
correrán presurosas,
correrán murmurando
las aguas abundosas
del Pánuco llevando
la noticia a los mares
del eterno baldón al nombre hispano.

Y la afligida Hesperia
capuz pondrá de luto
por los sus caros hijos inmolados
que al huracán violento
de agitadas pasiones y sangriento

rencor y sed de sangre y de venganza,
del natal suelo fueron arrancados.»

Cesó la voz y suspendiose en torno 705
pavorosa y solemne la tormenta;
mas, de nuevo, terrífica revienta.

Aquel sublime ardor inextinguible,
aquel perseverar a todo trance
con singular constancia, 710
dotes del alma noble donde impera
seguro el heroísmo,

resplandecer con grande honor se vieran
en los hijos de Anáhuac. ¿Quién pudiera
los afanes decir, las penas graves, 715
continuas privaciones y fatigas
que allí los obsediaran?

¿Y aquel sufrir paciente, no apreciado,
que aun a gentes extrañas y enemigas
digno fue de admirar? A él hoy se debe 720
el espléndido triunfo que cantara
con júbilo sin par la patria mía;
y el vencedor hoy bebe

por él, en raudal puro cual la clara
diurna luz, las aguas de ambrosía 725
de la inmortalidad. ¿Quién podrá fuerte
esta gloria eclipsar? ¿Quién...? ni aun la muerte.

¡Oh de inmortal renombre
justamente ensalzada
heroicidad, espléndida y proficua! 730
En vano equiparada
ya por la envidia inicua,

ya por la mente de hombres delirantes,
con la que ¡ay triste humanidad! producen,
no dignos de servir jamás de ejemplos, 735
los hechos en el crimen más flamantes
del atroz fanatismo

o de ambición audaz, a quien ha alzado
el vulgo iluso majestuosos templos.

De triunfos harto, con sangriento acero 740
a someter la India marcha fiero
el joven Macedón. El Indo pasa
y el tributario Hidaspe; lidia, vence
al denodado Poro y luego exclama:
«¿Quién creyera, atenienses, 745

que a tan vastos peligros me fíase por merecer de vos ilustre fama?».		
Fama; ¡ay! con caracteres de sangre registrada en los anales de la historia veraz... La Parca llega,	750	
corta del ambicioso el rauda curso; en su más vigorosa lozanía derribale a la tumba, y destruido deja su hercúleo cetro tan temido y su imperio anchuroso en anarquía.	755	
Mas el que combatió con fuerte brazo dando estabilidad en la victoria a la ley nacional y nueva gloria a la invicta, sagrada <i>independencia</i> , engarza su memoria en dulce lazo al corazón del que ama su cara libertad, y en noble herencia da a la posteridad su clara fama.	760	
¡Envidiable el que logra en vida tal renombre asegurarse y en la esfera del tiempo perpetuarse, cual en la etérea azul astro fulgente que no toca jamás en su poniente!	765	
Ardiendo en sed de gloria y de lanzar al invasor ansioso del profanado suelo, el patrio bando que le conduzcan pide a la victoria. «Venzamos, y un momento no logre más el insidioso hispano burlar nuestro indebido sufrimiento: sepulcro a su ambición la arena sea; y de sangre en torrentes inundado, honor y vida a un tiempo aquí resigne.»	770	
A la lid preparado, en columna ordenada se presenta. Reina la noche y el silencio reina, y osténtase serena la faz del cielo; mas doquier cargada de míseros despojos la ribera, en que se estrella fiera con son ronco la mar.	780	
La voz es dada. Y marchan y se acercan y al asalto se arrojan denodados: la estacada	785	
del erguido fortín, atrincherado y de tonantes bocas coronado,		790
salvan con gran valor; el foso pasan con ímpetu veloce, presentando cual fuerte muro el pecho generoso. Regido por la mano del encono abre el cañón ibero, retumbando,		795
larga calle en las filas que se cierran; y de nuevo otras abre, que cual antes se cierran sin tardar; y no se aterroran los libres al horror, si más pujantes avanzan, con intrépida firmeza,		800
y ya con los contrarios brazo a brazo la lid, el campo, el suelo en cruel porfía disputan a la vez; y de humo envuelto en densa niebla sube el grito insano de lúgubre agonía.		805
Vuela activa la muerte. Un hondo lago forma en raudal la sangre; y foso y río y mar en ella tintos de aquel choque postrero muestran cuánta es la tremenda furia: allí hacinado un cuerpo sobre el otro cuerpo frío de los que sucumbieron se levanta sangriento valladar, que es derribado, y flotan sus reliquias lamentables sobre las aguas, lentas se moviendo.		815
Asoma el día viendo infinitos despojos miserables. <i>Barradas</i> se horroriza, tiembla, cede mirando cual su huerte es destrozada; y pues no hay esperanza que le quede, a rendición se abate, ilimitada.	775	820
¡VICTORIA! el patrio ejército proclama; y la vecina sierra, los ecos remedando de la fama, difunde del Anáhuac por la tierra en claro son el grito de ¡victoria!	780	825
Las cúspides excelsas, do perenne nieve reluce en cándida hermosura, en luz bañadas áurea diadema se ciñen y publican la ventura.	785	830

¡Gloria por siempre al inmortal SANTA-ANNA! Y gloria a los valientes que a la patria librarán de la ensorbebecida hueste hispana!		Si a yermo redujeron los tiranos con mano férrea un día esta alma tierna en dura, inicua guerra, ha sido para siempre destruído el cetro de opresión: el gran coloso de bronce reducido a polvo por los héroes que vencieron y eterno ser te dieron.	875
«¡Gloria –el pueblo responde–, gloria a <i>Santa-Anna</i> !» Y desde el claro oriente hasta do el sol se esconde, y del polo boreal al meridiano, ya en hombros de los Andes conducida, ya por el vasto imperio de Oceano, es llevada la fama de su nombre; y en letras de diamante, que a par del tiempo viven, esculpido.	835 840	¡Ay! si torva la parca segar pudo inmaturos algunos de tus dignos defensores, jamás, no, la memoria extinguirse de sus hechos puros, ni sus ilustres nombres: consagrados en los hermosos fastos de tu historia, con amor serán siempre recordados.	880 885
¡Oh joven vencedor! Si en tu carrera ha sonreído apacible la fortuna y la patria felice te numera entre sus nobles hijos predilectos; la patria de ti espera nuevos triunfos aún, nuevas venturas, que sin duda el destino ha señalado a tu reputación. Cuando seguras la paz y la abundancia, y el orden firmemente cimentado deban su alto esplendor a tu gobierno, y cual suave incienso de fragancia se eleven hasta el trono del Eterno las preces de un gran pueblo agradecido, entonces en la tierra tu destino, íncrito vencedor, será cumplido.	845 850 855	En tu espléndido templo inscritos se hallarán con letras de oro y a tus aras cantando el grato coro de tus adoradores, a sus hijos habrán de señalarlos para ejemplo.	890
Vos, de Zempoala ninfas agraciadas, tejed de mirto, de azucena y rosas guirnaldas preciosas. Salid, que viene el héroe esclarecido, nuestro libertador. Mil parabienes a tributarle id por la victoria que júbilo inefable y alta gloria ha dado a la nación. Y con alegres voces cantad el triunfo celebrando, al himno general acompañando.	860 865	¡Oh, cara <i>independencia</i> ! con dulce hechizo tú los corazones riges a tu placer. En tu presencia acállase el furor de las pasiones y el grito de ambición. Tú restableces la vacilante unión, signo de gloria; y en la sangrienta lucha tú ennobleces el firme ardor que guía a la victoria.	895 900
«¡Oh, dulce independencia! Ídolo de los pechos mexicanos, turbada no será más tu existencia.	870	¿Qué falta a tu esplendor, hija preciosa de celestial razón? Por ti grandiosa, entre los pueblos libres se numera esta patria perínclita, y su fama de clima en clima vuela lisonjera; por ti feliz se aclama y por ti sola ufana gobierna sus destinos soberana.»	905
		Mas cesa, musa mía, débil aún para que el vuelo elevés a tanta altura, di ¿cómo te atreves	910

a celebrar la gloria y bizarría
de los bravos campeones de este suelo,
asunto que requiere
otra mejor dotada fantasía?
Deja, deja a la fama, que publique
a las distantes gentes de la tierra
y a los mares el fin de aquesta guerra.

Y yo la blanda cítara colgando, 920
tornaré a do me espera
915 holganza placentera,
dulcísima ventura
y renovada, bella paz segura.
Veracruz 1832.

Notas:

5. En AP, pp. 395-408; en *Ocios juveniles*, pp. 120-157. | En *Ocios juveniles*, después de Canto y antes del primer verso aparecen unos paréntesis dentro de los cuales se asienta: “Publicado en Veracruz en 1832”; esta indicación aparece al final del poema en AP.

v. 21-22. [*N. del a.*] Veracruzano fue el jefe de la división de operaciones contra los invasores; los recursos para la campaña en Veracruz se suministraron; y del estado veracruzano eran la mayor parte de los cuerpos militares que entraron en esta gloriosa lid.

v. 54. [*N. del a.*] Pánuco se fundó el año 1520 [1522], por orden de Hernán Cortés, con título de San Esteban del Puerto.

v. 78. *Ocios juveniles* y AP: *Há* (por Ah); corrijo.

v. 284-285. [*N. del a.*] Anuncios se tenían en la república de la invasión que se proyectaba, algún tiempo antes de que se realizase; mas tan vagos, que para algunos todo era problemático, mientras que otros se reían altamente de la credulidad de aquellos que daban fe a semejante *sandez*. Entretanto a ninguno se le había revelado sobre qué punto de nuestra costa estaba destinada a efectuar su desembarque la expedición. En medio de esta general incertidumbre y después de la media noche del 1 de agosto de 1829, llegó a Veracruz, donde a la sazón se hallaba el general *Santa-Anna*, la noticia de que los españoles habían desembarcado en *Cabo-Rajo*, situado en frente de la isla de Lobos, a cincuenta leguas del puerto de Veracruz y en el estado del mismo nombre.

v. 315-318. [*N. del a.*] Tan frágiles eran, en efecto, comparadas con las muy superiores enemigas, que parecía poco menos que temeridad el fiarse en ellas a los inminentes riesgos consiguientes en esa ocasión. Por eso el comandante de la escuadrilla francesa, que en aquellos días se hallaba surta en Sacrificios, trató de disuadir al general *Santa-Anna*; mas no pudiendo lograrlo, concluyó diciéndole, según refiere el autor de las *Memorias para la historia de la invasión española*: «Señor general, voy a estar a la expectativa de su jornada; y si es feliz como me dice que ha de ser, diré en llegando a Francia, que a usted le acompaña toda la suerte del hombre célebre que condujo su ejército a Egipto entre las escuadras inglesas» [cfr. Carlos María de Bustamante, *Memorias para la historia de la invasión española sobre la costa de Tampico de Tamaulipas, hecha en el año de 1829 y destruida por el valor y prudencia de los generales don Antonio López de Santa Anna y don Manuel de Mier y Terán, en el corto espacio de un mes y quince días*, México, Imprenta del C. Alejandro Valdés, 1831].

v. 332. *Ocios juveniles*: *par* (por *por*); sigo AP.

v. 357. [*N. del a.*] Véase la proclama del capitán general de Cuba, del 17 de junio de 1829, la del mismo Barradas, etc., publicadas en los periódicos de esta ciudad y en otros de la federal hacia fines del mismo año.

v. 376-377. [*N. del a.*] En 31 de julio llegó el enemigo al Paso de la Aguada, distante ocho leguas de Tampico de Tamaulipas, y el primero de agosto continuó su marcha hasta el Paso de los *Corchos*, por donde se entra para Tampico el alto y Pueblo Viejo. En ese punto fue atacado por una sección compuesta de quinientos hombres, la mayor parte bisoños, con una pieza de artillería al mando del capitán de caballería Esparza, quien le hizo un destrozo de consideración.

v. 381-382. [N. del a.] Luego que arribaron a la costa de Tampico los invasores se apoderaron de la Barra y de la nueva población de Tampico de Tamaulipas, o Santa-Anna de Tamaulipas, pues uno y otro nombre ha tenido desde su fundación y habitación, aunque antes tuvo el último de los dos, profético a la verdad.

v. 385-386. [N. del a.] La ciudad de *Altamira*. Fundose en 1750 [1730] por el coronel don José de Escandón, quien le dio este nombre en muestra de su estimación al marqués de Altamira, oidor de Querétaro y uno de los individuos destinados por la corte de España para inspeccionar la conquista y nuevas poblaciones de aquella demarcación. *Villertías* con más noble derecho ha perpetuado en ella su memoria.

v. 456-457. [N. del a.] En los primeros momentos del asalto, nuestros artilleros no llevaban ningún cañón: el enemigo sí los tenía.

v. 495. *Ocios juveniles: revertidos* (por *revestidos*); sigo AP.

v. 522-523. [N. del a.] Avisado Barradas del asalto de nuestras tropas a su cuartel general en Tampico de Tamaulipas, abandonó precipitadamente la ciudad de Villertías y regresó a marcha forzada al referido puerto.

v. 535. *Ocios juveniles: «en vencido»* (por «*el vencido*»); sigo AP.

v. 539. [N. del a.] Publicose en la ciudad federal, algunos días después de la campaña, un impreso suelto en que hablando del mismo suceso a que hace referencia esta parte del canto se dice: «¡Pero qué os sucede, reconquistadores? ¿Quién os sorprende como el rayo en vuestro campo con un puñado de hombres? ¿Quién os da lecciones de valor, de patriotismo, de libertad y pericia militar? ¿Quién os estrecha y repliega a las trincheras de la ciudad que ocupáis, dejándose escuchar de vuestras súplicas luego que en lo más vivo de los fuegos indicáis con la bandera que queréis parlamentar? ¿Quién estrechado entonces por una columna poderosa de vuestras armas se sostiene con denuedo* y desfila con tambor batiente y bandera desplegada? Es el Annibal mexicano; *aquel que en Veracruz plantó el árbol precioso de la libertad, cuyo ser está a su cuidado y a su diligencia el que fructifique y crezca*».

Los versos que siguen en esta composición y hacen relación a *Bolívar* son tomados del hermoso canto a «La victoria de Junín». El señor Olmedo se servirá dispensarme por no haberlos trasladado *verbatim*: la idea es la misma suya. Véase aquí el pasaje original:

« Y es fama,
¡oh portento inaudito!
que el bello nombre de Colombia escrito
sobre su frente en torno despedía
rayos de luz tan viva y refulgente
que, deslumbrado el español desmaya,
tiembla, pierde la voz, el movimiento:
sólo para la fuga tiene aliento.»
(vv. 273-280 en esta edición)

* «Y tremolando gloriosamente el pabellón tricolor de los libres –dícese en et detall dado al supremo gobierno– marcha majestuosamente por en medio de más de quintuplicadas fuerzas...»

v. 562. *Ocios juveniles: sus* (por *su*); sigo AP.

v. 578-579. [N. del a.] Recomendables eran las cualidades personales de este general mexicano y muy laudable su asidua dedicación a las ciencias: prestó servicios de alguna importancia a la nación, que ésta le recompensó honoríficamente; mas en Tamaulipas, ¿hasta qué punto se extendieron?

Ya que la ocasión se presenta, oportuno será dar a la justicia lo que reclama; y pues se ha querido, equivocadamente, atribuir a *Terán*, una parte en ese glorioso triunfo igual a la que se concede a *San-*

ta-Anna, fuerza será que poniendo en claro los sucesos, se desvanezca la tremenda injusticia que con tan arbitraria repartición se le ha inferido al último general. Por ella se le usurpa a éste una porción de su gloria igual a la que indebidamente se endona al primero. Esto debería ofender la moderación de *Terán*, quien no apetecería seguramente adornarse con lauros ajenos.

Y a la verdad, bien considerado todo, es preciso admitir que, más que *Terán*, contribuyeron al feliz éxito de la campaña otros jefes y oficiales.

El autor de las *Memorias para la historia de la invasión española* y algún escritor más han incurrido en errores al tratar de esta materia; no diré que por efecto de la parcialidad, sí probablemente por haberse atendido a informes inexactos. Mas el que presencié los hechos tiene por testigos sus sentidos, que no se engañan con facilidad en cosa tan de bulto por su naturaleza. En todo caso, los bizarros jefes, oficiales y soldados que han sobrevivido, y a quienes apelo, así como los honrados vecinos de los pueblos comprendidos en los términos del teatro de la guerra dirán, si necesario fuese, a quien se debe la razón. Mas a los hechos.

Terán, tan luego como tuvo noticia del desembarque de los invasores, voló desde el punto de su destino a ofrecer sus servicios en Tamaulipas al general la Garza. Sabedor éste que el enemigo se dirigía sobre Villerías, empleó a *Terán* en la formación de algunos parapetos con el fin de contener a aquél en su marcha si posible era, o perjudicarlo de alguna manera. Sin embargo, como que las fuerzas españolas eran muy superiores en número, de nada sirvieron aquellas disposiciones; y la Garza se vio obligado a retirarse, dejando aquella ciudad en posesión del enemigo.

Santa-Anna mandó a ese general en comisión a México y queriendo entonces además dar a *Terán* una prueba del aprecio que hacía de su mérito, le nombró su segundo y puso a sus órdenes las fuerzas que mandaba la Garza. En seguida le libró orden para que fortificase a Villerías y aunque *Terán* le avisó de algunos obstáculos que se le presentaban, le repitió su orden para que removiéndolos lo verificase sin demora, como en efecto lo hizo.

Dado parte de quedar fortificada dicha ciudad, dispuso *Santa-Anna* que dejándola guarnecida con la fuerza que le detalló, viniese a situarse al Paso llamado de Cecilia, en la ribera opuesta al cuartel general mexicano, entre la Barra y Tampico de Tamaulipas; medida que *Terán* no aprobaba del todo, por razones que él consideraría fundadas; mas la orden era terminante y obedeciola. Llegó, pues, en la tarde del siete de setiembre al referido Paso con algunas piezas de artillería, 500 infantes y 500 caballos, cuya fuerza se reforzó con 600 infantes más, escogidos de la división de operaciones.

Debiendo construirse en el referido Paso dos reductos, el uno de ellos al cargo del coronel don José Ignacio Iberri, comisionó *Santa-Anna* a *Terán* para la formación del otro. Por lo que hace a las fortificaciones en las Piedras y el Humo, *Terán* ninguna intervención tuvo en ellas, como se ha querido afirmar, pues se hicieron exclusivamente bajo la dirección del mencionado coronel; y aun puede agregarse, para mayor corroboración de esto, que *Terán* hasta después de concluida la campaña jamás atravesó el río, ni visitó nuestra posición por el lado de Pueblo Viejo de Tampico. Sobrevino entonces el fuerte temporal de que se hace referencia en la nota al v. 708; y aún no había del todo cesado cuando el general en jefe, avisado de que la fuerza enemiga que guarnecía el fortín de la Barra se había refugiado al monte para cubrirse de la tormenta, trató de no dejar escapar tan feliz ocasión y se embarcó a todo riesgo con sus ayudantes en un pequeño bote para el campo de Cecilia. *Terán*, a pesar de la posición que guardaba y de estar tan próximo a dicho fortín, nada había sabido de esa ocurrencia; de donde resultó que no se aprovechase la bella coyuntura que pocas horas antes se ofrecía, habiendo quedado abandonado por los españoles ese punto desde las 7 de la mañana hasta las 5 de la tarde.

Marchó *Santa-Anna* con las fuerzas que pudo llevar consigo del mencionado campo de Cecilia, disponiendo al mismo tiempo fuese con él *Terán*. Mas al llegar a avistar el fortín, le comunicó un español que se pasó a nuestras tropas, que aquel punto estaba ya ocupado por el enemigo; en vista de lo cual le intimó *Santa-Anna* rendición, persuadiéndole que se hallaba a la cabeza de numerosas fuerzas y que

de no rendirse le atacaría después del término que le señalaba. Despreció el enemigo con la mayor altanería esa intimación, concluyendo con decir que no rendiría jamás sus armas a los traidores.

Irritado justamente con esto *Santa-Anna*, considerando todo lo que en aquel momento le rodeaba y la oportunidad de aprovechar tan favorable momento, al paso que su tropa le pedía no retrocediese un solo paso sin escarmentar al «orgulloso español»; temiendo una baja considerable de enfermos por el estado en que se hallaban los campamentos, por la escasez de víveres, etc.; y finalmente, constándole que el enemigo aguardaba una remesa cuantiosa de provisiones, la llegada de la división del coronel Guzmán que estaba ya en Nueva Orleans, además de otra considerable que debía salir en esos días de La Habana: juzgó preferente, aunque fuese a riesgo de perder alguna fuerza, asaltar el fortín y decidir de una vez la victoria. Mas aún entonces se sabe que no fue de la aprobación de *Terán* esta resolución; sin embargo, el éxito confirmó su oportunidad.

Atendiendo ahora a este relato verídico de los hechos, dígame de buena fe: ¿en qué estriban los argumentos de los que han pretendido equilibrar el *valor* de *Santa-Anna* con la *prudencia* de *Terán*? ¿A qué fin introducir este peso exótico, esa prudencia, que por muy característica que fuese de *Terán*, para nada se empleó en esa ocasión?

El general *Terán* poseía cualidades que le hacían digno de estimación; mas es preciso considerar que en la campaña de Tamaulipas sus servicios fueron puramente ordinarios y que no tuvo la menor intervención en las disposiciones del general en jefe.

v. 602. [*N. del a.*] En el mismo detall citado en la nota al v. 539, se lee lo siguiente: «En tal estado, intimé al general español se rindiera a discreción con sus tropas a la generosidad mexicana en el perentorio término de 48 horas, o que de lo contrario lo asaltaría con los valientes que comandaba y a ninguno daría cuartel; mas antes que el enemigo recibiera mi intimación, enarboló bandera blanca, enviando a mi campo un capitán con un pliego en que ofrecía evacuar la república, para lo que solicitaba entrar en tratados. Yo respondí a su misión negativamente... A la siguiente mañana volvió el enemigo a pedir parlamento...: neguele lo que solicitaba, añadiéndole no permitiría más parlamento, ni otra contestación, etc.».

v. 609. *Ocios juveniles: contraopuestas* (por *contrapuestos*); sigo AP.

v. 708. [*N. del a.*] Puede asegurarse que en una gran parte de nuestras tropas empezó a hacer estragos la enfermedad desde los primeros días de su salida de Veracruz, por razón de la insalubridad del clima y la escasez y mala calidad de los víveres; a lo que se debe agregar que algunos tuvieron que hacer marchas muy largas y entrar cuasi luego en acción, sin haber satisfecho debidamente el hambre ni repuesto el cuerpo de la fatiga. A esto añádase lo que dijo al supremo gobierno en el referido detall el general en jefe: «Sobrevino un furioso huracán, que entre sus comunes estragos hizo crecer de un modo extraordinario este río y laguna; anegáronse mis acampamentos, destruyéronse parte de los reductos y el destacamento del Humo apenas pudo salvarse, con el agua hasta el pescuezo... Esta ocurrencia desgraciada influía sobremanera en mi situación. La total carencia de recursos, la falta de brazos para reponer mis atrincheramientos..., el tener mis tropas a la intemperie en un terreno cenagoso y mortífero, todo me ponía en un estado violento... La tropa había sufrido en un fangal toda la noche las penalidades de la más deshecha tormenta, en un terreno que le cubría de lodo hasta la cintura...».

v. 809. AP: *cuánto* (por *cuánta*); sigo *Ocios juveniles*.

vv. 861-862. [*N. del a.*] El entusiasmo con que recibieron a SANTA-ANNA los habitantes de Veracruz, a su regreso, fue extraordinario. Los repiques a vuelo, los reiterados y ruidosos vivas, todo daba muestras inequívocas del júbilo general. El muelle, la plazuela contigua y todo el trecho que mediaba hasta el palacio estaban cubiertos del inmenso gentío que concurrió a vitorearle; y al fin llegó a tal extremo la exaltación, que le condujeron en brazos hasta su residencia. A los pocos días hubo magníficos saraos en celebración del glorioso triunfo, que fue una y mil veces cantado por los apasionados de las musas.

En la encantadora Jalapa se repitieron después, con igual ardor, las mismas festividades, honradas con la presencia del ilustre VENCEDOR.

v. 874. AP: *tierra* (por *tierna*); corrijo la errata.

v. 896-897. [N. *del a.*] Triste era el cuadro que presentaba nuestra república a la época de la invasión, y el furor de las pasiones había llegado a su colmo. Sin embargo, (séase dicho para gloria de nuestra nación) no bien se presentaron sobre la costa los enemigos, que todas nuestras disensiones domésticas cesaron y estos hallaron para su desengaño, como antes de ahora hase dicho, que «los que en la sociedad mexicana se llamaban *escoceses* y *yorquinos*, sólo son mexicanos en campaña, *independientes* y *libres*». Las cortes de España en 1823 oyeron el dictamen de la comisión sobre el reconocimiento de nuestra independencia, en el que se decía entre otras cosas lo siguiente: «La propensión casi innata de los americanos a la independencia no procede únicamente de resentimientos, sino del natural deseo que tienen los hombres, cuando se reúnen en grandes masas, de gobernarse por sí solos, cuando acertada o equivocadamente se consideran capaces de ello; y mucho más, cuando una enorme distancia de sus actuales gobernantes les priva de muchas ventajas, y les provoca a la separación... Estas reflexiones conducen a inferir, que si no entramos directamente a tratar este asunto, no sólo perderá la España cuanto pudiera conseguir, sino que la sobrevendrán gravísimos males».

Un sabio español, don Álvaro Flores Estrada, ha dicho: «La independencia de la América está dictada por las leyes de la naturaleza, que jamás se contrarían sin perjuicio de los que lo intentan. Cualquiera esfuerzo a resistirla no serviría sino para agravar más y más los males de la Europa entera».

[N. *de la e.*] En este lugar el autor inserta una serie de documentos, mismos que dice haber enviado a México con la intención de que allí fueran publicados, aunque lamenta no tener «noticia de que se haya hecho». Los textos son: «Protesta del ministro español don Joaquín de Anduaga» (traducida del inglés), «Respuesta del ministro Adams al señor Anduaga», firmada por John Quincy Adams.

vv. 910-911. [N. *del a.*] Dejando a un lado todo lo que pudiera llevar consigo el menor viso de fingida moderación, permítaseme asegurar ingenuamente que he meditado mucho antes de atreverme a dar a luz el presente canto. Cortas mis fuerzas y grande por su asunto la obra que he concluido, exigía mayor atención y más estudio y esmero que el que, por razón de mis ocupaciones, las más ingratas sin duda a las amabilísimas nueve de Helicon, podía tributarle. Mas ¿no merecerá alguna indulgencia un joven que, aspirando a celebrar el distinguido mérito de un general mexicano y un triunfo todo de la patria, ofrece una composición como la presente, quizá de los primeros en el nativo suelo? En todo caso se me concederá que,

Si deficiant vires, audacia certe

laus erit: in magnis et voluisse sat est.

Como la minuciosa relación de pormenores es causa, por lo común, de que desmaye el verso, admitiré que esta producción habría sido más poética si hubiese sido menos histórica: mi ánimo fue, si posible, reunir entrambas cualidades.

¡Qué abundante materia presta al canto la historia de nuestra guerra de independencia! Muy plausible sería que aquellos a quienes ha la naturaleza dotado con todas las prendas necesarias y sean dignos de ceñirse la apolínea rama, enriqueciesen con sus bellas producciones dedicadas a objetos nacionales nuestra naciente literatura. Llegue el día en que se vean

. Animados

de más sublime ardor, sonando Clío

la trompa que marcial ira difunde

de ANAHUAC celebrar los altos triunfos.

[N. *de la e.*] Estos últimos versos son una paráfrasis de un pasaje de Moratín, el cual canta:

[...] Quise, animado

de más sublime ardor, sonando Clío

la trompa que marcial ira difunde,
de España celebrar los altos triunfos [...]
Cfr. Leandro Fernández de Moratín, «Al príncipe de la paz», en *Obras*, Barcelona, Impr. de A. Berg-
nes y comp., 1834, p. 464.

6

LA GRECIA (BYRON)

¡Hermoso clima! En ti benigno el cielo sonríe alegre en todas estaciones sobre estas bellas islas, que observadas desde la excelsa cumbre de Colona, dan gozo al corazón que las contempla y ornan la soledad de dulce encanto.	5	sus vistosos colores variados, sus fragantes alientos. ¡Oh, cuántas lindas flores del estío! ¡Oh cuántas sombras, que el amor tan sólo gozar debiera, vense en este suelo! ¡Y cuántas grutas, para el sueño hermosas! Mas ¡ah! que hoy son sus huéspedes piratas.	35
Sobre la faz serena de tu oceano plácidos se reflejan los colores de numerosas cimas, que se atraen las fugaces corrientes, ondeantes, que bañan tus jardines orientales. Y si, de paso, alguna brisa leve turba el azul cristal de aquestas aguas o despoja las plantas de sus flores, ¡cuán grato entonces es el aire suave que nace al punto aromas esparciendo!	10	En la ensenada oculta su barquilla, la pacífica nave transeúnte acechan cuidadosos; y al punto que a su oído la guitarra del marinero suena y que se asoma la estrella vespertina, el escondido remo sacudiendo salen por entre bancos encubiertos; se arrojan al botín que osados llevan y en gemidos convierten los cantares.	40 45
Sobre peñasco o valle la rosa aquí florece, sultana a quien dedica Filomena su dulce melodía y por quien sola hiciera resonar sus tiernos cantos: aquélla, sonrojada y compasiva, grata el cantar escucha de su amante.	20	Lástima que do quiso la natura formar una mansión digna de dioses y un paraíso ameno lleno de encanto y gracias peregrinas, el ser malvado, ardiendo en sed de ruina, en un desierto estéril lo tornara; que oprima cual acemia aquestas flores que una hora no le piden de trabajo ni deben de sus manos al cultivo la preciosa ufanía con que brillan y florecen en clima tan hermoso.	50 55 60
Reína de esa ave y del vergel señora, ningún viento la oprime ni frías nieves mustian sus bellezas.	25		
Prodígale la brisa sus halagos: en ella miran siempre las estaciones todas su alma prenda; y las dulzuras que a natura debe en grato incienso al cielo las devuelve: al cielo, que le presta	30	Lástima que el sosiego de este sitio con su altivez loca pasión turbara, y la sensualidad y la rapiña a esta región bellísima nublaran; como si aquí los entes infernales	65

sobre los serafines triunfasen		una mansión tan plácida y amena;	
y aquellos se mirasen		¡la Grecia! ¡Ay! no la antigua victoriosa.	
sentados sobre tronos celestiales		La Grecia, sí: en su frialdad graciosa,	
cual libres herederos del averno;		en sus ruínas bella;	75
pues que de maldición el grito atruena	70	mas, oh triste, ¡que falta el alma en ella!	
contra esos inhumanos que así talan			

Notas:

6. En AP, p. 409; en *Ocios juveniles*, pp. 183-186.
v. 34. AP: *fragantes* (por *fragantes*); sigo *Ocios juveniles*.

7

LA ORACIÓN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE LA SEÑORA HEMANS

Pregar, pregar, pregar,
Ch'altro ponno i mortali al pianger nate.
Alfieri

Niño que entre flores juegas,		navegante que combates	
cuando el bello sol declina;		de un airado mar las iras;	
tierna madre que en silencio		¡elevad los corazones	
con afán de todo cuidas;		y doblad vuestras rodillas!	20
y tú, padre laborioso,	5		
que al descanso te retiras,		Vencedor en lid crüenta	
¡orad antes que la angustia		que a la paz tornas amiga;	
emponzoñe vuestras vidas;		tú, mujer, que entre los muertos	
elevad los corazones		gimes de aflicción movida;	
y doblad vuestras rodillas!	10	tú, mortal desventurado;	25
		tú, a quien colman las delicias;	
Peregrino en tierra extraña,		pues a todos aquel orbe	
lejos ¡ay! de tu familia;		su esplendor a par envía;	
tú que oír la voz creyeras		¡elevad los corazones	
de ente amado ya no en vida;		y doblad vuestras rodillas!	30
prisionero cuya estancia	15		
claro sol nunca ilumina;			

Notas:

7. En AP, p. 410; en *El Recreo de las familias* (México), núm. 11 (1 de abril de 1838), p. 417.
v. 29. AP: *corazos* (por *corazones*); corrijo según *El Recreo de las familias*.

LILLO
Eusebio

Habiendo suplicado al señor Lillo que diera alguna noticia sobre su persona, escribió las palabras siguientes: «Nací el 14 de agosto de 1826: Mi patria es Chile, y la ciudad de mi nacimiento, Santiago. Sigo la carrera de abogado y estudio al presente, derecho de gentes y bellas letras, en el Instituto Nacional. Mi primera composición, a la muerte de don José Miguel Infante, fue publicada en junio de 1844».

Podíamos extender estas noticias con las comunicadas por uno de los profesores del señor Lillo a quien aquél cuenta entre sus más aventajados discípulos; pero, a la edad de este joven, la biografía está en el porvenir.¹

Notas:

¹ [N. de la e.] Cabe agregar que en 1847 redacta la letra del himno nacional de Chile, lo cual fue motivo de que su sentencia a muerte por su participación en el motín del 20 de abril de 1851 (promovido por la Sociedad de la Igualdad) fuera conmutada: en cambio fue condenado al exilio, el cual cumplió hasta 1875. Murió en Santiago el 8 de julio de 1910.

I

INTRODUCCIÓN A UNA LEYENDA TITULADA «LOCO DE AMOR»

Alzose un día una ciudad hermosa que nuestros padres <i>Concepción</i> llamaron, con su gala y bellezas orgullosa, que mil otras ciudades la envidiaron; guerrera asaz valiente y generosa nunca enemigos su cerviz doblaron y esa ciudad preciosa y peregrina hoy es tan sólo miserable ruina.	5	y alumbra al penetrar de rama en rama clara, preciosa, reluciente y pura; tal vez siguiendo de su luz la llama el astro de la cándida hermosura, cruza tranquilo por la azul esfera y a Concepción contempla en su carrera.	20
Y sin embargo entre el escombro mudo de su desgracia oscuro monumento, el lirio se levanta bello y mudo embalsamando con su aroma al viento; la madre selva con verdoso nudo del árbol en la rama hace su asiento, y por do quiera que su flor asoma le arrebatan los céfiros su aroma.	10 15	Más de una estrella desde el cielo umbrío con blanca luz titila vagorosa y en las aguas del manso Biobío a contemplar su tez viene orgullosa; tiende su espalda el murmurante río y su faz enturbiar apenas osa, porque la estrella que fugaz titila pueda en sus aguas relucir tranquila.	25 30
La blanca luna su fanal derrama sobre un suelo de flores y verdura		Del río en las bellísimas orillas se eleva el litre y la flexible caña, y modestas también mil florecillas dichosas con el agua que las baña;	35

cuando sobre las crestas amarillas
 posa el sol de la pálida montaña,
 contemplar, ¡vive Dios! es grato y bello
 rodar el río a su fugaz destello.

Si de tan bella y plácida morada
 la vista derramáis en la llanura,
 hallará sólo el alma contristada
 informe masa sin color, oscura:
 una pared al lejos derrocada,
 una torre que apenas se asegura,
 y más lejos el sol trémulo brilla
 sobre el resto no más de una capilla.

Aquí y allá sembradas al acaso
 de aspecto por demás triste y mezquino,
 entre la ruina que os estorba el paso
 tristes casas halláis en el camino;
 y ese pueblo infeliz de aspecto escaso
 que soñaba en un tiempo otro destino,
 ese pueblo tan bravo y tan inquieto
 hoy es sólo tristísimo esqueleto.

Y sin embargo que con torpe huella
 la destrucción allí posó la planta,
 por sus mujeres Concepción descuella
 y altanera con ellas se levanta:
 no hay en Chile, en verdad, virgen más bella
 que la mujer que esa ciudad encanta,
 aunque digan las lindas de Santiago
 que una injusticia en mi opinión las hago.

No hay colores más bellos, ya os agrade
 la tenue palidez o los sonrojos,
 y más si este color precioso invade
 de una boca gentil los labios rojos;
 nariz encantadora ¿y quién no añade
 unos audaces, celestiales ojos,
 que si atrevidos miran o si lloran
 al mismo amor con verlos enamoran?

Cuerpo gentil, cuya cintura leve
 se mece con galano movimiento;
 garganta celestial que no se atreve
 a besarla, por pura, el blando viento;
 enano pie que apenas si lo mueve
 hace fugaz sobre la tierra asiento;

blanca mano que el labio nos incita...
 Tal es la bella que ese suelo habita.

40 Así en la arena del fatal desierto
 se alza blanca y gentil una azucena
 al céfiro liviano, el seno abierto;
 de aroma celestial y encantos llena;
 detiene el viajador su paso incierto
 y sin sentir la abrasadora arena,
 mira la flor que alegre le convida
 y en un instante su pesar olvida.

De tu orilla remanso Biobío
 también hallé una flor hermosa y pura,
 fue en mi vida una gota de rocío
 que un porvenir dio al alma en su frescura:
 si bajo el toldo de tu playa, oh río,
 alguna vez contemplas su hermosura,
 envíale por mí suspiro blando
 mientras cruzas tranquilo murmurando.

Tal vez cuando jugando en tu ribera
 recuerde los momentos de su infancia,
 si en su fácil y rápida carrera
 va a engalanar tu florecida estancia,
 cuando al verla las flores, hechicera,
 afanosas despidan su fragancia,
 oh manso Biobío en tu querella,
 dila que el corazón late por ella.

Que su memoria cándida y risueña
 fija en el corazón la tengo ahora
 más bella que la luz con que diseña
 al horizonte la gentil aurora,
 que por ella una lucha el alma empeña
 a la luz de esperanza engañadora;
 y dila que su angélica presencia
 es el solo fanal de mi existencia.

En tanto cruza murmurando, río,
 rodando para el mar tus mansas olas,
 cruza bañando con fugaz rocío
 azucenas y lacres amapolas,
 que si a tus playas llega el canto mío
 cuando estén melancólicas y solas,
 lo he de encerrar entre las bellas flores
 donde nació la luz de mis amores.

Mas dejemos recuerdos de ventura,
 de momentos felices en mi vida:
 esfera de placer cándida y pura
 en donde mi esperanza va prendida,
 que pasen como pasa allá en la oscura 125
 noche, la luz de estrella desprendida...
 Olvidemos del mundo la miseria
 y por concluir entremos en materia.

Notas:

1. En AP, pp. 411-412. Hacia mediados de siglo, Lillo declaró públicamente no volver a escribir más versos, cosa que cumplió parcialmente: compuso algunos pocos más en álbumes particulares. Se negó, en la misma tónica, a coleccionar su obra lírica, la cual permaneció disgregada hasta la aparición de sus *Poesías*, introd. de Carlos Silva Vildósola, Santiago, Nascimento, 1923 (Cultura chilena) y luego reordenadas y con adiciones en *Obras poéticas*, recop. y pról. de Raúl Silva Castro, Sociedad de Escritores de Chile, Santiago de Chile, 1948.

2

LAS FLORES

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA...

Hermosas en la espléndida mañana
 alzáis ¡oh flores! la hechicera frente,
 porque el aura gentil que os engalana
 venga a daros sus besos, inocente.

Felices sois que al rayo de la aurora
 el seno alzáis bellísimo y galano,
 porque las perlas que preciosa llora
 venga a traerlos el céfiro liviano.

Ojalá que rodando placentero
 en las alas del aura el canto mío,
 se prenda en algún cáliz hechicero
 como una fresca gota de rocío:

5 Y no tenéis ni un vago pensamiento, 25
 ni una espina en el cáliz oloroso
 que brinde solo matador tormento
 robando a la existencia su reposo.

ojalá que por siempre lindas flores
 inspiraseis mi loca fantasía...
 Ojalá mis recónditos dolores
 entre vosotras adurmiera un día.

10 Felices sois... ¿pero por qué marchitas 30
 dobláis a veces las hermosas frentes,
 y parecéis que vegetáis malditas
 las secas hojas arrugando ardientes?

Felices sois que en el jardín precioso
 por los juegos del viento remecidas,
 sin que os turben el plácido reposo
 vuelan las horas leves y perdidas:

15 ¿Por qué cerráis el seno perfumado 35
 y a las auras huyendo con desvío
 ni os levantan la luz del sol dorado,
 ni os refresca el purísimo rocío?

felices sois que no tenéis una alma
 ni un corazón que sienta la amargura,
 vosotras bellas que dormís en calma
 mientras el aura en derredor murmura.

20 Cuando así estáis, sin duda el sentimiento 40
 os cubre con su manto de agonía,
 luego tenéis también un pensamiento
 una alma y una ardiente fantasía.

Luego también tenéis en esta vida
el llanto y el placer, preciosas flores,
y esa esperanza que en el alma anida
y ese fuego que encienden los amores.

Luego tenéis pasiones roedoras
que vuestras frentes al dolor dobleguen,
o ilusiones de amor encantadoras
que los senos purísimos os rieguen.

Tal vez cuando columpia su albo coche
la reina de la noche limpia y grave,
abráis del seno el delicado broche
por recibir un beso puro y suave.

Tal vez en un lenguaje misterioso
en el jardín donde yacéis unidas,
os mandáis con el viento voluptuoso
pensamientos de amor, flores queridas.

Tal vez amándoos en unión divina,
mientras la fuente vuestros pies halaga,
resbala la existencia peregrina
y en las alas de amor tranquila vaga.

Si es cierto que abrigáis, candidas flores,
la blanca luz de hermosa fantasía,
si mucho gozareis, también dolores
vendrán a atormentaros día a día.

45 Mil veces mirareis al ronco viento 65
tronchar el tallo de la flor querida,
y enredarla en sus pliegues turbulento
y verla, ¡ay triste! para siempre ida.

50 Otras veces veréis hoja por hoja 70
arrancar el revuelto torbellino,
y la flor bella a quien el viento arroja
ir a cruzar el polvo del camino.

55 Y así tendréis en la existencia amarga 75
eternos días de tristeza y llanto...
Eternos, sí, porque la vida es larga
si la angustia la envuelve con su manto.

60 Mas si esperanza, oh flores, os asiste 80
tal vez en el sufrir tendréis la calma,
esperar y sufrir cualidad triste
del ser que siente porque abriga una alma.

Notas:

2. En AP, pp. 413-414.

3

EL JUNCO

Pálida flor, cuya marchita frente
al soplo de las auras se doblega,
mientras te arrulla el jugueteo ambiente
y entre tus hojas bullicioso juega;

pálida flor, que vives descuidada
sin alzar tu cabeza entre las flores...
Siempre fija en la tierra tu mirada
con la expresión que imprimen los dolores:

¿Dime, qué tienes?... Cuando el alba tiñe
los cielos en su paso majestuoso,
cuando el velo de nieblas se desciñe...
¿por qué no te alzas a gozarla hermoso?

¿Dime, qué sufres?... Cuando el sol dorado
posa en los cielos su divina planta,
cuando da luz al suelo fatigado... 15
¿por qué, dime, tu faz no se levanta?

5 O cuando en brazos del fugaz ambiente
se va a ocultar el sol allá en los mares...
¿por qué no elevas tu preciosa frente
y dejas a tus plantas los pesares? 20

10 Tal vez doblega misterioso peso
tu frente juvenil, pero marchita,
y en tu faz donde el aura imprime un beso
alguna maldición tienes escrita.

Tal vez en esa fuente pasajera
que a tus plantas espléndida murmura,
mientras lame tu pie leve y ligera,
te gozas en tu pálida figura.

O quizás orgulloso con tu traje
no elevas nunca la figura bella,
por no ver otra flor que te aventaje...
sin que pudieras competir con ella.

O tal vez te imaginas que doblando
con mustia faz tu amarillenta frente,
te ves más lindo... y en murmullo blando
viene el aura a mecerte muellemente.

Tal vez... mas no... tu pálido capullo,
se abre y se dobla misterioso al suelo,
no porque encierres, linda flor, orgullo,
sino que es ley que te impusiera el cielo.

Que en esa frente que nació doblada
amor su aliento celestial sujeta,
porque a tu pie se eleva enamorada
reclinaba en tu tallo la violeta,

con ella vives... un común aliento
os enlaza... bellísima pareja,
tal vez... ¿quién sabe si te da un acento,
mientras la mandas tu sentida queja.

Tal vez en el lenguaje de las flores
habláis los dos en plática amorosa,
y respiráis envueltos en amores...
y un suspiro mandáis a vuestra hermosa.

Quién sabe si en la noche fugitiva
la servís de dosel del aire frío,
y cuando el alba se levanta altiva
la derramáis purísimo rocío.

Quién sabe si las flores tus vecinas
que se alzan en el prado candorosas,
tus pláticas escuchan peregrinas
y después te contemplan envidiosas.

Mientras que tú con lánguida terneza
buscas la flor que alegre te convida,

25 y ansioso doblas tu gentil cabeza
para dejar un beso en tu querida;
.

Mas, ¡ah! no puedes, que tu faz no alcanza 65
a unirse con el cáliz de tu bella...
y entonces se marchita tu esperanza
30 y viertes una lágrima sobre ella.

Y *ella* también ansiosa se levanta
por elevarte sus moradas flores... 70
Mas, ay, por siempre quedará a tu planta
para darte sus lágrimas de amores.

35
¿De qué te sirve, oh junco, contemplarla
y en su cáliz mirar un amor tierno,
si cuando luchas por un beso darla 75
encuentras el martirio de un infierno?

40 ¿De qué te sirve la pasión inquieta
que bulle entre tus pétalos prendida,
si apartado te ves de la violeta
que miras a tus pies desfallecida? 80
.

Por eso tan tristísimo levantas
Tu verde tallo entre las bellas flores,
45 Y por eso reclinas a tus plantas
Tu frente marchitada de dolores;

Por eso creces tan desnudo y triste 85
y en tu seno tan pálido y sombrío,
cuando su traje la mañana viste
50 derrama apenas su fugaz rocío...

Y a la par de tu lánguida violeta,
lloras tal vez tan angustiada suerte 90
y en la desgracia que te agita inquieta
prendes una esperanza... y es la muerte.

55 —

¡Morir!... más vale la muerte
con su pisada altanera,
que vivir de esa manera... 95
que amar y morir de amor;
vale más, flor maldecida
verte del tallo arrancada,

que así caerás desgajada sobre tu querida flor.		y otro porvenir con él.	
Y no importa... si al mirarte sin vida... la suya exhala, si la muerte los iguala y van juntos a rodar.	100	Y entonces gozando, junco, al lado de tu querida, verás volarse la vida del amor bajo el dosel.	140
Que allá entre el polvo que eleva revoltoso torbellino, enlazados... el camino podréis felices cruzar.	105	— También yo sobre el mundo de amargura doblé mi frente al peso del amor, y un rayo débil de fugaz ventura reluce apenas con dudoso albor.	
Y tal vez habrá otro mundo donde renazcan las flores con más hermosos colores, con vistosa brillantez.	110	También yo aliento la cansada vida envuelta entre la duda y el pesar, y apenas la esperanza bendecida viene sobre mis huellas a cruzar:	145
Y allí los dos, mas amantes renaceréis dulcemente... alzando entonces la frente sin pálida languidez.	115	Tú vives, junco, al lado de tu bella mandándola siquiera un sonreír; desgraciado de mí que lejos de ella sufro sin ver sus ojos de zafir.	150
Allí crecerá preciosa tu linda y pura violeta, mientras tu tallo sujeta su débil tallo gentil.	120	Tú sabes que te adora tu querida, yo dudo delirando de mi amor; para vosotros es común la vida, yo sólo tengo mi tenaz dolor.	155
Y allí viviréis felices... los senos entrelazados... y os mecerá enamorados volando el aura sutil:		Tú, si doblegas tu amarilla frente al seno de tu flor descenderás; mientras que yo diviso tristemente mi tumba a un paso y mi dolor detrás.	160
allí servirá tu tallo a tu violeta de escala que desplegando su gala irate leve a besar;	125	Tú en fin como tu cándida hechicera eres igual pues que naciste flor... Mi bella es ángel de la azul esfera y yo tan sólo un infeliz cantor.	
y tú, junco, entre tus hojas lleno de amor la encadenas... y para siempre sin penas veréis la vida volar.	130	Reclina, junco, tu marchita frente, la mía yo también reclinaré... Tal vez con otro día y otro ambiente sus placeres amor al fin nos dé.	165
Sufre mientras tanto... sufre esa amorosa agonía, que al fin lucirá otro día	135		

Notas:

3. En AP, pp. 414-416.

EL ÁNGEL Y EL POETA
(FANTASÍA)

¡GLORIA!

CANTO DEL POETA

«¡Sueño de amor, de glorias y de encanto
risueñas y fantásticas visiones,
gloria divina, que halagáis en tanto
que vuelan de la vida los jirones!

¡Oh! ven a mí, y entre tus bellas alas
envuelve pura mis marchitas sienes,
y sueñe entre tus brazos regias salas,
pompa, bellezas, cánticos y edenes;

dame a gozar tu dicha, aunque ilusoria:
deja me estrechen deliciosos brazos,
y pueda ver en tu mansión de gloria,
lindas mujeres y floridos lazos;

dame allá una arpa con sus cuerdas de oro,
ciñe mi frente con hermosas flores,
mientras al ser a quien hermoso adoro
mi son se elevará lleno de amores;

dame un cielo, placer, gloria y mujeres;
realízame veloz mi fantasía,
y en medio a los amores y placeres,
alzaré un son por ti, del arpa mía;

llévame de la tierra, pura Maga,
de esta mansión de zarzas y de abrojos,
donde cada placer es una llaga
que llena el alma de pesar y enojos;

llévame allá donde te sientas bella,
sobre tu trono de placer y amores,
dame gentil, la vívida centella
que han sentido también mil trovadores;

déjame recibir de entre tus manos
esa arpa bella de las cuerdas de oro,
y cantar en mil cánticos livianos
la virgen del amor, que tanto adoro;

deja volar mi ardiente fantasía,
apoyada en el arpa, a tus regiones,
y en ellas con ardor, ¡oh! Maga mía,
por ti elevar dulcísimas canciones;

ven a mí, virgen, y en tus bellas alas
envuelve pura mis marchitas sienes,
y sueñe entre tus brazos, regias salas
pompa, bellezas, cánticos y edenes.»

II

Así en la noche pura y silenciosa,
mientras la luna sin parar corría,
en medio la floresta misteriosa,
lleno de ardor el bardo repetía;

y alza su canto sonoro al viento
que a la región del cielo con él vuela,
y ya es, tal vez, tiernísimo lamento,
o ya de amor sentida cantinela:

y el viento vuela, y en el cielo posa,
y allá por el espacio juguetea,
y al llevar la canción pura y hermosa
tal vez con ella el cielo se recrea,

que ardor tan sólo el trovador respira,
y el dulce son de su arpa encantadora
ese sueño de gloria se lo inspira,
y una mujer a quien por siempre adora.

Mirad su frente que pomposa y bella
se alza inspirada, prepotente, al cielo,
ved cómo mira la brillante estrella
que allá se oculta con liviano velo.

Quiere *volar* más alto que la luna,
quiere *subir* con rica fantasía,
quiere pisar el cuello a la fortuna,
porque es la gloria su brillante guía.

Y así al murmullo de la fuente inquieta
que fácil rueda sus cristales pura,
lleno de ardor, escúchase al poeta
que en su delirio con placer murmura:

«Ven a mí, virgen, y en tus bellas alas,
envuelve pura mis marchitas sienes,
y haz que sueñe en tus brazos regias salas,
pompa, bellezas, cánticos y edenes».

DICHA DEL POETA

I

Hermosa, en el espacio
la luna reverbera,
y alumbra en su carrera
con pálido esplendor;
y en el jardín precioso,
la brisa que murmura,
moviéndose insegura
vuela de flor en flor.

El cielo riel a puro
con su brillante estrella,
que siempre pura y bella
se mira titilar,
sin que su brillo empañe
la nube vaporosa,
que en giros, voluptuosa
se ve linda vagar.

Mientras en giros leves
la fuente se resbala,
y escápase en su gala
con rápido ademán,
mil flores se doblagan
con lánguido albedrío,
y en ellas el rocío
se oculta con afán.

Se ven las amapolas
con su tapiz de seda,
y en ellas que se enreda
la brisa con rumor;
mientras allá el diamelo
semeja blanco encaje,

65 dando su bello traje
vista, sombra y olor:

bello el jardín se mira 105
con cándidos primores,
y mente con sus flores
70 puro y hermoso edén;
y en él, con bella lira
también se ve al poeta, 110
mientras la brisa inquieta
vuela en torno a su sien.

II

De pronto una nube se esparce en el cielo,
75 cual cándido velo
de niebla sutil; 115
y en giros esbeltos, graciosa aparece,
ya mengua, ya crece,
ligera y gentil:

80 así cual se mira por mar altanera
surcando ligera 120
la nave bogar,
luciendo a lo lejos la lona insegura
su pálida albura
85 del viento al cruzar;

los aires hendiendo descende pomposa 125
la nube graciosa,
cual blanco cendal:
tal vez en su seno trayendo divina
90 beldad peregrina,
visión celestial. 130

Desciende a la tierra, con giros inquieta,
y al hombre poeta
95 y al bello jardín;
envuelve en su velo, sutil, vaporoso,
mostrando, gracioso, 135
fugaz serafín.

III

100 Hermoso como la aurora
brillando en grato pensil,
o como el dulce recuerdo

de amor precioso y feliz,
salió de la blanca nube
fantástico serafín;
alas doradas, al viento,
que brillan más que el zafir,
y que en voluptuosos giros
se agitan con gracias mil,
y una tez pura y preciosa
que retrata al alhelí,
y una mirada divina,
cándida, pura, infantil,
al habitante del cielo
anuncian en el jardín;
de los pliegues de la nube
baja con gracia gentil,
mientras arrobado el poeta
sueña mirar una huri:
«Trovador —murmura el ángel—
sube conmigo, feliz,
y en el seno de la nube
blanca, ligera y sutil,
irás a gozar tranquilo
por el cielo de zafir.
Lleva tu lira, poeta,
tu fantasía gentil,
que esa será, majestuosa,
tu apoyo tan sólo allí.
Sube, trovador, conmigo,
tú sólo puedes subir». .
Rodó la nube al momento,
y el poeta y serafín,
se dirigen en su seno
al estrellado zenit.

IV

Asciende la nube con doble carrera,
volando ligera,
subiendo al edén;
y encima, divino, la lira sujeta,
se mira al poeta
y al ángel también.

ÁNGEL Y POETA

Poeta.— ¡Hermosa bóveda azul!
¡qué linda para cantada!

que en la tierra la que ansías, jamás podría, poeta, débil el hombre escucharla, que para tanta armonía no tiene jamás una alma:		y cantara en sus plácidas canciones, con voz pura, hechicera, la mansión celestial;	
tal vez el poeta, sólo por ser poeta, la alcanza.	230	y allá en el cielo, un Dios, al bardo bello un soplo le mandó de su grandeza,	270
Poeta.— Tienes razón, ángel mío, lo confieso, deliraba, que al darle un Dios al poeta	235	y ese puro y bellissimo destello, le dio fugaz viveza, fuego le dio a su sien;	
su imaginación fantástica, le dio ambición de esa gloria que en la tierra no se alcanza.		y ese soplo sintió, divino Homero, cuando sus cantos a su patria diera;	275
Perdiéronse en el espacio, tal vez las otras palabras,	240	y Byron el sublime, el altanero, esa águila ligera, sintiéralo también;	
que cerca, la bella nube, del regio y supremo alcázar, ya casi toca el poeta la linda alfombra estrellada;		ya en sublime pensar, ya en dulce canto, ese soplo de un Dios divino brilla,	280
un coro oyera divino, voces puras y fantásticas, y a poco más, el poeta pisó la eterna morada.	245	con doble inspiración, con doble encanto, en tu mente ¡oh Zorrilla! dulce bardo español;	
		y Lamartine y Hugo lo sintieron, y Espronceda también sintiolo, ardiente;	285
		sus obras, admirados nos dijeron que ardió sobre su frente como brillante sol.	
IMAGINACIÓN DEL POETA		DESDECHAS DEL POETA	
Y al fin, el trovador volviera al suelo llena de ardor su rica fantasía, y en arpa celestial, cantara, el cielo la pompa y la alegría de la feliz mansión;	250	Mas ¿de qué sirve al poeta ese soplo de luz pura?	290
y en la tierra, los hombres lo escucharon y asombrados, ¡es Dios! tal vez dijeron, quizá por él, feroces se endulzaron, y alegres se rindieron del arpa al dulce son;	255	si su vida es amargura a la desgracia sujeta:	
fue el bardo a las regiones deliciosas entre pompa, belleza y serafines, y trajo sus imágenes hermosas, y trajo los jardines de ese mundo ideal.	260	esa arpa y ese cantar es sólo pesada carga, que hace su existencia amarga más que las olas del mar;	295
Y en el mundo, del arpa entre los sonos, más hermosos, tal vez, los produjera,	265	¿de qué sirve que en el cielo haya momentos gozado? si en su vida es desgraciado, si sólo llora en el suelo;	300
		su libertad y su lira, ¿de qué le sirve tener?	

si esclavo es de la mujer, y en ella solo delira:		Él no nació de la tierra, que el mundo no le comprende, igual el hombre le entiende, sin ver lo que en él se encierra;	325
Diérale Dios al poeta, menos amor, menos alma, y él gozara de más calma, su vida no fuera inquieta:	305		
aunque amando sin cesar tal vez sus penas olvida; mas ¡ay! en la triste vida, ¡cuán amargo es el amar!	310	Y solo, su gloria, el mundo viene a escribirla callado, encima su cuerpo helado, sobre su sepulcro inmundo:	330
Amar sin una esperanza, amar, y mirar desdenes, y tal vez soñando edenes y cándida venturanza;	315	y cuando acaba su suerte, y el mundo en su redor zamba, le espera mísera tumba y un ángel solo a su muerte;	335
amar un ser ideal, cantarle tiernos amores; y otro gozando mil flores en su seno angelical;	320	que tiene el bardo hechicero, en su vivir intranquilo, una tumba por asilo y un ángel por compañero.	340
y el poeta, con el alma que amores sólo respira, tal vez amando delira y pierde su vida y calma.			

Notas:

4. En AP, pp. 416-420.

El doctor don Vicente López, natural de Buenos Aires, fue capitán de patricios en 1807; presidente del departamento topográfico y estadístico de Buenos Aires en 1826¹ y Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata en julio de 1827: actualmente es miembro de la cámara de justicia, en la capital de su nacimiento.

Notas:

¹ Respecto del vínculo entre el poeta y el editor de la AP, Vicuña Mackenna detalla al referirse a la formación de JMG en geometría:

Fue su maestro en esta ciencia distinguido patriota don Vicente López Planas, autor de la canción nacional argentina y jefe del departamento topográfico y estadístico de Buenos Aires desde 1826, es decir, desde que el joven Gutiérrez hubo cumplido 17 años.

Era la primera vez que un profesor de álgebra escribía un himno patriótico en la margen derecha del Plata. El doctor Gutiérrez le imitaría en breve en la opuesta orilla.

[IV] Gutiérrez entró como empleado subalterno en la oficina topográfica de Buenos Aires; pero cuando había llegado apenas a su mayor edad, era ya ingeniero del departamento.

De aquí la admiración, el cariño y la abnegación filial que Gutiérrez profesó siempre al prócer argentino, su jefe, su amigo y su maestro; de aquí su sumisión, desacordada tal vez, pero generosa a la administración de aquel ciudadano cuando su política fue repudiada por el pueblo de Buenos Aires (1852), y de aquí, por último, el homenaje de lealtad y de respeto que uno de los hijos del viejo patriota llevó en su nombre a la fosa del discípulo y del secretario.

En Benjamín Vicuña Mackenna, *Juan María Gutiérrez. Ensayo sobre su vida y sus escritos conforme a documentos enteramente inéditos*, Rafael Jover editor, Santiago, 1878, pp. 21-22. En la última línea, Mackenna debe referirse al nieto de López y Planes, Lucio V. López, quien leyó un discurso fúnebre en representación de la Facultad de Humanidades. Cfr. Antonio Zinny, *Juan María Gutiérrez: su vida y sus escritos*, Buenos Aires, Imprenta y librería de Mayo, 1878.

1

LOS OFICIALES DE LA SECRETARIA DEL SOBERANO CONGRESO A LA PATRIA,
EN LA VICTORIA DE MAYPO

ODA

¡Oh! ¡si hoy mi poderío		De Homero tomaría,	
la esfera de mis votos igualase		de Píndaro, de Horacio y del Mantuano	
para cantar el belicoso brío		aquel estro, grandeza y armonía	
de la legión maipuana		que a los siglos quebrantan,	
que hundió en el polvo la soberbia hispana!	5	y siempre al alma con su magia encantan.	10

De Eurídice al esposo la deliciosa voz demandaría, el mismo Apolo su eco victorioso me daría con gusto, que siempre ha sido con los héroes justo.	15	Solitaria en la lucha cual si no hubiera pueblos generosos, nadie en el mundo tu clamor escucha. Todos te dejan sola en brazos de la cólera española.	55
Después al rutilante carro del sol en majestad subiendo, de la cordura y rectitud amante cual Faetón no fuera: principiaría la inmortal carrera.	20	Audaz sobre la arena vertiendo sangre y en sudor bañada, con la mano de trueno y rayos llena, luchas con tus rivales y venciendo enriqueces tus anales.	60
Por delante la aurora más graciosa, más cándida, más bella que en el cielo jamás se viera hasta ahora, las puertas me abriría, y el camino de rosas sembraría.	25	Mas tu riesgo no cesa que en sus pérdidas mismas recobrado el tirano otra vez la lid empieza, y te arrostra atrevido como si vencedor hubiera sido.	65
Los pueblos del Oriente admirados quedando al presentarse fenómeno tan raro y esplendente, corriendo a las alturas dejarían talleres y culturas.	30	Tus fuerzas desfallecen. ¡Tanta sangre preciosa has derramado! ¡Ah! tus conflictos a la par acrecen, mil monstruos parricidas que renuevan atroces tus heridas.	70
Yo entretanto ocupando del grande Tauro el hiperbóreo alcázar, y el humilde horizonte atrás dejando con ráfagas de lumbre más vistosas brillara que es costumbre.	35	Mas, SAN MARTÍN, ese hijo que en sus favores te ha donado el cielo para colmo de gloria y regocijo, se arroja a la palestra, y arma en tu auxilio la robusta diestra.	75
Mi manto al desplegarse deliciosos poemas sembraría, que al leerse por el mundo y meditarse de Maypo la victoria perpetuasen del mundo en la memoria.	40	A la hidra que vomita por millares de bocas cruda muerte, el hercúleo campeón se precipita, su gran maza levanta, y la tiende mortal bajo su planta.	80
Al zenit más cercano, y ya a la vista general del orbe, entonara mi canto sobrehumano. Melodiosos torrentes moverían las piedras y las gentes.	45	Así fue la jornada de las célebres márgenes del Maypo, en donde fuiste, ¡oh patria! coronada de lauro inmarcesible por San Martín, y su legión terrible.	85
¡Oh patria! tú serías de mis loores el sublime objeto: tu pasmosa constancia en tantos días de apremio y de fatiga con que incansable el español te hostiga.	50	Gloria a tantos varones que a los más grandes en la guerra igualan, y los vencen en muchas proporciones. En igual circunstancia no hubo mayor destreza, ardor, constancia.	90

Aquesto por extenso con majestuoso acento cantarí, y asombrado al oírme el orbe inmenso prorrumpiera cantando América y sus bravos alabando.	95	Y la crueldad ibera también diría, que en cruenta lucha, arrebatar a todo el orbe espera este terreno amigo donde todo extranjero tiene abrigo.	105
Después celebraría tu rico suelo que llenó natura de dones abundosos a porfía: suelo privilegiado para asilo del mundo destinado.	100	Yo entretanto gozoso bajaría el gran carro al horizonte; y celajes de un gusto primoroso pondrían fin al día que te ofrecen mis votos, patria mía.	110

Notas:

1. En AP, pp. 421-422. En [Ramón Díaz], *La lira argentina o Colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de la Independencia*, [París], 1824, pp. 158-162, sin firma; en *La lira argentina*, ed. crítica, estudio y notas por Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1982, pp. 214-219, con el núm. LV (en línea: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003). Otras referencias bibliográficas: anota Barcia que apareció en un folleto de tres páginas, en 4º, Buenos Aires, Imprenta de Niños Expósitos, probablemente en abril de 1818; en *Colección de poetas patrióticos*, inédita (atribuida a Juan Cruz Varela), pp. 111-116, firmada por Vicente López y Planes.
- v. 4. [*N. del a.*] A Escipión se le apellidó el Africano por el teatro de sus victorias.
- v. 32. [*N. del a.*] Actualmente se halla el sol en la constelación de Tauro.
- v. 79. [*N. del a.*] Expresión alegórica del Ejército vencedor.

2

MARCHA NACIONAL ARGENTINA

Oíd mortales el grito sagrado: ¡Libertad, libertad, libertad! Oíd el ruido de rotas cadenas, ved en trono a la noble Igualdad. Se levanta en la faz de la tierra una nueva, gloriosa nación, coronada su sien de laureles, y a sus plantas rendido un león.	5	De los nuevos campeones los rostros, Marte mismo parece animar la grandeza se anida en sus pechos a su marcha todo hacen temblar. Se conmueven del inca las tumbas y en sus huesos revive el ardor, lo que ve renovando a sus hijos de la patria el antiguo esplendor.	15 20

CORO

Sean eternos los laureles, etc.

<i>Sean eternos los laureles, que supimos conseguir: coronados de gloria vivamos, o juremos con gloria morir.</i>	10	Pero sierras y muros se sienten retumbar con horrible fragor; todo el país se conturba por gritos de venganza de guerra y furor. En los fieros tiranos la envidia	25

escupió su pestífera hiel,
su estandarte sangriento levantan
provocando a la lid más cruel.

Sean eternos los laureles, etc.

¿No los veis sobre México y Quito
arrojarse con saña tenaz,
y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
luto y llanto y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?

Sean eternos los laureles, etc.

A vosotros se atreve argentinos
el orgullo del vil invasor:
vuestros campos ya pisa contando
tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener,
a estos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.

Sean eternos los laureles, etc.

El valiente argentino a las armas
corre ardiendo con brío y valor:
el clarín de la guerra cual trueno
en los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se opone a la frente
de los pueblos de la ínclita unión,
y con brazos robustos desgarran
al ibérico altivo león.

Sean eternos los laureles, etc.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia, el océano, los Andes,
El Cerrito y muralla oriental,
son letreros eternos que dicen:
aquí el brazo argentino triunfó,
aquí el fiero opresor de la patria
su cerviz orgullosa dobló.

Sean eternos los laureles, etc.

La victoria al guerrero argentino
con sus alas brillantes cubrió,
y azorado a su vista el tirano
con infamia a la fuga se dio:
sus banderas, sus armas se rinden
por trofeos a la Libertad,
y sobre alas de gloria alza el pueblo
trono digno a su gran majestad.

Sean eternos los laureles, etc.

Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite, mortales oíd:
«Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud»;
y los libres del mundo responden:
«¡Al gran pueblo argentino salud!»

Sean eternos los laureles, etc.

Notas:

2. En AP, pp. 423-424. En *La lira argentina*, 1824, pp. 1-4, bajo el título «Marcha patriótica»; en *La lira argentina*, 1982, pp. 11-17, con el núm. 1. Otras referencias bibliográficas: anota Barcia que apareció en hoja suelta, fechada el 14 de mayo de 1813, Buenos Aires, Imprenta de Niños Expósitos, con encabezamiento que dice: «Por decreto soberano del once del corriente se ha ordenado que la siguiente canción sea en las Provincias Unidas la única Marcha Patriótica»; en *Colección*, 1-6. v. 37. [N. del a.] La voz argentinos en esta marcha comprende a todos los ciudadanos de las provincias del Río de la Plata.

El señor Lozano es hijo de Venezuela. En el «Venezolano» de Caracas del año 1843, se lee un comunicado remitiendo a sus redactores la composición que nosotros hemos titulado «Bolívar»; según aquel comunicado, el joven Lozano carecía de estudios y aun de los libros necesarios para darse a ellos. A ser esto cierto, mayor mérito tendrán para nuestros lectores las bellas composiciones de este poeta.

El señor Lozano está haciendo actualmente una publicación con el título: *Tristezas del alma*, cuya secunda entrega vemos anunciada en el *Semanario de Cartagena* de 22 de febrero del presente año de 1846.

1

MI ADIÓS A PUERTO CABELLO

Opreso el corazón, muda la lengua
abandono tu suelo pintoresco;
mendigo trovador, sólo te ofrezco
mi vago y melancólico cantar...

Tus auras no plegaron de mi cuna
el primer y fatídico gemido;
niño vine hasta aquí, niño he crecido
y conmigo mi incógnito pesar.

¡En vano lo he cantado!... que en mis labios
la sonrisa amarguísima que viste
tú, libre de dolor, no la entendiste,
sordo al hondo suspiro de mi afán.

Y en tanto que apuraba mi tormento,
de tu mar ocupado y de tus naves,
cruzaron mis cantares cual las aves
que a un desierto arrojará el huracán.

.....

Otro suelo me espera... Allí en las noches
tu nombre al reflejarse en mi memoria,
recordará en mi mal la negra historia
que dormido en tus playas concebí.

Historia de un ensueño mentiroso
como el mundo a que vine confiado,
historia que a torrentes me ha arrancado
llanto que no borró lo que escribí.

Y con ella vendrán los ricos sueños

que poblaron mi alegre fantasía
cuando la aurora virginal teñía
mi primera y dulcísima ilusión.

5 Cuando en busca tal vez de algún recuerdo
la mente vagorosa se angustiaba, 30
y mintiendo un placer, sólo encontraba
mudo y aletargado el corazón...

.....

10 Porque hay en los desiertos de la vida
solitaria tal vez alguna fuente,
donde un hombre probó de su corriente 35
y su tostado labio humedeció:

y más lejos, tal vez, hay una sombra
donde paró, cansado, su carrera,
15 y le es grato en la calma lisonjera
recordar el raudal donde bebió. 40

Pero yo, ¡vive el cielo! en mi abandono
no he encontrado ni sombra ni corriente:
do quiera en mi dolor, sobre la frente
la huella del pesar sólo mostré...

20

Adiós... pueblo querido. Si en mi canto 45
se revela una queja, en un suspiro,
di más bien que mentí, di que deliro,
mas no que en mi dolor te calumnié...

25 Yo sé que a los alcázares no llega

el ¡ay! atosigado del mendigo: 50 realidad de un fantasma decorado
yo sé que en su vivir no halla otro abrigo, con sombras halagüeñas de verdad.
que sus tristes harapos... su dolor...

Que es mendigo también el que soñando 65 Otro suelo me espera... Si en mi canto
lauro inmortal, al son del harpa lucha; una queja se alzó sobre un gemido,
alcázar es el pueblo que le escucha: 55 perdona, oh pueblo, al vate dolorido,
su portada no se abre a su clamor... que acaso no supiste comprender...
. Adiós... Mi mente guarda tu memoria,
De tus mares al son descompasado 70 memoria con matices de ventura,
con que en la noche la ribera azota, y con sombras aciagas de amargura,
una gloria soñé: hela ya rota, que recuerdo con llanto y con placer.
y vive en su lugar la realidad... 60
. Puerto Cabello, diciembre 23 de 1843.

Realidad turbulenta y azarosa
hija infeliz de un sueño malogrado;

Notas:

1. En AP, pp. 425-426. La única edición de sus obras que pude consultar fue Abigail Lozano, *Los ojos en los astros*, La Plata, [s.n.], 1914; existe, al menos, este volumen anterior: *Don Abigail Lozano*, Curazao, A. Bethencourt e Hijos, 1888 (Parnaso venezolano ser. 1; t. 5).

2

A CARACAS

Atrás mi pie dudoso mi lánguido cantar; 20
dejó un suelo querido recuerdo que agobiado
donde el amor mis juegos de un sueño sin fortuna,
de niño, sorprendió; mansísimo otro ensueño
donde al rumor lejano 5 me vino a despertar.

templé mi ronca lira, Soñaba yo una tierra 25
y el corazón lloró. con puentes, catedrales,
donde el ingenio humano
sus glorias dibujó;
Entonces yo era un niño, 10 soñaba que en sus torres,
que deliraba amores, magníficos fanales 30
y el mundo vi a lo lejos para alumbrar los pueblos
cual vívido vergel, oscuros, levantó.

mas, ¡ay! cuando insensato corré en pos de sus flores, 15
espinas erizadas... hallé, cuitado, en él... Soñaba que esas torres
un tiempo sucumbieron
al turbulento soplo 35
del rápido huracán;
y que al cruzar sus ruinas,
un lúgubre «aquí fueron»,

Recuerdo que en las noches
al fulgurar la luna
lancé perdido al viento

acaso algún viajero deletré al pasar.	40	Tú tienes en tu suelo risueñas creaciones, y en tus amenos ríos oculta inspiración; yo tengo sólo un harpa que da lánguidos sonos, y que en humilde ofrenda te rinde el corazón.	85
Así es el hombre: al cielo levanta corpulentas pirámides, que abonen su nombre o su blasón; y mira indiferente las pardas osamentas, y olvida que un alcázar mañana es un panteón.	45	Mas no esperes con ella las cántigas de Homero, ni el inspirado aliento de Píndaro inmortal: son hijos mis cantares de mi dolor primero, y mustios cual las flores de un tórrido arenal.	90
Ayer a la corteza de un árbol, fio su nombre, y el tronco carcomido del árbol lo guardó; brillaron otros soles y se apagó el del hombre, mientras por burla, el cielo las letras perdonó...	50	Así, si acaso el gozo resbala por mi frente, si alguna vez enjuga mi llanto la mujer, no esperes que esa dicha del corazón te cuente, ni que a la lira fie tan virginal placer.	95
La luna ya escondía sus tímidos celajes, y con mi alegre ensueño la nueva luz crucé; mas nunca aquellos blancos y móviles paisajes por otras ilusiones nocturnas alejé.	55	Que oirás sólo mi acento mientras llorosa el alma dormite sobre el lecho punzante del dolor; mas no cuando arrullado de lisonjera calma, me duerma en el silencio gozando algún favor.	100
¡Caracas! esa tierra que adiviné dormido a un tiempo hermosa y rota, tal vez tu sombra fue; y aquel siniestro sueño, que me arrancó un gemido, el estertor sombrío de mi caduca fe.	60	¡Favor dije! mentira, jamás vi en la belleza más que una estatua helada que el arte cinceló; el mundo es un desierto de sepulcral tristeza, y el genio, en sus llanuras, de sufrimiento, yo.	105
Aquí entre el blando incienso de tus altares de oro, cuya flotante nube se eleva hasta tu Dios, yo buscaré un acento magnífico y sonoro para cantar al héroe que libertad te dio.	65		110
	70		115
	75		120
	80	Es fuerza, pues, que escuches mi voz enronquecida,	

que de mi lira ensaye
la tosca vibración,
que en la invisible gasa 125
del céfiro, perdida,
expire solitaria
mi tímida canción.

Caracas, diciembre 27 de 1843.

Notas:

2. En AP, pp. 426-427.

3

A...

Frondosa en el prado su frente elevaba
robusta palmera nacida al lintel:
el ave en sus ramas dulcísima alzaba
sus blandos cantares del alba al nacer.

Do quiera en el llano sonora armonía
cruzaba en los brazos del aura fugaz,
do quiera la brisa flotante mecía
lasciva sus flores sonando al pasar.

Mas oye, señora; cayó la palmera,
cayó al fuerte empuje del recio huracán:
se hundió desgajada su copa hechicera,
guardaron los vientos su historia inmortal.

Así lo que absortos ayer admiramos
con vanos aplausos, con loco tropel,
desnudo en los brazos del viento miramos
desnudo el hechizo del sueño de ayer.

El aura amanece de nardo impregnada,
difunde en el valle suavísimo olor;
mas tiende la noche su sombra callada
y al aura convierte en fiero aquilón.

Ayer delirante con fuego inocente
tu pecho amoroso tal vez suspiró,
y en fuego abrasada perdióse tu mente
jurándome tierna dulcísimo amor.

Un mundo de amores, de gloria y ventura 25
mentí como un niño postrado a tus pies,
cual fueras la virgen que el Dios de la altura
formó en los pensiles del mágico Edén.

5 Recuerdo la noche que ansiosa en tu asilo
mi trémula planta por ti se posó; 30
recuerdo que entonces en sueño tranquilo
mil bellas visiones formó el corazón.

10 Mas fueron visiones que en ti el alma ingrata
dejó entre los pliegues del aura sutil;
así a las palmeras el viento arrebató, 35
y arrastra con ellas al hondo confín.

15 Cuando ardiente un pensamiento
despierta mi fe abatida,
en negro llanto, mi vida,
baña ingrato el corazón. 40

20 Qué tristes son, ¡ay! mis horas,
como la lumbre sombría
que pasa en fiera agonía
el maldecido de Dios.

45 Porque sin ti, yo perdido,
no hallo luz, no hallo hermosura,
ni del alba la frescura
calma el fuego de mi ardor:

ni la fuente que murmura,
ni el aljófar del rocío,
halagan el llanto mío,
ni el cantar del ruiseñor.

Solo un sueño me persigne
negro, horrendo, borrascoso,
cuyo recuerdo azaroso
me desgarró el corazón;

como sombra acosadora
de un delirio turbulento,
que nos agobia un momento
para no olvidarse, no.

Yo me acuerdo que otros días
bajo un cielo puro, hermoso,
oí tu acento armonioso
jurándome eterna fé,

y de irresistible amor
mi pensamiento abrasado,
un querub del cielo enviado,
yo, mujer, te imaginé.

Aquella aura que aromaba
tu flotante cabellera,
hoy, no más por la pradera
jugará de flor en flor:

solitaria cual tu amante
vagará por la llanura,
o se perderá en la hondura
de un torrente bramador.

A otras playas venturosas
de mí te aleja una quilla,
y yo triste a la otra orilla
quedo del undoso mar. 80

Allí clavados mis ojos
con lágrimas turbulentas,
conjurarán las tormentas
que te quieran zozobrar;

o al pie de enorme peñasco 85
por las ondas azotado,
a mi duelo abandonado
el alba me encontrará. 60

Tal vez cándidos ensueños
al reír de la mañana, 90
tu perfección soberana
al nacer, me fingirán...

Tal vez al lánguido canto 65
de la tórtola inocente,
resbalará por mi frente 95
alguna visión de paz.

Mas, ¡ay! que en mi abatimiento
solo y triste me devoro, 70
que aquellas visiones de oro
las llevó el tiempo falaz: 100

y en vano las busca el alma
en sus delirios perdida;
volaron tras ti mi vida, 75
para no volver jamás...

Puerto Cabello, febrero 1843.

Notas:

3. En AP, pp. 428-429.

BOLÍVAR

Ayer cuando era niño mi madre me contaba
la historia de tres siglos que América escribió:
contábame que un hombre (que al recordar lloraba)
sobre un caduco cetro la independencia alzó.

Contábame que ese hombre do quiera con su espada 5
sepulcros dio al tirano y a América un altar;
que cual Jehová los orbes sacara de la nada,
él supo un mundo libre del caos levantar.

Pasó mi edad de niño, mas luego me hice hombre
vi en un salón suntuoso la forma de un varón: 10
ávida la pupila buscó a sus pies el nombre,
y sorprendida el alma deletreó «¡Simón!».

«¡Él es!...» aletargados mis labios pronunciaron,
«¡Él es!...» en los contornos el eco remedó;
trémulas mis rodillas de hinojos se postraron; 15
«¡Él es!...» convulso, el labio de nuevo repitió.

Tú fuistes ese hombre, magnético dibujo,
colgado por adorno sin voz en la pared:
tú fuiste el rayo ardiente que el Ávila produjo
que atosigó de Iberia la sanguinaria sed. 20

Tal vez cuando en la noche la fértil Venezuela
se duerme al son lejano del turbulento mar,
rompe la yerta losa tu sombra y la revela
arcanos que ella guarda risueña al despertar.

Tal vez se oyen perdidos dulcísimos acentos 25
que un ángel que te sigue derrama del laúd;
tal vez al son nocturno de perfumados vientos
te encierras misterioso de nuevo en tu ataúd.

Ven a inspirar mi musa, Libertador de un mundo
que el lauro de otros héroes amortiguando vas, 30
suspende los ensueños de mi dormir profundo,
y estampa en mi memoria tu aparición fugaz.

Yo sé que siendo niño pintaste en tu sonrisa
lo que escondida el alma soñando meditó,
que luego el nombre de héroe te distinguió en la liza, 35
y el sueño de la infancia tu lanza realizó.

Que entonces el tirano su frente alzó altanera,
te vio... y un sol de sangre tras él se levantó;
y el león de las Castillas que acaso en paz durmiera
al brillo de tu espada convulso despertó. 40

Lanzose a la llanura con desigual rugido,
sereno sus legiones le viste numerar;
y el cuervo del desierto desde el salvaje nido,
su tumba en el desierto se le escuchó augurar.

Más tarde al son de muerte del sanguinario acero, 45
«¡Victoria por Bolívar!» un eco murmuró:
maldijo sus destinos el castellano fiero,
y amenazando al cielo sacrílego expiró,

tu gloria es más sublime que el sol que se levanta,
que del lejano cénit el diáfano cristal; 50
que el ángel que el hosanna sobre los astros canta,
que el ruido del torrente cruzando el arenal.

Washington y otros héroes atletas que lidiaron
son átomos tan sólo que giran junto a ti;
los Alpes un coloso sobre su cima alzaron; 55
mas yo sobre los Andes más grande que él te vi.

Que aquel furioso gigante
que al mundo quiso abarcar,
sobre una playa distante
le arrojó bramando el mar. 60

Porque sediento de gloria
vencedor trepó a la altura;
mas ignoró en su bravura
la aurora de Waterloo...

Pero tú, sol de mi patria, 65
mientras hubiste combatido,
nunca te vieron vencido,
sólo te venció el dolor.

Más tarde abrieron tu historia
por baldón arrinconada, 70
y arrepentida y turbada
lloró una generación.

Y su llanto doloroso
vertido al remordimiento,

fue a esconderse macilento
en tu lúgubre panteón. 75

Entonces se alzó tu sombra
sobre el Ávila empinado;
y a sus pies avergonzado
demandó el malo perdón. 80

Porque maldijo tu nombre
en su loco desvarío,
y te dio a beber impío
el tósigo del pesar.

Porque en una triste orilla
que el mar solitario moja
en tu funeral congoja
te vio, riéndose, expirar... 85

Sacude el hediondo sueño
sombra magnífica y santa,
ven a ver cuál se levanta
el sol que te vio nacer. 90

Ven a oír la voz de un hombre
que en el templo te saluda,
aunque en tu féretro, muda,
te vuelvas, sombra, a esconder. 95

Bolívar, yo recuerdo que en la niñez pacífica
mi madre sollozando tu historia me contó;
que luego en una sala tu forma vi magnífica,
y balbuciente el labio tu nombre delectó. 100

Que se ocultó la lumbre de aquel brillante día,
y amaneció otra aurora tremenda para ti;
que el malo tu retrato rabioso conducía,
y le arrastró en el suelo con torpe frenesí...

Bolívar... yo recuerdo que un suelo hospitalario
sobre el cadáver tuyo su llanto derramó;
que el tuyo aletargado ni un ruego funerario
al son de sus campanas acongojado alzó... 105

Perdona, oh patria mía, si en mi cantar te ofendo
si recordé insensato lo que olvidar debí; 110

perdona... en tu semblante yo tímido comprendo,
que acaso al son del harpa tu corazón herí.

Puerto Cabello, octubre 28.

Notas:

4. En AP, pp. 429-431.

5

AYES DEL CORAZÓN

De tu memoria lanza mi memoria,
jamás recuerda la terrible historia
del bardo errante que acogiste ayer.
José María González, *La Diosa del Arauco*, inédita.

¿No recuerdas, hermosa, aquel día
que opaca se hundiera la lumbre del sol,
en que apenas el ruido se oía
del mar que las playas azota feroz?

Yo tal vez en incógnito soto
mi fuego sacrílego errante expiaré,
o en un campo desierto y remoto
la mísera angustia del pecho ahogaré;

25

¿Aquel día solemne y sombrío
que el santo aparato del templo alumbró,
en que el pueblo con paso tardío
cruzaba las calles en pos de su Dios?

5
podré acaso en la sombra campestre,
tu nombre en los cantos de un pájaro oír,
y a su trova sonora y silvestre
con él mi quebranto de amor confundir.30

¿Aquel día que un hombre leyerá,
del Gólgota santo la historia inmortal;
y en sus místicas hojas vertiera
seráfico llanto su fe celestial?

10
Podré al lado de arroyo escondido
mi llanto a sus aguas desiertas mezclar;
podré enviarte en el aura un gemido,
gemido que nunca podrás escuchar.35

¿No recuerdas que entonces del duelo
mi tímida vista por ti levanté,
y mintiendo tus formas un cielo
de Dios olvidado no tuve más fe?

15
Aunque se alce convulsa en el alma
del pecho cuitado la antigua pasión,
cual a veces serena la palma
se mueve al impulso del rudo aquilón.40

Que frenético quise en tu frente
con labio sacrílego un beso posar,
y en amor abrasada la mente,
tú fuiste mi Dios, tu planta mi altar.

20
Impasible veré yo al destino
la cifra de sangre marcar para mí,
solitario cruzando el camino
do blanca y risueña, señora, te vi.

Si te acuerdas, olvida esa historia
que en hora siniestra forjamos los dos
y que en vez de halagar la memoria
del pecho me arranca mil ayes feroz.

45
Senda estéril que sólo tu hechizo
magnético pudo su orilla esmaltar,
cuando iluso mentí un paraíso
que nunca he podido, señora, alcanzar.

Un Edén que a tu mágico acento
se alzó perfumado delante de mí,
y hoy deshecho en los brazos del viento
despierto medito, que entonces dormí.

Que tan sólo me queda en la mente
marcada la huella de aquella visión,
y el dolor asomado en la frente
que turba a deshora mi casta oración.

*

Mas oye. Solitaria en la llanura
llorar una paloma escuché yo;
si era de amor su triste desventura
yo no la comprendí, señora; no.

Si era la lobreguez de su retiro
la que quiso en sus penas desahogar,
yo no lo sé, porque también suspiro,
y el mundo no comprende mi pesar.

Porque también como ella vivo triste
sin una voz que endulce mi aflicción,
que esa pasión que el alma no resiste
es un volcán que abrasa el corazón.

Es un volcán que en hora infortunada
vino en mi mal fatídico a lucir.
Es un volcán que al alma aletargada
mintió de gloria un rico porvenir.

Y sólo cuando asome al cuerpo mío
la amarillenta tinta sepulcral,
podrá morir su resplandor sombrío
sobre el aciago velo funeral.

Entonces si a la orilla de mi losa
late de algún mortal el corazón,
allí mi sombra le dará piadosa,
si adora a la mujer, triste lección.

¿De qué me sirve amar y ser amado
si huye de mí fantástico el placer?
¿De qué tener un pecho enamorado
que espera un porvenir que no ha ver?

50 ¿Si cuando ansiada brilla la bonanza 85
en el rebelde mar de mi pasión,
se pierde en sus llanuras mi esperanza
y solitario gime el corazón?

.

Oye otra vez, señora. En tu memoria
no guardes más mi nombre... ¡por piedad! 90
55 No más amor... Si quieres otra historia
delineará el pincel la de amistad.

¡Oh! déjame olvidado a la ribera
de ese desnudo llano en que te hallé.
Déjame... y ni una lágrima siquiera 95
viertas al recordar que yo te amé.

60 ¡Porque acaso, mi bien, tu mente ignora
cuánto pesa una lágrima de amor!
Cuánto en el pecho nuestra paz devora
al rodar silenciosa al corazón. 100

Tú no sabes, señora, la amargura
que un recuerdo de amor nos da a probar.
65 Tú no sabes tal vez la desventura
del que tiene placeres que llorar.

¡Oh! déjame volver a ese camino 105
de donde tu hermosura me desvió,
sendero tenebroso que el destino
70 con implacable mano me trazó.

Déjame devorar el signo amargo
que en la cuna me dieron al nacer, 110
que de la muerte el funeral letargo
muy pronto concluirá mi padecer.

Y si aún te agobia entonces mi memoria
clava sobre mi lápida una cruz,
que ella será la ofrenda meritoria 115
que tus manos darán a mi ataúd:

80 insignia misteriosa y elocuente,
jeroglífico mudo del *no ser*,
cifra que dice al mísero viviente
«Aquí no hay porvenir; sólo hay ayer». 120

Déjame delirar, ángel hermoso,
llena el alma de engaño y de ilusión,

que proscripto en un mundo mentiroso es forzoso vivir de su ficción.		ven, y a jurar de nuevo si es preciso, aquel amor que ponderar te oí.	135
Y si ese cruel escarnio, esa mentira es lo que aquí llamamos realidad, yo quiero al son de mi cansada lira solo llorar mi negra soledad.	125	Tú le darás colores a mi pluma con que pintar el fuego de los dos, que en ese seno de nevada espuma mansos cantares hay para mi voz.	140
Quiero que iluso el corazón delire y adore sus fantasmas y oropel. Quiero que el alma lánguida suspire y sueñe alegre aplausos y laurel.	130	No me olvides... ¡ah!... no... Quiero abrazarte lleno de amor y fuego el corazón. Ya no quiero morir... Sólo adorarte y en tus labios beber la inspiración.	
Mas... no, mi hermosa... A alzar un paraíso, donde sin ti el infierno sólo vi,		Puerto Cabello, noviembre 17 de 1843.	

Notas:

5. En AP, pp. 431-433.

6

A VILLAPOL

El puro cielo de la vieja España
veló en la cuna tu primer ensueño,
y el de estas costas, virginal, risueño,
te vio luego en sus playas despertar.

En nombre de una raza de Neronos
sangre pediste al pobre americano,
y torpe en ella se tiñó tu mano
al ronco son del bélico timbal.

El grito de las víctimas humeantes
lúgubre hirió tu corazón de ibero,
y en las manchas de sangre de tu acero
combinado encontrastes un renglón.

En él tu labio incierto y balbuciente
leyó con estupor, en rojas letras,
«Tú que estos signos fúnebres penetras,
venga nuestras cenizas, español!...»

Y es fama que una lágrima encendida
rodó por tus mejillas hasta el suelo,
y arrepentido demandaste al cielo
borrase aquella sangre con su luz.

Que un espíritu blanco y transparente
murmuraba el renglón en la batalla,
entre el ronco estridor de la metralla
y el humo del belígero arcabuz.

Más tarde alzó risueño en las montañas
abril su pabellón de cien colores,
y alcanzaste dormido entre sus flores
al ángel de la santa libertad. 25

Espíritu potente cuyo grito
ensordece el alcázar de los reyes,
y rasga airado las sangrientas leyes
que torturan la pobre humanidad. 30

¡La libertad...! Sirena misteriosa
cuya mágica voz de siglo en siglo,
va ahuyentando el satánico vestiglo
que adoran los tiranos en su altar. 35

De esa voz las perdidas vibraciones
llegaron melodiosas a tu oído,
entre el sordo y monótono gemido
de la víctima próxima a expirar, 40

y en éxtasis purísimo y sagrado
gritaste: «¡Libertad!» y el santo eco
resbalando fugaz de hueco en hueco
en las tiendas hispanas fue a morir.

Rabiosos tus hermanos lo escucharon,
mientras videntes mil te recibieron
entre los mismos héroes que te vieron
por vencerlos, impávidos reñir. 45

¡San Mateo!... Esta lápida sangrienta
donde se lee «¡Ricaurte!»... «¡Campo Elías!»...
Sorbió tus postrimeras agonías,
y tu nombre a esos nombres añadió. 50

Que al fijar de los libres la bandera
sobre la tierra en sangre reteñida,
mató su luz el astro de tu vida
y el ángel de la gloria lo encendió. 55

Noviembre 28, 1844.

Notas:

6. En AP, p. 433.

7

UN RECUERDO DE PUERTO CABELLO

EL MANGLE

¡Cuán bellas son tus aguas azules y dormidas,
tus islas solitarias, tu calma perennal,
y tus garcelas blancas, que habitan escondidas
sus olvidados nidos pintados de coral!

¡Cuán gratos los cantares que en lánguido desvelo 5
tendido en su piragua levanta el pescador,
en tanto que en sus redes o en su traidor anzuelo
se prende el pez incauto del fondo habitador;

y ver desde tus costas entre el redondo hueco
que el viento en ancha nube y ennegrecida abrió, 10
la trasparente luna y el argentino fleco
que en el contorno oscuro su tibia luz prendió;

y allá sobre las cumbres de los lejanos montes
cuando la niebla invade su agreste soledad,
fosfórico relámpago hender los horizontes 15
sus cóncavos tiñendo de fatua claridad!

Acaso un dios marino visita en la alta noche
tu alcázar incrustado de concha y caracol,
y tiran los delfines su misterioso coche
que se hunde entre las aguas al asomar el sol. 20

Un coro de sirenas tal vez en pos le canta
salvajes armonías que nunca oyó el mortal,
y el céfiro dormido, por escuchar, levanta
de tus manglares bellos sus alas de cristal.

Las ondas espumosas del ronco mar vecino 25
respetan en sus iras tu plácida quietud,
como respeta el crimen el resplandor divino
que arroja de su frente la tímida virtud.

Del mar son los furores, del mar las tempestades,
las trombas, y del trueno la retumbante voz, 30

lenguaje con que en medio sus anchas soledades
maldice los linderos que le señala Dios.

Y tuyos los aromas que vierte la mañana
sobre las tenues alas del plácido terral,
y de la fresca tarde la tibia luz lejana 35
que trémulo refleja tu límpido cristal.

Innúmeras gaviotas que habitan las arenas
por visitarte cruzan la atmósfera sutil;
y dejan en las noches las mágicas sirenas,
por arrullar tu sueño, sus lechos de marfil. 40

—

Yo he visitado tus dormidas linfas
en las tardes purísimas de abril;
de tus marinas y salvajes ninfas
los cantares dulcísimos oí.

Era yo niño entonces, y embriagado 45
a estas voces de cielo me adormí,
y en mi sueño inocente y nacarado,
vi la sombra fugaz de un serafín.

¿Fue la imagen falaz de la fortuna,
de la celeste gloria, del amor, 50
o el ángel invisible que en la cuna
mis ilusiones cándidas mecía?

Yo no lo sé... pero sentí en mi frente
el contacto de un ósculo de paz.
Yo desperté... La forma trasparente 55
vi sepultarse rápida en el mar.

Sueño feliz, bellissimo, encantado,
que jamás en mi vida olvidaré,
dulce como el ambiente embalsamado,
como el beso de amor de una mujer. 60

Sueño que vive oculto en mi memoria
como una faz que adora el corazón,
como el eco de un cántico de gloria,
como una gota de agua entre una flor.

—

¡Oh! bellas son tus aguas azules y dormidas, 65
 tus islas solitarias, tu calma perennal,
 y tus garcelas blancas que habitan escondidas
 sus olvidados nidos pintados de coral.

Diciembre 23, 1844.

Notas:

7. En AP, pp. 434-345.

8

UN CANTO Y UNA LÁGRIMA AL DESGRACIADO JOVEN AUTOR DE *EL HARPA DEL PROSCRIPTO*

Hijo del hombre, vivir
 es lo mismo que llorar;
 dar tregua al lloro, es dormir,
 ser dichoso, eso es soñar.
 Arolas

Oye, flébil cantor, pues que una lira
 no basta a consolar tu desventura;
 y *sin fe, sin amor*, miras la altura
 sin ver tras ella oculto el porvenir;

Así es fuerza cantar ¡sentencia horrible!
 Mas, es fuerza creer. Sin esperanza,
 ¿quieres, vate, saber lo que se alcanza?
 El lodo que la planta huella aquí.

Y sin fe, sin amor, bajas la frente
 a la del hombre lúgubre mazmorra,
 sin encontrar en ella quien acorra
 la negra soledad de tu vivir.

5 El árbol deshojado espera un día 25
 la verde y olorosa primavera;
 la seca margen de la fuente espera
 las aguas que el verano le robó;

Oye, y no llores: lágrimas, sepulcros,
 infierno, proscripción, eso es la vida,
 ¿quieres gozar? La tumba te convida
 con su solemne y solitaria paz.

10 la fiel paloma que encontró sin vida 30
 su tierna prole en el silvestre nido,
 espera con su arrullo dolorido
 darle el calor que el cielo le quitó.

Yo arrancaré de tu panteón la yerba
 que de la tarde ondula al manso viento;
 y si oyen los que fueron nuestro acento,
 tú mi plegaria funeral oirás...

15 ¿Y tú no esperarás...? ¿Tú a quien el ángel 35
 teje corona de celeste lirio,
 para borrar la sangre del martirio
 que sorberá tu lágrima final?

Cantastes y lloré: porque tu canto
 un alarido fue del hondo pecho,
 un satánico grito de despecho
 a cuyo bronco son me estremecí.

20 El árbol de la fe tiene sus flores, 40
 y si una vez la duda las marchita,
 una lágrima fiel las resucita
 y exhalan un olor más virginal.

Si duerme el sol, despertará la noche,
toldo benigno del ardiente día,
virgen que aplaca el llanto y la agonía,
y nos tiende en el lecho a suspirar.

La noche es el espejo misterioso
donde Dios y los ángeles se miran,
cuando sus formas confundidas giran,
deja el lecho, cantor, póstrate a orar.

Y será tu oración sublime y santa,
cual la fe predicada en el desierto,
cual la que el Hombre-Dios alzó en el huerto,
pura como la sangre que vertió,

que es la oración al hombre maldecido
lo que fue en su abandono a los querubes,
cuando entre llamas y sulfúreas nubes,
Dios a Luzbel de su mansión lanzó.

Sube en las alas de la fe cristiana
a bañarte en la luz del firmamento,
A respirar el perfumado aliento
que se escapa del trono de Jehová.

Verás allí la reina de los orbes
de cuyos ojos nacen las estrellas,
cómo apaga en el éter las centellas
con sólo una mirada que les da.

Verás allí los místicos patriarcas
bajo sus palmas inmortales de oro,
y oirás el puro y religioso coro
del alcázar beatífico de Dios.

Verás allí las púdicas vestales,
multiplicadas sombras de María,
que al escuchar la terrenal orgía
dieron a los placeres un adiós.

Y en tanto que las vírgenes te aguardan
con mil coronas de azulados lirios,
canta, vate infeliz, y en tus martirios,
haya esperanza y religión y fe.

Y ¡oh! ¡si pudiera yo cuando en tu losa
el céfiro columpie una palmera,
seguir, cantor, en la infinita esfera
las esplendentes huellas de tu piel!...

Caracas, octubre 1844.

Notas:

8. En AP, pp. 435-436. | Subtítulo: [N. de JMG] *El harpa del proscripto* es una leyenda escrita por Manuel Jerez, publicada en Caracas y reimpresa en el *Correo de Ultramar* del año 1845.

9

NAPOLÉON

Después de Satanás... ni hombre, ni ángel,
ni demonio ha caído de tan alto.

Byron

Águila del desierto, cuyo nido
fueron las borrascosas tempestades,
flamígero cometa suspendido
sobre el cielo sin fin de las edades:
tú, que en el lago mismo del olvido
has lanzado tus regias claridades,
Dios caído del trono de los dioses...
¿quién recibió tus últimos adioses?...

No fueron las pirámides que oyeron
de tus pasos el ruido y se inclinaron;
ni las aguas del Nilo, que te vieron
y en sus ondas tu nombre murmuraron;
no fueron las ciudades que encendieron
sus torres y en las noches te alumbraron...
¿Quién fue?... ¡Silencio!... Trémula mi boca
 nombra apenas el mar... nombra una roca.

La tierra, el mar, los cielos, orbe estrecho
 eran para tu planta de gigante:
 de tu imperial palacio el regio techo
 fue el firmamento colosal, flotante;
 tu diadema los soles... y tu lecho
 el antártico polo de diamante...
 ¿Tu féretro? ¿es verdad? ¡titán del Sena!
 el peñasco fatal de Santa Helena...

Y así como retiembla la montaña
 al desprenderse el roble corpulento,
 tembló la Europa, como débil caña,
 al caer tu cadáver sin aliento.
 El mar que tu sepulcro antiguo baña
 dicen que se estrelló más turbulento,
 y que una nube funeral, sangrienta,
 cruzó por Walerloo, tétrica y lenta.

El alma de tu cuerpo desprendida
 surcó el éter con vuelo majestuoso,
 y por tus viudas águilas seguida
 Al alcázar llamó del Poderoso:
 del pórtico al dintel fue detenida
 por un brazo invisible y vigoroso,
 porque el cielo temió que en tu demencia
 fueses a conquistar la Omnipotencia.

Mortaja del coloso de la guerra
 tú sola fuiste, Albión, del mar señora;
 ¿por qué? ¡Porque un pedazo de tu tierra
 fue a pedirte el coloso en mala hora
 y le diste un peñasco!... ¡En él se encierra
 tú más horrenda página, traidora!
 En él su espectro arrastra sus crespones
 y te cubre de horrendas maldiciones.

Tuviste miedo al león y lo enjaulaste;
 y de lejos oyendo su rugido,
 tú, del mar la señora,... tú... ¡temblaste!
 Por el puñal de la traición herido
 cayó a tus pies... Entonces respiraste,
 cobarde vencedora del vencido...
 El océano mismo no podría
 borrar ese padrón de cobardía...

Tú no eres tan culpable... ¿En dónde estaba
 la poderosa Francia, la temida?
 ¿Por qué no le salvó?... Le contemplaba
 desde sus blancos Alpes sonreída!...
 ¡Y él, que la hizo tan grande!... Ella danzaba
 sobre sus mil banderas... Y su vida,
 como un volcán antiguo moribundo,
 lenta espiraba en ese mar profundo.

Eso es la gloria... ¡Napoleón! ¡Bolívar!
 ¡Inmortales, espléndidos cometas!
 Una copa de flores y de almíbar
 la gloria os presentó, grandes atletas;
 pero en el fondo, emponzoñado acíbar
 el destino guardaba... Y en mil grietas
 hendidos vuestros pechos... los pesares
 os ahogaron a orillas de los mares.

¡Eso es la gloria!... El dios armipotente,
 el titánico dios de las batallas,
 ¡tú, Bonaparte! sol en occidente,
 contra un peñasco maldecido encallas
 cual bajel de los mares... Y esa frente
 que desafió cien nubes do metralas,
 sólo Bertrand, el bravo granadero.
 la sostuvo en su trance postrimero.

Notas:

9. En AP, pp. 436-437.

10
AMÉRICA

Ceñida de jazmín y enredadera y entre viejas montañas escondida, pasa su blanda y perezosa vida una tierra bellísima, un jardín.		Es el toldo magnifico, esplendente, que con tierna y bellísima sonrisa tiende en las alas de la mansa brisa el ángel de los sueños y el placer.	40
América unos hombres la llamaron y sus hijos después lo repitieron; sus moradas sobre ella suspendieron la sílfide, la fada, el serafín.	5	Los ojos de sus bellas son de fuego, sus miradas fascinan y enloquecen; descarriados arcángeles parecen que descendieron en su vuelo aquí.	
Las auras de sus bosques centenarios mecen los mil jazmines de su frente, y un aroma purísimo, inocente, se desprende al columpio virginal.	10	Sus morenas mejillas, sus melenas, sus senos voluptuosos, palpitantes, del corazón arrancan delirantes mil suspiros de ardiente frenesí.	45
Ciñe su inmensa frente por diadema ejércitos de palmas cimbradoras, altivas y caducas moradoras del desierto y del tórrido arenal.	15	Tus bosques, tus ríos, tus limpias cascadas eternos sus flores, sus aguas te den; tus auras fugaces de aroma cargadas columpien tus palmas con blando vaivén.	50
Descienden en vistosos torbellinos de transparentes perlas sus cascadas, y bordan las corolas perfumadas de la campestre y olvidada flor.	20	Tu cielo de estrellas, azul, trasparente, derrame su manso fulgor para ti; y rica y altiva, feraz y potente, los soles te alumbren, fantástica hurí.	55
Pueblan sus altos robles y sus ceibas en bandos pintorescos los turpiales, y ostentan los mitrados cardenales la púrpura de Tiro en su color.		Esconda en tus flores sus lágrimas puras la Cándida y tibia mañana de paz, y tienda en tus verdes feraces llanuras, su velo de rosas liviano y fugaz.	60
Las deidades del mar visten sus playas de caracoles, conchas y corales, que ostentan sus desiertos arenales como un cinto de perlas y rubí.	25	Arrullen tu casto, mansísimo sueño, del bosque las brisas con dulce rumor, y el canto del ave, silvestre, halagüeño, tu paz interrumpa con notas de amor.	
Encaje pintoresco y ondulante con que adornan su virgen vestidura, la casta, hermosa, celestial y pura tierra de los ensueños de alhelí.	30	Desciendan en vistosos torbellinos de transparentes perlas tus cascadas, y borden las corolas perfumadas de la flor escondida y virginal.	65
Un cielo azul, benigno, trasparente de nubes de oro y nácar tachonado, y sus noches de amor, engalanado con millares de estrellas por do quier.	35	Ciña tu inmensa frente por diadema, ejércitos de palmas cimbradoras, siempre altivas y eternas moradoras del llano, el bosque, el valle, el arenal.	70

Vierta Dios a torrentes en tu suelo,
virtud, saber, prosperidad, bonanza,
y el eterno fanal de la esperanza 75
alumbre tu dormir, tu despertar.

Que el genio misterioso de los siglos
sobre su inmensa trípode sentado,
te augure con la fe del inspirado 80
glorias que él mismo no podrá borrar.

Enero 1° de 1845.

Notas:

10. En AP, pp. 437-438.

LUCA
Esteban

Nació en Buenos Aires. Regresaba a esta ciudad en clase de secretario de una legación extraordinaria a la corte del Brasil, cuando naufragó, y pereció, en el Banco inglés del Río de la Plata, en marzo de 1824.

1
A LA VICTORIA DE CHACABUCO
ODA

Entre guerra y venganzas, muertes y horrores el caudillo ibero, entre crueles verdugos y asechanzas, cual Minotauro fiero con centelleantes ojos asombraba de Chile el monte y llano que ocupaba.		practica ya el fragoso camino de los Andes, ya el soldado toma ejemplo del jefe denodado.	30
Alza la erguida frente sobre un trono con sangre salpicado mil y mil veces de la indiana gente; el cetro ya empuñado, el férreo cetro, agudas las espadas cierran ya de su imperio las entradas.	5	A un lado, mole inmensa ve levantarse al cielo, a la otra parte un precipicio horrendo, y sólo piensa a fuer de brío y arte al término llegar de la angostura; pigmeo es la montaña a su bravura.	35
«Yo conquisté esta tierra —a sus sangrientas haces les decía— que a esfuerzos del terror y de la guerra por tres siglos es mía; en mis iras conoce el Araucano el rayo de que Jove armó mi mano.	10	El enemigo bando avistan los campeones impacientes, sobre él ya cargan rápidos bajando como en gruesos torrentes por entre riscos el furioso Guano que raudo corre por inmenso llano. los montes cavernosos retumban con el bélico alarido, y el tronar de las armas, espantosos dando horrible gemido, desde sus hondas lóbregas entrañas de sí arrojan al león de las Españas.	40
¿Mi dominio rodeado de intransitables ásperas montañas será del argentino profanado? ¿Mil heroicas hazañas no os gritan que este suelo subyuguemos, o que al furor de Alecto lo entreguemos?»	15		45
Así el tirano clama: San Martín otro Aníbal más famoso, a quien celeste ardor el pecho inflama	20	Ruje herido del rayo de las patrias legiones, que aguerridas en fuga ponen y en mortal desmayo sus huestes homicidas; el paso vencen, y al favor de Marte tremolan en el valle su estandarte.	50

¡Oh deidad, que inflamaste
en sacro ardor el numen del Mantuano!
¡Oh tú que en plectro de oro celebraste
el valor sobrehumano
de Hércules vencedor! hoy canta solo
el paso de los Andes, sacro Apolo.

No cantes, no este día,
la cítara divina resonando,
del héroe de Cartago la osadía
los Alpes traspasando:
a un otro Aníbal canta, mayor gloria
da al Nuevo Mundo eterna su memoria.

Mas ¡oh terrible escena!
del hispano la armada muchedumbre
los llanos abandona, cruel se ordena
de nuevo en la alta cumbre
de la vecina y escarpada sierra,
y el pendón alza de ominosa guerra.

El oprimido suelo
mira en fuertes guerreros convertido,
resonando los cóncavos del cielo
con el marcial ruido;
clamor universal oye, y se aterra:
«¡Venganza, Eponamón, venganza y guerra!».

El grito heroico alcanza
al mar del Sud en ásperos acentos
cual austro embravecido; invicto avanza
San Martín los sangrientos
rebeldes enemigos; ronco suena
el bélico clarín, el bronce truena.

La lid está trabada
en Chacabuco; del guerrero infante
se ve la línea en fuegos inflamada;
su acero fulminante
en la diestra revuelve ya el jinete,
y en el veloz caballo ya arremete.

La intrépida carrera
del relinchante bruto, el corvo alfanje,
rompen al enemigo que lo espera
en cerrada falange:

55 al duro choque retemblaba el suelo 95
cual si brotara nuevo Mongibelo.

La muerte conducida
sobre el rodante carro hiere, mata
60 en ambas huestes, la infelice vida 100
del cuerpo la desata;
los muertos huella, corre sin fatiga,
que el quadriga fatal la guerra instiga.

Frente a sus escuadrones
65 San Martín ya decide la victoria, 105
clama, atropella, rinde las legiones;
cubierto va de gloria
cual otro Aquiles fuerte, invulnerable,
a las troyanas gentes espantable.

70 Dos rayos de Mavorte, 110
de la patria constantes defensores,
Soler, O'Higgins, cada uno en su cohorte
gobierna los furores;
de los fieros Titanes este día
triunfara en Chacabuco su osadía.

75 ¡Oh patria! tus guerreros 115
los montes y los llanos ocuparon,
y el pendón de Castilla de ellos fieros
al suelo derribaron;
salve, patria, mil veces, altaneras
80 flotan en todo Chile tus banderas. 120

Las sombras irritadas
de Tucapel, Caupolicán, Lautaro,
dejaron los patriotas hoy vengadas.
Hoy vuestro nombre caro
85 llama al hijo de Arauco que la lanza 125
tiñe en sangre española en la matanza.

Del arduo excelso asiento
de los nevados Andes, hoy la Fama
90 tocando el estrellado pavimento, 130
en los orbes proclama
a vuestros héroes: su eco resonante
va desde el mar del Sud al mar de Atlante.

¡Oh paternal gobierno
que enérgico y prudente protegiste

tan gigantesca empresa! honor eterno	135	cantad también los hechos memorables,
a la patria le diste:		mientras el llanto mío
tuyo es el regocijo a que se torna,		tributo al campeón que en la victoria
y el precioso esplendor con que se adorna.		muriendo por la patria nos da gloria.

Virgenes adorables,	1817
ninfas del argentino sacro río,	140

Notas:

1. En AP, pp. 439-441. En [Ramón Díaz], *La lira argentina o Colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de la Independencia*, [París], 1824, pp. 131-137, firmado «E. L.»; en *La lira argentina*, ed. crítica, estudio y notas por Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1982, pp. 186-191, con el núm. LI. Anota el mismo Barcia que originalmente se publicó en un folleto de ocho páginas, en Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, firmado con las iniciales «E. L.», en 1817. | Título: [*N. de JMG*] Ganada el 12 de febrero de 1817.
v. 41. [*N. del a.*] Uno de los varios torrentes de los Andes.
v. 78. [*N. del a.*] El dios que invocan los indios de Arauco en sus negocios más graves.

2

AL TRIUNFO DEL VICEALMIRANTE LORD COCHRANE,
SOBRE EL CALLAO EL 6 DE DICIEMBRE DE 1820

¿Qué varón, dime, oh Musa, tan terrible, tan experto en las lides peligrosas, como el ilustre Cochran, triunfar supo en los mares de América y Europa de la saña enemiga	5	más tiempo resistir, y despreciando los palacios y torres eminentes, que la Europa pregona, al furor de las ondas se abandona.	
con vigilia inmortal y ardua fatiga?		Luchando con los vientos borrascosos, de la soberbia Albión, del patrio suelo, con ánimo esforzado se retira por vengar a los hijos de Columbia del duro cautiverio,	25
¿Quién, como él, en el orbe fue inflamado de un fuego tan heroico, tan sublime, cuando, previendo el porvenir dichoso, que el cielo al Nuevo Mundo preparaba, decide en su alta mente	10	con que oprime la España su hemisferio.	30
su esfuerzo unir al de la indiana gente?		Vuelta la faz al septentrión helado, de las brillantes Osas se despidе, y tendiendo al Antártico la diestra, como en acción de señalar las tumbas del inca virtuoso,	35
Nadie jamás: al invencible Cochran enciende, agita causa sacrosanta; la libertad de mil generaciones, que ya sus glorias a cantar empiezan sobre los Kooks y Ansones que honor dieron y gloria a los bretones.	15	a sus manes promete dar reposo.	
Un volcán es su pecho generoso de virtudes guerreras; no le es dado	20	¡Oh padre de los vientos! favorable encadena a los fieros aquilones, mientras navega por los altos mares el ínclito bretón, que ya traspasa	40

el ecuador ardiente
en demanda del indo continente.

Y vosotras ¡oh estrellas refulgentes!
acompañadle en su gloriosa empresa,
que hoy más que nunca observa vuestro brillo 45
hasta llegar al puerto suspirado;
pues un fugaz momento
un siglo vale para su alto intento.

Mas ¡oh ventura! ya a engolfarse empieza
en los mares del Sud, las altas cimas 50
de montes gigantescos descubriendo,
fama es que los Tritones a su arribo
la nave circundaron,
y a todas las riberas lo anunciaron.

El pueblo entonces del heroico Chile, 55
que juró guerra eterna a los tiranos,
al puerto corre, y entre alegres vivas
liberal lo recibe; ya su nombre
a todo pecho inflama,
y el genio su heroísmo ya proclama. 60

Temblad, temblad, sangrientos opresores,
que domináis en la opulenta Lima;
temblad, temblad, de los terribles golpes,
que ha de lanzaros la indomable diestra
de Cochrane invencible; 65
temblad, temblad en vuestro asiento horrible.

No lo quiero pintar cuando destroza,
y hunde los mares el bajel guerrero,
con que el hispano su valor insulta;
no visitando intrépido las costas, 70
que el Pacífico baña,
con terror y vergüenza de la España.

No como en el Callao desde el alcázar
fulmina nuevos aterrantes rayos,
rayos de las materias inflamadas, 75
que allá en su abismo encierran los volcanes,
y son al enemigo
un presagio fatal de su castigo.

Si me asistiera el majestuoso acento
de Píndaro sublime, si al Olimpo 80

yo me elevase en vuelo arrebatado,
no bastara a pintar el nuevo arrojó,
que ahora Cochran medita,
y a riesgos mil y mil lo precipita.

Al medio de la noche, al sordo ruido 85
con que baten las olas espumosas
el flanco de la nave, se dirige
a forzar en su puerto al enemigo,
que no espera confiado
ataque recibir tan denodado. 90

A los primeros golpes se resiste
la altiva nave que combate Cochran;
crece el clamor de la marina gente,
el silencio terrible se interrumpe,
y responden entonces 95
del gran baluarte los tremendos bronce.

Retumba lejos en los hondos mares
el formidable estruendo; por momentos
se ilumina la atmósfera y se inflama,
cruzando con brillar interrumpido 100
los globos de la muerte,
que España arroja del castillo fuerte.

¡Oh teatro a un tiempo de pavor y gloria!
Igual era tu aspecto al que presenta
el Etna mugidor en noche oscura, 105
cuando vomita un mar de ardiente lava,
y al bramar de su seno,
el rayo siguen y espantoso trueno.

En medio Cochran del horror y estrago
ejemplo es del soldado y marinero, 110
que ya claman victoria...: de un mosquete
el mortífero plomo despedido,
silbando a herirlo viene,
mas su glorioso triunfo no detiene.

Su sangre ve correr, y al punto exclama: 115
«Recibe, oh gran Columbia, este tributo,
que a tu sagrada libertad consagro»,
y rinde en tanto la alterosa nave,
en que funda el hispano
su naval fuerza con orgullo insano. 120

Tú entonces, oh jefe ilustre, allí la sombra
terrible viste del invicto Nelson,
que en el duro combate te animaba
con su inmortal ejemplo; tú excediste
las glorias de aquel día,
en que humilló de España la osadía.

Al frente del Callao la nueva aurora
te ve mostrar el triunfo que arrancaste
del centro del poder a los tiranos;
la fama vuela hasta el visir de Lima,
que en su dosel erguido
la santa humanidad tiene en olvido.

Se turba y oye, pálido el semblante,
la nueva que sus próceres le cuentan;
es en vano el despecho y rabia ciega,
con que invoca a las Furias infernales;

que el Dios del mar potente
hoy a Cochrane ha dado su tridente.

125 Salve mil veces, célebre caudillo,
que el Pacífico surcas, tremolando 140
en triunfo el pabellón que te confía
el Estado chileno: tus hazañas
dan hoy gloria y consuelo
al peruano oprimido, al patrio suelo.

130 Tú a los altos designios consagrado 145
del bravo O'Higgins y San Martín invicto
el mar del Sud dominas; tú aseguras
un asilo de paz a las naciones,
y un templo a tu memoria,
donde por siempre brillará tu gloria. 150

135

Notas:

2. En AP, pp. 441-443. En *La lira argentina*, 1824, pp. 320-325, sin firma; en *La lira argentina*, 1982, pp. 412-418, con el núm. CI.

v. 74. [*N. del a.*] Los cohetes incendiarios.

v. 92. [*N. del a.*] La fragata de guerra *Esmeralda*.

3

CANTO LÍRICO A LA LIBERTAD DE LIMA

No es dado a los tiranos
eterno hacer su tenebroso imperio
sobre el globo infeliz, llevando insanos
a do quier el terror, el llanto, el duelo,
la viudez y orfandad: en vano el trono
ven con ardiente celo
guardar a los ministros de su furia;
en vano fieros desde el alto asiento
de su injusto poder, miran los males
de pueblos oprimidos y obedientes
por largo espacio al impetu violento
de su cruel ambición; ya las señales
de su ruina y oprobio están presentes;
llega por fin el día en que hasta el polvo
su soberbia humillada,
será de las naciones execrada.

5 Así el poder de Jerjes orgulloso,
así el dominio del feroz Atila,
tan sólo en la memoria
duran hoy de los hombres, y es su gloria 20
del orbe aborrecida: ya pasaron,
cual plagas espantosas, y a la tierra
sólo largos recuerdos le dejaron
de incendios, muerte, asolación y guerra.

10 Así, oh España, vimos 25
caer aquel vasto y gótico edificio,
que a tu infausta ambición sobre las ruinas
de dos ricos imperios levantaste
en el nuevo hemisferio: al torpe vicio,
15 al sórdido interés abandonada, 30
fuieste esclava a tu vez, también probaste

en justa pena de tu horrendo crimen
el duro yugo que la ardiente espada
de Napoleón te impuso. Entonces gimen
tus hijos degradados, los que fieros
a Colombia destrozan y la oprimen.

Cuando allá de los altos Pirineos
 hasta el soberbio muro gaditano,
 los brillantes trofeos
 las águilas francesas anunciaban
 del Cesar más altivo, heroicos gritos
 por todo el Nuevo Mundo resonaban
 contra la antigua España y sus decretos,
 que del colono con la sangre escritos,
 a eterna esclavitud lo condenaban.
 Diez años a los hijos de Colombia
 sobre los montes y tendidos llanos
 vio el sol entre fatiga,
 y muerte y destrucción, la horrenda liga
 combatir de los bárbaros tiranos,
 invocar de la patria el santo nombre,
 y constantes y fieles
 su vida consagrarle y sus laureles.

Mas, súbito al estruendo formidable
y confuso clamor, alto silencio
se sigue, comparable
al que vemos reinar en el océano,
cuando ya cesa el aquilón furioso
de agitarlo y bramar; cuando sus aguas,
blandamente del céfiro movidas,
calma dan y reposo
a las almas de espanto confundidas;
silencio majestuoso,
que a la opulenta Lima ya cercano,
San Martín interrumpe cuando clama:
«¡Independencia al suelo americano!».

Oye el atroz tirano
este augusto decreto del Eterno
con profundo terror, el negro averno
abierto ve a sus pies, cual otras veces,
al oír la voz del trueno retumbante
que le acusa de crímenes horrendos.
¡Oh gloria! San Martín ya entra triunfante
a la gran capital donde reinaba
el sangriento poder, la vil codicia,

que a ejemplo de Pizarro devoraba
al visir orgulloso:
aquí los fieros déspotas, viviendo
35 tres siglos en deleite escandaloso,
la miserable suerte 80
del colono un momento no aliviaron,
y a servidumbre y muerte,
gozándose en el mal, lo condenaron.

40	Al frente de las huestes de la patria marcha la libertad, hermosa brilla y augusta la razón; ¡glorioso día! ya disipan sus rayos luminosos la noche del error que antes cubría	85
45	con un velo fatal los espantosos designios del tirano; ya en toda Lima el himno soberano de libertad resuena; ya rota la cadena	90
50	de amarga esclavitud, canta las glorias del grande capitán; ya los clamores de un pueblo agradecido, las victorias publican de los libres: ¡Libertad I Libertad! Sublime acento, que lleva el eco desde el hondo valle	95
55	a los montes más altos y fragosos, y repiten los mares procelosos.	100

O ilustre pueblo, en el más fuerte asilo
de antiguos opresores, circundado
60 de bárbaros sayones,
valorar la virtud aún no te es dado 105
del fuerte de los fuertes, del gran genio,
que al frente de guerreros escudrones,
de audaces poderosos enemigos
65 venció la rabia insana;
tú, que a la dulce libertad hay naces, 110
aún no puedes saber de cuanto lustre
ha colmado a la gente americana:
en tu dicha inefable y suspirada
pregúntalo a los pueblos, que del yugo
70 libertó de opresión su heroica espada; 115
oye los claros hechos,
que del héroe pregonan
los pueblos libres en sagrada alianza,
y une a los cantos que a su gloria entonan,
75 el debido tributo de alabanza. 120

San Martín animado de celestial impulso, en el gran libro leyó de los destinos, que Colombia, largo tiempo oprimida por la ambición más bárbara y funesta, 125 cobrando nueva vida, rompiendo sus prisiones, alzarse debe libre, independiente de la soberbia España, y triunfadora de su cruda saña 130 bella y rica mostrarse a las naciones.		los planes que medita: ella le muestra su fecundo seno herido y destrozado por el rayo y el trueno, por la sangrienta guerra que lo agita; 170 ella el camino de la excelsa gloria, la senda hermosa del honor señala al jefe ilustre, que vengarla debe con eterna victoria de su tormento, a que ninguno iguala. 175	
El intrépido jefe los peligros contempla y las distancias, que ha de arrostrar en la gloriosa empresa; ora al tirano ve, que armado en muerte, 135 un momento no cesa de oprimir obstinado, y a la suerte de la patria oponerse venturosa; en el carro tremendo ora lo ve en la lucha sanguinosa, 140 y entre el horror de muertes mil cayendo ve al generoso indiano; mas es justa la causa que al caudillo el pecho inflama; sí, de los cielos la justicia augusta ordena combatir; pronto la sangre 145 se verterá a torrentes, y caudalosos ríos por tributo la llevarán al mar en sus corrientes.		Portento tal, de San Martín inflama el pecho fiel, su brazo fortifica; en la diestra el acero fulminante el bélico furor ya comunica a la hueste que en Cuyo preparara 180 al estruendo y estragos de la guerra. Fue entonces débil muro a la gigante empresa que formara, la alta y nevada sierra: en asilo seguro, 185 al otro lado de la mole inmensa, se creyó largo tiempo el vil tirano, cuando repente con asombro escucha el sonoro clarín del bravo indiano, cuando con ojos aterrados mira, 190 que San Martín a la tremenda lucha descendía con fuertes batallones, de la fragosa altura al fértil llano, de libertad alzando los pendones.	
El sagrado entusiasmo en tanto crece del fuerte San Martín que se imagina 150 el cuadro portentoso de las generaciones venturosas que a tanto precio poblarán un día comarcas numerosas en el indiano suelo: 155 rasgando el denso velo del arduo porvenir, al firmamento alza los ojos, y al Eterno implora en favor de la patria, a quien su aliento generoso consagra. Arrebatado 160 de tan alto pensar, allá en la cima de los Andes que el sol eterno dora, ve a Colombia sentada; ella lo anima con expresivo maternal acento a ejecutar, como hijo denodado, 165		¿Quién podrá retratar los movimientos 195 de gloria y alto honor, que lo agitaban, allá en la cumbre de soberbios montes, del éter puro en la región sublime? ¿Quién logrará los altos pensamientos dignamente cantar, que lo elevaban 200 sobre la esfera entonces de las pasiones viles, que obscurecen la mente del común de los mortales? A designios tan nobles, tan augustos los acentos de Clío desfallecen; 205 para ejemplo y asombro los anales del mundo lo dirán: no fue de Aníbal tan heroico el aliento, cuando el consejo y fuerza del romano	

allá sobre los Alpes contemplaba,
y eterno monumento
en Canas a su gloria levantaba.

Así fue que, cual rayo desprendido
del alto cielo en tempestad sonora,
destruyó en Chacabuco el yugo infame
que al chileno oprimía;
después en Maipo en más tremendo día,
a esfuerzos de valor y de constancia,
a la patria salvó, dobló la afrenta,
y humilló la arrogancia
del opresor sangriento, que tornaba
más fiero y confiado
en huestes numerosas que mandaba.
Entonces San Martín un nuevo Estado
dio a la sagrada causa; en premio entonces
él vio cuánto brillaba
su heroísmo a la faz de las naciones;
él oyó resonar su claro nombre
en las dulces canciones,
en los cantos heroicos, que los hijos
de Apolo consagraban inspirados
a sus grandes hazañas; todos vimos
que los dardos entonces disparados
por la rabiosa envidia contra el héroe,
en su escudo luciente, impenetrable,
volaban a romperse: así admirable
respondió San Martín a la esperanza,
que un día en él fundaron
Buenos Aires y Chile,
cuando sus nobles armas le confiaron.

Mas aún no era bastante
a su grande alma el español orgullo,
en Chile por dos veces humillado:
aquí tan sólo ejecutaba parte
de los planes profundos que en su mente
continuo revolvió: nuevo Marte
debe ser y llevar rápidamente
más allá de los montes,
más allá de los mares,
las armas de la patria: consumada
así la libertad, así la gloria
de Colombia verá; su fuerte espada
aún debe fulminar, hasta que en Lima
se vea entrar triunfante

muchas veces la tierra	300	para eterno escarmiento,	345
se estremeció con el horror y espanto		huye la hueste sanguinosa, y deja	
de asoladora guerra		de su ambición el poderoso asiento.	
que movisteis a pueblos que del hombre			
los sagrados derechos invocaban;		¡Libertad! ¡Libertad! Las altas torres	
mas de vuestra crueldad ellos triunfaban,	305	del orgullo europeo convertidas	
y sobre vuestras ruinas muerte o gloria		en polvo caen, y el ídolo sangriento	350
a la divina libertad juraban.		del fanatismo horrible: ya el palacio	
		ocupa San Martín donde las leyes	
Decid, oh Grecia, oh Roma,		de sangre se dictaron, largo espacio	
oh Helvecia, y tú, oh Boston, en la ardua empresa		allí adórese la soberbia imagen	
de vuestra libertad, cuántos furores	310	de los hispanos reyes;	355
tuvisteis que arrostrar, decid las plagas,		mas hora en Lima el pérfido tirano	
las muertes, los horrores,		no encuentra algún asilo a su vergüenza;	
que en medio de vosotros arrojaron		hoy muere su esperanza,	
los déspotas feroces; mas con gloria		pues no puede surcar el océano,	
de tanto mal triunfaron	315	y allá en Europa concitar la saña,	360
vuestro valor y sin igual constancia.		cual en un tiempo, de la fiera España.	
¡Oh Colombia inocente!			
También oponen pechos de diamante		Salve, genios ilustres, que inflamados	
tus hijos esta vez al gran torrente		a la luz de la gran filosofía,	
de la devastación: ¡felice día!	320	pudisteis anunciar del Nuevo Mundo	
Hoy un muro de bronce han levantado		la libertad a todas las naciones:	365
entre ellos y la horrenda tiranía.		salve una vez y mil, sabios varones;	
		ved ya, para consuelo, realizada	
Vano es que en Lima el oro con el fraude		la teoría del bien, que al hombre un día	
hoy prodigue la raza de tiranos		le fue en vuestros escritos revelada.	
a mercenarios viles; los valientes	325	Cuando la espesa nube del misterio,	370
de la patria se acercan,		en larga noche tenebrosa y fría,	
y con rayos ardientes		los pueblos infelices conservaba;	
las falanges combaten y destrozan		cuando la España con pesado cetro	
del bárbaro opresor; sólo en la fuga		de América los brillos eclipsaba,	
busca ya su salud, abandonando	330	vuestro sagrado acento	375
a la gran capital: mas ¡ay! primero		fue una luz celestial, fue luz divina,	
con despecho nefando		que al mísero colono dio el aliento,	
sus fueros más sagrados atropella,		con que después rompiera	
le arranca sus tesoros, y cargado		el yugo abominable que tres siglos	
de crímenes horrendos, a los montes	335	en oprobio del hombre le oprimiera.	380
corre precipitado		Vuestros nombres el mundo agradecido	
a ocultar su ignominia: ¡ya el soldado,		jamás olvidará. Ved ya destruido	
que desmaya infeliz en su carrera		para siempre el contrato,	
con saña nunca vista, la más fiera,		que en ruina de los incas celebraron	
por el hispano jefe es inmolado!	340	la vil codicia y ambición sangrienta;	385
Como la densa nube,		aquel contrato horrendo,	
que amaga destrucción, es impelida		que selló el fanatismo, y aún lamenta	
al remoto horizonte por el viento,		la triste humanidad; ella aún gimiendo	
así de espanto herida,		nos recuerda, que un día fue insultado	

el Dios de paz en sacrificio augusto por tres hombres feroces invocado.		
Cese, pues, gran Colombia, el compasivo llanto, que derramas sobre las tumbas de tus caros hijos, que vibrando su espada, del Septentrión al Sud por ti murieron; tus ojos, largo tiempo encadenada, harto llanto vertieron; hoy, libre de opresión, en ellos brille la más dulce alegría: los himnos oye, con que te saludan de un polo al otro polo tus guerreros en tan dichoso día. Ved como, vencedores del tirano, levantan a porfía altares a tu nombre soberano. A ti, patria querida, han consagrado el código sublime de nuevas sabias leyes, que han formado: ellas fruto sagrado son de virtud y sangre generosa, con que la faz de tu hemisferio hermosa en lides mil y mil enrojecieron, cuando de esclavitud te redimieron.	390 395 400 405 410	sus frutos y tesoros más preciosos. Por más breve, más próspero camino sus naves llegarán al Golfo Indiano, no como el Lusitano, cuando en el Tormentorio navegaba, y el furor de sus ondas afrontaba. Ya no podréis jamás, crueles tiranos, tanta dicha estorbar, que el cielo envía a la angustiada tierra: ni la superstición, ni el fiero orgullo, que en vuestros pechos de crueldad se encierra, renovarán nuestros pasados males. ¡Feliz posteridad! De vuestros bienes hoy nos da la razón claras señales; ¡mi mente, al contemplarlos, cuál se agita en un furor divino! Yo veo del alcázar del destino súbito abrirse las ferradas puertas, y allí en letras de fuego escrita leo vuestra dicha futura. No, no es grata ilusión, vano deseo, que fiel me lo asegura la sagrada Opinión, que al Nuevo Mundo, al orbe, a todos clama: <i>Libertad, libertad, fuera tiranos, que toda esclavitud al hombre infama.</i>
En tu fecundo suelo crecerá majestuoso de libertad el árbol sacrosanto; sobre los montes alzaré su frente, y sus ramas pomposas cubrirán el más vasto continente. Sí, que el día ha llegado, en que el antiguo déspota humillado, en su rabia inhumana, los hombres todos de diversos climas den aumento a la gente americana.	415 420	¡Época memorable! Ya los pueblos, que tan altos acentos hoy escuchan, como las olas de la mar se agitan, el carro de la guerra precipitan contra el cruel despotismo, y fieros luchan.
Ya tus altos destinos se pronuncian, oh patria, en los consejos de tus sabios varones: tus fieles hijos todas las regiones pueden ya visitar; no, no está lejos el día, en que los libres de Occidente que habitan en tu imperio, lleven al Indo y Ganges caudalosos,	425 430	Y tú, España, que largo tiempo esclava del poder más fanático y sangriento, con sangre y fanatismo esclavizaste al Nuevo Mundo, empieza ya a ser justa. Si es verdad que respiras hoy el aura de libertad augusta, de esta eterna deidad, que el orbe adora, no quieras por más tiempo ser señora de Colombia inocente; reconócela libre, independiente del trono de tus reyes. Si hoy al fin olvidada de tus sangrientas leyes aceptares la paz que te ofrecemos,

con fervor sacro, y en un mismo idioma la libertad del mundo cantaremos.	480	Tu prole venturosa subirá a la alta cima de los nevados Andes; allí el genio inflamará su audacia hasta que imprima gigante humana forma y asombrosa al mayor de los montes; en la estatua de la divina Libertad, la tierra,	500
¿Pero qué monumento, oh gran Colombia, consagrarte debemos, cuando a la faz de todas las naciones libre, joven y hermosa te presentas? ¿Dónde el sublime artifice hallaremos, que en su obra maestre cuanto bella ostentas? ¿Para ensalzar tu nombre imitaremos de Egipto las pirámides enormes, los grandes obeliscos consagrados hasta ahora al fanatismo y al orgullo?	485 490	lo verá convertido; estatua que resista al gran torrente de los siglos, y triunfe del olvido; estatua colosal, nuevo portentoso, que domine las tierras y los mares. Así los navegantes,	505 510
No, que tus fuertes hijos inflamados del entusiasmo ardiente, te alzarán al Olimpo de un modo más grandioso y permanente que el griego y el romano, cuando con mano experta y atrevida a mármoles y bronce dieron vida.	495	que osados dejan los paternos lares, así los fatigados caminantes al ver de un horizonte más lejano, tan alto monumento, saludarán con alma reverente a la deidad, al numen soberano, que por siempre será de gente en gente invocado en el mundo americano.	515

Notas:

3. En AP, pp. 443-449. En *La lira argentina*, 1824, pp. 381-399, «por D. E. L.»; en *La lira argentina*, 1982, pp. 496-515, con el núm. CXVIII. Barcia añade en la nota correspondiente: «*Canto lírico a la libertad de Lima por las armas de la Patria al mando del general don José de San Martín, por don Esteban de Luca*. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1821, 20 páginas, in 4.º y dos sin numerar. El folleto incorpora la nota con la que el autor remitió el Canto a las autoridades y el decreto gubernativo de reconocimiento».

v. 362. [N. *del a.*] Montesquieu, Raynal, Filangiere y otros filósofos amantes de la humanidad. También merece la mayor consideración a los americanos Mr. De Pradt, por sus escritos en favor de su libertad.

v. 383. [*N. del a.*] Francisco Pizarro, Diego Almagro y Fernando de Luque se asociaron para emprender la conquista del Perú.

v. 387. [*N. del a.*] Luque consagró públicamente una hostia, consumió parte de ella, y el resto lo repartió entre sus asociados, jurando los tres por la sangre de Dios, no perdonar, para enriquecerse, la vida del hombre.

v. 437. [*N. del a.*] Vasco de Gama fue el primero, que en demanda de las Indias Orientales dobló el cabo de las tormentas, hoy llamado de Buena Esperanza.

MADIEDO

M. M.

Granadino. Las poesías que publicamos de este señor han aparecido en el *Día*, periódico de Bogotá, a fines de 1845 y principios del presente año [1846].

1

EL GUALÍ

¿Veis estos montes azules
y ese despejado cielo,
puro y misterioso velo
que cubre la faz de Dios,
dosel inmenso del mundo
bajo el cual, suntuosa brilla
la estupenda maravilla
de la innúmera creación?

El sol limpio señorea
en la mitad del espacio
como un inmenso topacio
de espléndida brillantez,
y cual aliento de un ángel
un dulce ambiente murmura,
en la trémula verdura
de las palmas del vergel.

¿Empero, qué caro ruido
llena toda el alma mía,
cual la sublime armonía
de un concierto celestial?...
¡Oh! no es el robusto acento
de las olas del océano,
ni su horizonte lejano
que inspira la libertad...

Es un bullicioso río
que pega de peña en peña,
y cuya orilla risueña
coronan árboles mil;
es el Gualí delicioso,
cuyas ondas cristalinas

van huyendo de las ruinas
de otro pueblo que hubo aquí.

Sobre el escombros de un puente
5 alguna vez me reclino,
y nuestro frágil destino
pienso en las olas mirar: 35
volando de roca en roca
un instante sin descanso,
y más luego en un remanso
10 morir sin dejar señal. 40

Al fin, desnudo, a la sombra
de algún caucho centenario,
al blando concierto vario
15 del viento y del agua azul;
oyendo sobre mi frente 45
el tierno canto de un ave,
quisiera a su voz süave
mezclar mi triste laúd.

En un recodo apacible,
20 bajo un dosel de verdura, 50
vigor, placer y frescura
hallo alegre al zabullir;
y mientras hundido vago,
o en las olas jugueteo,
25 acariciado me creo 55
en un regazo gentil.

Aquí la planta del hombre
apenas tiene una huella:
30 el agua duerme o se estrella

con belleza natural. Las rocas en toscos grupos allá y acá se presentan, y aquí las aguas revientan, y allá las ciñen en paz.	60	tú embelleces los horrores con tu sublime pincel.	
¡Amable naturaleza!... ¿Podrá del hombre la ruina tu faz grandiosa y divina con su tumba entristecer?... No, porque tú eres hermosa aún en tus mismos furores,	65	El hombre, pobre copista de tu elegante belleza, busca en vano en su cabeza algo más bello que tú; pues cansado al fin, conoce que en ti el modelo se anida en las glorias de la vida y en la paz del ataúd.	75 80
	70		

Notas:

1. En AP, pp. 450-451; en Manuel María Madieto, *Poesías*, precedidas de un tratado de métrica, «Introducción» de José Joaquín Ortiz, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1859, pp. 224-227. También en José Joaquín Ortiz, *El parnaso granadino, colección escogida de poetas nacionales*, t. I [único publicado], Bogotá, Imprenta de Ancízar, 1848, pp. 256-259.

v. 1. *Poesías*, 1859: *esos* (por *estos*).

v. 8. AP: *enumera* (por *innúmera*); corrijo según *Poesías*, 1859.

v. 25. AP: *en* (por *es*); corrijo según *Poesías*, 1859.

v. 42. AP: *cancho* (por *caucho*); corrijo según *Poesías*, 1859.

v. 77. *Poesías*, 1859: *y* (por *pues*).

v. 79. *Poesías*, 1859: *de* (por *en*).

v. 80. *Poesías*, 1859: *de* (por *y en*).

2

LA NOCHE

...fête éternelle
que le ciel rayonnant donne au monde la nuit...

V. Hugo

He aquí la apacible luna que asoma tras de los Andes, cual nunca bellos y grandes de la tiniebla al través. Y en las ruinas solitarias de la ciudad silenciosa, su pálida luz reposa sobre un antiguo ciprés.		de sus linfas el caro frescor. Y a la trémula luz de los astros, en las tímidas alas del viento, me parece que vaga el acento de un arcángel que canta al Señor.	15
A mis plantas con blando murmullo el Gualí mansamente resbala, y a mis sienes ardidas regala	5	A lo lejos en la orilla volando de peña en peña, fantástica se diseña una negra confusión: como el vago sentimiento de un grande dolor pasado,	20
	10		

que un no-sé-qué ha fecundado
de pena en el corazón.

Un acento de pronto se escucha,
y a una lumbre que trémula brilla,
se oye el remo de frágil barquilla
que de un eco preside el compás.
Y engolfada en airada corriente
en las olas incierta divaga,
mas la lumbre de pronto se apaga
y el acento no suena ya más.

Un pensamiento de muerte
me da la opuesta ribera,
a donde la sombra impera
de un negro barranco al pie;
y cuando se alza la luna
y lo ilumina curiosa,
parece que allí reposa
alguna vida que fue.

A mi frente se eleva de un templo
silenciosa la pálida ruina,
que entre nubes la luna ilumina,
cual sudario de un resto mortal;
y al acento del búho solitario
me parece que vaga una sombra,
que otro mundo más bello me nombra,
de quien éste es parodia infernal.

Del Gualí miro en los aires
el lindo puente lanzado,
y a su través, despeñado

el Magdalena en tropel:
cual las férvidas pasiones
de un alma joven y fuerte,
hasta dormir de la muerte
bajo el sublime nivel.

A la luz de una esfera sin mancha
acarician las auras mis sienes,
de otra vida adivino los bienes
y me elevo hasta el trono de Dios;
y al mirar las miseria del mundo,
sus placeres, sus vanos enojos,
una lágrima asoma a mis ojos
y a mi labio una mágica voz.

Y el aroma de la noche
en su misterioso vuelo,
lleva en sus alas al cielo
el himno de mi piedad.
Y un ángel de Dios querido
siento que llena mi alma,
y extasiado adoro en calma
la sagrada eternidad.

De los cielos la bóveda inmensa,
de las olas plateadas el ruido,
el silencio del mundo dormido
y del céfiro el blando gemir;
al incierto rumor de la yerba
que en las ruinas tan tristes se mece,
de la muerte la voz me parece
que en sus brazos me llama a dormir.

25 hasta dormir de la muerte 55
bajo el sublime nivel.

30 de otra vida adivino los bienes 60
y me elevo hasta el trono de Dios;

35 Y el aroma de la noche 65

40 Y un ángel de Dios querido 70
siento que llena mi alma,

45 de las olas plateadas el ruido, 75
el silencio del mundo dormido

50 que en sus brazos me llama a dormir. 80

Notas:

2. En AP, pp. 451-452; en *Poesías*, 1859, pp. 195-198. También en *El parnaso granadino...*, 1848, pp. 249-252.

v. 29. *Poesías*, 1859: se añade *la entre en y airada*.

MADRID
José Fernández

El doctor Fernández Madrid, hijo de Cartagena en Nueva Granada, prestó desde 1810 muy importantes servicios a la causa de la independencia de Colombia. Asociado a Pombo, a Granados y a otros ciudadanos distinguidos, contribuyó a la instalación de la primera junta patriótica en la noble ciudad de Cartagena. También debió su salvación esta plaza al celo y energía del doctor Madrid, cuando en 811 intentaron los españoles apoderarse nuevamente de ella.

Diputado al Congreso general de las provincias unidas de Nueva Granada y Venezuela, se hizo notable por la bondad de sus talentos y por los planes atrevidos que desarrolló en sus discursos para la salvación del país. En 1816, creciendo los apuros con la derrota de Cachirí y otros desastres de las armas republicanas, se creyó que nadie mejor que el doctor Madrid podría salvar el país colocándole a su cabeza. En consecuencia se le nombró Presidente de las Provincias Unidas, en cuyo puesto probó grandes amarguras y aun dio lugar, arrastrado por el impulso irresistible de los malos sucesos, a que su reputación de firme y de leal fuese un problema para alguno de los historiadores de Colombia.

En aquella época en que se había perdido «hasta la esperanza de restablecer la república» y en que Morillo hizo subir al cadalso a tantos ilustres colombianos, Madrid pudo salvar la vida y permanecer en la ciudad de La Habana, en vez de pasar a España para donde era remitido.

Cuando cambió la suerte de Colombia y fue reconocida su independencia por la Gran Bretaña, fue nombrado Madrid ministro plenipotenciario en Londres, y murió en aquella capital por los años de 1830, como a los 46 o 48 de su edad. Madrid, según persona que le trató muy de cerca, «era la virtud misma: todo era en él bondad, sensibilidad, dulzura; era enfermizo y algo melancólico».

El nombre de Fernández Madrid habría quedado tal vez eclipsado al lado de tantos y tan gloriosos como cuenta la revolución colombiana, si el destierro y la adversidad no le hubieran dado ocasión para cultivar su talento poético. La poesía le sirvió de distracción y de consuelo, según él mismo ha dicho. En 1828, publicó sus versos en Londres y ésta es la edición que tenemos a la vista para reproducir algunos de ellos.

Madrid es autor de las tragedias, el Guatimozín y la Atala: la primera impresa en París en 1827 y juzgada en el tomo IV del *Repertorio Americano*.

CANCIÓN AL PADRE DE COLOMBIA Y LIBERTADOR DEL PERÚ

Tres siglos eternos el nuevo hemisferio en vil servidumbre sumido gimio: ¡temblad, oh tiranos! finó vuestro imperio, América es libre, vuestra hora sonó.		y estar viendo creo a Palas, que joven y hermosa nació, el yelmo en la frente, la lanza en la mano.	
Tremendo guerrero, blandiendo el acero con brazo invencible, Bolívar juró romper de su patria la dura cadena.	5	La lira de Alceo mi musa inflamada quisiera pulsar, y en verso sublime, cantor colombiano, del déspota ibero la rabia irritar.	45
En vano el ibero león iracundo las garras abrió; en vano encrespando la tosca melena, de orgullo y de rabia furioso rugió.	10	Al héroe invencible se oponen en vano la horrenda discordia, la negra traición: peligra la patria y el pueblo peruano de jefe supremo le entrega el bastón.	50
Las fieras falanges prepara el tirano: ya se unen, ya parten, ya surcan el mar, ya pisan la playa... ¡Feroz castellano! de sangre y venganza te vas a saciar.	15	Lo empuña, y contento el pueblo al momento de mísero esclavo se eleva a nación. Bramando furiosos los tigres de Iberia, con nuevo ardimiento en pos de Bolívar se van a lanzar.	55
«¡Venganza!» clamando, soberbios marchando... La infamia y la tumba venid a encontrar. Venid, los bisoños, sin armas, sin arte, ya están esperando; venid, veteranos de Iberia esplendor; venid, vencedores del gran Bonaparte; sabréis lo que pueden la patria, el honor.	20	¡Qué lágrimas, luto y oprobio y miseria la empresa insensata les debe costar! ¡Junín! allí se abre la hermosa campaña que eterna ignominia de Iberia será. ¿Quién manda? ¡Bolívar! ¡Adiós a la España, adiós a la gloria, feroz Canterá!	60
Desnuda la espada, Colombia nos llama; amigos, el canto de guerra entonad: espléndido triunfo promete la fama, al fuerte, al constante; la oferta aceptad.	25	Con fuerza impotente, al raudo torrente que baja impetuoso, ¿quién freno pondrá? Corceles, jinetes quedaron por tierra.	65
Seguid denodados, constantes soldados, en pos de Bolívar al campo marchad. Sí, larga y sangrienta será la carrera: mil pueblos talados serán por la espada del conquistador. ¿Qué importa? ¿qué importa? si al fin os espera hermosa corona de eterno verdor.	30	Tú, jefe insolente, caudillo famoso, ¿por qué huyes veloz? Mas, vana es la fuga; «¡cierra, España, cierra!». La gloria te llama, ¿no escuchas su voz?	70
¡Temed, castellanos! ¡No veis el portento de bélicas haces que un héroe formó? ¡Temed, castellanos! del seno sangriento guerreros terribles Colombia brotó.	35	La escucha... formados diez mil combatientes, la flor de la Iberia, los hijos del Cid, de sangre sedientos, cual leones rugientes, con gritos de muerte preludian la lid.	75
Armada la veo	40	Seis mil esforzados están preparados y esperan la orden del digno adalid. ¡Victoria! ¡victoria! ¡feliz patria mía! Postrando a tus plantas de España el pendón, sus fuertes postrados,	80

desmaya la fiera, y en larga agonía,
atruena los Andes muriendo el león.

¿Aún hay opresores? Pichincha indignado 85
arroja torrentes de fuego y furor:
del gran Chimborazo, que horrendo ha bramado,
se lanza y eleva triunfante el condor.

Venid colombianos,
que aún quedan tiranos, 90
aún brilla la espada del Libertador.
Del hondo sepulcro sacando gozosos
las frentes, orladas del rojo cordón,
¡los incas peruanos
saludan tres veces al gran campeón! 95
Y al ver que están libres sus hijos dichosos,
entonan el himno de amor y de unión.

En fuego divino los Andes se inflaman:
de doce monarcas la voz paternal
repiten sus ecos, que al mundo proclaman 100
de América el triunfo, la gloria inmortal.

¡Oh manes sagrados!
Volved aplacados,
volved a las tumbas, familia imperial.
No más servidumbre, no, sombras augustas; 105
cesó la ignominia del yugo español;
ya estamos vengados;
y reinan de nuevo, con leyes más justas,

más dignos del padre, los hijos del Sol.

¡Oh cuántos prodigios y heroicas hazañas 110
la gloria en sus fastos podrá eternizar!
Decidlo vosotras, inmensas montañas,
vosotros, oh ríos rivales del mar.

¿Y qué no supera
Colombia guerrera 115
si tú la diriges, deidad tutelar?
En medio de abismos, escollos y horrores,
la nao velera
al puerto anhelado va pronto a surgir;
y al sabio piloto con palmas y flores 120
América libre saldrá a recibir.

Bolívar, cumplido ya está el juramento;
la patria en sus brazos te quiere estrechar.
¡Así te conduzcan pacífico el viento,
serenas y mansas las olas del mar! 125

Triunfó tu constancia;
en paz y abundancia
la América toda podrá respirar.
Con noble arrogancia
alzado, veteranos, las frentes gloriosas; 130
Y al lauro de Marte, que obtuvo el valor,
Colombia entreteja la oliva y las rosas
que están preparando la paz y el amor.

Notas:

1. En AP, pp. 453-455; en José Fernández Madrid, *Poesías*, 2ª ed., Londres, Impr. Española de M. Calero, 1828, pp. 1-6. Además de este volumen, existen dos ediciones de interés: José Fernández Madrid, *Poesías*, La Habana, 1822 y *Poesías*, 2ª ed., La Habana, Imp. Fraternal, 1830. | Cabe a este poema la nota que el autor incorpora *infra* (3: 133), donde afirma ignorar «las circunstancias de la guerra del Perú»: el libertador por antonomasia de la independencia peruana es José de San Martín y no Simón Bolívar.

v. 64. José Canterac y Donesan (Casteljaloux, Francia, 1787 - Madrid, España, 1835), fue un militar español de origen francés que estuvo al mando del ejército realista durante las luchas de independencia en Perú.

LA PRISIÓN DE ATAHUALPA
ELEGÍA

Del torpe sueño de trescientos años despertad, pueblos del Perú, que el día de redención se acerca. Los engaños lamentad y la horrible tiranía del pérfido Pizarro. Mas ¿qué digo? no culpéis a los fieros castellanos; vuestro más crudo y bárbaro enemigo fuisteis vosotros mismos, ¡oh peruanos! ¡de los hijos del Sol míseros restos! Llorad, llorad de vuestra guerra impía los efectos amargos y funestos. ¡Oh desastrosas guerras fraticidas! Por ellas la gavilla de asesinos, en breve espacio, a larga servidumbre, de los incas divinos redujera el imperio venturoso. ¿Qué sirvió la infinita muchedumbre de gentes y provincias divididas? ¡Ay! con sus propias manos el seno de la patria enfurecidas rasgaron sin piedad, y el hondo abismo de su ignominia abrieron y miseria. ¡Fatal discordia de los dos hermanos! ¡Así triunfaron siempre los tiranos! Así de un mundo la orgullosa Iberia piensa triunfar segunda vez; mas vanos serán sus artificios, que la historia para nuestra lección, en sus anales, de tanta sangre, lágrimas y males, no guarda inútilmente la memoria.	y que respira sólo muerte, desolación, violencia y dolo?	
	En pos del engañoso mensajero, que en nombre de Pizarro y de la España, de amistad y de unión ofertas le hizo, sigue incauto el monarca, y le acompaña del sexo débil el amable hechizo, los próceres, la flor de la nobleza, los ministros al templo consagrados y los guerreros, ¡ay! aparejados más bien para las fiestas y la danza que para la pelea y la venganza. No los cantos de guerra, himnos de paz entonan y alianza; de arrayán y de flores alfómbrase la tierra. Así, ostentando su imperial decoro, entre vivas alegres y loores, de noble pompa y majestad cercado, llega el monarca sobre el trono de oro al campo de Pizarro. ¡Inca engañado! ¡Goza, infeliz, tus últimos honores!	45 50 55
	De sus negros antros ya parten las fieras, lanzando bramidos de rabia y furor: atruenan el campo las trompas guerreras, el cañón horrendo y el bronco atambor.	60 65
	Las víctimas huyen, pero huyen en vano, que do quiera encuentran al crudo invasor: de tímida virgen, de trémulo anciano el ruego es inútil, ocioso el clamor.	70
¿Quién tan grande catástrofe ha olvidado? De los últimos incas ¿quién ignora la malhadada suerte, el horroroso fin del desdichado Huáscar, y de Atahualpa los grillos, las cadenas y la muerte? ¿Adónde te diriges, coronado de la encarnada borla, inca guerrero? ¡Oh ceguedad! ¿persigues implacable a tu hermano, al legítimo heredero, y te fías del bárbaro extranjero, de oro y sangre insaciable,	¡Ya el inca está preso! Detente, detente, no sigas tu curso, benéfico sol. ¿Por qué no han vertido su sangre inocente? ¡Piedad execrable, feroz compasión!	75
	Testigo bien pronto será Cajamarca de nuevas perfidias, de un crimen mayor: en largo tormento morirá el monarca víctima dos veces del falso español.	80

Notas:

2. En AP, pp. 455-456; en *Poesías*, 1828, pp. 7-10.

3

LA MUERTE DE ATAHUALPA

ELEGÍA

«Al lúgubre concierto de mi lira,
salid, ayes, tres siglos reprimidos
en los pechos del pueblo peruano;
ya podéis ser oídos,
y excitar la piedad... la rabia, la ira,
la venganza del libre americano
y un odio eterno al despotismo hispano.»

No sin violencia cubrirá mi musa
de execración el nombre de la España
sus crímenes y fraudes recordando:
tiembla mi mano y bosquejar rehúsa
tanta codicia, fanatismo y saña.
Sangre española corre por mis venas;
mío es su hablar, su religión la mía,
todo, menos su horrible tiranía.
No aborrezco a la España; solamente
abomino a los tigres de la Iberia,
que de sangre inocente,
de lágrimas, de luto y de miseria
han llenado este nuevo continente.
Siempre se halla presente
la desolada América a mis ojos:
ahora de los incas opulentos
estoy viendo los míseros despojos;
a sus hijos que, hambrientos,
cabizbajos, desnudos y abatidos,
vagan por el Perú, cual tristes sombras,
que, al tierno son del yaraví doliente,
exhalan melancólicos gemidos.

«Al lúgubre concierto de mi lira, 30
salid, ayes, tres siglos reprimidos
en los pechos del pueblo peruano;
ya podéis ser oídos,
y excitar la piedad... la rabia, la ira,
la venganza del libre americano
y un odio eterno al despotismo hispano.»

¡Atahualpa! ¿y esperas
tu vida rescatar con el tesoro
que ofreces a esas fieras,
tan sedientas de sangre como de oro? 40
Estando en su poder fuerza es que mueras.
Sí, morirás; en vano
juzgas que te redimes
prometiendo colmar de oro y de plata
la prisión en que gimes. 45
Al escuchar la oferta, en el semblante
del ávido tirano relucía
rayo fugaz de bárbara alegría;
como, en la confusión y los horrores
de una lóbrega noche procelosa, 50
el relámpago muestra al navegante
de airado mar la audacia y los furores.
Hecho está el juramento,
el pacto concluido,
¡con qué viva impaciencia el cumplimiento 55
los españoles quedan esperando!
Ya los indios veloces han partido:
Pizarro, transportado de contento,
con la imaginación ya está gozando
del rescate opulento, 60
y nuevas asechanzas maquinando.
El oro, que en mil formas variadas
el arte convertía
y en preciosas alhajas, consagradas
a los templos del Sol, a los palacios 65
y monumentos públicos, salía
en hombros de los indios de la rica
metrópoli imperial, y de la excelsa
ciudad del Ecuador y otras hermosas
ciudades del imperio populosas. 70
¡Ay! ¿quién mirar podía
con ojo enjuto y pecho empedernido
aquel triste espectáculo? Llegaban
los indios anhelantes con la carga

y a deponer el oro prometido
 en la prisión entraban,
 y ante su rey llorando se postraban.
 «Al lúgubre concierto de mi lira, etc.»

Otros y otros llegaban cada día;
 ¡y demasiado lento
 el tiempo a la codicia parecía!
 «¿Por qué tanto aguardar? en el momento
 divídase el rescate, y sin tardanza
 hacia el Cuzco opulento
 marchemos a colmar nuestra esperanza.»
 Así el avaro capitán decía,
 y la feroz gavilla le aplaudía.
 «Pero antes –agregaba–
 nos debemos librar del prisionero.
 No impunes quedarán su idolatría,
 su ambición y la muerte del hermano:
 yo, españoles, seré su juez severo.
 A nuestros intereses y reposo
 necesaria es la muerte del tirano.
 En medio de su pueblo, un soberano
 fue siempre un enemigo peligroso.
 ¿No lo veis pensativo, silencioso,
 siempre triste y sombrío?
 Sueña con su pasado poderío;
 sin duda es criminal, sin duda espera
 reinar.» Los españoles respondieron:
 «El inca es criminal, juzgadle y muera».
 ¡Monstruos abominables de injusticia!
 ¿Cuáles son los delitos del monarca?
 ¿Vuestra ferocidad, vuestra avaricia?
 ¡Juzgarle! ¿quién? un pérfido asesino,
 un salteador infame de camino,
 ¿juzgar puede a sus víctimas? ¡Oh cielo!
 ¿Qué se hicieron tus rayos vengadores?
 ¿Triunfarán los crueles opresores,
 mientras que la inocencia por el suelo
 gime sin esperanza y sin consuelo?
 ¿Pasarán siglos, y la España el fruto
 cogerá de su infame alevosía,
 y un miserable pueblo esclavizado,
 para siempre jamás duro tributo
 le pagará de lágrimas regado?
 No tal, no tal que el día
 de América llegó; ya se levanta
 de entre sus ruinas el Perú vengado:

75 la libertad con mano vigorosa
 el férreo cetro del león quebranta:
 ya se arroja el león al océano;
 en tanto que la diosa
 en los excelsos Andes victoriosa,
 125 tremola el pabellón republicano.
 80 Cercan su trono de oro,
 y en fraternal unión se dan la mano
 del sur las tres indómitas naciones.
 Buenos Aires guerrera,
 130 con el manto de azul resplandeciente
 y desplegando al aire sus pendones,
 se presenta a mis ojos la primera.
 La sigue Chile, en cuya hermosa frente
 ponen a un mismo tiempo la corona
 135 de verde lauro y pámpano formada,
 airado Marte y plácida Pomona.
 90 Y tú, suelo feliz, patria adorada,
 tierra de tantos mártires sagrada,
 ¡oh Colombia impertérrita! que has sido
 140 de América el honor y la esperanza;
 95 tú, que al héroe del siglo has producido;
 tú también te presentas al peruano,
 mostrándole tus hondas cicatrices,
 blandiendo fiera la tremenda lanza,
 145 pavor del castellano,
 100 señal de libertad y de venganza.
 Detente, musa mía,
 y con horror los ojos apartando
 de cuadro tan hermoso,
 150 fíjalos en el cuadro doloroso
 de Atahualpa expirando;
 contempla su agonía,
 y su muerte en cadalso ignominioso.
 Este crimen de crímenes mayores
 155 fue horrible precursor: como un torrente
 devastador, cayeron los traidores
 sobre el imperio del Perú. No encierran
 tanta desolación, tantos horrores,
 Tunguragua y Pichincha en sus entrañas,
 160 como encerraba tu alevoso pecho,
 115 tigre de las Españas,
 sanguinario Pizarro. En su despecho
 y desesperación los peruanos
 en fin, toman las armas en las manos,
 165 y gritando «¡a la guerra, a la venganza!»

se arrojan a morir, sin esperanza. ¡Ay! los tristes guerreros, entre sí divididos, sin un jefe común, por los agujeros de sus falsos profetas seducidos, ¿qué pudieron hacer? No era ya tiempo.		violentarlo pudiera la horrorosa, inaudita crueldad con que inhumanos su paciencia apurasteis, castellanos.	195
La tierra temblaba; un cerco sangriento la luna rodeaba; el sol se eclipsaba; el trueno se oía; todo el firmamento	170	¿De qué, España, te jactas orgullosa? ¿Es de haber abatido la nación de los incas populosa? Quien no espera vencer ya está vencido.	
del dios de los incas mostraba el furor. El pueblo decía: «Llegó, llegó el día de luto, de sangre, de muerte y horror».	175	Sí, la superstición te abrió la puerta de este nuevo hemisferio, y la superstición lo ha mantenido bajo tu férreo cetro por tres siglos en el más lastimoso cautiverio.	200
Con débiles esfuerzos resistía el pueblo del Perú, que en sus verdugos la raza de los dioses soberanos, que anunció Viracocha, contemplaba. Sin combatir triunfaron los tiranos. ¡Ay! aquel pueblo crédulo, inocente, en medio de la lucha desastrosa, de Huaina-Cápac, su inca más querido, el triste vaticinio recordaba, y a mantener las armas solamente	180	¡Mas hoy! ¿qué buscas, insensata Iberia? Con la superstición finó tu imperio. ¿No te deslumbra el esplendor hermoso con que al antiguo mundo se presenta el mundo de Colón libre y dichoso? Deja, deja la América opulenta, y al rincón tenebroso	205
	185	en que, incierta entre el África y la Europa, vives, España, torna para siempre. Allí, en trono sangriento, el fanatismo, bajo del solio mismo	210
	190	en que imperan despóticos tus reyes, te dictará sus ominosas leyes.	215

Notas:

3. En AP, pp. 356-359; en *Poesías*, 1828, pp. 11-19.

v. 133. [*N. del a.*] El autor ignoraba, al extender esta composición, las circunstancias de la guerra del Perú, tan gloriosa para Colombia.

v. 136. *Poesías*, 1828: *pámpanos* (por *pámpano*).

4

A LAS BANDERAS DE PIZARRO REMITIDAS A BOGOTÁ POR EL LIBERTADOR SONETO

Éstas son las banderas que algún día en manos de Pizarro tremolaron; éstas en Cajamarca presenciaron la más abominable alevosía:		y los libertadores las hallaron tintas en pura sangre todavía.	
recuerdos de opresión y tiranía, al Perú tres centurias insultaron,	5	Monumento de un déspota insolente, banderas de Pizarro ensangrentadas que rindió ante Bolívar la victoria:	10

a los pies de Colombia independiente,
para siempre abatidas y humilladas,
no más nuestro baldón, sed nuestra gloria.

Notas:

4. En AP, p. 459; en *Poesías*, 1828, p. 20.

5

A LOS LIBERTADORES DE VENEZUELA EN 1812

Al ver su fértil suelo en sangre de sus hijos anegado, Venezuela venganza pide al cielo; y con rostro indignado, «¡Socorrednos –exclama– granadinos, vengadnos, compatriotas y vecinos!	5	Marchad que ya resuena el atambor guerrero de Belona; patriotas de la ilustre Cartagena, de Tunja, de Pamplona y de Cundinamarca, llegó el día en que debe temblar la tiranía.	35
Vuestros hermanos gimen bajo el peso de un yugo ignominioso: el cuello tiende la virtud al crimen triunfante y poderoso: ni a la vejez ni al sexo delicado el feroz Monteverde ha perdonado.	10	Mil guirnaldas de flores, tejed, ninfas del Zulia caudaloso, porque se acercan ya los salvadores de vuestro suelo hermoso. Llegaron; coronad su heroica frente y sus nombres cantad de gente en gente.	40
¡Ay! mis campos fecundos se hallan abandonados y desiertos; sólo se ven cautivos, moribundos, y cadáveres yertos; sólo se oyen clamores y gemidos... ¿Y de vosotros no serán oídos?	15	¡Adiós! nuevas acciones y nuevos triunfos llaman al caudillo. Carache, Niquitao, los Horcones, Campos de Tinaquillo, referidlos vosotros, que mi musa tímida a referirlos se rehúsa.	45
¿De un pueblo virtuoso es posible que nadie se conduela? ¿Nadie corre a salvarle generoso?» Dijo así Venezuela, y en el instante oyeron sus clamores de Calamar los héroes vencedores.	20	Bolívar esforzado, vanamente en mis versos yo pretendo seguir contigo intrépido y osado, de atronador cañón entre el estruendo, entre los gritos que la muerte envía y el polvo y humo que oscurece el día.	50
Bolívar el primero vuela en auxilio de su patria amada: «Guerra, guerra sin fin al nombre ibero» jura sobre su espada; y a su voz inflamados, «¡Guerra sin fin!» repiten sus soldados.	25 30	Sí, digno americano, en la carrera hermosa de tu gloria seguir en pos de ti procuro en vano de victoria en victoria. ¡Bolívar inmortal, noble guerrero, serás Libertador de un mundo entero!	55 60

Más sublime poeta merecen hoy los hechos prodigiosos de Girardot, de Rivas, de Urdaneta. Si nombres tan gloriosos celebrar dignamente yo pudiera, entonces inmortal mi nombre fuera.		Corred, corred bandidos, prófugos, asesinos de la Iberia, lejos de aquí; sin patria, perseguidos, vivid en la miseria; y vuestra impura sangre, hombres crueles, no manche nuestras palmas y laureles.	85 90
Pero ¿qué es lo que siento? ¿Es el dios de las musas quien me inspira? ¡Qué transporte divino! ¡Aliento, aliento! Pulsemos nuestra lira, que un fuego celestial mi pecho inflama al escuchar la trompa de la Fama.	65 70	En su justa venganza los hijos de la América piadosos no se complazcan nunca en la matanza; y siempre generosos, sean en la victoria tan clementes, como tremendos en la acción y ardientes.	 95
El héroe colombiano no descansa un instante, corre, vuela, ni yerra golpe su terrible mano. Por toda Venezuela huyen los españoles campeones cargados de ignominia y maldiciones.	75	«¡Fatal, fatal clemencia!» desde sus tumbas claman irritados la virtud, el saber y la elocuencia de tantos desdichados a quienes inmoló con mano impía en su encono brutal la tiranía.	 100
Más veloces que el rayo los acosan do quier nuestros guerreros. ¡Así corren los hijos de Pelayo como ciervos ligeros! ¿Son éstas por ventura las hazañas del soberbio león de las Españas?	80	¿Con qué preciso ha sido sofocar la piedad dentro del pecho? ¡Tanto los españoles han podido! ¿Cómo cambiar han hecho en tigres tan sangrientos, tan horribles, a los corderos mansos y apacibles?	 105

Notas:

5. En AP, pp. 459-460; en *Poesías*, 1828, pp. 21-25. | Título: [*N. del a.*] Téngase presente que esta oda fue compuesta y publicada en la época horrible en que los españoles nos hacían la guerra a muerte. | En *Poesías*, 1828, el título especifica: «Oda».

6

A LA MUERTE DEL CORONEL ATANASIO GIRARDOT,
EL DÍA DE SUS EXEQUIAS FÚNEBRES

¿No escucháis el gemido lastimoso que pausada repite la campana? ¿Dónde está Girardot el valeroso? ¡Oh vanidad humana! Ni sus acciones, ni su brazo fuerte, ¡ay!, ni su edad temprana, han podido librarle de la muerte.		Cuando más inflamado tremolaba la nacional bandera, y atrevido a la cumbre del Bárbara trepaba; fue Girardot herido de una bala fatal, y en el momento, sobre el campo tendido, exhaló el héroe su postrer aliento.	 10
	5		

Pérdida irreparable, ¡Parca fiera!
Si unir al hilo roto de sus días
el hilo de los míos yo pudiera,
burlada quedarías;
mas tú, siempre inflexible, inexorable
confundir no querías
con la suya mi vida miserable.

Compatriotas, al pie de los altares
ensanchad los oprimidos corazones:
entonad pronto lúgubres cantares,
tristes deprecaciones,
ministros del Señor omnipotente;
y en himnos y oraciones
suba hasta el cielo vuestra voz doliente.

Y al dios de los ejércitos, rendidos
ofreced, compañeros, vuestro llanto;
de luto melancólico vestidos
venid al templo santo;
preste al día la noche sus colores,
préstele el negro manto
y sólo se oigan ayes y clamores.

Pero, ¿qué es lo que digo? ¿Deberemos
sentir su fin glorioso por ventura?
Si contamos sus triunfos, ¿llamaremos
su muerte prematura?
¿Por el número de años pasajeros
que el hombre frágil dura
se ha de medir la vida a los guerreros?

¡Qué! ¿no ha vivido Girardot bastante?
Vivió para su gloria demasiado,
vivió para su patria un solo instante:
a este árbol, cargado
de frutos en su hermosa primavera,
el rayo lo ha abrasado
cuando más esperanzas prometiera.

Tu destino, Pelópidas, fue el mismo;
el mismo, Epaminondas, fue tu hado:

15 si vuestra fortaleza y patriotismo
os han eternizado,
hoy junto a vuestros nombres inmortales
la historia ha colocado 55
un nombre americano en sus anales.

20 A nuestros más remotos descendientes
lo llevará en sus páginas la historia,
para que sus virtudes eminentes
graben en la memoria. 60
No ha muerto Girardot; no, sus acciones,
25 sus triunfos y su gloria
resuenan hoy en todas las naciones.

Apenas, cara patria, sacudiste
el yugo de afrentosa tiranía 65
cuando a los campos de Payán le viste
30 que intrépido corría:
el inexperto acero descargaba,
en sangre lo teñía,
y débil niño, al héroe presagiaba. 70

35 Él le quitó la venda a la fortuna;
él fijó la inconstancia de la suerte;
no fue vencido en ocasión alguna;
y antes bien de la muerte
vencedor inmortal, muerto triunfaba, 75
y al cadáver inerte
40 hasta el fin la victoria acompañaba.

EPITAFIO

*Girardot aquí se halla sepultado:
vivió para su patria un solo instante,
45 vivió para su gloria demasiado,
y siempre vencedor murió triunfante.*
5 Sigue el heroico ejemplo que te ha dado,
*mientras haya tiranos, caminante;
pero si libre América reposa,
detente y riega en lágrimas su losa.*

50 1812

Notas:

6. En AP, pp. 460-461; en *Poesías*, 1828, pp. 26-29. | Título: en *Poesías*, 1828, se agrega «Oda» y la fecha se dispone en este sitio.

AL LIBERTADOR, EL DÍA DE SU CUMPLEAÑOS

¡Hoy BOLÍVAR nació! Jamás los siglos en su larga carrera presentaron un día tan feliz. Nació BOLÍVAR, y absorto, se detuvo el tiempo cano, y dijo, contemplando al débil niño:		¡Gloria al LIBERTADOR! ¡Cuál se levanta Colombia de sus ruinas, majestuosa, llena de heridas sí, mas victoriosa; pobre, pero vengada, ¡independiente!	45
«¡Éste el fuerte será, terror de España, libertador del mundo americano; de ingenio grande, y de carácter grande; legislador, guerrero, ciudadano; audaz, emprendedor, infatigable; siempre noble y sublime en sus acciones; de recursos fecundo, inagotable, y padre y fundador de tres naciones!».	5	Colombianos, miradla; tras BOLÍVAR viene la Paz amable, coronada de oro y de espigas la serena frente.	50
	10	Bajo sus pies hollada la tierra de Colombia reverdece y brota generosa, opimos frutos y olorosas flores;	
		mientras las nobles ciencias y las artes, en torno de la diosa, con dulces himnos cantan sus favores.	55
Cumplida está la hermosa profecía. ¡Salve, salve, Caracas venturosa! En tan próspero día, la divina Virtud bajó del cielo para morar sobre tu fértil suelo, suelo fértil en héroes, como en frutos: ella en sus brazos estrechó amorosa al tierno infante, a su hijo predilecto; formó su corazón para que fuese digno de redimir a sus hermanos, digno de escarmentar a los tiranos. ¡Oh misión de Bolívar formidable! ¡Oh destino magnífico y tremendo! ¿No escucháis, compatriotas, el estruendo del cañón matador? ¡Cuán desolada la miserable América presenta la faz ensangrentada! ¡Qué amargo llanto vierte, viendo a sus pueblos yermos por la espada; viendo la triste suerte de sus mejores hijos, inmolados en los campos de honor, y en los cadalsos!	15	Pero no a las blanduras y sosiego de lisonjera paz se entrega el héroe; de patria y libertad el sacro fuego, ardiendo inextinguible, consume, abrasa su esforzado pecho	60
¡Ay! ¡todo es destrucción, espanto y muerte! De un mar de sangre entre las olas viene fluctuando el héroe vencedor; se acerca, ya toca a la ribera, ya ha llegado. Mil rayos juntos en sus manos veo: los lanza varonil, y para siempre, del trono, por tres siglos usurpado, cae temblando el déspota europeo.	20	«¡Compañeros –exclama– colombianos! <i>Mientras haya qué hacer nada hemos hecho:</i> aún quedan en la América tiranos; aún gimen todavía bajo el yugo opresor nuestros hermanos; aún hay laureles que cortar; no es tiempo de paz ni de reposo; ¡vamos a libertar el mediodía!»	65
	25		70
	30	Marchó; ya le estoy viendo que atraviesa, impertérrito, el torrente del Juanambú impetuoso; con horrísono estruendo en vano por mil bocas despiadada la muerte está partiendo desde las altas y escarpadas rocas.	75
	35	Naturaleza se conjura en vano con el arte funesto de la guerra, pues desde un océano a otro océano, de todo triunfa el héroe colombiano, de los hombres, del cielo y de la tierra.	80
	40	Crinada la cabeza de serpientes, en vano se alza la Discordia impía;	

en vano con imbécil osadía
 muchedumbre de altivos combatientes
 invaden a BOLÍVAR a porfía.
 A su vista, en Junín, huyen vencidos
 los enemigos fieros;
 a su piedad acógense rendidos,
 deponiendo a sus plantas los aceros;
 o de los Andes por las anchas faldas
 se guaridan de Iberia los guerreros.
 ¡Oh vírgenes del sol! tejed guirnaldas,
 entonad vivas, himnos y canciones
 al caudillo triunfante,
 a vuestro salvador: su fuerte brazo
 destrozó en un instante
 los duros y pesados eslabones
 de vuestra ignominiosa servidumbre.
 Mientras que a los peruanos se presente
 de los Andes la mole y pesadumbre;
 mientras eleve la nevada frente
 majestuoso a los cielos Chimborazo;
 de Bolívar y Sucre la memoria
 vivirá en los anales de la gloria.

¿Dónde está de BOLÍVAR el modelo?
 ¿Acaso entre las ruinas
 de las siete colinas?
 ¿En la ciudad del mundo, bajo el cielo
 inspirador de Italia? ¿Entre los héroes
 se halla de Maratón y Salamina?
 ¿En los campos de Leuctres y Platea?
 ¿O en el famoso estrecho,
 en que, a mil muertes presentando el pecho,
 solo, detuvo al Asia conjurada
 el inmortal Leonidas con su espada?

De Venus Citerea,
 divina madre del Amor, queriendo
 Apeles trasladar las perfecciones,
 no lo pudo alcanzar hasta que uniendo
 todas las hermosuras de la Grecia,
 escogió, de cada una entre los dones,
 la majestad, la gracia, la belleza,
 con que las distinguió naturaleza.
 Así yo, si quisiera
 bosquejar de BOLÍVAR las acciones,
 de cuantos héroes celebró la fama
 los grandes hechos recordar debiera.

85 Asombro de la fiera tiranía,
 arde en su corazón la viva llama
 del patrio incendio que abrasaba un día
 los nobles corazones
 del formidable Harmodio
 90 y de Aristogilón. Washington nuevo,
 BOLÍVAR une todas sus virtudes.
 De Fabio la prudencia,
 del intrépido Aníbal la osadía,
 de César el saber y la elocuencia;
 95 y cuanto han producido
 de más esclarecido
 Pelópidas, Temístocles, Fociones,
 Camilos y Scipiones,
 todo en BOLÍVAR se halla reunido.

100
 ¡Qué brillante, qué hermoso, qué sereno,
 hoy el sol de los incas ha lucido
 sobre su antiguo imperio redimido!
 ¡Oh del Perú felices moradores!
 105 Del nuevo Manco celebrando el día,
 vosotros disfrutáis de su presencia;
 vosotros le tenéis en vuestro seno;
 contempla vuestros raptos de alegría
 y escucha vuestros himnos y loores;
 en tanto que nosotros en su ausencia,
 110 en vano le invocamos
 y con fervientes ruegos le llamamos.

¿No escuchas de tus hijos los clamores?
 Ven, padre de este pueblo; no demores
 más tiempo tu venida deseada;
 ven a los brazos de tu patria amada.
 160 ¡Cuán ansiosa te espera
 la juventud guerrera,
 que tantas veces condujiste al triunfo!
 Teme el trémulo anciano que la muerte
 le sorprenda sin verte.
 120 Ven, que siempre amorosas, siempre fieles
 del Bogotá las ninfas preparada
 te tienen la guirnalda de laureles
 con que ha de ser tu frente coronada.

125
 28 de octubre de 1825.

Notas:

7. En AP, pp. 462-464; en *Poesías*, 1828, pp. 30-36. | Título: la fecha aparece en esta parte.
v. 50. *Poesías*, 1828: no aparece el segundo *de*.

8

CANCIÓN AL MISMO ASUNTO

CORO

CORO, etc.

¡Compatriotas, llegó nuestro día!
Hoy el grande BOLÍVAR nació,
nuevo Alcides, pavor de tiranos
y de América gloria y amor.

¡Colombianos, pasó la tormenta!
Ya no se oye tronar el cañón;
ya no se oyen los gritos de muerte,
ni del huérfano el triste clamor:
sobre el suelo feliz de la patria
no ha quedado ni un solo español
y Colombia reposa en los brazos
de la paz, la concordia y la unión.

CORO, etc.

Hoy la América entera te aplaude;
y las artes, la industria, el honor,
cuanto encierra de ilustre la Europa,
te saluda, inmortal campeón;
y los libres de toda la tierra,
acordando uniformes su voz,
te proclaman el héroe del siglo,
te titulan el Libertador.

CORO, etc.

Hoy recorre tu nombre igualmente
de dos mundos la inmensa extensión:
¡prodigioso concierto de aplausos!
ningún héroe jamás lo excitó.
A las ninfas del Támesis rico
y del Sena y del Rin y del Po
corresponden con voz majestuosa
Orinoco y el gran Maraño.

Él rompió nuestras duras cadenas;
vida, hogares y patria nos dio: 30
él, de un pueblo de tristes esclavos,
ha formado una hermosa nación.
Por nosotros ¡qué penas, qué angustias
ha sufrido su gran corazón! 5
En quince años de afán y trabajos, 35
¡cuántas veces la muerte arrostró!

CORO, etc.

¿No los veis? En su frente gloriosa,
coronada de eterno verdor,
¿no los veis esos blancos cabellos,
esas huellas de un noble dolor? 40
Joven tierno empezó la carrera:
no son muestras del tiempo veloz;
de sus largas fatigas, sin duda,
de su amor y cuidados lo son. 15

CORO, etc.

Pero él vive: ¡así viva cien años 45
de Colombia el feliz fundador,
el guerrero impertérito y firme
que ha vengado a los hijos del Sol!
¡Sí, prolónguese un siglo esa vida
que las vidas de tantos salvó, 50
y benignos conserven los cielos
en BOLÍVAR al padre mejor!

CORO

¡Compatriotas, llegó nuestro día!
Hoy el grande BOLÍVAR nació,

1825

Notas:

8. En AP, p. 464; en *Poestas*, 1828, pp. 37-39. | Título: la fecha aparece en esta parte.

9

A LOS PUEBLOS DE EUROPA

¿Dónde los esforzados?		riges en la extensión del océano,	
¿Los libres dónde están? ¿Cómo pudieron		tú, que a la liga inicua y tenebrosa	
rehusar el combate intimidados?		no extendiste la mano,	35
¡Ay de los miserables que cedieron		la noble mano, fuerte y generosa.	
el campo, sin morir, al extranjero!	5		
Dadme la lira, dádmela que quiero		Vosotros, que postrados	
cantar la libertad: un Dios me inspira;		os visteis a los pies de Bonaparte,	
guerra y venganza sonará mi lira:		que su carro tirasteis degradados;	
y excitando a la lid, al vencimiento		de la fe tremolando el estandarte,	40
en armoniosos, desusados tonos,	10	hipócritas marcháis, jefes traidores,	
de opresores tormento,		¿y os llamáis de los pueblos defensores?	
yo los haré temblar sobre sus tronos.		Vosotros, que humillabais vuestras frentes	
		ante el conquistador, ¿a los valientes	45
No el manto reluciente,		osáis encadenar, a los que os dieron	
por las divinas artes fabricado;		libertad y poder? Pero ¿qué digo?	
ni la corona rica de tu frente;	15	¿Cuándo, cuándo tuvieron	
ni tu cetro de hierro, aunque dorado;		los tiranos piedad, ni fe, ni amigo?	
ni de tus ciencias el acento grave;			
ni de tus dulces musas la suave		¡Oh pueblos! ya lo veo;	
voz harmoniosa, plácida y festiva,		viene del septentrión y ha superado	50
América te envidia, Europa altiva;	20	la barrera del alto Pirineo:	
porque bajo tus pies se halla un abismo		en una mano el cetro ensangrentado,	
de servidumbre, lágrimas y horrores,		en otra lleva la homicida lanza.	
y el feroz despotismo,		¡Oh cuánto es formidable su venganza!	
áspid mortal, se oculta entre las flores.		Mas no, que está su cuerpo giganteo	55
		en pies de barro frágil apoyado;	
¿Qué importa la grandeza	25	no perdáis la esperanza,	
de tus vastos palacios suntuosos?		¡oh pueblos! ¡a las armas, a la guerra!	
Plaga devoradora tu nobleza,		Y caerá por tierra	
miseria general tus poderosos,		ese coloso enorme destrozado.	60
¿y tus reyes? ¡Europa esclavizada!			
Todo tus reyes y tus pueblos nada.	30	¿Y podrá la ignorancia	
Mas tú en el trono reinas dignamente,		triunfar de la razón? Si al mundo todo	
monarca de Albión, tú, que el tridente		con torrentes de luz llenaste, ¡oh Francia!	

¿cómo te unes al vándalo y al godo que en honda obscuridad y noche umbría intentan sumergir el mediodía? Ábranse al ocio muelle los conventos; eríjanse de nuevo los tormentos del feroz tribunal, y sus hogueras siendo la única luz que alumbre al mundo, ciencias y artes extingan sus lumbreras; sepúltense del hombre los derechos en olvido profundo, y quedareis, tiranos, satisfechos.	65	que ha de orlar a los libres algún día! Al escuchar sus cánticos triunfales ¡huya la tiranía. desparezcan sus huestes criminales!	95
¿Qué haces? ¡España, España! ¿En vez de unirse con estrechos lazos, tus propios hijos, en su horrible saña, al enemigo prestarán sus brazos? ¡Oh ignorancia, execrable fanatismo! En el sangriento altar del despotismo la patria de Lanuza y de Padilla, víctima voluntaria, a la cuchilla extiende la garganta: ¡oh mengua, oh crimen! ¡Y ante el ídolo atroz de los tiranos se prosternan y gimen los altivos y fieros castellanos!	70 75 80	Despierta, Italia, y libre alza del polvo tu abatida frente, y en medio de su pueblo el dios del Tíbre, majestuoso, aparezca nuevamente. ¿Cómo te has olvidado de tu gloria? ¡Abre los ojos, mira! la memoria de tus héroes, tus ciencias y tus artes, inmortal se conserva en todas partes. Muéstrate digna de tan grandes nombres, torna otra vez a tu esplendor perdido; ¡italianos, sed hombres! ¿no veis cómo la Grecia ha renacido?	100 105 110
No, ¡brote combatientes el suelo de la antigua Carpentania, y de Gama los dignos descendientes vuelvan su honor perdido a Lusitania! ¡Abrácense los pueblos como hermanos; únanse como se unen sus tiranos; y regada con sangre generosa, reverdezca la palma victoriosa	85 90	De su sangrienta cuna triunfante me parece que la veo alzarse y destrozar la media luna. ¿Ese canto de guerra es de Tirteo? ¿Es el mismo Demóstenes que clama? <i>¡Alarma, griegos, que la patria os llama!</i> Y aquel gallardo joven extranjero que celebra la lid, ¿es un guerrero? Vedlo ¡cómo expirante a la sonora harpa su voz sublime acompañando, en favor de la Grecia al cielo implora! ¡Ay! por la Grecia llora; y el cisne de Albión muere cantando.	115 120
	1824		

Notas:

9. En AP, pp. 464-466; en *Poesías*, 1828, pp. 40-44. | Título: en *Poesías*, 1828, se agrega «Oda» y la fecha se dispone en este sitio.

A LA MEMORIA DE PORLIER Y LACY, EL 2 DE MAYO DE 1820

Nulla dies unquam memori vos eximet ævo.
Fortunali ambo!

Las fiestas y los himnos de alegría,
patriotas, suspended; amargo llanto
corra de vuestros ojos este día:
la muerte de Porlier y Lacy canto.
¿Cuál fue tu fin, Porlier, noble guerrero? 5
De tu vida preciosa,
¿dó terminaste la carrera hermosa?
¿fue en el campo de honor? Tú, que el primero
osaste redimir a tus hermanos,
¿es verdad, oh caudillo generoso, 10
que víctima del dolo y de la saña
de tus fieros tiranos,
en horrible patíbulo afrentoso...
¡Oh crimen! ¡Oh traición! ¡España! ¡España!
¿Dó están Porlier y Lacy! «Sepultados, 15
éstas sus tumbas son, aquí reposan
—responde España—; pero ya vengados.»

«Las fiestas y los himnos de alegría,
patriotas, suspended; amargo llanto
corra de vuestros ojos este día: 20
la muerte de Porlier y Lacy canto.»

Ministros del Señor, con triste luto,
y de la noche con el negro manto
las galas ocultad del lugar santo:
entonad ya los fúnebres cantares, 25
pagadles el tributo
que les debéis, al pie de los altares;
y resuenen sus nombres en el templo;
y su heroísmo, su martirio y gloria
a los fieles se citen, como ejemplo 30
digno de amor y de inmortal memoria.

Sí, la vida de estos bravos,
la muerte de estos valientes
con sus bocas inocentes
nuestros hijos cantarán. 35

Y los míseros esclavos,
los ministros criminales,

que causaron tantos males,
al oírlos temblarán.

¡Temblarán! que está fresca y aún humea 40
la sangre generosa
que bebió con horror el patrio suelo.
¿Qué quiere, qué desea
esa voz de sus manes lastimosa?
¿Venganza pedirá tal vez al cielo? 45
Españoles, no tal, que su gemido,
sus ayes prolongados
os piden sólo paz, unión y olvido:
ellos repiten que ya están vengados,
pues que su gran designio ven cumplido. 50
Pero si alguna vez los opresores
intentan levantar la inicua frente,
y encadenar la patria nuevamente;
entonces, a las armas, vengadores, 55
exterminio a esa raza delincuente,
odio, rencor y muerte a los traidores.

Toda la España en noche tenebrosa
sumergida yacía:
sobre nación, un tiempo tan briosa,
pesaba la más dura tiranía. 60
Abatida gemía,
indefensa, sumisa, esclavizada,
la misma, que poco antes coronada
con el laurel de Marte,
veinte naciones redimido había, 65
triunfando del invicto Bonaparte.
Ni estaba limitada
la atroz dominación de los tiranos
a los términos sólo de la Iberia:
mayor asolación, mayor miseria 70
padecieran los pueblos colombianos.
Con la dura cadena entre las manos,
el soldado español el mar pasaba,
y esclavitud brindando a sus hermanos, 75
el infeliz fijaba
los últimos pesados eslabones

de América en las fértiles regiones, y a Colombia y a Iberia encadenaba. Portier, que avergonzado contemplaba tanta mengua, ignominia y sufrimiento, creyó que la medida estaba llena y que ya era el momento de romper esa bárbara cadena. ¡Ay! cediendo a tan noble sentimiento, exclamó «¡libertad!» ¡Vanos clamores! En cadalso de infames malhechores exhaló el bravo su postrer aliento. Mas, ¡oh prodigio! entre la tumba fría una voz resonaba, que decía «¡Libertad, libertad!» continuamente: la escuchó Lacy, y expiró el valiente: la oyó Vidal, y le costó la vida: la escuchó Riego, y con la frente erguida, repitió «libertad», y la guadaña de la muerte homicida respetó al héroe salvador de España.	80	marchitó para siempre sus laureles el guerrero francés. Falsos amigos, huéspedes ominosos cuanto infieles, por toda la metrópoli vagaban los sanguinarios, bárbaros soldados, dirigidos por sátrapas crueles, que al inocente pueblo asesinaban, y que no perdonaban, en su furor insano, ni a la virgen, ni al niño, ni al anciano. ¡Merced a los franceses fementidos! Entonces fue que por la vez primera los hijos de Pelayo envilecidos su dignidad antigua recobraron y el yugo de sus cuellos arrojaron. ¿Será, patriotas nobles, denodados, que disteis ese grito valeroso, que agora sepultados estéis en sueño torpe, vergonzoso, y en imbécil, estúpido reposo?	125
Fue la patria y con su mano en las tumbas regó flores, que acallaron los clamores de los hijos del honor.	100	No, no, que por do quiera vence la libertad a los tiranos, y no para en su rápida carrera: ella reina en los campos colombianos y en este mismo instante llega hasta los dominios castellanos en su carro triunfante, después de superar los Pirineos, que su término fueran y barrera: bajo de sus trofeos se conmovió la vasta cordillera.	145
El amable americano con laurel y verde oliva, coronó la sien altiva del guerrero vencedor.	105	Hállanse por do quier fuertes campeones, almas grandes y nobles corazones, que la vida al honor nunca prefieren, que bizarros quebrantan sus prisiones o en un suplicio por su patria mueren: hoy en todos los pueblos y regiones nacen Harmodios, Decios y Catones. Sólo la libertad cerrar podría el abismo profundo de horror y fraticidas disensiones, abierto en el antiguo y nuevo mundo.	155
Honor de la nación, esclarecidos Porlier y Lacy, vuestra es la victoria: triunfasteis, aún después de fenecidos; moristeis, mas en brazos de la gloria; moristeis, mas los déspotas vencidos fueron por vuestra muerte. ¿No escucháis esos míseros gemidos del heroico Velarde y Daoiz fuerte? ¡Cuántas víctimas, ay! ¡a la memoria me recuerda este día, indeleble en los fastos de la historia! «Las fiestas y los himnos de alegría, patriotas, suspended; amargo llanto corra de vuestros ojos este día: el dos de mayo y sus horrores canto.» Hoy fue cuando con vil alevosía	110	El llanto cese y tornen las canciones, las fiestas y los himnos de alegría,	160

pues brilla el sol de todas las naciones. 165
 Hermoso luminar resplandeciente,
 el astro bienhechor, desde su oriente,
 benéfica influencia y luz envía
 al norte, al mediodía,
 y a esta inmensa extensión del occidente. 170

Notas:

10. En AP, pp. 466-468; en *Poesías*, 1828, pp. 52-59. | Título: en *Poesías*, 1828, se agrega «Ditirambo». v. 112. [*N. del a.*] *Velarde*: este mártir de la libertad española era hijo de Buenos Aires. | [*N. de la e.*] En *Poesías*, 1828, esta nota se asocia al nombre de Porlier. Ambas son incorrectas: Pedro Velarde y Santillán nació en Muriedas, Cantabria, España, el 19 de octubre de 1779 y Juan Díaz Porlier en Cartagena de Indias, en 1788.

11

FRAGMENTO DE LA DESCRIPCIÓN DE UNA COMIDA EN UN CAFETAL

Es de la comitiva		despiertan en el pecho sentimientos	15
fray Ramón, religioso franciscano,		de amable libertad y de alegría:	
de largas esperanzas y fe viva,		se habla de la extinción de los conventos,	
de corazón sencillo y buen cristiano		y asómanse las risas placenteras	
católico, apostólico, romano;	5	y las gracias ligeras;	
cuello corto, cuadrado, anchas espaldas,		ya parte sutilmente la ironía,	20
al parecer, no amigo de las faldas;		ya el equívoco agudo;	
mas no falta al bendito		y come y calla fray Ramón sesudo:	
ni buen humor, ni menos, apetito.		en fin, cada uno sale de su quicio,	
Dice, puntual, su misa cada día;	10	y entre chanzas y veras,	
pero en esto de ayuno y de abstinencia,		dicen a fray Ramón mil frioleras;	25
no es ciertamente estrecho de conciencia.		pero el buen fray Ramón, que no es novicio,	
		come, bebe y responde: «¡juicio, juicio!».	

El buen vino, la buena compañía
 y los ricos, jugosos alimentos

Notas:

11. En AP, p. 468; en *Poesías*, 1828, p. 69.

FRAGMENTO DE UNA ODA A ITURBIDE EN 1823

¿Ni qué gloria, qué honor le prometía de México al tirano abominable la diadema imperial, que le ceñía un populacho obscuro y miserable?		Iturbide, tu espíritu mezquino?	40
¿No ves, no ves la suerte, déspota ruin, del déspota admirable que dominó a la Europa? Obscura muerte en lejana prisión y extraña tierra, de tanto batallar, de tantos lauros, segados en los campos de la guerra, ved el amargo fruto.	5	¡Vosotros, que yacéis sin sepultura en los sangrientos campos del Anáhuac, sacros restos de mártires gloriosos,	45
El poder absoluto perdió al primer guerrero, al varón fuerte, al César de este siglo, al grande hombre, al inmortal Napoleón. Su nombre vivirá en los anales de la historia, eterno vivirá; pero sin gloria, que la perdió cuando empuñó su mano pesado cetro de opresor tirano.	10	la patria presa en grillos afrentosos, aherrojada en bárbara cadena, ¡a la guerra, a la lid, al triunfo llama!	50
Del campeón de América invencible ¡cuánto más digno de imitarse ha sido el ejemplo sublime! Inmarcesible corona de laurel ciñe su frente, que corona de rey nunca ha querido.	15	¿No escuchas ese lúgubre suspiro que sale del sepulcro del guerrero que dio el grito primero de santa libertad? Sí, ya te miro heroico Hidalgo, que con rostro airado	55
Su gloria pasará de gente en gente; y el Cincinato, el Washington moderno, el virtuoso Tell, estos un día sus renombres serán de honor eterno.	20	alzas, tremendo, el vengador acero, y echas por tierra al monstruo coronado, que al trono descendió por el sendero de la traición y el crimen.	60
¡Oh! si la inspiradora poesía me abriese sus tesoros, ¡con qué gozo al padre incomparable de Colombia en armoniosos versos cantarí!	25	Esos, que en torno del tirano gimen, víctimas inocentes todos fueron y sirviendo a su patria fenecieron.	65
Ora le pintaría luchando audaz con el león hispano, ora sumiso al freno de las leyes, más que guerrero, digno ciudadano, desdeñando los cetros de los reyes.	30	¡No sin venganza quedareis, oh sombras! ¡Mártires, en el lecho del reposo dormid tranquilos, que se acerca el día en que va a perecer la tiranía!	70
¿A tan hermoso, espléndido destino aspirar no podía,	35	Del Anáhuac hermoso a la grande metrópoli ya avanzan haces republicanas de valientes: grito de libertad o muerte lanzan: ya levantan las frentes de Guatimoc los dignos descendientes.	75
		De sus infames nobles circuido, tiembla el usurpador arrepentido, y de la débil mano deja caer el cetro soberano.	

Notas:

12. En AP, pp. 468-469; en *Poesías*, 1828, pp. 70-72.

NAPOLEÓN EN SANTA HELENA

«¿Dónde estoy? ¿Qué es de mí? Yo, que podía ¡Hoy, sin gloria, en destierro ignominioso,
 ser el libertador del mundo entero, al sepulcro desciende el soberano 10
 ¿miseró y degradado prisionero a quien veinte monarcas se abatieron!»
 entre estas rocas?... mas la culpa es mía.

5 Dijo, cruzó los brazos silencioso,
 Cuando al pueblo mi espada defendía, y los ojos del fuerte veterano
 fui de todos los héroes el primero: de dolor una vez se humedecieron.
 ¡con qué orgullo la Francia a su guerrero
 de laurel inmortal la sien ceñía!

Notas:

13. En AP, p. 469; en *Poesías*, 1828, p. 73. | Título: en *Poesías*, 1828, se agrega «Soneto».

AL CIUDADANO MIRALLA,
 CON MOTIVO DE HABER SOSEGADO EL FUROR DEL PUEBLO
 EL 15 DE ABRIL DE 1820

¿Visteis alguna vez del mar airado Pero, armada la diestra del tridente,
 encrespase las olas agitadas habla Neptuno, y calla el océano 10
 cuando, de opuestos vientos contrastadas,
 bramando sin piedad se han levantado?

5 Imagen de ese mar fue el pueblo habano,
 Ya descienden de un cielo encapotado y de Neptuno el joven elocuente,
 las centellas por Júpiter lanzadas; que aplacar supo su furor insano.
 ya no atiende a las velas destrozadas
 el marinero absorto y consternado.

Notas:

14. En AP, p. 470; en *Poesías*, 1828, p. 74. | Título: [*N. de JMG*] Argentino. Hombre extraordinario por sus talentos, por el entusiasmo de su carácter y los lances de una existencia siempre agitada. | [*N. de la e.*] En *Poesías*, 1828, el subtítulo aparece en nota al pie. | Anota Héctor H. Orjuela: «Estos dos jóvenes [Miralla y Madrid] compartieron muchas experiencias intelectuales y parece haberse influido mutuamente en el gusto por los idiomas y la lectura de novedades foráneas. Mucho tuvo que ver esta amistad con el posterior viaje de Miralla a Santafé de Bogotá en donde se casó y vivió por varios años, habiendo optado la ciudadanía colombiana. Miralla hizo parte de la vanguardia intelectual de la Colombia de entonces, a la cual pertenecieron los poetas nacionales más importantes de la generación clásico-romántica que a la muerte del escritor argentino escribieron sentidas poesías a su memoria, ya que gozó de admiración y aprecio en la capital colombiana.» Cfr. «Introducción», en José Fernández Madrid, *Lírica erótica*, ed., introd. y notas de Héctor H. Orjuela, Bogotá, Editora Guadalupe, 2001 (Colección Héctor H. Orjuela, Historia crítica de la literatura colombiana), p. 12.

LAS ROSAS

15

DEDICATORIA

Yo no aspiro al favor de los grandes como el vulgo venal de poetas: jamás suben mis versos humildes a los tronos de reyes ni reinas.		A ti, pues, se dirigen mis versos, oh sensible y amable habanera, de las Gracias modelo divino, de las rosas la rosa más bella.	10
He cantado las rosas, y sólo la hermosura será mi mecenas: la hermosura es la diosa que yo amo; nunca fue mi deidad la opulencia.	5	Si los oyes con dulce sonrisa, si los riegos de lágrimas tiernas, si te cuesta mi suerte un suspiro, ¿qué más gloria, qué más recompensa?	15

Notas:

Las rosas: La serie de *Rosas* apareció en *El Argos. Periódico político, científico y literario* (La Habana), a partir del núm. 3 (sábado 17 de junio de 1820) hasta el número 12 (domingo 20 de agosto de 1820). Sin la «Dedicatoria», la serie conforma con grupo de 10 poemas. Entonces, anota Fernández Madrid «Estas composiciones, como todas las otras que se ha ofrecido insertar en este periódico, fueron compuestas en una temporada de campo a donde el autor fue en consecuencia de una grave enfermedad. Las imágenes frescas y graciosas que ofrece la más bella de las flores, le parecieron a propósito para distraer su melancolía y engañar sus cuidados. Pero como no es fácil escribir lo que no se siente, estas composiciones participaron del estado de su corazón, y son más bien tristes que no, como intento, alegres y festivas. Se han pintado estas Rosas sobre un fondo negro» («Nota» al primer poema de la serie, en *El Argos*). Cfr. *José Fernández Madrid y su obra en Cuba*, La Habana, Archivo Nacional, 1962, p. 238 (nota).

15. En AP, p. 470; en *Poesías*, 1828, pp. 75-76.

16

ROSA PRIMERA

LA INOCENCIA

Ya la Inocencia se dirige al templo, cubierta con la túnica de lino y bajando los ojos a la tierra, sola ella no conoce sus hechizos.		El ceñidor divino de las Gracias ajustado mantiene su vestido, en cuyos pliegues jugar inquieto apenas osa leve cefirillo.	10
Orla su frente virginal corona de pimpollos de rosas y de lirios, y tras la huella de su planta pura sigue un cándido y tierno corderito.	5	Del sacro incienso entre la nube pasa, acércase al altar y escucha el himno en que el esposo canta al Himeneo, hermano grave del amor festivo.	15

¿No te acuerdas, Amira, de la noche en que estreché tu pecho con el mío, en que turbada, tímida, indefensa, tus padres me confiaron tus destinos?	20	¿Y cuál fue mi dolor y mi delicia cuando sentí tu rostro humedecido!	
El temblor de tus miembros palpitantes, la palidez de tu pudor divino, tu amable confusión y tus sollozos, todo, todo aumentaba mi delirio.		Cuando te vi cual Náyade que saca la blanca frente del cristal del río; más bella que la rosa matutina cubierta con las gotas del rocío.	30
El amor, el respeto y la ternura ¿cómo luchaban en mi pecho fino!	25	¡Oh venturoso día! en mi memoria mientras yo viva, vivirás conmigo; y ¡ojalá que a mis versos dado sea librarte de la noche del olvido!	35

Notas:

16. En AP, pp. 470-471; en *Poesías*, 1828, pp. 77-78.

v. 17. *Amira*: Anagrama de María, nombre de su esposa, María Josefa Domínguez.

v. 14. *Poesías*, 1828: *acercarse* (por *acércase*).

vv. 17-24. Estas estrofas fueron objeto de severas críticas en La Habana; Orjuela anota que «han debido producir pasmo tanto en la capital cubana como en Santafé de Bogotá, cuando fueron leídas e interpretadas con la moral pacata y la hipocresía que sobre el sexo existía entonces en Hispanoamérica». El poema tuvo defensores y sensores, los cuales tacharon los versos de «lascivos» y el mismo Madrid defendió su obra en varios poemas (cfr. *infra* poema 26), alguno de ellos en estilo satírico. «Parece que las censuras de entonces contra *Las rosas* acompañaron a esta colección por largo tiempo y tuvieron algún efecto sobre los poemas, ya que en la segunda edición de las *Poesías* (Londres, 1828) se introducen varios cambios en algunos textos, que consideramos innecesarios, y así, por ejemplo, «Virginidad» aparece con el título «Inocencia», y hay en el poemario otras variantes que afortunadamente no figuran en la edición habanera de 1830, año de la muerte del escritor». Cfr. «Introducción», en José Fernández Madrid, *Lírica erótica...*, pp. 15 y ss.

17

ROSA SEGUNDA

LA ROSA DE LA MONTAÑA

¡Bosques de Barragán y de Quindío! ¡Montañas majestuosas! ¡Cuántas, cuántas memorias dolorosas vuestra imagen presenta al pecho mío! Eternas soledades silenciosas, solamente habitadas de sierpes venenosas y fieras contra el hombre conjuradas; vosotras me abrigabais algún día del furor de una horrible tiranía.	5 10	Bajo el antiguo roble o la palmera yo sentarme solía al lado de mi tierna compañera. ¡Oh cómo su beldad resplandecía entre aquellos horrores! Estar viendo creía <i>la Virgen de los últimos amores</i> . A veces le decía: «Rosa de la montaña, ya no temo la saña, ni el furor de la muerte; ya no temo a los tigres y leones,	 15 20

sus fieros, sanguinarios corazones se aplacarán al verte».			
Alguna vez con ella me acostaba	25	Sobre su faz nevada, de activo fuego llenas,	45
a la orilla de un rápido torrente, que entre dos rocas áridas bajaba con espantoso estruendo; contemplábalo atento, y de repente una rosa a mis ojos se ofrecía:	30	brillaban sus mejillas, encendidas con un vivo encarnado; como suelen hallarse confundidas las hojas de las rosas y azucenas que furioso huracán ha derribado.	
«Tu imagen estoy viendo, Amira –repetía–; sí, tu imagen por cierto, pues brillas como rosa en el desierto».		Rosa del Bogotá, que todavía conservas tu perfume y lozanía, ¿cómo es que no has perdido tu hermosura en tierras y regiones tan extrañas? ¡Quiera mi suerte dura,	50
Cansada de un camino tan penoso, ella buscaba a veces el reposo y tranquila dormía...	35	quiera benigno el cielo,	55
¡Dormía la inocencia sosegada! En medio de aquel monte pavoroso y entre aquella espesura,	40	que yo pueda volverte a las montañas de tu nativo suelo! ¡Suelo benigno, ameno, delicioso, do moraron la paz y la esperanza,	60
una deidad Amira parecía que a la naturaleza presidía.		hasta el día ominoso, en que, ciego de rabia y de venganza, brutal soldado lo arrasó furioso!	

Notas:

17. En AP, p. 471; en *Poesías*, 1828, pp. 79-81.

v. 17. Esta expresión aparece en el *Atala* de Chateaubriand («Vierge des dernières amours») y es retomada luego por Espronceda en el *Diablo Mundo*. Cfr. B. J. Dendle ««La Virgen de los últimos amores»: une dette d'Espronceda envers Chateaubriand», en *Bulletin Hispanique*, t. 97, núm. 2 (1995), pp. 643-645.

18

ROSA TERCERA

EL DELEITE

La diosa del deleite, reclinada sobre un lecho de rosas, y de mil cupidillos rodeada, nos arroja miradas amorosas.		¡Qué gracia, qué ternura! ¡Cómo le ondea por el blanco cuello el oro del cabello!	15
En sus ojos hermosos a un mismo tiempo veo el pudor y el deseo, ya dulce languidez, ya fuego ardiente.	5	Su guirnalda de flores, ¡cuánto perfume delicioso exhala! ¡Qué suaves olores!	
Agora cariñosos, agora desdeñosos, en torno los revuelve blandamente.		Toda el Asia en aromas no le iguala. ¡Cómo juegan con ella los Amores!	20
¡Qué actitud, qué dulzura!	10	Uno cubre con su ala sus hechizos y encantos seductores; otro las hebras de su pelo enreda; con más astucia y arte,	

éste a sus pies se acerca, y al descuido
 levantando la seda
 de su rico vestido,
 el alabastro queda
 descubierto en gran parte;
 aquél, menos mirado,
 le introduce en el seno a manos llenas
 las blancas azucenas:
 ¡qué no puede un Amor cuando es osado!

Tal es, tal es la diosa que me inspira:
 todo cuanto respira,
 cuanto existe en el cielo, mar y tierra,
 el universo todo prosternado
 le rinde adoraciones,
 le presenta oblacones:
 Marte deja los rayos de la guerra,
 Marte, el horrible Marte ensangrentado,
 y se postra a los pies de la hermosura.
 De la celeste altura,
 ¡cuántas veces los dioses han bajado
 idólatras amantes de su hechura!
 No se desdeña Jove soberano
 de transformarse en toro
 para pacer la yerba que la mano
 de la cándida Europa le ofrecía.
 Otra vez con mayor sabiduría,
 y con mayor decoro,
 bajo la forma de una lluvia de oro
 entró en la fortaleza, donde estaba
 cautiva la belleza que anhelaba.

¡Mil veces venturosas las sencillas
 y tiernasavecillas,
 caprichos que formó naturaleza,
 y modelos de gracia y ligereza!
 Es el placer su guía;
 quien les da sus colores, su armonía,
 quien les enseña a fabricar sus nidos,
 cunas que flotan a merced del viento,
 con sus hijos queridos.
 Estos dulces cantores,
 de los bosques delicia y ornamento,
 gozan en libertad de sus amores.
 Entre ellos no hay ley dura
 que se oponga a la ley del sentimiento,

25 ni saben qué cosa es remordimiento,
 ni es un crimen para ellos la ternura. 70

De humana carne hambriento
 el tigre brama horrible,
 30 o en las montañas ruge el león fiero
 amenazando al tímido viajero;
 mas oye a la leona y al momento 75
 el deleite lo mueve, y ya es sensible;
 porque no hay en el mundo alguna fiera,
 ni el tigre, ni el león, ni la pantera,
 35 a la voz del amor inaccesible.

No menos sometidos a su imperio, 80
 los hombres le obedecen igualmente:
 ¿y quién su grato estímulo no siente?
 40 El magistrado circunspecto y serio;
 el lívido y austero anacoreta;
 el pobre, el poderoso; 85
 el ameno poeta;

el abogado estéril y orgulloso;
 45 el Hipócrates, ávido, pedante;
 el marqués ignorante;
 el joven, el anciano; 90
 el rústico sencillo, el cortesano;
 y en fin, desde el mendigo hasta los reyes,
 50 todos están sujetos a sus leyes.

¿Qué digo? el mismo sabio,
 el hombre virtuoso 95
 por el deleite alguna vez suspira:
 toma la copa del placer, al labio
 la lleva cauteloso,

55 gusta de su dulzura, y la retira;
 mientras el vulgo insano 100
 ni un instante la deja de la mano,
 y apurando, indiscreto, hasta las heces,
 bebe mortal veneno muchas veces.

60 En fin, nadie está exento del tributo
 que natura de todos ha exigido: 105
 se lo pagan el hombre como el bruto;
 jamás hubo deber tan bien cumplido.
 Ama todo viviente;

65 el filósofo austero siente que ama;
 el tigre atroz, voluptuoso brama, 110
 y tremendo en su amor, león rugiente
 en el desierto a la leona llama.

Ven a mis brazos, pues, Amira hermosa,
 amiga fiel y tierna compañera;
 ven, inocente y encendida rosa, 115
 que brillas en tu fresca primavera
 sin tener ni una espina dolorosa:
 con tus gracias divinas
 ven, inocente rosa sin espinas.

Notas:

18. En AP, pp. 471-473; en *Poesías*, 1828, pp. 82-86.

19

ROSA CUARTA EL DÍA DE AMIRA

Blanca, rubia y más hermosa que la madre del Amor, hoy naciste, tierna esposa, en un valle de dolor.	no es posible, no es posible que no te ame quien te ve.	15
Así brota en roca dura y en estéril pedernal, de agua dulce, fresca y pura cristalino manantial.	Tú pagaste con ternura la constancia de mi amor y me hallé con tu hermosura a un monarca superior.	20
En el árido camino de mi vida procelosa te encontré, ¡feliz destino! te cogí, cándida rosa.	Si tu gracia, gentileza y virtud son mi tesoro, ¿qué me importan piedras ni oro, ni altos puestos, ni grandeza?	25
Te vi, Amira, y fui sensible, te vi, Amira, y te adoré;	Cuantos bienes yo deseo los encuentro, Amira, en ti... Llévate ávido europeo todo entero el Potosí.	

Notas:

19. En AP, p. 473; en *Poesías*, 1828, pp. 87-88.

ROSA QUINTA
LA MALVA-ROSA

Imagen de las ninfas de La Habana, nace la malva-rosa, blanca como la nieve, de mañana; el sol la hiere activo y la cándida flor, artificiosa, se va cubriendo de un rosado vivo. Cuando este astro termina su carrera, suele desconocer en occidente a la que vio al nacer desde su oriente. ¡Oh mi dulce habanera! Tú mudas de colores de la propia manera: tú sabes preparar en un instante las diferentes flores, que pintan y matizan tu semblante. ¡Mi Laura, tan discreta! ¡Mi Laura, tan graciosa y elegante! ¡Oh! deja ese capricho extravagante, recibe los consejos de un poeta, (puedo también decirlo) y de un amante. Si tienen tus mejillas suave, tierno y grato sonrosado, ¿cómo prefieres, pues, el encarnado que te dan esas pérfidas cartillas? Si para conquistar los corazones, pródiga te dotó naturaleza de tantas celestiales perfecciones; si te dio la belleza entre sus dones y la gracia, que es más que la belleza; ¿por qué la desfiguras con supuestos colores? ¡Ay mi Laura! no gustan de pinturas ni los simples amores, ni las gracias sencillas y más puras. —No más, no más colores, Laura amada,	5	que pierdes la salud. —No importa nada; —Que pierdes la hermosura. —Ni por eso. —Pues huiré de tu boca el dulce beso. —¿Qué dices? ¿es posible lo que escucho? —Sí, mi Laura, posible, mucho, mucho.	40
	10	En tu boca graciosa, sobre tus labios frescos y olorosos es donde hallan los besos amorosos el color y el perfume de la rosa; mas huyen asustados de unos labios que están embarnizados. Si guardaran medida por lo menos; si con más tino y gusto... Pero al modo que su licor aumenta cada día y el bebedor lo toma a vasos llenos hasta que está beodo, así abusan del <i>rus y cascarilla</i> , y su furor no para hasta que al fin en fea mascarilla se convierte su cara.	45
	15	Recibe, Laura, mis consejos sabios: a fuerza de pintura no quites a tus labios su delicado aroma y su dulzura. Deja esos artificios a la desenvoltura de la vil cortesana que ha estudiado en la escuela de los vicios.	50
	20		55
	25		60
	30		
	35	¡Oh ninfas de La Habana! La malva-rosa, usando los colores con que brilla la reina de las flores, no se pone por eso más hermosa: siempre la malva-rosa es malva-rosa.	65

Notas:

20. En AP, pp. 473-474; en *Poesías*, 1828, pp. 89-91.

21

ROSA SEXTA

EL ORGULLO VENCIDO

Encima de un rosal brilla una rosa		que en vano se resiste desdeñosa,	
de celosas espinas guarnecida:		y cede al soplo de tan grato viento.	
suspira un blanco lirio por la hermosa;		¡Quién no cede a la voz del sentimiento!	15
¡pero está ella tan alta y defendida!...		De un lado al otro mécese amorosa,	
El delicado amante	5	desciende, sube, vuelve de su altura,	
dice así a su querida:		hasta que al fin se encuentra amante amada,	
«¡Ah! bájate hasta mí, ven a mi seno,		con su cándido lirio entrelazada.	
que bajo de la nieve del semblante		Así bajó, mi Amira, tu hermosura	20
está mi corazón de fuego lleno.		de su elevado asiento	
¡Ay! ¡ninguno socorre a un desvalido!»	10	del amor con el suave movimiento:	
El céfiro, que le oye, conolido,		pudo más que el orgullo la ternura.	
vuela, mueve a la rosa,			

Notas:

21. En AP, p. 474; en *Poesías*, 1828, p. 92.

22

ROSA SÉPTIMA

LA INCONSTANCIA

¡Leve mariposita,		Feliz mariposita,	
mil veces venturosa!		tu ambición amorosa	
Tú dejas unas flores		tiene un vasto serrallo	
y pasas a las otras.		en los reinos de Flora.	20
En un instante solo	5	Sin padecer cuidados,	
llegas, pretendes, gozas,		ni celos, ni zozobras,	
y en el instante mismo		de mil diversos gustos	
las burlas y abandonas.		disfrutas cada hora.	
No encuentras una ingrata,		Mientras que así exclamaba,	25
o esquivas, o desdeñosa;	10	yo vi a la mariposa	
porque Amor, como niño,		en derredor volando	
gusta de mariposas.		de una purpurea rosa.	
Siendo menos variable		Aquélla se le acerca,	
fueras menos hermosa:		y ésta la frente torna;	30
tu falsedad agrada,	15	la mariposa osada	
tu viveza enamora.		vuelve de nuevo y toca;	

pero halla en las espigas
de la bella orgullosa,
en lugar de placeres, 35
heridas dolorosas.

«Lejos de mí –ésta dijo–,
con tu inconstancia loca:
con otras simplecillas
diviértete, traidora.» 40

Mas responde al momento
la sagaz mariposa:
«Hasta hoy he sido libre,
y esclava soy ahora.

Mi carácter ligero 45
tú fijas, bella rosa:
si tuve mil queridas,
no tendré dos esposas;

serás mi única dicha,
mi único bien tú sola, 50
y siempre en tus cadenas
he de vivir, señora.

Tu color delicado,
tu delicioso aroma,
tu agradable frescura, 55
tus elegantes formas;

tantos, tantos hechizos
y gracias que te adornan,

¡oh reina de los campos!
¿pueden hallarse en otra? 60

No temas la inconstancia
del que fino te adora:
feliz en tus prisiones
no apetezco otra cosa».

El orgullo es el flanco, 65
que tienen las hermosas;
lo que el amor no alcanza,
el amor-propio logra.

La mariposa triunfa,
se rinde al fin la rosa, 70
que ofrece abierto el seno
a su amorosa boca.

¡Con qué transporte bebe
en la nectárea copa!
¡Cómo bate las alas, 75
tiembla voluptuosa!

Mas, pronto satisfecha,
veloz, el vuelo toma,
y de flores en flores
va cantando victoria. 80

Hermosuras altivas,
que gustáis de lisonjas,
¡oh crédulas amantes,
fiad en mariposas!

Notas:

22. En AP, pp. 474-475; en *Poesías*, 1828, pp. 93-97.

23

ROSA OCTAVA

LA SALUD

Es la salud una deidad amable,
alegre, ágil, festiva, voluptuosa;
y es su padre Esculapio, venerable
y compasivo anciano:
una serpiente lleva en una mano

y en la otra tiene un mirto y una rosa;
duerme tranquila en brazos de Morfeo;
la despierta el Deseo;
le hacen la corte Baco y los Amores;

5

y su gracia y favores
viene a implorar a veces Himeneo.

No nos hace dichosos la riqueza,
ni la gloria, el saber y los honores
nos hacen venturosos:
¡a cuántos poderosos
he visto llenos de aflicción y luto,
o gimiendo en un lecho de dolores
y pagando el tributo,
con que al hombre gravó naturaleza!
A las gracias he visto y la belleza
lánguidas y amarillas;
sin rosas ni jazmines sus mejillas,
ajados sus semblantes,
que su esplendor perdieron y frescura;
sin contornos sus formas elegantes:
cien veces las he visto suplicantes
con la salud pedirme la hermosura.
¡Dichoso! complacerlas he sabido
y ganarme sus tiernos corazones.
¡Feliz el que ha nacido
al mismo tiempo médico y poeta!
Dos veces laureado
por Minerva y Apolo, en sus canciones
celebra la salud que él mismo ha dado...
¿Qué digo? presuntuoso, fascinado
engañarme procuro;

10 ¡feliz en mi delirio me figuro
cuando vivo más triste y desgraciado!
¡Ay! todo lo he perdido,
ni la salud siquiera me ha quedado. 40
Los males de mi pecho devorado
a los males de mi alma se han unido.
15 De lágrimas amargas y copiosas,
de luto y palidez se ve cubierto,
y ¡ojalá que ya hubiera fenecido 45
el cantor de las rosas!
No entra el dolor en el sepulcro yerto.
20 Pero ya que los hados,
no sé si favorables, o si adversos,
conservan los instantes desdichados 50
de mi vida angustiada y miserable;
ven, ¡oh salud amable!
25 Ven al concierto de mis dulces versos,
fáciles, descuidados,
ingenuos y sencillos, como el pecho 55
del perezoso autor que los ha hecho.
Ven, oh precioso bien de los mortales;
30 dame risueña el ósculo amoroso,
y poniéndole término a mis males,
tranquilo y en el seno del reposo, 60
con acento armonioso
y con lira más suave y acordada,
35 rosa de la salud, serás cantada.

Notas:

23. En AP, pp. 475-476; en *Poesías*, 1828, pp. 98-100.

24

ROSA NOVENA A MIS MADRES

¡Modelo de virtud y de ternura!
¡Alma celeste y pura!
¡Oh madre desgraciada,
de mi vida infeliz consoladora!
¡Madre la más amada
de un hijo, como tú, desventurado!
Esta expresión de un pecho que te adora
recibe con agrado.
Recíbela igualmente,

¡oh tú, por quien suspira 10
mi triste corazón continuamente,
amable madre de mi amable Amira!
¡Que no pueda deciros lo que siento!
5 ¡Qué tiernas emociones
en mi angustiado pecho experimento! 15
¡Ay! con vuestros maternos corazones
a ellas correspondéis sin duda alguna.
Siempre fui desdichado;

siempre me ha sido adversa la fortuna;		ya sufrís del invierno los rigores:	
víctima triste del rigor del hado,	20	el cielo justo quiera	
a mi pesar, me veo confinado		cortar el hilo débil de mis días,	
más acá de los mares,		antes que terminéis vuestra carrera:	40
ausente de mi patria y mis hogares.		pero que al menos mi cadáver yerto	
¡Oh patria! ¡oh cara patria! ¡oh dulce nombre!		se mire a vuestro lado,	
¡Qué poder tienes en mi triste pecho!	25	¡oh madres adoradas!	
Amargo llanto inunda mi semblante		Así un botón apenas entreabierto	
y desfallezco en lágrimas deshecho.		hallarse suele disecado y muerto	45
Sí, lo juro, jamás, ni un solo instante,		junto a dos grandes rosas, marchitadas	
jamás se apartará de mi memoria		del viento abrasador por los ardores.	
de tus tormentos la horrorosa historia.	30	¡Oh celestiales flores!	
¿Dónde están mis amigos más queridos?		¡Oh rosas de virtud y de hermosura!	
¿Dónde estás mi Felipe, tierno hermano?		Habéis perdido ya vuestra frescura,	50
¡Cómo han de responder! los llamo en vano:		y conserváis aún vuestros olores:	
¡ay! en la tumba se hallan sumergidos.		vuestro espíritu existe todavía	
		exhalando perfumes de ambrosia.	
 Vosotras entretanto, madres mías,	35		
pasada vuestra hermosa primavera,			

Notas:

24. En AP, pp. 476-477; en *Poesías*, 1828, pp. 101-103.

25

ROSA DÉCIMA

MI CORONA Y SEPULTURA

Yo no apetezco el humo de la gloria,		¡Dichoso el que suspira	
ni mirarme ceñido de laureles		sobre tu seno, amiga deliciosa!	
sobre el carro fatal de la victoria,		¡Feliz el que desprecia los honores,	
como esos hombres bárbaros, crueles,		ni ambiciona otra cosa	
que llenan los anales de la historia.	5	que tus tiernas caricias y favores!	20
 Jamás viven contentos		Después de los horrores	
los destructores del linaje humano,		de una borrasca fiera;	
ni en sus brazos sangrientos		sujeto de la suerte a los rigores,	
entra jamás con gusto la belleza:		¡cuán infeliz viviera	
tiembla el tímido amor junto a un tirano	10	sin esta fiel y amante compañera!	25
y se hiela de horror naturaleza.			
 Coróname de rosas, dulce Amira,		Cruce el vasto océano	
y no me des, Amira idolatrada,		el extranjero siempre codicioso,	
los laureles de Marte ni la espada,		para llevarse el oro americano,	
sino el mirto de Venus y mi lira.	15	y hágase poderoso	
		con la sangre del mísero africano.	30
		Yo soy más venturoso,	

amable Amira, viéndome a tu lado de rosas y de mirto coronado.			
Sabes cuánto la suerte conmigo siempre inexorable ha sido; sabes que muchas veces he tenido cerca de mí a la muerte queriendo enfurecida romper la débil trama de mi vida.	35	al hijo delicioso, al tierno fruto de una llama pura. Saldrá mi sombra del sepulcro helado a ver en su presencia juntas a la hermosura y la inocencia.	55
La muerte ha de triunfar tarde o temprano; yo te suplico, pues, amiga mía, que esparzas con tu mano algunas rosas en mi tumba fría: siembra un rosal en ella y riégalo de llanto, Amira bella.	40	¡Oh botón delicado! Entre las tempestades engendrado, nacido entre infortunios y pobreza, ¿qué puedes heredar de un desdichado? TU MADRE Y TU CANDOR SON TU RIQUEZA.	60
Con este dulce riego ¡qué abundantes y hermosas verás nacer las rosas! Cógelas en tu mano, Amira, luego, y al aspirar su espíritu oloroso, aspirarás el alma de tu esposo.	45	Pero en tanto que vivo, ven alegre y festivo a jugar con las cuerdas de mi lira y a ceñirme de rosas la cabeza: corone la inocencia a la ternura.	65
Traerás también contigo a visitar la humilde sepultura de tu difunto amigo,	50	Ven igualmente, celestial Amira, y una guirnalda téjeme de rosas, tú, que tienes su gracia y su frescura: corone a la constancia la hermosura. ¡Oh la mejor de todas las esposas! El sensible cantor de los amores sólo desea por <i>corona</i> flores, flores por <i>sepultura</i> .	70 75

Notas:

25. En AP, pp. 477-478; en *Poesías*, 1828, pp. 104-107.

v. 51. *Poesías*, 1828: *respirarás* (por *aspirarás*).

26

DEFENSA DE LA ROSA PRIMERA

A don Nicolás de Cárdenas y Manzano.

Su noble frente de arrayán ceñida, de nobles palmas y laurel de Apolo, mira tan sólo quien al Dios consagra toda su vida:		ir al Parnaso, donde vago libre de mis cadenas.	
no yo que suelo por capricho apenas con mal seguro, con incierto paso,	5	Así que en vano tu amistad me ofrece un nombre ilustre, que ni yo deseo, ni menos creo que mi humilde numen tanto merece.	10

Tú no lo ignoras, en su misma cuna
mis pobres versos perseguidos fueron;
ellos nacieron, cual su autor, odiados
de la fortuna.

Porque han pintado con colores vivos
el pudor bello de una virgen pura,
ya se asegura que vedarse deben
como lascivos.

Críticos graves, ásperos censores,
id reformando tan severo juicio:
tachad al vicio, respetad mis tiernos,
castos amores.

¿Dó la voz se halla que ofendió su oído,
la expresión torpe, la lección impía?
La poesía sus franquezas siempre
se ha permitido.

Sabed censores, que afectáis decencia,
que los poetas aun los más honestos,

los más modestos, han usado todos
de esta licencia.

Yo no he cantado criminal deseo,
ni engaños negros de un amor furtivo;
sí el fuego activo, la sagrada antorcha
del Himeneo.

Cubrí de rosas su inocente lecho,
y he vindicado sus derechos santos,
no como tantos que desprecio y burla
siempre le han hecho.

Al amor libre le quité esas flores
que la frente orlan de mi dulce Amira,
pulsé mi lira, y el amor vendado
oyó sus loores.

No más defiendas contra un Zoilo necio,
joven juicioso, mis sencillas rimas;
tú las estimas, Nicolás, les basta
sólo tu aprecio.

Notas:

26. En AP, p. 478; en *Poesías*, 1828, pp. 108-110. | Sobre el tema sobre el que se discurre, cfr. la nota al poema 16 (vv. 17-24) *supra*.

27

A UNA AMIGA

Modelo de las esposas,
fiel y tierna tortolilla
que la muerte de tu amado
lloras de noche y de día:
detén el mísero canto,
y la dulce poesía
sea bálsamo que alivie
el dolor de tus heridas.
No es el que vive embriagado
en placeres y delicias,
el que a la piedad se mueve;
mas yo, para quien la vida
es una carga pesada;
yo que siempre ante mi vista

tengo los caros objetos
que tanto la martirizan;
yo que apuro a todas horas
el cáliz de las desdichas;
con tus lágrimas yo debo
mezclar las lágrimas mías.
También la Parca inflexible
ha emponzoñado mi vida,
robándome casi a un tiempo
las personas más queridas.
Arrebatome alevosa
con crueldad inaudita
a mi Felipe, a mi hermano,
planta, que tierna y florida,

hermosos y dulces frutos a nuestra madre ofrecía. ¡Pobre y desdichada madre que de otra suerte eres digna! ¡Ay! ¡cuántos de mis amigos yacen en la tumba fría, y en espantosa miseria sus infelices familias!	30	ni las rosas y jazmines en sus pálidas mejillas. Así una flor que ostentaba su frescura y lozanía, el tierno vástago roto en que estaba sostenida, pierde sus bellos matices, la frente hacia el suelo inclina y se presenta a los ojos pálida, ajada y marchita. Esas lágrimas copiosas son a tu esposo debidas;	60
Si destrozarse no temiera tu alma tierna y compasiva ¡qué cuadros tan horrorosos, sensible amiga, verías!	40	pero si en él has perdido la prenda que más querías, tienes otras dulces prendas que tus pesares mitigan. Tienes un anciano padre de quien eres la delicia;	70
A Lesbía, tu compañera, tu antigua y constante amiga, vieras casi moribunda, como fuera de sí misma, llamando al amado esposo, que obtuvo y perdió en un día. Siempre la imagen sangrienta tiene presente a la vista, asírla quiere, y se le huye como sombra fugitiva.	45	tienes quince primaveras, mil amores en tu hija, y otros tres en edad tierna de sus padres copias vivas.	80
¡Pobre Lesbía! si la vieras ya no la conocerías; En llanto amargo anegada, de negro luto vestida, para juntarse a su amado con paso veloz camina. No encontraras en su boca las gracias y amable risa,	50	Con sus gracias inocentes ellos tu melancolía divierten, y te agasajan con amorosas caricias. ¡Ojalá que estos arbustos que solícita cultivas, bajo sus frondosas copas sombra te den algún día.	85

Notas:

28

¡Oh sabio Autor de tantas maravillas!
¡Del universo augusto soberano!
¡Qué dulce llanto inunda mis mejillas
al contemplar las obras de tu mano!
¡Ah! de amor y de asombro conmovido,
mi corazón palpita enternecido.

Y la prisión del cuerpo abandonando
mi espíritu ya libre, presuroso
por el inmenso espacio penetrando,
hasta los tronos del Señor glorioso 10
atónito y absorto se levanta,
y humilde besa la divina planta.

Este solemne reposo
do yace naturaleza,
¡qué tierna y pura tristeza 15
inspira a mi corazón!

Todo calla... ¡Oh poderoso
movedor de las estrellas!
A tu voz salieron ellas
del caos y confusión. 20

Bañando está con opio la noche a todo el mundo,
que duerme sumergido en letargo profundo.
¿A quién no habla ahora terrible la conciencia?
¿Y quién ahora duda, gran Dios, de tu existencia?
Por estas soledades, yo te oigo, yo te veo. 25
Ven a escucharle y verle, ven, desgraciado ateo.

Este vasto silencio religioso,
estos callados montes lo aseguran,
el ruiseñor lo entona melodioso,
plácidas esas aguas lo murmuran, 30
y el estruendo distante del torrente
es la voz del Señor omnipotente.
¿Quién el orden mantiene, con qué gira
la reina de las noches por el cielo?
¡Ves aquella ciudad!... allí suspira 35
la inocencia oprimida y sin consuelo.
Sí, la tierra y el cielo y nuestro pecho,
todo nos habla del que todo lo ha hecho.

Apacible y majestuosa
marcha la Luna plateada, 40
dejando en su luz bañada
del universo la faz.

Bañada en luz deliciosa,
que la turbación del alma
destierra, y la dulce calma 45
le vuelve, y la dulce paz.

¡De los hombres sensibles, salve deidad amable
 cuál conmueve mi pecho tu influjo favorable!
 Tu paz, tu luz suave y tu melancolía,
 ¡cuánto son preferibles al esplendor del día! 50
 ¡Salve, esposa del sol, que cuando está él ausente,
 reinas sobre ese carro de plata refulgente!

Mas ¿qué voz pavorosa se ha escuchado
 de la negra montaña en la espesura?
 Es el funesto búho que ha empezado 55
 su triste canto lleno de amargura;
 él huye de tu vista, Luna hermosa,
 y yo te busco, antorcha deliciosa.

Ya relucen tus rayos en manojos
 que alternan con las sombras; ya en el llano, 60
 serenos extendiéndose a mis ojos,
 forman un mar de luz, manso océano,
 cuyas olas inmóviles no altera
 sino la leve sombra pasajera.

Modesta, como la esposa 65
 que me ha destinado el cielo,
 el embeleso y consuelo
 eres de mi corazón.

Y en tanto que silenciosa
 vas pasando el firmamento, 70
 yo me transporto al momento
 de la augusta creación.

Adoren veinte pueblos al sol en el oriente,
 y el inca poderoso, su falso descendiente,
 edifíquele templos, preséntele oblaciones; 75
 bella Luna, tus templos son nuestros corazones;
 ellos en el silencio y en el recogimiento
 de la virtud te ofrecen el puro sentimiento.

Cuando de la opresión un inocente,
 y del encono de la tiranía 80
 huye, como si fuera delincuente,
 sólo guiado por tu luz sombría;
 tú diriges sus tímidas pisadas
 por mil sendas ocultas e ignoradas.

Tú del poeta dulce inspiradora, 85
 tú eres del sabio amiga y confidente,

tú del pobre que gime bienhechora,
tú la esperanza de la esposa ausente;
aun el bárbaro déspota suspira
y siente un corazón cuando te mira. 90

A veces al marinero,
después de negra tormenta,
la luna se le presenta
con toda su claridad:

se disipa" el horror fiero, 95
cesa la desconfianza
y renacen la esperanza,
el gozo y serenidad.

Siempre, cándida luna, serás interesante,
ya sea que aparezcas despejada y brillante, 100
ya sea que te oculte la nube pasajera,
como a una hermosa joven una gasa ligera;
el velo transparente cubre sus atractivos,
tanto más agradables, cuanto menos activos...

Pero, ¿qué conmociones repentinas 105
padecen mis potencias agitadas,
al paso que las cumbres iluminas
de esos montes de nubes condensadas?
¡Ah! ¡mirar me parece del Tolima
el yelo eterno, la nevada cima! 110

¿Cuándo disfrutaré de tu regazo,
cuándo, mi cara patria, podré verte?
Soberbios Cotopaxi y Chimborazo,
¿cuándo permitirá mi adversa suerte
que os vuelva a contemplar? ¡Ah! ¿cuándo, cuándo 115
podré oíros, tranquilo, amenazando?

Vastos Andes, estoy viendo,
vuestra inmensa cordillera,
y esa frente que altanera
va los cielos a tocar. 120

Y la voz estoy oyendo
de sus hijos tumultuosos,
esos ríos caudalosos
que compiten con el mar.

¡Mas ay! que ya aparece la bella precursora	125
del caloroso Febo, ya la rosada Aurora,	
y ya de la mañana el puro y fresco albor	
anuncian la venida del astro abrasador;	
¡ah! la benigna Luna, temiendo su presencia,	
a los mortales priva de su dulce influencia.	130

Notas:

28. En AP, pp. 479-483; en *Poesías*, 1828, pp. 119-124. | Título: en *Poesías*, 1828, se agrega «Oda».

29

A MI BAÑADERA

Triste y fatigado		el primero que entra?	
en la ardiente siesta,		¡Viva mi Pepilla	35
cansado de dar		que fue la primera!	
vueltas y revueltas,		Pedrito la sigue	
de tomar el pulso,	5	y empieza la fiesta.	
de poner recetas,		Ya el uno y el otro	
y de oír gemidos,		paliditos tiemblan;	40
y de ver miserias;		ya por los dorados	
vuélvome a mi casa,		cabellos les ruedan	
en donde me esperan	10	las trémulas gotas,	
mis hijos queridos		cual líquidas perlas.	
y mi amiga tierna.		Pepilla, que nunca	45
Apenas me sienten		se sabe estar quieta,	
Periquito y Pepa,		el agua a su hermano	
cuando, dando saltos,	15	echa a manos llenas.	
salen a la puerta.		Con las mismas armas	
Entre sus bracitos		el otro contesta:	50
el uno me estrecha,		trábase al instante	
y amorosa la otra		reñida contienda;	
me halaga y me besa.	20	el agua va y viene,	
Luego, de mis manos		la lluvia no cesa,	
asidos, me llevan		y un mar borrascoso	55
al cuarto en que se halla		es la bañadera.	
la mi bañadera,		Yo, en medio del campo,	
de agua rebosando	25	bajo la tormenta,	
cristalina y fresca.		mucho más me baño	
Vedlos que, desnudos,		de lo que quisiera.	60
por mí sólo esperan.		En fin mi voz se oye,	
¡Qué juegos, qué risas,		hácese una tregua	
qué amable inocencia!	30	y la paz bien pronto	
Ya estoy en el agua;		concluida queda.	
amiguitos; ¡ea!			
¿quién es el valiente,			

Preséntame entonces	65	la cesta colmada	
Pepilla otra escena:		de frutas diversas.	
del jabón y el peine		Cual rápida parte	
armada, se acerca,		del arco la flecha;	
y de fuerza o grado,		cual hiende los aires	95
quieras que no quieras,	70	el ave ligera,	
más bien que peinarlo,		en pos de la madre	
el pelo me enreda.		mis dos hijos vuelan.	
		Luego, generosos	
Mi Pedrito en tanto		tornan, y me obsequian	100
más juicioso, empieza		con la mejor parte	
a hacerme, cual suele,	75	de su dulce presa.	
preguntas discretas.		¡Hijos adorados!	
—¿Por qué te viniste		¡Carísimas prendas	
papá, de tu tierra?		del alma! ¡tan sólo	105
—Hijo, me obligaron		vosotros pudierais	
a venir por fuerza.	80	calmar mis angustias,	
—¿Quién? —Los enemigos		divertir mis penas!	
que son unas fieras.		Así de los tiros	
—¿No había soldados		de mi suerte adversa	110
que te defendieran?		os libren los cielos;	
—Sí, pero, hijo, hablemos	85	y entre las malezas	
sobre otra materia.		de la humana vida,	
		¡benignos protejan	
En este momento,		vuestra inerme infancia	115
amable y risueña,		y vuestra inocencia!	
como siempre, Amira			
de lejos les muestra	90		

Notas:

29. En AP, pp. 483-484; en *Poesías*, 1828, pp. 127-131. | Título: en *Poesías*, 1828, «Mi bañadera» y se antepone «Letrilla». | [*N. del a.*] Se da este nombre en La Habana a una pieza de madera que sirve para tomar el baño.

30

MUCHO AMOR

CANCIÓN

IMITACIÓN DE BÉRANGER

Si de un tesoro pudiera		Satisfaría al momento	5
disponer a discreción,		hasta su antojo menor;	
a mi Amira se lo diera,		no soy, no soy avariento,	
como le di el corazón.		pero tengo mucho amor.	

¡Oh! ¡si me inspirase Apolo!
En las cuerdas de mi lira
se inmortalizara solo
el dulce nombre de Amira.

Fuera eterna su memoria,
y eterno fuera mi honor:
no tengo amor a la gloria,
pero tengo mucho amor.

Si el destino me elevara
hasta el trono de los reyes,
ella fuera quien reinara
y quien dictara mis leyes;

10 quisiera para mi dueño
de una corte el esplendor;
no tengo ambición ni en sueño,
pero tengo mucho amor.

15 Mas, ¡qué importuno deseo! 25
¿No soy de Amira el esposo?
¿Qué gloria, bienes ni empleo
me hicieran tan venturoso?

20 No ambicionar cosa alguna,
¿dónde hay tesoro mayor? 30
Me persigue la fortuna,
pero tengo mucho amor.

Notas:

30. En AP, pp. 484-485; en *Poesías*, 1828, pp. 132-133. | Título: en *Poesías*, 1828, el subtítulo aparece en nota al pie.

31 AMIRA Y YO CANCIÓN IMITACIÓN DE BÉRANGER

La que amaré siempre
¡qué hermosa es Amira!
¡Cuán interesante
su melancolía!
Delirio de amores 5
sus ojos inspiran;
en todo su cuerpo
¡qué gracia, qué vida!
¡Cielos! ¡soy tan feo
siendo ella tan linda! 10

Veinte primaveras,
frescas sus mejillas,
rosa medio abierta
su boca de risa,
sus cabellos, oro, 15
su hablar melodía,
y mil y mil gracias
encuentro en Amira.
¡Cielos! ¡soy tan feo etc.

¡Que dicha! ella me ama 20
con pasión activa;
me halaga amorosa
con tiernas caricias;
a mí, de quien antes
el amor huía, 25
A mí, que de nadie
tener debo envidia.
¡Cielos! ¡soy tan feo etc.

Ya mi pelo negro
las canas matizan, 30
aunque a siete lustros
mi edad se limita:
¿qué importa? de flores
me ciñe mi amiga;
triunfante en mis brazos 35
contemplo a mi Amira.
¡Cielos! ¡soy tan feo
siendo ella tan linda!

31. En AP, p. 485; en *Poesías*, 1828, pp. 134-135. | Títulos: en *Poesías*, 1828, el subtítulo aparece en nota al pie.

A DESVAL

149

uñas muy largas, conciencia corta, Y nada temas, canta victoria.	75	compón escritos, enreda, embrolla, junta doblones, llena tu bolsa,	
No, Desval mío, no más compongas dulces canciones ni tiernas odas;	80	y vive y triunfa que es lo que importa.	85

Notas:

33

[illegible]

son los de su bella hermana tímidos y vergonzosos. Su pelo ni tira a negro, ni tira a rubio tampoco; es un misto, ya me acuerdo, castaño es su nombre propio. La linda hermana, al contrario, tiene su cabello blondo, nevada la tez, imagen de la inocencia es en todo. Ni los niños del Albano son tan puros y graciosos como es Emma; de Diana		junta el pudor y el decoro. No es un ángel celestial Luisita, lo reconozco; confieso que tiene más de este mundo que del otro; pero encanta, y le dan culto innumerables devotos. Es deidad del mediodía; y si yo no me equivoco, en su sangre hay una gota de la sangre de los moros.	75 65 80 70

Notas:

33. En AP, pp. 486-487; en *Poesías*, 1828, pp. 140-143. | Título: en *Poesías*, 1828, se inserta la siguiente nota: «*Álbum*: Se da este nombre en Inglaterra a un libro en blanco, que las señoras renuevan todos los años y presentan a sus amigos para que escriban en él algunos versos».

34

PARA EL ÁLBUM DE MRS. GIL, RECIÉN CASADA

En lira humilde y fácil verso, de dos amantes esposos tiernos los puros goces canto y celebro.	5	que otros doscientos caro compraron a bajo precio, sólo nos brindan vergüenza y tedio.	25
No a los placeres y devaneos de libertinos envidia tengo. Tras de la dicha corren inquietos, y en la encantada copa, sedientos, beben ansiosos mortal veneno. ¿Acaso pueden llenar el pecho falsas protestas y juramentos, caricias torpes, insulsos besos? No, los favores	10 15 20	Hermano alegre del Himeneo, amor prepara su casto lecho. Ya, ya descorre el blanco velo; ya de azucenas lo está cubriendo; ya lo perfuma de sacro incienso; ya de su boca, que sonriendo el amor abre, sale un concierto de misteriosos y dulces ecos. ¿Es el susurro del arroyuelo	30 35 40 45

que, entre las flores, y en el silencio de oculto valle, pasa corriendo?	50	¡Y yo infelice! De Amira lejos, en lira humilde y fácil verso,	65
¿Son los gemidos que exhala el viento cuando las ramas mueve halagüeño?... ¡Ah! los conozco, sí, los recuerdo, son los arrullos, son los acentos de las palomas del Himeneo.	55 60	esposos tiernos, los puros goces, dulces afectos, no sin envidia, canto y celebro.	70

Notas:

34. En AP, pp. 487-488; en *Poesías*, 1828, pp. 144-146. | Título: en *Poesías*, 1828, se agrega «Letrilla».

35

POBRE DE MÍ

Pues que mañana me he de morir, lindas muchachas, venid, venid. Flores amables, que ofrece abril, pásase el tiempo, ¡pobre de mí!	5	vino, ¡ni verlo! ¡pobre de mí!	
Más privaciones no he de sufrir: médicos, lejos; dejadme así. Los pocos días que he de vivir, si no los gozo, ¡pobre de mí!	10 15	¿Queréis que viva vuestro Madrid? Mi Amira y Juana llegad aquí: vuestras caricias me harán vivir; de otra manera, ¡pobre de mí!	25 30
¿Ver de mi sangre queréis el fin? ¿Quién con solo agua podrá existir? Dieta y más dieta, píldoras mil,	20	Mi ardiente pecho siento latir, ¡qué nueva vida! ¡me hacéis feliz! De vuestros senos parte un sutil, vital aliento, ¡pobre de mí!	35 40
		Mas, si la muerte logra extinguir fuego tan vivo;	

venid, venid,
que en vuestros brazos 45
quiero morir:
cerrad mis ojos,
¡pobre de mí!

Notas:

35. En AP, pp. 488-489; en *Poesías*, 1828, pp. 147-148. | Título: en *Poesías*, 1828, se agrega «Letrilla».

36

EL RETRATO DE AMIRA

Dicen que respiras,		Y si no, que digan	
que te oyen hablar,		¿dónde, dónde están	
que ni más ni menos		tu dulce sonrisa,	
idéntico está,		tu tierno mirar,	
Amira, el retrato	5	tu amable modestia,	15
con su original.		tu aire virginal	
¡Mas ay! dueño mío		que virtud respira,	
que si esto es verdad		candor y bondad?	
ciego como un topo		¡Vaya, que el buen hombre	
sin duda estoy ya.	10	sabe retratar!	20

Notas:

36. En AP, p. 489; en *Poesías*, 1828, p. 149. | Título: en *Poesías*, 1828, se agrega «Letrilla».

37

LA HAMACA

CANCIÓN

No canto los primores		de los conquistadores	
que otros poetas cantan,		las sangrientas espadas?	
ni cosas que eran viejas		Me asusto cuando escucho	15
en tiempo del rey Wamba:		la trompa de la fama,	
si el alba llora perlas,	5	y prefiero la oliva	
si la aurora es rosada,		al laurel y las palmas.	
si murmura el arroyo,		«¡Salud, etc.	
si el lago duerme y calla.			
«¡Salud, salud dos veces		Al modo que en sus nidos,	20
al que inventó la hamaca!»	10	que cuelgan de las ramas,	
		las tiernas avecillas	
¿Qué me importan los cetros		se mecen y balanizan;	
de los grandes monarcas,		con movimiento blando,	

en apacible calma,	25	y de los opulentos	
así yo voy y vengo		monarcas del Anáhuac,	
sobre mi dulce hamaca.		hoy miserables gimen,	
«¡Salud, etc.		todo, todo les falta,	70
		y sólo un bien les queda,	
Suspendida entre puertas,		su pereza y su hamaca.	
en medio de la sala,	30	«¡Salud, etc.	
¡qué cama tan suave			
tan fresca y regalada!		Hace muy bien el indio	
Cuando el sol con sus rayos		que, en su choza de paja,	75
ardientes nos abrasa,		de sus ávidos amos	
¿de qué sirven las plumas	35	engaña la esperanza:	
ni las mullidas camas?		para que estos no cojan	
«¡Salud, etc.		el fruto de sus ansias,	
		en su hamaca tendido,	80
Meciéndome en el aire,		se ocupa en no hacer nada.	
sobre mi cuerpo pasa		«¡Salud, etc.	
la brisa del oriente	40		
que me refresca el alma:		Mi hamaca es un tesoro,	
de aquí descubro el campo,		es mi mejor alhaja;	
la bóveda azulada		a la ciudad, al campo	85
y la ciudad inquieta		siempre ella me acompaña.	
y el mar que fiero brama.	45	¡Oh prodigio de industria!	
«¡Salud, etc.		Cuando no encuentro casa,	
		la cuelgo de dos troncos,	
A nadie tengo envidia;		y allí está mi posada.	90
como un sultán del Asia,		«¡Salud, etc.	
reposo blandamente			
tendido aquí a mis anchas;	50	Sí, venga el ciudadano,	
es verdad que soy pobre,		que dos mil pesos gasta	
mas con poco me basta;		en ricas colgaduras	
mi mesa no es mui rica,		para vestir su cama;	95
pero es buena mi gana.		venga, venga y envidie	
«¡Salud, etc.	55	mi magnífica hamaca	
		más cómoda y vistosa	
Los primeros, sin duda,		sin que me cueste nada,	
que inventaron la hamaca		«¡Salud, etc.	100
fueron los indios, gente			
dulce, benigna y mansa:		Las copas elegantes	
la hamaca agradecida	60	de las ceibas y palmas,	
consuela sus desgracias,		son las verdes cortinas	
los recibe en su seno,		que mi hamaca engalanan:	
los duerme y los halaga.		pintados pajarillos	105
«¡Salud, etc.		de rama en rama saltan	
		y en trinos acordados	
Pobres los descendientes	65	amor, amor me cantan.	
del grande Huayna-Cápac		«¡Salud, etc.	

Ven que los dos cabemos, 110
 Amira idolatrada;
 sobre mi pecho ardiente
 ponme tu mano blanca.
 ¿No sientes cuál me late?
 ¿No sientes cuál se abrasa? 115

¡Oh Amira encantadora!
 ¡Oh sonrisa! ¡Oh palabras!
 «¡Salud, salud dos veces
 al que inventó la hamaca!»

Notas:

37. En AP, pp. 489-491; en *Poesías*, 1828, pp. 150-154.

38

SÁTIRA DIRIGIDA A MI MALOGRADO AMIGO EL SEÑOR JOSÉ ANTONIO MIRALLA,
 QUE ME HABÍA REMITIDO LOS DOS VERSOS SIGUIENTES PARA QUE ME SIRVIESEN
 DE TEMA PARA UNA SÁTIRA:

Hay en el mundo dos felicidades,
 una ser rico y otra ¡ser soltero!

Otra vez poseído del demonio
 que me inspiró la sátira primera,
 te escribo la segunda, José Antonio.

Así te juzga el público habanero;
 mientras tiene por hombre de gran juicio
 a un Hipócrates, grave majadero:

Dirá esta vez mi musa justiciera,
 sin disfraz ni rebozo, claridades,
 y si a alguno le duelen, que se muera.

5 verbigracia, el doctor anti-patricio, 25
 que a la diaria cosecha de pesetas
 reúne más de un sueldo vitalicio.

«Hay en el mundo dos felicidades,
 una ser rico y otra ser soltero»:
 tuyas son, caro amigo, estas verdades.

Su mónita jesuítica y sus tretas
 imitemos, amigo; apostatemos
 del dios a quien adoran los poetas. 30

El dios de esta ciudad es el dinero:
 desvélese y estudie el que quisiere,
 que pronto ha de ascender a pordiosero.

10 No más el tiempo en versos malgastemos,
 porque a la sombra del laurel de Apolo,
 coronados y hambrientos moriremos.

Si de ser grande tentación te diere,
 no olvides que al ingenio más divino
 un ingenio de azúcar se prefiere.

15 ¡La gloria! es humo leve, torpe dolo,
 o para hablar más claro, aquí no hay gloria, 35
 quien no tiene doblones es un bolo.

Matarse por saber es desatino:
 el sabio muere de hambre; el ignorante
 goza del buen bocado y del buen vino.

¿Qué importa, por ejemplo, que la historia
 diga algún bien de mí, que es muy dudoso,
 que se citen mis versos de memoria,

Porque sabes hablar, eres pedante;
 porque entiendes de todo, eres ligero;
 por ameno y jovial, eres tunante.

20 que me llamen buen padre, tierno esposo, 40
 amigo fiel, patriota desgraciado;
 si ya estoy en el lecho del reposo

y si a mis pobres hijos no ha quedado sino este vano, estéril patrimonio, ¡gran tesoro por cierto han heredado!	45	Las demás, de carácter más altivo, no quieren un señor, y a dos, al menos, entregan el poder ejecutivo.	75
Ponte más serio que un lacedemonio, porque al segundo punto ya tocamos, y no es cosa de risa el matrimonio.		Son los maridos cómodos y buenos, y llenos de indulgencia y de pecados, pasan días tranquilos y serenos.	
¡Hola! ¿De mí te burlas? ¡Vamos, vamos! Recuerda que Malvina es un portento; como ella diga <i>sí</i> , ya te enjaulamos.	50	Perdonan y también son perdonados, y consiste en que es santo el sacramento y, sin duda, el mejor de los estados.	80
Es temible y no lo es un casamiento; si se hace por amor es un azote y si se hace por cálculo un contento.		Únese con Florinda en casamiento don Obos, un Esopo en la figura, que no lo es ciertamente en el talento;	
Se pesa al pretendiente con la dote; sale la cuenta; viene un escribano y echa la bendición un monigote.	55	Florinda, del amor feliz hechura, reúne, entre mil gracias hechiceras, medio millón, tres lustros y hermosura.	85
Líganse, meramente con la mano, quedando en libertad los corazones. ¿Puede haber un estado más liviano?	60	¡Oh don Obos! que quieras o no quieras, te pondrá una corona con sus manos la niña de las quince primaveras.	90
Aquí no sufre trabas ni prisiones, como en otros países, Himeneo, ni se somete a freno y privaciones.		Tus cuidados, tu celo, todo es vano: ánimo pues, y armarse caballero, que del orden serás tarde o temprano.	
Así viven a lo ancho del deseo el joven con la vieja cortesana, o con la niña linda el viejo feo.	65	En medio del enjambre lisonjero que hoy te hace la corte por tu esposa, hallarás un amigo verdadero;	95
Es nuestra gente muy republicana: ¡no quieren ni aun hablar de monarquía las ninfas de la <i>siempre fiel Habana</i> !		y apenas tú dirás «quiero tal cosa», que la tendrás, don Obos, al instante. ¡Qué rica mina es la mujer hermosa! ¡Qué amigo tan leal es un amante!	100
Alguna que otra queda todavía que, insensible a este ejemplo seductivo, todo el gobierno a su marido fia.	70		

Notas:

38. En AP, pp. 491-492; en *Poesías*, 1828, pp. 162-167. | Título: en *Poesías*, 1828, se agrega la siguiente nota: «Esta sátira fue compuesta en La Habana. Los vicios de esta ciudad que se critican son los mismos de todas las ciudades ricas, populosas y comerciantes así de España como de los nuevos estados americanos. Los hijos de la isla de Cuba son hospitalarios, generosos y tienen otras virtudes que los distinguen. El autor, al presentarles este público testimonio de su gratitud, no puede menos que deplorar la temeraria obstinación del gobierno español que emplea actualmente todos

los recursos de la hermosa isla de Cuba en hostilizar a las nuevas repúblicas, cuyo resentimiento puede ser tan funesto a la prosperidad y futura suerte de aquélla. Nadie ignora que cualquiera de dichas repúblicas ha podido y puede, con un leve esfuerzo, arruinar todas las posesiones rurales de La Habana. Convendría que los habitantes de ésta lo manifestasen así al gobierno español».

v. 69. [N. del a.] El gobierno español había dado a La Habana el título de *siempre fiel*.

v. 88. En *Poesías*, 1828: «*que* no quieras» (por «*o* no quieras»).

39

A FATO QUE ACONSEJÓ AL AUTOR QUE NO HICIESE VERSOS EN EL MES DE ENERO

POR SER TIEMPO DE MUCHO FRIO

EPIGRAMA

Fato el coplero
me ha aconsejado
que esté callado
el mes de enero:
me he conformado, 5
y he recetado
al majadero
que esté callado
de enero a enero.

Notas:

39. En AP, p. 492; en *Poesías*, 1828, p. 168.

40

CON MOTIVO DEL RESTABLECIMIENTO DEL PODER ABSOLUTO EN LA HABANA

CANCIÓN

Ándate con Dios, amiga;	ya la santa inquisición	15
no hace tres años completos	prepara los quemaderos	
que viniste a visitarnos	para tantos herejotes	
desde el antiguo hemisferio:	y tantos libritos nuevos.	
¡Qué vóctores, qué algazara!	5 «Adiós Libertad, etc.	
¡Qué transportes de contento!		
Hasta condes y marqueses	¡Oh! ¡qué mal que conocías	20
te hicieron sus cumplimientos.	el carácter de este pueblo!	
«Adiós Libertad, buen viaje,	Aquellos arcos triunfales,	
¿y volverás? Yo te espero.»	10 los vivos y juramentos	
	<i>de constitución o muerte,</i>	
Ya se cierran las escuelas,	de no sufrir ni un momento	25
ya se abren los conventos;	las cadenas... ¡inocente!	
frailes de todos matices	Eran sólo pasatiempo.	
ya preludian el tedeum:	«Adiós Libertad, etc.	

Los servilones, por más que los llamen majaderos, son los hombres que han mostrado astucia y entendimiento: al verte se acurrucaron, en las conchas se metieron, y ahora salen triunfantes erguidos y peripuestos. «Adiós Libertad, etc.	30	Ya empuñó vuestro pastor el gran cayado de hierro: ya no andaréis extraviados por falta de buen gobierno; ya tendréis quien os esquilme, quien os lleve al matadero. «Adiós Libertad, etc.	50 55
Ya vuelven las distinciones de nobles y de plebeyos: ¡desgraciado del que exija su salario a un caballero! Que lo lleven a la cárcel, que lo metan en un cepo, y si chista, que se pudra y pague su atrevimiento. «Adiós Libertad, etc.	40	No, Libertad, no te alejes; no abandones este suelo que brotó bajo tus plantas nuevas flores, frutos nuevos: verdad es que no te quieren ciertos nobles y opulentos; pero sí te aman los pobres, pero te adoran los buenos. «Adiós Libertad, buen viaje, ¿y volverás? Yo te espero.»	60 65
¡Oh pueblo dócil y amable! ¡Oh mansísimos corderos!	45	1823	

Notas:

40. En AP, p. 493; en *Poesías*, 1828, pp. 169-171. | Título: en *Poesías*, 1828, la fecha se dispone en este sitio.
v. 3. en *Poesías*, 1828: *veniste* (por *viniste*).

41

A UNA CEIBA DE LA ISLA DE CUBA
SONETO

Tú que viste nacer a Nemorosa, vive, gala y honor de su morada, hija noble de esta isla afortunada, gloria del campo, ceiba majestuosa.		La verde cabellera de tu frente y tus robustos brazos extendidos convidan al inquieto ciudadano;	10
¡Feliz el que la siesta calurosa bajo tu sombra fresca y regalada, con alma libre, pura y sosegada, en blando sueño, plácido reposa.	5	que ya gime al rigor del sol ardiente, ya se ahoga entre muros reducidos, siempre esclavo infeliz, o vil tirano.	

Notas:

41. En AP, p. 494; en *Poesías*, 1828, p. 172.

A DOS HERMANAS
TRADUCCIÓN

Tan bella es Emma, como Luisa es bella;
fluctúa entre las dos mi pecho amante:
si me das una, seré fiel con ella;
mas si me das las dos, seré inconstante.

Notas:

42. En AP, p. 494; en *Poesías*, 1828, p. 180.

SOBRE LA INMORTALIDAD DEL ALMA

¿De dónde me proviene esta inquietud ardiente, este deseo que incierta mi alma tiene? Del trabajo al recreo, del reposo al estudio en vano vaga; pues nada hay que la llene y satisfaga.	5	Ya la suerte me corona con laureles inmortales, y la historia en sus anales va mi nombre a eternizar.	30
Venga, venga la hermosa copa de las delicias; dadme pronto mi lira melodiosa; coronadme de flores; vengan las tiernas gracias, los amores, vengan juegos, placeres y caricias: verted el vino, sea el camino, que hollar deben mis plantas venturosas, perfumado de lirios y de rosas.	10	El acero está brillando y la pólvora se inflama; vamos, vamos, que me llama la trompeta del honor. El estrago estoy mirando, la sangre veo corriendo y el clamor estoy oyendo del vencido y vencedor.	35
¡Mas ay! que ya la rosa se marchita; ya los perfumes pierden sus olores; de mis sienes se escapa y precipita mi guirnalda de flores; de mi lánguida mano cae mi lira y ya mi corazón triste suspira.	15	Mi alma de estos horrores consternada no puede a la piedad cerrar la entrada.	40
A los campos de Belona volar intrépido quiero; allí, terrible guerrero, voy mil palmas a segar.	20	Mas, lejos del tumulto de la guerra, la ambición me ha llamado con empeño: para mandar sujétome a sus leyes: señor soy ya del mar y de la tierra; ocupo ya los tronos de los reyes, y de mí no soy dueño.	45
	25	Mudando de esperanza, ansioso siempre y siempre fatigado, mi espíritu se lanza en pos de un bien más sólido y sagrado: mientras más goza el hombre, mayor siente de la inmortalidad la sed ardiente.	50

Cuando el sabio ha expirado, le dice un Dios: «me había reservado la eternidad, que hasta hoy te ha precedido: 55 la eternidad futura te he cedido».		
Mas ¿qué digo? Dejemos expresión tan profana; la eternidad jamás se ha dividido. Todos con Dios nacemos, 60 co-eternos en él hemos vivido: de nuestro nacimiento la hora y el momento siempre estuvo en su mente soberana y en su profundo y vasto pensamiento. 65		
Elévate, hombre, pues, a tu alta esfera y a tu origen divino; no detengas tu rápida carrera, que la inmortalidad es tu destino. Deja de un falso mundo la quimera, 70 déjale que se arrastre por el suelo. Para quien los contempla desde el cielo, ¡qué ruin es la ambición de los humanos! Ver le parecerá la oscura guerra que se hace un vil enjambre de gusanos, 75 disputándose un átomo de tierra. Por más que la ignorancia las aumente, por más que las presente como grandes y hermosas, vistas desde la altura 80 de la inmortalidad, ¿qué son las cosas que tanto estima aquí nuestra locura, porque la vanidad las desfigura?		
Este gran porvenir noble y fecundo, no las leyes del hombre miserable, 85 sostiene este edificio deleznable y nos iguala a todos en el mundo. Sí, la gran perspectiva de la inmortalidad, nos hace iguales, nos llama a los palacios celestiales, 90 hace nuestra alegría menos viva y también menos tristes nuestros males. Estando ya sentados en aquellas mansiones inmortales, ¿nos dignaremos ver si hay una tierra, 95 si brilla un sol, si hay héroes, potentados, si declaran la paz, si hacen la guerra,		
si da la suerte o quita los estados? Viendo correr el Nilo caudaloso 100 de la cumbre elevada de un monte, cuya frente sube al cielo, ¿quién la vista encantada apartará de cuadro tan hermoso, para ver a sus pies de un arroyuelo 105 la corriente menguada? ¡Silencio, pues, mortales! ¡Silencio, pues, grandezas mundanales! Fuerza, debilidad, ciencia, ignorancia, todo pierde su efímera importancia, 110 todo es igual delante del Eterno. Así el vasto Apenino por su altura confunde a nuestros ojos valle y monte, sólo forma de un mundo una llanura y un inmenso horizonte.		
¡Ah! si este instinto noble y verdadero, 115 que se anida en los grandes corazones, que produjo un Homero y a quien Roma debió los Scipiones, no es sino un sueño grato y lisonjero, sino un romance vano, 120 sino un delirio del orgullo humano; ¿de dónde, pues, proviene que, llegando hacia el fin de su carrera, el hombre temeroso se detiene, y al ver la nada, renacer quisiera? 125 ¿Por qué su confianza en esta vida mísera, inconstante? ¿Y por qué su esperanza de que ha de ser eterno en adelante? No es un vano sistema 130 este instinto de tantos combatido; no, la bondad suprema en nuestros corazones lo ha esculpido, para aterrar al vicio prepotente y consolar a la virtud doliente. 135		
Sentada en un trono augusto, terrible para el culpable, para el bueno favorable, miro a la Inmortalidad.		
Libra allí del tiempo al justo, 140 al criminal de la nada		

y le muestra preparada una horrible eternidad.		Si la lisonja, pérfida sirena, que el corazón corrompe de los reyes, alguna vez dictó vuestras canciones; otras muchas sublime vuestra lira en armoniosos y elevados sonos nos enseña el respeto de las leyes y el amor de la patria nos inspira.	185 190
¡Temblad, usurpadores, aunque tengáis el rayo en vuestras manos! ¡Del altar, de las leyes corruptores y del mundo opresores, el peso sufriréis de nuestros males! ¡Temblad, fieros tiranos! ¡Temblad! ¡sois inmortales!	145 150	A Marte, enardecido por Tirteo, paréceme que veo, y al bardo, que en los campos discurría la gloria y los combates respirando, y que estoy escuchando los versos de un Alceo, que tremendos resuenan todavía y amenazando están la tiranía.	 195 155
Consolaos vosotros, desgraciados, víctimas pasajeras, sobre quienes de Dios están fijados los ojos paternos, peregrinos por tierras extranjeras, consolaos, ¡también sois inmortales!		¡Oh! ¡cuánto yo detesto a los tiranos! Siempre perseguirán mis maldiciones la marcha de sus carros inhumanos. Aunque débil, insulto al poderoso; y yo hubiera cantado a los Catones en presencia de César victorioso.	200 205
¿A quién, ¡ay! no domina este deseo de levantarse de la tumba fría? De esperanza y temores agitado al mísero hombre veo que lo lleva consigo noche y día, y lo conserva hasta el sepulcro helado. Sobre el cadáver yerto la fúnebre pirámide se lanza para mostrar al cielo la esperanza del ambicioso muerto. El hombre graba sobre piedra dura y sobre el mismo bronce su memoria; mas su fragilidad graba por cierto: y este débil recuerdo de su gloria, monumento mortal, del hombre hechura, de su inmortalidad nos asegura.	160 165	¿Y el furor por qué tememos de un injusto vencedor? ¿Otra patria no tenemos y allí un dios consolador?	 210
Amigos de las musas, compañeros, vosotros solamente, ¡oh! mis rivales erigís monumentos duraderos y que no son mortales. Si celebráis al héroe verdadero, celebráis vuestros nombres juntamente: dándole la corona, vuestra frente la recibe también del mundo entero; así la tierra de vosotros llena os ha de doble honor enriquecido; más que a los dioses que cantaba, a Homero el universo altares ha erigido.	170 175 180	Cuando a César se entrega todo el mundo, de Catón la grande alma entre la tempestad goza de calma; en éxtasis profundo, descubre su destino venidero, contemplando a Platón en una mano y en la otra el acero: viendo en éste la muerte, viendo en aquél la vida verdadera, libre de esclavitud se considera y señor de la suerte. Ríndase todo al opresor romano; que su espíritu fuerte, de la celeste patria ciudadano, «Triunfo, soy inmortal –dice a la muerte–, y soy libre» –al tirano.	215 215 220 225

Mas ya que su alma grande está en los cielos,
a la urna conducid de sus abuelos
esos restos preciosos,
del vencedor del mundo, vencedores.
En vano con sus carros victoriosos, 230
en su marcha arrogante,
César pasa delante
del sepulcro glorioso;
libre el pueblo un momento y generoso,
arroja mil clamores, 235
llorando de aquel héroe la memoria.
Así el carro feliz de la victoria
envidia del sepulcro los honores:
César desaparece en un instante
y el virtuoso Catón queda triunfante. 240

«Aquel que nada teme, nada espera».
La Libertad amable,
de la Inmortalidad, su hermana bella, 260
sigue siempre la huella.

Caros amigos, que mi pecho adora,
¿para siempre nos hemos separado?
Si esta vida es la aurora
de un día más hermoso y despejado, 265
¡otra vez, mis amigos, nos veremos!
¡Qué lágrimas entonces verteremos!
Mas sólo de amistad y de ternura:
de la celeste altura
tal vez una mirada arrojaremos 270
a esta mansión de luto y desventura.

¿Qué digo? ¡compañeros desdichados
víctimas de la suerte,
sin bienes, sin familias, desterrados
de una patria querida,
no llamáis a la muerte, 245
y más valientes soportáis la vida!
¿Qué cosa alienta vuestro pecho fuerte?
¡Ah! la fe que os promete otra existencia.
Así encontraréis riqueza en la indigencia,
ventura entre las penas, 250
en el dolor consuelo,
la dulce libertad en las cadenas;
y en medio del oscuro calabozo
en que oprimidos vuestros pechos gimen,
los brillantes alcázares del cielo. 255
Lejos, pues, esa máxima execrable
que quita el premio al justo, el freno al crimen:

Cultivad entre tanto
de las artes las gracias seductoras,
y volarán ligeras vuestras horas
y su divino encanto 275
y su grata dulzura,
mezclándose tal vez con vuestro llanto,
templarán su amargura.
Pero no profanáis el fuego santo
de vuestros corazones; 280
olvidad los placeres amorosos;
en sublimes canciones
celebrad a los hombres virtuosos;
sean vuestros acentos armoniosos,
preludios en el suelo 285
de los himnos y cánticos del cielo.

Notas:

43. En AP, pp. 494-498; en *Poestas*, 1828, pp. 181-192. | Título: En *Poestas*, 1828, se agrega «Ditirambo».

«LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA»

FRAGMENTOS DE UNA TRADUCCIÓN DEL POEMA DE DELILLE

MUSIDORA EN EL BAÑO
DEDICATORIA

*De las tres gracias, aquella
que representa el pudor,
es sin duda la más bella;
y si Venus y el Amor
interesan, es por ella:*

*de esta gracia celestial,
de esta gracia encantadora,
pura, tierna y virginal,
el retrato es Musidora,
tú eres el original.*

EPISODIO DEL CANTO III
MUSIDORA EN EL BAÑO

Sobre la fresca orilla de un arroyo,
que límpido bajaba y cristalino
de un monte por las rocas escarpadas,
Damon alimentaba su delirio:
amante sin consuelo ni esperanza,
de aquella fuentecilla al sordo ruido,
a la sombra del sauce y los rosales,
por el soplo del céfiro mecidos,
se halla melancólico, acusando
de su querida el seductor desvío;
porque la hermosa y adorada virgen,
ora fuese pudor u orgullo altivo,
sus rendidos obsequios recibía
con cierto modo indiferente y frío;
y sólo alguna tímida mirada,
algún ¡ay! escapado, algún suspiro,
la pasión de su pecho descubrían
y el disimulo y el desdén fingido.
Al paso que, ocultándolo, aumentaba
más y más de su amor el fuego activo;
el fino amante meditaba triste
en medio del desierto, único alivio
del amargo dolor que lo consume,
por qué medio feliz, por qué artificio,
arrancarle pudiera los secretos

que en su pecho estuviesen escondidos,
dirigiéndole versos delicados,
llenos de amor, respeto y atractivo.
Una casualidad inesperada
sirvió a Damon, que a veces el destino
de los amantes, como el de los reyes,
de una casualidad ha dependido.

5

Llamada Musidora cierto día
por la grata frescura de aquel sitio,
sus cándidas mejillas abrasadas
por los ardientes rayos del estío,
llena de timidez iba buscando
del baño acostumbrado el dulce asilo.

10

En una soledad ella se juzga;
pero el feliz Damon llegar la ha visto,
y con modestia retirarse quiere
(respeto propio de un amante digno,
que pretende inspirar a su adorada
amor y estimación a un tiempo mismo):
se quiere retirar, mas lo detiene
su corazón, ¿y cómo resistirlo?

15

¿y cómo no ceder a sus impulsos?
¡Era ella tan hermosa, y él tan fino!

Los ojos vergonzosos Musidora,
con aire embarazado y pensativo,
extiende al rededor, y palpitando
el amante la mira complacido.

20

Paris sintió en su pecho menos gozo,
deleite menos puro y menos vivo,
cuando vio, sobre el Ida, de tres diosas
los elegantes cuerpos sin vestidos.

25

De Musidora la belleza y gracia
con Venus misma hubieran competido.

Ya se sienta a la orilla de la fuente,
ya el cendal trasparente desprendido
desciende por los miembros de alabastro:

30

inflamado en amor lucha consigo
y aún resiste Damon. ¿Lo podrá cuando
ella desate el encarnado cinto
del cuerpo virginal y se descubran,

35

libres de sus adornos y atavíos,
los contornos del pecho, que agitaban

40

45

50

55

60

65

70

75

la salud y el amor con sus latidos? ¿Y cuando se presenten sus dos globos, bellos grupos de cándidos jacintos, de pimpollos de rosas coronados?... ¡Parte, imprudente joven, de este sitio! ¿Conservar tu virtud podrás acaso y al fuego resistir de tus sentidos, cuando todo el ropaje de tu amada haya en undosos pliegues descendido? ¿Cuando el último holán baje de un cuerpo de blancura mayor que el holán mismo, y descubra a tus ojos deslumbrados los tesoros ocultos, los prodigios de torneadas formas y graciosas, que con sus propias manos amor hizo, en que resalta sobre un blanco puro un encarnado tan brillante y vivo?		que observa, que adivina, que ha entrevisto, vuela fuera de sí... ya es delincuente, si un exceso de amor es un delito; pero llega y detiéndose a la orilla, y arroja este billete, dirigido al tímido pudor y en el combate de la pasión y del respeto escrito: «Disipa, hermosa ninfa, los temores que los ojos de amor te han producido; Damon va a defender de otras miradas, que puedan profanarlo, este recinto: cálmate, bella ninfa, y nada temas; yo te he visto, te adoro y me retiro».	125
Se mira Musidora y se sonroja; su pudor teme aún sus ojos mismos; ¡qué embarazo tan bello y tan amable! De una hoja que ha movido un cefirillo, de una sombra, de un nada se estremece: de esta manera tiembla al menor ruido y se esconde saltando por el bosque un inexperto y tierno cervatillo. Resuélvese por fin la ninfa hermosa, que se juzga segura en el peligro: la recibe y abraza el arroyuelo, amante bullicioso y fugitivo, cuyas olas, jugando con su cuerpo, y cubriéndolo, aumentan sus hechizos: así la fresca rosa matutina, bajo el diáfano velo del rocío, muestra un nácar más vivo y delicado; así entre los cristales brilla un lirio. Ya la ninfa zabelle entre las aguas, ya se levanta y muestra de improviso, y las límpidas gotas van rodando en forma de diamantes cristalinos y se deslizan por el albo seno y por las hebras del cabello riso, cuyas madejas de ébano cobijan la mitad de su cuerpo. ¡En qué delirio y transporte Damon mira aquel ángel! Arrebatado, en fin, por los prodigios, por las gracias y encantos deliciosos	80 85 90	Parte luego, y la casta Musidora, en medio del transporte que ha sufrido, ve volar el billete, y se estremece la honesta virgen con pudor divino. Al contemplar el riesgo de una afrenta, queda fuera de sí, pierde el sentido, e inmóvil permanece largo tiempo. Se creyera estar viendo el mármol frío, de un célebre escultor obra sublime, cuyo ingenio sagaz elección hizo de todas las bellezas de la Grecia para pintar a la deidad de Gnido, en el momento en que, al salir del baño, con sus manos protege sus hechizos. Recóbrase y se lanza al otro lado, donde coge temblando sus vestidos, y al tomar el billete, en el instante la mano de su amante ha conocido. Entonces al cuidado de su pecho el contento sucede de improviso; la virtud de Damon, que enfrenar supo de la pasión el poderoso instinto, sus castas expresiones, su pureza, su amor por su modestia embellecido, todo, todo la halaga, y ya en su pecho la virtud y el amor están unidos. Con el tosco buril de los pastores estas palabras graba en un aliso: «Oh tú, amante feliz, a quien de acuerdo la suerte y el amor hoy han servido, tú, que sólo conoces mi lenguaje; si fueres siempre tan discreto y fino,	130 135
	95 100 105 110 115 120		140 145 150 155 160 165

conserva la esperanza, que a mi lado
podrás un día reposar tranquilo».

EPISODIO DEL CANTO VI
LA AMÉRICA INDICADA A COLÓN

¿Quién no conoce de Colón la historia?
Su nombre el nuevo mundo ha eternizado:
ilustre favorito de Neptuno,
por los hondos abismos del mar vasto
vagaba el gran Colón, y ya sus naves
las columnas de Alcides han pasado.
En medio de las olas, las Nereidas,
sorprendidas miraban los soldados,
las banderas, los broncees formidables,
las ciudadelas de flotantes naos,
a quienes sirven dóciles los vientos
cual sumisos cautivos y vasallos.
Medio año han navegado inútilmente:
hartos de penas, de alimento escasos,
desmayaban los tristes marineros,
implorando la tierra, pero en vano.
Todo un aciago fin les presagiaba:
con el hambre juntábase el contagio;
y para el colmo, en fin, de desventura,
los aires reposaban sosegados
y las olas callaban silenciosas
sobre un inmenso mar aletargado.
En las velas caídas no silbaba
el soplo de algún viento: con espanto
contemplaba esta calma formidable
el piloto afligido y consternado.
En medio de la noche pavorosa,
sólo se oyen los golpes reiterados
de los muertos que arrojan a las aguas
los vivos moribundos con sus manos.
A la más alta antena muchos suben,
a los cielos y mares consultando;
mas ambos están sordos a sus ruegos.
Entonces de sus pechos agitados
el más negro transporte se apodera:
los marinos, de cólera bramando,
contra su ilustre jefe se conjuran:
él los mira venir sin sobresalto;
y firme se mantiene al pie de un mástil
el que mil tempestades ha arrostrado.
Mas ¿cómo resistir a esta borrasca

de un carácter tan nuevo, tan extraño?
Ya resplandece el luminar del día,
y no se muda su destino infausto:
¡qué feroces miradas le amenazan!
¡Inútil frenesí, furor insano!
¿Ni cómo puede intimidar la muerte
al que la ha tantas veces despreciado?
Pero ¡morir al encontrar un mundo,
y después de sufrir afanes tantos!
¡Ver frustradas tan grandes esperanzas
y tanta gloria, tan hermoso lauro!
Estos son los puñales verdaderos
que su gran corazón han traspasado.
Pero no hay que esperar, ya no hay remedio;
la sangrienta cuchilla levantando
la muerte está sobre él... Mas de repente
halagando a Colón céfiro blando,
siente aquél, reconoce el aura pura
y de las flores el aliento grato.
A estas prendas propicias se abandona:
se une un viento feliz a este presagio;
y entonces, recobrando la confianza,
exclama: «¡Compañeros desgraciados!
Bien sabéis que Colón nunca temiera,
que impávido Colón nunca ha temblado,
y que siempre constante en su designio,
dividió con vosotros los trabajos,
los tormentos del hambre y los furores
del mar contra nosotros conjurado.
Esperad un momento solamente,
fiad en mi pronóstico, soldados;
y mañana verted toda mi sangre
si no aparece el mundo que buscamos».
Su porte varonil, sus expresiones,
y su aire venerable de inspirado,
les vuelve la esperanza: el marinero,
el antiguo respeto recobrando,
estar viendo imagina al dios Neptuno
dar leyes al furor del oceano.
A su voz las pasiones se sosiegan;
obedécenle y rápida la nao
marcha hendiendo las aguas espumosas;
y cuando del Olimpo arrebolado
ya los últimos rayos descendían,
el mar con sus colores matizando;
súbito se divisa la ribera,
y un clamor general ha resonado.

Salen del negro abismo las colinas, a los ojos preséntanse por grados; descúbreñse las copas de los bosques, de donde un viento fresco, embalsamado, les viene a consolar a cada instante. De nuevo los esfuerzos redoblando, se acercan, llegan ya y el suelo pisan, donde alegres al héroe coronaron con las flores proféticas, que fueron entonces galardón, si antes presagio.	260	¿Qué digo? Algunas veces la tormenta corre en un mar de polvo condensado, envuelve los ejércitos enteros y la naturaleza sus agravios vengando inexorable, en el desierto abisma los guerreros sanguinarios. Conquistador terrible del Egipto, Cambises ya le había sojuzgado; a los dioses del Libio amenazaban sus bélicos enjambres de soldados. Mezcla de veinte pueblos diferentes, las riberas del Indo estos dejaron, aquéllos las del Ganges. Reflejaban ya sus espadas los ardientes rayos del sol en las regiones africanas; cuando con mil relámpagos volando densas nubes de polvo se levantan: el aire brama, lánzanse los rayos, huye la luz y desaparece el día: los valientes guerreros azorados en vano se sostienen con esfuerzo en combate tan nuevo y tan extraño. Al modo que hace intrépido jinete dar vueltas y revueltas al caballo; del huracán el negro torbellino, con ímpetu violento circulando, los agita a su arbitrio y los envuelve, y a revolverlos torna por cien lados. Mutuamente se apoyan al principio y resistir procuran el estrago de la móvil arena y la tormenta, en densos batallones afianzados; pero bien presto corren por do quiera llenos de asombro, turbación y espanto; a merced de los vientos todos vagan, y ceden a su impulso los más bravos: ya no hay orden, ni filas, ni concierto; y en un mismo lugar se ven mezclados tantos diversos pueblos que se chocan, que se rechazan y que van rodando, ya sobre los montones de las flechas, ya sobre los escudos destrozados; y en medio de esta noche tenebrosa, de tanta confusión y de horror tanto, sin combatir presentan a la vista la imagen del combate más aciago. También los animales participan	305 310 315 320 325 330 335 340 345
EPISODIO DEL CANTO II DESCRIPCIÓN DE UN HURACÁN EN LOS DESIERTOS DE ÁFRICA			
Impetuosos los vientos otras veces con estrépito horrible resonando, las borrascas conducen y la noche; y en el mar de los aires, con espanto se oye la tempestad, y brama fiero, rival de un océano, otro océano. También a veces muge y se despiende el huracán indómito y osado, que oculta su cabeza entre los cielos, mientras sus pies la tierra van hollando: el terror, las zozobras le preceden, le siguen destrucción, muertes y estragos, él arranca las chozas y los bosques, la roca misma se defiende en vano, hace volver las aguas a sus fuentes, se rinde el duro hierro destrozado y con horror los ojos van siguiendo la desastrosa huella de sus pasos. Como siembra la muerte y sus horrores el ángel destructor de los estados, una revolución; leyes, costumbres, gobierno, altares, todo es arrasado; y las obras de un siglo en un instante hace desaparecer un genio aciago: así del huracán los torbellinos dejan tras sí desolación y llanto. ¿Quién ignora el furor con que atormentan a los vastos desiertos africanos, cuando rápidos vuelan y fogosos sus ardientes arenas levantando, donde quedan las ricas caravanas, las chozas, los camellos enterrados?	270 275 280 285 290 295 300		

de aquel mismo terror, de aquel espanto: sobre camellos ruedan los camellos, sobre los caballeros los caballos y los mismos enormes elefantes caen bajo sus torres desplomados. El huracán en su implacable furia, como un inmenso mar bate irritado; las olas abrasadas de la arena los párpados ardientes azotando, cierran los ojos a la luz del día, y las bocas al aire; sepultado queda, en fin, un ejército de vivos de aquel desierto en el sepulcro vasto; mientras la tempestad vuela triunfante las banderas rendidas desplegando. Bajo las negras olas que los cubren, unos a otros se llaman, pero en vano; pues sus gritos se pierden por el aire: se enfurecen los vientos entre tanto, se aumentan los torrentes de la arena, y si un instante cesan sus asaltos, los míseros temblando se levantan; mas de nuevo al ataque retornando, el aire brama, lánzase fogoso de indignación y cólera inflamado; atormenta la tierra y la despide, granizadas de piedras arrojando; las olas se suceden a las olas, el viento empuja al viento, ni descanso	350 355 360 365 370 375	tiene un momento el huracán furioso; apenas ya se ven algunos brazos, apenas ya se ven fuera del polvo las puntas de estandartes y de dardos. La tempestad se aumenta por instantes; abierto ya un abismo, ya cerrado, ora muestra la luz, ora la oculta. ¡Ay! de la dulce luz los desdichados con el último adiós se han despedido. En fin, aquel ejército luchando con el sepulcro, a levantarse torna para ser nuevamente derribado. Óyense entonces los suspiros tristes, de treinta pueblos el gemido vasto, viene la noche, se oscurece el día, y ya todo es silencio, todo espanto, muerte, devastación y yermo inmenso. ¡Ah! ¡jamás beberéis, oh desgraciados! Ni las aguas del Indo, ni del Ganges, ni volveréis jamás al suelo patrio, ni a ver vuestras familias, que os esperan, ni a coger en las manos el arado, el inocente arado, la hoz benigna. ¡Míseros! habéis muerto en suelo extraño: vuestros huesos se hallan todavía en medio de la arena blanqueando, y tiembla todavía el caminante de su propio peligro al contemplarlos.	380 385 390 395 400

Notas:

44. En AP, pp. 498-502; en *Poesías*, 1828, pp. 193-222. | En *Poesías*, 1828, hay dos fragmentos intermedios («Efectos de la pólvora en las armas de fuego» y «El rincón del fuego», pp. 207-217) que no se copian. Asimismo, el último fragmento escogido por JMG no contiene información respecto del canto al que pertenece.

v. 96. En *Poesías*, 1828: «aún a sus» (por «aún sus»).

v. 189. En *Poesías*, 1828: «para colmo» (por «para el colmo»).

MAITÍN
José Antonio

Don José Antonio Maitín nació en la pintoresca Puerto Cabello, ciudad marítima de Venezuela. La fortuna militar de Monteverde, obligó a la familia de Maitín (como a otras muchas de patriotas venezolanos) a buscar en el suelo extranjero un asilo contra la cuchilla española. Hallóle en La Habana, después de muchos padecimientos; y en esta ciudad de las Antillas fue en donde Maitín, menos por la edad que por los sucesos presenciados, dejó de ser niño y abrió su alma sensible a las inexplicables tristezas del joven. No fue para él poca dicha hallar allí, entre otros emigrados, al distinguido y amable granadino don José Fernández Madrid, quien le cobró afición, le infundió amor por la literatura y le nombró su Secretario en la embajada de Colombia a Londres.

En 1824 regresó Maitín a su casa de Puerto Cabello, permaneciendo allí hasta 1826, año en que, con calidad de adjunto a la legación a Londres del señor don Santos Michelena, partió para aquella capital, donde trató a eminentes personajes y perfeccionó sus conocimientos músicos.

A su vuelta de este viaje, muy fructuoso para su inteligencia, empezó el señor Maitín a escribir en verso con detención y arte; dio a la prensa en 1835 y 38 dos dramas, que, según críticos de su país, no deben considerarse sino como los pasos primeros en su carrera literaria. Hasta el año 1841 no ha mostrado Maitín todo el caudal poético que encerraba: se cree que la lectura de las primeras poesías de Zorrilla, le entusiasmaron y le pusieron en el

camino en que ha hecho tantos progresos.

Los periódicos de Caracas aclaman a Maitín, al vate de «Choroní», como al primero de sus poetas jóvenes, y el Liceo de Madrid ha recibido con aplauso algunas de sus «cantatas».

En diciembre de 1844 ha obtenido el señor Maitín permiso y privilegio para imprimir una colección de sus poesías, bajo el título *Ecos de Choroní*. Choroní es un lugar amenísimo, no distante de Caracas, donde el poeta pasa dulcemente la vida y en donde puede él decir, como otro poeta contemporáneo: «Estos árboles, sus sombras y sus frutos, son míos».

1
CANTO A BOLÍVAR
FRAGMENTO

¿Qué gritos de victoria, qué estrepitoso acento
cual música del cielo se escucha resonar?
¿Qué voces, qué alaridos, estremeciendo el viento
en mezcla sonora retumban sin cesar?

En vez do amedrentarme este potente grito, 5
este himno de batalla que suena por do quier,
me encanta cual los ecos de un cántico bendito
y su hórrido estampido me exalta de placer.

Los tonos majestuosos de la sonora trompa,
la caja, los timbales, las armas, el pendón, 10
el fausto, los trofeos de la guerrera pompa,
me alientan, mil encantos llevando al corazón.

Los ecos de la tierra oyendo alborozados,
el colosal rugido en su honda soledad,
al ruido de las turbas responden encantador 15
y al grito de victoria repiten: ¡Libertad!

¿Qué cantos de alegría, qué delicioso acento
cual música del cielo se escucha resonar?
¿Qué gratas armonías estremeciendo el viento
cual arpa melodiosa retumban sin cesar? 20
.

¿Quién es, ¡oh Musa! indómito el guerrero
que como el rayo entre la nube espesa,
de triunfo en triunfo intrépido atraviesa
la selva, el llano, el risco aterrador?
¿Quién escala los Andes empinados 25
como alada deidad que sube al cielo
y fija altivo, en la región del hielo
su pabellón triunfante y redentor?

¿Quién estampa en las cumbres diamantinas
jamás holladas, los heroicos rastros 30
y toca, audaz, los rutilantes astros
envuelto de iris en el manto azul?
¿Quién vecino del sol, a tal altura,
y el pecho henchido de un delirio santo
alza de libertad sonoro el canto 35
de helada nube entre el espeso tul?

¡Dime, oh Musa, quién es! No es Alejandro.
 Él no fundó sus inmortales glorias
 en el honor de estériles victorias
 ni sangre inútil derramó al pasar. 40
 No es la gigante roca desprendida
 que asorda con su estruendo la montaña,
 y aplastando al pastor y la cabaña
 se precipita en el profundo mar.

No es César. Lleno de celeste fuego 45
 jamás holló frenético las leyes:
 enemigo implacable de los reyes
 su poder formidable no usurpó.
 No es el réprobo audaz que el templo hermoso
 de libertad minando hasta el cimiento, 50
 en vez de un Dios a un ídolo sangriento
 adoración y altares consagró.

No es Napoleón. Cual colosal estatua
 no alza hasta el cielo la cabeza altiva,
 en tanto que a sus pies gime cautiva 55
 y entre dorados hierros la nación.
 No es el ancho palacio que se incendia,
 cuyos pórticos bellos cincelados
 del hacha al golpe ruedan desplomados
 aumentando el estrago y confusión. 60

¿Quién es entonces? Su misión sagrada
 fue la tierra purgar de sus tiranos:
 de la ambición los lauros inhumanos
 su heroico corazón vio con desdén;
 y este entusiasmo ardiente que le enciende, 65
 y ese instinto de guerra que le inflama,
 no es de una gloria efímera la llama,
 es de la patria el soberano bien.

El resplandor celeste de su espada
 como un rayo benéfico del día 70
 rasga la nube lóbrega y sombría
 que a la virgen América eclipsó.
 Huye a su luz la triste servidumbre,
 y el esqueleto vil del despotismo
 en las hondas cavernas del abismo 75
 convulso y para siempre se lanzó.

¡Genio feliz, meteoro deslumbrante
 que rápido surcó la vasta esfera!

Rastros de luz marcaron su carrera
toda de bien, de amor, de libertad. 80
Fue cual la tempestad que el aire manso
de sus funestos hálitos depura,
que cruje en hondo son, luce, fulgura,
y deja en pos pureza y claridad.

Así cuando el ambiente está cargado 85
de impuros, de mefíticos vapores,
recoge el sol sus bellos resplandores
y su broche gentil cierra la flor;
dobla la espiga el vástago marchito,
enmudecen las auras fugitivas, 90
y sus notas brillantes y festivas
interrumpe asustado el ruiseñor.

El cielo se oscurece lentamente,
el mundo calla de terrores lleno,
sólo el acento lúgubre del trueno 95
se oye en la negra esfera retumbar.
Revienta el rayo al fin, rasga la nube,
ronco el turbión en remolino crece,
y la celeste bóveda parece
de lava y sangre un espantoso mar. 100

Mas el iris benéfico aparece,
y la niebla que flota al horizonte,
prende en las faldas del lejano monte
su gasa trasparente y virginal.
Levanta el tallo la marchita espiga, 105
abren sus tiernos cálices las flores,
canta de nuevo el ave sus amores
y alza la tierra su himno universal.

—

¡Ven, Musa divina!... del genio santo
que trajo tanto bien, revela el nombre, 110
y pagaré con mi disorde canto
un humilde tributo a su renombre.

Que quien la gloria admira refulgente
de su vida fecunda y portentosa,
a la inmensa corona de su frente 115
pueda añadir efímera una rosa.

Ven, ¡oh Musa! y refiéreme la historia
del adalid, del ínclito guerrero,
que supo recorrer con tanta gloria
de la fama el magnífico sendero. 120

Ya llegas... ya tu fuego misterioso,
ya tu impresión, ya tus influjos siento
en el delirio de mi pecho ansioso
y en el soplo aromado de tu aliento.

Tu mano delicada, encantadora, 125
sobre las cuerdas pon de la arpa mía,
para que a su contacto, sonadora,
hechice el corazón con armonía.

¿Mas qué extraño pesar cubre tu frente?
Tu labio puro y virginal suspira, 130
y de fúnebre gasa trasparente
velas la dulce, la sonante lira.

¿Qué causa tu dolor? No te comprendo.
Consternada me miras y llorosa;
en lugar de cantar estás gimiendo 135
y una mano me tiendes temblorosa.

La mía te entrego... Tu contacto frío
en vez de darme inspiración me yela,
y ese silencio fúnebre y sombrío
un infortunio ¡oh Musa! me revela. 140

¿Me ordenas que te siga? ¿Por qué exhalas
suspiros dolorosos? Ya te sigo,
iré bajo la sombra de tus alas,
bajo la égida de tu rastro amigo.

Me inspirarás do quiera tus conciertos, 145
y yendo en pos de tu visión lucida
no temeré perderme en los desiertos
de una enfadosa y solitaria vida.

Mas ¡ay! ¿adónde vas? A cada paso
que incierto muevo mi embarazo aumenta 150
y luce el sol con brillo más escaso,
y una sombra me sigue macilenta.

Oigo a veces dulcísimo un sonido
de arpa sonora que estremece el viento,

otras de un hondo y lúgubre gemido
el doloroso y solitario acento. 155

Si es ilusión no sé; pero yo ignoro
si estas sombras fantásticas que miro,
si este que escucho lamentable lloro
es pura realidad, o si delirio. 160

Avanzo más y cesan los gemidos:
sólo las sombras y la noche crecen:
extinguense los ayes comprimidos
y las últimas luces desaparecen.

En medio de esta noche tenebrosa
descubro un monumento funerario
y una lámpara alumbra misteriosa
de la muerte el imperio solitario. 165

Al santuario, confuso, me adelanto...
Todo es descanso aquí, calma, secreto,
silencio, soledad, reposo santo;
sólo mi corazón palpita inquieto. 170

De mis pasos al ruido prolongado
que la sonora cúpula repite,
vuelvo el rostro, temiendo horrorizado
que la sagrada sombra no se irrite. 175

Lugar solemne de misterio y calma
mansión de paz y de recogimiento,
donde libre del mundo encuentra el alma
de su inmortalidad el sentimiento. 180

¡Oh Musa! por tu lira melodiosa,
por tu visión angelical y pura,
dime el nombre del genio que reposa
en el silencio de esta tumba oscura.

Y correré a besar entusiasmado
de tu flotante ropa el blanco lino
y en tu alabanza entonaré inspirado
plácido un canto en amoroso trino. 185

Mas tú te cubres los cansados ojos,
hondo suspiro de dolor exhalas
y la piedra que encierra los despojos
con mano falleciente me señalas. 190

Levanta pues la gasa trasparente
que la lápida vela misteriosa:
sólo tu mano, cándida, inocente,
podrá tocar la sacrosanta losa.

195

Por mí no temas, la inscripción descubre
que yo la copa apuraré de acíbar:
el velo caiga que la losa encubre.
¡Aliento corazón!... Leeré... ¡Bolívar!

200

.

Notas:

1. En AP, pp. 503-506.

2

A LA NOCHE

Llega, benigna noche, yo te aguardo; ven, opaca deidad, reina del sueño, que ya del alba el resplandor risueño no más me presta su ilusión falaz. Porque hasta el hondo corazón inquieto proyecta el sol su luz deslumbradora, e iluminando el mal que le devora hace que su inquietud resalte más.	5	Sí: tu sueño, cual ángel de consuelo, su benigno letargo a nadie esquivo, él extiende su sombra compasiva sobre el feliz y el mísero mortal. Para él no hay distinción. Lleva sus dones a la choza del pobre y al serrallo, nivelar al señor con el vasallo, es su excelsa misión angelical.	25 30

Ven, pues, oh noche, y llegarán contigo tu dulce paz, tus vagas impresiones, las movibles, fantásticas visiones que errantes vagan en tu opaco tul. Arrastra en pos tus fúlgidas estrellas, tu aura fugaz, fragante cual ninguna, tu querida quietud, tu casta luna gloria y honor del firmamento azul.	10 15	El mendigo infeliz en la alta noche su pena olvida en su quietud bendita. Al monarca mirad: ved cual dormita bajo su rico y regio pabellón. El sueño a entrambos con su paz nivela; su destino es igual, una es su suerte; entrambos son la imagen de la muerte, en su letargo ignoran lo que son.	 35 40

Vengan contigo tus tranquilas horas, la dulce calma de tu sueño amigo; tu sueño, sí, benéfico al mendigo, al oprimido esclavo y al señor. Benigno huésped del alcázar regio y de las pobres chozas olvidadas; mensajero de imágenes doradas que envueltas lleva en mágico sopor.	20	El uno piensa en su único tesoro, su solo bien, en su constante amigo, en su leal perro, <i>el perro del mendigo</i>, siempre a su lado vigilante y fiel. Sueña tal vez que le acaricia y besa, que le lame los pies, y aún se figura que en pago de su amor y su ternura su escasísimo pan parte con él.	 45

Tal vez piensa el magnate en sus placeres, le ocupa todo su ambición extrema; fulgurar mira la imperial diadema al vivo resplandor de antorchas mil. Oye el son armonioso de la orquesta, de la lisonja el susurrar liviano, y ve a sus pies al pueblo cortesano que le tributa adoración servil.		
Mas si turba ¡oh monarca! tu reposo el temor de las negras rebeliones, si el horrible clamor de las traiciones arruga el ceño de tu regia faz, la oscuridad prefiero en que yo vivo, la inquietud vaga de mi pecho incierto, mi mal soñado cuando estoy despierto y de mi sueño la tranquila paz.		
Si me forjo quiméricas desdichas que a herirme el corazón vienen traidoras, mil visiones también consoladoras del mal expulsan el ideal dolor. Placer me da la noche en mi quebranto con sus lejanos vientos sonadores, la luna con sus tenues resplandores, con su fragancia la nocturna flor.		
Placer me dan las lóbregas figuras que por do quiera cruzan fugitivas, sombras de horror, fantasmas vengativas que espantan al impuro corazón. Pero aun me deleitan, me consuelan, esas tenues quimeras vagorosas, y las movibles sombras misteriosas de la alta noche mi embeleso son.		
	50	A mí me dan placer y me consuelan los vapores sutiles del rocío; siento el contacto del ambiente frío que refresca, al pasar, mi ardiente sien. Oigo el ruido lejano de las fuentes, de la vecina selva la armonía, y en los secretos de la noche pía encuentra mi alma el suspirado bien.
	55	
	60	Ven, pues, ¡oh noche! de consuelos llena; yo no apetezco el sol, su luz me ciega: cuando él desde el zenit sus rayos riega mustio, sin voz, me siento fenecer. Bajo su ardiente luz del mediodía la flor desmaya, el céfiro enmudece, y el corazón rendido desfallece, torpe la mente, el alma sin poder.
	65	
	70	No tú, que vienes como casta virgen, tu mal llorando con extinto acento. Yo escucho tus gemidos en el viento y tus suspiros lánguidos de amor. En el eco lejano oigo tu llanto: y las lágrimas puras que derramas pendientes miro en las salientes ramas y en el abierto cáliz de la flor.
	75	
	80	No tardes, pues. Ya el sol veló su frente en pos dejando sanguinosas huellas. Ya te miro llegar; miles de estrellas te ciñen y coronan la amplia sien. ¡Benigna noche! Yo estaré contigo hasta que se hunda tu último lucero. Ven, pues, reina del sueño; yo te espero, para mi dicha y mi consuelo ven.

1843

Notas:

2. En AP, pp. 506-507.

3 JEHOVAH

Eterno ser que el universo animas
con tu aliento fecundo y soberano;
que con un leve signo de tu mano
a cada mundo asignas un lugar:
yo me postro ante ti; los resplandores
que esparces por do quier, sumiso adoro,
y de tu inmenso y estrellado coro
el concierto sublime y singular.

No es en los libros santos del profeta
donde tu nombre entero se contiene:
¡pobre idioma del hombre que no tiene
para nombrarte acento ni expresión!
Escritos ellos en la lengua escasa
que imaginó para entenderse el hombre,
busca en vano su voz un signo, un nombre
digno del ser que llena la extensión.

No es bajo de la cúpula sonora,
pobremente orgullosa, de algún templo,
que yo tu gloria y tu poder contemplo,
y le descubro en tu esplendor brillar;
ni en el estrecho altar que te levanta
el mísero mortal, es que te admiro;
sino en los soles fúlgidos que miro
en la celeste bóveda girar.

Sólo en el hondo abismo del espacio,
en ese eterno libro de los cielos,
entre el misterio de sus densos velos,
tu nombre augusto dejas entrever.
Te dejas entrever, porque tú sabes
que si el pobre mortal tu nombre oyera,
a su estruendo gigante se rompiera
el hilo frágil de su débil ser.

Tú levantas tu sol y tus planetas
entre la tierra y tu inmortal morada,
y le ocultas al hombre tu mirada
que ilumina y fecunda la extensión;
porque si tu presencia soberana,
si un rayo de tus ojos le alcanzara,
ciego con tu esplendor, la muerte hallara
en la súbita luz de tu visión.

Por eso adoro resignado y mudo
de tu poder los signos esplendentes,
tus soles mil que arrojan a torrentes
vigor, vida, calor y claridad.

5 Y me anonado más cuando comparo 45
la duración del hombre miserable,
el sueño falso de su vida inestable
con tu imperecedera eternidad.

10 ¿De qué me sirve a mí, ser de un instante, 50
la antorcha celestial del pensamiento,
si al impulso fugaz del manso viento
débil, precaria extingue su fulgor?
15 ¿De qué sirven las vividas pasiones, 55
los raptos delirantes del poeta,
el blando amor que el corazón inquieta,
de un pecho joven adorable error?

20 Todo cuanto es del hombre, en los abismos 60
del tiempo se consume y aniquila;
sólo la vasta esfera que rutila
eterna durará como su Dios:
porque esos vastos globos inflamados,
esos mundos que surcan el espacio,
faros son de su espléndido palacio
que salieron del caos a su voz.

25 Por eso me confunde y anonada 65
el débil sueño de mi frágil vida;
por eso adoro esa visión lucida
con que ciñes, Jehovah, tu augusta sien;
30 por eso es que mi amor a tus portentos 70
el terrenal disgusto no acibara,
y si mi vida inestable no acabara
eterno fuera como yo también.

35 Mas yo debo morir; mi polvo entonces 75
no podrá contemplar tus maravillas,
ni el mar de luz con que en el éter brillas,
ni el trueno tempestuoso que es tu voz.
Yo debo perecer... ¡Ay del que viva
sin admirar tus bellas creaciones,
y lanzado en el mar de las pasiones
40 no levanta los ojos a su Dios! 80

Yo me postro ante ti, porque tu vista
sobre este mundo de tinieblas vela;
nos das una creencia que consuela,
llena toda de amor y caridad;
nos das la fe contra la duda impía;
al que sufre por ti das la confianza;
junto al dolor colocas la esperanza;
junto a un penoso fin, la eternidad.

Viste al hombre disperso, infortunado,
las heces apurar de la agonía;
lloró infeliz, le distes a María
que enjugara su llanto y su aflicción.

Perdió su gracia, y delincuente y torpe
fue condenado a un padecer prolijo;
tuviste compasión, le diste al Hijo,
prenda de paz, de olvido y de perdón.

Sí: yo pienso que el soplo de la vida
al desprenderse de la tierna madre,
volverá al seno celestial del Padre,
fuente de acción, de movimiento y luz.
Y el alma desde allí, pura, radiante,
al brillo de la luna fugitiva,
una mirada lanzará furtiva
sobre su tumba humilde y tosca cruz.

Notas:

3. En AP, pp. 508-509.

4

EL AVE DEL VALLE

Entona tu letrilla
y canta sin cesar ave del valle,
en cántiga sencilla
tu triste voz se ensaye
desde que el alba en el oriente raye.

Y remontando el vuelo
del alto monte basta la cumbre altiva
que se avecina al cielo,
suelta la voz cautiva
y en torno se derrame fugitiva.

En torno se derrame,
y estremeciendo el aire blandamente
oyéndote se inflame
la tórtola inocente
y a par de ti suspire tristemente.

Que sepan lejas tierras
el eco al escuchar de tu garganta
que en estas hondas sierras,
entre aspereza tanta,
hay una ave tristísima que canta.

Ensayá sin descanso
tu canción inocente y lastimosa
orillas del remanso,
o de la selva hojosa
bajo la sombra espesa y deleitosa.

Cantando solitaria
aduerme la ansiedad que te fatiga;
entona tu plegaria
bajo la sombra amiga
que grata teje la flotante espiga.

Que vives condenada
a recitar tu pena y tus quimeras
del valle en la enramada,
sin que tus compañeras
respondan a tus quejas lastimeras.

Mas ¡ay, calla infelice!
¿ese silencio de la selva umbría,
acaso no te dice
que tu áspera armonía
no da al prado placer ni alegra el día?

¿Tú, de todas las aves que llenan dulces la floresta hermosa, con sus gorjeos suaves la menos melodiosa, sola, en las ramas trinarás quejosa?		de míseras pasiones obstruye y cierra el paso a tus canciones?	65
La lóbrega tristeza que reina por do quiera, ave del valle, verás con entereza sin que tu voz desmaye, sin que a su influjo tu garganta calle.	45	Reposa dulcemente orillas de la fuente encantadora, no sea que imprudente en vez de ave cantora el grajo vil despiertes a deshora.	70
¡Oh! calle tu garganta: que no llegue tu acento a las ciudades, que si tu voz no encanta en estas soledades do están tu amor, tu dicha y tus deidades;	50	Y si ha de responderte el lobo astuto con su aullido fiero; si has de escuchar por suerte el buitre carnívoros en vez de los compases del jilguero;	75
Si lánguida, abatida, en alas vuela de la brisa mansa, y es sólo repetida en triste lontananza por los ecos que halagan tu esperanza;	55	O si has de oír medrosa de la serpiente el áspero silbido, o de la vil raposa el disonante aullido, antes dormita en reposado olvido.	80
¿a qué esforzar el tono y que llegue del hombre a las mansiones, si en ellas el encono	60	Dormita y recogiendo tu plumaje gentil de cien colores, sin voz y sin estruendo oculta tus dolores, si es tu queja importuna y tus clamores.	85

Notas:

4. En AP, pp. 509-510.

5

EL SUSPIRO

¿De dónde viene el íntimo suspiro que el pecho exhala en serie continuada? No es la expresión del alma enamorada que quimeras de amor ya no deliro.		No es la miseria ruin de adusto ceño. Yo vivo en el solaz, en la abundancia, y en el aura respiro la fragancia de flores mil en apacible ensueño.	10
No es la ilusión liviana y pasajera de un esperado bien. Yo nada espero. Voló el placer dulcísimo, hechicero, con los delirios de la edad primera.	5	Tal vez es el hastío que entre el ruido del placer vano del estéril mundo nos influye un gemido hondo, profundo, por un nuevo placer desconocido.	15

No sé lo que será, mas yo padezco
una oculta ansiedad desconocida;
no sé lo que será, mas es mi vida
insulso un don que a veces no apetezco.

No sé lo que será: sólo me place
lejana voz de alguno que suspira,
y si las cuerdas pulso de mi lira
sólo su amargo son me satisface.

Vanamente el deleite mover quiere
del alma usada el lánguido resorte:
a un suspiro mortal su linda corte
huye del alma que en su angustia muere.

Si esos que en el espacio se revuelven,
inmensos mundos asombrado admiro,
detrás la admiración viene el suspiro,
y mis enfados la ilusión disuelven.

Ya vea lucir el disco refulgente
del magnífico sol al levantarse,
ya de vapor blanquísimo al velarse
su paso tornasole en occidente;

ya brille en el cénit como el diamante
de la corona inmensa de la tierra,
siempre el enfado el corazón me cierra,
siempre suspira el pecho delirante.

Ya mire el mar que manso se dilata
cual la visión azul de una laguna,
ya desparrame en él la blanca luna
su misteriosa luz de limpia plata.

Ya el horizonte oscuro, encapotado,
el rayo surque en anguloso giro,
al labio ¡ay Dios! asómase el suspiro
cuando el primer asombro ha terminado.

¿Qué me importa la gracia, la hermosura,
el pie gentil, la lánguida mirada,
si la dulce ilusión está gastada
de la mujer por la inconstancia dura?

¿Qué importa que descienda en espirales
por la lucida espalda el luengo pelo,

si un recuerdo de ayer transforma en yelo 55
y del amor apaga los fanales?

20 ¿Qué me importa la báquica algazara
que aturde del salón el ancho techo
si yo arrancar no puedo de mi pecho
el dardo agudo de mi angustia rara? 60

25 ¿Qué me importa la turba que contenta
corre por calles, plazas y jardines,
y de ninfas el coro que en festines
y en danza alegre su donaire ostenta?

¿Qué me importa el placer en que se embriaga 65
el pobre iluso que se cree querido?
¡Oh! déjale gozar su bien mentido;
vendrá un mañana que su error deshaga. 30

Entonces mirará cual yo lo miro
oscuro el porvenir negro y vacío, 70
y a lo presente indiferente y frío
suspilará también cual yo suspiro.

35 ¡Oh sensación oculta, incomprensible,
que abate el corazón, tenaz y activa!
¿Quién eres tú, fantasma fugitiva, 75
de forma y de color indefinible?

40 Siento el influjo poderoso, interno,
que tienes sobre mí, visión errante;
miro tu sombra opaca y vacilante,
oigo tu voz mas nunca te discierno. 80

Si eres amor que vienes en mi daño,
aléjate de mí, déjame en paz,
que tu linda ilusión no veré más
por el mágico prisma del engaño.

Si eres la imagen vagorosa, incierta, 85
de un quimérico bien que nunca gozo,
pues no te he de abrazar, deja en reposo
mi inquieta vida a la esperanza muerta.

Si ambición eres con la faz de rosa
y el corazón repleto de amargura, 90
pasa, y no turbe tu visión impura
mi paz profunda y libertad dichosa.

Si eres la duda que a agitarme vienes, ¡oh! yo no dudo, no; que el ancho espacio es la corona excelsa de topacio con que Dios ciñe sus augustas sienas.	95	ven, y suspire el pecho eternamente por un favor de tu visión risueña.	
Si eres una ilusión que ya he perdido, deja que en paz un solo instante goce; deja que el corazón sin ti repose y abísmate en la noche del olvido.	100	Que tienes un altar en mi memoria donde un culto te rindo ardiente y vivo, y estas humildes líneas que yo escribo tributos son para halagarte ¡oh gloria!	105
Si eres la gloria espléndida, halagüena, cual te concibe mi embriagada mente,		Ven, virgen divinal: ven, que yo mire cerca de mí tu fúlgida hermosura, y aunque no ciñas tú mi sien oscura mírete yo y el corazón suspire.	110

Notas:

5. En AP, pp. 510-512.

v. 46. AP: *ongulosa*, lo cual no tiene sentido; puede ser *anguloso* o *onduloso*, opto por la primera posibilidad, aunque sin certeza.

6

PARA UN ÁLBUM

Fue un tiempo, señora (aún era yo niño) en que era mi vida risueña, un pensil, en que eran mis sueños más blancos que armiño, más lindos que el cielo del plácido abril.		Hablé, mas no tuvo ni un eco mi acento; en hondos desiertos mi voz expiró. Canté, mas mi canto perdióse en el viento, y sólo un gemido mi voz contestó.	
Do quiera que atentos vagaban mis ojos, hallaban, felices, un blando placer: jamás los enfados, jamás los enojos mis sueños de niño pudieron romper.	5	Sin eco los montes, sin voz ni armonía, deshecha mi cuna, marchita mi flor, sin fuente sonora, perdido, sin guía, busqué entre los hombres un mundo mejor.	25
En lecho mullido de cándidas rosas, pasaba mis días en dulce embriaguez: aún no amenazaban entonces furiosas las negras pasiones mi quieta niñez.	10	Y el mundo engañóme. ¡Oh! ¡cómo a mis ojos brilló la hechicera liviana mujer! Yo triste, a sus plantas cayendo de hinojos, rendile, cautivo, mi vida y mi ser.	30
Mas vino del tiempo la mano inclemente; yo niño y dormido, llegar no la vi: los dedos helados me puso en la frente y al frígido tacto los ojos abrí.	15	Busqué el blando halago en aquellas sonrisas, que en labios de rosas vagaba sutil, y nunca más dulces me fueron las brisas que un tiempo aromaban mi edad infantil.	35
Sentí de repente funestos temores; revuelta, deshecha, mi cuna encontré, marchitas las rosas, ajadas las flores y yermas llanuras hollaba mi pie.	20	Hablé con el alma de amor el lenguaje; voraz un incendio mi pecho abrasó; mi vida, mi todo, rendí en vasallaje al Ser prepotente que mi alma humilló.	40

Mas pronto las gratas ficciones huyeron; el Dios que adoraba marchose veloz; el ídolo, el ara, deshechos cayeron, y el templo quedose sin culto y sin dios.		Mas vos indecisa llegasteis, Señora, la frente encendida de casto rubor, e incierta, turbada, a mi arpa sonora pedisteis un canto de angustia o de amor.	70
Los ojos llorosos, el alma turbada, consuelo a mi pena busqué en la amistad: lanceme a su seno. Mi mente encantada pensaba en sus brazos hallar la verdad.	45	Entonces las selvas oyeron mi acento; en hondos desiertos mi voz no expiró; mis cantos vibraron en alas del viento y el eco de nuevo mi voz contestó.	75
¡Error!... de sus labios salió la impostura: brillando sus ojos con blando interés, su voz resonando simpática y pura en lo hondo albergaba mentira y doblez.	50	Y aquestas endechas que cuentan mi historia, con sonos dolientes, al punto entoné; si quedan grabadas en vuestra memoria la palma del triunfo, Señora, obtendré.	80
«Pues bien, ¡a la gloria!» grité entusiasmado y al nombre de gloria vibró el corazón; pulsé yo mi lira, sentime inspirado, y súbito el viento lanzó mi canción.	55	La bella esperanza de gloria tan nueva me exalta, me llena de noble ambición; mi angustia pasada, mi enfado, se lleva, y deja en el alma su dulce ilusión.	
Mas ¡ay! que en lugar de los himnos triunfantes, que yo en mi delirio pensaba entonar, del arpa se oyeron salir expirantes los ayes dolientes de eterno pesar.	60	¡Oh! gracias, Señora, me habéis inspirado. ¿Mi gloria presente con qué os pagaré? Mis cantos y mi arpa no más me han quedado; y mi arpa y mis cantos en pago os daré.	85
Y apenas de la amplía corona de gloria un ramo tan sólo tocaba mi sien, que ya me pesaba la insulsa victoria, y el ramo, hostigado, rompí con desdén.		Y puesto que os debo la dulce quimera que vuelve a mis ojos la luz que perdí, ¡oh! quieran los cielos que sea duradera, ¡oh! nunca su magia se aparte de mí.	90
Así yo arrastraba mi triste agonía, el alma desierta, los ojos sin luz, cual yerto cadáver que en tumba sombría su fúnebre losa soporta y su cruz.	65		

Notas:

6. En AP, pp. 512-514.

7

IMPRESIONES DE TEATRO

Venid impresiones, venid armonías, volad cual visiones en torno de mí. Venid... Los dolores, las penas sombrías, entrada importuna no tienen aquí.		Llegad, ilusiones, que absorto contemplo y en alas llevadme del dulce placer. Yo sé que el teatro magnífico es templo do se obra el misterio de vuestro placer.	5

Do quiera un deleite mi vista columbra, fantástico un mundo se pinta a mis pies; un piélago inmenso de luz me deslumbra de cintas y gasas flotando al través.	10	¿Quién es la que puede con sólo una rosa posada en el seno mi pecho inflamar? ¿Quién es esa fada, quién es esa hermosa, sin oro, sin sedas, que sabe encantar?	45
Escucho el acento de música leve que lleva hasta el alma su encanto feliz; divisan los ojos mil rostros de nieve do mezcla la rosa su rico matiz.	15	¿Por qué extraño modo; por qué arte del cielo tan linda parece su faz virginal? ¿Deberá su encanto que causa mi anhelo a adorno tan pobre tan simple y trivial?	50
Esencia exquisita perfuma el ambiente que exhalan los broches del blanco clavel, injertos prendidos al seno esplendente de ninfas más bellas que el fresco vergel.	20	Desprende, señora, del cándido seno esa que me ciega magnífica flor; que sepa si es causa del mal con que peno, si influye en tu encanto y aumenta mi amor.	55
Allí se despliegan gallardas las flores, ya no echan de menos la fuente gentil, ni de la floresta los tiernos cantores, ni el que abandonaron risueño pensil.		Que al caer en el suelo la flor desgajada yo pueda de nuevo mirarte otra vez; que sepa si es ella o si es tu mirada quien causa este daño quien da esta embriaguez.	60
Y allí cual retoños las vírgenes rosas ostentan lozanas su fresco arrebol; pues ven en los ojos de tantas hermosas su fuente, su prado, su cielo y su sol.	25	Mas ¡ay! yo deliro. Detente, señora, no arranques del seno la mágica flor. Si tú destrozaras la flor seductora no fuera por eso tu encanto menor.	
¡Oh! todo me exalta, me ciega, me encanta. ¡Oh! todo me presta su fuerte ilusión. Me llena el artista de amor si amor canta, me altera si finge una horrible pasión.	30	Mas ya te levantas y dejas el trono en donde cual reina brillabas sin par. ¡Te vas y nos dejas en tanto abandono! ¡Te vas y nos robas tu célica faz!	65
Si veo suspira de amor y ternura, si exhala un gemido, si miente un pesar, mis ojos derraman simpática y pura de llanto una gota que quema al rodar.	35	Te vas, sí: cesaron la música, el canto, las risas que me hacen el seno latir, de nuevo el fastidio, de nuevo el quebranto el alma angustiada vendrán a invadir.	70
¡Oh! do quiera un cielo mi vista columbra, fantástico un mundo se pinta a mis pies; un piélago inmenso de luz me deslumbra de cintas y gasas flotando al través.	40	Así se consume la mísera vida buscando un contento difícil de hallar; para una ventura tal vez desabrida un mar de tristezas debemos surcar.	75
¿Quién es esa bella que Venus no iguala sin ricos tocados de regio valor, que lleva por lujo, que lleva por gala en el albo traje prendida una flor?		Mas ¡ay! yo te espero mañana, señora: la rosa no dejes en triste viudez. Al son de la orquesta brillante y sonora espero en tu seno mirarla otra vez.	80

Notas:

7. En AP, pp. 514-515.

8

MEDITACIÓN

Es la hora deliciosa de la tarde. El sol envuelto entre dorada nube, cual vespertino, espléndido querube hace de su poder soberbio alarde.		La creación parece que despliega de su nocturna pompa los primores para obsequiar al ser que estos fulgores, y tanta luz en los espacios riega.	35
Quiebra sus dardos ricos, luminosos, en el tenue vapor que lo circunda, y el suelo, el monte, el mar y el cielo inunda de sus varios colores misteriosos.	5	La luna emperatriz, limpia, sin velos, es el fanal de paz y de alegría, que ilumina la inmensa galería de esta regia función que dan los cielos.	40
Con regia majestad baja a su ocaso Y a proporción que la tiniebla crece, descolorido el mundo empalidece teñido de un color blanco y escaso.	10	¿Por qué entretanto yo, triste, turbado, sentado de mi valle en la eminencia, al contemplar de Dios la omnipotencia, de mí mismo a pesar, gimo angustiado?	
Mas esta palidez encantadora, con su vaga, fugaz melancolía, lleva hasta el pecho de su calma pía la languidez feliz y bienhechora.	15	¿Quién a mi delicioso sentimiento, quién a mi dulce y celestial delirio, quién a mi blanda paz mezcla el martirio de un extraño pesar?... Mi pensamiento.	45
Horizontes sin límites, profundos, ruedan y se dilatan a lo lejos Do puso mil colores, mil reflejos el escultor sublime de los mundos.	20	Él me revela ¡oh Dios! la soberana obra de tu poder que atento miro, mas me dice también que si hoy la admiro yo, ser mortal, la perderé mañana.	50
Las estrellas avanzan lentamente como flotantes lamparillas de oro, con que ilumina el azulado coro el ángel de la noche trasparente.		Por él el corazón pretende ansioso hallar tu forma y conocer tu esencia; mas de su necedad, de su impotencia hasta el abismo rueda tenebroso.	55
De los montes las cumbres ondulosas flotan en el azul del éter vago, cual los abismos del celeste lago, sus crestas levantando tenebrosas.	25	Te busco de la noche entre los velos, te busco en el espacio constelado, y en esas luces mil que has derramado en las profundidades de los cielos.	60
Todo es magnificencia en las alturas: globos sin fin la vasta esfera encierra; todo es allí grandeza, y en la tierra reposo, ambiente, amor y esencias puras.	30	¿Mas qué me dicen al buscarte en ellas? Que cuando hacer el mundo resolviste, entre el hombre y tu trono interpusiste tu magnifico pórtico de estrellas.	

Miro la creación y me deslumbra; en tus obras, Señor, tu poder leo; sospecho lo que habrá por lo que veo en ese mar de soles que me alumbra.	65	y un ¡ay! oculto y fugitivo veo en sus eternas páginas escrito.	100
Y al ver resplandecer tanto sistema, polvo que huella tan gigante paso, siento la fuerza inmensa de tu brazo y me anonada mi impotencia extrema.	70	Ved entretanto al pobre campesino que entusiasmado de placer delira; también la creación absorto admira junto a su techo rústico y mezquino.	
Pienso en el tiempo, en ese mar profundo, cuyas ondas se agitan incansables, y para cuyos senos insondables cien siglos son iguales a un segundo.	75	Nada revela en él pesar ni duelo, todo es deleite el venturoso aldeano: sostiene el hacha su robusta mano que suelta al fin para mirar al cielo.	105
Y al comparar mi instante diminuto con esa eternidad que te reservas, desdeño el ser ¡oh Dios! que me conservas, y mi angustiada vida de un minuto	80	Vaga en sus labios plácida sonrisa, le interesan la luna y las estrellas, y del sol que se va las blancas huellas, y el cielo azul y la nocturna brisa.	110
miro el éter azul, ilimitado, que cuanto más se mide, más se extiende, cuyo confín la mente no comprende por más que añada el cálculo cansado.		¿De dónde viene la embriaguez intensa sin mezcla de inquietud que le domina? ¿Por qué sólo venturas imagina en cuanto siente y ve? Porque no piensa.	115
Miro ese campo inmenso y esplendente de sistemas sin fin, de orbes flotantes, ese enjambre de mundos rutilantes, que no hay signo en la tierra que los cuente;	85	Bendito el hombre que en los campos mora, cuya feliz, pacífica ignorancia, le muestra de las flores la elegancia y le esconde la espina punzadora.	120
Y al ver la inmensidad de ese conjunto donde el ojo del hombre se extravía, siento entonces que yo, polvo de no día, ocupo en él un invisible punto.	90	Bendito el labrador manso, inocente, que oculta su cabaña entre las breñas; para ése son las márgenes risueñas y el agua que susurra mansamente.	
Así pasan mis horas silenciosas entre la admiración y el descontento; en alas vago ya del manso viento, ya abandono mis miras ambiciosas.	95	Para ése son los ecos armoniosos, de las aves errantes el concierto, porque ése nunca de un futuro incierto intenta alzar los velos misteriosos.	125
En el libro inmortal del infinito a veces un renglón de muerte leo,		Y para mí serán, no las venturas del aldeano feliz que no medita, sino la escena de su paz bendita y de su fácil vida las dulzuras.	130

Notas:

8. En AP, pp. 515-517.

CHORONÍ
(FRAGMENTO)

¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas
ir por el valle susurrando amores,
y salpicar las hojas purpurinas
con sus blancas espumas, a las flores!

Y ver cómo sin tregua y sin descanso
con giros mil la retozona brisa
en ondulantes pliegues, del remanso
la trasparente faz arruga y riza.

Y cuando tardo el sol y esplendoroso
su lumbré cuelga en la mitad del cielo,
y con su rayo ardiente y caluroso
deslumbra y quema el fatigado suelo;

¡Cuán dulce es reposar bajo la sombra
de la ceiba ramosa y extendida,
y entre la yerba ver que el suelo alfombra
correr la fuente que a beber convida!

Y esa ráfaga ver, arrebolada,
manto oriental de púrpura y de grana,
que el sol tiende en la bóveda azulada
al ocultar su lumbré soberana.

Y cuando al aclarar en occidente
su luz sepulta al fin su última estrella;
¡Cuán grato es ver en el opuesto oriente,
la aurora despuntar cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,
que la noche al pasar dejó prendidas

sobre la abierta flor, colgando en ondas
al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces escuchar en la espesura
de la paloma la sentida queja,
que más que la expresión de su ternura,
un lamento tristísimo semeja.

Y al jilguero cantor que se estremece
al desatarse en dulce melodía,
y que desde la rama en que se mece,
con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo
que vagas libre en pos de tus amores!
¡Ah! ¡cuánto envidio tu vivir sencillo,
tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado
con que su amor tu compañera llora,
el gorjeo sentido y delicado
tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges a tu gusto tus amores
sin que te pesen importunas leyes,
que del aire los plácidos cantores
no han menester repúblicas ni reyes.
.

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
en tus bosques la paz y la ventura,
y acallaré la voz de mis pesares
de quieta soledad en la espesura.

Notas:

9. En AP, pp. 517-518.

¿Te quejas de que yo, sin ilusiones, dada a la ociosidad mi estéril vida, el arpa rota ya, la voz perdida, no alegre el valle ya con mis canciones?		bajo el pajizo techo por la sencilla aldeana conquistadora humilde de su pecho.	
¿Quieres que yo también, ciego, en mal hora,	5	¿E iré yo torpemente	45
por la ciudad el campo abandonando, abjure la quietud y el ocio blando de esta mi soledad encantadora?		dejando mis pacíficas mansiones, a buscar de los hombres en el trato miseria, orgullo, vanidad, pasiones? Abjuraré por siempre las dulces pequeñeces en que abundo,	50
De la ciudad habitador dichoso, si tú hallas el contento	10	Y las mil ilusiones en que loco y fantástico me inundo?	
en ese lago inquieto y engañoso sin temor al relámpago ni al viento; si cual marino intrépido te lanzas con alma sosegada		¿Qué, dejaré mi curso vagamundo por los riscos, los prados y los montes, y mi florido suelo,	55
en medio de esa mar revuelta, airada, de odios, de celos, vanidad e insidia, tu vida alborotada mi suerte quieta y plácida no envidia.	15	en cambio de otro cielo y por otros revueltos horizontes? ¿Iré a las capitales a disfrazar mis actos, a medirme, a decir francamente lo que hoy siento	60
Aquí, donde se goza debajo de los árboles umbrosos	20	para mañana o luego arrepentirme? No: yo detesto sujeción tamaña y tanta esclavitud. Ser libre quiero.	
la calma suave de la paz sabrosa; aquí, donde la mente libre de las pasiones tumultuosas que la ambición produce; alegremente al través de las selvas silenciosas		No quiero ver escenas irritantes, pues con tanto disgusto considero al demagogo que al trastorno aspira como el sordo egoísmo del logrero.	65
vaga libre, feliz e independiente; aquí, donde el contento las aromadas flores de los campos al pecho nos transmiten con su aliento; aquí, sin más testigo	25	Quiero pulsar las cuerdas de mi lira bajo la fresca sombra que canciones patéticas me inspira.	70
que la naturaleza bienhechora es que solo se vive, dulce amigo.	30	Quiero vivir tranquilo en dulce somnolencia, gozando de mi grata, meridional, apática indolencia.	
¿Quién los campos risueños abandona por la insulsa mansión de las ciudades?		¿No es mi suerte más dulce y lisonjera que la del hombre vano que su vida fugaz y pasajera por adquirir poder consume insano?	75
¿Quién las agrestes grutas que festona la yedra enredadora deja de las tranquilas soledades?	35	Decidlo, campos bellos, vestidos de esmeralda.	80
Feliz aquel que mora, de pretensiones ambiciosas libre, con la naturaleza encantadora.		Decidlo, montes altos, en cuya verde falda su seno abre la flor purpúrea o gualda.	
Feliz el que suspira	40	Decidlo, blandos sitios, grutas silvestres y árboles sombríos;	85

decidlo, fuentes claras,
y aguas sonoras de los limpios ríos.

Aquí, mi afán primero
se reduce a buscar de peña en peña
el animal ligero
que se oculta sagaz entre la breña.
A veces en la rama
del árbol centenario busco un nido
de algún paují que llama
a su esposa en idioma no aprendido.

90

95

Y por el campo plácido y florido,
de regocijo ciego
corro, cual niño, si a encontrarlo llevo.
¿Qué falta al corazón en este sitio,
qué a cuadro tan feliz y lisonjero
que a situación tan bella corresponda?
Un alma que me entienda y me responda;
un amigo cual tú y un compañero.

100

Choroní, marzo 26 de 1846.

Notas:

10. En AP, pp. 518-519.

11

HOMENAJE A BOLÍVAR DESAHOGO PATRIÓTICO

Lejos de mí la temeraria idea
de cantar al caudillo americano:
el corazón ardiente lo desea,
mas no le es dado a mi inexperta mano.

Yo desahogar el alma fatigada
intento sólo en mi cantar sencillo,
no celebrar con harpa destemplada
y ronca voz al inmortal caudillo.

Ni puedo ya abarcar su inmensa historia,
su carrera inmortal, alta y triunfante;
penetrar en el templo de la gloria
no puede una alma loca y delirante.

¡Oh! yo podré cantar el desvarío
del alma ansiosa que en su afán delira,
y el escozor que nos sorprende impío
aun entre el son de la templada lira.

Yo podré describir del mar hambriento
el furor con que azota la ribera,
el horrísono son, el ronco acento
con que romper pretende su barrera.

5

10

15

20

O la tonante nube que revuelta
de negra tempestad viene preñada,
y de su seno ardiente el rayo suelta
con que aturde a la tierra consternada.

Yo cantaré el asombro que me inspira
el enriscado monte y el torrente,
o la calma feliz con que suspira
por entre el bosque la sonora fuente.

O la fragancia pura y delicada
del aura que embalsama la pradera,
cuando Flora sacude, enamorada,
su blonda y perfumada cabellera.

Estos los tonos son, pobres, triviales,
dignos tal vez de mi disorde canto:
¿cómo cantar virtudes inmortales?
mi intimidada voz no aspira a tanto.

Otros vendrán cuya alma ardiente, inquieta
sepan honrar al grande americano,
no yo, vulgar y tímido poeta
de débil voz y de cantar profano.

25

30

35

40

Mas quiero respirar de esta fatiga que sin descanso el pecho me atormenta, que en bronco canto a prorrumpir me obliga y que mi cauta timidez ahuyenta.		tú fuiste ayer el blanco de la envidia; hoi para ti se tejerán coronas.	80
Yo quiero respirar. Dejad que cante aunque mi acento en el olvido muera, aunque mi voz discorde y expirante salga apagada y salga la postrera.	45	Así el disco del sol es más divino después de oscura y tempestuosa noche, cuando a su rayo rojo y matutino la flor despliega su encendido broche.	
¡Bolívar!... ¡oh! perdona si te nombra quien a cantar tus glorias no se atreve; mi raquítica voz, ilustre sombra, morir sin duda en el silencio debe.	50	Así la alta virtud es más sublime después de la calumnia horrible y dura, cuando rota la nube que la oprime su faz presenta candorosa y pura.	85
¡Bolívar!... Dicen que surcando vienes el ronco mar entre ínclitas naciones, dosel formando a tus ilustres sienes con sus cuatro pujantes pabellones.	55	Ven, que el tiempo pasó de tu martirio; ven y saldrán las gentes a millares sólo a verte pasar, y en su delirio templos también le elevarán y altares.	90
Dicen que en pos de ti vienen llorosas tres jóvenes repúblicas hermanas, orlas tejiendo de fragantes rosas en honor de tus glorias soberanas.	60	Y tu nombre será de boca en boca en tu patria por siempre repetido, y por el eco que de roca en roca vaga en los Andes frígidos perdido.	95
Sobre el sepulcro ornamentado y yerto dicen que un beso estampan expresivo, y en su arrepentimiento honran al muerto en desagravio del ilustre vivo.		Y coronas de blancas azucenas pondrán sobre tu tumba silenciosa, e inscripciones sin fin de afectos llenas esculpirán doradas en tu losa.	100
Dicen también que tus sagrados restos serán en urnas de oro colocados; dicen que el pueblo espléndidos aprestos tiene para ensalzarlos preparados.	65	¡Al jefe de la América inscripciones! ¿Quién las pondrá con atrevidas manos? ¡Honor común que rinden las naciones ora a sus héroes, ora a sus tiranos!	
Si esto es verdad, mis manos cuando llegues, banderas tejerán de seda y oro para inscribir en sus flotantes pliegues el nombre de la patria que yo adoro.	70	Fuera toda inscripción. Ninguna encierra, harto valor, grandeza y energía. ¿Queréis honrar al grande de la tierra poned: Bolívar, en su tumba fría.	105
Si esto es verdad, mi flauta disonante al entonar su humilde cantinela, menos bronca será cuando ella cante las glorias de mi dulce Venezuela.	75	Ese nombre será la voz hermosa que hable a la mente con poder divino; será la cifra espléndida y gloriosa del más bello y magnífico destino.	110
¡Oh! ven. Calló la maliciosa insidia: traígame al puerto las henchidas lonas;		Será para la patria enaltecida de gloria un sol, radiante y esplendente, que nos deslumbrará cuando despida un rayo de su luz en nuestra frente.	115

Será cual faro en empinada cumbre
que en la noche fatal de la anarquía,
con los vívidos rayos de su lumbré
rompa la sombra y nos devuelva el día.

120

Y un reguero de luz las sombras vanas
vendrán a disipar, tristes y frías;
y en el coro se oirán voces lejanas
derramando celestes armonías.

155

A ese mágico nombre los valientes
saldrán de sus sepulcros olvidados
a visitar la tumba, reverentes,
y a besar sus faldones enlutados.

¡Bolívar!... ¡oh! perdona si te nombra
quien a cantar tus glorias no se atreve;
mi raquítica voz, ilustre sombra,
morir, sin duda, en el silencio debe.

160

Y sus livianas sombras vaporosas
lejos del hombre y del mundano ruido,
murmurarán sus preces misteriosas
en rededor del gran recién-venido.

125

En vano mi harpa resonar desea:
no te puedo cantar, genio del mundo;
al intentar la espléndida tarea
en mí nada ¡infeliz! me aniego y hundo.

Vendrán también allí sin pompa vana
a deponer, los olvidados reyes,
ante la gran virtud republicana
su falso brillo y sus vetustas leyes.

130

No puede celebrar tu grande nombre
un trovador cual yo, torpe y oscuro:
para que el mundo a su esplendor se asombre
basta su brillo deslumbrante y puro.

165

Y al mirar sin coronas sus cabezas,
jefes sin nombre, reyes destronados,
de su poder pasado las grandezas
llorarán y sus timbres olvidados.

135

No me es dado tocar con torpe mano,
espléndido el tesoro de tu gloria,
ni debo yo con mi cantar profano,
el brillo deslustrar de tu memoria.

170

A su nombre las célicas deidades
que el templo santo cuidan reverentes,
por el caudillo, al Dios de las bondades,
levantarán sus manos inocentes.

140

Gracias que pueda en mi emoción violenta
alzar la frente de la tierra impura
para evocar tu sombra macilenta
del templo santo entre la sombra oscura.

175

Y bajarán los blancos serafines
a bendecir y custodiar su sombra;
y regarán suavísimos jazmines
que al héroe sirvan de fragante alfombra.

Y un ramo colocar sobre tu losa
tributo humilde de un cantor profano
que al llegar a tu tumba silenciosa
la lira suelta su convulsa mano.

180

Alados niños poblarán el templo
y correrán el velo a los altares,
y las vírgenes puras a este ejemplo
entonarán sus místicos cantares.

145

¡Paz al caudillo!... Ya su nombra augusta
miro vagar por el recinto santo,
de su visión el esplendor me asusta,
y turba y rompe mi apagado canto.

Tal vez el aire llenarán y el coro
blancas nubes de incienso, que movibles
se elevarán del incensario de oro
sustentado por manos invisibles.

150

Y entreábrese mis manos agitadas,
de ella se escapa la sonante lira,
y sus doradas cuerdas destrozadas,
la débil voz en la garganta expira.

185

Notas:

11. En AP, pp. 519-521.

¡Ah! loin de ces cités où les bruits de la terre
étouffent les échos de l'âme solitaire.

Lamartine

- Lejos de mí los frívolos placeres
que embriagan y adormecen los sentidos,
de aquellos que entre gasas y mujeres
viven al yugo del engaño uncidos.
¡Ay del vivir mezquino de esos seres
que al son de las orquestas embebidos,
con el torpe clamor de las ciudades
no oyen bramar las roncadas tempestades!
- ¡Ay del que al son de voluptuosa danza
en medio a los deleites que le inundan,
olvida que la luz de la esperanza
mil negras nubes de dolor circundan!
¡Ay del piloto que en la mar descansa
sin temer que las ondas le confundan,
y en brazos va de su cansancio inerte
a visitar las playas de la muerte!
- ¡Bienhadado el mortal que el mundo deja
con sus ruidos, su pompa y sus festines,
y en abandono lánguido se aleja
del escondido valle en los confines!
Que allí puede exhalar libre su queja,
tranquilo habitador de los jardines,
entre flores de pascua y clavellinas,
como viven las gentes campesinas.
- De nada sirve el eco regalado
que rauda gira en torno a los salones;
para el que vive triste, abandonado,
su música y su bien son sus canciones.
Que a quien nació para llorar cuitado
la luz de sus perdidas ilusiones,
con un laúd sencillo y lastimoso
nada le importa el mundo caviloso.
- No más, no más vivir como he vivido
los cortos años que mi estrella cuenta;
de la ilusión vasallo, no he sentido
sino el ronco fragor de la tormenta,
- y ya apurado el vaso corrompido
que la suerte risueña nos presenta.
Víctima fue de errores juveniles
quien sólo cuenta diez y nueve abriles.
- No volverá mi juventud perdida
a gozar los dulcísimos engaños,
que derramó en mi cielo adormecida
la rauda luz de mis primeros años.
¿Qué es el hombre en los campos de la vida
que apuró hasta la hez los desengaños,
si guarda el alma la fatal ponzoña,
sino un árbol que muere y no retoña?
- Cuando al nacer miramos el camino
que ha de trillar la planta vacilante,
senda que marca nuestro triste sino,
maldice el pensamiento delirante
del injusto rigor de su destino;
y lanzando con pecho de diamante
su voz el hombre, que en los aires zumba,
baja insensato a la insondable tumba.
- Como el fulmíneo rayo que pomposo
brilla al dejar la nube que lo encierra,
y súbito en su curso luminoso
recorre los espacios de la tierra:
su nuevo mundo al contemplar furioso
quiere abrazar con su terrible guerra,
y vomitando ardiente su veneno
corre a perderse en el inmundado cieno.
- ¡Oh! feliz el Edén cuyos rosales
duermen al beso de la mansa brisa
escuchando el cantar de los turpiales,
o el eco del raudal que se desliza;
allí el son de los recios temporales
no torna, no, las flores en ceniza,
porque duermen pacíficos los vientos
de una arpa a los dulcísimos acentos.

En tu valle tranquilo y retirado tú tienes una lira que murmura, como gime el favonio enamorado refiriendo a la flor su desventura; y tu laúd sencillo y delicado sabes pulsar, cantor, con tal dulzura, que hace inclinar la frente a las espigas el dulce suspirar de tus cantigas.		¡Oh! bendita la paz que en torno gira del campo con sus aves y sus flores donde el aura pacífica suspira; que allí en vez de los sórdidos clamores del que ambicioso por mandar delira, se escucha con los vientos corredores el murmurio apacible de la fuente que corre sollozando dulcemente.	105 110 80
Yo sé que al son del viento que suspira blando meciendo la elegante caña, cuando la tarde lánguida te inspira, cabe el fresco raudal que tus pies baña, brota en dulzuras tu campestre lira, y al llegar tu canción a la montaña, repiten tus acentos celestiales en dulcísimo coro los turpiales.		La dulce paz del campo me enajena: embriaga mis sentidos su reposo; y de un fuego bendito el alma llena que no comprende el hombre vanidoso. El triste son de la fatal cadena no hiere su recinto silencioso, y libre en su cabaña el campesino no envidia de los reyes el destino.	 115 85 120
¿Tú no sabes si errante por el prado cogiendo flores por la tarde vaga para adornar la sien del inspirado alguna tierna y hechicera maga? ¿Tú has sentido en el césped dormitado si su mano suavísima te halaga, y coloca en tus sienes, vaporosa, Su mágica guirnalda misteriosa?		Tú en cuyos ojos lánguidos de amores bebo la luz que en mis cantares brilla, y hablas con tus miradas cual las flores con su esencia purísima y sencilla, dejemos oropeles brilladores por el cantar de rústica avecilla, que más dulce que aquí vierte en el campo la tierna luna su argentado lampo.	90 125 95
Tú cantas como canta el marinero a la luz de la luna por los mares, con ese acento triste y lastimero con que expresa sus lánguidos pesares: y al ensalzar tu valle lisonjero, bien me dicen tus rústicos cantares, que sirven a tu lira de atavío las cristalinas gotas del rocío.		Y tú, cantor, que duermes descuidado mientras gime la tórtola amorosa, y por vivir tranquilo y sosegado de la ciudad te alejas bulliciosa, no abandones tu valle perfumado, sigue pulsando el arpa sonora bajo el dosel de lindas clavellinas que cobija a las gentes campesinas.	 130 100 135

José Antonio Calcaño

Notas:

12. En AP, pp. 522-523. | Título: [N. de JMG] Esta composición del señor Calcaño se encuentra en el folletín del *Liberal de Caracas*, de 25 de abril último [1846]: no la conocíamos hasta ahora y creemos que merece el lugar que le damos a continuación de las obras del cantor a quien se dirige.

MARÍN DE SOLAR

Mercedes

La señora doña M. M. de Solar cuyas poesías tenemos la fortuna de insertar en esta colección, es hija de la capital de Chile, en cuya sociedad se distingue tanto por sus talentos como por su modestia y virtudes. A su aplicación, únicamente, debe la facilidad con que sabe expresar sus pensamientos en clara y elegante prosa, y en armoniosos versos; pues, como ella misma nos lo ha manifestado, «nacida con la revolución de su país, solo alcanzó en los primeros años de su vida, aquella mezquina enseñanza que se daba entonces a las personas de su sexo». Esta señora ha resuelto, a nuestro entender, un problema difícil, mostrando prácticamente cuál deba ser el uso que de un espíritu cultivado deba hacer la mujer en el estado actual de nuestras sociedades. Ella estudia para educar por sí misma la tierna inteligencia de sus hijos, para comprender mejor sus deberes, y para poder recomendar con elocuencia, a la juventud de su sexo, las ventajas de la ilustración, del saber y de la virtud. Presidiendo una vez el acto de repartición de premios en un liceo de señoritas, les dirigió estas palabras que copiamos de los periódicos que las reprodujeron con encomio: «La historia, la literatura, las bellas artes, os ofrecen sus inmensos tesoros: a todo puede elevarse vuestra inteligencia, que no cede en viveza y penetración a la del hombre. De todo podéis gozar sin mengua de vuestras gracias naturales, y sin contrariar el destino que os ha deparado la providencia. Pero no es mi ánimo despertar en vosotras una ambición peligrosa: sé que el destino de la mujer es oscuro, y que el camino de la gloria está para ella erizado de espinas y cubierto de precipicios: no obstante, su vida que en gran parte forma la consagración al deber, y una modesta sumisión a las conveniencias sociales, puede aún estar llena de encantos, si la sensibilidad y las luces, reunidas en proporción, forman los elementos de su carácter... La solemnidad de este acto os dejará las más puras e indelebles impresiones. Vosotras lo recordareis con gusto cuando más adelantadas en la vida, conozcáis el precio de la inocencia y del reposo; porque los goces de la virtud no se borran jamás y su memoria, como la de la infancia, esparce una suave y encantadora luz aun en los confines del sepulcro».

No son comunes modelos como el que presenta esta señora: los medios discretos empleados por ella para que se le perdonen sus talentos, y el ejercicio que ha hecho de ellos, es una lección de que pueden aprovechar otras personas, particularmente hoy, cuando el monopolio del saber ya no le es permitido al hombre, y cuando la educación del bello sexo entra en un camino más luminoso y más amplio. Por esta razón de utilidad no trepidamos en copiar aquí parte de una carta, que la señora Marín ha escrito recientemente, sin intención de que viera la luz, y en la cual explica cómo se sintió llevada a cultivar las letras y cuál es el fruto que recoge de esta dulce tarea. Dice así: «Ajena

toda la vida de pretensiones al saber, sólo he escrito cuando alguna fuerte emoción o alguna indispensable condescendencia me ha puesto la pluma en la mano... Desde muy temprano me hicieron entender mis padres que cualquiera que fuese la instrucción que yo llegase a adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé a reflexionar por mí misma conocí cuán acertado era a este respecto su modo de pensar, y exagerándolo, tal vez en demasía, juzgué que una mujer literata en estos países era una clase de fenómeno extraño, acaso ridículo, y que un cultivo esmerado de la inteligencia exigía de mí, hasta cierto punto, el sacrificio de mi felicidad personal... El tiempo que me dejan libre mis ocupaciones lo empleo en leer libros útiles para la educación de mis hijos... Mis versos son como un lujo de mi vida privada, y no pocas veces han contribuido a librarme de alguna fuerte y dolorosa impresión».

¡Discretas y elegantes palabras! ¿No muestran por sí solas, más que una biografía minuciosa, la sensata moralidad y el finísimo tacto social de quien las ha escrito?

1

CANTO FÚNEBRE A LA MUERTE DE DON DIEGO PORTALES

Despierta musa mía		de poderío, de grandeza y gloria?	25
del profundo letargo en que abismada		¿Dónde está el genio que antes diera vida	
yaces por el dolor. Musa de duelo		a nuestra patria amada? ¡Oh caro nombre	
modera tu quebranto,		que en vano intenta pronunciar el labio	
inspiración benigna pide al cielo	5	mudo por la aflicción! Su infeliz suerte,	
y desde esta mansión de luto y llanto,		tu prematura dolorosa suerte,	30
anuncia con acento lamentable,		no acierto a describir. ¡Ilustre sombra!	
una desgracia inmensa, irreparable,		perdona mi extravío en este canto,	
un crimen sin segundo,		empapado mil veces con mi llanto.	
ingratitude nefanda	10		
que escándalo y horror será del mundo.		¿Qué se hicieron los días venturosos	
		del esplendor chileno?	35
Mas ¿cuál sonido penetrante escucho		El Pacífico en vano su ancho seno	
que atormenta el oído y que resuena		franquea a nuestras naves. Los pendones	
en lo íntimo del alma? La campana		que victoria anunciaban,	
es ésta de la muerte, y ella hermana	15	y tantos nobles pechos inflamaban,	
sus destemplados lúgubres sonidos		y terror infundieron al tirano	40
con un coro de llantos y gemidos.		en su asiento lejano,	
		ya en sangre y polvo envueltos	
Justicia eterna ¿cómo así permites		se ven, y de vergüenza ¡oh Dios! cubiertos.	
que triunfe la maldad? ¿Así nos privas		Enrojecido el suelo	
del tesoro precioso,	20	está de sangre fraternal. Despojos	45
en que libró su dicha y su reposo		de víctimas humanas,	
la patria, y así tornas ilusoria		se ven do quier, y cual torrente fiero	
la esperanza halagüeña,		de destrucción, la muerte se ha lanzado:	
que un porvenir a Chile prometía,		la obra de iniquidad se ha consumado.	

Sí, desencadenada saliera del averno horrenda furia, oculta con cautela la sangrienta cuchilla a las traiciones avezada, la torpe faz velada con apariencias dulces y engañosas, cual sierpe que se oculta entre las rosas. Ella se arrastra y hasta el alto solio penetra del poder: allí combina el plan de maldición. Su envenenado soplo respira sobre mil incautos corazones, que ilusos, extraviados, de incomprensible error, siguen su huella: los días numerados tiene ya de la víctima inocente: y no hay rasgo alevoso, que del crimen odioso, la magnitud enorme no acreciente.			
Tú mueres ¡oh dolor! La cruda fiera que supo alucinarte con falsías, no respetó tus días que tan queridos a la patria fueran. ¡Qué! ¿El mérito sublime, el talento divino, poderosos no fueron a librarte de tan injusto y bárbaro destino? ¿Con qué fatal conjuro el fementido pudo cerrar tu oído al aviso oficioso, de la fiel amistad que al lazo oculto tus sagaces miradas convertía? ¿Cómo su noble celo rasgar no pudo el velo con que las encubrió la alevosía?			
¿Mas qué infernal instigación ofusca la mente del traidor? Los beneficios que con tan larga mano le prodigas no desarman la suya? La brillante carrera que le ofreces a la gloria, a la estima, al poder, a los honores, cual sendero de flores, ¿no halaga su ambición? ¿Ni aquella noble magnánima segura confianza con que le libras tu preciosa vida, un solo sentimiento			
	50	de lealtad a dispartar no alcanza? Tú cual el grande Macedón, la copa apuras sin recelo, no ya de saludable medicina sino de activo y pérfido veneno.	95
	55	Mas ¡ay! no era posible que en el cieno de la maldad, un ser degenerado por tan viles instintos, de ambición y bajeza, percibiese el exceso de grandeza	100
	60	que encierra un proceder tan delicado.	105
		¿Cómo ¡oh Dios! el prestigio poderoso de la víctima ilustre, el crudo golpe no vedó al asesino, como al cimbrio la faz aterradora del romano? La sacrílega mano quedar debiera al punto yerta y fría, al suelo descendiendo el hierro insano; pero no vio la luz del claro día esta escena de horror; tiniebla oscura sirvió de velo al crimen espantoso: nada en torno se vía: en el silencio que al modo de la calma precursora de hórrida tempestad allí reinaba con imperio terrible y pavoroso: ¡sólo un ay! doloroso, el eco de la selva repetía, y entre débiles auras se perdía.	
	65		110
	70		115
	75		120
		Dime, infeliz Portales ¿qué sentiste, cuando el amargo cáliz de la muerte se presentó a tus ojos por la mano de la negra maldad? ¿Di cuál sufriste más agudo dolor? ¿Fue la injusticia de la condena atroz? La alevosía y baja ingratitud? Fue el pensamiento del hondo precipicio en que sumida vías la dulce patria, o la memoria de aquellas prendas a que la natura con vínculos de amor te había unido? Revélalo, amistad ardiente y pura, que cual numen de paz y de consuelo, descendido del cielo, tu bálsamo suavísimo vertiendo en el alma afligida tocar pudiste la profunda herida.	
	80		125
	85		130
	90		135

Inútil fue el desnudo y tanta noble sangre derramada por la leal milicia en su defensa: ni la preciosa vida del valiente Zaldívar en las aras de la patria ofrecida.	140	que besa agradecida los laureles que el general valiente le consagra con llanto, un ¡ay! doliente	185
	145	se escapa de su seno penetrado de una inmensa aflicción. Un eco triste repite por do quier: «Murió Portales». Y todo es miedo, indignación y susto, y todo anuncio de futuros males.	190
Y tú, infeliz Cavada, de la fiel amistad ilustre ejemplo, ¿por qué mueres también? ¿Cuál fue el delito que provocó la rabia sangrienta de esos lobos carniceros para cebarse en tu modesta vida? Tú sigues a la víctima querida al sacrificio fiero, mas en vano su salvación procuras: el camino del dédalo intrincado por astucia infernal está cerrado.	150	No hay himno de victoria en este infausto día, ni otra gloria que llorar y gemir. El pueblo en tanto se avanza a recibir el don funesto de la negra traición. La fiel matrona sorprendida, aterrada, su morada, sus hijos, abandona y se muestra también: vertiendo llanto en medio de las calles las doncellas están de sí olvidadas. Los infantes fijos los ojos en sus madres tristes enmudecen de espanto: y el decrepito anciano que ver tantos horrores no esperaba, y en dulce paz tranquilo se gozaba, se enjuga el lloro con la débil mano.	195
	155		200
Mas veo la venganza de los cielos descender al momento confiada a nuestros bravos que acometen, y cual llama que acrece el raudal viento nuevo ardor los inflama a vista de la víctima sangrienta que exánime a sus ojos se presenta.	160		205
Furor, ira, venganza, dolor fiero, llena los hondos pechos; por sus ojos raudal vertiendo de ardoroso llanto, esgrimen denodados el acero, que vibra refulgente, cual la espada del exterminador: seguid valientes, purificad un suelo amancillado por tan horrendo crimen: no son hombres, son furias infernales las que cruzan ese campo fatal: corred, guerreros, perseguidlas en todos los senderos y si huyen a sus hórridas guaridas ponga el remordimiento, con incesante roedor tormento, fin espantoso a sus infames vidas.	165	Ardiendo en ira santa la juventud chilena se apercibe a vengar el ultraje. No la espanta puñal aterrador: su sangre toda gustosa verterá, si así redime el honor ultrajado y el reposo de la patria infeliz. El entusiasmo, como fuego del cielo descendido, llena los corazones. Cuál quisiera con atrevida mano derrocar al tirano; cuál tornando al mártir de la patria sus miradas ansía seguir su huella esplendorosa, y halla suerte dichosa la de morir llorado del pueblo libre, cuya dicha fuera de su desvelo el fin... Pero la patria verá días de gloria... Noble arrojo será, no vil oprobio y desaliento, el fruto del profundo sentimiento con que a Portales llora desolada	210
	170		215
	175		220
Triunfáis al fin, y la afligida patria tornó de su angustioso parasismo para sentir empero mil dolores en el aciago triunfo. Al tiempo mismo	180		225

la familia chilena. ¡Sombra amada!		que a todos de su espíritu animaba,	
No te conmuevas en la fría tumba,		la pasión generosa y anhelante,	275
ni turbes tu reposo,	230	de lo grande y lo justo? La faz yerta	
el pensamiento odioso,		carece de expresión. No ven sus ojos	
de ver por el tirano envilecida,		su oído no percibe ya el lamento	
aherrojada, oprimida,		y amargo sentimiento	
esta patria adorada,		con que todos contemplan sus despojos.	280
que merced a tu celo se vio un día,	235	¿Dónde estás? ¿Es posible? ¿Te perdimos	
a tan excelsa gloria levantada.		para siempre jamás? ¿No nos escuchas,	
		y el pueblo idolatrado,	
Mas oigo ya el estruendo		es nada para ti? ¿Tú mismo en nada	
con que el cañón anuncia que se acerca		te tornas para él? ¡Terror! ¡Espanto!	285
el carro funeral. Lucida pompa		Yerman el corazón, y no hay consuelo...	
se mira en torno de él. Los viles yerros	240	Empero torno al cielo	
que a la inocente víctima ligaron,		mis ojos por el llanto fatigados,	
de signo ignominioso,		y veo allí la religión divina,	290
en timbre de alto honor se ven trocados,		que con faz de belleza peregrina,	
y en público espectáculo se ostentan,		y descorriendo misterioso velo,	
no menos gloriosos,	245	me muestra en los alcázares del cielo,	
que a los que al gran Colón apercibieron,		el asilo dichoso,	
calumnia atroz y bárbara injusticia.		donde libre su espíritu reside,	
El carro en que a la muerte fue llevado		en sempiterna paz, en almo gozo.	295
por insanos verdugos,		«No llegan los malvados	
aparece en las calles enlutado,	250	—me dice— a este lugar, ni su malicia	
y de sorpresa y duelo,		dardos emponzoñados	
indefinible sensación produce.		asestar puede aquí con mano aleve:	
Ya la amistad con mano fiel conduce,		los que están fatigados,	300
la faz en tiernas lágrimas bañada,		aquí descansan, y en el blando seno	
la ceniza preciosa	255	del Hacedor supremo no hay cuidados,	
al postrimer asilo. Reverente		no hay insidias, ni engaños, ni traiciones.	
hondo silencio en torno se difunde,		De las viles pasiones	
y arrobada la mente se confunde,		el imperio tiránico no alcanza	305
en solo un doloroso pensamiento		a perturbar el goce inalterable	
¿son estos restos fríos,	260	de este bien inefable,	
es esta imagen insensible y muda		y su furor inútil aquí expira,	
lo que nos ha quedado de Portales?		cual las olas del mar tempestuoso	
¿Su indeleble memoria,		contra el escollo inmóvil que las mira.	310
sus acciones legadas a la historia,			
son de hoy en más todo su ser y vida?	265	¡Salve, feliz y venerada sombra!	
¿Dó está el soplo divino que animaba		¡Salve mil veces! Tu alma generosa,	
aquel semblante hermoso? ¿Dó se esconde		otra morada ocupa más grandiosa	
la mente osada, altiva,		y digna de habitarse. El suelo impuro	
de aspiraciones elevadas llena;		que premia la virtud con cruda muerte	315
el alma firme, impávida, serena,	270	no mereció, Portales, poseerte.	
la mirada sagaz y penetrante,		Habita esa mansión de luz divina,	
la voluntad resuelta, decidida,		que cobarde traición no contamina;	
el aliento de vida,		mientras tu cuerpo helado,	

por la doliente patria custodiado,
cual reliquia preciosa,
entre los puros ardorosos votos
de un pueblo agradecido,
ante el santuario del Señor reposa.

320

Notas:

1. En AP, pp. 525-529. En Mercedes Marín de Solar, *Poesías*, dadas a la luz por su hijo Enrique del Solar, Santiago, Imprenta Andrés Bello, 1874, pp. 2-12. | [*N. de la a.*] Las oscilaciones políticas de mi país han sido causa de que yo jamás haya pensado en reimprimir este canto. Estamos muy lejos del tiempo en que la historia pronuncie su fallo imparcial sobre don Diego Portales que aún el día de hoy tiene admiradores entusiastas y apasionados detractores. Ajena de toda cuestión política, yo no quiero pertenecer ni a unos ni a otros; pero como hija de ilustres patriotas, no puede serme indiferente el juicio que mis contemporáneos formen por esta producción acerca de mi modo de pensar, y ésta es la razón porque me anticipo a exponer ligeramente mis ideas sobre este hombre célebre, a fin de justificar la pureza de mis intenciones en los elogios que le he prodigado.

Yo he creído siempre que dotado Portales por la naturaleza de talentos superiores y de una energía poco común, tenía vocación a mandar; que elevado sobre las ramas de un partido poderoso, dominado por una situación extraordinaria, se vio en la necesidad de tomar providencias fuertes que le concitaron muchos odios; pero que más adelante desplegó, con una incesante laboriosidad, grandes miras patrióticas y el más generoso desprendimiento de todo interés personal. Que empeñado Chile en la cuestión del Perú, se mostró vivamente interesado en una empresa, que al honor de la patria interesaba llevar a cabo y conducir a un glorioso desenlace: y en fin, que a pesar de hallarse revestido de influjo ilimitado, supo respetar la vida de los hombres, aun de sus mayores enemigos; sin hablar de otras preciosas garantías, conservadas en tiempo de su gobierno. Estos antecedentes, unidos al carácter alevoso y trágico de su muerte, excitaron por él una vehemente simpatía, que suspendiendo toda animosidad y antiguo resentimiento, obligó al pueblo chileno a derramar sobre su sepulcro, sincero y amargo llanto. Yo me sentí conmovida hasta lo íntimo del alma; y con todo, no he creído ser otra cosa en aquellos días, que intérprete fiel del sentimiento general. Mi canto halló eco en todas partes; y para mí tiene algo de muy extraordinario, que una simple mujer, poetisa improvisada al parecer sólo para aquel momento, sin relaciones de ninguna clase con Portales, se alzase entonando su elogio. La espontaneidad de este hecho, unida a la consideración de mi carácter personal, le dan cierta semejanza con aquellos testimonios que obtiene a veces la verdad, de un modo casual, de los labios de la inocencia, y que tanto peso tienen en la balanza de la justicia. (Agosto 25 de 1846.)

v. 134. [*N. de la a.*] Esta alusión se dirige al coronel don Eugenio Necochea que habiendo sido aprehendido junto con Portales en Quillota, le acompañó hasta su muerte.

v. 193. [*N. de la a.*] El pueblo de Valparaíso se adelantó a recibir los cadáveres de los señores Portales, Zaldívar y Cavada. Estos dos últimos quedaron sepultados allí; pero el de Portales después de embalsamado, fue conducido con grande pompa a la capital, donde se le hicieron honores extraordinarios.

A LA SEPULTURA DEL SEÑOR DON MANUEL VICUÑA,
PRIMER ARZOBISPO DE LA IGLESIA CHILENA

SONETO

Yace bajo esta losa muda y fría, el despojo mortal del pastor santo, que en vano riega el abundoso llanto, de su grey solitaria noche y día. La tierna Magdalena así gemía no encontrando el cadáver sacrosanto de Jesús, y tal era su quebranto que la divina voz desconocía.	Cumpliose aquí la ley de la natura: un vacío, un dolor, una memoria, sólo deja al morir la criatura; mas si rauda se eleva hacia la gloria el alma eterna refulgente y pura, ¿dónde está de la muerte la victoria?	10 5

Notas:

2. En AP, p. 529. En *Poesías*, 1874, p. 197.

IMPRESIONES DE LA ÓPERA

A la señora Clorinda Pantanelli.

¿Podré yo describir, Clorinda amable, el encanto inefable, la halagüeña impresión que sintió el alma cuando te vi, te oí, la vez primera? Tu hermosa faz bañada de marcial expresión, gentil presencia, de noble audacia sin igual modelo, en Romeo admiré; dignidad grave y persuasión suave, que anima el tierno amor con sus encantos: 10 sí, Clorinda, te escucho embelesada... Mas pronto el rostro bello despide de furor vivo destello y en la tremenda espada, en tu acento vibrante, y vista centellante, el ángel del Edén me pareciste, y hasta lo hondo del seno estremeciste. Después contemplas a la tierna amante, cuya faz delicada, 20	antes triste y llorosa, ora se muestra alegre y cariñosa, abriendo dulce entrada en su alma atormentada 5 a una dicha ilusoria y fementida: 25 tu voz enternece, ¡cuál expresa de amor dulces afectos! En tus brazos se inclina, cual lánguida violeta, la afligida Julieta; 30 y por darla consuelos, olvidas a su lado, los rigores del hado, y tus amargas penas y recelos. 15 Mas no olvidaré yo, Clorinda amable, 35 la celeste armonía que tu argentado acento producía, unido al de tu hermosa compañera, en el <i>mio caro abbraciarmi</i>; ni las dulces profundas vibraciones, 40	25 30 35 40

	¿Y qué diré del alma inamorata, de ese gemido tierno y melodioso, que eternizó de Donizetti el numen, y si al vivo retrata de un amor infeliz el desconsuelo	85
45	parece unir la tierra con el cielo? ¿Quién cual tú lo cantó, dulce Clorinda? ¡Ay, cuan hondos suspiros arrancó al alma mía la doliente agonía	90
50	de este Edgardo muriendo en mi presencia, y cuántos más me arrancará su ausencia!	95
55	Pero ¿cómo has podido, mujer inimitable, tan buena madre como buena esposa, representar la criminal consorte de Belisario ilustre? ¿Así violentas las amables facciones con la torva expresión del odio fiero y la traición odiosa?	100
60	Sin conocer el crimen, sin bajar al abismo, di ¿quién te reveló el crudo tormento del tardío infernal remordimiento?	105
65	El genio, ese poder indefinible cuyo foco es el cielo de do vienen nobles inspiraciones sobrehumanas, ese claro destello que nos lleva hacia Dios, pues nos revela	110
70	las fuentes del sublime y de lo bello. Él anima tu acento melodioso, y ora la virtud cantes, ora el vicio simules, ora fiera amenazas,	115
75	o lisonjera adules, te enajene el dolor o bien te anime la plácida alegría, siempre inspiras profunda simpatía.	120
80	Qué importa que en honda calma esté aletargada el alma, si al oír tu voz sonora, al ver tu faz seductora, se despierta el corazón.	125

Tú revelas los arcanos, de los afectos humanos; y la joven inocente, por ti los riesgos presente de un desacordado amor.		y el alma contigo pena, se extravía, se enajena, entre el gozo y el dolor.	150
Si de una trágica historia borró la triste memoria el tiempo con su poder, tú la hiciste aparecer, con su aspecto y su color.	130	Llena, Clorinda, tu misión divina, anime el mundo tu expresión sublime; y si la humanidad o el amor gime alza tu voz sonora y peregrina.	155
Tal vez el hábito apaga la pasión que más halaga; mas por ti la fiel esposa torna a mirar cariñosa, al que dio su fe y amor.	135	Ella quebrantará las almas duras que cierra el interés y el egoísmo, y por ti confundido el crimen mismo buscará de virtud las fuentes puras.	160
Y cual mágico sonido, que algún eco ha repetido, de dulcísima armonía, siente llena de alegría, que aún hay en su pecho ardor.	140	No mancille tu labio invención fea de corrompido gusto, canta el genio, canta la virtud siempre y el prosenio brillante luz al orbe culto sea.	
Tú infundes los sentimientos, a merced de tus acentos:	145	En Chile será eterna tu memoria: de Clorinda y Teresa entrambos nombres, conservará la fama entre los hombres, y el arte encantador que hizo su gloria.	165
		Santiago de Chile, noviembre 1° de 1845.	

Notas:

3. En AP, pp. 530-532. En *Poesías*, 1874, pp. 134-139. | [*N. de la e.*] *Norma* es una tragedia lírica en dos actos con música de Vincenzo Bellini y libreto en italiano de Felice Romani (basado en la tragedia *Norma, ossia L'infanticidio* de Alexandre Soumet); fue estrenada en La Scala de Milán el 26 de diciembre de 1831.

v. 57. [*N. de la a.*] En el dúo del primer acto, Adalguisa descubriendo a Norma el estado de su corazón, le refiere tan detenidamente ciertas demostraciones de afecto dadas por su amante, que Norma no puede dejar de reconocer son las mismas que ella recibió en otro tiempo de Polión, y esta amarga idea la hace prorrumper en esta exclamación; *Oh rimembranza!* a que la señora Pantanelli da con una expresión tan penetrante y patética.

v. 96. [*N. de la a.*] Alusión a la próxima partida de la señora Pantanelli.

v. 166. [*N. de la a.*] La señora Teresa Rossi, compañera de la señora Pantanelli.

MÁRMOL

José

Nació este señor, en Buenos Aires, el día 4 de diciembre de 1818. Destinado por sus padres a la carrera de las letras, hizo alternativamente sus estudios en las escuelas públicas de Montevideo y de Buenos Aires. En 1838, cuando se hacía ya querer y notar entre sus jóvenes compañeros por la generosidad de su carácter y sus luces, corrió la suerte de muchas otras personas distinguidas de su país, abriéndose a su inocencia las puertas de los calabozos políticos, que nunca como entonces estuvieron tan poblados en Buenos Aires. Allí, como en toda prisión inquisitorial, menos vedada era un arma que un tintero; pero a falta de éste, el señor Mármol, escribía con carbones en la pared airados apóstrofes en verso contra el causador injusto de sus padecimientos. Una de aquellas composiciones terminaba con la siguiente estrofa:

Muestra a mis ojos espantosa muerte,
mis miembros todos en cadenas pon;
¡bárbaro! ¡nunca matarás el alma
ni pondrás grillos a mi mente, no!

Así que obtuvo su libertad, y burlando nuevas persecuciones, emigró el señor Mármol a Montevideo y de allí a Río Janeiro. En este puerto se embarcó para uno de los del Pacífico, en 1844, y no habiendo podido montar el Cabo de Hornos por las tormentas y averías que experimentó su buque, regresó al Brasil en donde residía ahora poco tiempo. El que escribía en verso en las paredes del calabozo, escribió también sobre la inquieta cubierta de un buque desmantelado. Al recesar de su funesto viaje arregló los borradores de un poema que ha titulado: «El Peregrino en el mar», de cuyos cantos publicamos aquí algunos fragmentos poco conocidos todavía.

El señor Mármol ha redactado varios periódicos políticos y literarios; ha escrito muchas bellas poesías y varios dramas en verso, de los cuales dos se han representado en Montevideo con aplauso: el *Poeta* y el *Cruzado*.

LOS TRÓPICOS

(FRAGMENTOS DE UN POEMA MANUSCRITO: EL *PEREGRINO*)

Y en medio de las sombras
 enmudece la voz del Peregrino,
 y el rumor de las ondas solamente
 y el viento resbalando por el lino,
 sobre el Fénix se oía,
 que como el genio de la noche huía
 en las alas del viento tristemente;

alumbrando sus huellas
 sobre el azul y blanco las estrellas.

...
 ¡Qué bello es al que sabe sentir con la natura 10
 pasar al mediodía del circo tropical,
 y comparar el cielo de la caliente zona
 con el que tibia pinta la luz meridional!

¡Los trópicos! ¡radiante palacio del Crucero,
 foco de luz que vierte torrentes por do quier! 15
 Entre vosotros toda la creación rebosa
 de gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creación tercera
 y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
 Naturaleza llena de timidez y frío 20
 huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡Basta!» volviéndola sus ojos,
 y decretando al mundo su nuevo porvenir,
 el aire de su boca los trópicos sintieron
 y reflejarse el rayo de su mirada allí. 25

Entonces como premio del hospedaje santo
 Naturaleza en ellos su trono levantó,
 dorado con las luces de la primer mirada,
 bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes, 30
 los bosques de azucenas, de mirlos y arrayán:
 las aves que la arrullan en melodía eterna,
 y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas,
 se visten, con las nubes, de la cintura al pie: 35

las tempestades ruedan y cuando al sol ocultan
 se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna,
 5 no habita ese bandido del Andes morador,
 que de las duras placas de sempiterna nieve 40
 se escapa entre las nubes a desafiar al sol.

Habitan confundidos el tigre y el jilguero,
 tocanos, guacamallos, el león y la torcaz,
 y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,
 se duermen bajo el dátíl en lechos de azahar. 45

La tierra, de sus poros vegetación exhala
 formando pabellones para burlar al sol,
 ya que su luz desdeña pues tiene del diamante
 del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante, 50
 no emana sino vida y amor y brillantez:
 donde cayó una gota del llanto de la aurora,
 sin ver pintadas flores no muere el astro-rey;

así como la niña de quince primaveras
 de gracias rebosando, de virginal amor, 55
 no bien recibe el soplo de enamorado aliento
 cuando a su rostro brotan las rosas del rubor...

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
 resbala como tibio suspiro de mujer,
 y en voluptuosos giros besándonos la frente 60
 se nos desmaya el alma con dulce languidez.

—

¡Mas ay! otra indecible, sublime maravilla
 los trópicos encierran, magnífica: LA LUZ.
 La luz ardiente, roja; cual sangre de quince años,
 en ondas se derrama por el espacio azul. 65

¡Adónde está el acento que describir pudiera
 el alba, el mediodía, la tarde tropical;

un rayo solamente del sol en el ocaso,
o del millón de estrellas un astro nada más?

saludan el postrero suspiro de la tarde
que vaga como pardo perfume del altar.

Allí la luz que baña los cielos y los montes 70
se toca, se resiste, se siente difundir:
es una catarata de fuego despeñada
en olas perceptibles que bajan del cénit.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
que muestran indecisas escuálido color;
así como las hijas en torno de la madre 100
cuando recibe su alma la mano de Dios.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
que cual si reflectase de placas de metal, 75
traspasa como flecha de imperceptible punta
la cristalina esfera de la pupila audaz.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
las fantasías bellas de los poetas van,
son ellas las que brillan en rutilantes mares
allá en los horizontes del cielo tropical. 105

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
que en torbellino brota la frente de Jehová
parado en las alturas del Ecuador, mirando, 80
los ejes de la tierra por si a doblarse van.

Allí las afecciones se avivan en el alma;
allí se poetiza la voz del corazón:
allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
discurren solamente por la región de Dios.

Y con la misma llama que abrasa vivifica
la tierra que recibe los rayos de su sien,
e hidrópica de vida revienta por los poros
vegetación manando para alfombrar su pie. 85

Un poco más... y el mustio color de las estrellas 110
al paso de la noche se aviva en el cénit,
hasta quedar el cielo bordado de diamantes
que por engaste llevan aureolas de rubí.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
partidas las montañas fluctuando entre vapor,
las luces son entonces vivientes inflamados
que en grupos se amontonan a despedir al sol.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
parecen las ideas del infinito ser, 115
que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
no bien que de su labio se escapan una vez:

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses 90
caracoleando giran en derredor a él,
y azules mariposas en bosques de rosales
coronan esparcidas su rubicunda sien:

y en medio de ellas rubia, cercana, transparente,
con Iris y aureolas magníficas de luz,
la luna se presenta como la virgen-madre 120
que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

y más arriba, cisnes de nítido plumaje
nadando sobre lagos con lindes de coral, 95

Notas:

1. En AP, pp. 533-536. Anota Juan A. Mármol en 1889: «Del poema *Cantos del Peregrino* sólo se hizo una edición en Montevideo el año 1847, publicándose en ella los cuatro primeros cantos; el canto undécimo se publicó en folletín en *La Reforma Pacífica* del año 1857, y el canto doce se había publicado en Montevideo en 1846 en un folleto. [...] De este poema sólo han llegado a mis manos, ocho cantos; los intermedios del séptimo al décimo inclusive no se han publicado; aún más, creo que no han sido escritos». Cfr. José Mármol, *Cantos del Peregrino* [1889], ed. de Juan A. Mármol, introd. de Juan María Gutiérrez [1845], 2ª ed., Buenos Aires, La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1917. En 1875, José Domingo Cortés –aquél que en ese mismo año editara la segunda *América poética*– colecciona las *Obras poéticas y dramáticas* de José Mármol (París, Librería de A. Bouret e hijo); esta obra, curiosamente, no

incluye los *Cantos del Peregrino*. Ya en el siglo XX, aparece una edición crítica: José Mármol, *Poesías escogidas*, ed. crítica dirigida por Calixto Oyuela, Buenos Aires, Agencia general de librería y publicaciones, 1922. Sobre la suerte de los *Cantos*, Oyuela anota: «De los *Cantos del Peregrino* no queda ninguna edición auténtica, pues las hechas en Montevideo por el autor, de manera muy incompleta, son desde hace mucho absolutamente inasequibles. Sólo el canto XI fue publicado aquí [Argentina], en vida del poeta, en el periódico *La Reforma Pacífica*, número del 14 de enero y siguientes, de 1857» (p. x). De «Los trópicos», tercer canto del *Peregrino*, como del pasaje «Las nubes», «inexplicablemente desaparecido después en las sucesivas ediciones del poema, tenemos una edición auténtica, la de la hoy agotadísima *América poética* de Gutiérrez, que los obtuvo personalmente del mismo Mármol, en Río de Janeiro. Pero en una nota al canto III, publicado por el autor en Montevideo, en 1847, reproducida en la edición de 1889, advierte éste que ha hecho algunas *ligeras alteraciones* en el texto entregado unos años antes a Gutiérrez» (p. XII). En *Cantos del Peregrino* [1889], 1917, pp. 54-61; en *Poesías escogidas*, 1922, pp. 65-69; corresponde siempre a la primera parte del canto tercero.

v. 5. [N. de JMG] *Fénix*: Nombre del buque.

v. 14. [N. de JMG] Constelación del sur.

v. 42. AP: «*la tigre*», corrijo por «*el tigre*».

2

A BUENOS AIRES BAJO SU LATITUD (FRAGMENTO DEL PEREGRINO)

¡Son estos los mares que besan su planta!
¡Son estos los cielos que doran su sien!
¡Allí Buenos Aires, el águila esclava,
que hendía altanera las nubes ayer!

¡Oh patria! tus días de gloria pasaron,
cubriendo la sombra los rayos del sol;
tus hijos proscriptos el pan ablandamos
con lágrimas tibias de ingrato dolor.

Así lo quisieron: ¡silencio! del alma
se legue al olvido la fuente del mal;
y el pecho contento sintamos ¡oh patria!
al ver, de los mares, tu cielo brillar.

¡Cuán bellas contemplo rodar por la esfera
tus nubes pintadas de plata y zafir!
¡Oh patria! si al hombre faltara la ciencia,
sabría al mirarlas que estabas allí.

Al ver estos cielos a mi alma dirían,
nosotros te dimos la luz al nacer;
nosotros velamos la patria Argentina
con rayos de lumbre dorando su sien.

¡Cuán bellos tus mares! ¡Cuán alzan henchidos
de orgullo sus ondas, valiente su voz!
¡Oh! ¡vaya en vosotros al suelo argentino
vibrando en las olas mi lúgubre adiós!

Si acaso en la tierra proscripto me aguarda
sepulcro extranjero sin llanto ni cruz,
subleva tus ondas ¡oh mar! y a mi patria
mis miembros helados arrójale tú.

Mas ¡oh! vendrá día de gloria, lo espero,
que puedas ¡oh madre! tus hijos mirar:
el día que mires haber en tu suelo
un hombre de menos, o algún hombre más.

En tanto, do quiera verán a tus hijos
sin caer abatida la sien al dolor,
que el pecho orgulloso del nombre argentino
aún no se desmaya diciéndote ¡adiós!

Venid proscritos, con la sien orlada
del infortunio que la sien oprime;
y hablemos de la madre abandonada
que allá sin hijos en cadenas gime:
y una lágrima al párpado asomada,
que la desgracia al corazón exprime,
mezclemos al contarnos de su historia
la obscurecida fugitiva gloria.

Si ¡adiós! dijimos a la patria bella,
venid en derredor de mis canciones;
y, suspirando el corazón por ella,
hablemos de su gloria y sus varones...
del Plata hermoso, que sus lindes sella
con gigantes y ricos eslabones;
de nuestros bosques y su flor mimosa,
de nuestro cielo y de la pampa hermosa.

Yo soy el trovador que las inciertas
huellas de mi destino voy siguiendo,
mas que, al sentir las esperanzas yertas,
pulso mi lira y las percibo hirviendo;
canto, y veo las tumbas entreabiertas,
los incas a sus hijos bendiciendo;
y, levantando el porvenir la frente,
dorar del Plata el apagado oriente.

Venid; el harpa que tome en las manos,
cuando del Plata abandoné la arena,
tiene una maldición a los tiranos
que en sus bordonas ásperas retruena;
y una voz ¡Libertad! que a mis hermanos 65
de sacro fuego el corazón les llena,
porque ellos, como yo, secan el llanto
con el calor del entusiasmo santo.

Asido al cuello de la tierna esposa,
reclinado el infante en la rodilla, 70
nos encuentre la tarde silenciosa
de ajeno mar en la desierta orilla;
y, ocultando a la amiga cariñosa
la lágrima que empaña la mejilla,
enviemos a la patria un pensamiento, 75
sobre las alas de extranjero viento.

Y en acentos sensibles y prolijos,
antes de dar nuestra cabeza al sueño,
hablemos de la patria a nuestros hijos
en derredor del encendido leño: 80
ellos, en su alma los acentos fijos,
cuando el pueblo infeliz no tenga dueño,
irán ¡oh patria! a presentarte helados
los huesos de tus viejos desterrados.

60 Marzo de 1845.

Notas:

2. En AP, pp. 537-538. En *Cantos del Peregrino* [1889], 1917, pp. 75-78; en *Poesías escogidas*, 1922, pp. 85-88; corresponde siempre a la cuarta y última parte del canto tercero.

3

LAS NUBES

(FRAGMENTO DEL *PEREGRINO*)

Gloria a vosotros, vaporosos velos,
que flotáis en la frente de los cielos,
como alientos perdidos
del que arrojó los astros encendidos.
O cual leves encajes
que velad de su rostro la hermosura,
enseñando al través de los celajes

de sus azules ojos la dulzura.
El alabastro de su frente hermosa,
su labio de corales, 10
y en bellas espirales
5 su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos del alma de mi Dios? Bendice al mundo cuando de oro y azul pintáis la esfera Y derramáis colores ricos en fantasías y en amores como los años de la edad primera?			
¿Contempla el orbe y de placer sonríte cuando a la frente cándida del alba asomáis con el tinte de la rosa, cual el rubor al pálido semblante de virgen candorosa al primer beso de su tierno amante?			
¿Al contemplar el mundo, se acuerda de su bello paraíso, y que el hombre infeliz cambiarlo quiso por el que habita lodazal inmundo: y por el hombre siente, y se le nubla de pesar la frente cuando quedáis en la tranquila tarde con esa luz fantástica, sombría, entre el ser y el no ser del tibio día?			
Sois el imán entonces misterioso que arrastra a meditar el pensamiento y agita silencioso dentro del corazón el sufrimiento? ¡Quién en vosotras, húmedos los ojos no clavó alguna vez, cuando del día va muriendo la luz, cual va muriendo del alma con los años la alegría, y la enlutada noche hasta el ocaso llega, cual la vejez, paso tras paso!			
Decid nubes, decid, ¿sois los reflejos del alma de mi Dios?... El rudo crimen de la obcecada humanidad primera arrancó de sus labios soberanos tremenda maldición. Cayó en la frente de la obra de sus manos el rayo de su voz omnipotente; y vosotras rodando por la esfera hidrópicos los senos, lanzasteis cual torrente foribundo, entre millón de truenos las aguas del diluvio sobre el mundo.			
	15	Cuarenta veces la inundada tierra en sus ejes rodó; y en todas ellas no iluminara el sol ni las estrellas las sombras del airado firmamento, y tan sólo a vosotras en contino y rápido volar negras mirara lanzando en torbellino a su maldita frente	60
	20	las ondas y las ondas del torrente. Cumpliose el fallo irrevocable y justo del poderoso juez del universo, y a su semblante, adusto al castigar al crimen del perverso, asomó el alegría,	65
	25	y vosotras con ella bañadas del color del claro día, al decir <i>basta</i> y levantar del arca el porvenir del mundo en el Patriarca.	70
	30	Allí está con la réproba Sodoma su maldición también. Allí vosotras al eco de su voz acudís luego, y en encendidas fuentes se desploma de vuestro rojo seno un mar de fuego... Y al volver el semblante	75
	35	de la hirviente ceniza el ser divino, en pos de su camino vais siguiendo su planta a iluminar de Abraham la ciudad santa.	80
	40	Allí exhala Jesús el postrimero dolorido suspiro en el madero; allí también; ¡oh nubes misteriosas! pálidas os contemplo y silenciosas cubrir la luz del luminar del cielo y por el hombre-dios vestir de duelo.	85
	45	Decid, nubes, decid ¿sois el reflejo del alma de mi Dios? ¿son sus enojos y el eco de su acento, y el fuego de sus ojos terrible centellando	90
	50	cuando en montes trepáis al firmamento la recia y ruda tempestad rodando? ¿ese trueno es su voz? ¿Esa serpiente de fugitiva luz, es la mirada que lanza de repente	95
	55		

al volar su carroza de topacios chispeando estrepitosa en los espacios?	100	¡Cuántas veces proscrito y peregrino, sin amor, sin hogar, sin esperanza, desde extranjera roca	
¡Salud, nubes, salud!... ¡Sí, sois las bellas luces de un rico y eternal espejo, donde el Dios que conserva las estrellas de su alta voluntad muestra el reflejo!	105	os contemplé llorando mi destino, y con esa expresión que nunca alcanza el labio a repetir, el alma mía os contó sus pesares, triste como el crepúsculo del día, desde el arena de extranjeros mares!...	145
Y por eso de amor nos extasiamos cuando azuláis los cielos, bellas cual los primeros dulces años; y tímidos temblamos cuando os tornáis encapotados velos tristes como los tristes desengaños. Y en la tarde tranquila por eso el corazón medita y flota en la mar de recuerdos dilatada, y del cáliz del alma tibia gota empaña la pupila fija en el horizonte la mirada por vuestro imán fatídico arrastrada.	110	Hay momentos ¡oh nubes! que misterioso eléctrico fluido el alma con vosotras armoniza, y al hombre con el polvo confundido ángel segunda vez lo diviniza.	155
¡Ay! ¡cuántas veces de la verde orilla del río cuyas ondas arrullaron mis sueños al nacer, húmeda en llanto la pálida mejilla, mis ojos en vosotras se clavaron!	115	Os he visto cubrir los horizontes del cielo tropical, y erais ¡oh nubes! de oro y rubíes movedizos montes. Si tiene el Hacedor trono y querubes, ni el trono es más espléndido de galas, ni las pequeñas alas de los querubes bellos	160
¡Y no era aún infeliz! ¡aún no la mente desplegando la momia de la vida, al corazón valiente con su esqueleto lívido asustara, y el corazón volviendo la vista entristecida sus lazos con el mundo desatara!	120	mas bordados de fúlgidos destellos. Allí mi fantasía ahogaba los recuerdos con deseos, y en dulces devaneos menos os daba mi alma que os pedía. Allí el amor de mi adorada hermosa era un perfume emanación de vida; allí era la mujer purpúrea rosa de la guirnalda del Señor caída.	165
¡Pero ya un no sé qué de misterioso en el fondo de mi alma se escondía, y os procuraba inquieto y silencioso entre el ser y el no ser del tibio día! Así la joven que inexperta siente la primera impresión dentro del alma, sin saber el porqué de su sonrojos teme y evita los extraños ojos, y el corazón sin calma, por el jardín, perdida, en las flores se fija distraída.	125	Mas ¡ay! también del aterido polo cubris los cielos como pardo manto; y yo desde un bajel perdido y solo donde nadie cantó, nubes, os canto.	170
	130	Despeñadas cruzáis el firmamento rápidas como herido pensamiento, y atónita os contempla mi alma, como el enojo soberano lanzado en derredor de este océano, que encarcelado y solo entre el linde de América y del mundo, maldice de su cárcel los confines, y en rudos parasismos	175
	135		180
	140		

sacudiendo sus crines salta de los abismos para invadir los cielos furibundo.	185	del ídolo feliz de su existencia? En la noche sombría cuando voláis en densa muchedumbre como inquietas ideas de recóndita negra incertidumbre, ¿A dónde el alma impía que miró sin temor al cielo airado? ¿Qué genio no ha volado en alas de su ardiente fantasía? ¿Qué desterrado, acaso, en los velos de nácar y zafiro que bajáis al ocase, no ha mandado a su patria algún suspiro?...	210
Y desde el frágil tembloroso leño, Dios y la humanidad en mi memoria, la humanidad con su doliente ceño, Dios con su poderío y con su gloria. Decid, nubes, decid ¿quién un tributo no os rindió alguna vez? En el contento, o con el alma en luto, qué mortal no os ha dado un pensamiento?	190		215
En las noches serenas cuando flotáis en torno de la luna cual ondas de humo de encendida pasta, que sostenidas en el aire apenas, soplo sutil a deshacerlas basta, el corazón dolido, ¿qué madre no ha llorado con vosotras el dulce fruto de su amor perdido; o amorosa y prolija, no imaginó entre flores, el porvenir de su inocente hija?...	200	Pasad, nubes, pasad. Pasad serenas para aliviar las escondidas penas de mis tristes hermanos en el Plata. Y del proscrito Bardo que vaga peregrino y os canta ¡oh nubes! desde el frágil pino, revelad a su dulce patria bella cuánto suspira el corazón por ella: que por ella en el mundo errante llora, y cuanto más padece más la adora.	220
¿Qué virgen no os ha dicho sus amores, o la tardía ausencia	205		230
		Marzo 8 de 1845.	

Notas:

3. En AP, pp. 538-541. En *Poesías escogidas*, 1922, pp. 76-84; corresponde a la tercera parte del canto tercero. Con respecto a esta ubicación, señala Oyuela: «Reimprimese aquí, por fin, en el tercer canto del *Peregrino*, su verdadero sitio, este bello y célebre fragmento, publicado por primera vez por Gutiérrez en su *América poética* (Valparaíso, 1846), y luego en diversas antologías» (p. 76n).

Data: [N. de JMG] Llega en este momento (noviembre de 1846) el núm. 264 del *Comercio del Plata* y en él vemos anunciado al público el *duodécimo* canto del *Peregrino*, impreso en Montevideo en el mes de agosto último.

4

LOS TRES INSTANTES

EL 4 DE OCTUBRE	así encuentrela un día a la hechicera mía, así; como reviste mi mente la hermosura: «tan bella como triste tan libre como pura».	5
Bella como la imagen de mis sueños; pura como la risa de la infancia; triste como la sombra de la tarde; libre como la brisa del desierto:		10

¡Veneración! las olas del Plata le proclaman,
y al Ecuador el eco dilátase veloz; 10
los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,
y abiertos los sepulcros responden a su voz.

II

¡Sus hijos! ¿por qué huyeron de sus paternos lares
cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
¿por qué corren proscriptos sin patria y sin hogares 15
a tierras extranjeras a mendigar el pan?

Y al vislumbrar de Mayo las luces divinales
¿por qué no les embriaga la salva del cañón,
los vivos de los libres, los cánticos triunfales
y el ruido de las ondas del patrio pabellón? 20

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,
¿por qué está de rodillas sin victoriarte ¡oh sol!,
por qué como otros días sus ecos no dilata
cuando los cielos tiñen con oro y arrebol?

III

Emboza ¡oh sol de Mayo! tus rayos en la esfera 25
que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló;
suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,
no es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que a mis ojos brillas,
para evitar su mengua sepúltala ¡por Dios! 30
¡La emperatriz del Plata te espera de rodillas
ahogada entre gemidos su dolorida voz!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno
robando de tus hijos la herencia de laurel:
salvaje de la Pampa que vomitó el infierno 35
para vengar acaso su maldición con él.

IV

¡Ah Rosas! No se puede reverenciar a Mayo
sin arrojarte eterna, terrible maldición;
sin demandar de hinojos un justiciero rayo
que súbito y ardiente te parta el corazón. 40

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
que has hecho de la patria que te guardaba en sí,
contempla lo que viene cruzando el firmamento
y dinos de sus glorias lo que te debe a ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años, 45
porque la tierra en sangre la convertiste ya,
contempla, y un instante responde sin engaños
quién la arrojó, ¡y gozando de contemplarla está!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento 50
con luces que recuerdos iluminando van,
y dinos si conservan memoria de tu aliento
los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes
o acaso en Chacabuco o en Maipo o en Junín;
o si marcando hazañas más célebres y grandes 55
habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma,
pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
y dinos que lidiando la hubistes en Ayuma
o acaso en Vilcapugio, Torata o Moqueguá. 60

VI

¡Ah Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
sublime juramento que Mayo pronunció,
por eso vilipendias y lo abominas tanto,
y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó.

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente 65
bordando de victorias el mundo de Colón,
salvaje, tú dormías tranquilo solamente
sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
sus altaneras sienes vestían de laurel, 70
al viento la melena, jugando con tu lazo,
por la desierta Pampa llevabas tu corcel.

VII

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada,
sino miseria, sangre, desolación sin fin;
jamás en las batallas se divisó tu espada; 75
pero mostraste pronto la daga de Caín.

Cuando a tu patria viste debilitado el brazo,
dejaste satisfecho la sombra del ombú,
y al viento la melena, jugando con tu lazo,
las hordas sublevaste salvajes como tú. 80

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,
fue abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
y atar ante tus bordas al pie de tu caballo
sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron, 85
y sangre, sangre a ríos se derramó do quier;
y de apilados cráneos los campos se poblaron
donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hielos en tus fibras?
¿Qué espíritu o demonio su inspiración te da, 90
cuando a tu rudo labio tu pensamiento vibras
y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida 95
para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso,
para pedir sobre ella la maldición de Dios? 100

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho,
para llamar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
para llamar los muertos a sacudir tu sien?

Prestadme tempestades vuestro rugir violento 105
cuando revienta el trueno bramando el aquilón;

cascadas y torrentes prestadme vuestro acento
para arrojarle eterna tremenda MALDICIÓN...

X

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia
de un déspota que abriga sangriento frenesí, 110
el corazón rechaza la bíblica indulgencia:
de tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos desde su trono santo
la renegada frente maldijo de Luzbel;
la humanidad, entonces, cuando la vejan tanto, 115
también tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo. Jamás dentro mis venas
la hiel de la venganza mis horas agitó:
como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
pero como argentino, las de mi patria, no. 120

XI

Por ti esa Buenos Aires que soportar sabía
sobre su espalda un mundo, bajo su planta un león,
hoy débil y postrada no puede en su agonía
ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti esa Buenos Aires más crímenes ha visto 125
que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;
pues de los hombres hartos, para ofender a Cristo,
tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,
la frente doblegamos bajo glacial dolor, 130
y hasta en la tierra extrema que nos ofrece un techo
nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor...

XII

Más ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
se cambian en celajes de nácar y zafir,
y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos 135
que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

HAY MÁS ALLÁ, es el lema de su divina frente
grabado por la mano purísima de Dios,
y el Chimborazo al verlo lucir por el Oriente:
hay más allá; responde con su gigante voz. 140

HAY MÁS ALLÁ, los héroes al expirar clamaron,
 poblando con su grito de América el confín,
 y entre vapor de sangre, HAY MÁS ALLÁ, exhalieron
 los campos de Ayacucho, de Maipo y de Junín.

XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro 145
 el sol de las victorias que iluminando está;
 disfruta del presente que el porvenir es nuestro,
 y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza 150
 que temblará en el pecho tu espíritu infernal,
 cuando tu trono tumben los botes de la lanza
 o el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente
 reventarán los pueblos que doma tu ambición;
 y cual vomita nubes de su ceniza hirviente 155
 vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, sol de Mayo, sus días inmortales
 sobre mi libre patria recordarán en ti;
 y te dirán entonces los cánticos triunfales
 que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí. 160

Entonces desde el Plata sin negra pesadumbre
 te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
 pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
 en códigos y palmas y rico pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto 165
 ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
 que entonces de ese Rosas que te abomina tanto
 ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

Montevideo, mayo de 1843.

Notas:

5. En AP, pp. 541-546. En *Obras poéticas y dramáticas*, 1875, pp. 55-56; en *Poesías escogidas*, 1922, pp. 187-194.

NAVARRETE

Manuel

El reverendo padre fray José Manuel Martínez de Navarrete nació en México, en la villa de Zamora, perteneciente a la diócesis de Michoacán, el día 18 de junio de 1768. Pasó su infancia en el lugar de su nacimiento y se distinguió en sus primeros estudios. Conocía ya el idioma latino, cuando la decadencia en la fortuna de su familia, le obligó a pasar a la capital a dedicarse al comercio. Pero no era ésta la carrera de su elección. Después de cumplir con una comisión mercantil, por los años de 1787, se dirigió a Querétaro, donde tomó el hábito franciscano. En el convento de los Santos Apóstoles de la provincia de Michoacán, rehízo sus estudios de latinidad y continuó los demás exigidos a su ministerio. Señalose en el ejercicio de éste, desempeñando la cátedra de latinidad en Valladolid, el cargo de predicador en Río Verde y en Silao y el de cura párroco de la villa de San Antonio de Tula en la intendencia de San Luis Potosí. En los ocios de estas ocupaciones, cultivó el padre Navarrete la poesía y entonces fue cuando escribió y dio a conocer su primera composición endecasílabo, que él tituló «Noche triste», y tiene por asunto la muerte de su madre.

Cuando se crió el *Diario de México* en 1805, se publicaron en él muchos versos de Navarrete que fueron recibidos con aplauso, contribuyendo a esta buena aceptación del público las modestas iniciales con que eran únicamente firmados y el esmero con que el autor los había limado y revisto mediante once años.

En aquellos tiempos, los literatos que se daban a la poesía se imaginaban vivir en la edad de oro y formaban sus «Arcadias», de las cuales eran pastores. Los árcades del *Diario de México* le hicieron su mayoral al padre Navarrete y la Universidad de México reconoció la excelencia de su numen asignándole el primer premio en un certamen poético promovido por aquella corporación en 1809.

El padre Navarrete fue, como se trasluce por sus poesías y como lo atestiguan las personas que le trataron, de alma noble, de carácter ingenuo y humilde, de modales afables y de trato ameno. «Fue alto de estatura, blanco de rostro, de ojos azules, de pelo castaño y rizo, de buena presencia, de semblante halagüeño y de talle naturalmente airoso».

Corta fue la vida de este distinguido americano. Murió el 19 de julio del año 1809 a los cuarenta y un años de su edad, hallándose de guardián en el convento de Tlalpujahua.¹

Dos ediciones se conocen de los *Entretenimientos poéticos* del padre Navarrete. La primera es de México, 1823;² y la segunda y última, de París, 1835, en dos tomos, con retrato del autor y mucho esmero tipográfico aunque no exenta de notables faltas en el texto.

Notas:

¹ Los datos consignados por JMG están tomados de la «Memoria sucinta de los principales sucesos de la vida de fray Manuel Navarrete, con algunas reflexiones sobre sus poesías. Escrita por un íntimo amigo suyo», en Manuel Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, t. 1, México, Imprenta de Valdés, 1823, pp. XXI-XXXVII).

² «Tuvieron que pasar catorce años, desde la muerte del poeta, para que apareciera la primera edición de *Entretenimientos poéticos*, que fue publicada en México en 1823 por la Imprenta de Valdés, en dos volúmenes. El editor Alejandro Valdés se dio a la tarea de reunir los poemas del fraile que habían aparecido en el *Diario de México* entre 1805 y 1809, además de incluir algunas composiciones inéditas cuyos originales manuscritos pertenecían a los amigos de Martínez de Navarrete. [...] El orden en que fueron organizadas las composiciones del árcade, en esta edición, se debió al criterio y la decisión del propio Valdés; decisión y criterio que las posteriores ediciones han respetado y reproducido.» Esther Martínez Luna, *Fray Manuel Martínez de Navarrete. Ediciones, lecturas, lectores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, pp. 25-26.

1

A FABIO, EN LA REMISIÓN DE ESTAS POESÍAS

Qui legis, tuam reprehendo si
mea laudas omnia, stultitiam;
si nihil, invidiam.

Owen.

Tu estulticia reprendo
lector, si en todo me alabas;
y tu envidia, si me niegas
en parte las alabanzas.

Como en triste sepulcro,
en un estante viejo,
condenados a olvido
yacían mis pobres versos:

Pero a la voz que manda 5
en todo lo que tengo,
fueron saliendo todos
los miserables muertos.

Dame pena el mirarlos 10
carcomidos del tiempo,
animándome a darles
algún semblante bueno.

Ya les quito o les pongo;
y al fin de todo advierto,

que en vano se compone 15
lo que de suyo es feo.

No obstante, Fabio, al modo
de anatómico diestro,
que un esqueleto forma 20
de carcomidos huesos;

de la misma manera
por sólo tus preceptos,
hice éste como libro,
de mis mohosos versos.

Hacerte yo querría 25
un ramillete ameno,
del monte de las musas,
con floridos conceptos:

Pero, ¡vanas fatigas de inútiles deseos, si Apolo no me inflama con su divino fuego!	30	Por eso a mis muchachas por los campos las llevo, ya tejiendo guirnaldas, ya guardando corderos.	
En juveniles años, y alegres pasatiempos, el amor fue mi numen: ¿cuáles serán mis versos?	35	Por eso..., pero basta de por esto y aquello: cada cual reproduce el carácter del genio.	65
Pero debo advertirte, que de su blando plectro no siempre me he valido en algún propio empeño.	40	Por último, te encargo, que no pongas mis versos donde malignos momos tal vez puedan morderlos.	70
Las más veces instado de la amistad y el ruego, en ajenos amores canté agradables metros.		Después más que descuides de ratones perversos, de crueles polillas y otros animalejos.	75
De aquí nace la especie de nombres tan diversos, <i>Filis, Doris, Clorila,</i> y otros mil sobrepuestos.	45	Aquéllos son peores, porque aunque estos, es cierto que devoran las hojas; pero el honor aquéllos.	80
En todos, ya supongo, por todos sus aspectos, la falta del adorno y también del ingenio.	50	Y en este caso, estaban mejor mis pobres versos, como en triste sepulcro, en un estante viejo.	
Pero tú bien lo sabes el alcázar supremo de las ciencias no he visto sino muy a lo lejos.	55		
Por eso me disfrazo en simple zagalejo y en humildes cabañas las más veces me sueño.	60		

Notas:

1. En AP, pp. 548-549; JMG extrae los poemas de Manuel Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, 2 vols., París, Librería de Lecointe, 1835. En *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 1-5. | Título: [N. de JMG] Con este nombre [Favio] designa Navarrete a su hermano don Blas.
v. 13. *Entretenimientos poéticos*, 1823: «Ya les quito, les pongo» (por «Ya les quito o les pongo»); sigo AP.

LAS FLORES DE CLORILA

Dedicadas a Fileno.

PRÓLOGO

¿Quæris unde mihi toties scribantur amores?
 ¿Unde meus veniat mollis in ore liber?
 Non hoc Caliope, non hoc mihi cantat Apollo;
 ingenium nobis ipsa puella facit.
 Proper., lib. 2, eleg. 1.

TRADUCCIÓN LIBRE

¿Preguntarás acaso,
 lector, si en mis acentos
 tienen parte los dioses
 que cuidan de los versos?

Respondo, que ninguna; 5
 sino que el rostro bello
 de una hermosa muchacha
 ha templado mi ingenio.

Clorila, sí, Clorila,
 la pastora que quiero, 10
 inflama mis versillos
 con su amoroso fuego.

¿Para qué son de Apolo
 inspirantes reflejos,
 si me influye más suave 15
 la luz de sus ojuelos?

¿Pues qué si de sus labios,
 de sus labios risueños,
 la sonrisa imagino...? 20
 Heliconas no quiero.

Lejos de mí el Parnaso,
 que ya para hacer versos,
 lector mío, a Clorila,
 a Clorila me atengo.

Notas:

2. En AP, p. 549; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 7-8. | Título: [*N. de JMG*] El reverendo padre fray Vicente Victoria, amigo muy amado del autor.

v. 23. *Entretenimientos poéticos*, 1823: «sí, lector mío» (por «lector mío»); sigo AP.

ODA I

Los versillos sabrosos
 que cantaba a Clorila,
 zagala del ameno
 valle de las olivas:

alegres producciones 5
 fueron de aquellos días,
 que entre gustos se pasan
 cual sombras fugitivas.

Hoy a su rudo labio
 mi musa campesina 10

los vuelve, acompañados
 de su avena festiva.

Escucha pues, Fileno,
 en dulces cancioncillas
 amores inocentes 15
 de Silvio y su Clorila.

Como en un ramillete
 advierte en esta obrilla,
 las más preciosas flores
 que los tiempos marchitan. 20

¡Ay edad halagüeña!, huyeron tus delicias sin dejarme otros frutos que punzantes espinas.		cantábamos iguales mil amorosas dichas!	35
Espinas, ¡ay, Fileno! que en la restante vida, el corazón me pasan y el contento me quitan.	25	¡Ay, hermosa muchacha: la memoria afligida exprime por los ojos estas tristes reliquias!	40
¡Ay agradables ratos cuando a la verde orilla de una fuente risueña estaba con Clorila!	30	Como quiera que sean estas <i>flores</i> o <i>espinas</i> , a tus aras, Fileno, mi afecto las dedica.	
¡Cuando a la fresca sombra de robustas encinas		Allí estarán honrando nuestra amistad antigua que durará, no hay duda, más allá de la vida.	45

Notas:

3. En AP, p. 550; en *Entreteneamientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 8-10.

4

ODA II

Como yo cuando canto del pueblo me retiro al silencioso bosque de cedros y de pinos;		Sus flores o sus gracias, que todas son lo mismo, cantar quiero. Tu flauta me presta, oh Cupidillo.	20
o a la orilla agradable de los sonoros ríos; o al valle donde pacen mis mansos corderillos;	5	Sí, Cupidillo tierno, muy mole, muy blandito, me inspira, que no me oyen los censores malignos.	
seguro me contemplo de censores malignos que por las propias obras juzgan ajenos dichos.	10	Así te ofrezcan dones Chipre, Amatunta, Gnido, todo el mundo: pues ¿dónde no te hacen sacrificios?	25
Heme de holgar ahora con algunos versitos que a Clorila cantaba allá cuando era niño.	15	Ni el joven floreciente ni el anciano marchito se desdeñan de darte culto no merecido.	30

A los ardientes soplos
de tu madre yo he visto
que en tus aras se queman... 35
rubor me da el decirlo.

Basta, amor: lo que importa
es que con blando estilo
me inspires, que no me oyen
los censores malignos. 40

Despierta en mi memoria
los sabrosos versillos,
que a Clorila cantaba
allá cuando era niño.

Mas de modo que siendo 45
de mi Clorila dignos,
lo sean también de todos
los honestos oídos.

Notas:

4. En AP, pp. 550-551; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 11-13.

5

ODA III

Por la margen de un río
que mansamente corre
la zagala Clorila
cogiendo estaba flores.

Una le pido y ella 5
tan inocente entonces,
a escoger de las que echa
en sus faldas me pone.

Su confianza respeto;
mas entre tanto diome 10

palabra de ser mía
en lícitos amores.

Pasó el verano; vino
el otoño; y conformes 15
fueron siempre los frutos
a sus honestas flores.

Aprended zagalejas
y vosotros pastores
a disfrutar placeres
que no son los de Dione. 20

Notas:

5. En AP, p. 551; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 13-14.

6

ODA IV

Un grupo delicioso
por natural milagro
de entretejidas flores
formó el ameno prado.

Entrose allí Cupido 5
a descansar un rato
de aquellas travesuras
ajenas de un muchacho.

De los pequeños hombros
baja el carcaj dorado 10
y en el florido lecho
se entrega al sueño blando.

Como otras ocasiones
salió Clorila al campo
a engalanar su frente 15
con lo mejor del mayo.

Echa mano del grupo donde adormido acaso estaba el hijo hermoso de Venus muy amado.	20	que si la misma Venus lo pusiera en sus brazos,	40
¡Quién creyera!, ya fuese por voluntad del hado o por otra cualquiera hechura del acaso		desde allí a los pastores que coge descuidados les dispara sus flechas que son ardientes rayos.	
entre claveles rojos y entre jazmines albos, no sé cómo, enredose el diosezuelo incauto.	25	Pues yo, que a tu guirnalda la estoy siempre mirando y vengo a ser por esto de amor el mismo blanco:	45
Las alas temblorosas bate el rapaz cuitado para quedar asido más y más con los lazos.	30	¿cómo tendré este pecho, Clorila? Con mil dardos lo siento, sí, Clorila, lo siento atravesado.	50
Admirada Clorila suspensa estuvo un rato; pero luego entreteje al amor con los ramos.	35	¡Ay! suelta al picarillo y a la alma Venus dalo, que menos que en tus flores hará en su seno daños.	55
A su frente lo lleva y el amor, más ufano		¡Ay! suéltalo, Clorila, que viejos y muchachos se quejan en la aldea de su fogoso estrago.	60

Notas:

6. En AP, pp. 552-553; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 14-17.

7

ODA V

Calle la fama ahora de Chipre y no me diga que sus alegres huertos ofrecen mil delicias.		Cuando estoy asaltado de negra hipocondría me brinda mil placeres en estas flores mismas.	10
El huerto compendiado de mi bella Clorila contiene menos flores, pero de más estima.	5	Claveles en sus labios de púrpura encendida, en sus ojuelos hiedras, rosas en sus mejillas.	15

¿Qué dices Venus blanda del huerto de Clorila? ¿Son así o se parecen tus chipriotas delicias?	20	Aquéllas aparecen con agudas espinas; pero éstas, aunque gratas, son de honestas delicias.	25
¡Qué distancia tan grande, oh Venus, se divisa entre unas y otras flores, aunque tú lo resistas!		Sí, Venus; y te juro que a pesar de tu envidia no se ajarán las flores de mi amada Clorila.	30

Notas:

7. En AP, p. 552; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 17-18.

8

ODA VI

Con otras zagalejas, un día de verano, por modo de paseo, salió Clorila al campo.		Clorila diome luego un muy gracioso ramo.	15
Cuando daban la vuelta, traían en las manos hacecillos curiosos de flores matizados.	5	Ramo que había sido lisonja del olfato, émulo de los otros y honor ya de mi mano.	20
Sobre las rubias trenzas que el aire iba soplando se ostentaban las rosas que habían entrelazado.	10	Algunos pastorcillos que supieron el caso su inocencia y mi dicha gruñeron y ladraron.	
Dispuso la fortuna que yo saliera al paso;		Mas yo digo a Clorila: ¿cuándo vuelves al campo con otras zagalejas un día de verano?	25

Notas:

8. En AP, pp. 552-553; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 18-20.

9

ODA VII

Esas que los zagales llamamos chupa-rosas tras tu guirnalda vuelan, Clorila, a todas horas.		Algunos pastorcillos émulos de mi gloria andan también como ellas al olor de sus rosas.	5

A todos los desprecia
 porque estos y las otras 10
 son por rumbos opuestos
 hambrientas chupa-rosas.

Notas:

9. En AP, p. 553; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 20.

10

ODA VIII

De su guirnalda misma y con su misma mano Clorila en mi sombrero puso el más bello ramo.		no cultiva la tierra de algún estéril campo.	15
Traía acaso entonces un hermoso durazno agradable primicia del huerto que yo labro.	5	No faltó quien dijera que los lances trocamos; pero si bien lo dijo, no lo sé ni lo indago.	20
Díselo y ella luego lo echó en su seno blando en señal cariñosa de merecer su agrado.	10	Sólo sé que en mi pecho sentí un placer extraño, pero tan dulce y vivo que... no podré explicarlo.	
De este modo Clorila advierte que su mano		Por esto a mi Clorila le digo a cada rato: dame flores, Clorila, y te daré duraznos.	25

Notas:

10. En AP, p. 553; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 20-22.

v. 26. *Entretenimientos poéticos*, 1823: *cada* (por *a cada*); sigo AP.

11

ODA IX

Sobre la blanda yerba de una selva florida sus párpados al sueño entregaba Clorila.		La celestial fragancia de su cara divina, un enjambre de abejas convoca a toda prisa.	5

Cual se pega a los labios y quien a las mejillas por dar a sus colmenas de tan sabroso almíbar.	10	A vista del suceso que a todos intimida, en rústicas zampoñas no hay zagal que no diga	20
Clorila que despierta; y tantas abejitas fueron luego despojo de sus divinas iras.	15	que el amor liba sólo las flores de Clorila; y para Silvio y no otro sus panales fabrica.	

Notas:

11. En AP, pp. 553-554; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 22-23.
v. 5. *Entretenimientos poéticos*, 1823: *fragrancia* (por *fragancia*); sigo AP.

12
ODA X

En pos de tu guirnalda estoy, Clorila, viendo mil simples mariposas, mil tiernos zagalejos.		si de aquéllas lo incauto o la malicia de estos?	
¿Cuál es mayor, discurre, por contrarios extremos,	5	Si respuesta acertada me dieres, te prometo un cabrito manchado que aún no asoma los cuernos.	10

Notas:

12. En AP, p. 554; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 23-24.

13
ODA XI

Ajar las tiernas flores de mi dulce zagala quieren pastores necios con maliciosa instancia;		Yo, como centinela de sus flores amadas, advierto que su dueño con recato las guarda.	10
pero aunque ellos parecen pajarracos que graznan, cuando viles no ensucian las flores que intentaban.	5	Y al instante cogiendo la honda necesaria, a los pájaros bobos les tiro esta pedrada.	15

Aves de mal agüero:
mil veces mal os haya;
y que os sean como espinas
las flores de mi amada. 20

Notas:

13. En AP, p. 554; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 24-25.

14

ODA XII

Un sueño misterioso, dulce Clorila atiende, me lleva por un prado de flores muy recientes.		Grito, corro; y el susto del letargo me vuelve; y ya despierto, acaso será bien que te ruegue:	10
Hacer una guirnalda allí se me previene, mas ¡ay! que un áspid sale de entre el florido albergue.	5	que no me des motivo jamás porque me queje de los sueños que pintan entre flores serpientes.	15

Notas:

14. En AP, p. 554; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 25.

15

ODA XIII

Un ramillo de flores lleva en su pecho blanco la zagala que adoro, muchacha de quince años.		todos huelen las flores, mas nadie lleva el ramo.	
Al olor que despiden las joyuelas del mayo síguenla los pastores que encuentra por el campo.	5	Yo, que detrás de todos me divierto mirando, al enjambre inexperto este versillo canto:	15
Cércanla como abejas, pero, vamos al caso,	10	«apartaos, zagalejos, Clorila me ha contado que a sus flores no llegan insolentes muchachos».	20

Notas:

15. En AP, pp. 554-555; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 26.

16
ODA XIV

Como nunca de hermosa
la zagala Clorila,
se presenta a mis ojos
haciendo florecitas.

Una guirnalda teje
y con su mano misma
ciñe mi alegre frente,
por coronar mis dichas.

Ya construye una rosa 5
que emula sus mejillas,
ya una blanca azucena
que su candor imita.

En la estación risueña 25
no sale a las campiñas
más galán el verano
a expensas de su ninfa,

Ya un clavel cuyas hojas,
según su roja tinta, 10
parece que salieron
de sus labios teñidas.

como yo, zagalejos,
me presento a la vista 30
de toda la cabaña
por mi amada Clorila.

El azul de sus ojos
en una hiedra tira...
Yo creo que mi zagala 15
se retrata a sí misma.

Ayudadme, pastores,
a celebrar mis dichas
y al son de nuestras flautas 35
conmigo todos digan:

Así que ha completado
su producción florida,
de su rubia madeja
se desata una cinta. 20

«¡Ay zagaleja hermosa!,
tu Silvio te suplica
que con tus bellas flores
otra frente no ciñas». 40

Notas:

16. En AP, p. 555; en *Entreteneamientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 27-28.

17
ODA XV

Un niño pequeñuelo
con inocente mano
jugaba con las flores
de un delicioso prado;

Mas ¡ay! furiosos vientos
que corren desatados, 10
deshojando las flores
le privan de su encanto.

así se divertía 5
y con gorjeos blandos
engañaba del tiempo
algunos tristes ratos.

Llora el niño... y entonces
viendo que es un retrato
de amor, delicia, ofensa, 15
todo lo que ha pasado:

te ruego, mi Clorila,
que de algún fiero agravio
no deshojadas sean
las flores que yo canto. 20

Notas:

17. En AP, p. 555; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 29.

18

ODA XVI

Auséntate Clorila y en este mismo instante que es de todas mis dichas el triste último vale;		no con un torpe hielo vayan a marchitarse».	15
mi corazón, si puedo	5	Ella me lo asegura con aquellos modales que su dulce inocencia tiene para estos lances.	20
de este modo explicarme, como el campo se queda cuando el verano sale.		Y mientras que no vuelvan las flores de mi amante, estese mi cañuela pendiente de este sauce.	
«Adiós, digo, Clorila; y pues contigo parten las flores que conmigo no permiten quedarse,	10	Y el hijuelo de Venus que dictó estos cantares, la más amarga ausencia a llorar me acompañe.	25
te pido las defensas del invierno que sabes,			

Notas:

18. En AP, pp. 555-556; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 30-31.

LA INOCENCIA

19

ODA I

INTRODUCCIÓN		Musa, la que desdeñas a los sublimes hombres que se van a las nubes en sus grandes transportes	5
Cantar de la <i>inocencia</i> los amables candores será el más propio asunto de mi campestre albogue.			

y que sólo te dignas animar los cantores que entonan agradables sus humildes canciones.	10	de la cándida Anarda, zagala de estos montes.	
Tú, que a mi ruego fácil por estos densos bosques me acompañas algunas felices ocasiones;	15	Y haciendo este milagro verás los vicios torpes que arrastrándose huyen y en sus cuevas se esconden.	35
ahora más que nunca benigna me socorre, porque de la inocencia quiero cantar loores.	20	Verás en tus altares las más preciosas flores que brotan los afectos de nuestros corazones.	40
Loores que soberbios allá en algunas cortes desprecian los que ciegos su objeto no conocen.		Mientras que la comarca te llama con el nombre de la diosa que influye en los castos amores	
Y tú, virtud del cielo, alma inocencia, acorre, vuela y dale a mi musa tu merced y favores.	25	y la fama alentando su retorcido bronce alegre desparrama tus gracias por el orbe.	45
Preséntale tu imagen bajo el rostro y colores	30	Esto baste, inocencia, y que mi musa sople, que ya mi albogue suena y las cabañas le oyen.	50

Notas:

19. En AP, pp. 556-557; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 37-39. En *Entretenimientos poéticos*, 1823, las diez odas que siguen están dedicadas «a la Arcadia mexicana». JMG no traslada esta dedicatoria como tampoco el poema que la acompaña.

20

ODA II

LA ZAGALEJA

Érase en estos campos una graciosa niña que nunca vio la cara a la negra malicia.		por do estaba yo en vela de mis pobres cabritas.	
Llevola su inocencia de acuerdo con mi dicha	5	En sus negros ojuelos que el dulce halago habita y en sus purpúreos labios que se bañan de risa	10

se asoma milagrosa la honestidad sencilla, que si esperanza alienta, también temor inspira.	15	Mas luego su ternura, superior a lo esquivia, del suelo lo levanta y le hace mil caricias.	30
Amor, que de mi pecho su blanda cuna hacía, como yo la mirase, despierta a toda prisa.	20	¿No te acuerdas, Anarda, de las primeras vistas que tuvimos? ¡Ay tiempos de nuestra alegre vida!	35
Y luego por el aire batiendo sus alitas se va al tierno regazo de la silvestre ninfa.		Huyeron... mas dejando, sin aguar nuestras dichas, mil motivos gloriosos de inocentes delicias.	40
Ella teme cobarde al verle una ascua viva y de su seno de ámbar lo arranca y precipita.	25	Porque ellos solamente lo caduco dominan, no la virtud, que el alma sus bienes eterniza.	

Notas:

20. En AP, p. 557; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 39-41.

21

ODA III

LA SIMPLICIDAD

Cuando en la dulce Anarda cual por vidrieras veo aquella su agradable inocencia del pecho,		el nombre de la amable simplicidad le dieron.	15
me acuerdo lo que sabios decían nuestros viejos a todos sus muchachos en pastoriles versos.	5	Y que amada de todos siempre estaba con ellos, en sus selvas y chozas, en sus mesas y lechos.	20
Al son de sus zampoñas cantaban, que hubo un tiempo en que bajó a los campos una virtud del cielo.	10	Y que así como el orbe se anima por el fuego, así por ella todos los humanales pechos.	
Los hombres que al mirarla nuda y de rostro bello		Pero, que vino un día oscuro, en que con ceño doble la vio el engaño, de falsedad cubierto;	25

que asustose, y turbada, dejando nuestros techos, se fue a las soledades de los incultos cerros	30	así como en la luna el resplandor febeo!	40
a vivir con la humilde yerbecita del suelo, con inocentes aves y con mansos corderos.	35	Tú, liberal la envías de allá, desde tan lejos, tus mercedes y gracias que ella guarda en su seno:	
¡Oh virtud, que en mi Anarda tienes como un espejo,		donde yo cariñoso y rendido le ofrezco, como en ara sagrada, mil sacrificios tiernos.	45

Notas:

21. En AP, p. 557-558; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 42-44.

22

ODA IV

LA CORDERITA

Una mansa cordera tiene la dulce Anarda, que yo la di obsequioso de mi corta manada.		¿Dó, Pan, estás dormido? ¿Por qué tu ronca flauta con siete horrendas voces a las fieras no espanta?	
Sonoros cascabeles le cuelga en la garganta y un penacho le forma de cintas coloradas.	5	Y no que Anarda triste hoy llora por tu causa, sin admitir consuelo, mil lágrimas amargas.	25
Érase la ovejita en la verde campaña envidia de las otras y hechizo de su ama.	10	Pero tu llanto enjuga, tiernísima zagala, que si la oveja ha muerto aquí tienes mi alma.	30
Mas ¡ay! un lobo fiero que en la noche callada bajó cuando yacía en sueño la cabaña;	15	Mi alma que te quiere con un amor sin mancha como otra corderita que te traeré mañana.	35
del hambre que le roe el corazón y entrañas agitado la embiste y su sangre derrama.	20	Pero, cuidado, mira que de otros montes bajan otros lobos hambrientos de otras corderas mansas.	40

Guárdate siempre de ellos...
de los hombres te guarda,
que carnívoros buscan
a las simples muchachas.

Notas:

22. En AP, pp. 558-559; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 44-46.

23

ODA V

EL PREMIO

Pídenme las zagalas que les cante la bella perspectiva que forma la alegre primavera.		mil amores las cantan y sus gracias festejan;	
El caso es venturoso,	5	con otras muchas cosas que llenaron la fiesta	30
pues su favor me empeñan Lesbia, Lidia y Anarda con mil dulces promesas.		y que aunque no son malas, pero que son ya viejas,	
Rendime, pues, gozoso: rendime... ¿Y quién pudiera	10	cantaba; y luego quita de sus doradas hebras Lesbia un listón morado	35
no rendirse a la instancia de tres muchachas tiernas?		y lo faja a mi trenza.	
A su influjo suave desatose la vena y espaciose mi musa	15	Al dedo pequeñito una ebúrnea fineza saca Lidia y al mío	40
por la pintada selva.		lo hace entrar a fuerza.	
Y así cantaba el cómo y el cuándo a nuestras tierras se asomaba la diosa	20	¿Qué hará entonces Anarda, la dulce muchachuela, que mi afecto se roba con su simple inocencia?	
de la estación risueña.		¿Qué hará entonces? Me mira	45
Y cómo va sembrando sus flores por la selva, que por cogerlas corren las lindas zagalejas;		y la cara cubierta del color que le saca la virginal modestia;	
mientras que los pastores	25	se acerca titubeando y una blanca azucena	50
con blandas cañucelas		de su albo pecho arranca y la pone en mi diestra.	

Se oye al pronto un susurro como el que las abejas en el hueco levantan de la oscura colmena;	55	Yo que no entro en disputas huí de la contienda, pero dando al de Anarda mi amor la preferencia	65
porque muchos zagales que están por la pradera discurren... como todos, allá con sus cabezas.	60	porque en él contemplaba cifrada su inocencia, por la que en estos campos mis versos la celebran.	70
Unos discretos votan por el premio de Lesbia y otros por el de Lidia mil razones alegan.		Por ella, más que a nadie, le cantaré la bella perspectiva que forma la alegre primavera.	75

Notas:

23. En AP, p. 559-560; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 46-50.
v. 26. AP: *cañueclas* (por *cañucelas*); corrijo según *Entretenimientos poéticos*, 1823.

24

ODA VI

LA TORTOLITA

La tortolilla tierna que en jaulita curiosa de mimbres delicados tenía mi pastora,		el halcón afilaba sus uñas trinchadoras.	20
la que huérfana vino, por suerte venturosa, a morar en su seno como en nido de aromas,	5	Éste la sigue y ella revolando medrosa, huye y por todas partes las auras leves corta.	
la misma que a su dueño en apacibles horas su inocencia divierte y sus delicias forma;	10	Yo entonces preparaba mis flechas cazadoras con que sigo a los ciervos, los pardos y las onzas:	25
esta mañana, es cierto, de la frágil custodia saliose, dando al viento sus alas voladoras.	15	y con certera mano y en nombre de la diosa de los bosques, disparo una jara sonora.	30
Saliose cuando en lo alto de las pajizas chozas		Silbó el aire y al punto en presencia de todas las Napeas que iban en séquito de Flora	35

bajó el ave rapante
envuelta en sangre roja
y la tórtola simple
con vida milagrosa. 40

Al mirar el suceso,
estaba como absorta

Anarda y yo le dije
cantándole esta copla:

«Anarda, ten presente, 45
si sales de tu choza,
la malicia del mundo,
tu inocencia y mi honra».

Notas:

24. En AP, p. 560; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 50-52.

25

ODA VII

EL HIJO DE VENUS

Mirando la inocencia
de Anarda y lo sencillas
que se muestran las gracias
que le hacen compañía,

la insolencia presume 5
temeraria sus dichas
en el culpable goce
de fáciles caricias.

Pero, ¡cuán engañada!
pues mi celo la avisa 10
del mal en que tropiezan
las imprudentes niñas.

Por esto, aunque inocente,
de las flechas se libra
que amor, hijo de Venus, 15
le dispara encendidas.

Burlado este muchacho,
emboscábase un día,
cual cazador que acecha
incautas liebrezillas. 20

Y oculto entre las ramas
de sus cautelas fía
el triunfo a que aspiraba
de la inocencia misma.

Como otras ocasiones 25
tras sus corderas iba
buscando frescas sombras
mi Anarda simplecilla.

Sacó la cara entonces
amor y la convida 30
con sabrosas ciruelas
que allí cortado había.

Cuando ella advierte el riesgo
de las redes que pisa,
llama a su honor que acaso 35
ya en su zagal venía.

Librose; y aquí es cuando,
doblad las rodillas,
el diosezuelo astuto
de la chipriota isla, 40

mirando a todas partes
y juntas sus manitas,
mil puchericos forma
que a mí me hacen cosquillas.

Y llamando a los faunos 45
de aquellas serranías
como testigos fieles
su amparo les suplica.

Pero al fin de sus votos y plegaria infinita mezclada con un dulce torrente de mentiras,	50	Las ninfas de los montes que estaban a la vista riendo a carcajadas la fiesta solemnizan.	60
la merecida gala al pronto se le aplica que se da a los muchachos por sus travesurillas.	55	Y Cupido de entonces a mi zagala mira como gato escaldado que huye del agua fría.	

Notas:

25. En AP, pp. 560-561; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 52-55.

26

ODA VIII

LA FUENTECILLA

En el ameno soto do suelo entrarme a ratos a repasar memorias de mis pueriles años		Su linfa transparente mis ojos penetrando, alcanzaba la vista los pececillos vagos	
hay un ojito alegre de agua pura, manando el humor de algún río que corre subterráneo.	5	y las pequeñas guijas que allá como en letargo hundidas en el fondo se advierten descansando.	25
Jamás se le avecinan los sedientos ganados, porque dríadas verdes lo están siempre guardando.	10	Entonces a mi dueño, el símil apropiando por su pecho sencillo que nada me ha ocultado,	30
Al numen del silencio parece consagrado y un no sé qué respira de sueños y de encantos.	15	escribí como pude en el tronco de un árbol, cedro muy corpulento, estos versillos cuatro:	35
Alguno de estos días a su orilla sentado contemplaba lo limpio de sus cristales claros.	20	«Anarda, si a este sitio te trajere el acaso, en esas aguas mira tu natural retrato».	40

Notas:

26. En AP, pp. 561-562; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 56-57.

Vocinglera la fama cuenta cómo Cupido, burlado por Anarda, a su madre lo dijo.		y esto encierra misterios y encantos y prodigios.	35
Y cómo allá en el bosque entre espesos lentiscos fue castigado, siendo tan tierno y tan bonito.	5	¿Pues qué?, ¿no pudo Venus dar allá con hechizos la forma de zagales a sus amores mismos?	40
Y que irritada Venus rasgando sus vestidos y dando al suelo muchos de sus lucientes rizos,	10	Y ¿para qué todo esto, tú, la reina de Gnido y de Amatunta y Pafos y otros pueblos lascivos?	
tres, cuatro... y muchas veces con llantos y con gritos juraba la venganza por los lagos estigios.	15	¿Para qué tus banderas, tu poder y dominios se extienden hasta el campo de honestos pastorcitos?	45
Y que subiendo al carro y dejando los ciprios lares, a nuestras tierras derecha tomó el giro.	20	¿Para qué tanta guerra?, ¿para qué tantos tiros preparas a una joven de un pecho el más sencillo?	50
Y que en su auxilio vienen mil flecheros Cupidos, como tordos que vagan tras Ceres por los trigos.		Pero ¿qué me detengo, pastores, en deciros la insolencia de muchos amores atrevidos?	55
Mas ¿qué importa si Anarda aunque simple ha tenido para todas sus huestes un pecho diamantino?	25	Una lóbrega noche cercaron el pajizo albergue de mi Anarda, sus ojos ya dormidos.	60
El caso es como sueño, mas en verdad yo he visto un ejército grande de alegres pastorcillos,	30	Mas luego despertando y dando voces dijo: «Anfriso, acorre, vuela, tu honor se halla en peligro».	
que siguen a mi Anarda por los valles floridos:		Y ellos, como ladrones al trueno fugitivos, con su madre se fueron de vergüenza corridos.	65

Acompañadme gratos,
pastores mis amigos 70
y cantemos ufanos
al son de caramillo:

«¡Víctor!, ¡oh, Víctor grande,
Anarda, y siempre Víctor;
que aunque simple, has triunfado 75
de Venus y Cupido!»

Notas:

27. En AP, pp. 562-563; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 58-61.

v. 4. En AP: «y su madre» (por «a su madre»); sigo *Entretenimientos poéticos*, 1823.

28

ODA X

CONCLUSIÓN

Todos cantan materias según sus facultades ayudados del gusto y primores del arte.		Nicandro, de Rosenda el aliento süave de olorosos claveles cuando la boca abre.	25

Y así cantan felices los rústicos zagales las gracias de sus dueños en que más sobresalen.	5	Nemoroso, de Tírsa el cuello, comparable a la nieve, que adorna con sartas de corales.	30

Fabio canta de Mírla en cítara sonante las hechiceras voces de sus dulces cantares.	10	Todos cantan discretos según su ingenio y hacen de este modo a sus dueños sujetos memorables.	35

Floridano, de Lisi las figuras que sabe diestra formar en todos los campesinos bailes.	15	Yo empero cuitadillo en humilde lenguaje canté de la inocencia los dones singulares.	40

Amín, de Aleja lo albo de su mano tornátil cuando las cuerdas de oro de su vihuela tañe.	20	Cantelos como pude bajo el propio semblante de Anarda que es el dueño que por suerte me cabe.	

También de su Dorila los ojuelos vivaces canta el sabio Fileno en metros agradables.		Si acerté en los colores que presentan la imagen de la virtud, que es propia de genios celestiales,	45

no importa que tu nombre
se quede en estos valles, 50
Anarda, y que el silencio
para siempre lo guarde.

Toma mi albogue humilde
y en aquel árbol grande 55
que hace fresca tu choza
que penda en adelante.

Allí estará a tus ojos
sin que otro amor alabe
que el que nace de un pecho 60
sencillo y como de ángel.

¡Oh, si el tiempo quisiera
los respetos guardarle
que hacen vivir por siempre
a la virtud laudable!

Entonces él viviera 65
y tu blando carácter,
aunque simple, sería
ejemplo en las edades.

¡Ay! guárdente los cielos 70
de enemigos falaces
y tu alba frente ciñan
laureles inmortales.

Notas:

28. En AP, p. 563-564; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 61-65.

v. 72. El editor de *Entretenimientos poéticos*, 1823, Alejandro Valdés, añade en este lugar la siguiente nota: «Cuando en el año de 1807 pasaron estas diez oditas a la censura del señor don José Manuel Sartorio para que se imprimieran en nuestros diarios, comprendió tan respetable sabio todo su parecer en esta corta pero enérgica exclamación: <¿Quién puede negar su aprobación a estas bellezas tan dignas de salir al público>. De intento no he querido poner esta nota hasta el fin de ellas, porque no dudo que encantado ya el lector con su hermosura, exclamará también: <¿Quién te puede negar el tributo de la admiración, oh dulcísimo Navarrete>».

LA MÚSICA DE CELIA

...Quoniam convenimus ambo
tu calamos inflare leves, ego dicere versus.
Virgil. Eglog. 5.

29

ODA I

Id mis versitos tiernos
a la presencia augusta,
a las aras divinas
de Celia, deidad pura.

Id a sus manos albas, 5
a sus manos ebúrneas
que al jazmín hacen negro
y a la azucena oscura.

Aquellas manos sabias
que diestramente pulsan 10
el órgano sonoro
de las cantoras musas.

Besadlas, ¡ay!, besadlas
con sumisión profunda,
a nombre del que os manda 15
a tan sagrada altura.

¡Ay! venturosos hados
 tengáis y que os induzcan
 por sus muy castos ojos
 santo amor y fe pura. 20

Notas:

29. En AP, p. 564; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 66-67.

30

ODA II

Canten otros poetas de su objeto amoroso claveles por mejillas y luceros por ojos.	Así tu diva Filis con recuerdos gloriosos enjugue para siempre tus tan fúnebres lloros.	20

Mientras que en pequeñuelos dulces versos yo entono la música suave de la niña que adoro.	5	Entonces mis versillos con son más delicioso que plácido murmullo de pequeñuelo arroyo

¡Oh! préstame, divino Valdés, tu laúd de oro, el mismo que pudiera honrar al grande Apolo.	10	irán a los oídos de un simulacro hermoso, duro a mí, como blando a musicales tonos.	25

Comunícame el tierno aquel muy blando soplo que fue para tus versos como un vital favonio.	15	¡Ay, Celia!, ¡ingrata Celia! Acá como en un trono en el alma te miro y humillado te adoro.	30

Notas:

30. En AP, pp. 564-565; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 67-69.

31

ODA III

En éxtasi el más dulce mi alegre fantasía del célebre Parnaso llevome hasta la cima.	el alma me arrebatan la <i>música</i> y <i>poesía</i> .		
Entre mil caprichosas cuanto agradables ninfas	5	Estas dos bellas artes, como Iriarte decía, yo las vi que tocaban en una misma lira.	10

Y Jove, el almo padre de tan augustas hijas, desde su solio excelso luces les comunica.	15	Aquí vuelvo del rapto, Celia del alma mía, solicitando el goce de tu gracia benigna.	25
Al paternal influjo estrechamente unidas, una y otra abrazadas sus gracias eternizan.	20	Y que los dulces versos de mi tierna poesía los llevara a sus tonos tu música divina.	30
Mutuos sus sacros labios, las rosadas mejillas con ósculos se alternan en fraternal caricia.		¡Oh, si tal sucediera! ¿cuánto mejor sería la realidad que el sueño de la imaginativa!	35

Notas:

31. En AP, p. 565; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 69-70.

32

ODA IV

«¿Qué quieres, amor necio, si en pago del cariño que a Celia ingrata tienes ya su rigor has visto?		«¿Qué tienes? –le pregunto–, dímelo, ¿andas perdido?, ¿eres huérfano acaso? ¡Ay! ¡pobre muchachito!»	
¡Oh, más que el bronce dura... sí, más que el bronce mismo dura, la que maltrata a un ternezuelo niño!»	5	Ya un diluvio de llanto sus tiernos cachetitos inundaba, moviendo mi ánimo compasivo.	25
Así exclamaba cuando en mi triste retiro, dura Celia, contemplo tu rigor excesivo.	10	Y arrancando del alma un blando suspirillo me responde: « <i>papá</i> , <i>papá</i> , yo soy tu hijo.	30
Entonces, sea sueño que me cae de improviso o fantástico rapto o amoroso delirio,	15	¡Ay! ¿qué?, ¿no me conoces? Yo soy tu amor, el mismo que en Celia rigorosa a <i>mamá</i> solicito.	35
vi entrarse por la puerta de este cuarto que habito dando flébiles ayes un pequeño infantilto.	20	Porque absorto en las gracias de sus músicos trinos, elevado me tiene con sonatas y tríos.	40

Mas ella me despacha
en busca de cariños
y madre que me envuelva
a... No puedo decirlo».

«Sí, ya te entiendo, mi alma, 45
-le contesto. ¡Angelito!

vente a mi pecho, vente
a tu cuna, a tu abrigo.

Duérmete y la esperanza,
consuelo de afligidos, 50
que te mantenga... Calla,
ten paciencia, hijo mío.»

Notas:

32. En AP, p. 565-566; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 71-73.

33

ODA V

Discípula de Apolo:
cuando yo te contemplo
divertida pulsando
el sonoro instrumento;

cuando en raptos del alma 5
miro tus albos dedos
honrando del teclado
los marfiles muy tersos:

estaba por decirte
que como en grato sueño 10
escucho, aunque distante,
los acordes acentos.

Tu música agradable
con un divino fuego
alienta, sí, no hay duda, 15
alienta mi deseo.

¡Ay, Celia, Celia hermosa!,
con sus alas soberbio
sube a gozar las luces
de tu elevado cielo. 20

Más ¡ay! que deslumbrado
tan loco pensamiento
precipitado baja,
pero en amarte ciego.

Ciego en amarte sigue 25
por más que tus intentos
castigos le preparen
después de mil tropiezos.

Éste es amor constante;
mas, con tan dulce objeto, 30
las penas se hacen glorias,
favores los desprecios.

Notas:

33. En AP, p. 566; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 73-75.

v. 10. AP: *ingrato* (por *en grato*); sigo *Entretenimientos poéticos*, 1823.

34
ODA VI

Jamás, ¡oh cielo santo!, la tentación tuviera de amar niñas que juntan a lo sabias lo serías.		Mas nada habías perdido, si por la contingencia tu gracia, Celia hermosa, mi amor te mereciera.	20
Mi voluntad, medrosa en esta parte, era virgen y así tenía su algo de recoleta.	5	Podías, yo lo digo, corresponderle tierna, siquiera porque hasta ahora tú has sido la primera.	
Y mi amor, cauto niño, no obstante su inocencia, hecho voto tenía de castidad perpetua.	10	¡Oh, Celia, Celia ingrata! ¡Ay! ámame siquiera porque nunca en mi vida quise a graves ni austeras.	25
Pero ¡ay! que al contemplarte aunque adusta, discreta, todas mis precauciones las echaste por tierra.	15	¡Oh, cómo te cantara!, y al compás de tus cuerdas te dijera mil dulces, mil cancioncillas tiernas.	30

Notas:

34. En AP, pp. 566-567; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 75-76.
v. 21. *Entretenimientos poéticos*, 1823: «Podías, y yo» (por «Podías, yo»); sigo AP.

35
ODA VII

¡Oh, dichosos mil veces músicos celebrados: tú, Pleyel expresivo, tú, Hayden soberano!		Yo no le trocaría por el eterno ramo que en su dorada frente ostenta Apolo ufano.	15
¡Dichosos! sí, por vuestras obras de ingenio raro que acaso la hábil Celia ahora está estudiando.	5	Vuestras composiciones, por virtud o milagro, hagan su alma más dulce y su genio más blando.	20
Esto os hace, no hay duda, aún más afortunados; ¿para qué mayor gloria?, ¿para qué mejor lauro?	10	Susciten en su pecho, en su pecho más blanco que la cándida nieve y el bruñido alabastro,	

aquellos sentimientos	25	el mismo amor que en ella	
divinos, más que humanos,		tiempo ha que estoy buscando,	30
que presumen de tiernos		por lisonja, a lo menos,	
sin desmentir lo castos,		del gusto con que la amo.	

Notas:

35. En AP, p. 567; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 76-78.

36

ODA VIII

Inconsolable estaba		como niño criado	
el niño Amor y dicen		con tus tiernos melindres.	
que a su madre la diosa			
así le llora triste:		Estos son en mis pascuas,	25
		en mis pascuas felices,	
«¡Ay, madre! no sé cómo,	5	mi turrón de Alicante	
no sé cómo decirte		y también mis confites;	
que Celia inexorable			
no quiere recibirme.		y que cuando se llegan	
		mis cumpleaños me sirven,	30
Esta deidad me agravia		sí, los dulces halagos,	
cuando es que no me admite	10	de muy preciosos dijes».	
porque intereses bajos			
son mis únicos fines.		Entonces Venus blanda,	
		risueña es que le dice:	
¿Qué dices, madre, de eso?,		«Anda, cuitado, aprende	35
alma madre, ¿qué dices?;		las chanzas femeniles.	
pues yo ¿para qué quiero	15		
los dones contentibles?		Y a la deidad que nombras	
		y en gracias me compite	
Aunque muchacho, no ando		dile que eres muchacho	
con empeños pueriles		digno que te acaricien.	40
ni hago el trato un comercio			
que me desacredite.	20	Que te quiera, que te ame,	
		que te adore y estime,	
Yo busco los halagos		que a su seno te lleve	
en tonos apacibles,		y que en él te eternice».	

Notas:

36. En AP, p. 567-568 en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 78-80.

La música y poesía por tus hijas las tuve y en armónicos lazos las hiciste insolubles.	20	que un punto no se aparten las hijas de tu numen.	
¡Ea! vaya, Apolo, dile que con su hermana junte a mi poesía tierna, por más que la repugne.		¡Oh!, si tal sucediera yo en métricas laudes su clave elevaría a esos cielos azules	30
Que es paternal precepto y es fuerza se ejecute,	25	para que allí brillara, como la lira ilustre del milagroso Orfeo, entre las claras luces.	35

Notas:

38. En AP, p. 568-569; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 82-84.

39

ODA XI

¿Conque puedo entregarme al consuelo?, ¡dichosas de amor las dulces flechas que cuentan mil victorias!		¿la sientes tú? pues deja, deja abrasarle toda.	15
La mayor fue vencerte, sí, Celia, y más que todas al amor acredita de fuerza poderosa.	5	¡Oh, blandos Cupidillos! con alas vagorosas volad, venid, tejednos bellísimas coronas.	20
Todo el amor lo vence y por el alma toda se me entra y me consume su tea abrasadora.	10	Quemad inciensos suaves, esparcid frescas rosas, cantadnos dulces himnos con gargantas sonoras.	
Pero, ¡qué dulce! ¡ay, Celia! ¡ay, Celia muy hermosa!		Y repetid alegres de amor la gran victoria: si Celia con su clave, Fidelio con sus odas.	25

Notas:

39. En AP, p. 569; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 84-85.
v. 1. AP: *Con qué* (por *Conque*); sigo *Entretenimientos poéticos*, 1823.

A CLORI EN EL LECHO

Deja tu lecho, zagaleja mía, tu dulce lecho do en quietud reposa el albo cuerpo como suave rosa que embalsama la fértil pradería.		y una turba de pájaros cantores ofrece a tu llegada alegre fiesta. Saldrán del río por besar tus huellas	
Ya que empiezan sus varias tonadillas	5	náyades bellas, napeas hermosas, tirando rosas irán delante y en el instante	30
las avecillas y envía el cielo su luz al suelo, tu lecho deja mi zagaleja,	10	que llegues al umbral del bosque denso, las dríadas quemarán sagrado incienso.	35
por venir a coger tempranas flores al lado del zagal que es tus amores.		Mas ¡ay, mi zagaleja!, ¿por qué tardas?, ¿por qué lardas? ¡ay! dímelo. ¿No vienes? ¿Por qué causa enemiga te detienes? ¿Mi lado no le ofrezco? Pues ¿qué aguardas?	40
Sus alas agradables manso el sueño levante de tus párpados preciosos y brillen tus ojuelos luminosos como la luz del día más risueño.	15	¡Ay zagaleja, como piedra, dura	
Tu boca de claveles carmesíes		a mi ternura! Ya desespero: sacó primero el sol su cara	45
o de alélíes bostece dando aliento blando; así la rosa muy olorosa	20	que me alumbrara,	
abre su copa de encendida grana al despertar con risa en la mañana.		siquiera para alivio a mis enojos, la alegre luz de tus risueños ojos.	
Tu mano me darás, que la floresta te aguarda ansiosa desparciendo olores	25		

Notas:

40. En AP, pp. 569-570; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 130-132. | En los *Entretenimientos poéticos*, 1823 esta composición integra la serie «Odas a diversos asuntos»; lleva el número 12, aunque –como bien se advierte en la fe de erratas– corresponde el 11.

A LOS CANARITOS DE LISI

Pues la bella Lisi os lleva el compás, tiernos canaritos, alegres cantad;		ya en fúnebre tono que incite a llorar.	20
cantad y en su escuela os aprovechad: ¿dónde habréis fortuna al intento igual?	5	Como quiera suena su voz celestial que siempre divierte y cansa jamás.	
Su albo pecho tiene voz angelical que siempre divierte y cansa jamás.	10	Cuando a la jaulilla do alegres estáis cautivos se acerca y lección os da	25
Ya un himno le diga al ciego rapaz, ya celos, ya ausencia se ponga a cantar.	15	otros pajarillos quisieran trocar por prisión tan dulce toda libertad.	30
Ya en módulo alegre de fiesta nupcial,		Y así, canarillos, alegres cantad, pues la bella Lisi os lleva el compás.	35

Notas:

41. En AP, p. 570; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 141-142.

CUATRO JUGUETILLOS A CLORILA

JUGUETILLO I

Arroyuelo que caminas a la aldea de Clorila:		Esté ahora en su orilla tras sus blancas corderitas	10
corre, corre, dila, dila que la adora la alma mía.	5	o cortando clavellinas con las otras pastorcitas	15

o asomando		corre, corre,	
sus mejillas		dila, dila	
en tus aguas		que la adora	
cristalinas;	20	la alma mía.	

Notas:

42. En AP, pp. 570-571; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 144-155.

43

JUGUETILLO II

¡Ay Clorila!		son imanes	15
tus ojuelos		de mi afecto.	
son imanes			
de mi afecto;		Si están tristes	
		son muy tiernos	
son estrellas	5	y si alegres,	
de tu cielo		muy risueños;	20
que me envían			
dulce fuego;		si se enojan	
		son severos;	
son antorchas		si acarician,	
de amor tierno	10	halagüeños.	
que se ceban			
en mi pecho;		Son graciosos;	25
		son parleros;	
son divinos		son imanes	
tus ojuelos,		de mi afecto.	

Notas:

43. En AP, p. 571; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 145-146.

44

JUGUETILLO III

Mira, Clori,		mil cariños	
dos amantes,		ya se hacen.	
inocentes			
tiernas aves		Con piquillos	
		muy süaves	10
en la copa	5	ya se inclinan	
de aquel sauce		a besarse.	

Mas ¡ay, Clori! que esta imagen a los ojos agradable,	15	la inocencia de las aves. .	
el veneno nos persuade con instancias amigables.	20	De esto, Clori, no se hable que eres niña y esto baste.	30
¡Ay! huyamos de este valle, no su incendio nos alcance		Adiós, Clori, que la tarde ya me obliga a dejarte.	35
y en nosotros sea culpable	25		

Notas:

44. En AP, p. 571; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 147-148.

45

JUGUETILLO IV
EL CENTZONTLI

Pajarillo que süave con mil voces variantes		con mil himnos agradables que le digan estas salves:	20
sabio riges el volante coro alegre de las aves:	5	salud, ninfa deseable, primavera de estos valles.	
junta a todas y que alaben en capilla resonante	10	El arroyo al mirarte entre peñas brinque y salte.	25
a Clorila que ya sale al paseo de los sauces;	15	La floresta se engalane y su aroma te regale.	30

El favonio que te halague con su aliento saludable.	35	Y de Silvio los cantares te repitan incesantes:	
Las pastoras y zagales ni te envidien ni te manchen.	40	salud, ninfa deseable, primavera de estos valles.	45

Notas:

45. En AP, p. 572; en Manuel Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, t. 2, México, Imprenta de Valdés, 1823, pp. 1-3 (apéndice). | Título: [*N. de JMG*] El ruiseñor mexicano.

46

LETRILLA

LA ROSA DEL VALLE

Derramando luces al oriente sale en carro de fuego el día más grande, día en que celebran por estos lugares todos los amores <i>la rosa del valle.</i>	5	¡Oh! viva felice y un cerco punzante de mano atrevida por siempre la guarde; guárdela, no sea que fuerte la arranque y marchita quede <i>la rosa del valle.</i>	25 30
La niña preciosa de claro linaje que a sus plantas tiene la suerte brillante; la que es por su rostro de Venus imagen y por gracias muchas <i>la rosa del valle.</i>	10 15	Viva y el invierno sus hojas no escarche y la primavera ría en su semblante. Lejos de ella todos los tristes pesares, pues bien lo merece la rosa del valle.	 35 40
La que sus esencias despide suaves, llevando con ellas tras sí los amantes; la que es el hechizo de las voluntades, porque encanta a todos <i>la rosa del valle.</i>	 20	Que el amor más puro que en estos cantares celebra su día gozoso y afable dirá en todos tiempos y en todas edades: mil veces que viva <i>la rosa del valle.</i>	 45

Notas:

46. En AP, pp. 572-573; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, 4-6 (apéndice).

VERSOS BOLEROS

47

I

No pasen por los campos
del amor, niña,
porque más que las rosas
son las espinas;

espinas crueles
que punzan en el alma
de quien bien quiere.

5

Notas:

47. En AP, p. 573; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 152.

48

II

Al ceñirte la frente
de flores varias,
los pájaros alegres
te saludaban:

no de otra suerte
que al alba cuando asoma
por el oriente.

5

Notas:

48. En AP, p. 573; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 154.

49

III

Alégranse los campos
cuando se asoma
al balcón del oriente
la blanca aurora:

así se alegran
mis ojos cuando asomas
tu cara bella.

5

Notas:

49. En AP, p. 573; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 155.

50

IV

Cuando el sol con su manto
la noche cubre,
lloran tristes los campos
sus bellas luces:

del mismo modo
lloro cuando se ausentan
tus bellos ojos.

5

Notas:

50. En AP, p. 573; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 155.

51

V

Un amante que en sueños
tiene sus gozos
diga que le mantienen
consuelos bobos;

¡triste del dueño
que me sueña en sus brazos!,
¡qué verde está eso!

5

Notas:

51. En AP, p. 573; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 157.

52

VI

Ciertos amantes rondan
a una doncella;
me parece una rosa
llena de abejas:

dentro de breve
la dejarán marchita
como hacen siempre.

5

Notas:

52. En AP, p. 573-574; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 158.

53

VII

Cuando miro dos niñas
que se cortejan,
me parece que miro
farsa chinesca

donde las sombras
hacen veces de amantes
unas con otras.

5

Notas:

53. En AP, p. 574; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 160.

54

VIII

El amor me halagaba	y desde entonces,	5
como por trisca,	herido de sus puntas,	
me halagaba con flores	no quiero flores.	
llenas de espinas		

Notas:

54. En AP, p. 574; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 160.

55

IX

Enfermósele a Venus	Venus entonces	5
de ético su hijo,	le dice: «mama, mi alma,	
pero mientras más mama,	mama y no llores».	
más llora el chico;		

Notas:

55. En AP, p. 574; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 161.

56

X

Cierta niña rodeada	donde, si acaso	5
de mil cortejos	la huelen, no la comen	
es carne en garabato	los pobres gatos.	
segura de ellos,		

Notas:

56. En AP, p. 574; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 161.

57

XI

Niña, tu flor esconde
de amor astuto,
mira que tras las flores
quiere los frutos

y con el tiempo
ni estos le satisfacen,
que es mal contento.

5

Notas:

57. En AP, p. 574; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 162.

58

XII

Al amor ya no pintan
de ojos vendados,
carcaj sobre los hombros,
flecha en las manos;

ahora lo pintan
ofreciendo a las damas
lazos y cintas.

5

Notas:

58. En AP, p. 574; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 163.

59

XIII

La mujer me parece,
en ocasiones,
gato que en casa ajena
busca ratones,

sin otra causa
que porque a nadie gusta
lo de su casa.

5

Notas:

59. En AP, p. 574; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 163.

60

A FILIS EN EL CAMPO

Oye, Filis, lo sonoro
de melodiosas cadencias
que en acordes competencias
trina ya el volante coro;

cada pájaro canoro
parece que está apostando
y su piquillo variando
va con tan grato primor,

5

que un órgano volador se está en el aire escuchando.	10	tras de ellos van los zagales tañendo y cantando amores: así tienen por mejores su libertad, su cabaña, que aquel fausto que acompaña a las ciudades mayores.	35 40
Mira tantos nacimientos de arroyuelos, cuya plata susurrando se desata por esos valles sedientos; con uniformes acentos y compases distribuidos van quedando suspendidos de sus músicos rumores, hasta que en cama de flores se quedan como dormidos.	15 20	Mira la selva vestida de un verde que por los ojos se entra a quitar los enojos de la alma más afligida; en ella la comalida oveja puede encontrar cuanto tenga que desear: la mesa para comer, el campo para correr, lecho para descansar.	 45 50
Mira la hermosa arboleda de verde pompa vestida y como que nos convida a pasear por su alameda; alegre el ánimo queda respirando la frescura con que brinda la espesura de los árboles, que son ya un toldo, ya un pabellón a tu divina hermosura.	25 30	¡Dichoso yo, que a tu lado ando el campo y sus florestas en las mañanas y siestas libre de todo cuidado! Ahora siéntate en el prado, a la orilla de esta fuente: aquí, Filis, mutuamente nos haremos mil amores y con guirnaldas de flores nos ceñiremos la frente.	 55 60
Mira cuántos animales, en cuyas pintadas pieles se esmeraron los pinceles y dibujos naturales;			

Notas:

60. En AP, pp. 574-575; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 180-183. | [N. del a.] El que llegare a leer estas décimas tendrá mucho de qué reír; pero el viejo Góngora me las agradecerá. No es malo el consuelo.

61

A UNOS OJOS

Cuando mis ojos miraron de tu cielo los dos soles, vieron tales arreboles que sin vista se quedaron;		por lo que duelete de ellos que, aunque te causen enojos, son girasoles mis ojos de tus ojos soles bellos.	10
Mas por ciegos no dejaron de seguir por sus destellos,	5		

Notas:

61. En AP, p. 575; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 193. | [N. del a.] Esta produccioncilla fue el primer gorjeo de mi musa.

62

DUDA AMOROSA

Si por una cosa rara dos corazones tuviera, en uno Filis entrara, en otro a Doris pusiera y así a las dos contentara.	5	sin duda a cada una diera la mitad del corazón.	20
Pero si uno solo tengo no podré darlo a ninguna, porque luego me detengo en que si lo doy a la una, al rigor de la otra vengo.	10	Así una vez discurría y amor que en mi pecho estaba, en lo interior me decía que si a dos darlo pensaba, a ninguna lo daría.	25
Darlo a las dos es buscar, si se examina despacio, guerra en que siempre han de estar, porque en un solo palacio dos no pueden gobernar.	15	Que es ley la más oportuna, aunque de un tan ciego dios, que se quiera a sola una, porque aquel que quiere a dos no quiere bien a ninguna.	30
Qué hacer en tal confusión no alcanzo; mas si supiera, que no había de haber cuestión,		Luego el corazón le di a Doris; y mal pagado, al punto me arrepentí de que no le hubiera dado a Filis: ¡triste de mí!	35

Notas:

62. En AP, p. 575-576; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 197-199.

63

A UN CANARITO DE CELIA

¡Ay, pobre canarito, que con flébiles ayes llamas al dulce dueño que te llevó la muerte inexorable!		¡Ay cómo representan tus lúgubres cantares el amor que perdiste, amor difunto que en la nada yace!	10
¡Ay triste y cómo llenas de suspiros los aires que volverte no pueden a nueva vida la consorte amante!	5	Suspende de tus quejas los fúnebres compases con que a llanto provocas al coro alegre de las dulces aves.	15

Parece que refieren los sabrosos instantes que en el mullido lecho son premio dulce de desvelo amante.	20	Págale sus oficios, sus oficios tan grandes de ternura con quiebros que trinas a la aurora cuando sale.	30
Procura, ¡ay! sí, procura de tu dueño olvidarte y sea total remedio para tanto dolor un nuevo enlace.		¡Qué bella pajarita te presenta! ¡Qué talle! ¡Qué ebúrneo su piquillo! ¡Qué pintado y qué muelle su plumaje!	35
Ya de la hermosa Celia, movida a tus pesares la ternura se empeña para que en otro amor alegre cantes.	25	Llévala al dulce nido, que puedo asegurarte que todos serán gustos, pues de los muertos no hace aprecio nadie.	40

Notas:

63. En AP, p. 576; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 199-201.

v. 37. AP: *Llévalo* (por *Llévala*); corrijo según *Entretenimientos poéticos*, 1823.

64

LA MAÑANA

Ya se asoma la cándida mañana con su rostro apacible; el horizonte se baña de una luz resplandeciente que hace brillar la cara de los cielos.		con el jugo sutil que les discurre por sus secretas delicadas venas. Alegre la feraz naturaleza se levanta risueña y agradable; parece cuando empieza su ejercicio	25
Huyen como azoradas las tinieblas a la parte contraria. Nuestro globo que estaba al parecer como suspenso por la pesada mano de la noche, sobre sus firmes ejes, me parece que le siento rodar. En un instante se derrama el placer por todo el mundo.	5	que una mano invisible la despierta. Retumban los collados con las voces de las cantoras inocentes aves, susurran las frondosas arboledas y el arroyuelo brinca y mueve un ronco	30
¡Agradable espectáculo! ¡Qué pecho no se siente agitado, si contempla la milagrosa luz del alma día? Ya comienza a volar el aire fresco y a sus vitales soplos se restauran todos los seres que hermocean la tierra. El ámbar de las flores ya se exhala y suaviza la atmósfera; las plantas reviven todas en el verde valle	10	pero alegre murmullo entre las piedras. ¡Qué horas tan saludables en el campo son éstas de la luz madrugadora, que los lánguidos miembros vigorizan y que malogran en mullidos lechos los pálidos y entecos ciudadanos!	35
	15	Todo excita en el alma un placer vivo que con secreto impulso la levanta a grandes y sublimes pensamientos. Todo lleva el carácter estampado de su hacedor eterno. Allá a su modo parecen alabar todos los entes	40
	20		

la mano liberal que los produce. Todo se pone en pronto movimiento: cada cual de los simples habitantes comienza su ejercicio con el día. Tras su manada de corderas blancas Leda la pastorcilla se entretiene tejiendo una guirnalda, que matiza de varias flores para su alba frente. El vaquero gobierna su ganado, que se dilata en el hermoso ejido. El labrador robusto se dispone para el cultivo del terreno fértil. Voime al sembrado que la providencia con su invisible diestra me señala; sufiré el sol ardiente, pero alegre con los frutos sazones y abundantes que los sulcos me dan que beneficio. Apagado el bochorno de la tarde, me volveré a mi choza apetecible, morada de la paz y de los gustos, donde mi esposa dulce ya me espera con sus brazos abiertos; mis hijitos, después de recibirme con mil fiestas, penderán de mi cuello; ciertamente que vendré a ser entonces como el árbol de que cuelgan racimos los más dulces. ¿Y he de trocar entonces mi cabaña, aunque estrecha y humilde, por el grande y soberbio palacio donde brilla como el sol en su esfera un señor rico, pisando alfombras con relieves de oro? Nada menos. Tampoco este instrumento, este instrumento rústico y grosero, bienhechor, que me da lo necesario	45 50 55 60 65 70 75	en todas las urgencias de mi vida, por el cetro brillante que un monarca empuña con su diestra poderosa. No cabe el gozo dentro de mi pecho ni de alabar me canso en la mañana al padre universal de las criaturas que miro en esa luz madrugadora, sin dejarlo de ver en las restantes producciones tan grandes de su seno. ¡Oh, cuántas!, ¡cuáles son! ¡y qué admirables! Pero ninguna como el alba hermosa que parece que a todos les da vida enviándoles la luz de su semblante. ¡Oh, risa de los cielos y alegría de estos campos felices! Precursora de los rayos del sol, yo te saludo. Las frescas sombras, las campiñas verdes, las fuentes claras, los favonios blandos, las aves dulces y las flores tiernas te saludan también allá a su modo. Su faz hermosa la naturaleza sacar parece del sepulcro ahora; todos sus entes cobran nueva vida a tu presencia dulce y agradable. Corren las fieras a sus cuevas hondas, brincan las cabras, los corderos balan, llaman las vacas a sus becerrillos, mugen los toros y responde el eco que sale de los montes retumbando. Los pastorcillos y las zagalejas sonoros himnos canten al eterno autor que baña tu semblante hermoso de tan alegre luz por la mañana.	80 85 90 95 100 105

Notas:

64. En AP, pp. 576-577; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 219-224.
v. 67. AP: *vendrá* (por *vendré*)»; corrijo según *Entretenimientos poéticos*, 1823.

EL AMANTE MÁS FIEL DE LOS PASTORES
ÉGLOGA PRIMERA

65

DEDICATORIA

A ti, con quien mi amor en algún día
De mi albugue al compás triste cantaba
y tu voz sus cadencias alternaba
cual eco que mis ayes repetía;

a ti, que de mis penas la porfía
por la estrecha amistad que nos ligaba
de suerte el corazón te traspasaba
que la llorabas tuya, siendo mía;

A ti, Berardo, a ti justo es resuelva
dedicar este afán, corto servicio,
porque así a respirar contigo vuelva;

5 acepta, pues, de amor el sacrificio
en versos que las ninfas de la selva
escucharon de Mopso y de Fenicio.

10

Notas:

65. En AP, p. 578; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 232. | El editor de *Entretenimientos poéticos*, 1823 antepone a la dedicatoria la advertencia que copiamos: «Compuso el autor las dos siguientes églogas siendo muy joven, cuando, por lo mismo, aún no podía poseer todos aquellos conocimientos que se requieren en este ramo de la poesía. Así lo expresó en un cuaderno escrito de su puño, donde dice que no las extraía de ese lugar porque no escribía para el público, sino para los amigos privados. Sepa también el lector, que la formación de ellas fue obra de poquísimo tiempo».

66

POETA, MOPSO, FENICIO

POETA

Ya las nocturnas aves
del monte horrorizaban la espesura
con sus lamentos graves
y el negro velo de la noche oscura
bajando de la lóbrega montaña
se extendía a la rústica cabaña,

cuando Fenicio herido
del acerbo dolor que le atormenta,
del mal entretajido
albergue pastoral triste se ausenta
para dar sin medida a su quebranto
el infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero
su débil contextura sustentaba,
el rostro lastimero
sobre el cansado pecho reclinaba
y hacia al suelo doblando su estatura
un espectáculo era de ternura.

5 En traza tan penosa
poco a poco los pasos dirigía
a la montaña umbrosa
y en llegando a su espesa serranía
de esta suerte, sentándose en un tronco,
desató de su voz el eco ronco.

15

20

10

FENICIO

¡Oh noche, a mi tristeza acomodada!
 ¡asilo de mi grande sentimiento!
 a tu silencio sólo revelada
 la causa puede ser de mi tormento;
 diga, pues, mi dolor la voz cansada
 y salga de este pecho el mal que siento,
 siendo testigos las montañas rudas,
 las peñas sordas y las selvas mudas.

Que aunque siempre serán quejas en vano,
 pues mi mal ¡ay de mí! no tiene cura,
 no sé qué de consuelo el pecho humano
 siente con expresar lo que le apura;
 hable pues de mi dueño que tirano
 mi pena, mi dolor, mi mal procura:
 de Doris, sí, de Doris tanta mengua
 que siente el corazón diga la lengua.

¿Qué motivo ¡ay dolor! ingrata fiera
 pudo dar ocasión a tal desvío,
 que ofendiendo mi amor y fe sincera
 sujetas a otro amante tu albedrío?
 ¿Por ventura no soy el que antes era?
 ¿Pues cómo ya te enfada el amor mío?
 ¿Cómo así con tan súbita mudanza
 muere tu amor, acaba mi esperanza?

¿A dónde está el amor y la fe pura
 que en aras de tu pecho me juraste?
 ¿A dónde retiraste mi ventura
 y de mí tan cruelmente la apartaste?
 ¿A dónde mi regalo y mi dulzura
 y en ellos mi alma y vida te llevaste?
 ¿A dónde?, ¿a dónde, di, Doris, a dónde
 tanto bien ¡ay de mí! tu mal esconde?

¿Conque llegó por fin tu atrevimiento,
 sin alma, sin razón, sin fe, sin juicio,
 a quebrantar el mutuo juramento
 con que al amor hicimos sacrificio?
 Más qué fiera con tal procedimiento
 te acreditas ¡ay Doris! con Fenicio;
 más que fiera... sí, Doris ¿quién creyera?
 ¡Ay Doris, Doris... Doris más que fiera!

¡Qué traición! ¡qué rigor! ¡qué alevosía, 65
 ofendiendo mi amor, es la que has hecho!
 Pues cuando el daño menos precavía,
 porque estaba, aunque mal, muy satisfecho,
 le robaste el contento a la alma mía,
 dándole a otro pastor tu fácil pecho: 70
 más allá de la negra infamia toca
 lo alevoso de tu hecho y acción loca. 30

¿Quién creyera que ingrata me pagaras
 con tanta falsedad, tanta vileza,
 los tiernos holocaustos que a tus aras 75
 ofrecía cuotidianos mi fineza?
 ¡Oh si tu culpa a conocer llegaras!
 Quizá mirando entonces tu bajeza,
 por no manifestar perdido el juicio,
 amaras como de antes a Fenicio. 80

Mas si apartado estoy de tu memoria
 y por otro llegaste a mal quererme,
 ¿cuándo podré gozar mi antigua gloria?,
 ¿cuándo podré en tus ojos complacerme?,
 ¿cuándo podré de amor cantar victoria?, 85
 ¿cuándo en tus dulces brazos podré verme?,
 ¿cuándo podré...? ¡ay de mí!, no tienen cuándo
 los regalos de amor que estoy llorando. 45

¡Ay!, que de rabia y cólera reviento
 mirándome por otro desdeñado; 90
 el corazón del fiero sentimiento
 parte a parte le tengo traspasado;
 desmáyase el valor y el sufrimiento
 y del remedio ya desesperado,
 para aplacar un tanto mis enojos, 95
 lloran hasta cegar mis tristes ojos.

POETA

Aquí quedose mudo,
 porque el dolor el pecho le oprimía
 y cuando ya no pudo
 con la lengua explicarse, se valía 100
 de los ojos que son más elocuentes
 en idiomas de lágrimas corrientes.

Del tiempo la balanza
 ya con iguales horas se movía

y sin tener mudanza
 en sus lágrimas tristes parecía
 que para dar alivio a sus ojos
 el alma liquidaba por los ojos.

Cuando a breves instantes
 como el cielo de nubes revistiese
 sus antorchas flamantes
 y sus faldas el monte estremeciese
 de los horrendos truenos al amago,
 esperando en sus troncos el estrago;

Como enojado el viento
 corriese por la sierra, despojando
 de su hojoso ornamento
 a las plantas con que iba tropezando
 y quedase aquel sitio de tal modo,
 que infundiendo pavor estaba todo.

Enjugando su llanto,
 a la rotura de una bruta peña
 retirase entretanto;
 el cielo daba de sereno seña,
 que ya, según lo mucho que llovía,
 en agua al parecer se deshacía.

Con quietud procuraba
 mitigar por entonces sus congojas
 y la noche pasaba
 en el lecho fatal de ásperas hojas,
 dando alivio a sus ojos entre tanto
 que volvía de nuevo al triste llanto.

En fin, ya el claro día
 daba para llegar pasos violentos
 y puesto en armonía
 el curso de los bravos elementos
 se asomaba la aurora a su ventana
 alegrando la cándida mañana.

Entonces la caverna
 el infeliz pastor desamparaba
 y a tierra más interna
 sus trabajados pies enderezaba,
 cuando Mopso saliéndole al camino,
 los pasos le estorbó de su destino.

105 Era éste un ganadero 145
 de distinta cabaña, que había sido
 su amado compañero
 en otro tiempo, porque habían vivido
 teniendo sus albergues inmediatos,
 probando su amistad con fieles tratos. 150

110 Después que se pagaron
 algunas afectuosas expresiones,
 que siempre acostumbraron
 los amigos en tales ocasiones,
 a la sombra de un roble se acogieron 155
 y principio a su plática pusieron.

FENICIO

120 ¿Qué fin de tu cabaña te ha sacado
 quieres decirme, amigo el más querido?

MOPSO

125 Dorisa, la zagala a quien he dado
 por justo premio el corazón rendido. 160

FENICIO

130 Dichoso aquel amante que pagado
 vive, sin las ofensas del olvido;
 no así yo, Mopso: escucha de mi historia
 mil cosas que enternecen mi memoria.

135 A tiempo que sus bodas celebraban 165
 dos amantes dichosos cierto día,
 a los campos me fui donde se hallaban
 con música expresando su alegría.
 170 Acerqueme curioso adonde estaban
 las zagalas y aun no bien recorría 170
 la vista desgraciada, cuando luego
 cual con la luz del sol me quedé ciego.

140 Era Doris, la misma que al instante
 en su mirar risueño prometía 175
 ternura a mi cariño titubeante
 que mi rendido pecho le ofrecía;
 entonces pareciome que de amante
 venturoso la suerte me sería,

pues saliendo a mis labios mil arrojos, se asomaban afectos a sus ojos.	180	Hasta que en fin, inestable la fortuna o la misma desgraciada cautelosa dispúsome ocasión tan oportuna que me fuera el callar sensible cosa: no corrió con más fuerza fuente alguna	225
Dieron fin a la fiesta los pastores y acompañarla ofrezco hasta su casa; mas temiendo del vulgo los rumores, en admitir la oferta anduvo escasa; no juzgué sus reflejas inferiores como que sé lo que en el mundo pasa y así me despedí tocando ufano albos jazmines de su blanca mano.	185	cuando rompe los diques impetuosa después de largo tiempo aprisionada que mi alma al expresarse apasionada.	
A mi albergue me fui y aunque pudiera facilitar consuelos la esperanza, el corazón se abrasa y una hoguera en suspiros de amor afuera lanza; la deidad de la noche en su carrera soñolienta pasaba con tardanza; pero habiendo llegado el claro día, a la casa de Doris me partía.	190	Díjela pues, del mal que adolecía con vivas y eficaces expresiones y a la de amor continua batería el muro se rindió de sus razones. Conquistado el respeto en aquel día unimos nuestros tiernos corazones y dándonos recíprocos abrazos fueron nudos estrechos nuestros brazos.	230
De nuevo me enardezco y cuando intento aliviar con su vista mi quebranto, los incendios de amor hallan fomento y los deseos crecen otro tanto; freno pongo a cualquier atrevimiento temiendo un disfavor; mas entre tanto no dejaba el amor de hacer conquista, ya que no con la boca, con la vista.	195	Vigilante el amor, nuevo cuidado en adelante puso a su belleza y era tanto mayor que en lo pasado cuanto hasta entonces fue más su fineza; igualmente oficioso que elevado en empeños de toda su terneza mis manos la servían y a sus soles eran siempre mis ojos girasoles.	240
Repito mis visitas obsequioso y cual soldado en la campaña instruido ya se muestra cobarde, ya animoso, ya triunfante en la lid o ya vencido, de la misma manera cauteloso, me hago ya despreciado o ya querido: oportuna materia para luego a la mina de amor prenderle fuego.	200	Desde luego su afecto me obligaba y como ya otra Doris parecía, el obsequio futuro anticipaba cuando algunos presentes le servía; unas veces de un modo le expresaba y otras de otro el amor que le tenía: acciones con que suelen los amantes obligar a sus dueños a constantes.	245
En este, aunque amoroso, triste estado, sujeto del honor a la cadena, en la cárcel del pecho aprisionado lamentaba el amor su dura pena. Diez palacios había el sol dorado y la luna se vio diez veces llena sin que diese por tímida la boca, libertad a pasión que en muerte toca.	205	Luego que por abril de blandas flores el abundoso campo se vestía, a ejemplo de los más tiernos pastores las guirnaldas más bellas le tejía; pretendían acaso mis amores agitados a impulsos de alegría que cuando al campo su hermosura fuera la adorara la misma primavera.	250
	210		
	215		
	220	El otoño conforme se asomaba y sazonzados frutos ofrecía,	260

las primicias más gratas le llevaba
que el cultivado soto producía.
Parece que mi amor sólo cuidaba 265
de ver cómo a su Doris complacía,
pues aún en tiempos menos liberales
mis oficios se vieron siempre iguales.

Desde luego en naciendo el corderillo
más hermoso y galán por sus colores, 270
purificado en aguas de tomillo
y en otros aromáticos licores,
coronado del más tierno ramillo
y salpicado bien de nuevas flores,
a sus aras llevaba en sacrificio 275
del amor y la fe de su Fenicio.

Ocasión no faltó en que mis desvelos,
haciéndose enemigos de las aves,
cogiesen de sus nidos los polluelos
que diesen a mi Doris cantos suaves: 280
industriosos acaso mis anhelos,
pues querían tal vez que en tonos graves
y dulces, de la música del alba
también hicieran a mi Doris salva.

Así el tiempo pasaba y sin las guerras 285
de celos se gloriaban mis amores;
tres veces el verano en nuestras tierras
coronado salió de nuevas flores
y otras tantas los montes y las sierras
lloraron del invierno los rigores 290
sin que alterase el mar de mis dulzuras
ni el aire de ligeras desventuras.

Pero vino ¡oh dolor! ¡triste memoria!
otro tiempo en que todo se perdiera,
tiempo en que diera fin toda mi gloria, 295
tiempo en que todo mal en mí se viera.
¡Oh tiempo en que el laurel de mi victoria
seco se sin que yo lo mereciera!
¡Oh tiempo!, ¡tiempo en que quedó triunfante
otro, si más feliz, menos amante! 300

Entonces, Mopso, cuando está más viva
la llama de mi amor, cuando más fuerte
agita el alma, de mi bien me priva
crüel influjo de mi mala suerte;

y entonces ¡ay de mí! Doris esquivaba 305
parece que en mi ausencia ve mi muerte,
pues violando el amor y la fe pura
mancha con otro dueño su hermosura.

Cuando perdida advierto yo su gracia
y el rigor a que ingrata me condena, 310
y veo de mi amor la ineficacia
y en otros brazos la contemplo ajena,
crece tanto el dolor de mi desgracia
y de su ingratitud la grave pena,
que levanto la voz de mis querellas 315
hasta herir esa bóveda de estrellas.

Sí, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,
cual por el monte fiera embravecida
las plantas trozo, los peñascos muerdo,
procurando acabar mi amarga vida, 320
me falta la razón, el juicio pierdo;
y enferma el alma con mortal herida,
no sé cómo despojo de mi saña
no encuentro mi sepulcro en la montaña.

Pluguiera al cielo que de sus enojos 325
(antes que de mi Doris las estrellas
hubiera visto de sus negros ojos)
me hubiesen abrasado las centellas,
pues ahora que contemplo los despojos
que el amor me ofreció en sus luces bellas 330
tan sin remedio en otro dueño, quedo...
quedo... como explicarte yo no puedo.

MOPSO

Hazte, Fenicio amigo, hazte violencia
para romper los lazos amorosos;
a tu ayuda se mira ya la ausencia 335
después de largos tiempos perezosos;
pon tu afición en otra y la experiencia
efectos te hará ver maravillosos:
estos son contra amor seguros medios
y de su mal los únicos remedios. 340

FENICIO

De mi pecho confieso que debiera
arrancar su retrato soberano,

pero helara la alegre primavera,
floreciera el invierno triste y cano,
esta montaña abajo se viniera 345
igualando sus cumbres con el llano,
antes que, de mi agravio satisfecho,
sacara su retrato de mi pecho.

Tu consejo, no hay duda, atiendo grato;
mas quererlo llevar a buen efecto 350
es imposible, Mopso, y así trato
acabar a los yerros de mi afecto;
bruto soy en querer a un dueño ingrato,
aunque como hombre culpo su defecto,
mas adorando a Doris no disputo 355
sobre si bien soy hombre o bien soy bruto.

MOPSO

Fuerza será dejarte en tu locura
cuando el tirano amor te tiene ciego:
no tienes ¡ay de ti! no tienes cura
a mi consejo opuesto y a mi ruego; 360
mas si algo te merece mi ternura
a mi cabaña ven conmigo luego.

FENICIO

Cuanto fuere tu gusto a mi alma pide
menos el que de Doris cruel se olvide.

Que aunque me aviente la fortuna airada 365
a la región ardiente o a la fría
y la esperanza llore retirada
de volverla a gozar en algún día,
en mi memoria siempre colocada
el ídolo será de la alma mía: 370
así Doris verá por mis amores
el amante más fiel de los pastores.

POETA

La carroza dorada
del inflamado intrépido Faetonte
rodaba acelerada 375
tras de las cumbres del soberbio monte,
sepultando sus rayos carmesíes
entre nubes de rosas y alélies,

Cuando los dos zagales,
dejando del desierto la aspereza, 380
sus amorosos males
cantaban por alivio a su tristeza:
costumbre muy antigua en los pastores
en triste soledad cantar amores.

Al albergue llegaron 385
habiéndose ocultado el febeo coche
entre las que bajaron
oscuras sombras de la negra noche
y entonces cada cual se recogía
en su pajizo lecho hasta otro día. 390

Notas:

66. En AP, pp. 578-583; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 233-252.

v. 218. AP: *luz* (por *luna*); corrijo según *Entretenimientos poéticos*, 1823.

v. 243. *Entretenimientos poéticos*, 1823: «*cuando* a sus soles» (por «*y* a sus soles»); sigo AP.

v. 253. *Entretenimientos poéticos*, 1823 y AP: «*las blandas flores*» (por «*de blandas flores*»); la enmienda es mía.

v. 358. AP: *cuanto* (por *cuando*); sigo *Entretenimientos poéticos*, 1823.

LA PASTORA MÁS FIEL DE LA CABAÑA
ÉGLOGA SEGUNDA

67

DEDICATORIA

Fileno, sabio pastor, si a ti se quejó algún día, como sé, la Doris mía, de que olvidaba su amor,	pues si del triste Fenicio llega a ti la voz confusa es porque quiere mi musa hacerte algún sacrificio.	10
oye en mi voz su dolor, mas sin hacer de esto juicio,		5

Notas:

67. En AP, p. 583; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 253.

68

POETA, DORIS, FILOMENA

POETA

DORIS

Cuando en el horizonte apagada la luz, la noche daba, pasa salir del monte, acelerados vuelos y entonaba su precursora tropa tristes ecos sobre rudos peñascos, troncos secos,	Aquí la vez primera Fenicio me ofreció tiernos amores y aquí la vez postrera ha de ser de mi vida y sus rigores, que este lugar destina la cruel suerte por teatro de mi vida y de mi muerte.	20
Doris, la zagaleja, encanto de los rústicos pastores, de su casa se aleja llorando de Fenicio los rigores, sin tener de su llanto lastimoso más testigo que el bosque silencioso.	Vosotras, flores bellas, que de Fenicio visteis las caricias y vosotras, estrellas, que envidiasteis acaso mis delicias, ¿no os mueve a compasión tan cruel mudanza que acaba con su amor y mi esperanza?	25 30
A la margen se sienta de un arroyuelo, músico del prado, y a su compás atenta, de congojas el pecho traspasado, el silencio rompió dando a los vientos estos de su dolor tristes acentos.	Fenicio, ya estés ahora ofreciendo tu afecto en los altares de otra incauta pastora o ya estés entonándole cantares después de haber llevado sus ovejas, como quiera que estés, oye mis quejas.	15 35

Si a tan mortal olvido
habías de condenarme, ¿por qué, fiero,
mostrándote rendido
me ofreciste un amor tan lisonjero?
O si es verdad que entonces me querías,
¿dónde está aquel amor que me decías?

Luego ya por ingrato
desde hoy en adelante he de tenerte,
pues tu engañoso trato
no me dicta juzgarte de otra suerte;
mas ¿qué satisfacción, qué recompensa
puede ser de mi mal y de tu ofensa?

Si mientras ofendida
yo te culpo de infiel, tú en otro empeño
acabas con mi vida,
¿cómo será posible, ingrato dueño,
que de mi antigua paz la dulce calma
vuelva a la posesión de toda mi alma?

No, Fenicio, no es dable
que de mi pecho arranque los recelos
con que se hace implacable
la guerra cruda de continuos celos.
Yo me siento morir, si de mis males
no se duelen los dioses celestiales.

¿Cuánto mejor me estaba
no haber correspondido a las finezas
con que me señalaba
otro tiempo tu amor entre bellezas!
Quizá no echara menos la alma mía
el sosiego que tuvo en algún día.

¡Oh tiempo venturoso
antes que yo a Fenicio conociera!
¡Tiempo! ¡tiempo dichoso
que me veía con cara placentera,
cuando de aquel arroyo en las orillas
triscaba con las otras pastorcillas!

Mas hoy aprisionado
mi desgraciado amor se llora ciego
y en un mar alterado
bebiendo sin cesar olas de fuego

naufraga la razón: ¡cuánto perjuicio
el engaño me trajo de Fenicio!

40 ¡Oh vosotras, deidades,
que cuidáis de estos páramos sombríos 80
y de estas soledades
dedicados tenéis los sacros ríos,
si os mueven mi dolor y mis pesares,
sacrificio seré a vuestros altares.

45 Vosotras, sí, por quienes
tantas veces Fenicio me juraba 85
sus afectuosos bienes,
mirad que vuestro honor se menoscaba
si de mi triste voz las grandes quejas
50 no mueven a piedad vuestras orejas. 90

Y pues que de Fenicio
contra vos se declaran las ofensas,
recóbrese mi juicio,
que el ingrato tendrá las recompensas
55 en celestiales iras. Entre tanto 95
calme el dolor, enjúguese mi llanto.

Mas ¡ay! almas deidades,
suspended vuestro brazo vengativo,
60 no mis penalidades
de su desgracia sean triste motivo; 100
mas antes pague yo vuestros enojos
y vuelvan a llorar mis turbios ojos.

POETA

65 Aquí la voz doliente
con los tiernos suspiros se embargaba,
pero el llanto elocuente 105
que en sus mejillas rojas derramaba,
para afear de Fenicio los agravios,
70 hizo las veces de sus bellos labios.

Clamorosos gemidos
y lastimosos ayes traspasaban, 110
por el aire impelidos,
las débiles paredes que formaban
75 una cercana choza en que vivía
la amiga más discreta que tenía.

Ésta era Filomena, con quien había otras veces conferido la causa de su pena y la que habiendo el eco conocido de su amiga, dejó la dulce cama, llevada del acento que la llama.	115	DORIS	
		Nada menos, amiga, que a los oídos de un pérfido me queje y que ruegos le diga para que vuelva a mí, cuando a otra deje; de ninguna manera, porque haría su dureza mayor la queja mía.	155
Presa la halló en los lazos de un violento desmayo, por el suelo; tómala entre sus brazos y procurando darle algún consuelo, después que ya del éxtasi volvía, así con blandas voces le decía:	120	FILOMENA	
		¿Luego sin esperanza lamentas, maltratando tu hermosura, de que tendrá mudanza tu desgraciado amor, tu desventura? ¡Qué poco juicio ¡ay Doris! acreditas en tiempo que mejor lo necesitas!	160
FILOMENA		DORIS	
¿Hasta cuándo tus ojos dejarán de llorar, Doris querida, los injustos enojos con que Fenicio cruel te tiene herida? ¿Hasta cuándo tendrán con tus lamentos lúgubres quejas los sonoros vientos?	130	Sin esperanza lloro, es cierto, de ser ya dueño absoluto de lo que más adoro; mas cuando al suelo lágrimas tributo, discurro ¡ay triste! que en remedios tales una parte desahogo de mis males.	165
No hay hora en que con llanto no des de tu dolor amargas señas, moviendo tal quebranto, que parece lo sienten aún las peñas; no hay hora en que no suene tu amargura, sea del día claro o noche oscura.	135	FILOMENA	
Si esa corriente fuera de modo que a Fenicio caminara, no era mucho corriera llevándole las rosas de tu cara: esperaras tal vez su afecto entonces, si hay lágrimas que ablanden a los bronce.	140	Llora pues, Doris mía; pero treguas permite a tus querellas: acuérdate del día en que dando tu sol sus luces bellas, alegrabas los rústicos pastores como el alba a los dulces ruseñores.	170
Pero si la fortuna descamina tu voz y nada medras, tu querella importuna quedará sepultada entre estas piedras, mientras que en otras aras tu Fenicio consume de su amor el sacrificio.	145	Acuérdate de cuando despidiéndole amor doradas flechas, las iba rechazando y caían a tus pies luego deshechas, victorias que te hacían en la cabaña honores, como a Diana en la montaña.	175
	150	Y acuérdate de aquellos alegres tiempos, cuando en la floresta, de ramos los más bellos, pasando los ardores de la siesta,	180

con coronas cantábamos y palmas
la dulce libertad de nuestras almas.

DORIS

Antes con la memoria
de mi pasado bien, mi mal se aumenta
y, perdida mi gloria,
un infierno a los ojos se presenta.
¿Quién, Filomena amiga, quién pensara
que mi gloria en infierno se trocara?

FILOMENA

Si de las sugerencias
del amor en el pecho de quien ama
no triunfan las razones,

185 emprendo inútil apagar tu llama;
pero ya es hora de buscar sosiego
en nuestras dulces camas.

DORIS

Vamos luego.

190

POETA

Con amorosas quejas,
al juntarse la noche con el día, 200
las tristes zagalejas,
por temor de la luz que la alba envía,
se despidieron dándose un abrazo,
poniendo para verse corto plazo.

195

Notas:

68. En AP, pp. 583-586; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 255-266. [N. del a.] Para poner de algún modo intervalo a las tristezas de la vida, nos propusimos tres amigos el asunto de una égloga que expresara los sentimientos de una mujer celosa. Yo, que con bastantes motivos juzgaba a cierta dama, bajo el nombre de Doris, con achaques de esta pasión, produce la siguiente piececilla, que viene a ser como una respuesta de mi égloga anterior.

v. 138. *Entretenimientos poéticos*, 1823: «o de noche oscura» (por «o noche oscura»); sigo AP.

DESPÍDESE SILVIO DE CLORI
ÉGLOGA TERCERA

69

SILVIO, POETA

POETA

Viendo Silvio que Clori se ausentaba
en fuerza de los hados rigurosos,
al pecho la estrechaba
y con suspiros tiernos y amorosos
su dolor de esta suerte la expresaba:

SILVIO

¿Te vas? ¡ay Clori! ¿conque la fortuna
rompe los fuertes lazos

de una estrecha amistad más que otra alguna?
 ¿Conque dejas por último mis brazos?,
 ¿los dulces brazos de tu Silvio dejas? 10
 ¿Dejas mi corazón que por la boca
 repitiéndote está sus blandas quejas?
 ¿Te has transformado acaso en dura roca,
 que dejas a tu Silvio en triste calma
 sin su Clori?, ¿sin ti?, ¿sin toda su alma? 15

Mas ¡ay! que si la estrella
de mis brazos te arranca, ¿por qué lloro

motivos que no das, mi Clori bella? La estrella me arrebató el bien que adoro.		de tu amoroso trato y muy reconocida, a la sagrada fe comprometida con juramentos tantos, que por los dioses santos hicimos, cuando en más dichoso día yo me nombré por tuyo y tú por mía.	
Adiós, Clori... ¿te vas?, sí, que la suerte con tu ausencia procura... Procura... ¡ay! sí, procura darme muerte privándome de toda mi dulzura.	20		50
Y puesto que la fuerza, la incontrastable fuerza del destino, no hay brazo que la tuerza, anda, mi Clori, empieza tu camino.	25	¿Lloras, mi Clori? no, no tus ojuelos, corriendo en tus mejillas como dos arroyuelos, se arrebaten las tiernas florecillas. ¡Ay! véncete a mi ruego: no eclipses de tu cielo peregrino en cada niña un sol de blando fuego; no llores, Clori, sigue tu camino.	55
Más no, Clori, te aguarda; ¿olvidarás de Silvio la ternura si acaso para verte el tiempo tarda? ¿Olvidarás que ha sido tu hermosura tantas dichosas veces adorada en lo mejor de su alma colocada? No lo permitas, Clori, ¡ay! ten presentes del corazón más fiel tantos amores que a prueba de otros muchos pretendientes, envidiosos pastores, me hicieron dueño al fin de tus favores. Sí, Clori, que aunque ausentes estemos y en las tierras más distantes, yo te prometo por aquella gloria que me causó el triunfar de tus amantes el que siempre estarás en mi memoria... En mi memoria siempre agradecida al honesto recato	30 35 40 45		60
		POETA	
		Con estas expresiones de ternura Silvio de su zagala se despide, quien con llanto explicaba su amargura que a su labio de rosa hablar impide; danse el postrer abrazo y desunido el amoroso lazo, los últimos adioses se dijeron con ayes tan de alma prorumpidos que las dríadas y faunos se movieron y en ecos repetidos desde sus hondas cuevas respondieron.	65 70

Notas:

69. En AP, pp. 586-587; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 267-270.

LLORA SILVIO LA AUSENCIA DE CLORI ÉGLOGA CUARTA

70.

SILVIO, POETA

POETA

Como suele el amante pajarillo, para aliviar su corazón doliente,		quejarse sobre algún verde arbolillo a su consorte ausente, el triste Silvio sin su Clori amada llora su desventura	5

y en el silencio de la noche oscura
de este modo su pena fue expresada.

SILVIO

La cara trocó el mundo
y así, como en la noche oscura y triste,
un extraño silencio el más profundo
respira el campo desde que tú te fuiste.
Ya no alegra la luz que la alba envía
ni las aves canoras
su voz desatan ya con alegría.
Tristes corren las fuentes más sonoras
y aun las flores ya niegan su fragancia.
Con razón la distancia
que nos separa causa mis desvelos.
¡Oh si te viese ahora,
bellísima pastora!
¡Ay! tráigante los cielos
que muero por la luz de tus ojuelos.

No me cabe el dolor dentro del pecho,
serranilla graciosa,
cuando pongo los ojos en el techo
de tu mandra dichosa:
ya no se ve blanquear, como solía,
con tantas palomitas melindrosas
que, como echaron menos tu presencia,
quizá a buscar se fueron su alegría.
Si estuviesen aún, creo que llorosas
al triste Silvio hicieran compañía.
Date prisa a volver, zagala mía.
¡Ay! tráigante los cielos,
que muero por la luz de tus ojuelos.

Tus mansas inocentes corderitas
ni se alegran ni buscan por el prado

como de antes las nuevas yerbecitas.
¡Pobrecillo! ¡ay! sin ti de tu ganado!
Y cuando llega la hora
que del redil las saque su pastora,
la llaman con tristísimos balidos:
a tan grande dolor les acompaña
con ecos repetidos
la lóbrega mañana.
Y desde aquel instante el más penoso
en que se vio la pastoril cabaña
sin tu rostro precioso,
una noche sombría
parece que se extiende por toda ella,
aun cuando el sol está en el mediodía.
¡Ay serranilla bella!
¿Sí volverá a este campo su alegría
que con ansias espera la alma mía?
¡Ay! tráigante los cielos,
que muero por la luz de tus ojuelos.

Admite, corazón, algún sosiego
y aguarda con el tiempo la venida
de tu Clori querida,
que enjugará este llanto en que me anego.
Acaba de llegar, alegre día,
y tendrás, no hay que hacer, en mi pastora
mejor regazo que en la blanda aurora.
¡Ay zagaleja mía!
¡Cuánto tus ojos tardan
en alegrar los míos que te aguardan!
¡Ay! tráigante los cielos,
que muero por la luz de tus ojuelos.

POETA

Calló el pastor amante
y la pesada noche tenebrosa
lo retira a su mandra silenciosa
sin que el dolor lo deje un solo instante.

Notas:

70. En AP, pp. 587-588; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 271-275.
v. 27. [N. del a.] *Mandra*: albergue pastoral.

CELEBRA SILVIO LA VUELTA DE CLORI
ÉGLOGA QUINTA

71

SILVIO, POETA

POETA

Ya de los montes el invierno cano
retirado se había,
cuando Silvio volvía
a ver de Clori el rostro soberano.
De su torneada mano,
que a la boca llevaba muchas veces
con gratas sencilleces,
cariñoso la toma;
sobre la verde yerba de una loma
la sienta y a su lado
la requiebra, cual suele en el techado
simple palomo a cándida paloma.

SILVIO

Bellísima serrana,
prodigio celestial, todo bien mío,
grata a mis ojos más que en la mañana
a las sedientas flores el rocío;
pasó la noche oscura
que lloraba con lágrimas eternas;
el suave resplandor, las luces tiernas
de tu blanda hermosura
disipan mi tristeza;
igual es tu belleza
a la que tiene la rosada aurora,
cuando, rompiendo los nocturnos velos,
alegra los espacios de los cielos
y las coronas de los montes dora.

Pájaros dulces que en pajizas camas
gratas consortes requiebráis contentos
salid alegres a las verdes ramas,
desalad vuestros músicos acentos
y esparcid en los vientos

vuestra sonora plácida armonía,
pues ha llegado la zagala mía.

Salid ya del establo, corderillos,
que en el campo os espera
producción olorosa de tomillos
que con Clori os envió la primavera.
Dad saltos de alegría,
pues ha llegado la zagala mía.

Amantes zagalejas
que en el fértil sembrado de amapolas
soléis cantar a solas
de un mal pagado amor las tiernas quejas,
vuestros amargos lloros
conviértanse hoy en cánticos sonoros
de alegre melodía,
pues ha llegado la zagala mía.

Templad los agradables caramillos,
porque en lo más sabroso de la siesta,
músicos pastorcillos
haremos nuestro baile en la floresta
a la usanza de simple serranía,
pues ha llegado la zagala mía.

POETA

A seguir iba Silvio, pero viendo
la carroza del sol que iba subiendo,
se retira a su albergue en compañía
de Clori y observando los pastores
sus festivos empeños
se dispusieron todos a porfía
para alcanzar favores
de sus hermosos dueños
y a la siesta en el campo se juntaron
y *la vuelta de Clori* celebraron.

Notas:

71. En AP, pp. 588-589; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 276-279.

v. 21. *Entretenimientos poéticos*, 1823: *disipa* (por *disipan*); sigo AP.

SONETOS

72

INFLUJO DEL AMOR

Célebres calles de la corte indiana,
grandes plazas, soberbios edificios,
templos de milagrosos frontispicios,
elevados torreones de arte ufana,

altos palacios de la gloria humana,
fuentes de primorosos artificios,
chapiteles, pirámides, hospicios,
que arguyen la grandeza americana:

¡Oh México! sin duda yo gozara
del gusto que me brinda tu grandeza
si causa superior no lo estorbara.

10

De tu suelo me arranca con presteza
5 el suave influjo de la dulce cara
de una agraciada rústica belleza.

Notas:

72. En AP, p. 549; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, pp. 104-105. | En *Entretenimientos poéticos*, 1823, el epígrafe agrega: «imitando el artificio del primer soneto de don Tomás de Iriarte».

73

RECUERDOS TRISTES

Cuando tu blanca frente yo ceñía
de hiedra azul y de encarnada rosa,
cuando en el fértil prado y selva umbrosa
mil cariños muy dulces te decía,

cuando de agreste flauta me servía
para cantar tu cara milagrosa,
cuando en nuestra cabaña venturosa
me nombraba por tuyo y tú por mía,

cuando... mas no, no quieras, Clori amada,
que refiera más gustos, pues no intento
que gima la memoria lastimada;

10

iba a decirte que en aquel momento
5 que recuerdo la vida ya pasada,
no sé cómo no muero de tormento.

Notas:

73. En AP, p. 589; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 282.

A CLORILA EN TRES MESES DE AUSENCIA

Tres casas visitó, Clorila hermosa, el sol dorado desde el triste día que a mis ojos robaron su alegría con privarlos de ver tu luz preciosa. Desde entonces ¡ay triste! no hallo cosa que no sea de dolor al alma mía y los males parece que a porfía me disponen la vida más penosa.	5	Mas si deben hallar correspondencia cuando los tiempos entren en bonanza los males rigurosos de la ausencia, consuélame, Clorila, la esperanza de que tu dulce y celestial presencia sanará mis dolencias sin tardanza.	10

Notas:

74. En AP, pp. 589-590; en *Entreteneamientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 283.

EL SUEÑO EN EL DÍA DE CLORI

Estando ausente de mi Clori amada y llegado que fue su alegre día, púsome en su sabrosa compañía dormido la visión más regalada. En mi amoroso pecho reclinada los requiebros más dulces le decía; ella con blanda voz me respondía en su labio de rosa embalsamada.	5	Parecíame mirarla con los ojos, mas tocado de envidia el dios Morfeo tuvo celos, no hay duda y diome enojos y del éxtasi, Clori, en que te veo, vuelvo ¡ay triste! llorando los despojos con que el sueño engañaba a mi deseo.	10

Notas:

75. En AP, p. 590; en *Entreteneamientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 286.

EL RUEGO AMOROSO

Acaba de llegar, zagala mía, al delicioso campo do te espera el blando resplandor, la luz primera del muy risueño, del reciente día. ¡Si llegases ahora! ¡qué alegría por todo el ancho valle se esparciera!	5	Con frescas rosas el alma primavera tus sienes al instante ceñiría. Cantárate de amor requiebros suaves, con cántico más dulce que a la aurora el coro alegre de las dulces aves...	10

¿Qué?, ¿no llegas, bellísima pastora?
Acaba de aliviar las penas graves
del triste Silvio que tu ausencia llora.

Notas:

76. En AP, p. 590; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 286.

77

RESOLUCIÓN DEL AMOR

En el funesto potro de una cama
que el impulso del mal labró violento
a las sangrientas manos del tormento
o la muerte o la vida un triste llama;

Los que escuchan las voces con que exclama, 5
a delirio atribuyen su lamento,
mas yo que a semejanza suya siento,
tengo por bien el mal que ansioso clama.

Pues aunque el fin mortal le atemoriza
no logrando descanso, mira cierto
que en su dolor la muerte se eterniza;

10

así mi corazón del fin incierto
cuando enfermo de amor triste agoniza,
de una vez quiere ser o vivo o muerto.

Notas:

77. En AP, p. 590; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 287.

78

LA SEPARACIÓN DE CLORILA

Luego que de la noche el negro velo
por la espaciosa selva se ha extendido
parece que de luto se han vestido
las bellas flores del ameno suelo.

Callan las aves y con tardo vuelo
cada cual se retira al dulce nido;
¡qué silencio en el valle se ha esparcido!
Todo suscita un triste desconsuelo.

Sólo del búho se oye el ronco acento,
de la lechuza el eco quebrantado
y el medroso ladrar del can hambriento.

10

Queda el mundo en tristeza sepultado,
5 como mi corazón en el momento
que se aparta Clorila de mi lado.

Notas:

78. En AP, p. 590; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 288.

LA TRISTE AUSENCIA

Su manto recogió la noche oscura
que cobijaba al mundo tristemente
y abriéndose las puertas del oriente
se asoma a su balcón la aurora pura.

sus fragancias respiran flores suaves
y llenando los vientos de armonía
requiebros trinan las parleras aves; 10

De la fresca arboleda en la espesura 5
los céfiros susurran blandamente;
desata el arroyuelo su corriente
y por márgenes verdes se apresura,

todo el mundo se llena de alegría
menos yo, que en mis penas siempre graves,
ausente estoy de la zagala mía.

Notas:

79. En AP, pp. 590-591; en *Entretencimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 289.

A LA VUELTA DE CLORI

Ya vuelve la deseada primavera
en alas de los blandos cefirillos
y el coro de los dulces pajarillos
con su voz la saluda lisonjera.

Su zampoña el pastor ya templa ufano
para cantar amores con terneza 10
a su zagala por el verde llano.

Del abundoso río la ribera 5
atrae con el olor de sus tomillos
a los simples y mansos corderillos
que fatigan del monte la ladera.

Se alegra la común naturaleza
cuando vuelve la ninfa del verano,
como yo cuando vuelve tu belleza.

Notas:

80. En AP, p. 591; en *Entretencimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 290.

A CLORI EN EL CAMPO

A do quiera que vuelve el rostro hermoso,
el rostro celestial la Clori mía,
esparce con sus ojos la alegría:
tal es de alegre su mirar gracioso.

mas después que asomó su claro día,
me parece un oriente luminoso.

Un caos me parecía tenebroso 5
el campo cuando a verme aún no salía,

¡Ay! mírame, zagala, y tus ojuelos,
con cuyas blandas luces resplandeces, 10
no los cubra la ausencia con sus velos;

¡Ay! mírame otra vez y otras mil veces
que el sol no es tan alegre por los cielos
como tú por los campos me pareces.

Notas:

81. En AP, p. 591; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 291.

v. 5. *Entretenimientos poéticos*, 1823: *me parecía* (por *parecíame*); sigo AP.

82

LAS TRAMPAS DE LA CAUTELA

Con sus pintadas alas rasga el viento de libertad gozando un pajarillo y cantando desde un verde arbolillo participa a los prados su contento;	A cautiverio duro reducido, melancólico, triste y pesaroso, en lágrimas su canto ha convertido;	10
pero apenas desata el dulce acento y el agradable son de su piquillo cuando el más cauteloso pastorcillo mil redes le dispone aquel momento.	5 ¡ah pajarillo incauto! riguroso es tu estado infeliz, porque has caído, como yo, en la red del cauteloso.	

Notas:

82. En AP, p. 591; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 292.

83

AGRADECIMIENTO

No necesitas, no, niña preciosa, de tu garbo, donaire y gentileza para ser estimada con presteza, eres a más de linda, muy graciosa.	Mil gracias te repito cada día, en la noche, en la tarde, en la mañana, recorriendo tu amor y gallardía,	10
Estando en la ciudad más populosa, cual viajante que yerra en la maleza, mereció mi cariño tu terneza, ¿puede darse entre dichas mayor cosa?	5 y a pesar de la ausencia más tirana, un altar te levanto en la alma mía donde adoro tu imagen soberana.	

Notas:

83. En AP, p. 591; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 293. | En los *Entretenimientos poéticos*, 1823, el título dice «De agradecimiento».

LA HERMOSURA

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
con las perlas del alba enriquecida
y en trono de esmeraldas tan erguida
que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,
en verse por los vientos sacudida
y advertirás entonces convenida
en mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
cual si de eterna fuese su esperanza,
te adorna de gallarda gentileza;

5 pero vendrá la muerte sin tardanza
y marchito el verdor de su entereza
del trono la hará caer de la privanza.

10

Notas:

84. En AP, pp. 591-592; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 294.

v. 3. AP: *tronos* (por *trono*); sigo *Entretenimientos poéticos*, 1823.

LA JUVENTUD

¿No ves ese clavel ya deshojado
por la crueldad del cierzo enfurecido
tan muerto, que parece enternecido
las exequias le canta triste el prado?

Pues ayer se ostentó tan encarnado,
tan fragante, tan verde, tan lucido,
que entre el vistoso ejército florido
por galán de la selva fue estimado.

Así será tu muerte lastimosa
y no tarde tampoco; aunque reflejo,
que presumes de una alma muy fogosa.

5 ¡Pronóstico fatal! mas te aconsejo,
en premio del retrato de la rosa,
que este clavel te pongas por espejo.

10

Notas:

85. En AP, p. 592; en *Entretenimientos poéticos*, t. 1, 1823, p. 295. | Epígrafe: En *Entretenimientos poéticos*, 1823, dice «De la juventud».

EXCLAMACIONES DE UNA MUJER CELOSA

Vino ya el desengaño al amor mío,
vino aunque tarde sin ningún provecho.
¡Desengaño fatal! que da por hecho,
por ingrato y eterno tu desvío.

En este instante, desde el centro umbrío
se lanza a mi alma el infernal despecho;
afuera sale del ardiente pecho,
buscando a Fabio, ciego el albedrío.

5

¡Ay, caro dueño! cesen tus rigores, y benigno te muestra a mis desvelos; ¿no me oyes?, ¿no te mueven mis clamores?	10	Apiádense de mí los altos cielos que viendo tan trocados mis amores en el abismo muero de los celos.

Notas:

86. En AP, p. 592; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, p. 10 (apéndice).

87

NOCHE TRISTE

... Mihi se, non ante oculis tam clara, videndam
obtulit, el pura per noctem in luce refulsit
alma parens.

Virg., *Aeneid.*, lib. 2°

No de Artemisa el túmulo famoso, caros hermanos míos, de mi llanto esta vez será argumento; ni el sepulcro de Adonis fabuloso soñados desvaríos	5	parece que se torna moribundo a su primer estado. Un silencio profundo guardan todos los entes de la naturaleza diferentes.	35
me inspirará con triste sentimiento; de otra causa me siento íntimamente herido, de otro objeto me siento conmovido. De nuestra tierna madre el triste caso, el fatal accidente que la lleva a las sombras de su ocaso, es el asunto que mi musa llora y el dolor vehemente que me traspasa ahora.	10	Sólo el fúnebre canto con que pasan la noche búhos roncoss melancólico suena esparciendo el espanto entre caducos troncos. Todo conspira a renovar la pena que siente el alma mía y corriéndose al punto el velo de mi opaca fantasía,	40
Ya mi llanto en corriente, de los cansados ojos desprendido, a mezclarse desciende dirigido con lo que lloran vuestros turbios ojos. A contemplar me excita la tristeza los fúnebres despojos de la naturaleza.	15	se me pone delante de mi copioso llanto el triste asunto, el mayor de mis bienes ya difunto. Desde luego mi madre... ¡Ay madre amante! ¡Ay madre la más tierna!	45
Ya el sol se apaga y a sus luces bellas, pregonando de Dios las maravillas, sucede el resplandor de las estrellas. Ya no cantan las tiernas avecillas las dulces tonadillas que alegraban la fuente, el bosque, el prado. Ya la noche ha llegado y la cara trocándose del mundo	20	Tu imagen esculpida en mi triste memoria se hará eterna todo el amargo tiempo de mi vida.	50
	25	La noche silenciosa parece que camina adormecida y como nunca ¡ay triste! perezosa. En vano el sueño pulsa las delicadas puertas del sentido, si el corazón repulsa el descanso del cuerpo apetecido.	55
	30		

Al dolor compelido, mi duro lecho regaré con llanto. La cabeza reclino y entre tanto me salta el corazón dentro del pecho. Cierro los ojos; hiéreme el espanto; diligencias... ninguna es de provecho para aliviar mis miembros fatigados; mi espíritu flaquea con tantos pensamientos atropados y agitada la idea a mi madre parece que estoy viendo... ¡Ah! lance el más tremendo, cuando en mortales ansias agonizas. Tu cuerpo venerable ya se convierte en lúgubres cenizas. Después que una mirada, extremo de tu angustia apoderada, al resto inconsolable de los hijos, que cercan tus despojos, le dice ya eclipsada el tierno último vale de tus ojos.	60	llenaron de gemidos a los vientos. Tú dijiste a los techos celestiales cayeran sobre ti; y a tus querellas parecían moverse las estrellas. Mas el Señor que cuida de tu pena, por la cual estuviste desmayado, tiernamente excitado, la tempestad de tu ánimo serena; con que al fin del quebranto procuraste piadoso enterrar con decencia el cuerpo santo. ¡Dichoso ¡ay! sí, dichoso tú, que ejercitas la piedad humana! Mientras que yo privado por el cielo de este último consuelo, a la suerte me quejo más tirana en tan remoto suelo.	105
De repente por toda la morada el llanto suena, se levanta el grito: ya se escuchan los ayes de un <i>Alejo</i> que esparcen el dolor en el distrito; ya un Francisco perplejo con el súbito mal la vestidura rasga a su pecho blando; y <i>Juana</i> , la mujer de más ternura, el cadáver helado está abrazando mientras que en dos torrentes de amargura se van sus dulces ojos trasformando.	65	El corazón se afana ¡ay, madre, madre mía! suspirando tres años que pasaron desde el postrero día en que amorosamente me estrecharon los mismos brazos que contemplo yertos, hasta el terrible instante que a la región te lleva de los muertos.	110
Y tú, que noticioso del mal que por entonces amagaba, en camino te pones presuroso y llegas al ocaso donde acaba de apagarse la luz, cuyos ardores tuviste por mejores que los del alto sol; di ¿qué sentiste al saber la catástrofe más triste? Blas... ¡Oh!... mi dulce hermano, tú que ennobleces el linaje humano porque tus sentimientos no tiene otro hijo iguales... ¿Qué sentiste? ¡ay! ¿dírelo?... Tus lamentos	70	¿Conque fueron entonces tus postreras ternuras? ¡Oh penas las más duras, capaces de ablandar los mismos bronces! ¿Conque ya para siempre me dejaste, amada madre mía, y sin que yo te viera te ausentaste? ¡Oh, si me hubiera hallado en tu agonía! Sobre este mismo pecho reclinatorio a tu cabeza santa te hubiera el amor hecho y agitado al latir de tu garganta de los ojos saliera el llanto mío, para templar el frío que se fuera extendiendo por tu afligida cara que otra vez me parece estarla viendo... Tal vez me consolara en este trance fiero con la memoria del <i>adiós</i> postrero. ¡Miserable de mí, que no he podido	115
	75		120
	80		125
	85		130
	90		135
	95		140
	100		145
			150

abrigar en mi seno los alientos
que exhalaron tus últimas boqueadas!
Fallece el corazón, fallece herido
con agudos tormentos.

Al dolor trastornadas
las potencias, se turban acá dentro.
Por todas partes el pavor encuentro
de imágenes sombrías,
hijas de mi cuidado,
que el acerbo dolor ha fabricado.
Ábrese ya un sepulcro cavernoso:
hórrida tumba, lúgubres bujías,
melancólica rama
de ciprés y de pálida retama
se esparce en el recinto pavoroso.
¡Aparatos funestos!
Funerales me asustan ya dispuestos.
Hieren ya mis oídos
los ayes, los lamentos, los gemidos.
Tristes exequias ¡ay! ¡qué doloroso
espectáculo ¡ay cielos! estoy viendo!
Exequias de mi madre ¡ay!... Sepultada
mi traspasado amor la está sintiendo
contemplando su lóbrega morada.

La turbación pesada
del letargo me vuelve; un sudor frío
me cubre de los pies a la cabeza;
con súbita extrañeza
huye cansado el brío.
¡Oh, de los cielos soberana Alteza
que imperas las nocturnas sombras mustias
envía las deseadas
luces del alba, viendo mis angustias!

Más que nunca pesadas
las horas se figura el alma mía,
cuando ellas como siempre van volando.
Desciende, oh numen blando,
sobre mis tristes párpados, que el día
sus luces apresura
tras de la noche oscura.
Preséntate a mis ojos desvelados

con semblante risueño...
Mas ¡qué al contrario se presenta el sueño
a los que tiene el susto acobardados!
Miro por todos lados
de macilenta parca los trofeos.
Áridos esqueletos descarnados
ocupan los oscuros mausoleos...
¡Oh huesos a mis ojos venerables,
cuya vista me infunde
motivos de dolor interminables!
Mi ánimo se confunde
y entre congojas vuelvo en mis sentidos,
estropeado ¡ay dolor! con tantos males.
De la espantosa noche los umbrales
ya desaparecidos,
se escuchan los acentos repetidos
de las canoras aves
que con voces suaves
hacen a su criador salva sonora.
A vista de la aurora
doy las gracias a Dios, de que me había
dejado ver la luz del claro día.
Mas sin dejar de ver la más amada
imagen que en la dócil fantasía
el sueño me dejó tan bien copiada,
que borrarse no puede ya en la vida;
como cosa en el alma retratada
y en todas sus potencias recibida.

Y así estarás ¡ay madre! en mi memoria
que con dulces recuerdos te venera,
como estrella que luce en la alta gloria
y mi amor, que sin ti se considera,
te llora eternamente,
te llora ¡ay madre! para siempre ausente.

Sí, mi madre dichosa: mientras tu alma
con eterno laurel, gloriosa palma,
allá sobre los cielos se pasea,
mi turbio llanto enjuto
en mi extenuado rostro jamás sea,
porque en tu hijo se vea
que te paga, aunque corto, este tributo.

Notas:

87. En AP, pp. 592-595; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 1-11.

RATOS TRISTES

Optima quæque dies miseris mortalibus ævi
prima fugit, subeunt morbi, tristisque senectus,
et labor, et duræ rapit inclementia mortis.

Virg., *Æneid*.

88

DEDICATORIA

Non hæc ingenio, non hæc componimus arte:
materia est propriis ingeniosa malis...

Ovid., *Trist. Eleg.* 5.^o lib. 1.^o

Informes versos míos,
a cuya voz responden con sus ecos
los cóncavos peñascos, troncos huecos,
los altos montes y los hondos ríos,
quedao entre estos páramos sombríos,
que en las grandes ciudades
no suena bien el tono querrelloso
propio de las profundas soledades.

Mas ¡ay! que vuestro acento lastimoso
traspasando los límites debidos,
penetra los oídos
de un numen de la tierra el más piadoso.
Éste, siendo una imagen expresiva
del Todopoderoso,
os llama a su presencia:
idos pues a cumplir con la obediencia
y sus plantas besad cuando os reciba.

Le encontrareis acaso
elevando su mente
sobre las altas cimas del Parnaso,
do el sabio presidente
de aquel excelso coro
la suave lira de oro
pone en su sacra mano
y a las cuerdas sonoras,
como heridas de plectro soberano,
siguen alegres piérides canoras.

Paréceme escuchar la docta Clío
inflamada de música tan rara

que en fuerza de su heroico poderío 30
el tiempo que pasó vuelve la cara
cantándole por tonos diferentes
y colocando en su feliz memoria

5 los sucesos más grandes de la historia,
empresas arduas de gloriosas gentes. 35

Oh las voces de Urania cuyo acento
subiéndose hasta el alto firmamento
baja a sus ojos luego

10 orbes bañados de luciente fuego,
que rodando en sus ejes eternos 40
caminan por los campos celestiales.

Oh el canto de otra hermana de las nueve
que, agitada tal vez con la armonía
que el nuevo Apolo mueve,

15 quiere seguir con pasos de garganta 45
alguna sinfonía
al compás que la música levanta.

Si lo hallareis así tan divertido
o en otros ejercicios destinado,
20 aguardaos a que esté desocupado 50
y en tono reprimido

decidle de mi parte
que os dispense las faltas en el arte
y adornos no decentes

25 para sacar la cara 55
entre las cultas gentes:
vuestro lenguaje rudo,

que jamás esperasteis el que hablara
sino a las sordas peñas,
porque mi ingenio al fin daros no pudo 60

sino cosas pequeñas,
según las facultades que tenía...

¡Ay! ¡pobres de mis versos!
Mas, si seguros vais de hados adversos,

id, hijos de mi escasa fantasía, 65
y del numen que os digo en los altares
ofreceréis, primero que pesares,
el respeto y amor del que os envía.

Notas:

88. En AP, pp. 595-596; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 12-15. | El epígrafe general pertenece no a la *Eneida* sino a las *Geórgicas*, libro 3, vv. 66-68.

v. 46. Este verso falta en la AP.

v. 52. [*N. del a.*] Esto que dije en un tiempo a la persona privada que aquí se entiende, digo también ahora a los que hubieran de leer mis *Ratos tristes*.

89

RATO I

MI FANTASÍA

Mortal hipocondría, que siento como daños de mis molestos infelices años, enferma de mi musa la alegría.		Así exclamaba, cuando en éxtasi quedó mi fantasía, entonces pareciome que veía una deidad llorando:	30
Ya no, como solía, canta de los pastores inocentes amores;	5	mi misma musa que invocado había. Era su rostro ya marchito y feo, sin luz sus ojos, como amedrantados al ruidoso tropel de mis cuidados.	35
Ya no canta las simples zagalejas coronadas de flores tras de blancas ovejas;	10	toda su contextura a la corva figura de la triste vejez muy semejante. ¡Qué aspecto tan extraño el que tenía!	40
ya no canta ¡ay de mí! la <i>Doris</i> bella ni la <i>Clori</i> serrana; ésta grata y aquélla tan cruel como hermosísima tirana.	15	Pone en mi mano un lúgubre instrumento, unísono al que pulsa la elegía, de ébano negro y en el mismo instante me echa sus brazos y con rauda vuelo	45
Ya le influye otra estrella, Otra estrella de aspecto riguroso y mudada la alegre perspectiva del tiempo venturoso, los males llora de mi suerte esquivada.	20	que le sirvió como de oscuro velo. Del letargo volví, pero agitados como de un grave ensueño mis sentidos, levanto hasta los cielos mis gemidos,	50
¡Ay musa!, ¡desgraciada musa mía! Tras del alegre canto vaya tu triste llanto, al modo que la noche sigue al día. Este alivio me da en las ocasiones que la alma dolorida	25	quiera llevar con menos aflicciones los <i>ratos tristes</i> de mi amarga vida.	

Notas:

89. En AP, p. 596-597; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 16-18.

v. 40. *Entretenimientos poéticos*, 1823 y AP: «*al* que tenía!» (por «*el* que tenía!»); corrijo.

90

RATO II

EL DESTINO

En vano me resisto a la fortuna		Deidad tan melancólica y sombría,	
que me arrastra ¡ay dolor! en cualquier caso,		de mi confusa idea	15
la poderosa diestra del destino,		como de cueva lóbrega salía;	
desde mi alegre cuna		pero una luz que en la alma centellea,	
hasta las tristes sombras de mi ocaso,	5	hija graciosa del autor del día,	
a mis pasos señala su camino.		disipa noche tanta.	
Luego que esto imagino,		Ve una mano santa	20
¡oh numen soberano!,		que leyes imponiendo a mi camino	
parece que me toma de la mano		me dirige al alcázar de la gloria...	
una ciega deidad: mi propia suerte	10	¡Oh, celestial mansión de mi destino!	
que tropezando en diferentes males		que al salir de esta vida transitoria	
me lleva por los rumbos de la muerte		se presenten abiertas	25
hasta tocar las puertas eternas.		a mi alma pobrecilla vuestras puertas.	

Notas:

90. En AP, p. 597; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 19-20.

v. 20. *Entretenimientos poéticos*, 1823: «*Ya* veo una mano santa» (por «*Ve* una mano santa»); sigo AP.

91

RATO III

LA PERSECUCIÓN

Mira, Clori, este campo, cuyas flores		Paréceme actualmente	
me pintan aquel prado		que de claveles, azucenas, rosas,	
do alguna vez holgome tu hermosura		estoy ciñendo tu nevada frente...	
con sus blandos amores.		¿Te acuerdas? ¡ay! ¿te acuerdas de estas cosas?	15
En tus sabrosas faldas recostado	5	Yo me acuerdo que entonces penetrada	
viome la aurora pura		de mis tiernos amores	
juntar con el recato la ternura.		desataste una cinta colorada	
¡Dichosa! ¡ay! sí, ¡dichosa la mañana		a tu rojo cabello	
que en este instante ocupa mi memoria!		y trenzando con ella hermosas flores	20
Entonces mi fortuna voló ufana	10	tejiste un lazo y me adornastes el cuello.	
y llevome a lo excelso de tu gloria.		¡Oh, qué lejos que fueron de do estamos	
		estas suaves fruiciones!	

De tus países ¡ay Clori! nos privamos
 por grandes enemigas turbaciones 25
 que declararon guerra
 a la amistad más dulce y más sencilla.
 ¡Ay, pobre serranilla!
 ¿Y cuándo volveremos a tu tierra?

Notas:

91. En AP, p. 597; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 21-22.

92

RATO IV

MI SOLEDAD

Extendiendo la vista por el prado,	No por esto me nombres,	15
mientras que mi tormento	¡oh Zoilo!, aquel filósofo de Atenas	
arranca de mi pecho fatigado	sepultado en desiertas soledades:	
suspiros con que hiero el firmamento,	yo no soy enemigo de los hombres	
tal vez me ofrece asiento	5 y sólo por mis penas	
en quieta soledad bosque sombrío,	antepongo el retiro a las ciudades.	20
tal vez del claro río	Y aunque entre muchos de ellos me imagino	
la ruidosa corriente	Como entre hambrientos lobos mansa oveja,	
a su orilla me dice que me siente.	de nadie formo queja,	
Aquí del llanto mío	10 Porque así lo dispone mi destino.	
son confidentes mudos		
groseros troncos y peñascos rudos,		
pues con ellos, no obstante su dureza,		
parece que se alivia mi tristeza.		

Notas:

92. En AP, p. 598; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 23-24.

v. 16. [*N. del a.*] Timón el misántropo.

93

RATO V

LA INGRATITUD

Ésta es la misma fuente	por entre aquellos verdes carrizales
a cuya suave transparente linfa	se asomaba, según me persuadía
su blanco cuerpo mi adorada ninfa	el cuidadoso amor que le tenía.
daba, del año en la estación ardiente.	
El escamoso dios de la corriente	5

Una ocasión salió de los cristales y en las verdes orillas brindándonos las tiernas florecillas la más pintada alfombra y frescos sauces su agradable sombra, en brazos de mi dueño sus blandas alas extendiome el sueño.	10	¡Oh dicha sin igual que la firmeza a mi amor prometía de una grande belleza! La visión lisonjeándome seguía; pero el gusto, que en la alma no cabía, del rapto me volvió, dando a mi dueño razón entera de tan dulce sueño.	30
Agitada de amor la fantasía, veo del alto cielo descender la alma Venus que traía en los brazos a su hijo pequeñuelo. Del éter iluminase el espacio, como cuando la aurora se asoma en el palacio del rubio oriente y la mañana dora. Llegose la deidad resplandeciente, las manos extendió su tierno infante y con cadena de oro refulgente al albo cuello de mi ninfa amante uniome en el instante...	20	Luego el cariño se asomó a sus ojos y su gracia hechicera brilló, riendo por sus labios rojos. ¿Quién con estos pronósticos temiera en un pecho mudanza ? Mas ¡ay! que puso fin a mi esperanza la ingratitud más fiera. Sí, Fileno, sí, amigo; y la memoria de estos ¡ay! dichosísimos lugares suscita mis pesares, haciéndome pagar aquella gloria que hoy transforma mis ojos en dos mares.	40
	25		45

Notas:

93. En AP, p. 598; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 25-27.
v. 18. *Entretenimientos poéticos*, 1823: *desciende* (por *descender*); sigo AP.

94

RATO VI
MI ORFANDAD

Seis lustros ha que vi la lumbre pura y en espacios tan breves de infortunios sufrí golpes fatales. Lleváronse a la horrenda sepultura a mi padre ¡ay de mí! parcas alevés, mejor que por sus años, por sus males, cuando cuarenta auroras no cabales eran toda su edad... Tú, madre mía, hechos tus ojos tristes manantiales, me contaste esto mismo en algún día: que pidiome mi padre moribundo y, con débiles brazos, me dio los tiernos últimos abrazos; que partiose por último del mundo		dejándome su llanto en rostro tierno dulces reliquias del amor paterno.	15
	5	Parece ¡ay padre amado! que a la tristísima hora de tu muerte llorabas mi orfandad más que tu vida. ¡Oh, si crecido hubiera yo a tu lado!	20
	10	Entonces, de la suerte que estorba la caída al pequeñuelo arbusto el árbol de la selva más robusto, de la misma manera sostenido contra el recio huracán de mi fortuna de una caída importuna	25

con tus brazos me hubieras defendido...		que ocupáis la región de los difuntos,	
En mi lúgubre idea,		para siempre durables	
de la brillante imagen de mi padre	30	seréis en mi memoria	
un rayo centellea...		y aunque están cual luceros en la gloria	40
Así me lo pintó mi dulce madre...		las almas inmortales	
Mi dulce madre... sí. Tampoco existe:		que os inspiraban el vital aliento,	
con su esposo bajó al sepulcro triste.		mis ojos han de ser dos manantiales	
¡Quién llorara, cual debe, estos asuntos...!	35	que lloren vuestro triste apartamiento.	
De mis padres fragmentos venerables			

Notas:

94. En AP, p. 598-599; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 28-30.

95

RATO VII

LA FUGA

Estos los bosques son muy venturosos		nuestra ternura en pláticas sabrosas;	
do azorada se entró mi pastorcilla		no me acordéis ninguna de sus cosas.	25
huyendo de los hados rigurosos.		No, ninfas, me acordéis cuando sacaba	
Esta la pobrecilla		de su oloroso seno	
cabaña de humildísimos pastores	5	las manzanas maduras que cortaba	
que la hospedó contenta.		de vuestro bosque ameno	
Salve, lugar feliz, que en la tormenta		y al echarle los brazos me las daba.	30
que turba todo el mar de mis amores,		No me acordéis, oh ninfas, tanta gloria	
vuestra fecunda afortunada orilla,		ni otros oficios tiernos,	
como seguro puerto	10	que en mi triste memoria,	
se ofrece a mi agitada navecilla.		como de tanto amor, serán eternos.	
Salve mil veces, delicioso huerto		Ni menos aquel trance, el más penoso,	35
y de frutos sazones y abundantes		en que, estando de lágrimas bañada,	
os colme el alto cielo:		para su cara patria la jornada	
el verdor se eternice en vuestro suelo	15	empezaba con paso temeroso.	
y la paz en sus buenos habitantes.		Todo lo tengo, oh ninfas, muy presente;	
		todo lo tengo en la memoria mía.	40
¡Tristes memorias! ¡ay! bosques espesos		Decidme sólo ¿no sabéis el día	
de fértiles perales		en que asome su cara refulgente,	
y abundosos camuesos...		como la aurora pura,	
Entre estos verdes árboles frutales	20	tras de la noche oscura,	
habitaba la dulce Clori mía...		tras de la noche eterna de su ausencia...?	45
No me acordéis, oh ninfas cariñosas,		Remedio no halla ni mortal dolencia.	
vosotras, que escuchasteis tanto día			

Notas:

95. En AP, p. 599; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 31-33.

RATO VII

LA TERMINACIÓN DE MIS GUSTOS

Voime por la ribera de este, aunque pobre, pero alegre río, que entre sauces y fresnos levantados su corriente purísima acelera. ¡Oh y cómo trae al pensamiento mío los gustos que del tiempo arrebatados pusieron término a la edad florida!		pasábamos aquí muy dulces siestas. Ofreciánnos los huertos florecillas con que adornar sus frentes y con que ellas guirnaldas nos tejían.	
	5	Entonces parecíanos que venían de los vecinos bosques y las fuentes los dioses y las ninfas diligentes y encendidos de amores se volvían. ¡Ay Mopso! ¡Mopso! qué contraria escena en el teatro se ve de nuestros gustos;	25
Siéntome a divertir con las memorias de mis pasadas glorias, va que otras no le quedan a mi vida; aquí entre la amenísima espesura con Mopso... ¡oh! ¡si él me viera tan otro de lo que era, penetrado quedara de ternura! Aquí con Mopso estuve en distintas alegres ocasiones que hasta entonces no tuve ni me permiten ya mis aflicciones. Ambos con nuestras blandas jovencillas, hermosas como honestas,	10	la soledad amena no ofrece al corazón sino disgustos. Hoy sólo en compañía del sin igual tiernísimo Fileno, único amigo bueno,	30
	15	que siente como tú la pena mía, a este lugar consagro algunos ratos y en amargos tristísimos despojos cuantos placeres nos brindaba gratos le pagan las dos niñas de mis ojos.	35
	20		40

Notas:

96. En AP, p. 600; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 34-36.

RATO IX

LA AUSENCIA

Silenciosos y plácidos retiros de quieta soledad, seno profundo que ofreces libertad a mis suspiros escapados del tráfico del mundo, do arrimado tal vez a un tronco seco o a una peña lamosa, a mi Rórida llamo ninfa hermosa y a la doliente voz responde el eco del hondo valle y la empinada sierra. ¡Ay Rórida! te fuiste; te fuiste me dejando solo y triste, sin la luz de tus ojos a tu tierra.		Ahora te me presentas en el instante mismo en que te ausentas por la fuerza del hado, cuyo brazo de cóleras armado de mi lado te arranca de repente. ¡Ay! no quieras estar ya más ausente: vente a los brazos míos, no tu amor se amedrente de ásperos montes, bramadores ríos.	15
	5		
	10	La escarcha de los rígidos inviernos no ofenda rigurosa, quíralo el cielo, tus piecitos tiernos	20

ni del sol ¡ay! la llama calorosa
 ennegrezca el color a tus mejillas,
 amor de los zagales
 y envidia de las otras pastorcillas.
 Anda, Rórida mía,
 y a tu vista disípense mis males.
 ¿Llegas, Rórida? ¡ay triste! si mi empeño
 delirios me ocasiona, como el sueño,
 que se imprime en la débil fantasía.
 ¡Oh cuánto tiempo falta para verte!
 Oh cielo que me escuchas, cielo santo,

25 si de Rórida ausente... Si la muerte...
 lo que empezó la voz, prosiga el llanto.

Así un pastor con penetrante queja
 la soledad de un bosque lastimaba
 30 y yo, que lo escuchaba, 40
 reproduje su ausente zagaleja.
 Y como cuerda herida,
 templada por el tono en que él lloraba,
 en mi llanto su voz fue repetida.
 35

Notas:

97. En AP, pp. 600-601; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 37-39.

98

RATO X

LA ESPERANZA

Nosotros ¡ay! nosotros no nacimos,
 Fileno desgraciado,
 cuando influyen benignas las estrellas.
 Luego que de la luz los rayos vimos,
 yo creo que irritado
 el cielo fulminó muchas centellas,
 agüero que suscita las querellas
 y los grandes enojos
 y que lloran sin término los ojos.
 Por esto la desgracia macilenta
 de nuestra propia sangre se sustenta
 y los negros cuidados
 sin aliento nos dejan
 de toda nuestra vida apoderados.
 ¡Ay, Fileno! y al modo que se alejan
 los dulces ruiseñores
 de campos que producen sólo espinas
 en busca de otros de agraciadas flores,
 así las dulces dichas, si examinas
 este punto, verás que de nosotros
 huyen en busca de otros
 de alegres y festivos corazones.

¡Ay! ¡por cuántas razones
 me quejo de salud tan extenuado!
 25 Mírame como estoy, Fileno amado,
 ¿no te da compasión ver que los males
 5 sólo huesos y piel me hayan dejado?
 Ya los tristes umbrales
 de la espantosa muerte
 toca mi vida; entonces de la suerte 30
 que en la noche descansa del trabajo
 el que el peso llevó de un largo día,
 10 así espero el estar cuando debajo
 esté durmiendo de la tierra fría;
 hasta que recordando 35
 a la voz del que es todopoderoso
 15 salga de mi sepulcro tenebroso
 para estarle alabando
 y gozar de su reino delicioso.
 Pobres de nos, Fileno, 40
 si el premio a tantas penas que pasamos
 20 no aguardara a nuestro ánimo sereno
 más allá de ese globo que miramos.

Notas:

98. En AP, p. 601; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 40-42.

vv. 5-6. *Entretenimientos poéticos*, 1823: «yo me creo que irritado / el cielo *fulminó* muchas centellas,» (por «yo creo que irritado / el cielo *fulminó* muchas centellas,»); sigo AP.

99

RATO XI

EL AMOR EXTINGUIDO

Cuando acá en mi memoria te presentas con todos los hechizos de tu cara, ¡ay Doris! ¡cosa rara! la ya ceniza de mi amor alientas. ¡Influjo poderoso por secreta virtud de tu semblante! El sol no tiene fuego semejante, Doris, al de tu rostro milagroso. No perturbes ¡ay Doris! mi sosiego. La noche de tu ausencia oscura y fría me ponga a salvo de tu ardiente fuego. ¿No te ablanda el dolor de la alma mía que tu ingrata beldad ausente adora? ¡Doris crüel! parece que a mis ruegos te exaltas, según crece de tus ojos la lumbre abrasadora.	5 10 15	Amor, tirano amor, así me inflamas, que ríos de fuego corren por mis venas y mis huesos cual leños a las llamas me hacen sentir del tártaro las penas; muévante mis gemidos, que cual volcán que arroja peñascos encendidos, lanzo al impulso de mortal congoja. Así en la ardiente juventud sentía del amor los excesos; mas ya con la edad fría el calor se retira de mis huesos. ¡Triste señal de mi postrero día!	20 25

Notas:

99. En AP, p. 601; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 43-44.

v. 17. *Entretenimientos poéticos*, 1823: «que así me inflamas,» (por «así me inflamas,»); sigo AP.

100

RATO XII

EL REMORDIMIENTO

¿A qué parte me iré que no me siga tu sombra asustadora de mi tranquila paz siempre enemiga? Si de amor en la llama abrasadora peligró tu virtud ¿a qué violencia de nuestra edad fogosa temeraria se queja tu inocencia? Apiádale de mí, muchacha tierna, porque te dice mal ser rigurosa. Esta corriente eterna	5 10	que se desprende de mis turbios ojos borre ya de tu ceño los enojos. ¡Ay, dura Clori! ¡Clori inexorable! ¿Aún me viene siguiendo, como de cuerpo sombra inseparable, la fiera imagen de tu enojo horrendo? En vano dejo mi rincón oscuro buscando alegres y floridos prados y en vano ¡ay Clori! tu favor procuro con tristes ojos de llorar cansados.	15 20

Notas:

100. En AP, pp. 601-602; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 45-46.

101

RATO XIII

EL DÍA DE FILENO

¡Ay, amigo Fileno! hoy es tu <i>día</i> , ¡Qué triste me parece! Si en brazos de la aurora así amanece, ¿qué será sepultado en noche umbría? ¡Oh, si pudiera hacerle compañía volando en alas de mi gran deseo sin duda mi disgusto se trocara en plácido recreo que tu grata presencia me inspirara! Entonces por la selva, el campo, el soto, renovando el antiguo sacro voto de amistades eternas, daríamos a los rústicos altares frutos sazones, florecillas tiernas, que acompañaran himnos y cantares. Entonces en los más robustos troncos y en los peñascos broncos de humildes silenciosas soledades, no en soberbias columnas que levantan fantásticas fortunas y que el tiempo derriba en las ciudades, nuestro nombre pondríamos, para ejemplo de los demás zagales que olvidaron el voto de leales; que en el glorioso templo de la amistad sagrada prometieron con mutua fe jurada. Entonces, olvidando tanta pena a que el hado más triste y riguroso severo nos condena, con el mosto más suave y generoso,	5 10 15 20 25 30	nuestras dulces preciosas zagalejas ceñiríannos las frentes con guirnaldas y quizá, reclinados en sus faldas, nos darían de su amor muy blandas quejas. Entonces, agitada la alegría, dulcisonas cañuelas alentara y en pastoriles versos celebrara lo más conforme a tu glorioso día. Descendieran tal vez a nuestras voces de la altiva montaña hamadriadas y faunos, que veloces saltaran de contento en la cabaña. Entonces... ¡ay, Fileno muy amado! si no es posible el que hoy esté contigo, con imágenes sólo te fatigo que tienen el valor de lo soñado. Recibe, pues, amigo, mis deseos y goza de tu día con todos los recreos que te ofrezca en su dulce compañía la inocente hermosura en cuyo altar consagras tu ternura. Mientras que yo me miro aquí tan solo, si bien entre el bullicio cortesano, que parezco habitante de algún polo donde apenas llegó el género humano. Por último, Fileno, versos te lleguen del castalio coro, entre tanto que yo en lugar ajeno quiero cantarte y de congoja lleno la lira dejo y nuestra ausencia lloro.	35 40 45 50 55 60

Notas:

101. En AP, p. 602; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 47-50.

RATO XIV
LA LIBERTAD

¡Qué admirable concierto! ¡qué armonía
mantiene el universo! El soberano
autor con sabia omnipotente mano
su máquina gobierna noche y día.
¡Oh! ¡con cuánta alegría
se asoma la mañana! Las estrellas
cual moribundas lámparas fallecen
allá en el más distante de los cielos.
Las blandas luces bellas
de la alba resplandecen
como por tenues delicados velos.
Por el oriente sube el sol de fuego
derramando en el éter mil colores.
Alégrase la tierra y abren luego
su seno de ámbar las pintadas flores.
Con soplo lisonjero el aire blando
las mueve y el arroyo cristalino
las salpica de aljófar trasparente.
Los pájaros volando,
con agradable trino
cantan su libertad alegremente;
su amada libertad... ¡Oh, don del cielo

que unos a otros los hombres se han quitado,
verdugos de su especie!... Un denso velo
dejo caer de repente al maltratado 25
cuadro, de quien Dios mismo fue el modelo.

5 ¡Infelices! dejad esas ciudades
donde el poder ufano,
como infernal ministro de la muerte,
lleva atadas al carro de la suerte, 30
10 por horrendo blasón de sus crueldades,
tristes reliquias del linaje humano.
Venid; y libres de feroces gentes
explayad vuestros ojos lastimados
por estas soledades inocentes. 35

Adiós, alegres prados,
 porque el sol caluroso
 me retira a mi albergue silencioso.
 Admitidme entre tanto
 que vuelvo a vuestro seno delicioso
 el triste obsequio de mi justo llanto.

Notas:

102. En AP, pp. 602-603; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 51-53.

RATO XV
LA MUERTE DE FILIS

Mi dolor me conduce al campo ameno
 en la fresca mañana.
 Miro el rostro sereno
 de la alba que se asoma a su ventana,
 las flores con que el prado se engalana,
 las campiñas risueñas,
 el arroyo que brinca entre las peñas.
 Escucho las canciones de las aves
 y recibo el aliento
 de los favonios suaves.

De este modo el rigor de mi tormento
parece que se calma,
pero en la realidad tanta belleza
de la varia feraz naturaleza
me suscita motivos en el alma
de la mayor tristeza.

10 ¿Qué importa que tu imagen cariñosa,
 tu mismo rostro dulce y halagüeño,
 cual sombra regalada en blando sueño,

se me presente aquí, Filis hermosa?	20	en fe de mis amores	
Ilusión agradable, pero vana,		el túmulo do estás, ceniza fría.	
pues el golpe violento		Más exige el amor que me tuviste.	
de tu muerte temprana		Las lágrimas, las quejas, los suspiros,	
acabó con tu vida y mi contento.		harán mi ofrenda triste	35
		por estas soledades y retiros.	
¡Ay Filis! tu hermosura	25	Aquí te llamaré en todos instantes	
fue la primera que encendió en mi pecho		y aunque sorda a mis lúgubres gemidos	
de un amor celestial la llama pura.		los montes y las sierras más distantes,	
Mi corazón en lágrimas deshecho		repetirán heridos	40
lanzaré por los ojos noche y día.		tu nombre amado en ecos doloridos.	
Cierto que no honraré con tiernas flores	30		

Notas:

103. En AP, p. 603; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 54-56.

104

RATO XVI

MI RETIRO

Olvidado ¡ay de mí! de los mortales,		me adelanta la suerte	
en mi triste aposento		en esta melancólica clausura.	
me consume interior desabrimiento.		¡Ay de mí! los horrores de la muerte	
Ya para mí los astros celestiales,		se me ponen delante a cada paso;	
el sol resplandeciente	5	llega el sol a su ocaso...	20
en vano saca su inflamado coche		a su sepulcro llega, y en el cielo	
por las doradas puertas del oriente		la noche extiende su estrellado manto,	
y la luna, plateándose de noche,		la noche que otros duermen y yo velo,	
en vano para mí se manifiesta.		acompañado sólo de mi llanto	
Una sombra funesta	10	y del mortal pavor que me amedrenta.	25
que levanta la horrenda hipocondría,		¡Noche funesta, noche de amargura,	
como una nube gruesa		en cuya sombra oscura	
que al mundo estorba para ver el día,		a lo vivo ¡ay dolor! se me presenta	
entre mi alma y el gusto se atraviesa.		la noche eterna de mi sepultura!	
Parece que mi triste sepultura	15		

Notas:

104. En AP, pp. 603-604; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 57-58.

105
RATO XVII
MIS ENSUEÑOS

¿Qué me queda ¡ay dolor! si el blando sueño, recurso un tiempo en la tristeza mía, ya no viene a mis ojos atenuados con el rostro risueño que alegraba mi triste fantasía?		Aún no despierto, cuando mis gemidos penetran de Fileno los oídos y éste, desde su cama, con asustada voz luego me llama.	25
Hoy sólo los ensueños más pesados inquieta mi reposo. En este lecho ¡ay triste! el más penoso tal vez se me presenta la inexorable parca macilenta	5	En mí vuelvo y apenas el espanto de mis ojos aparta el duro ceño, cuando al hórrido sueño se siguen los raudales de mi llanto.	30
luchando con mi vida ya cansada; tal vez que en tribunal el más temible, por la justicia airada la sentencia terrible es contra mi alma ¡oh cielos! pronunciada.	10	¡Oh, tú, que desde el trono en que te sientas de luces inmortales allá sobre el alcázar de los cielos, precipitas las noches soñolientas para alivio de todos los mortales!	35
Tal vez una caverna del seno de la tierra en lo profundo, en cuyo espacio inmundo sus sombras extendió la noche eterna. El humo pestilente	15	Eterno Dios, que ves mis desconsuelos, líbrame de esta pena tan tirana. Y así como la luz de la mañana que sale por las cumbres de los montes alegra los opacos horizontes;	40
que bosteza la gruta pavorosa, los roncós alaridos que salen de aquel hondo continente amedrentan a mi alma temerosa.	20	así tu luz graciosa y soberana, disipando el horror de la alma mía, la llene de consuelo y alegría.	45
		En tan penoso lance, mi voto humilde tu favor alcance.	

Notas:

105. En AP, p. 604; en *Entretencimicntos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 59-61.

106
RATO XVIII
MIS PADRES BIENAVENTURADOS

¡Oh, qué astros tan lucientes ostenta en su techumbre la perdurable bóveda del cielo! Mis ojos tan pendientes se observan de su lumbré, como que en verla sólo hallan consuelo. ¡Oh, y cómo levantaron su alto vuelo aun más allá de la fogosa cumbre		que perciben los ojos perspicaces las almas de mis padres venturosas! En el inmenso reino de las paces se eternizan con palmas victoriosas.	10
	5	Laurel inmarcesible orna sus sienés santas. Revístense de luz inextinguible y a sus felices plantas	15

forman pizarras bellas
o escabeles de luces las estrellas.

¡Oh, padres! ¡padres míos!
Aliviad desde allá mis desconsuelos;

20

mis ojos hechos ríos
suplican al Señor de las alturas
que me una con vosotros en los cielos
para que tengan fin mis amarguras.

Notas:

106. En AP, pp. 604-605; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 62-63.

107

RATO XIX

LA CONSUNCIÓN

De tu regazo tierno, do se anida
halagüeño el amor, Venus graciosa,
me arrebatan con fuerza poderosa
los años destructores de mi vida.
La guirnalda tejida
de mil alegres deliciosas flores,
la misma que con mano delicada
trenzaron los amores
para adorno festivo de mi frente,
hacia mis pies contemplo destrozada.

5

sobre mi edad florida, 30
en el día más risueño
la vejez se apresura
con su rugoso y extenuado ceño,
por acortar los pasos a mi vida.

Todo lo vence el tiempo. Sus rigores
consumen lentamente
el placer regalado... Mas, ¿qué es esto?
¿Por qué en los brazos ya, por qué tan presto
en los débiles brazos, ¡triste suerte!
de la vejez me miro? Edad cansada
a quien postra la muerte
con solos los amagos de su espada...
de su espada que triunfa aun del más fuerte.

15

¡Oh fugitivos años 35
que con pasos violentos
me obligáis de este mundo a la salida!
Vuestros son tantos daños,
motivo para duros escarmientos
y tristes desengaños... 40
Deteneos un instante en la ligera
continuada carrera
en que os perdéis de vista a los mortales;
pondré remedio a tan funestos males...

Treinta y tres años cuento... no cabales;
pero así como en malos temporales
acelera su curso el cano invierno
y marchita la flor del campo tierno;
o así como en la tarde tempestuosa
tras de nube lluviosa
el sol esconde toda su alegría,
déjase ver la noche presurosa
y antes de tiempo muere el claro día;
de la misma manera ¡oh suerte dura!

20

Mas en vano se esfuerzan mis lamentos, 45
pues ¿qué brazo robusto habrá bastante
para haceros parar un solo instante?
No es tan veloz el carro estrepitoso
de los ligeros vientos
cuando a la voz del Todopoderoso 50
con sus volantes ruedas
se arrebatan las grandes arboledas.

25

Con razón se suscitan mis congojas
cuando advierto que el tiempo despiadado,
como al árbol que el cierzo ha despojado 55
del natural adorno de sus hojas,
sin cabellos me deja la cabeza,
adorno que me dio naturaleza.

¡Miserable de mí! tan gran mudanza hace morir del todo la esperanza. Toma asiento en el alma la tristeza; nace la enfermedad consumidora; llueve el cielo cuidados y llega la fatal, la última hora de que en tropel los males conjurados me arrastren a la puerta tenebrosa	60	del sepulcro ¡ay de mí!, donde contemplo que ni la guarda de una triste losa me libraré de ser un triste ejemplo. Hasta allá seguiránme los excesos del tiempo; y la memoria, recordando pasajes de mi historia, carcomerá también mis pobres huesos.	70
	65		

Notas:

107. En AP, p. 605 en *Entreteneamientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 64-67.

108

RATO XX

MI DIFUNTA HERMANA

El tiempo ¡ay triste! de la noche oscura que corre acelerado viene a ser para el hombre desgraciado un siglo de tormento y amargura. Mil años de dolor me han parecido diez horas que han corrido... Diez horas de tristeza que volaron de mi presencia, desde que las lumbres del sol tras de los montes se ocultaron para alegrar del orbe la otra cara. ¡Qué grandes! ¡qué molestas pesadumbres graban mi corazón! ¡oh, si acabara de llegar al sepulcro, donde yace reducida a pavesas la luz pura con que a tantos cegaba tu hermosura! Allá el hombre infeliz desde que nace dirige su camino, con la carga de males agobiado que le impone la ley de su destino. Allá encuentra descanso, allá reposa, del resto de los hombres olvidado, cubierto de una losa. ¡Dulce morada de la paz! ¡dichosa habitación que anhelo para mis pobres huesos, mientras mi alma se sube al alto cielo para alcanzar la inmarcesible palma! Esta esperanza... es cierto, es al hombre de penas combatido	5 10 15 20 25	lo que el seguro puerto al que navega el mar embravecido. ¡Dichosa tú! ¡dichosa tu alma, hermana mía, que dejando esta tierra trabajosa, descansa en paz por un eterno día! ¡Grata satisfacción! Más si se advierte la dolorosa causa de tu muerte; si se atiende a tus hijos pequeñuelos; si se ve a tus hermanos afligidos; si a tu esposo, que manda hasta los cielos mil suspiros, mil ayes, mil gemidos... ¿Quién con estos tan lúgubres despojos podrá tener sin lágrimas los ojos? Yo derramo un torrente cuando el mundo cubierto de la noche tenebrosa, en silencio profundo una imagen me inspira pavorosa de aquel tremendo día, el postrero del tiempo y las edades, en que dejando aquellas cavidades de la región umbría, tú, yo y todos seremos reanimados, unos para descanso y alegría y otros para el abismo condenados. ¡Oh! libreme, Señor, tu brazo fuerte de la espantosa, de la eterna muerte, cuando del alto cielo estremecida	30 35 40 45 50 55

la fábrica admirable
y la terrestre máquina movida
de tu mano al impulso formidable, 60
el mundo delincuente sea despojo
de las ardientes llamas de tu enojo;
entonces, juez eterno,
no quieras sepultarme en el infierno.

Notas:

108. En AP, p. 606; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 68-71.

109

RATO XXI

LA INMORTALIDAD

En este triste solitario llano,		a mi vida volved, como a esta selva	
do violentas me asaltan las congojas,		han de volver las cantadoras aves,	
no ha mucho que extendió sus verdes hojas		las vivas fuentes y las flores suaves	
y salpicó de flores el verano.		cuando el verano delicioso vuelva!	
Este tronco esqueleto, con que ufano	5	¡Mas ay! ¡votos perdidos	35
estuvo el patrio suelo,		que el corazón arroja	
abrigaba los tiernos pajarillos		al impulso mortal de mi congoja!	
entre frondosas ramas;		Huyéronse los años más floridos,	
el líquido arroyuelo,		y la edad que no para	
por márgenes sembradas de tomillos,	10	allá se lleva mis mejores días...	40
de cantuesos, de pálidas retamas,		Adiós, pasadas breves alegrías,	
de rubias amapolas,		¿qué? ¿no volvéis siquiera la dulce cara?...	
de albos jazmines y purpúreas violas,			
mansamente corría		Áridas tierras, más que yo dichosas,	
bañando el fértil prado de alegría.	15	no así vosotras, que os enviando el cielo	
Benigno el aire en la espaciosa estancia		anuales primaveras deliciosas,	45
de los lejanos frutos y las flores,		se corona con mirtos y con rosas	
desparramaba el bálsamo y fragancia.		la nueva juventud de vuestro suelo.	
¡Oh tiempo y lo que vencen tus rigores!		Pero ¿qué rayo ¡ay Dios! a mi alma enciende?	
Llega del año la estación más cruda	20	¡Ah! luz consoladora	
y mostrando el invierno sus enojos,		que del solio estrellado se desprende...	50
todo el campo desnuda		Más allá de la vida fatigada...	
a vista de mis ojos,		Sí, de la vida cruel que tengo ahora.	
que ya lloran ausentes		Cuando sea reanimada	
los pájaros, las flores y las fuentes.	25	esta porción de tierra organizada,	
En los que miro ¡ay triste! retratados		entonces, por influjos celestiales,	55
los gustos de mi vida		en los campos eternos	
por la mano del tiempo arrebatados,		florecerán mis gustos inmortales	
cuando helada quedó mi edad florida.		seguros de los rígidos inviernos.	
¡Dulces momentos, aunque ya pasados,	30		

109. En AP, pp. 606-607; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 72-74.

RATO XXII
LA MEMORIA

Notas:

110. En AP, p. 607; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 75-77.

A UN POETASTRO

Uno tras de otro huevo calentaba cierta gallina clueca noche y día, esperando sacar muy buena cría; pero el huevo a la postre se enhueraba.	Aplica el cuento, <i>Momo</i> , y advertido, no calientes conceptos, engañado de tener buenos partos en tu nido;	10
Cacareando una amiga la exhortaba, que abandonar el huevo convenía, que el calor natural se le extinguía y lleve el diablo el pollo que sacaba.	5 porque aunque más y más hayas cloqueado, el calor de la musa se ha extinguido y lleve el diablo el verso que has sacado.	

Notas:

111. En AP, p. 608; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, p. 180.

v. 6. *Entretenimientos poéticos*, 1823: *abandonara* (por *abandonar*); sigo AP.

112

DEL AMOR

Que es prisión y enfermedad,
dicen del amor; yo digo,
que no quiero, Fabio amigo,
ni salud, ni libertad.

Notas:

112. En AP, p. 608; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, p. 182. | Los siguientes poemas integran en *Entretenimientos poéticos*, 1823, la sección «Epigramas».

113

PELIGRO DEL AMOR PASADO.

DE PRONTO

Si amaste a Salicio, entiende,
Filis, que el riesgo no pasa;
pues carbón que ha sido brasa,
con facilidad se enciende.

Notas:

113. En AP, p. 608; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, p. 182.

114

A LOS OJOS DE CRISEA

Cuando Cupido te vea,
a pesar de sus enojos
le dirás, dulce Crisea,
que luego apague su tea
y se valga de tus ojos.

5

Notas:

114. En AP, p. 608; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, p. 185.

AL MISMO ASUNTO

Luego que vio Cupido	y dijo riendo:	5
tus bellos ojos,	«desde hoy serán mis armas	
arrojó contra el suelo	tus ojos bellos».	
sus flechas de oro;		

Notas:

115. En AP, p. 608; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, p. 185. | En *Entretenimientos poéticos*, 1823, el título dice «El mismo en un verso bolero».

FÁBULAS

116

FÁBULA I

MIS CENSORES

En las oscuras noches	La costumbre de oírlos	
los ladradores perros	llegaba a tal extremo,	10
turbáronme el reposo	que ya no me dormía	
de mi apacible lecho.	si no ladraban ellos.	
Con esto a los principios	5	
causáronme desvelos,	Lo mismo ha de pasarme	
hasta que con el curso	con censores molestos:	
me impuse de los tiempos.	si ellos me desvelaren,	15
	ellos me darán sueño.	

Notas:

116. En AP, p. 608; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 187-188.

117

FÁBULA II

EL MOSQUITO

Un mosquillo impertinente	Sin usar voz diferente	5
picar a un zorro quería,	se disfrazaba en el vestido;	
pero éste se defendía	el zorro lo ha conocido	
y lo burlaba altamente.	y le dice con ultraje:	
	«¿qué importa mudas de traje	
	si no mudas de zumbido?».	10

Notas:

117. En AP, pp. 608-609; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 188.

118

FÁBULA III

EL ESTANQUE, EL ARROYO Y CERES

Cerca de un estanque, cenagal horrendo de sapos y ranas, pútrido elemento,		le dice el estanque:	15
		«ca, compañero,	
		suspenda su curso, que es sobrado necio quien con otros gasta lo que le dio el cielo».	20
cuyas turbias aguas por ningún venero salen a dar vida a los campos muertos;	5		
alegre un arroyo pasaba corriendo, por dar al sembrado saludable riego.	10	Ceres que escuchaba el fatal consejo, «Júpiter permita –exclamó diciendo–,	
		permita que te hagan de avaros ejemplo, que con nadie gastan su inútil dinero».	25
Cuando en voz ingrata de hediondos bostezos			

Notas:

118. En AP, p. 609; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 190-191.

v. 16. *Entretenimientos poéticos*, 1823: ««ca, seor compañero,» (por ««ca, compañero,»); sigo AP.

119

FÁBULA IV

LA ARAÑA, EL MOSCO Y LA CRIADA

En un rincón oscuro la maliciosa araña de sus entrañas mismas urdiendo está mil trampas.		Si no es que ya parezca, cual entre tocas, beata, o ermitaño en su cueva o en su garita el guarda,	10
Después de la tarea se retira a su estancia, cual entre pabellones alguna doña Urraca.	5	desde la claraboya o tronera o ventana o puerta u orificio de aquella telaraña	15

atisba los mosquitos
que llegan a su casa
y allá, quién sabe cómo,
el jugo es que les saca. 20

Una ocasión, la historia
dizque pasó en Tarántulas,
susurrante un mosquito
llegó a pedir posada;

como dama de corte, 25
entre mil caravanas
recibió al señor mío
la hermosa doña zancas.

No bien el suelo toca 30
la inadvertida planta

del inocente mosco
cuando... aquí son las ansias.

Al zumbido se acerca
una moza y levanta
la escoba... mas se tiene 35
diciendo estas palabras:

«fuerza es que te perdone,
pues, ¿qué hacen las arañas?
¿Trampas? El mundo todo
incurrir en esta falta». 40

Cuando un mismo delito
a todos nos alcanza,
se queda sin castigo:
así quedó la araña.

Notas:

119. En AP, pp. 509-510; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 191-193.
v. 43. En *Entretenimientos poéticos*, 1823, se agrega en nota al pie la siguiente cita de Jerónimo: «Multitudo peccantium, peccandi licentiam subministrat».

120

FÁBULA V

LAS DOS PÁJARAS

En una jaula estaban
dos pajaritas tiernas,
con achaque el más dulce
de la naturaleza.

La falta de consortes 5
oportunas lamentan;
entre tanto Cupido
sobre la jaula vela.

Travieso este muchacho 10
ya se asoma a las rejas
y de oro ya les tira
sus inflamadas flechas.

Hubieron de casarse
las dos pájaras bellas;
mas corrido Himeneo 15
no es que asistió a la fiesta.

Cierto naturalista
admirado de verlas,
cuando en un propio nido
las dos juntas se acuestan, 20

les pregunta: «avecillas,
decid, por vida vuestra:
¿quién puede hacer de macho
cuando las dos sois hembras?».

Notas:

120. En AP, p. 610; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 194-195.

121
FÁBULA VI
LOS VIEJOS CASADOS

Una vieja de ochenta y un viejo de cien años, para aumentar el mundo sus bodas concertaron.		Cercáronse del lecho, cuando ya se acostaron aquellos esqueletos en forma de casados.	20
Como dos armazones de fragmentos humanos se presentan aquellos novios apolillados.	5	Y al verlos tan endeble, tan viejos, tan cascados, unos a otros se miran los dioses soberanos.	
A las nupciales fiestas, como era de contado, vino el dios Himeneo con su cirio en la mano.	10	Apartáronse al punto Himeneo cabizbajo, avergonzada Venus y Cupido llorando.	25
Vino la madre Venus, sus toallas preparando; y su hijo también vino y sus arpones trajo.	15	El caso es fabuloso; mas si en verdad hablamos, ¿cuántos viejos y viejas habremos retratado?	30

Notas:

121. En AP, p. 610; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 195-197.

122
FÁBULA VII
EL DENGUE

Allá en tiempo en que los dengues eran la grandeza y pompa y se alababan de lindos entre muchas damas bobas,		Vase a una fiesta y asiento yo presumo que ella toma; y desde luego se mete, por lucir, a bailadora.	15
era ley que a los fandangos fuesen con sus dengues todas las que habían de hacer papel, porque era traje de moda.	5	Levántase la algazara, pero ella gritaba: «¡hola! malo está mi dengue, pero ¿quién me quita estar de moda?».	20
Entonces una muchacha muerta por andar en bola, vístese un dengue rotado y cáamelas persona.	10	Currutacas, las que sois de truco alto y carambola y hacéis a cortejos viejos por no tener otra cosa:	

cuando suene su matraca
 el vulgo de nueva forma,
 responded lo que allá dijo
 la muchacha de la historia.

25

Notas:

122. En AP, p. 610; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 197-198.

123

LA DIVINA PROVIDENCIA

POEMA EUCARÍSTICO DIVIDIDO EN TRES CANTOS

INTRODUCCIÓN

Lejos, lejos de mí, versos profanos,
 y con sagrada lira
 cantemos al Señor que nos inspira
 asuntos soberanos;
 lejos de mí los versos que son vanos.

Como aquel que despierta alborozado
 después de haber soñado
 mil quimeras preciosas,
 pero que como sombra su alegría
 desaparece, mirando que estas cosas
 fueron engaños de su fantasía;
 así pienso el que estoy: un gran vacío
 hallo en el pecho mío
 después de que canté tantos amores
 de inocentes zagalas y pastores.

Mas ya que la verdad con presto vuelo
 de la mansión lumbrosa
 baja y disipa como luz del cielo
 la apariencia engañosa
 que tuvieron por fútiles mis versos,
 otros caminos seguiré diversos
 y elevaré mis tonos entre tanto
 que alabo la Divina Providencia
 del numen sacrosanto.

¡Oh si pudiese hacer una pintura
 de su amor y clemencia!
 Entonces la poesía
 empleara como debe su hermosura,

y dando en estos cantos
 gracias debidas por favores tantos,
 sus sienes ceñiría
 con un laurel eterno
 que no lo marchitara el crudo invierno.

5 ¡Oh, abrázame mi Dios !, dame tu aliento,
 que no tiene la pobre musa mía 30
 para tanto argumento
 ni discurso, ni gracia, ni ornamento.
 ¡Oh si todo lo hubiese de tu mano!
 Dame, Señor, tu aliento soberano,
 10 y mi agradecimiento y mis amores, 40
 saliendo del letargo más profundo,
 cantarán tus favores
 y extenderán tu nombre en todo el mundo.

15 CANTO PRIMERO

Cuando con alas de inmortal deseo
 vuelo hacia todos lados, 45
 subo y bajo los cielos elevados
 y tantos seres veo
 20 en su orden respectivo colocados,
 como la luz me guía
 de la alma religión, nunca pudiera 50
 preguntarles dudosa el alma mía:
 ¿cuál es el numen misericordioso
 que desde su alta esfera
 25 cuida de tantos seres amoroso?

Alza, mortal, los ojos; ve y admira 55
 los cuidados de Dios siempre velando

sobre toda la gran naturaleza; mira los bienes, los regalos mira que está siempre manando la fuente perenal de sus ternezas: todo anuncia cariños y finezas del padre universal, del Dios de amores, que al mirar nuestra débil existencia nos colma de favores, todo anuncia su amable providencia.			
Ríe el alba en los cielos, avisando que viene el claro día y luego asoma el sol resplandeciente, a cuyo fuego blando restaura su alegría y su vital calor todo viviente. Sólo Dios pudo ser tan providente; su infatigable empeño aun en lo más pequeño se muestra cuidadoso; porque ¿quién sino el Todopoderoso dice a las aves, al dejar sus nidos, que vuelven en bandadas a los anchos y fértiles ejidos, para volver cargadas a socorrer sus míseros hijuelos, que al padre de los cielos en flébiles piadas le piden el sustento? Sólo Dios pudo hacer este portentoso.			
Pero aun a más se extiende su cuidado, viendo por lo que está más retirado; porque ¿quién sino él mismo pule y viste en el valle más hondo y apartado de tan bello color al lirio triste? Sólo Dios, el señor de cuanto existe; y si su mano ahora hace que salga por el alto cielo la rutilante aurora para alegrar la habitación del suelo, después hará a la noche que descienda sobre nuestra morada y, del sueño tranquilo acompañada, hará benigno que sus alas tienda.			
	Entonces, cuando el cielo parece recogerse y que ha bajado la tierra y que se cubre con el velo que la noche de estrellas ha corrido... Pero el Señor no duerme... cuando el mundo, de lóbregas tinieblas rodeado, descansa en un silencio tan profundo cual si lo hubiese Dios dado al olvido, ¿quién sino Dios entonces, al rugido del formidable león que en la espesura estremece los montes levantados, quién sino Dios sus manos extendiera para saciar el hambre de una fiera que sale entonces de su cueva oscura?	100	
	Tales son del Eterno los cuidados: al fin es su criatura, ella, cual todas, su favor espera, pues sólo Dios pudiera mantener providente cuantas cosas salieron de sus manos poderosas.	105	110
	Sí, Señor, sólo tú: desde el brillante alcázar de diamante que elevaste en el alto firmamento, sobre todos los seres vigilante, y poniendo en seguro movimiento los orbes celestiales, sí, Señor, desde allá, según el modo que apenas se trasluce a los mortales, todo lo miras y lo arreglas todo. ¡Todo!... sí, pues no fuera consiguiente que siendo tú el autor de lo criado otro fuera encargado de ser en cosa alguna providente. Todo lo riges acertadamente, sin que lleve Eolo el carro de los vientos, ni Neptuno el cerúleo tridente; porque tu cetro sólo, tu cetro de esplendor y no otro alguno, sobre el vasto universo representa el gobierno del Dios que lo sustenta.	115	120
		125	
		130	
		135	
		140	
	Mas ¿qué genio divino, como a recios impulsos, me ha obligado a subir sobre el cielo cristalino?		

Deja, mi musa, deja el estrellado
 lugar y en manso vuelo
 baja y me muestra en el humilde suelo
 las grandes profusiones
 de Dios en las anuales estaciones,
 baja y canta al Señor que va guiando
 al año por las tierras circulando.

CANTO SEGUNDO

Al modo que los hábiles pintores
 en ingeniosos cuadros aplicando
 oportunos colores
 nos van representando
 los aspectos que el año va mudando
 y cómo en cuatro imágenes procura,
 de admirable y feliz correspondencia
 con la madre natura,
 instruirnos la pintura
 hasta hacernos tocar con evidencia
 los favores de la alta Providencia;
 así también ufano yo querría
 que en sus versos lo hiciera
 la alegre musa mía.
 ¡Oh tú, sabio Barquera!
 dirígela entre tanto,
 dirígela, te ruego, mientras canto
 la dulce primavera.

¡Cuán bella se nos muestra por el llano
 y cuál es su decoro
 de esa la amable ninfa del verano,
 cuando el sol entra ufano
 en la alta casa del carnero de oro!
 ¡Cuán risueña se mira en la espaciosa
 y afortunada selva, coronando
 al joven año de clavel y rosa!
 Y al verla tan hermosa,
 los apacibles céfiros volando,
 los arroyos corriendo,
 los melodiosos pájaros cantando,
 y las flores riendo...
 Naturaleza toda a su presencia
 alaba a la Divina Providencia.

Sigue el año su curso presuroso
 y en tanto que los cielos van rodando

sobre sus firmes ejes, va tornando
 el sol por su camino luminoso.
 Asoma luego el caluroso estío
 y las espigas de los campos dora,
 que hizo brotar la mano agricultora
 entre la escarcha del invierno frío. 190
 Arden los valles, pero el ancho río,
 los bosques y las auras matinales
 restauran el vigor de los mortales;
 cuando, por otra parte, los despojos 195
 de la alegre y fecunda sementera
 ofrecen mil contentos a los ojos:
 la rubia mies preséntase en manojos
 sobre los altos carros; la galera
 en su anchuroso seno la atesora, 200
 prepárase la era
 y la hambre asoladora,
 que hace a las gentes formidable guerra,
 como asustada sale de la tierra.
 Resuena en las cabañas la alegría 205
 de la gente del campo bienhadada
 y la sombra de Ceres disipada,
 el canto sube a la región del día.
 Pero el Señor se escucha y con violencia
 convoca a su presencia 210
 mil espesos nublados
 que de agua y refrigerio van cargados;
 su seña aguardan y en el mismo instante
 que responde a su voz el firmamento,
 la máquina del mundo vacilante 215
 se pone en movimiento:
 sopla agitado el viento,
 el polo cruje, el éter se ilumina,
 la catarata se abre repentina
 y baja por el aire estrepitosa 220
 en torrentes la lluvia cristalina.
 Cruza la tempestad y la frescura
 que deja por la tierra calurosa
 fomenta el seno de la gran natura.
 ¡Tiempo dichoso en que la huerta amena 225
 su abundancia nos brinda ya madura
 de frutas tantas con que Dios la llena!
 Éste es el tiempo en que el cantor famoso
 de la otoñal riqueza nos mostraba
 las matutinas horas y, ardoroso, 230

con su cítara dulce las cantaba en la cuna del alba amaneciendo, al punto que asomaba Vertuno con sus ninfas ofreciendo a los hombres sus huertos en bonanza. Sí, <i>Canazul</i> felice, hijo de Apolo, tú les cantaste con tu dulce afluencia: tuya fue para Dios esta alabanza; ahora que veas que só el alto polo, al parecer, su sabia providencia, para igualar las noches y los días, pese las horas en que tú decías, mostrando de tu numen un destello: «Mira cual brilla en el oriente bello la rozagante aurora»; vuelve a templar tu cítara sonora y que repita ufana del rico otoño la oriental mañana. Repítala, mirando la franqueza del año dadivoso, y allá, como en encanto primoroso de su genial destreza, recorra el velo al cuadro milagroso de la alegre y feraz naturaleza.			
Mas ¡ay! que a nuestros ojos otra escena se va representando y la dura inclemencia y los enojos del cielo me parece estar mirando, cuando el orbe de aspecto va mudando. Como un sueño ligero desparecen los gustos y regalos del tiempo lisonjero. Ya tornan los disgustos y con ellos al alma su tormento. Los recios golpes siento del robusto aquilón que se desata y la abundancia y todo el ornamento de la estación fructífera arrebata. ¿Qué nuevo, qué terrible poderío triunfa del año y su verdor maltrata? Éste es el tiempo del invierno frío.	235 240 245	¿El ardor estival feliz lo haría, cuando tan solamente sazonzara la mies que le prepara el labrador robusto? ¿Y qué si no pasara el mayor luminar a más altura? ¿El otoño a sus mesas presentara los dones de más gusto que pródigo ha sacado de las entrañas de la tierra dura? ¿Y a qué el invierno, pues, llega cargado de la escarcha y el hielo? ¿Qué beneficios trajo a nuestro suelo su brazo fuerte de rigor armado?	280 285
	250	Cual obra en el enfermo y extenuado tornándolo a su vida y fortaleza la virtud de Esculapio milagroso, así obra en la común naturaleza la fuerza del invierno riguroso, mientras que el delirante filósofo atribuye a desconcierto del mundo maquinal lo que es concierto de la ley del Señor siempre constante, aunque aparente elemental desorden.	290 295
	255	¿Y a quién tanta armonía, tanto primor, tanto orden y tanta divinal sabiduría? Todas son de la suma providencia altas disposiciones, que a fin de conservar nuestra existencia arregló las anuales estaciones. Nuestra existencia ha sido su cuidado; ¡oh! dilo, musa, en plectro concertado.	300 305
	260		
	265	CANTO TERCERO	
		Ahora más que nunca yo quisiera que felice tuviera mi musa el arpa de oro, el arpa misma y cántico sonoro del genio deificado que so el trono de Israel colocado despertó a la natura y a su influencia la hizo cantar la suma providencia.	310 315
Pero sin él ¿qué fuera del orbe terrenal? ¿La primavera, para hacerlo dichoso, bastaría que de vistosas flores lo cubriera?	270 275		

Cantáronla los hombres y extendieron
el nombre del Señor de las alturas
a todas las criaturas,
a todas al instante se movieron.
320 Cantáronla... los páramos sombríos
la cantaron y montes y collados
y piélagos y ríos,
y oyéronse mil cantos redoblados;
en tanto que la bóveda del cielo
325 con festival estruendo respondía
al general aplauso con que el suelo
a su gran bienhechor reconocía.
Entonces, ¿cuál sería
mi gozo? Yo exclamara
330 después de contemplar la lumbre clara
del sol resplandeciente,
después de contemplar atentamente
la luna, las estrellas,
el mar, la tierra, el aire y cuantas cosas
335 son a la vista más maravillosas;
pero que todas ellas
a las plantas del hombre se postraron,
y a su arbitrio y su ley se sujetaron;
entonces, sí, exclamara «¡Dios benigno!
340 (el pecho lleno de palabras santas)
¿por qué de tus favores me haces digno
sobre criaturas tantas?
Poco menos que un ángel te he debido,
según las excelencias que me has dado:
345 sacásteme a tu esencia parecido
y de gloria y honor me has coronado:
¿cuál será después de esto tu cuidado?

Gracias te sean dadas
¡oh padre de los hombres bondadoso!
350 y tu nombre celebren amoroso
las gentes por la tierra esparramadas».
«¡Oh! acaba de salir del seno oscuro
en que ciego te tiene la ignorancia,
discípulo insensato de Epicuro,
355 y en la acorde y eterna consonancia
de la naturaleza
encontrarás motivos poderosos
de amor y de fineza,
con que la providencia
360 destruye tus sofismas engañosos:
¿qué motivo mayor que tu existencia?»

Así exclamara contra el grito horrendo
de la carne orgullosa que murmura
del numen que en sí propia está sintiendo 365
y que ve en todas partes, a manera
que por el velo de una nube oscura
vemos del claro sol la antorcha pura.

¡Qué!, ¿por qué no nos pone en alta esfera,
325 cual so el trono argentado de la luna, 370
la ambición altanera,
se ha de pensar que ciega la fortuna
nos lleva tropezando por el suelo,
cuando estamos mirando en tierra y cielo
330 la sabia providencia que gobierna 375
todo, conforme con su ley eterna?

¡Mil veces venturoso, amigo Fabio,
el verdadero sabio
335 que, como tú, contempla su existencia
un milagro de la alta providencia, 380
y conforme en su estado,
juiciosamente advierte
que lo lleva la suerte
por los rumbos que Dios le ha señalado!
340 Sí, Fabio, pues ¿qué importa que el destino 385
nos cargue de miserias y de males
como dura pensión de los mortales?
¿Qué importa que el camino
345 de nuestra vida esté lleno de abrojos
si termina en las puertas eternas 390
de la patria? Es verdad, yo estoy mirando
delante de mis ojos
el camino derecho de la gloria...

Cuando acá en sus recuerdos la memoria
350 me va representando 395
tantos motivos de dolor infando,
tantos peligros de mi triste historia
y miro entonces mismo
355 que una deidad me libra protectora
tantas veces de dar en el abismo, 400
¿qué te podré decir?, ¿qué podré hacerte,
¡oh amable providencia bienhechora!
que tantas ocasiones me has librado
del hambre, de la sed, de la dolencia...
360 de mil ministros de la cruda muerte? 405
¡Un milagro es mi vida!

¡Milagro de la suma providencia que me lleva por senda conocida a la ciudad de eterna refulgencia!		alabad al Señor de las alturas, porque tiene cuidado de todas sus criaturas, y alabémosle todos los mortales	415
Vos cantadla por mí, cielo estrellado y tierra florecida:	410	repitiéndole gracias eternas.	

Notas:

123. En AP, pp. 611-616; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 201-220. | En *Entretenimientos poéticos*, 1823, las poesías que siguen integran la sección «Poesías sagradas y morales».

v. 92. AP: «y su mano» (por «y si su mano»); sigo *Entretenimientos poéticos*, 1823.

v. 164. [N. de JMG] El licenciado don Juan Wenceslao Barquera, poeta mexicano contemporáneo de Navarrete.

v. 234. Vertuno (Vertumno o Vortumno) es la divinidad romana de los vegetales y de los jardines; personifica, por lo mismo, la noción de cambio, de transformación del reino vegetal durante el paso de las estaciones. | Cfr. la pintura de Giuseppe Arcimboldi, *Vertumno*, 1590

v. 283. AP: *sus* (por *los*); sigo *Entretenimientos poéticos*, 1823.

124

LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA

Para triste desahogo de la pena que en lo interior me agita, lloro la triste y espantosa escena del alma en el instante que escucha la sentencia de precita.		miro su rostro de furor bañado, escucho de su boca la terrible sentencia de dolor y llanto eterno, siento el brazo de un Dios irresistible que me arroja a las llamas del infierno.	25
	5		

Vuelve a mis manos, vuelve, mi cítara sonante, que en más alegre día acompañabas mis festivos versos; hoy el numen resuelve que lleves el compás de la elegía y por tonos diversos la acompañen tus cuerdas entre tanto que desata los diques de mi llanto.		Desde que este cuidado me rodea, melancólico vago por el mundo, como hurtando el semblante a la alegría. Conformes sólo con mi triste idea son tus lúgubres sombras, tu profundo silencio, noche oscura. El claro día en vano para mí su luz enciende; la ciudad, su rumor, todo me ofende. El espanto se sigue a la tristeza y el más leve ruido	30
	10		
			35

Luego que la memoria me presenta como en vasto proceso mis delitos, de que se turba la horrorosa cuenta, entonces la tormenta crece de mis temores y conflictos; y entonces cual si fuese arrebatado al tribunal temible del juez contra mis culpas irritado,		me parece el horrisono estallido de un rayo que me hiende la cabeza. La imagen de la muerte a cada instante se me pone a los ojos; pero aún más me horroriza tu semblante, ¡eterno Dios!, de donde se desprende contra mi alma el raudal de tus enojos que en tu furor la enciende.	40
	15		
	20		45

¿Fallezco?, en el instante me parece
que el hermoso espectáculo del mundo
con sempiterna noche se oscurece.
Sale del hondo pecho, el más profundo,
el último suspiro en que lanzada
va mi alma a tu presencia
de crímenes horrendos acusada;
y herida de tu voz, como de un trueno,
de tu justicia escucha la sentencia
de tu eterno castigo irrevocable;
atérranla tus ojos y el sereno
resplandor de tu rostro le parece
nube que anuncia rayo formidable
cuando truena el Olimpo y se enardece.

Id ahora, delicias de la vida,
a dar algún consuelo
a mi alma por vosotras afligida.
Halagüeñas delicias... no queda una
de tantas que en el suelo
ciñeron el laurel a mi fortuna.
Todas desaparecieron
como un sueño de mi alma y, de repente,
al caos de la nada se volvieron.

Vosotros, mis amigos, id ahora
a socorrer a mi alma, ¿mas qué digo?
¿Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente
a salvarla de la ira vengadora
del Todopoderoso su enemigo?
¿Del Dios cuya invencible fortaleza
suscita las violentas convulsiones
de la naturaleza?;
¿que agitando los bravos aquilones
impele las soberbias tempestades,
inflama los oscuros horizontes,
estremece los montes
y hasta el nombre les borra a las ciudades?
¿Del Dios?... pero el palacio refulgente
está viendo con pasmo el elevado
solio de aquel monarca omnipotente:
la emperatriz augusta que a su lado
goza de sus ternuras y caricias,
ángeles infinitos que agrupados
alrededor del trono están postrados,
las candidas doncellas
que en sus puras delicias

enguirnaldan las frentes con estrellas,
santos todos, los justos bienhadados,
la corte de los cielos... «¡oh dichosa
morada!» –clama entonces la alma mía.

50	Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!	95
	Allí asomas con plácida alegría y deliciosa calma: gózate, pues ya tienes	
55	recompensado el mérito de tu alma, gózate, ¡oh madre! en infinitos bienes.	100
	Pero qué ¿la blandura de tus ojos con miradas crüeles me retiras? ¿Objeto es de tus iras el que sufre del cielo los enojos?	
60	¡Ay! vuélveme mi abrazo, abrazo estrecho	105
	que en el mundo te di cuando espiraste y triste me dejaste en abundantes lágrimas deshecho. ¿No me oyes?, ¿no me ves?, ¿no me conoces?	
65	¡Ay! mírame por último agradable,	110
	no seas inexorable al blando ruego de mis tiernas voces. ¿Huyes de mi presencia?, ¿ni una vista me pagas, ni un abrazo, al hacer una ausencia	115
70	de que es la misma eternidad el plazo? ¿Con tu hijo tan cruel?, ¿con un pedazo de tu vida? ¡ay de mí!; con rauda vuelo te apartas de mis ojos... ya te fuiste para otras partes del alegre cielo.	120
75	Pero ¿qué estoy mirando?, ¡caso triste Para mí y de dolor el más profundo! Allí el cómplice está de mi pecado. Y ¿cuántos que en el mundo conocí pecadores? ¡oh! ¡dichosos,	125
80	dichosos todos con envidia mía los que gozáis de Dios el dulce agrado y os recrean sus ojos cariñosos! ¡Dichosos!, sí, mil veces, que ocupando	
85	las mansiones de luz, con armonía	130
	de voces apacibles estáis dando gracias sin término a su autor, al mismo que fabricó con manos eternas las cárceles horrendas del abismo	
90	y encendió las hogueras infernales.	135

Allá me arroja con furor horrible a gemir oprimido de cadenas que su mano terrible forjó para instrumento de mis penas. Allá me precipita. ¡Qué caverna! ¡Qué fuego abrazador! ¡Qué pestilente humo bosteza la tartárea boca! He aquí el hórrido espectro de la eterna noche, el dolor, la cólera impaciente que sin cesar provoca el llanto de los míseros precitos. Hierva el lago infernal; la gruta brama con son horrendo de inflamada llama. Los calabozos lóbregos a gritos ya parece que se hunden. ¡Qué molesto desorden...!, ¡qué funesto, qué terrible lugar donde severo descarga Dios su brazo justiciero! ¡Oh cuántos condenados como en ardientes hornos encendidos se ven amontonados! Retumban con sus grandes alaridos las subterráneas bóvedas, y cuando	140	los demonios... ¿qué es esto?, delirando atónito el discurso titubea. Y cuando los demonios con horrible presencia... yo deliro con la fuerte impresión de la terrible imagen de esta idea. Me agita el susto y asombrado miro... Todo el infierno junto se le presenta a mi alma en este punto.	160
	145	No me llames ¡oh Dios! aún todavía; mas cuando sea llevada el alma mía a tu presencia augusta, oh juez eterno, no la arrojes, Señor, en el infierno. Muévate mi congoja y mi gemido, mi corazón doliente que sale por los ojos derretido.	170
	150		
	155	Quédate adiós en lágrimas bañada de este álamo pendiente, cítara triste, y a tu voz cansada prosiga de mis ojos la corriente.	175

Notas:

124. En AP, pp. 616-618; en *Entretenimientos poéticos*, t. 2, 1823, pp. 257-265. | En *Entretenimientos poéticos*, 1823, entre el título y el poema se adiciona «Poema lúgubre. Dedicado a Mopso. Canto único».

v. 85. *Entretenimientos poéticos*, 1823: *agusta* (por *augusta*); sigo AP.

125

SONETO

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO EN SUS TRES CAÍDAS

Dolores nostros ipse portavit.

Isai., cap. LIII, v. 4

El mismo en cuyo brazo omnipotente,
el ancho mar, el cielo dilatado,
la vasta tierra y todo lo criado
se mantiene seguro y permanente;

el Hombre Dios, al peso solamente
de este leño, figura del pecado,

tres veces en la tierra derribado
es la mofa de un pueblo irreverente.

De esta suerte camina y cuando asombre
el lugar afrentoso donde espera
ultrajes viles a su santo nombre,

apagando la luz que aún reverbera
en su divino sol, menos el hombre,
le llorará naturaleza entera.

Notas:

125. En AP, p. 618; en *Entretencimientos poéticos*, t. 2, 1823, p. 275.

OLMEDO

J. J.

El doctor don José Joaquín de Olmedo nació en la ciudad de Guayaquil, por los años de 1784, y recibió su educación literaria en la capital del Perú. Fue diputado a las primeras Cortes españolas, y perteneció al partido liberal que se formó en el seno de ellas. Evitando con fortuna las persecuciones de Fernando VII, regresó a las orillas de su querido Guayas, donde permaneció hasta que fue nombrado miembro del Congreso Constituyente del Perú en 1822.

Cuando el Libertador Bolívar puso al servicio de la libertad peruana su genio y las lanzas de Colombia, nombró a los señores Olmedo y Paredes en calidad de Agentes diplomáticos cerca de algunas cortes europeas, reemplazando en este carácter al señor don Juan García del Río. El doctor Olmedo residió en Londres hasta el año 1828, en cuya época regresó a Guayaquil.

Disuelta la República de Colombia, ocupó el señor Olmedo el puesto de Vicepresidente del Estado de Ecuador, cargo que renunció muy pronto, aceptando la Prefectura del Departamento de Guayaquil, cuyas funciones le permitían acercarse a su casa paterna y a su familia.

La alta posición social en que han colocado al doctor Olmedo sus servicios y sus talentos, no podía menos que llevarle a la escena política en los últimos acontecimientos del Ecuador: en ellos ha sido miembro muy activo del gobierno provisorio que sucedió a la presidencia del general Flores.

El doctor Olmedo vive en Guayaquil y pasa algunas estaciones del año en su hacienda de campo, la *Virginia*. Allí, en el seno de esa naturaleza lujosa que él ha sabido pintar con tan eficaces colores, hallará el silencio amigo de las musas; pero también allí ha de perseguirle «la gloria y el tormento» de la existencia, como él ha llamado a la *fama*.

La presente edición de las poesías del señor doctor Olmedo, contiene no sólo las impresas en folletos, periódicos y hojas sueltas, sino también algunas manuscritas que en parte se ha servido comunicarnos el autor movido por nuestras instancias: algunas correcciones del mismo mejoran considerablemente el texto que seguimos al publicar el famoso «Canto a Junín».

Las obras poéticas más notables (entre las que hasta ahora conocemos del señor Olmedo) han sido hábil y justamente apreciadas, en el *Repertorio Americano*, t. 1, p. 54 y en el *Mercurio Chileno*, núm. XII, p. 545. Recomendamos la lectura de uno y otro artículo crítico.

1
MI RETRATO

A mi hermana Magdalena

I

¡Qué dignos son de risa
esos hombres soberbios,
que piensan perpetuarse
pintándose en los lienzos!
De blasones ilustres
sus cuadros están llenos,
de insignias y de libros
y pomposos letreros.
De este modo ellos piensan
que sus retratos viejos
serán un gran tesoro
a sus hijos y nietos;
y que todos los hombres
del siglo venidero
su arrugada figura
mirarán con respeto.
¡Oh, cómo se disipan
esas torres de viento!
Tú alguna vez me viste
reírme de mi abuelo
con su blonda peluca
y sus narices menos.

Si los hombres se olvidan
aun de los hombres muertos,
¿qué no harán, hermanita,
qué no harán con los lienzos?
En rincones oscuros,
de vil polvo cubiertos,
aun los hombres más grandes
duermen un sueño eterno.
Permíteme que piense
de un modo muy diverso:
otros enhorabuena
quieran hacerse eternos,
por sus grandes hazañas,
por sus grandes talentos;
pero yo ¡vida mía!
más mérito no tengo
que ser hermano tuyo,

pues lo demás es menos. 40

Y como el hombre sabio,
filósofo y modesto
con la vida presente
sólo vive contento,
deja que en cuanto pueda
imite estos ejemplos,
pues el sabio en sus obras
nos deja su diseño.

Así, no me interesa
10 que tuviesen Homero, 50
Virgilio, Horacio, Ovidio,
buen rostro o rostro feo:
instrúyanme sus obras,
deléitenme sus versos;
15 lo demás, ¡amor mío! 55
no merece un deseo.

Deja que quieto viva
 en el presente tiempo,
 pues el tiempo futuro
 ya no estaré muy lejos,
 insensible al aplauso,
 insensible al concepto
 que de mí formar quieran
 los sabios y los necios.

25 Gózate que no tenga 65
esos vanos deseos:
deja que sin desquite
en mis alegres versos,
muy ufano me ría
30 de esos hombres soberbios 70
que piensan perpetuarse
pintándose en los lienzos.

35 II

¡Cuán duro es retratarse,
y más, cuando uno es feo!
Por ti hago el sacrificio:
lo mandas, te obedezco.

75

El pintor soy yo mismo; venga, venga un espejo que fielmente me diga mis gracias y defectos. Ya está aquí: no tan malo; yo me juzgué más feo, y que al verme soltara los pinceles de miedo. Pues ya no desconfío de darte algún contento, y más cuando me quieres, y yo me lo merezco. Imagínate, hermana, un joven, cuyo cuerpo tiene de alto dos varas, si les quitas un dedo. Mi cabello no es rubio, pero tampoco es negro, ni como cerda liso, ni como pasa crespo. La frente es espaciosa, como hombre de provecho; ni estirada, arrugada, y adusta mucho menos. Las cejas bien pobladas, y algo oscuro su pelo, y debajo unos ojos, que es lo mejor que tengo: ni muy grandes, ni chicos, ni azules, ni muy negros, ni alegres, ni dormidos, ni vivos, ni muy muertos. Son grandes las narices; y a mucho honor lo tengo, pues narigones siempre los hombres grandes fueron: el célebre Virgilio, el inmortal Homero, el amoroso Ovidio, mi amigo y mi maestro. La boca no es pequeña, ni muy grande en extremo; el labio no es delgado, ni pálido, o de fuego. Los dientes son muy blancos, cabales y parejos, y de todo me río,			
	80	para que puedan verlos. La barba es algo aguda, pero con poco pelo: me alegre; que eso menos tendré de caballero. Sobre todo, el conjunto algo tosco lo creo: el color no es muy blanco, pero tampoco es prieto. Menudas, pero muchas cacarañitas tengo, pues que nunca faltaron sus estrellas al cielo.	125
	85		130
	90	Mas por todo mi rostro vaga un aire modesto, cual transparente velo que encubre mis defectos.	135
	95	Hermana, ésta es mi cara: ¿qué tal? ¿te ha dado miedo? Pues aguarda, que paso a pintarte mi cuerpo. No es largo, ni encogido, ni gordo mi pescuezo; tengo algo anchos los hombros y no muy alto el pecho. Yo no soy corcovado mas tampoco muy tieso: aire de petimetre ni tengo, ni le quiero. La pierna no es delgada; el muslo no muy grueso, y el pie que Dios me ha dado no es grande ni pequeño. El vestido que gasto debe siempre ser negro que, ausente de ti, sólo de luto vestir debo.	140
	100		145
	105		150
	110		155
	115	Una banda celeste me cruza por el pecho, que suele ser insignia de honor en mi colegio.	160
	120	Ya miras cómo en todo disto de los extremos; pues lo mismo, lo mismo es el alma que tengo,	165

en vicios, en virtudes, pasiones y talentos: en todo, ¡vida mía! en todo guardo un medio: sólo, sólo en amarte me voy hasta el extremo. Mi trato y mis modales van a par con mi genio: blandos, dulces, sin arte lo mismo que mis versos.		la amorosa paloma que me ha ofrecido Venus, junto a mis pocos libros, muy pocos, pero buenos: Virgilio, Horacio, Ovidio, a Plutarco, al de Teyo, a Richardson, a Pope, y a ti ¡oh Valdés! ¡oh tierno amigo de las musas, mi amor y mi embeleso! Y al pie de mi retrato, pondrán este letrero: «Amó cuanto era amable: amó cuanto era bello».	200
Éste es, pues, mi retrato, el cual queda perfecto, si una corona en torno de su frente ponemos de rosas enlazadas al mirto y laurel tierno, que el amor y las musas, alegres me ciñeron. Y siéntame a la orilla de un plácido arroyuelo, a la sombra de un árbol, floridos campos viendo; y en un rincón del cuadro tirados en el suelo el sombrero, la banda, las borlas y el capelo. Me pondrás en el hombro con mil lascivos juegos	170 175 180 185 190 195	¡Oh retrato dichoso! vas donde yo no puedo: tu suerte venturosa ¡con cuánta envidia veo! Anímate a la vista de aquella que más quiero, y dile mis ternuras, y dile mis deseos. Dale mil y mil veces pruebas de mi amor tierno, y dale mil abrazos, y en la mejilla un beso. Lima, 1803.	205 210 215 220

Notas:

1. En AP, pp. 620-622. Las 9 composiciones recogidas por JMG en la *América poética* representan la mayor reunión de la obra lírica de Olmedo en vida (y su más definitiva versión); antes de 1846, sus poemas habían aparecido en forma unitaria y en diversos puntos. Poco después de su muerte, el mismo Gutiérrez publica las *Obras poéticas de don José Joaquín Olmedo*, única colección completa revista y corregida por el autor y ordenada por JMG, Valparaíso, Imprenta Europea, julio de 1848 (reimpresa en París, Librería española y americana de don Ignacio Boix y Ca, 1853). Manuel Nicolás Corpancho publica una nueva edición en México, 1862, donde añade nuevas composiciones; asimismo Clemente Ballén, en París, 1896. Las *Obras completas. Poesías*, texto establecido, pról. y notas de Aurelio Espinosa Pólit, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana-Talleres Gráficos Nacionales, 1945 (Clásicos Ecuatorianos, v), suman 83 composiciones y su editor anota con gran exactitud y esmero cada uno de los poemas. Por lo mismo, extracto algunas de las notas más interesantes de esta última edición, señalando siempre autor y página. | «Es la más antigua de las composiciones que entregó Olmedo a don JMG para la edición de Valparaíso de 1846. Gutiérrez pone por fecha 1808; Clemente Ballén propone 1803, juzgando que los versos: <una banda celeste / me cruza por el pecho, / que suele ser insignia / de honor en mi colegio>, se refieren a sus años de estudiante. Pero más crédito merece el

peruano Corpancho, quien, en el prólogo de su edición de Olmedo (p. VII), nos avisa que la banda, en el Colegio de San Carlos, era insignia de los maestros. La fecha sería, pues, 1808, como dice el mismo Corpacho en el opúsculo: *Poetas inéditas de Olmedo, apuntes bibliográficos para formar una colección más completa que las conocidas*, México, 1862, p. 42 (por más que inconsecuentemente, en la edición de las *Poetas* ponga: 1803). En los *apuntes bibliográficos* añade este dato curioso, que con el romance <Mi retrato> <pagaba a su hermana Magdalena la deuda que para con ella había contraído, aplicando a la compra de libros los reales que le envió para que se hiciese retratar por un pintor> (p. 42).» Espinosa Pólit, 1945, pp. 353-354.

2

A UN AMIGO EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMOGÉNITO

¡Tanto bien es vivir, que presurosos deudos y amigos plácidos rodean la cuna del que nace!		
¡Y en versos numerosos con felices pronósticos recrean la ilusión paternal! Uno la frente besa del inocente y en ella lee su próspero destino; otro ingenio divino, sed de saber y fama	5 10	menos desobediente es al alto decreto omnipotente; impiedad... sedición... Por toda parte la frente erguida el vicio se pasea llevando por divisa «audacia y arte». Tienta, seduce, inflama; ni oro ni afán perdona, da a la maldad por galardón la fama, se atreve a todo, y triunfa, y se corona.
y de amor patrio la celeste llama ve en sus ojos arder; y la ternura, el candor y piedad otro divisa en su graciosa y plácida sonrisa.		
Pero ¿será feliz?, ¿o serán tantas hermosas esperanzas ilusiones? Ilusiones, Risel. Ese agraciado niño, tu amor y tu embeleso ahora, hombre nace a miseria condenado. Vanos títulos son para librarle su fortuna, su nombre.	15 20	¡Qué escenas, Dios, qué ejemplos! ¡qué peligros! ¿Y es tanto bien vivir? ¡Siquiera el cielo a más serenos días retardará, oh niño, tu nacer! que ahora sólo el indigno espectáculo te espera de una patria en mil partes lacerada, sangre filial brotando por do quiera, y crinada de serpientes silbadoras la discordia indignada sacudiendo, cual furia horrible y fea, su pestilente y ominosa tea.
Mas ¿qué hablo yo de nombre y de fortuna? si su misma virtud y sus talentos serán en estos malhadados días un crimen sin perdón... La moral pura, la simple, la veraz filosofía, y tus leyes seguir, madre Natura, impiedad se dirá: rasgar el velo que la superstición, la hipocresía tienden a la maldad; decir que el cielo límites ciertos al poder prescribe como a la mar; y que la mar insana	25 30	¡Oh si te fuera dado al seno oscuro, pero dulce y seguro, de la nada tornar!... y de este hermoso y vivífico sol, alma del mundo, no volver a la luz, sino allá cuando ceñida en lauro de victoria, ostente la dulce patria su radiosa frente, y cuando el astro del saber termine su conocido giro al occidente; y el culto del arado y de las artes más preciosas que el oro,

haga reflorar en lustre eterno, candor, riqueza y nacional decoro: y leyes de virtud y amor dictando, en lazo federal las gentes todas adune la alma paz, y se amen todas... Y, ¡oh triunfo! derrocados caigan al hondo abismo error, odio civil y fanatismo.		antes allá en las nubes señorea los elementos en su guerra impía y al fulgurante rayo desafia.	110
Traed, cielos, en ala presurosa este de expectación hermoso día. Entretanto, Risel, cauto refrena el vuelo de esperanza y de alegría. ¡Oh cuántas veces una flor graciosa que al primer rayo matinal se abría, y gloria del vergel la proclamaba la turba de los hijos de la aurora, y algún tierno amador la destinaba a morir perfumando el casto seno de la más bella y más feliz pastora!; ¡oh cuántas veces mustia y desmayada no llega a ver el sol! ¡que de improviso la abrasa el yelo, el viento la deshoja, o quizá hollada por la planta impura de una bestia feroz ve su hermosura!	65 70 75 80	Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso corazón es el ara del amor conyugal y la ternura; que por seguir y consolar tu esposo, en tabla mal segura osaste hollar con varonil denuedo mares por sus naufragios tan famosas, y cortes más que mares procelosas; tú que aun en medio del dolor serena, viste abrirse tus pies la tumba oscura, ni asomada a su abismo te espantaste; y ansiedad y amargura, en los pesares sólo, mal merecidos, de Risel mostraste, o cuando el tierno pecho te asaltaba dulce memoria de la patria ausente; ¡oh! entonces no sabías que al volver a tu patria y tus amigos en premio el cielo a tu virtud guardaba lo que negó a diez años de deseos, y que madre a tu madre abrazarías.	115 120 125
Empero tu deber, Risel amado, ya que te ves alzado a la sublime dignidad de padre, te manda no temer; antes el fuerte pecho contraponer a la violenta avenida del mal y de la suerte. Virtud, ingenio tienes. Sirva todo, no sólo a dirigir la índole tierna de tu hijo al bien, que en desunión eterna está con la ambición y la mentira, sino a purificar en algún modo el aire infecto que do quier respira. Aprenda de tu ejemplo prudencia, no doblez; valor, no audacia; moderación en próspera fortuna, constante dignidad en la desgracia. Porque cuando en el monte se embravece horrída tempestad, el flaco arbusto trabajado del ábrego perece, mas al humilde suelo nunca inclina su excelsa frente la robusta encina;	90 95 100	Gózate para siempre, amiga mía; huyó la nube en tempestad preñada, y te amanece bonancible día. Gózate, tierna amiga, para siempre: éste, éste de la patria el caro suelo, éste su dulce y apacible cielo, estos tus lares son. ¿Por qué suspiras? No es ya mentido sueño lo que miras... Esa que tierna abrazas es tu madre, tú más feliz que yo tu madre abrazas... mientras yo, ¡desdichado! que una ventura igual me prometía, sólo en la tumba abrazaré la mía.	135 140 145
	105	Tú, sé feliz, y goza ya, segura de sobresalto fiero, inefable delicia en el cariño de este precioso niño, primera prenda de tu amor primero.	150

Paréceme mirarte embebecida en sus ingenuas y festivas gracias; y, cuando más absorta, de improviso una lágrima ardiente de tus ojos brotar... el inocente, cual si entendiera lo que entonces piensas, las manecitas cariñosas tiende, abre en sonrisa la encarnada boca y el dulce beso maternal provoca. Bésale veces mil; y esta dulzura divide con Risel. Sabia natura no te formó al nacer amable, hermosa, sino para ser madre y ser esposa.	155	o ledo te adormeces; ya que mirar la luz te ha dado el cielo, vive, florece; y tus amigos vean que en honor y consuelo de tu familia y de tu patria creces.	170
Y tú, querido infante, que ignorando cuál será tu destino, en la dorada blanda cuna te meces, y agraciado sonríes,	160 165	Sigue como tus padres alentado de la virtud la senda, y nada temas; que en cualquier estado vive el hombre de bien serenamente a una y otra fortuna preparado, y libre, o en cadena, y aun ya alzada sobre su cuello la funesta espada, en noble impavidez antes la frente a la ceñuda adversidad humilla, que a un risueño tirano la rodilla.	175 180
		Lima, 1817.	

Notas:

2. En AP, pp. 622-624. «Escrita en Lima en 1817, y publicada quizá allí por primera vez, apareció en el núm. 2 del *Repertorio Americano*, revista fundada por don Andrés Bello en octubre de 1826, y que sólo llegó al núm. 4 (agosto de 1827). En su edición de las *Poesías* de Olmedo, escribe Corpancho (nota 60, p. 255): «Hemos oído decir a contemporáneos de Olmedo que la persona a quien éste dirigió su bellísima silva <A Risel> era don Gaspar Rico, muy conocido en Lima»» Espinosa Pólit, 1945, p. 370.

3

ENSAYO SOBRE EL HOMBRE

DE M. POPE

(VERSIÓN DEL INGLÉS)

EPÍSTOLA I

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE CON RELACIÓN AL UNIVERSO

SUMARIO

La razón no puede formarse idea de Dios sino por las cosas visibles; ni del hombre, sino considerándolo como parte de este mundo, cuyas relaciones con el universo nos son desconocidas. Esta ignorancia es la fuente de nuestras quejas contra la Providencia. Necedad e injusticia de estas quejas. Para conocer la sabiduría de Dios en la formación del hombre, era preciso comprender toda la economía de sus designios. El hombre tiene toda la perfección que conviene a su fin y al lugar que ocupa entre

los seres creados. En la ignorancia de los sucesos futuros de la vida, y en la esperanza de una felicidad futura se funda nuestra felicidad presente. Nuestros errores y nuestra miseria provienen del orgullo que aspira a una perfección de que el hombre no es capaz. Él se mira como el objeto final de la creación, y quiere en el mundo moral la perfección que no hay en el mundo físico, y que no puede haber en las cosas creadas. En el universo visible hay un orden, una gradación de perfecciones entre las criaturas, de donde resulta la subordinación de unas a otras, y de todas al hombre. Gradación de sentidos, instinto, pensamiento y razón. La razón da al hombre la superioridad sobre todos los animales y le compensa con ventaja todas las calidades que ellos tienen sobre él. Facultades sensitivas más delicadas nos harían miserables. La conservación, la felicidad de las criaturas pende del orden y mutuo enlace de todas: la menor dislocación causaría la destrucción del todo. El hombre para ser feliz en el estado presente y futuro debe someterse a los designios de la Providencia y concluir que TODO CUANTO EXISTE ESTÁ BIEN EN EL MUNDO.

Despierta amigo, y generoso deja las necias esperanzas, los caprichos de la ambición al vulgo de los reyes. Y pues el soplo de la vida apenas nos permite observar lo que nos cerca, y se extingue después, ven y corramos sobre esta escena rápida del hombre. ¡Qué laberinto! exclamas. Mas no pienses que carece de plan. Árbol que tienta con sus hermosos y vedados frutos; campo do rosas entre abrojos nacen. Recorrámosle pues; y cuanto muestra sobre su faz, o dentro el seno guarda conmigo indagarás, y las tortuosas sendas que sigue quien se arrastra ciego, o el loco aturdimiento del orgullo que en su mentida elevación se pierde. Seguir tu clara voz, Naturaleza, es nuestro fin: la necedad humana confundir en su error, y ver las causas de quejas y opiniones siempre dignas de risa o de censura. Al Dios del hombre a los ojos del hombre vindiquemos.		ni el alma imaginar. Que allá le adoren... Nosotros conocerle y adorarle debemos en el nuestro. En audaz vuelo quien el espacio penetrar pudiere y mundos sobre mundos ver girando para formar el universo, y nuevos planetas descubrir, y nuevos soles, y ver qué seres las estrellas pueblan; ése podrá decir por qué Dios hizo el mundo tal como es... Mas, di, ¿tú sabes cuáles de esta obra son los fundamentos?, ¿el mutuo lazo que sus partes une?, ¿la justa proporción, y la insensible gradación de los seres? O bien, dinos, ¿podrá una parte contener su todo?	
	5		35
	10		40
	15		45
	20	Y esta cadena que lo enlaza todo, y lo sostiene todo ¿de qué manos, de las de Dios, o de las tuyas pende?	50
	25	¿La razón indagar, ¡necio!, pretendes, por qué eres ciego y débil? ¡Eh! debías antes buscar la causa aún más oculta por qué no eres más débil y más ciego. Ve a tu madre la tierra a preguntarle, ¿por qué el roble será más alto y fuerte que no las zarzas que a su sombra crecen?	55
Sobre Dios, sobre el hombre alguna idea sólo por lo que vemos nos formamos. ¿Qué vemos en el hombre? Un ser dotado de reflexión, que su lugar prescrito con los demás en la creación ocupa: y toda nuestra ciencia sobre el hombre a estos solos principios se reduce.	30	O pregunta a los cielos ¿por qué causa son menores que Júpiter las lunas que en torno giran de él? ¡Ah! si es muy justo que de cuantos sistemas son posibles prefiera la eternal sabiduría el que fuere mejor, donde las partes sin la menor interrupción se adunen para no disolverse, y donde ocupe	60
Que a Dios conozcan mundos infinitos que ni los puede divisar la vista,			65

cada ser su lugar; fuerza es que el hombre
tenga el suyo también en esa escala
de los seres que viven y que sienten.

Y aunque ardan en disputas las escuelas,
ya sólo resta investigar si el hombre 70
está con relación a su destino
mal colocado en el lugar que ocupa.

Lo que es mal para el hombre, puede y debe
ser un bien para el todo: el arte humano
cuando se esfuerza más, produce apenas 75
aun con mil movimientos un efecto;
pero Dios con un solo movimiento
llena todo su fin, y aun otros fines
prepara y perfecciona... Y así el hombre
que es aquí el móvil primordial y solo 80
en este orden, quizá subordinado
a otra esfera mayor mueve una rueda
y concurre a otro fin que él no conoce.
¡Quién, pues, comprenderá de este gran todo
el plan y fin y dirección y leyes, 85
si una mínima parte sólo vemos!

Cuando el fiero caballo reconozca
la mano que le doma, y mal su grado
la refrena, o le aguija en su carrera;
y cuando sepa el lento buey por qué abre 90
ora la dura tierra, ora es llevado
cual víctima al altar, ora ceñido
de flores cual un dios, Menfis le adora;
entonces conocer, hombre orgulloso,
podrás también tu fin, y adónde tienden 95
tu acción y tu pasión, ¿cuáles las causas
son del bien y del mal?, ¿qué te reprime
o qué te impele a obrar?, ¿por qué unas veces
de una deidad te elevas a la esfera
y otras de un siervo a la vileza bajas? 100

No digas, pues, que el hombre es imperfecto,
y que Dios hizo mal; antes confiesa
que el hombre, a quien es dado solamente
gozar del tiempo un fugitivo instante,
y ocupar del espacio un solo punto, 105
debe ser tan feliz y tan perfecto
como su ser y condición exige.

Del libro del destino nadie puede
leer sino la línea en que está escrito
lo presente no más. Pródigo el cielo 110
al bruto oculta cuanto inspira al hombre;
y a éste cuanto a los ángeles revela.
¡Quién pudiera jamás vivir tranquilo
sin esta oscuridad!... Cuando el cordero
es por su gula condenado a muerte 115
¿si él tu razón tuviera, lo verías
tan alegre y lascivo en la pradera
pacer, brincar y en inocente halago
lamer la dura mano que le hiere?
¡Oh feliz ceguedad de lo futuro! 120
Gracioso don, a todo ser prestado
porque llene mejor su fin; en tanto
que el sabio Autor en plácido reposo
su obra sublime conservando, mira
con ojo siempre igual un vil insecto, 125
a un héroe perecer; en el espacio
ya un sistema, ya un átomo perderse;
y ampollas de aire, o mundos disolverse.

Refrena, pues, el vuelo de tu orgullo,
y espera que la muerte esos misterios 130
te venga a revelar, y a Dios adora.
El ignorar te deja sabiamente
cuál tu felicidad futura sea;
mas para la presente, una esperanza
que no muere jamás puso en tu seno. 135
Si aquí no eres feliz, tú debes serlo
en otro orden de tiempos y de seres.
¡Oh cómo el alma inquieta y limitada
reposa y se engrandece en esta idea!

El indio pobre en su rudez sumido 140
ve en las nubes a Dios, le oye en los vientos;
ni vanas artes, ni orgullosa ciencia
su alma inerte excitaron a elevarse
más allá de la esfera en que el sol brilla.
Su pensar, su saber no van más lejos 145
de lo que alcanzan sus sentidos torpes;
mas la simple natura de esperanza
no le privó; y allá tras de aquel monte,
cuya cima se pierde entre las nubes
un cielo él se promete; o se imagina 150
un mundo, en cuyos bosques solitarios
libre pueda vagar; o ya en el medio

del mar una isla más dichosa, donde
un cruel conquistador jamás arriba
por saciar la sed de oro, derramando 155
sangre do quier y servidumbre dura
en nombre de su Dios; donde el esclavo
ve su tierra natal, y alegre vive
sin que un amo feroz y avaricioso
en mil modos le oprima, y sin que espectros, 160
que la superstición crédula forja,
la paz del sueño y de la noche turben.
Contento de existir él no desea
ni las alas del ángel, ni la llama
en que arde el serafín, mas se complace 165
en la dulce ilusión de que su amigo,
su perro fiel será su compañero
allá en el mismo cielo que se finge.

Pero tú eres más sabio... En tu balanza
pesa, pues, tu opinión contra la ciencia 170
del pródigo Hacedor, y señalando
dó está la imperfección, di que unas veces
se muestra liberal, otras avaro;
y para darle perfección a su obra
pon lo que falta, quita lo que sobra. 175
Destruye a tu placer todos los seres,
o nuevos cría, y en tu orgullo exclama:
«Si el hombre no es feliz, si no es perfecto,
y si no es inmortal; si en él no emplea
todo su amor y su cuidado el cielo, 180
Dios es injusto». Y arrancando osado
el cetro y la balanza de sus manos,
sé dios de Dios, y juzga su justicia.

Amigo, vuelve en ti: de nuestro orgullo
nace todo el error. Nadie en su esfera 185
se puede contener; todos aspiran
a otra mayor. Los ángeles ser dioses,
y los hombres ser ángeles quisieran.
Si aspirando a ser Dios, se perdió el ángel;
aspirando a ser ángel se hace el hombre 190
de aquella misma rebelión culpable:
pues invertir la eterna ley del orden
es pecar contra Dios, es oponerse
a su eterno designio... y se prepara
la universal disolución del mundo. 195

Si preguntas ¿por qué los astros brillan?;
si preguntas ¿por qué la tierra existe?
—«Sólo es por mí —responderá el orgullo—;
por mí derrama liberal natura
de frutos y de flores coronada 200
todos sus dones del fecundo seno;
por mí da en su estación la vid, la rosa
su néctar y su aroma; por mí encierran
las minas mil tesoros; y los vientos
sobre la mar me llevan obedientes, 205
nace el sol a alumbrarme; y es la tierra
mi pedestal, y mi dosel el cielo.»

Mas cuando el sol en sus letales rayos
asoladora peste al mundo envía;
cuando las tempestades, terremotos 210
y erupciones volcánicas arrasan
y sepultan los pueblos y naciones;
¿no se podrá decir que se extravía
natura de su fin, y que en el mundo
reina el genio del mal? — «No, no — responde 215
la voz de la razón que nunca engaña—
pues la primera causa omnipotente
sólo por leyes generales obra
que invierte rara vez, cuando le place,
y nunca sin razón; y el mal permite 220
si a conservar el todo contribuye».
Por esta justa ley, cuanto hay criado,
todo cuanto no es Dios es imperfecto,
y mudable y mortal. ¿El hombre solo
no sufrirá esa ley?... Naturaleza 225
tal vez del grande fin que se propuso
de hacer feliz al hombre, se desvía;
y aun el hombre también; ¿qué importa?... El orden
de ese desorden aparente nace.

Aquel gran fin en sucesión perenne 230
 lluvias, calor, serenidad requiere,
 o más bien una eterna primavera;
 no menos que en los seres racionales
 moderación, frugalidad, templanza,
 y un orden regular en sus deseos. 235
 Pues si en el orden regular no alteran
 el designio de Dios las tempestades,
 las pestes, y violentos terremotos,
 ¿lo han de alterar los crímenes infandos
 de un Borja, de un Nerón?... Así lo piensa 240

en el delirio de su orgullo el hombre, sin ver que puede Dios hacer que el vicio, de su justicia a los designios sirva. ¿Quién osará inculpar la Providencia en el orden moral, si vindicada siempre en el <i>orden natural</i> la observa? Por una misma regla juzga de ambos; mas siempre errados vagarán tus juicios si tu vana razón no sometieres a la razón universal del mundo.	245	y para el hombre solo, será el cielo ingraciable y cruel?... ¿Y quien se dice único racional, juzga que nada en sí tiene, si no lo tiene todo, siempre quejoso, nunca satisfecho?	285
¿Y no fuera mejor, dirás, que todo fuese en el mundo físico armonía, y en el moral virtud? ¿que por los vientos jamás el mar se viera combatido, ni nuestro corazón por las pasiones? ¡Necio! ¿no ves que del perpetuo choque de los discordes elementos nace, subsiste el todo; y que los elementos de tu vida y tu ser son las pasiones?... Así desde el principio de las cosas el orden general se ha conservado en la naturaleza y en el hombre.	250	¡Hombre! si un necio orgullo no te ciega, conocerás que el ser feliz estriba en no pensar, ni obrar sino como hombre, y en no aspirar a dotes más sublimes, ni a mayor perfección de la que sufre tu noble condición y tu destino. Con más delicadeza tus sentidos inútiles te fueran, y aun dañosos. Si un ojo microscópico tuvieras, las partes, los menores movimientos vieras de un arador, mas no gozaras del grandioso espectáculo del cielo. Si más fino tu olfato y tacto fuera, el choque más ligero, la más dulce impresión de una flor te causaría el dolor o la muerte; un trueno horrible fuera cada rumor: siempre aturrido del armónico son de las esferas sintieras no escuchar la melodiosa queja del ruiseñor, del vago viento el grato susurrar entre las ramas, y el tono adulador del arroyuelo.	290
¿Y éste a qué aspira? Siempre descontento, si alza su frente al cielo y se contempla poco inferior al ángel, más que un ángel siendo hombre quiere ser, si sus miradas después abate al suelo, se lamenta de no tener la fuerza de los toros, o la piel de los osos, o del ciervo la rara agilidad. Si para su uso todas las criaturas hechas fueron, ¿de qué le servirían, si él gozara todas las dotes y atributos de ellas?	255		295
Órganos, facultades convenientes a su destino, a cada cual ha dado con mano sabia y liberal natura; y en todo justa proporción guardando, la menos fuerza recompensa en unos con más agilidad; y otros defectos de otros repara con mayor instinto. Nada añadirse, ni quitarse puede. No hay bestia, no hay insecto que no sea tan perfecto y feliz como demanda su humilde condición. ¿Y para el hombre,	260		300
	265		305
	270	Adora, pues, la gran sabiduría del muy Alto en los dones que te ha dado; y en lo que niega, su bondad adora.	310
	275	¿Por la inmensa creación, cuál va la escala de inercia, vida, instinto, pensamiento, en insensible gradación subiendo desde la humilde raza del insecto a la estirpe del hombre soberana! ¿Qué modificaciones de sentidos! ¿Qué grados intermedios desde el topo a quien odiosa piel la luz le niega, al lince perspicaz!... ¿De la leona, que al ruido de su presa por la noche ciega se lanza, al perro cuyo olfato discurriendo le lleva por un rastro imperceptible, al más remoto objeto! ¿Cuál el oído, cuál la voz creciendo	315
	280		320
			325

va desde el mudo pez, a las canoras
aves de abril en la florida selva!
¡Qué finura en el tacto de la araña
sobre las redes que afanosa teje!
¡en cada hilo vivir, sentir parece!
¡Con qué discernimiento va la abeja
libando aun de las plantas venenosas
un licor saludable y delicioso!

Y en el orden de instinto, si la mente
fijas, ¡qué variedad desde el inundo
vil cerdo que en el fango se revuelca,
al casi racional noble elefante!
¡Y cuán débil barrera se interpone
entre ese instinto y la razón humana!
¡Próximos siempre, y siempre separados!...
¿Quién conocer podrá la estrecha alianza
entre la sensación y el pensamiento?
¡Oh cuántos seres! ¡cuántas relaciones!
¿Y quién dirá de sus indefinibles
medias naturalezas, cómo tienden
a unirse siempre sin jamás tocarse,
ni menos traspasar esa invencible,
esa línea sutil que les separa?

Turba la justa gradación de seres;
y al punto los verás cómo se impelen,
se chocan, se destruyen... y se rompe
la unión, la relación de unos a otros,
y de todos al hombre. Y si tan varias
facultades y dotes y atributos
están subordinados a ti solo,
porque te cupo la razón en parte
cual un destello de celeste llama;
di, pues, que tu razón todo lo abraza,
que tu razón se sobrepone a todos.

Discurrir por los aires; correr el globo;
sonda la mar; descubrirás do quiera
la materia agitando fecunda
y pronta a producir. ¡Cuál se dilata
la progresión de seres! Hacia arriba
¡a qué altura se eleva inaccesible!,
en torno, ¡qué extensión interminable!,
hacia abajo también, ¡en qué insondable
profundidad se pierde!... El principio

de la cadena es Dios; siguen por orden
ángeles, hombres, bestias, aves, peces,
insectos invisibles. ¡Qué intervalo
del infinito a ti, de ti a la nada!
Si al lugar de los seres superiores
tú aspiraras, al tuyo aspirarían
los seres inferiores; y un vacío
fuera de la creación, donde si quitas
una grada, la escala se destruye;
y roto un eslabón de la cadena,
la cadena también toda se rompe.

Así un sistema de celestes cuerpos
gira obediente a sus centrales leyes
que tienen relación con otros mundos
que poblarán la inmensidad del cielo.

Altera un tanto este orden porque acaso
de allí esperas un bien; verás que al punto
la confusión de un cuerpo se difunde
a su sistema, y del sistema al todo;
y caerá destruido el universo.

La tierra de su centro sacudida
se escapará de su órbita; y los soles
y planetas irán ciegos rodando
sin ley cierta ni fin. Precipitados
los ángeles que rigen las esferas
serán también; los seres sobre seres
se abismarán, y mundos sobre mundos;
del cielo desquiciándose los ejes
vacilará su eterno fundamento,
y ante el trono de Dios Naturaleza
temblará horrorizada al ver abierto
el espantable abismo de la nada.

¿Por quién desorden tanto? ¡Por el hombre!
¡por un gusano vil!... ¡Oh cuánto exceso
de orgullo, de impiedad y de locura!

¡Qué, si rebeldes nuestros miembros niegan
su ministerio al alma que los rige!
¡si el pie formado para hollar la tierra,
si la mano al trabajo destinada,
oler, gustar, oír o ver quisiesen!
¡y a cumplir su destino se negasen!...
¡Qué confusión! Pues mucho mayor fuera
si en esta inmensa fábrica aspirara

cada parte a ser otra desdénando
el empleo y lugar que le ha prescrito
la excelsa mente del Rector supremo.

No son todos los seres sino partes
de este admirable todo, cuyo cuerpo
es la naturaleza, y Dios el alma.
Dios, que igualmente su poder ostenta,
grandeza y perfección creando la tierra
o la esplendente bóveda del cielo;
un átomo sutil, o el sol radioso;
un hombre vil que en la miseria gime,
o el puro serafín que arrebatado
en éxtasis le adora. Para él nada
es alto, bajo, grande ni pequeño.
Todo ante Dios es nada. Su inefable
espíritu penetra los abismos
del cielo y de la tierra; enlaza, llena
y lo sostiene todo... se transforma
en cada ser, quedando siempre el mismo.
Nos calienta en el sol, y nos recrea
con las alas del céfiro; florece
en cada planta, y en los astros brilla.
Inextenso se extiende; indivisible
se difunde do quier; se comunica,
se da sin perder nada; en toda vida
vive y anima la materia inerte;
en nuestra alma respira, siente, piensa;
y obrando siempre nunca se fatiga.

415 Depón pues, oh mortal, tu error: no lla-
mes imperfección este orden portentoso
que no conoces bien; tu mayor dicha, 445
quizá de lo que más inculpas, pende.
Tu misma ceguedad y tu flaqueza
son dones a tu fin proporcionados.
420 Entra en ti mismo; piensa en tu destino.
Somete tu razón: espera firme 450
ser tan feliz aquí, o en otra esfera
cual conviene a tu ser, pues Dios lo quiere
y en amor paternal sobre ti vela
425 desde el alba a la noche de tu vida,
y de su diestra poderosa pendes. 455

Es la naturaleza con sus obras
un arte para ti desconocido;
430 lo que llamas fortuna es el efecto
de un gran designio, cuyo fin ignoras:
lo que juzgas discordia es armonía 460
cuyo hermoso concierto no percibes;
y el mal particular que acaso observas
435 es un bien general. En fin concluye,
que a pesar del orgullo, y en despecho
de la razón ilusa, cuanto existe 465
TODO ESTÁ BIEN AQUÍ, TODO ES PERFECTO.

440 Lima, 1823.

Notas:

3. En AP, pp. 625-630. Olmedo tradujo tres de las cuatro epístolas a lo largo de varios años. La AP reproduce sólo la primera; sin embargo, el conjunto que conforman las tres traducidas –según Corpancho y Espinosa Pólit– se ha reimpresso en Valparaíso, imprenta del Mercurio, febrero de 1847 (1945, p. 372). Es difícil no asociar esta edición con JMG. | «La Epístola primera fue traducida en el período que medió entre la vuelta de Olmedo después de las Cortes de Cádiz y la emancipación de Guayaquil en 1820. Así lo dice claramente en el Prólogo. Exponiendo el plan que había concebido, una vez <concluida la versión de la primera>, añade: <El ocio que disfrutaba entonces, la distracción de todo negocio público y la soledad, me preparaban maravillosamente a esta grande y deliciosa ocupación. Mas por aquel mismo tiempo una voz imperiosa me llamó de improviso a tener parte en los destinos de mi patria>. Al trasladarse a Lima en voluntario destierro después de anexionado Guayaquil a Colombia, se fue llevando Olmedo su original y lo dio a la estampa en Lima en 1823. Este folleto rarísimo lleva el siguiente título: *Ensayo sobre el hombre de M. Pope*, versión del inglés por J. J. de Olmedo, Lima, Imprenta de Masias, 1823» Espinosa Pólit, 1945, p. 371.
v. 99. [N. ms. de JMG] Adiciona este verso, faltante en la AP. | [N. de la e.] Incorporo la enmienda.

v. 325. [*N. del a.*] Cuando los leones de África salen por la noche en busca de su presa, dan primero un fuerte rugido que pone en fuga a todas las bestias del desierto: entonces atentos al ruido que hacen al huir, se abalanzan violentamente sobre ellas llevados por el oído, no por el olfato.

4

LA VICTORIA DE JUNÍN
CANTO A BOLÍVAR

El trueno horrible que en fragor revienta y sordo retumbando se dilata por la inflamada esfera, al Dios anuncia que en el cielo impera.		de ajena envidia y del protervo tiempo la furia y el poder serán eternos de Libertad y de Victoria heraldos, que con eco profundo a la postrema edad dirán del mundo:	35
Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta la hispana muchedumbre que más feroz que nunca amenazaba a sangre y fuego eterna servidumbre; y el canto de victoria que en ecos mil discurre ensordeciendo el hondo valle y enriscada cumbre proclaman a Bolívar en la tierra árbitro de la paz y de la guerra.	5 10	«Nosotros vimos de Junín el campo, vimos que al desplegarse del Perú y de Colombia las banderas se turban las legiones altaneras, huye el fiero español despavorido, o pide paz rendido. Venció Bolívar, el Perú fue libre; y en triunfal pompa Libertad sagrada en el templo del Sol fue colocada».	40 45
Las soberbias pirámides que al cielo el arte humano osado levantaba para hablar a los siglos y naciones; templos, do esclavas manos deificaban en pompa a sus tiranos, ludibrio son del tiempo, que con su ala débil las toca, y las derriba al suelo, después que en fácil juego el fugaz viento borró sus mentirosas inscripciones; y bajo los escombros confundidos entre la sombra del eterno olvido, ¡oh de ambición y de miseria ejemplo! el sacerdote yace, el Dios y el templo:	15 20 25	¿Quién me dará templar el voraz fuego en que ardo todo yo? Trémula, incierta, torpe la mano va sobre la lira dando discorde son. ¿Quién me liberta del Dios que me fatiga...? Siento unas veces la rebelde Musa, cual bacante en furor vagar incierta por medio de las plazas bulliciosas, o sola por las selvas silenciosas, o las risueñas playas que manso lame el caudaloso Guayas; otras el vuelo arrebatada tiende sobre los montes, y de allí desciende al campo de Junín, y ardiendo en ira los numerosos escuadrones mira, que el odiado pendón de España arbolan; y en cristado morrión y peto armada, cual amazona fiera, se mezcla entre las filas la primera de todos los guerreros, y a combatir con ellos se adelanta, triunfa con ellos y sus triunfos canta.	50 55 60 65 70
mas los sublimes montes, cuya frente a la región etérea se levanta, que ven las tempestades a su planta brillar, rugir, romperse, disiparse; los Andes... las enormes, estupendas moles sentadas sobre bases de oro, la tierra con su peso equilibrando, jamás se moverán. Ellos burlando	30		

Tal en los siglos de virtud y gloria,
 donde el guerrero solo y el poeta
 eran dignos de honor y de memoria,
 la musa audaz de Píndaro divino,
 cual intrépido atleta,
 en inmortal porfía
 al griego estadio concurrir solía.
 Y en esto hirviendo y en amor de fama,
 y del metro y del número impaciente
 pulsa su lira de oro sonora,
 y alto asiento concede entre los dioses
 al que fuera en la lid más valeroso,
 o al más afortunado.
 Pero luego envidiosa
 de la inmortalidad que les ha dado,
 ciega se lanza al circo polvoroso,
 las alas rapidísimas agita,
 y al carro vencedor se precipita.
 Y desatando armónicos raudales
 pide, disputa, gana,
 o arrebatada la palma a sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
 sobre el collado que a Junín domina?
 ¿que el campo desde allí mide, y el sitio
 del combatir y del vencer desina?
 ¿que la hueste contraria observa, cuenta,
 y en su mente la rompe y desordena,
 y a los más bravos a morir condena,
 cual águila caudal que se complace
 del alto cielo en divisar su presa
 que entre el rebaño mal segura pace?
 ¿Quién el que ya descende
 pronto y apercibido a la pelea?
 Preñada en tempestades le rodea
 nube tremenda; el brillo de su espada
 es el vivo reflejo de la gloria;
 su voz un trueno, su mirada un rayo.
 ¿Quién aquel que al trabarse la batalla,
 ufano como nuncio de victoria,
 un corcel impetuoso fatigando
 discurre sin cesar por toda parte...?
 ¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,
 mirad allí los duros opresores,
 de vuestra patria. Bravos colombianos

en cien crudas batallas vencedores,
 mirad allí los enemigos fieros
 que buscando venís desde Orinoco:
 suya es la fuerza, y el valor es vuestro;
 vuestra será la gloria.
 Pues lidiar con valor y por la patria
 es el mejor presagio de victoria.
 Acometed, que siempre
 de quien se atreve más el triunfo ha sido:
 quien no espera vencer, ya está vencido».

Dice, y al punto cual fugaces carros
 que dada la señal, parten, y en densos
 de arena y polvo torbellinos ruedan;
 arden los ejes, se estremece el suelo,
 estrépito confuso asorda el cielo,
 y en medio del afán cada cual teme
 que los demás adelantarse puedan;
 así los ordenados escuadrones
 que del iris reflejan los colores
 o la imagen del Sol en sus pendones,
 se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,
 quién, que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! no, jamás: que en la pelea
 los arrastra y anima e importuna
 de Bolívar el genio y la fortuna.
 Llama improviso al bravo Necochea;
 y mostrándole el campo,
 partir, acometer, vencer le manda,
 y el guerrero esforzado,
 otra vez vencedor, y otra cantado,
 dentro en el corazón por patria jura
 cumplir la orden fatal; y a la victoria
 o a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
 del atambor en uno y otro bando;
 y el son de las trompetas clamoroso,
 y el relinchar del alazán fogoso,
 que erguida la cerviz y el ojo ardiendo
 en bélico furor salta impaciente
 do más se encrucelece la pelea;
 y el silbo de las balas que rasgando
 el aire llevan por do quier la muerte;
 y el choque asaz horrendo
 de selvas densas de ferradas picas;

y el brillo y estridor de los aceros que al sol reflecten sanguinosos visos; y espadas, lanzas, miembros esparcidos o en torrentes de sangre arrebatados, y el violento tropel de los guerreros que más feroces mientras más heridos, dando y volviendo el golpe redoblado, mueren, mas no se rinden... Todo anuncia que el momento ha llegado, en el gran libro del destino escrito, de la venganza al pueblo americano, de mengua y de baldón al castellano.	160	Ya el intrépido Miller aparece y el desigual combate restablece. Bajo su mando ufana marchar se ve la juventud peruana ardiente, firme, a perecer resuelta, si acaso el hado infiel vencer le niega. En el arduo conflicto opone ciega a los adversos dardos firmes pechos, y otro nombre conquista con sus hechos.	205
Si el fanatismo con sus furias todas, hijas del negro averno me inflamara, y mi pecho y mi musa enardeciera en tartáreo furor, del león de España, al ver dudoso el triunfo, me atreviera a pintar el rencor y horrible saña. Ruge atroz, y cobrando más fuerza en su despecho se abalanza, abriéndose ancha calle entre las haces por medio el fuego y contrapuestas lanzas, rayos respira, mortandad y estrago, y sin pararse a devorar la presa, prosigue en su furor, y en cada huella deja de negra sangre un hondo lago.	165	¿Son esos los garzones delicados entre seda y aromas arrullados? ¿los hijos del placer son esos fieros? Sí, que los que antes desatar no osaban los dulces lazos de jazmín y rosa con que amor y placer los enredaban, hoy ya con mano fuerte la cadena quebrantan ponderosa que ató sus pies, y vuelan denodados a los campos de muerte y gloria cierta, apenas la alta fama los despierta de los guerreros que su cara patria en tres lustros de sangre libertaron; y apenas el querido nombre de libertad su pecho inflama, y de amor patrio la celeste llama prende en su corazón adormecido.	210
En tanto el Argentino valeroso recuerda que vencer se le ha mandado; y no ya cual caudillo, cual soldado los formidables ímpetus contiene y uno en contra de ciento se sostiene, como tigre furiosa de rabiosos mastines acosada, que guardan el redil, mata, destroza, ahuyenta sus contrarios; y aunque herida sale con la victoria y con la vida.	170	Tal el joven Aquiles que en infame disfraz y en ocio blando de lánguidos suspiros, los destinos de Grecia dilatando, vive cautivo en la beldad de Sciros; los ojos pace en el vistoso alarde de arreos y de galas femeniles que de India y Tiro y Menfis opulenta curiosos mercadantes le encarecen. Mas a su vista apenas resplandecen pavés, espada y yelmo que entre gases el itacense astuto le presenta: pásmase... se recobra, y con violenta mano el templado acero arrebatando, rasga y arroja las indignas tocas, parte, traspasa el mar y en la troyana arena, muerte, asolación, espanto difunde por doquier; todo le cede... aun Héctor retrocede...	215
Oh capitán valiente, blasón ilustre de tu ilustre patria, no morirás; tu nombre eternamente en nuestros fastos sonará glorioso, y bellas ninfas de tu Plata undoso a tu gloria darán sonoro canto y a tu ingrato destino acerbo llanto.	175		220
	180		225
	185		
	190		230
	195		235
	200		240
			245

y cae al fin; y en derredor tres veces su sangriento cadáver profanado al veloz carro atado del vencedor inexorable y duro, el polvo barre del sagrado muro.	250	que fueron su esperanza en la pelea, heridos, espantados por el campo o entre las filas vagan, salpicando el suelo en sangre que su crin gotea: derriban al jinete, lo atropellan, y las catervas van despavoridas, o unas en otras con terror se estrellan.	295
Ora mi lira resonar debía del nombre y las hazañas portentosas de tantos capitanes que este día la palma del valor se disputaron, digna de todos... Carvajal... y Silva... y Suárez... y otros mil... Mas de improviso la espada de Bolívar aparece, y a todos los guerreros, como el sol a los astros, oscurece.	255 260	Crece la confusión, crece el espanto, y al impulso del aire, que vibrando sube en clamores y alaridos lleno tremen las cumbres que respeta el trueno. Y discurriendo el vencedor en tanto por cimas de cadáveres y heridos postra al que huye, perdona a los rendidos.	300
Yo acaso más osado le cantara si la meonia Musa me prestara la resonante trompa que otro tiempo cantaba al crudo Marte entre los trances, bien animando las terribles haces, bien los fieros caballos, que la lumbre de la égida de Palas espantaba.	265	Padre del universo, Sol radioso, dios del Perú, modera omnipotente el ardor de tu carro impetuoso, y no escondas tu luz indeficiente... Una hora más de luz... Pero esta hora no fue la del destino. El dios oía el voto de su pueblo; y de la frente el cerco de diamante desceñía. En fugaz rayo el horizonte dora, en mayor disco menos luz ofrece y veloz tras los Andes se oscurece.	305 310
Tal el héroe brillaba por las primeras filas discurriendo. Se oye su voz, su acero resplandece, do más la pugna y el peligro crece. Nada le puede resistir... Y es fama, ¡oh portento inaudito! que el bello nombre de Colombia escrito sobre su frente en torno despedía rayos de luz tan viva y refulgente que, deslumbrado el español desmaya, tiembla, pierde la voz, el movimiento: sólo para la fuga tiene aliento.	270 275 280	Tendió su manto lóbrego la noche: y las reliquias del perdido bando, con sus tristes y atónitos caudillos, corren sin saber dónde, espavoridas, y de su sombra misma se estremecen. Y al fin en las tinieblas ocultando su afrenta y su pavor desaparecen.	315 320
Así cuando en la noche algún malvado va a descargar el brazo levantado, si de improviso lanza un rayo el cielo, se pasma, y el puñal trémulo suelta, hielo mortal a su furor sucede, tiembla y horrorizado retrocede. Ya no hay más combatir. El enemigo el campo todo y la victoria cede. Huye cual ciervo herido, y a donde huye allí encuentra la muerte. Los caballos	285 290	¡Victoria por la patria! ¡oh Dios! Victoria. Triunfo a Colombia: y a Bolívar gloria. Ya el ronco parche y el clarín sonoro no a presagiar batalla y muerte suena, ni a enfurecer las almas: más se estrena en alentar el bullicioso coro de vivas y patrióticas canciones. Arden cien pinos, y a su luz las sombras huyeron, cual poco antes desbandadas	325 330

huyeron de la espada de Colombia
las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbré,
el nombre de Bolívar repitiendo
y las hazañas de tan claro día,
los jefes y la alegre muchedumbre
consumen en acordes libaciones
de Baco y Ceres los celestes dones.

«Victoria, paz –clamaban–
paz para siempre. Furia de la guerra,
húndete al hondo averno derrocada.
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.
Paz para siempre. La sanguínea espada,
o cubierta de orín ignominioso,
o en el útil arado transformada
nuevas leyes dará. Las varias gentes
del mundo, que a despecho de los cielos
y del ignoto ponto proceloso,
abrió a Colón su audacia o su codicia,
todas ya para siempre recobraron
en Junín libertad, gloria y reposo.»

«Gloria, *mas no reposo*» de repente
clamó una voz de lo alto de los cielos.
Y a los ecos los ecos por tres veces
«Gloria, mas no reposo», respondieron.
El suelo tiembla; y cual fulgentes faros
de los Andes las cúspides ardieron.
Y de la noche el pavoroso manto
se trasparenta, y rásgase, y el éter
allá lejos purísimo aparece,
y en rósea luz bañado resplandece.

Cuando improvisó, veneranda sombra
en faz serena y ademán augusto
entre cándidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto
pende, y su diestra aéreo cetro rige;
su mirar noble, pero no sañudo;
y nieblas figuraban a su planta
penacho, arco, carcaj, flechas y escudo.
Una zona de estrellas
glorificaba en derredor su frente
y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a Junín: y plácida sonrisa
vagó sobre su faz. «Hijos –decía–
generación del Sol afortunada,
que con placer yo puedo llamar mía.
Yo soy Huayna-Capac: soy el postrero
del vástago sagrado;
dichoso rey, mas padre desgraciado.
De esta mansión de paz y luz he visto
correr las tres centurias
de maldición, de sangre y servidumbre
y el imperio regido por las furias.

No hay punto en estos valles y estos cerros
que no mande tristes memorias.
Torrentes mil de sangre se cruzaron
aquí y allí; las tribus numerosas
al ruido del cañón se disiparon;
y los restos mortales de mi gente
aun a las mismas rocas fecundaron.
Más allá un hijo expira entre los hierros
de su sagrada majestad indignos...
Un insolente y vil aventurero
y un iracundo sacerdote fueron
de un poderoso rey los asesinos...
¡Tantos horrores y maldades tantas
por el oro que hollaban nuestras plantas!

Y mi Huáscar también... ¡Yo no vivía!
Que de vivir, lo juro, bastaría,
sobrara a debelar la hidra española
esta mi diestra triunfadora, sola.

Y nuestro suelo, que ama sobre todos
el Sol mi padre, en el estrago fiero
no fue, ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero.
Que mis caros hermanos
el gran Guatimozín y Moctezuma
conmigo el caso acerbo lamentaron
de su nefaria muerte y cautiverio,
y la devastación del grande imperio,
en riqueza y poder igual al mío...
Hoy con noble desdén ambos recuerdan
el ultraje inaudito, y entre fiestas
alevosas el dardo prevenido
y el lecho en vivas ascuas encendido.

Guerra al usurpador, ¿qué le debemos? ¿luces, costumbres, religión o leyes...? ¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos, feroces y por fin supersticiosos! ¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!	420	Jefe de mi nación, nobles guerreros, oíd cuanto mi oráculo os previene, y requerid los ínclitos aceros, y en vez de cantos nueva alarma suene: que en otros campos de inmortal memoria la patria os pide, y el destino os manda otro afán, nueva lid, mayor victoria.»	460 465
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron los sacramentos santos que trajeron. ¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa de amor y de consuelo para el hombre! ¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!	425	Las legiones atónitas oían; mas luego que se anuncia otro combate, se alzan, arman, y al orden de batalla ufanas y prestisimas corrieran;	470
¿Y qué lazos de amor...? Por los oficios de la hospitalidad más generosa hierros nos dan; por gratitud, suplicios. Todos, sí, todos; menos uno solo; el mártir del amor americano:	430	y ya de acometer la voz esperan. Reina el silencio. Mas de su alta nube el inca exclama: «De ese ardor es digna la ardua lid que os espera; ardua, terrible, pero al fin postrera.	475
divino Casas, de otra patria digno. Nos amó hasta morir. Por tanto ahora en el emperio entre los incas mora.		Ese adalid vencido vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco; y en su furia insensata gentes, armas, tesoros arrebata,	
En tanto la hora inevitable vino que con diamante señaló el destino a la venganza y gloria de mi pueblo. Y se alza el vengador. Desde otros mares como sonante tempestad se acerca: y fulminó. Y del inca en la peana,	435 440	y a nuevo azar entrega su fortuna. Venganza, indignación, furor le inflaman, y allá en su pecho hierven como fuegos que de un volcán en las entrañas braman.	480
que el tiempo y un poder furial profana, cual de un dios irritado en los altares las víctimas cayeron a millares. ¡Oh campos de Junín!... ¡Oh predilecto hijo y amigo y vengador del inca!	445	Marcha: y el mismo campo donde ciegos en sangrienta porfía los primeros tiranos disputaron cuál de ellos solo dominar debía,	485
¡Oh pueblos, que formáis un pueblo solo y una familia, y todos sois mis hijos! vivid, triunfad...»		pues el poder y el oro dividido templar su ardiente fiebre no podía; en ese campo, que a discordia ajena debió su infausto nombre y la cadena que después arrastró todo el imperio; allí, no sin misterio	490
El inca esclarecido iba a seguir, mas de repente queda en éxtasis profundo embebecido: atónito en el cielo ambos ojos inmóviles ponía, y en la improvisa inspiración absorto la sombra de una estatua parecía.	450	venganza y gloria nos darán los cielos. ¡Oh valle de Ayacucho bienhadado! Campo serás de gloria y de venganza... Mas no sin sangre... ¡Yo me estremeciera, si mi ser inmortal no lo impidiera!	495
Cobró la voz al fin. «Pueblos –decía– la página fatal ante mis ojos desenvolvió el destino, salpicada toda en purpúrea sangre; mas en torno también en bello resplandor bañada.	455	Allí Bolívar, en su heroica mente mayores pensamientos revolviendo, el nuevo triunfo trazará, y haciendo de su genio y poder un nuevo ensayo, al joven Sucre prestará su rayo.	500

Al joven animoso,
a quien del Ecuador montes y ríos
dos veces aclamaron victorioso.
Ya se verá en la frente del guerrero
toda el alma del héroe reflejada,
que él le quiso infundir de una mirada.

Como torrentes desde la alta cumbre
al valle en mil raudales despeñados,
vendrán los hijos de la infanda Iberia,
soberbios en su fiera muchedumbre,
cuando a su encuentro volará impaciente
tu juventud, Colombia belicosa,
y la tuya, ¡oh Perú! de fama ansiosa,
y el caudillo impertérrito a su frente.

¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!
Cual aturde y espanta en su estallido
de hórrida tempestad el postrer trueno.
Arder en fuego el aire,
en humo y polvo oscurecerse el cielo,
y con la sangre en que rebosa el suelo
se verá al Apurímac de repente
embravecer su rápida corriente.

Mientras por sierras y hondos precipicios
a la hueste enemiga
el impaciente Córdova fatiga,
Córdova, a quien inflama
fuego de edad y amor de patria y fama;
Córdova, en cuyas sienes con bello arte
crecen y se entrelazan
tu mirto Venus, tus laureles Marte.
Con su Miller los húsares recuerdan
el nombre de Junín; Vargas su nombre,
y vencedor el suyo con su Lara
en cien hazañas cada cual más clara.

Allá por otra parte,
sereno, pero siempre infatigable,
terrible cual su nombre, batallando
se presenta La Mar, y se apresura
la tarda rota del protervo bando.
Era su antiguo voto, por la patria
combatir y morir. Dios complacido
combatir y vencer le ha concedido.
Mártir del pundonor, he aquí tu día.

venir pidiendo paz. Y generoso en nombre de Bolívar y la patria no se la niega el vencedor glorioso. Y su triunfo sangriento, con el ramo feliz de paz corona.		grande gloria alcanzaste; pero mayor te espera, si a mi pueblo así cual a la guerra lo conformas	635
Que si patria y honor le arman la mano arde en venganza el pecho americano; y cuando vence, todo lo perdona.	595	y a conquistar su libertad le empeñas; la rara y ardua ciencia de merecer la paz y vivir libre con voz y ejemplo y con poder le enseñas.	
Las voces, el clamor de los que vencen, y de Quinó las ásperas montañas, y los cóncavos senos de la tierra, y los ecos sin fin de la ardua sierra, todo repite sin cesar, victoria.	600	Yo con riendas de seda regí el pueblo, y cual padre le amé; mas no quisiera que el cetro de los incas renaciera: que ya se vio algún inca, que teniendo el terrible poder todo en su mano comenzó padre y acabó tirano.	640 645
Y las bullentes linfas de Apurímac a las fugaces linfas de Ucayale se unen, y unidas llevan presurosas en sonante murmullo y alba espuma, con palmas en las manos y coronas esta nueva feliz al Amazonas. Y el espléndido rey al punto ordena a sus delfines, ninfas y sirenas que en clamorosos plácidos cantares tan gran victoria anuncien a los mares.	605	Yo fui conquistador, ya me avergüenzo del glorioso y sangriento ministerio; pues un conquistador, el más humano, formar, mas no regir debe un imperio.	
Salud, oh vencedor. Oh Sucre, vence, y de nuevo laurel orla tu frente. Alta esperanza de tu insigne patria, como la palma al margen de un torrente crece tu nombre... Y sola, en este día tu gloria, sin Bolívar, brillaría. Tal se ve Héspero arder en su carrera; y del nocturno cielo suyo el imperio sin la luna fuera.	610	Por no trillada senda, de la gloria al templo vuelas, ínclito Bolívar. Que ese poder tremendo que te fía de los padres el íntegro senado, si otro tiempo perder a Roma pudo, en tu potente mano	650 655
Por las manos de Sucre la victoria ciñe a Bolívar lauro inmarcesible. Oh triunfador, la palma de Ayacucho, fatiga eterna al bronce de la Fama, segunda vez Libertador te aclama.	615	Oh libertad, el héroe que podía ser el brazo de Marte sanguinario, ése es tu sacerdote más celoso, y el primero que toma el incensario, y a tus aras se inclina silencioso.	660
Ésta es la hora feliz. Desde aquí empieza la nueva edad al inca prometida de libertad, de paz y de grandeza. Rompiste la cadena aborrecida, la rebelde cerviz hispana hollaste,	620	Oh libertad. Si al pueblo americano la solemne misión ha dado el cielo de domeñar el monstruo de la guerra y dilatar tu imperio soberano por las regiones todas de la tierra y por las ondas todas de los mares, no temas, con este héroe, que algún día eclipse el ciego error tus resplandores, superstición profane tus altares, ni que insulte tu ley la tiranía: ya tu imperio y tu culto son eternos. Y cual restauras en su antigua gloria del santo y poderoso Pacha-Camac el templo portentoso,	665 670 675
	630	tiempo vendrá, mi oráculo no miente,	

en que darás a pueblos destronados su majestad ingénita y su solio, animarás las ruinas de Cartago relevarás en Grecia el Areopago, y en la humillada Roma el Capitolio.		y amenazan horrendas convulsiones el globo destrozar desde el profundo: ellos empero firmes y serenos ven el estrago funeral del mundo.	
Tuya será, Bolívar, esta gloria: tuya romper el yugo de los reyes, y a su despecho entronizar las leyes; y la discordia en áspides crinada, por tu brazo en cien nudos aherrojada, ante los haces santos confundidas harás temblar las armas parricidas.	680	Ésta es, Bolívar, aún mayor hazaña que destrozar el férreo cetro a España. Y es digna de ti solo. En tanto triunfa... Ya se alzan los magníficos trofeos. Y tu nombre aclamado por las vecinas y remotas gentes en lenguas, voces, metros diferentes, recorrerá la serie de los siglos en las alas del canto arrebatado. Y en medio del concento numeroso la voz del Guayas crece y a las más resonantes enmudece.	725
Ya las hondas entrañas de la tierra en larga vena ofrecen el tesoro que en ellas guarda el Sol, y nuestros montes los valles regarán con lava de oro. Y el pueblo primogénito dichoso de libertad, que sobre todos tanto por su poder y gloria se enaltece, como entre sus estrellas, la estrella de Virginia resplandece, nos da el ósculo santo de amistad fraternal. Y las naciones del remoto hemisferio celebrado, al contemplar el vuelo arrebatado de nuestras musas y artes, como iguales amigos nos saludan; con el tridente abriendo la carrera la reina de los mares la primera.	685	Tú la salud y honor de nuestro pueblo serás viviendo, y ángel poderoso que lo proteja cuando tardo al empíreo el vuelo arrebatares, y entre los claros incas a la diestra de Manco te sentares.	730
Será perpetua, oh pueblos, esta gloria y vuestra libertad incontrastable contra el poder y liga detestable de todos los tiranos conjurados, si en lazo federal de polo a polo en la guerra y la paz vivís unidos Vuestra fuerza es la unión. Unión, oh pueblos, para ser libres y jamás vencidos. Esta unión, este lazo poderoso la gran cadena de los Andes sea, que en fortísimo enlace se dilatan del uno al otro mar; las tempestades del cielo ardiendo en fuego se arrebatan, erupciones volcánicas arrasan campos, pueblos, vastísimas regiones,	690	Así place al destino. ¡Oh! ved al cóndor, al peruviano rey del pueblo aerio a quien ya cede el águila el imperio, vedle cuál desplegando en nuevas galas las espléndidas alas sublime a la región del sol se eleva y el alto augurio que os revelo aprueba.	735
	695	Marchad, marchad guerreros, y apresurad el día de la gloria: que en la fragosa margen de Apurímac con palmas os espera la victoria».	740
	700	Dijo el inca. Y las bóvedas etéreas de par en par se abrieron, en viva luz y resplandor brillaron y en celestiales cantos resonaron.	745
	705	Era el coro de cándidas vestales, las vírgenes del Sol, que rodeando al inca como a sumo sacerdote, en gozo santo y ecos virginales	750
	710		755
	715		760
	720		

en torno van cantando
del Sol las alabanzas inmortales.

«Alma eterna del mundo,
dios santo del Perú, padre del inca,
en tu giro fecundo
gózate sin cesar, luz bienhechora,
viendo ya libre el pueblo que te adora.

La tiniebla de sangre y servidumbre
que ofuscaba la lumbre
de tu radiante faz pura y serena
se disipó, y en cantos se convierte
la querella de muerte
y el ruido antiguo de servil cadena.

Aquí la libertad buscó un asilo,
amable peregrina;
y ya lo encuentra plácido y tranquilo.
Y aquí poner la diosa
quiere su templo y ara milagrosa.
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,
se viene a consolar de la ruina
de los altares que le alzó la Grecia,
y en todos sus oráculos proclama
que al Madalén y al Rímac bullicioso
ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

Oh padre, oh claro Sol, no desampares
este suelo jamás, ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
anima y reproduce: por ti viven
y acción, salud, placer, beldad reciben.
Tú al labrador despiertas
y a las aves canoras
en tus primeras horas;
y son tuyos sus cantos matinales.
Por ti siente el guerrero
en amor patrio enardecida el alma,
y al pie de tu ara rinde placentero
su laurel y su palma:
y tuyos son sus cánticos marciales.

Fecunda ¡oh Sol! tu tierra;
y los males repara de la guerra.

Da a nuestros campos frutos abundosos
aunque niegues el brillo a los metales;
da naves a los puertos,
pueblos a los desiertos,
a las armas victoria,
alas al genio y a las Musas gloria.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta
el brazo que te venga,
no para nuevas lides sanguinosas,
que miran con horror madres y esposas;
sino para poner a olas civiles
límites ciertos y que en paz florezcan
de la alma paz los dones soberanos,
y arredre a sediciosos y a tiranos.

Brilla con nueva luz, rey de los cielos,
brilla con nueva luz en aquel día
del triunfo que magnífica prepara
a su Libertador la patria mía.
¡Pompa digna del inca y del imperio
que hoy de su ruina a nuevo ser revive!

Abre tus puertas, opulenta Lima,
abate tus murallas y recibe
al noble triunfador que rodeado
de pueblos numerosos, y aclamado
ángel de la esperanza,
y genio de la paz y de la gloria,
en inefable majestad avanza.

Las musas y las artes revolando
en torno van del carro esplendoroso;
y los pendones patrios vencedores
al aire vago ondean, ostentando
del sol la imagen, de iris los colores.
Y en ágil planta y en gentiles formas
dando al viento el cabello desparcido
de flores matizado
cual las horas del sol, raudas y bellas
saltan en derredor lindas doncellas
en giro no estudiado;
las glorias de su patria
en sus patrios cantares celebrando;
y en sus pulidas manos levantando
albos y tersos como el seno de ellas
cien primorosos vasos de alabastro

que espiran fragantísimos aromas,
y de su centro se derrama y sube
por los cerúleos ámbitos del cielo
de ondoso incienso transparente nube.

845 Todos quedan atónitos. Y en tanto
tras la dorada nube el inca santo
y las santas vestales se escondieron.

* * *

Cierran la pompa espléndidos trofeos,
y por delante en larga serie marchan
humildes, confundidos,
los pueblos y los jefes ya vencidos.
Allá procede el ástur belicoso,
allí va el catalán infatigable,
y el agreste celtíbero indomable,
y el cántabro feroz que a la romana
cadena el cuello sujetó el postrero,
y el andaluz liviano,
y el adusto y severo castellano.
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede,
y las que antes graciosas
fueron honor del fabuloso suelo,
ninfas del Tormes y el Genil, en duelo
se esconden silenciosas;
y el grande Betis viendo ya marchita
su sacra oliva, menos orgulloso
paga su antiguo feudo al mar undoso.

850 Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos, 880
humilde musa mía? ¡Oh! no reveles
a los seres mortales
en débil canto arcanos celestiales.
Y ciñan otros la apolínea rama
855 y siéntense a la mesa de los dioses, 885
y los arrulle la parlera fama
que es la gloria y tormento de la vida.
Yo volveré a mi flauta conocida
libre vagando por el bosque umbrío
860 de naranjos y opacos tamarindos, 890
o entre el rosal pintado y oloroso
que matiza la margen de mi río,
o entre risueños campos do en pomposo
trono piramidal y alta corona
865 la piña ostenta el cetro de Pomona. 895
Y me diré feliz si mereciere,
al colgar esta lira en que he cantado
en tono menos digno
la gloria y el destino
del venturoso pueblo americano: 900
870 yo me diré feliz si mereciere
por premio a mi osadía
una mirada tierna de las Gracias,
y el aprecio y amor de mis hermanos,
una sonrisa de la patria mía, 905
y el odio y el furor de los tiranos.

El sol suspenso en la mitad del cielo
aplaudirá esta pompa. Oh Sol, oh padre,
tu luz rompa y disipe
las sombras del antiguo cautiverio,
tu luz nos dé el imperio,
tu luz la libertad nos restituya;
tuya es la tierra, y la victoria es tuya.»

Cesó el canto. Los cielos aplaudieron, 875
y en plácido fulgor resplandecieron.

Notas:

4. En AP, pp. 631-644. «Existieron cuatro redacciones del *Canto a Bolívar*: la primera, la que el poeta envió manuscrita a Bolívar el 30 de abril de 1825, según consta en carta de la misma fecha: «Pensé que esta carta fuese tan larga como mi canto; pero no puede ser, porque ya el correo apura, y todo el tiempo lo he gastado en copiar mis versos por cumplir la promesa que hice a usted de remitírselos en este correo». («Carta a Bolívar», 19 de abril de 1826, *El Repertorio Colombiano*, t. II, pp. 293-294). No hay noticia de que se conserve este manuscrito, y sólo por la carta que contestó Bolívar a Olmedo desde el Cuzco, a 12 de julio de 1825, se sabe de esta copia manuscrita, y de que en ella se le habían deslizado al poeta algunos versos incorrectos que no están en ninguna edición impresa. La

segunda redacción, «con variaciones y adiciones de diez o doce versos», es la que quedó estampada en la edición *princeps* de Guayaquil, 1825. La tercera es la que con numerosas e importantes variantes y añadiduras apareció en las tres ediciones de 1826, las de París y la de Londres [rigurosamente iguales]. La cuarta y definitiva, la que con solos dos ligeros cambios, se publicó en la *América poética* de don Juan María Gutiérrez en 1846. [...] El canto manuscrito, según indicación del autor, tendría 812 y 814 versos. La edición *princeps* de Guayaquil tiene 824. Las tres (París y Londres) de 1826, 909. La definitiva de 1846 en la *América poética*: 906.» Cfr. «Estudio preliminar» de Aurelio Espinosa Pólit, en José Joaquín Olmedo, *Poesía-Prosa*, Puebla, Editorial J. M. Cajica Jr., 1960 (Biblioteca ecuatoriana mínima. La colonia y la república), pp. 83 y ss. | «La batalla de Junín se ganó el 6 de agosto de 1824, y la de Ayacucho el 9 de diciembre del mismo año. El trabajo de Olmedo empezó a raíz de la noticia de la primera victoria. [...] Los primeros conatos de Olmedo (los “planes y jardines” de que habla en su carta citada de 31 de enero de 1825) hubieron de ser la espontánea reacción del poeta ante este oficio. Pero consta que no llegó a escribir nada hasta la victoria de Ayacucho.» Espinosa Pólit, 1945, p. 379. | En el el *Repertorio Americano* (Londres), t. 1 (1826), pp. 54-61, Andrés Bello hace una interesantísima reseña del «Canto...» y transcribe algunos pasajes.

v. 33. [*N. del a.*] Los físicos han procurado explicar el equilibrio que guarda la tierra a pesar de la diferencia de masas en sus dos hemisferios. ¿El enorme peso de los Andes no podrá ser uno de los datos para resolver este curioso problema de geografía física?

v. 59. [*N. del a.*] El río Guayaquil, en cuyas orillas se hacía esta composición. Se cree que tomó su nombre de Guayas, antiguo régulo del país antes de la conquista.

v. 91. [*N. del a.*] Todos conocen las sublimes odas de Píndaro en honor de los vencedores en los juegos olímpicos. Su nombre es hoy más célebre que el de los héroes que canta.

v. 134. [*N. del a.*] El pabellón de Colombia lleva los principales colores del iris; el del Perú lleva un Sol en el centro.

v. 137. [*N. del a.*] El primer encuentro de nuestra caballería con la enemiga en el campo de Junín nos fue sumamente desfavorable.

v. 145. [*N. del a.*] El general Necochea, natural del Río de la Plata, venció en Chacabuco mandando los famosos granaderos de a caballo, y ha sido celebrado en el poema de «América», de que se han publicado algunos fragmentos en la *Biblioteca Americana*. La patria y la buena literatura ya culpan la tardanza de esta bellísima composición. | [*N. de la e.*] Sobre este verso, anota Corpancho: «en la edición de París se lee en la página 24: <Otra vez vencedor y otra *cantando*.> debería decir: <Otra vez vencedor y otra *cantado*.>», tal como aparece en la edición de JMG. Cfr. Olmedo, José Joaquín, *Obras poéticas*, edición aumentada con algunas poesías inéditas y arreglada en vista de las últimas correcciones del autor por Manuel Nicolás Corpancho, México, Edición del *Heraldo*-Tipografía de Nabor Chávez, 1862, p. x.

v. 202. [*N. del a.*] Cuando se escribía este poema todos creían que eran mortales las muchas heridas que Necochea recibió en Junín. Hoy la patria se goza en poseer salvo a este ilustre defensor cubierto de honrosas cicatrices.

v. 211. [*N. del a.*] La caballería peruana mereció por las hazañas de este día que el Libertador le diese el nombre de Húsares de Junín.

v. 213. [*N. del a.*] Hasta ahora se creía que en el Perú, especialmente los hijos de Lima, eran poco hábiles para las artes y fatigas de la guerra, acaso porque se había dicho en Italia (quizá no sin verdad) que «La terra molle, lieta e diletta / Simile a se gl'abitator produce». Pero nuestra juventud, desmintiendo la vulgar fama, se ha distinguido sobremanera en cuantos encuentros ha habido en los últimos cinco años. Tan cierto es que nadie puede decir de lo que es capaz el hombre antes de llegar el momento preciso de desenvolver sus dotes naturales, ocultos o sofocados por las costumbres y vicios de cada clima, por la educación y por la política de los gobiernos.

v. 229. [*N. del a.*] La madre de Aquiles para impedir que su hijo fuese a la guerra de Troya le envió disfrazado de mujer a la corte de la isla de Sciros. Allí prendado de la hija del rey, pasaba una vida digna de su disfraz, cuando Ulises acompañado de otros fingidos mercaderes le presentó una espada y otros adornos militares mal encubiertos entre varias y curiosas mercaderías extranjeras. Ulises espía el movimiento de Aquiles al ver las armas: lo reconoce, se descubre; y el joven de quien pendía el destino de la guerra, se avergüenza de su estado, y recobrando su sexo y su valor partió a Troya. Allí hizo tales prodigios combatiendo y triunfando, que parece que la naturaleza se vio como forzada a crear un genio como el de Homero para que le cantase.

v. 257. [*N. del a.*] No es dado hacer en el poema mención de todos los que se distinguieron en Junín. Bruix, Pringles, Lizárraga, Savry, Blanco, Olavarría, Brown, Medina, Allende, Camácaro, Escobar, Sandoval, Jiménez, Peraza, Segovia, Tapia, Lanza, etc., etc. Es muy sensible no poder insertar los nombres de todos los jefes, oficiales y aun soldados que combatieron en Junín. Este silencio forzoso sería más sensible, si sus nombres para ser memorables necesitasen de mi canto.

v. 263. [*N. del a.*] Homero fue hijo de Meón; también se cree que fue natural de Meonia en el Asia menor.

v. 309. [*N. del a.*] La acción de Junín empezó a las cinco de la tarde: la noche sobreviniendo tan pronto impidió la completa destrucción del ejército real.

v. 355. Anota Corpancho que «en la primera edición de Londres se lee en la página 24 este verso: <y a los ecos por tres veces...> debiendo ser como se ha publicado en la del señor Gutiérrez: <y a los ecos los ecos por tres veces>, con lo que se aumentan las tres sílabas que requería el metro y se completa el sentido, formando al mismo tiempo la onomatopeya en que tan diestro era Olmedo». Cfr. Olmedo, José Joaquín, *Obras poéticas*, edición aumentada con algunas poesías inéditas y arreglada en vista de las últimas correcciones del autor por Manuel Nicolás Corpancho, México, Edición del *Heraldo*-Tipografía de Nabor Chávez, 1862, p. x.

v. 379. [*N. del a.*] Después de Huayna-Capac reinaron algunos incas; pero él fue el último que poseyó íntegro el imperio. Los demás reinaron en un reino dividido, agitados siempre de guerras civiles o encadenados por los españoles. Estos por farsa solían coronar a los legítimos sucesores para llevar al cadalso una víctima que lisonjearse más su orgullo y su ferocidad.

v. 379. [*N. del a.*] El inca Atahualpa hijo de Huayna-Capac murió en un cadalso por orden de Pizarro y consejo del padre Valverde que después fue obispo de la misma corte en que habían reinado sus víctimas. El nombre de Atahualpa está desfigurado con el de Ataliba en varios poemas europeos. ¡Y ojalá que sólo se desfigurasen los nombres!... Algunos dramas por apartarse de la historia, ¡cuánto pierden de interés! ¡y cuántas lágrimas perdonan!

v. 399. [*N. del a.*] El inca Huáscar hijo predilecto de Huayna-Capac no fue asesinado por los españoles; pero ellos dieron la causa de su muerte, pues si no hubiesen osado intervenir en los negocios de los hermanos reyes, las diferencias de estos habrían terminado de otro modo.

vv. 422-423. En esta edición se suprimen dos versos que acusaban el rigor extremo de la conquista: «No estableció la suya con más ruina / el mentido profeta de Medina».

v. 432. [*N. del a.*] El nombre de Las Casas no puede recordarse sin enternecimiento por ningún americano a pesar del último extravío de su celo. ¡Cuándo no se extraviaron las grandes pasiones! El nombre de Las Casas es muy venerado en América. ¡España le trata de fanático y de impostor!

v. 440. [*N. del a.*] La peana del inca era un edificio en que solía descansar cuando atravesaba el gran camino de la cordillera. Sus ruinas, o más bien, los vestigios de sus ruinas están muy cerca del campo de Junín.

v. 476. [*N. del a.*] El jefe del ejército real, después de su derrota en Junín marchó precipitadamente al Cuzco para preparar una segunda acción, cortando los puentes del Apurímac. Esta operación detuvo al ejército Libertador en la orilla izquierda del río. El general Bolívar entonces, dejando las disposicio-

nes convenientes, volvió a Lima con el fin de levantar nuevas tropas para reabrir la campaña, pasada que fuese la rigurosa estación del invierno. En este intervalo los españoles reuniendo con una presteza admirable cuantas fuerzas tenían en el Cuzco y demás provincias, y arrebatando cuantos elementos de guerra útiles o inútiles había en el país, repasaron inesperadamente el Apurímac y se presentaron en Ayacucho con cerca de diez mil hombres, cuando nuestro ejército apenas excedía de cinco mil.

v. 485. [*N. del a.*] En el campo de Ayacucho fue la célebre victoria que predice el inca, y que fijó los destinos de la América. En el mismo lugar, al principio de la conquista, se disputaron los Almagros y Pizarros el dominio del Perú con tal encarnizamiento, que por la mortandad de unos y otros se llamó el campo de Aya-cucho, que se interpreta <Rincón de muertos>. Habiendo recaído la suma del imperio en uno solo, se aceleró la conquista de todo el país.

v. 503. [*N. del a.*] Sucre fue nombrado por el Libertador general en jefe del ejército unido y mandó la acción de Ayacucho. En los años de 1821 y 1822, ganó dos acciones contra los españoles; una a orillas del Yaguachi, tributario del Guayaquil, y otra en las faldas de Pichincha.

v. 535. [*N. del a.*] No es posible hacer mención de todos los cuerpos que se batieron y triunfaron en Ayacucho... Bogotá, Voltijeros, Pichincha, Rifles y Caracas; los batallones 1, 2 y 3 del Perú, la Legión Peruana, los Granaderos, los Húsares de Colombia y los de Junín, todos se distinguieron sobremanera.

v. 542. [*N. del a.*] El general La-Mar es natural de Guayaquil; mandó bizarramente el ala izquierda del ejército, que fue la que sufrió el más terrible choque de la fuerza enemiga y decidió la victoria. Desde muy joven fue enviado a la Península por su familia a seguir la carrera militar, y se distinguió después en la guerra que España sostuvo tan gloriosamente contra los franceses de Napoleón. Volvió a América nombrado Inspector general del Perú; y los jefes españoles le dejaron en el mando de la plaza del Callao cuando por primera vez abandonaron a Lima al acercarse el valiente y astuto general San Martín. Esta fue la situación más difícil para un hombre como La-Mar, que de muy antiguo abrigaba sentimientos americanos, y que se veía entonces obligado a sofocar por cumplir severamente las leyes del honor. Pero en esta misma época fue cuando los patriotas presos en el castillo conocieron el corazón de este virtuoso americano.

Disueltos al fin honradamente los lazos que tenía con España, llegó a tal punto la opinión pública a su favor, que pocos meses después de la capitulación del Callao, fue elegido unánimemente por el primer Congreso del Perú, Presidente del Gobierno. Entonces fue cuando los enemigos de La-Mar, es decir, los enemigos del orden y del bien público, conspiraron contra él y divulgaron que tenía comunicaciones con los jefes del ejército real. Pero el campo de Ayacucho ha hecho ver cuáles eran las comunicaciones que La-Mar quería tener con los enemigos de su patria. Y el tiempo, recorriendo el velo a todos los sucesos, ha descubierto también quiénes eran los falsos patriotas; quiénes, los que, si desearon un tiempo que su patria fuese libre, fue con el voto condicional de mandarla ellos: quiénes, los que usurparon un poder que los moderados renunciaban; quiénes, en fin, los que mandando su patria, la tiranizaron, y después de tiranizada la vendieron. Goza de este triunfo, superior a la gloria militar de que te has cubierto, ¡oh tierno amigo mío, oh magnae spes altera Romae!

v. 591. [*N. del a.*] Quince generales españoles había en el Perú, reunidos por una feliz casualidad en Ayacucho para hacer más gloriosa esta jornada; se rindieron y capitularon en el campo. Todos con toda su fortuna han vuelto ya a su Patria. La capitulación fue pedida y otorgada después de la derrota del grueso del ejército real, y cuando sólo quedaba por batir un cuerpo de reserva de poca consideración. Parece que nada falta a esta conducta para ser el rasgo característico de un pueblo.

v. 600. [*N. del a.*] El pueblo de Quinó o Quinoa está cercano al campo de Ayacucho.

v. 605. [*N. del a.*] El Apurímac después de un largo curso entra el caudaloso Ucayale, que desemboca en el famoso río de las Amazonas.

vv. 620-622. [N. de JMG] Estaba impresa ya y pronta para repartirse la entrega 10ª de la *América poética*, cuando hemos recibido una variante que el señor doctor Olmedo quiere introducir en su «Canto a Junín». Por fortuna, podemos darla a conocer a nuestros suscriptores aquí, al fin de sus poesías. A los cuatro versos de la p. 640 de esta colección (p. 38 de la edición de París y 40 de la de Londres) que empiezan: «Tal el astro de Venus refulgente / brilla de modo...» deben sustituirse estos tres: «Tal se ve Héspero arder en su carrera; / y del nocturno cielo / suyo el imperio sin la luna fuera.». | [N. de la e.] Esta nota aparece, tal como explícita JMG, al final de las obras de Olmedo reunidas en la AP (p. 650). La corrección original integra la posdata de la carta que Olmedo remite a Gutiérrez el 31 de diciembre de 1846 (la cual acompaña de «dos piecitas ligeras, incompletas y quizás no dignas de hacer una página en la brillante pléyade americana»): «Hoy, ahora me ocurre una pequeña alteración con el «Canto de Junín», que en verdad, está plagado de mil lunares. ¡Ojalá que no sea tarde para que esta corrección tenga lugar en la *América poética*! / En la página 40 se dice al final: «tal el astro de Venus refulgente / brilla de modo...». Parece cosa impropia en la boca de un inca tan grave, tan venerable este lenguaje de *astro de Venus*, y así recomiendo a usted que esos 4 últimos versos de la p. 40 se reformen [según queda dicho]». Cfr. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 368, 31-12-1846, de José Joaquín Olmedo, Guayaquil, a JMG, p. 85. Incorporo la enmienda en el lugar correspondiente. Los cuatro versos variados aparecían del siguiente modo en el cuerpo de la AP: «Tal el astro de Venus refulgente / brilla de modo en la azulada esfera, / que del nocturno cielo / suyo el imperio sin la luna fuera».

v. 652. [N. del a.] En el mayor conflicto de la República, el general Bolívar fue nombrado Dictador por el Congreso del Perú.

v. 675. [N. del a.] Pacha-Camac era una divinidad invisible, cuya imagen era el Sol. Este nombre se compone de *Pacha*, universo y de *Camac*, participio del verbo *cama*, animar; y significa en la lengua de los incas, «Animador del universo». Era tenido en gran veneración y el pueblo no osaba pronunciar su nombre. Su culto era interior, y no tenía más templo que el corazón de los hombres. Cuando aquí se cita el templo del gran Pacha Camac, se entiende el templo del Sol, bajo cuya magnífica imagen aquél era adorado. ¡Cuántos pueblos que se jactan de su antigua civilización no han alcanzado estos bellos principios de teología natural!

v. 688. [N. del a.] Las fasces en las antiguas repúblicas eran la principal insignia de las magistraturas civiles.

v. 693. [N. del a.] Nuestros hermanos del norte han sido los primeros en reconocer la independencia de los pueblos del sur, a la que los excitaron con su ejemplo y ayudaron con su amistad. El pabellón de la República lleva tantas estrellas como son los Estados de la Unión. El Estado de Virginia tiene sobre todos la gloria de ser la patria de Washington.

v. 705. [N. del a.] La magnánima Inglaterra ha sido la primera de las naciones europeas que ha reconocido los nuevos estados americanos. Su amistad en la paz nos será tan provechosa como nos fue en la guerra su amigable neutralidad.

v. 715. [N. del a.] Se quiere expresar con esta comparación el deseo de que los pueblos de América por sus relaciones y lazos fraternales sean siempre como uno solo. En este sentido el inca cuando en su vaticinio habla de su pueblo, de su imperio, quiere comprender todos los pueblos que están unidos y enlazados por la cadena de los Andes.

v. 742. [N. del a.] Manco-Capac fue el primer inca, el primer legislador del Perú, descendido del cielo y venerado siempre como una divinidad.

v. 753. [N. del a.] Aquí concluye el vaticinio del inca, que será acaso censurado por su demasiada extensión: y no sin justicia. Pero ¿no se perdonará a un inca que antes de pronunciar el grande oráculo, objeto de su aparición, exhale algunas quejas al ver por la primera vez los lugares que fueron el teatro de los horrores de la conquista? ¿No se perdonará a un buen padre y a un buen rey lamentar antes

de todo la suerte de sus hijos y de su pueblo? ¿No se perdonará a un guerrero alentar el valor de las tropas con el recuerdo de agravios pasados, aunque sean sucesos muy conocidos de la historia de su país? ¿No se perdonará a un anciano el ser prolijo en sus discursos, y a un sabio de edad el no perder la ocasión de dar consejos a los hombres? ¿No se perdonará, en fin, a un sacerdote prolongar un tanto la expectación del pueblo al anunciar los oráculos del cielo?

Los oráculos comúnmente eran breves y sentenciosos. Es verdad; pero la victoria de Ayacucho es de la mayor importancia, como que ha fijado los destinos del pueblo americano; y no estaría bien cantada si no se celebrasen todas las circunstancias que la hacen memorable. Además, esa misma prolijidad de circunstancias da mayores apariencias de verdad a la predicción. Por esto se ha escogido un profeta inspirado que lo prevea todo, un anciano que no omita nada de cuanto prevé, y un inca que mire con interés cuanto contribuya a la gloria del imperio. Por otra parte la mención que hace de todos los jefes que debían distinguirse en Ayacucho sirve de nuevo estímulo a su valor, ya por la anticipada alabanza de sus proezas, ya por la segura esperanza de la victoria.

Se dirá en fin que el inca de este canto sabe más de lo que pudo saber en su tiempo. Pero éste era un inca dotado de espíritu profético, y que según las antiguas tradiciones predijo la invasión de los españoles, el establecimiento de una nueva religión y el hado del imperio. Sobre todo no debe extrañarse que tenga ideas justas de religión, de legislación y ciencia del siglo quien habita las regiones de luz y de verdad.

v. 784. [*N. del a.*] El río Magdalena corre al mar por las cercanías de Bogotá, como el Eurotas por las cercanías de Esparta. El Rímac atraviesa a Lima, como el Tíber a Roma.

v. 895. [*N. del a.*] Esta descripción alude a la forma de la planta que produce la piña. Este precioso fruto es conocido en Europa con el nombre de ananás. La piña es sobre todas las frutas de la tierra; como la piña americana, por su fragancia, sabor y virtudes medicinales, es sobre las europeas; y como la piña del Guayas es sobre todas las demás de los diferentes climas de América.

5

AL GENERAL FLORES, VENCEDOR DE MIÑARICA

Cual águila inexperta, que impelida del regío instinto de su estirpe clara, emprende el precoz vuelo en atrevido ensayo, y elevándose ufana, envanecida sobre las nubes que atormenta el rayo, no en el peligro de su ardor repara, y a su ambicioso anhelo estrecha viene la mitad del cielo;	y de fatiga y de pavor vencida, renunciando al imperio, desfallece:	
mas de imprevisto deslumbrada, ciega, sin saber dónde va, pierde el aliento y a la merced del viento ya su destino y su salud entrega; o por su solo peso descendiendo se encuentra por acaso en medio de su selva conocida, y allí la luz huyendo, se guarece,	así mi musa un día sintió la tierra huir bajo su planta, y osó escalar los cielos, no teniendo más genio que amor patrio y osadía. En la región etérea se declara grande sacerdotisa de los incas; abre el templo del Sol; flores y ofrendas esparce sobre el ara; ciñe la estola espléndida y la tiara; inquieta, atormentada de un dios, que dentro el pecho no le cabe, profiere en alta voz lo que no sabe, por ciega inspiración. Tiemblan los reyes escuchando el oráculo tremendo: revelaciones, leyes	20 5 25 10 30 15

dicta al pueblo, describe las batallas; de la patria predice la victoria y la aplaude en seráficos cantares; de los incas deifica la memoria, y a sus manes sagrados si tumba les faltó, levanta altares.	35	y el canto silencioso duerme sobre las cuerdas de su lira.	
Mas cuando ya su triunfo absorta canta, atrás la vista torna, mide el abismo que salvó, y se espanta. Tiembla, deja caer el refulgente sacro diadema que sus sienes orna, y flaco el pecho, el ánimo doliente cual si volviera de un delirio siente; y de la santa agitación rendida, queda en lento deliquio adormecida.	40	Mas nunca el genio muere; y con su aliento la tierra, el firmamento, el mármol y cadáveres anima.	80
En vano el bronce fratricida truena y de las armas rompe el estallido; y al recrujir el carro de la guerra se siente en torno retremblar la tierra.	45	Ya está dentro de mí. Veloces vientos anunciad a las gentes un nuevo canto de victoria. Dadme laurel y palmas y alas esplendentes; volvedme el estro santo, que ya en el seno siento hervir el canto.	85
Y el atroz silbo de rabiosas sierpes que la Discordia enreda a su melena en sed mortal los pechos enfurece; y de la antigua silla de los incas hasta do bate el mar los altos muros de la noble heredera de Cartago, todo es horror y confusión y estrago:	50	¿Adónde huyendo del paterno techo corre la juventud precipitada? En sus ojos furor, rabia en su pecho y en su mano blandiendo ensangrentada un tizón infernal: cual civil parca ciega discurre, tala y sus horrendas huellas en sangre y en cenizas marca.	90
en vano, ¡oh Dios! del medio de las olas civiles, con sorpresa, joven, graciosa, de esperanzas llena una nueva República aparece; cual la diosa de amor y de belleza coronada de rosas y azahares, con que el ambiente plácido perfuma, surgió sobre la hirviente y alba espuma, del mar nacida a serenar los mares;	55	Leyes y patria y libertad proclaman... Y oro, sangre, poder... ésas sus leyes, ésa es la libertad, de que se llaman ínclitos vengadores...	95
y en vano sobre el margen populoso del rico Tames y bullente Rima, en verso numeroso canoras voces se alzan despertando la musa de Junín... que el sacro fuego de inspiración cesó, lánguido expira,	60	Y en los enormes montes interpuestos y en el soberbio inexpugnable alcázar, que de lejos ostenta la reina del Pacífico opulenta, la insolente esperanza ponen de triunfo cierto y de venganza.	100
	65	Corren al triunfo cierto... y un abismo se abrió bajo sus pies... que los horrores de tanta sedición, los alaridos que entre las ruinas salen, los clamores de tantos pueblos íntegros y fieles, el rayo concitaron que dormía allá en el seno de su nube umbría.	105
	70	Ése es el adalid a quien dio el cielo valor, consejo, previsión y audacia. Al arduo empeño, a la mayor desgracia le sobra el corazón. Todo le cede:	110
	75		

sirve a su voz la suerte, ante su genio el peligro espantado retrocede.		
<i>Flores</i> los pueblos claman, y los montes que la escena magnífica decoran, <i>Flores</i> , repiten sin cesar. Los ecos ávidos unos a otros se devoran y en inquietud perpetua se suceden como olas de la mar. Sordos aterran la turba pertinaz, que espavorida huye; y no sabe dónde, que do quiera los ecos la persiguen, y do quiera el espectro del héroe la intimida.	115 120 125	Y el caballo impaciente de freno y de reposo se indigna, escarba el suelo polvoroso; impávido, insolente demanda la señal; bufa, amenaza, tiemblan sus miembros; su ojo reverbera; enarca la cerviz, la alza arrogante de prominente oreja coronada; y al viento derramada la crin luciente de su cuello enhiesto, ufano da en fantástica carrera mil y mil pasos sin salir del puesto.
Así cuando una nube repentina enluta el cielo, cuando el sol declina, se afanan los pastores recogiendo el rebaño que pace descuidado. Mas si imprevisto estalla un trueno horrendo, el tímido ganado se aturde, se dispersa desoyendo del fiel mastín inútiles clamores; se pierde en precipicios espantosos, que más lo apartan del redil querido; y entre tantos horrores vagan, tiemblan, caen confundidos ganados y mastines y pastores.	130 135	Mayor afán, agitación, tumulto reina en el bando opuesto. Armas les da el furor; la ambición ciega constancia... obstinación. ¡Cuán impotente dio voces la razón!... Y en vano el cielo los aterra con signos portentosos. Nocturnas sombras vagan por el suelo exhalando alaridos lastimosos; rayos sanguíneos las tinieblas aran en pálido fulgor; y por la noche sones terribles de uno al otro extremo de la espantosa bóveda se oyeron: se hiende el monte, el huracán estalla, y es todo el aire un campo de batalla.
Oyó la voz doliente de la patria su siempre fiel guerrero; y desnudando el invencible acero, se avanza; y los valientes capitanes en cien lides gloriosos lo rodean, y dar paz a la patria o morir firmes sobre la cruz de sus espadas juran...	140 145	Y en medio de la pompa más solemne las imágenes santas derribadas, ¡qué horror! del alto pedestal cayeron del incienso sacrílego indignadas. ¿Veis allá lejos ominosa nube ondeando en polvo de revuelta arena, que densa se derrama y lenta sube?... Allí está Miñarica. La Discordia allí sus haces crédulas ordena: las convoca, las cuenta, las inflama... las inflama... después las desenfrena.
Él habla: y a su acento todo en torno es acción y movimiento. Armas, tormentos bélicos... y cuanto elemento de guerra y de victoria da el suelo, forma el arte, el genio crea se apresta, o aparece por encanto. Gime el yunque, la fragua centellea, brotan naves el mar, tropas la tierra... Aquí y allí la juventud se adiestra a la terrible y desigual palestra...	150 155	Flores vuela al encuentro; y cuando alzada sobre la hostil cerviz resplandecía su espada, reconoce sus hermanos; lejos de sí la arroja, y les ofrece el seno abierto y las inermes manos.

Mas fiera la facción se enorgullece: razón, ruego, amistad y paz desdeña. Triunfa al verse rogada, y en ilusión y en arrogancia crece: que rara vez clemencia generosa el monstruo del furor civil domeña, y aún más los viles pechos excandece.	200	Como rayo entre nube tormentosa serpea fulminando, y veloz huye; vuelve a brillar, la tempestad disipa y su esplendor al cielo restituye; así la espada del invicto Flores por entre los espesos escuadrones va sin ley cierta, brilla... y desaparecen. A los unos aterra su presencia; otros, piedad clamando, se rindieron; y a los que fuertes para huir, huyeron, los alcanzó en su fuga la clemencia.	235 240
Tornó del héroe a relumbrar la espada y ésta fue la señal. Los combatientes con firme paso y exultantes frentes se acometen, se mezclan... De una parte el número y el ímpetu... de la otra arte, valor, serenidad: do quiera furor y sangre... y a las armas sangre, aún más infame que el orín, empaña; y los pendones patrios encontrados rotos y en sangre flotan empapados. Cristados yelmos, miembros palpitantes erizan la campaña... y los troncos humanos se revuelcan, amagan; e impotentes de herir, siquiera insultan mientras los restos de vital aliento entre sus labios macilentos vagan.	210 215 220	Salud, oh claro vencedor. ¡Oh firme brazo, coluna y gloria de la patria! Por ti la asolación, por ti el estruendo bélico cesa, y la inspirada Musa despertó dando arrebatado canto. Por ti la patria el merecido llanto templa al mirar el hecatombe horrendo que es precio de la paz. Por ti recobran su paz los pueblos y su prez las artes; la alma Temis su santo ministerio, su antiguo honor los patrios estandartes, la ley su cetro, libertad su imperio; y las sombras de Guachi desoladas de su afrenta y dolor quedan vengadas.	250 255
Los antiguos amigos, los hermanos se encuentran, se conocen... y se abrazan... con el abrazo de furente saña.	225	Rey de los Andes, la ardua frente inclina, que pasa el vencedor. A nuestras playas dirige el paso victorioso, en tanto que el himno sacro la amistad entona. Y fausta la victoria le destina triunfales pompas en su caro Guayas, y en este canto espléndida corona.	260 265
Ni tregua, ni piedad. ¿Quién me retira de esta escena de horror? Rompe tu lira, doliente Musa mía; y antes deja por siempre sepultada en noche oscura tanta guerra civil, oh, tú no seas quien a la edad futura quiera en durable verso revelarla: que si mengua o escándalo resulta, honra más la verdad quien más la oculta.	230		1835

Notas:

5. En AP, pp. 644-648. La primera edición lleva por título *Oda al general Flores, vencedor de Miñarica*, Guayaquil, Imprenta del M. I. Murillo, 1835 (folleto rarísimo). Olmedo vio esta oda reimpressa dos veces, en las dos ediciones de los versos del general Flores: *Ocios poéticos del general Flores y una oda en su obsequio por J. J. Olmedo*, Quito, Imprenta de A. Appert, 1842, y con el mismo título: París, Imprenta de A. Appert, 1846. | «Respecto de los textos posteriores no se hallan sino dos variantes

insignificantes. En la p. 2: <Quedó en lento deliquio adormecida>, en vez de: *Queda*; y en la p. 5: <En cien lides gloriosas lo rodean>, en vez de: *le* rodean.» Espinosa Pólit, 1945, p. 408.] «La Batalla de Miñarica se dio el 18 de enero de 1835, mas aunque a los pocos días hubo de tener noticia de ella Olmedo, la conmoción poética, la génesis del Canto no sobrevino sino unos dos meses después.» Espinosa Pólit, 1945, pp. 406-407.

v. 40. [*N. del a.*] Alusión al vaticinio del inca –a la victoria de Ayacucho– y al himno de las vírgenes del Sol en el «Canto de Junín».

v. 53. [*N. del a.*] Alusión a la guerra de 1829, entre dos repúblicas hermanas y vecinas, terminada felizmente por el valor y genio del general Flores.

v. 60. [*N. del a.*] Alusión a la guerra civil que se difundió desde el Perú hasta los extremos de Colombia, de donde provino la disolución de la república.

v. 69. [*N. del a.*] Alusión al nuevo estado del Ecuador, fundado por el general Flores.

v. 73. [*N. del a.*] Alusión a las bellas composiciones poéticas de los señores Bello, Mora y Pardo, hechas en Londres y Lima, culpando el silencio de mi musa, cuando tantos y tan grandes asuntos se han ofrecido a la poesía en estos últimos años.

v. 101. [*N. del a.*] Los facciosos de la Sierra se situaron en las terribles posiciones que ofrece la cordillera de los Andes; y los de Guayaquil, después de expelidos de la ciudad, se refugiaron en la fragata Colombia, en donde no era posible atacarlos.

v. 116. [*N. del a.*] Entre los admirables hechos de esta campaña debe ocupar el primer lugar el portentoso paso del Salado. Los que han visto con sus ojos el terreno se admiran más de una empresa, que habría sido calificada de temeraria, si no hubiese sido coronada por el suceso. La descripción exacta de esta hazaña la haría pasar por inverosímil o fabulosa.

v. 139. [*N. del a.*] Aquí debe insertarse el horroroso cuadro que ofreció en el mismo tiempo la ciudad de Guayaquil, afligida por todas las plagas juntas de la guerra, del hambre y de la peste más desoladora de que hay memoria en este país. La precipitación, con que por las circunstancias se publica esta composición, no ha permitido dar la última pincelada a este cuadro espantoso, que se insertará en otra edición.

v. 143. [*N. del a.*] Es muy sensible no poder hacer mención particular en este canto de los valientes generales, jefes, oficiales y cuerpos que se han distinguido en esa campaña memorable. Cada uno merecía un canto separado.

v. 182. [*N. del a.*] Alusión a los terribles ruidos que alternadamente como grandes tiros de cañón se oyeron por la noche en el mes de enero en los próximos días de la batalla.

v. 186. [*N. del a.*] Alusión a la notable circunstancia de haberse caído la santa imagen del Quinche en la solemne procesión que hizo el gobierno revolucionario de Quito para obtener el triunfo.

6

SONETO

EN LA MUERTE DE MI HERMANA

¡Y eres tú Dios! ¿a quién podré quejarme?
Inebriado en tu gloria y poderío,
¿ver el dolor que me devora impío,
y una mirada de piedad negarme?

Manda alzar otra vez por consolarme
la grave losa del sepulcro frío,
y restituye, oh Dios, al seno mío
la hermana que has querido arrebatarme.

5

Yo no te la pedí. ¡Qué! ¿es por ventura		¿O ya del coro absorto en tu luz pura
creär por destrüir placer divino,	10	te es menos grato el incesante trino?
o es de tanta virtud indigno el suelo?		Dime, ¿faltaba este ángel a tu cielo?

1842

Notas:

6. En AP, p. 648. Sostiene Espinosa Pólit que «Olmedo envió este soneto a Gutiérrez para la edición de Valparaíso, de la *América poética*» (1945, p. 416); sin embargo, lo correcto es afirmar que el mediador fue Felipe Pardo, quien lo adjunta a su correspondencia con estas parcas líneas: «Acompaño a usted el soneto que le ofrecí del señor Olmedo y que deberá insertarse en la *América poética*». Cfr. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 364, 17-12-1846, de Felipe Pardo, Santiago de Chile, a JMG, Valparaíso, p. 79.

v. 6. [N. del a.] Alusión al milagro del Salvador resucitando a Lázaro y restituyéndole a su hermana.

7

TRADUCCIÓN DE LA ODA XIV LIB. I DE HORACIO

¡Oh nave! ¿dónde vas? ¿No te amedrentan		que fue honor de las selvas del Euxino.
las nuevas olas que a la mar te impelen?		¿Y pondrá en vano el tímido piloto
¡Ay! el peligro es cierto.		en la pintada popa su esperanza?...
Torna, torna veloz, ocupa el puerto.		Guarte, nave infeliz. Cada momento
Tu costado de remos ve desnudo,	5	teme ser juego del furioso viento. 20
y ve tu mástil roto		Tú que otro tiempo fuiste
al ímpetu del ábrego sañudo.		inquieto tedio a mi ánimo agitado,
¡Cuál crujen las entenas!		y ahora objeto triste
Sin cables, sin timón la frágil tabla		de mi acerbo pesar y mi cuidado:
resistir podrá apenas	10	huye, bajel querido, 25
los asaltos del mar. No hay vela sana,		del mar embravecido
ni Dios propicio que a tu voz descienda		que entre escollos corriendo peligrosos
y en tu nuevo conflicto te defienda.		de viva roca y de ferviente arena,
No te valdrá tu nombre, ni el ser hija		a seguro naufragio te condena.
del más excelso pino	15	

Notas:

7. En AP, p. 649. Esta obra apareció por primera vez en el *Repertorio Americano* (Londres), t. 1 (1826), pp. 70-71.

FRAGMENTO DEL ANTI-LUCRECIO
(TRADUCCIÓN LIBRE DEL LIB. IX V. 771)

Mas al autor de maravillas tantas, que con poder y con saber profundo formó y gobierna el universo mundo, ¿cómo a tu tribunal osas llamarle, acusarle de error y condenarle?	5	el plan, el fin, las leyes, la armonía, la insensible, fortísima cadena, que en mutua dependencia une los seres, en fin, la perfección, que el hombre ciego, porque no la comprende, la condena.	25
¿En saber, en poder piensas que excedes a aquél, de quien por gracia has recibido lo que eres, lo que vales, lo que puedes; y sin el cual los mismos pensamientos, no pudieras tener que hoy contra él tienes?	10	Así, cuando en un plano confundidas se pintan mil figuras diferentes, ni orden, ni proporción se observa en ellas: aun las partes más bellas sin justa relación a otras unidas mayor deformidad nos aparentan, y líneas que a millares do quier en arcos y ángulos se cruzan el laberinto y confusión aumentan.	30 35
Él es omnipotente; tú eres débil. Él sabio; tú ignorante. Él rico en bienes; tú vil y miserable. ¿Y será más probable que el mundo que tu mano formaría aún más perfecto que el de Dios sería?... ¡Qué insensatez, qué orgullo, qué osadía!	15	Mas luego que en el medio colocares de este caos un óptico cilindro, toda la confusión al punto cesa: porque las partes todas reflectidas en concierto armonioso de formas y colores, los monstruos anteriores transforma con presteza en orden, proporción, gracia y belleza.	40 45
Si del corpóreo lazo desprendida, (¡oh, si así fuese!), allá en la eterna esfera, de la creación el cuadro portentoso en la mente de Dios, tu mente viera; entonces conociera, como en espejo terso, de este grande universo	20		1816

Notas:

8. En AP, pp. 649-650. Tanto este poema como el siguiente fueron remitidos por el mismo Olmedo a JMG en 1846 (cfr. carta cit. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, pp. 85-86 y nota a los vv. 620-622 del «Canto...»). | Espinosa Pólit señala que Olmedo fija en su correspondencia la fecha de ejecución de este encargo: 1824 (no 1816) (1945, p. 376). | El *Anti-Lucrecio* es obra del abate Polignac, poeta latino, publicada en 1749 en 2 tomos.

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ROSA O. DE ZEBALLOS, INSIGNE PROFESORA
DE MÚSICA, Y DE SUS DOS BELLAS PRIMAS

Rosa, que por modestia delicada, en florecer te places rodeada del lindo par de Margarita y Pola, huyendo la vergüenza de ser en gracias y hermosura sola: 5 quién pueda resistir al doble encanto, Rosa, de tu mirar y de tu canto, y en grata calma verte y escucharte; ése, voces tendrá para alabarte. Mas no el que absorto, extático suspira 10 en placer inefable, sin que pueda decir qué siente, ni decir qué admira.	Y en el silencio de la noche, cuando el mentido concierto me desvela, un ángel desprendido del cielo me deslumbra y me revela 20 que la virgen Cecilia, que allá ordena de serafines el ardiente coro, absorta, cuando te oye, y suspendida los celestiales números olvida, de su alto ministerio se distrae 25 y el arpa de oro de sus manos cae.
Yo te escuché una vez, y todo el día en ilusión dulcísima creía sentir y respirar y vivir todo 15 en un plácido ambiente de armonía.	Y cuando de improviso del místico delirio se levanta, nuevas cuerdas aumenta a su instrumento y del Cordero atento 30 en nuevas notas nuevos himnos canta.

Notas:

9. En AP, p. 650. Como se anticipó en la cita previa, este poema fue enviado por Olmedo; el arribo de la carta justo antes de terminar la impresión de sus obras determina que se inserten al final de las mismas (cfr. carta cit. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, pp. 85-86 y nota a los vv. 620-622 del «Canto...»). | ««A las tres Gracias» Esta pieza fue enviada por Olmedo a don Juan María Gutiérrez para su publicación en la *América poética* de 1846 y seguramente fue enviada en la forma en que apareció en aquella colección y ha sido siempre reproducida desde entonces. El manuscrito, del archivo de la familia Pino de Ycaza de Guayaquil, como el del *Himno a Flores* está en parte escrito por Olmedo y en parte es de otra mano desconocida. Contiene una estrofa más, que he creído debía restituirse a su sitio entre el cuadro del principio y el del fin. El nuevo título está en el manuscrito, que consta de una hoja grande de papel azul de 27 cm. por 21,6» Espinosa Pólit, 1945, p. 617.

ORGAZ
Francisco

Don F. Orgaz, nacido en La Habana, pasó a España en 1838 o 39. Dos años después, publicó en Madrid, la primera parte de sus poesías bajo el título *Preludios del arpa*.

Hemos visto el nombré del señor Orgaz al pie de algunos artículos insertos en periódicos literarios de Madrid; pero no conocemos de él otras poesías que las mencionadas: de entre ellas escogemos las siguientes.

1

PRELUDIOS DEL ARPA

Triste cantor de la cubana orilla donde muere en su cuna el pensamiento, donde si el genio enrojecido brilla, es un crimen su noble atrevimiento; ¿cómo elevar mis cantos a la historia de los bardos sublimes de Castilla? ¡Cómo alcanzar un lauro de la gloria de Hartzenbusch, de Espronceda y de Zorrilla!	5	que el pensador apenas se recobra hunde entre el polvo su existencia herida; por eso son mis pálidos bosquejos los preludios de un harpa dolorida, que busca de otro sol a los reflejos un mundo de ambición, otro de vida.	30
Nunca, jamás, mis cánticos queridos suspiros son del corazón lanzados, que al sonoro compás de sus latidos salieron en montón atropellados. Cantos de Cuba son, y allí nacidos en el descanso de sus frescas tardes, tal vez sin gloria están, descoloridos, desnudos de placer, mas no cobardes.	10 15	Y en donde pueda el corazón valiente espacio hallar a su ambición bastante y libre alzar la soberana frente desplegando sus alas de gigante donde se agiten en confusa tropa memorias mil en la inspirada mente, donde en las ruinas de la vieja Europa, recordemos la América naciente.	35 40
Cobardes nunca, que en la patria mía, un sol de fuego nuestras frentes quema, más ardiente que el sol de Andalucía vierte en el pecho agitación suprema. Patria inocente, arroyos de armonía le cantan en mitad del océano, y en cada roca que ilumina el día inspira un pensamiento soberano.	20	Donde esas torres de punzón caladas que restan de los tiempos berberiscos nos recuerden el suelo nunca hollado de los campestres y cubanos riscos, do el arábigo alcázar levantado ve los siglos que duermen en su base, del genio de otro mundo que ha pasado última firma, incomprensible frase.	45
¡Inspiración! inspiración nos sobra campo nos falta, libertad querida,	25	¡Tal vez un tiempo llegará, cantores, en que la sed de gloria que me inspira, podrá arrancarme cánticos mejores que estos preludios de mi torpe lira!	50

Y a la par de los buenos pensadores la voz alzando en la marcial campada siga en pos de los buenos trovadores honor y gloria de la rica España.	55	terrible, sí, como irritado viento que las nubes arrastra en su camino, y como suele el huracán violento bramar por tus campiñas de continuo; al canto arrebatado y turbulento retumbe aún más allá de tu destino.	70
Y tú virgen del sol, Cuba inocente, rico jardín de cañas y palmares, tuyos mis cantos son, mi genio ardiente tuyos serán no más ¡ay mis pesares! Levanta ¡oh patria! la amorosa frente más bella que el cantar de los cantares, ora mi voz escucharás doliente, porque nació mi voz en tus hogares.	60	Retumbe más allá, sí, patria mía, aunque me cueste la esperanza hermosa que revive en mi loca fantasía de que adorne mis lauros una rosa, que en tus arenas con mi amor crecía, antes tu gloria que la fe amorosa, perdona ¡oh flor! de mi esperanza un día, consagrarse a la patria es ley forzosa.	75 80
Mas pronta escucharás mi ronco acento alzarse entre el inmenso torbellino,	65		

Notas:

1. En AP, pp. 651-652. Existe, efectivamente, un volumen titulado *Preludios del arpa* (Madrid, Boix, 1841); no pude, con todo, dar con ninguno de sus ejemplares.

2

UN RECUERDO A MI PATRIA

Dulces memorias de la patria mía, henchid de amores mi abrasada frente, que ardiente el labio de placer sonría cuando crucéis por mi agitada mente; que en vano luce el luminar del día para el que llora de su patria ausente, si ha de mirar en el extraño suelo sin luz la vida, sin color el cielo.	5	se extienden en inmensa muchedumbre abrumando el pensar de los poetas; llevadme a la encendida y regia lumbre que enrojece al pasar nuestras arenas, y allí calmad mis tormentosas penas.	20
Porque la luz que encanta nuestra vida es la que vemos en la dulce cuna, del inocente amor tierna querida, más bella y más hermosa que ninguna; y a nuestra gloria sin cesar unida sin esa luz, ni es bella la fortuna, ni son hermosas las más ricas flores ni existen glorias, ni ambición, ni amores.	10	Que en vano torno la incansable vista por este mundo de vivir cansado, si apenas comentar puedo en su lista la historia de los siglos que han pasado. Cada línea nos muestra una conquista, cada pueblo un gigante destrozado, cada grano de arena una memoria, y donde quiera una gigante gloria.	25 30
Venid, memorias, revolando inquietas llevad mi mente a la frondosa cumbre de esas montañas que en el mar sujetas	15	Y el corazón, el corazón vacío de admiración y luz se llena en tanto, mas, ¡ay! le falta del paterno río aquel susurro indefinible y santo. Todo es hermoso aquí mas nada es mío, mío es, ¡oh patria! tu amoroso encanto	35

como es tuyo no más mi pensamiento y tuya la expresión del sentimiento.		
Bellos son estos ricos mausoleos que el polvo encierran de la antigua Europa, y bellos los magníficos trofeos que alza en España su guerrera tropa. Y si no hay en sus viejos Pirineos de árbol frondoso la empinada copa, allí a los gritos de exterminio y guerra cayó el imperio del francés por tierra.	40 45	Ardiente el sol tus campos ilumina, bello el pájaro canta en la alameda, y al eco dulce de su voz divina corre la brisa por tus campos leda. Sobre tu seno virginal germina sin la industria del hombre la arboleda, y al terrible rugir del océano alza la frente el trovador cubano.
¡Dónde no extiende el viajador su planta que no huelle antiquísimos laureles! Cuanto este pueblo en sus amores canta triumfos son del valor de sus donceles. Ya aquí el soberbio torreón no espanta, zegries, mozaráves y gomeles, a la trompa del héroe castellano desparecieron del solar hispano.	50 55	No serán las canciones orientales más gratas que tus suaves cantinelas, ni serán las huríes celestiales más bellas que tus vírgenes morenas, que tus divinos ojos tropicales abrasan al pasar nuestras arenas, cual del árabe negros tus cabellos, y tus ojos más negros, y más bellos.
Todo es hermoso aquí, patria adorada, y todo aquí con majestad se ostenta, de algún templo la cúpula gastada tal vez ignora cuántos siglos cuenta. Y en mil columnas la mezquita alzada a los ojos del mundo se presenta: pero entre tanta cifra misteriosa sólo me acuerdo de mi Cuba hermosa.	60	Flores, frutos y esencias primorosas de jazmines, de lirios y claveles, tienen, ¡oh patria mía! tus hermosas y quintas deliciosas y vergeles; brisas para tus siestas calurosas, para tu blando invierno ricas pieles, y tienen, ¡ay! como más pura esencia la venturosa paz de tu inocencia.
Suave es la brisa en la floresta umbría, ricos los frutos son, bellos los prados, y el blando aroma y de mejor valía brota bajo los cielos celebrados, de la hermosa y feraz Andalucía; pero entre tantos goces decantados yo más quiero tus vegas, que sus viñas, más que sus frutas nuestras dulces piñas.	65 70	El canto de tus bellos ruiñesores halaga blandamente tus festines, y fuentes con variados surtidores bullen, saltan y riegan tus jardines; los ángeles celebran tus amores porque son tus doncellas serafines, en quien el cielo con su fuego inflama del casto amor la pudorosa llama.
Tú no tienes alcázares moriscos, recuerdos de otros tiempos gloriosos, pero puedes alzar sobre tus riscos muros, anfiteatros y colosos, y pirámides, faros y obeliscos más que cuantos brillaron prodigiosos, que el oro se alimenta en tus entrañas y en la sabrosa miel de nuestras cañas.	75 80	Las aguas de tus ricos manantiales brotan eternamente en las praderas, y en tus vegas y hermosos cafetales se extienden los bambúes en hileras; al soplo de las brisas matinales nacen entre rosales tus palmeras, y naranjos y hermosos limoneros, al pie de tus gigantes cocoteros.

Riquísimas también tapicerías
adornan el precioso gabinete,
y del Asia costosas pedrerías
de tus bellas se ven en el retrete;
persianas por cerradas celosías
el humo exhalan del mejor pebete
y en tus salas de mármoles brillantes
ostenta la cubana sus diamantes.

El rojo sol de púrpura teñido
que tus fértiles campos fecundiza
con su disco de fuego enrojecido,
tu faz encantadora diviniza;
edén del universo el más querido
en donde el mismo cielo se electriza,
yo idolatro tu nombre soberano,
aquél que no te adora, no es cubano.

Nada te falta para ser señora,
todo lo tienes en tu mismo suelo,
mas no ha llegado la anhelada hora
de levantar tu venturoso vuelo;
¡oh! si llegase tan brillante aurora,
aunque yo pereciese en mi desvelo
después de verte con triunfantes galas
alzarte libre y desplegar tus alas.

¿Cuándo será que despertando osada 145
de ese letargo que te aduerme impío,
alces la frente de esplendor bañada
con tu inmenso y terrible poderío,
Y el universo ante tu faz airada 150
te conceda el supremo señorío,
que tu brillante porvenir nos pinta
con los vivos colores de su tinta?

¿Cuándo será? ¡los incansables años 130
que se escapan en pos de tu ventura,
te dejan al pasar los desengaños 155
de esa africana servidumbre impura!
¡Oh! no al terrible peso de sus daños
tarde conozcas tu fatal locura,
que si torpes esclavos no tuvieras 135
un pueblo libre y soberano fueras. 160

Mas ¡ay! memorias que llegáis molestas
no atormentéis mi espíritu abatido
con tantas penas por mi mal funestas,
venid con el brillante colorido 140
de mis cubanas y amorosas fiestas, 165
porque mi corazón enardecido
pueda pintar con delicioso canto
de mi cuba infelice el bello encanto.

Madrid, agosto de 1841.

Notas:

2. En AP, pp. 652-654.

3

EL PORVENIR DE CUBA

Hermoso porvenir, dulce esperanza
del genio americano,
que en su incansable pensamiento avanza
hasta rasgar tu misterioso arcano,
yo miro en tus bellísimos colores 5
la paz y la ventura,
que el ángel de los plácidos amores
a nuestros hijos sin cesar augura:
así del fondo de la oculta idea
haces brotar los tonos de mi lira, 10

y el genio se recrea
cuando es tu pensamiento quien le inspira.
Yo te siento vagar sobre el aroma
que exhalan nuestras plácidas florestas
y de la altiva loma 15
subir te miro a las gigantes crestas,
yo te siento venir a la sonrisa
de la brillante aurora,
te escucho susurrar entre la brisa
que temple la estación abrasadora; 20

y en la tarde, en la noche, a cada paso
brillas para mi Cuba en el oriente:
tu prisma refulgente
nunca se oculta en el lejano ocaso.
Yo te miro do quier siempre divino,
ora enjugues las gotas de mi llanto,
ora acalles el negro torbellino
que brama en pos de mí.

Mas si el quebranto
contuvo las indómitas pasiones,
que mi entusiasta corazón rasgaron,
aún me restan tus dulces ilusiones
que los sañudos tiempos respetaron.

Aún vive la esperanza lisonjera
que morirá con la existencia mía,
que hasta en el borde del sepulcro espera
el corazón que en su valor confía.

Por eso en medio de la niebla oscura
el alma en pos del horizonte gira,
y otro horizonte mira
que de la patria el porvenir augura.

Esperanza feliz, rico tesoro,
que fecundiza la inspirada mente;
sublime emanación del solio de oro
del ser omnipotente,
tú no eres ilusión, no, yo te adoro
porque eres la verdad...

¡Vano contento!
¡Fantasma cruel que aumentas el martirio
del que anima en su loco pensamiento
la fiebre abrasadora del delirio!

Pero es tan bella la esperanza hermosa
del patrio suelo, que en la mente fijo,
rodando con la idea borrasca,
siempre un recuerdo va. ¡Patria amorosa
nunca te olvida el corazón de un hijo!

Yo corro en pos del porvenir cubano,
y aunque la fiebre del delirio sea
quien pinte ese fantasma soberano,
lo adora el corazón y lo desea.

Tu porvenir será; y aunque traidora
en torno ruja tempestad sombría,
la calma bienhechora
tornará por sus campos la alegría:
y brillarás como la luz del día
mi dulce patria de la mar señora.

La tierra virgen de tu inmenso llano
verá las trabas del saber deshechas;
del industrioso agricultor la mano
hará brotar de entre el maduro grano
el oro que destilen tus cosechas.
Y aquella yerba que silvestre cubre
cuanto tu seno fértil atesora,
caerá bajo la industria triunfadora,
y en tu fecundo octubre
coronado de cañas y palmares,
fatigarán los dilatados mares
de tus frutos la inmensa pesadumbre.
Ya en pos del industrioso americano
vuelan crujendo las hinchadas lonas,
y el purísimo *habano*
llevará tu renombre soberano
por cuanto abrasan las distantes zonas.

El rico *habano* que en la ardiente arena
de tus campiñas sin cesar germina,
hoja feliz de la abundosa vena
que el abrasante trópico calcina.

Ella enlazada a tu industrial corona
tu porvenir riquísimo refleja,
y en cada sol que tu grandeza abona,
nueva esperanza deja
que la esperanza de tu amor corona.

¿Y yo no escucharé romper tu seno
bajo los golpes de la industria opima?
¿Y no veré tu porvenir sereno
que mi existencia sin cesar anima?

Mas qué importa que muera en la amargura,
si un tiempo de ventura
ha de henchir de riquezas tus campañas,
brotando en medio de tu linfa pura,
entre palmas, cafetos y verdura,
el humor delicioso de tus cañas.

Y bajo el peso del hinchado fruto siempre inclinada la madura espiga, doblada copia pagará en tributo a la dulce fatiga del industrioso labrador; y ufanos al ver el germen de tan rica Antilla, verán también que a sus copiosos granos, no bastará la voladora quilla por más que sobren industriosas manos. ¡Qué ha de bastar, si en medio a esa indolencia donde encierran tu espíritu, cautivo en la preciosa edad de la inocencia, tus frutos sin cultivo te alcanzan a la opulencia! ¡Y a los rayos que el trópico te envía	105 110 115	bañados en purísima fragancia, arroyos de armonía derraman por tus campos la abundancia! Mas ¡ah! que presto llegará el instante que el corazón arrebatado implora, y rica entonces, y feliz, señora, animado el semblante con los colores de tu nueva aurora, libre la industria se alzarán a tus puertas, que de tu seno el manantial fecundo, páginas son al porvenir abiertas para llenar de admiración al mundo.	 120 125

Notas:

3. En AP, pp. 654-656.

PACHECO Y OBES
Melchor

Don M. P. y Obes, natural del Río de la Plata, hijo de un veterano de 1810, sirve en los ejércitos de su patria desde el año de 1825.

Se educó en los colegios de Buenos Aires y Río Janeiro. Perteneció al ejército nacional en la campaña al Brasil mediante los años 25 y 26, y tuvo la fortuna de contarse entre los vencedores de Ituzaingó: éste es el nombre de la batalla gloriosa y final de aquella campaña.

En momentos muy críticos para la República del Uruguay, fue nombrado, en 1842, Comandante General del Departamento de Soriano. Reconcentrados todos los esfuerzos contra la invasión del general Oribe, dentro de las murallas de Montevideo, el señor Pacheco desempeñó con poco común energía, la comandancia general de armas y el Ministerio de la Guerra.

El señor Pacheco estima y cultiva las letras, y ha compuesto muy bellas poesías en sus cortos ocios de campamento: muchas están datadas a las márgenes de los arroyos, y tal vez escritas al abrigo de la sombra de su caballo.

1

EL CEMENTERIO DE ALEGRETE
(EN LA NOCHE)

Los que en las dichas de la vida ufanos, corréis jugando su azarosa senda, ceñidos de fortuna con la venda, que os muestra eternos sus favores vanos.		venid a este salón a que os convida la muerte ornada de su eterna gala.	15
Los que de risas y ventura llenos, orlada en flores la altanera frente, cruzáis por esta rápida corriente que en barca de dolor surcan los buenos.	5	Venid a este salón, a cuya puerta malgrado tocareis en algún día; aquí de los vapores de la orgía vuestra alma libre, se verá despierta.	20
Los que libáis en la nectárea copa de los placeres sus delicias suaves como los trinos de doradas aves, como los besos de una linda boca.	10	¡Y es bueno conocer una posada a que hemos de llegar precisamente, ya se marche en carroza refulgente, ya arrastrando entre zarzas la pisada!	
Volved la espalda a la suntuosa sala, de orgullo y oro y corrupción vestida,		¡Y es útil levantar esas cortinas que la heredad envuelven más preciosa, y del que planta solamente rosas, y del que coge solamente espinas!	25

¡Y es justo contemplar lo que nos queda de todos los regalos que da el mundo, a los que estamos en dolor profundo, y a los que ensalza la voluble rueda!	30	Y si se alza altanero en el momento para albergar vuestro despojo helado; de la humanal prudencia es un legado, que a la soberbia manda el escarmiento.	65
¡Oh! ¡no tardéis los favoritos de ella! Lujo hay también en el palacio helado: cada astro le es un artesón plateado, cada horizonte una columna bella.	35	Y si preces sin fin se oyen en coro a la fulgida luz de mil hachones; es remedar sin fe las oraciones, para pedir a vuestras arcas oro.	70
Allí está el leño redentor del hombre, trono de un Dios y de su sangre lleno; y de esas tumbas en el yerto seno, hay riqueza y poder, beldad y nombre.	40	¿Lo dudáis? Preguntad al prócer fiero que entre mármol y bronce allí reposa, al Cresco que recubre aquella losa, al bravo que aquí duerme con su acero.	75
Todo es sublime como el Dios de todo, y de su lampo la verdad le alumbra. La eternidad en pompa se columbra, sobre humana soberbia que ya es lodo.		¿A dónde está el poder, a dó la gloria que en tanto de la tierra era preciada; dó la opulencia que brilló envidiada; a dónde el himno audaz de la victoria?	80
¡Lodo y no más, dichosos de la tierra, seremos y seréis! ¿Es un consuelo que nos permite compasivo el cielo a los que el templo de fortuna cierra?	45	Todo pasó cual humo disipado, ¡todo pasó! pero quedó el olvido... Y ¿acaso en el sepulcro del mendigo un instante ese bien habrá fallado?	
¡Sí, que en dolor el alma desgarrada al reino de la muerte nos llegamos, y en su espejo infalible divisamos, que gloria, pena, dicha, todo es nada!	50	Ahora... volved a vuestro mundo hermoso, y en medio del festín y sus cantares, incensad de fortuna los altares, envueltos en su brillo esplendoroso.	85
¡Sí que en este lugar se os ve temblando palidecer entre congoja y miedo, y del manto del tiempo el viejo ruedo con mano desesperada asegurando,	55	Adormeceos en sitial dorado de la lisonja al embriagante acento: «Caigan virtud y honor para el contento de quien en noble cetro está apoyado».	90
quisierais detenerle en su carrera que os arrastra tranquila y majestuosa, y al batir de su pié, se abre la fosa que inevitable al término os espera!	60	¡Hollad al débil si piedad os pide y al mísero que gima en vuestra sala, no le deis ni aun las sobras de la gala, que donde quiera vuestra planta mide!	95
Y si de regia pompa precedido llega a esa puerta el ataúd fastuoso; es que el mundo que os fue tan engañoso, os arroja de sí con gran ruido.		¡Alzad la espada sanguinosa y fuerte, que doma al pueblo esclavitud sembrando, y de las leyes el altar pisando, poblad la tierra de orfandad y muerte!	100

¡Que yo, sobre las tumbas recostado,
de vuestras dichas y poder me río;
en la justicia del Señor confío,
que sólo el que la ofende es desgraciado!

Alegrete (Sur del Brasil), junio 5.

Notas:

1. En AP, pp. 657-658.

PANDO
José María de

Don J. M. de Pando nació en Lima en 1787. Educado en el Seminario de Nobles de Madrid, a los quince años de su edad desempeñó ya empleos en varias legaciones del gobierno de España, cerca de algunos estados italianos. Negándose a prestar homenaje a José Napoleón, fue preso en 1809 en una fortaleza de los Alpes.

En 1815 desempeñó la Secretaria de la legación española en el reino de los Países Bajos, y también las funciones de Encargado de Negocios.

Obtuvo en 1818 la plaza de oficial de la primera Secretaria de Estado y poco después, la de Secretario del Rey y la cruz de Carlos III.

Concurrió en 1820 a la redacción del manifiesto de 10 de marzo, y se le nombró Encargado de Negocios y Cónsul general en Lisboa. En 1822 obtuvo el empleo de oficial segundo en la primera Secretaría de Estado, y el de Secretario primero de la legación a París, en cuya capital permaneció hasta las amenazas de invasión de los franceses en la Península.

Cuando ya agonizaba el régimen constitucional de España, fue nombrado Secretario de Estado, en cuyo puesto, que renunció repetidas veces, hizo servicios importantes a dicho régimen.

En junio de 1824 llegó el señor Pando al Perú, en donde el general Bolívar le nombró Ministro de hacienda, y enseguida Ministro Plenipotenciario al Congreso de Panamá.

En 1833, fue Ministro de Estado en la administración del general Gamarra, y luego Administrador general de Correos.

En 1835 volvió el señor Pando a Madrid en busca de una tranquilidad de que no gozó: las inquietudes de la vida pública le trajeron la muerte en 1840, cuando sólo contaba 54 años de edad.

El señor Pando es conocido como escritor por las obras siguientes: *Mercurio Peruano*, periódico publicado en 1827. *Reclamación de los vulnerados derechos de los Hacendados de las provincias litorales del Departamento de Lima*, Lima, 1833. *Pensamientos y apuntes sobre moral y política*, Cádiz, 1837. *Elementos de derecho internacional*, Madrid, 1843.

La *Epístola a Próspero* fue publicada en Lima en 1826, firmada por el autor y acompañada de una corta advertencia en la cual se leen estas palabras. «Me lisonjeo de que Próspero y el Poeta (si me es lícito juntar estos nombres) somos superiores a la sospecha de lisonjeado y de lisonjeador: él por su inmensa gloria, yo, por mi carácter independiente y aun austero».

EPÍSTOLA A PRÓSPERO

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.

¡Guerrero excelso! si benigno atiendes
de un vale a los acentos, no receles
que vil lisonja contamine el verso.
Aunque cabe las moles habitara
que al cielo empinan la soberbia cumbre,
do bajo el brillo de techumbres áureas
a los solios entorno velan siempre
la torpe adulación, la fraude, el dolo;
jamás mi pecho al seductor contagio
se rindió; ni jamás ante las aras
del vicio o del poder ofrecí incienso.
Y cuando aspiro las salubres auras
de Libertad, que soplan desde el Ande
por tu penacho ondeante suscitadas,
¿prostituiré la majestad del plectro,
el honor de mi patria, y tu alto nombre,
con loores serviles? ¡Antes caiga
sobre mi cuello la segur ibera,
y mi nombre se entregue a infamia eterna!

¿Ni qué alabanza a tu sublime esfuerzo
adecuada será? ¿La trompa heroica
celebró nunca tan grandiosos hechos?
¿Qué son de Aquiles la ira, los trabajos
del hijo de Laërte, ni del Lacio
la conquista famosa, comparados
con el tema inmortal que tú presentas?
Medio planeta emancipado; rotas
cadenas de tres siglos, remachadas
por la superstición y el fanatismo;
despedazada la ominosa página
que a los ciegos mortales inculcaba
de *legitimidad* el impío dogma;
y en su lugar profundamente escultos
los derechos del hombre imprescriptibles
que el supremo Hacedor le concediera...
He aquí, Próspero, tu obra portentosa
que aterra al genio que cantarla osase.
Su adamantino escudo la Constancia
ante tu pecho sin cesar tendiera;
y en tres lustros de afanes y combates
tu cuadriga impertérrito hostigando

del Orinoco al Apurima rauda
bajo tus pies la inmensa cordillera
sus cimas aplanó porque sellaras
en Junín y Ayacucho los destinos,
no de América sola, de la tierra. 45

¡Ayacucho, Junín, nombres suaves!
¿Hay corazón tan duro americano
que al recordar los campos venturosos
de gratitud y gozo no palpita? 50 50
¡Oh quién diera a mi voz robusto acento
y a la mente inflamada estro divino
para ensalzar vuestro denuedo heroico
nobles propugnadores de mi patria!
Timbre y orgullo del peruano suelo 55 55
que el férreo hispano yugo quebrantasteis,
¡esforzados campeones! os tributo
de respeto y amor puro homenaje.
Vivid profundamente en la memoria
de todo americano, mientras haya 60 60
virtud y honor en los humanas pechos;
y sobre los sepulcros do descansan
las cenizas ilustres de los mártires
de nuestra independencia, que florezcan,
cabe el alto laurel inmarcesible, 65 65
fragantes violas y purpúreas rosas.

Ya marcial gloria te sació. Victoria
con alas rutilantes, sobre el asta
de la bandera tricolor fíjose;
y desde Tumbes a la cima helada 70 70
de Potosí argentífero: tremolan
los triunfantes pendones que dividen
de albo y rojo matiz tres zonas bellas.
Cual leve arista el aquilón furioso
disipaste las huestes opresoras. 75 75
Asaz, asaz regaste los altares
sacros a Libertad y a la venganza,
con la terrible y necesaria ofrenda
de sangre de tiranos y de esclavos.
Suspende en alto ese fulmíneo brazo 80 80
en acto de amagar. Tan sólo el brillo

de tu terrible espada infunde espanto al déspota sañudo, y al insano fautor de turbulencia. Es tiempo, Próspero, que entorno al lauro que la sien te ciñe 85 —pues con desprecio miras la diadema que con falso esplendor deslumbra al siervo— de dulce oliva rama se entreteja cuyo verdor pacífico presagie próximo fin de nuestra larga angustia. 90	del postrado enemigo hundir la frente: ¡cuánto más bello aún de Jano el templo cerrar las férreas puertas con la diestra que aterró a las falanges orgullosas, fundar de Astrea el reino, y a la sombra 130 de las erguidas palmas de Gradivo dar al pueblo la paz y bienandanza!
Tiende, Señor, tu penetrante vista por esta tierra de dolor, marchita do quiera que la holló la planta impura del insolente godo. Campos yermos, pueblos quemados, huérfanos, viudas, 95 luto, tristeza, lágrimas, silencio, tan sólo advertirás. Crida familia, reducida a indigencia, llora víctimas sacrificadas al orgullo estólido o a la feroz codicia del tirano. 100 Las santas leyes su benigno imperio perdieron. Aflojáronse los lazos que el doméstico hogar hacen tan grato; y estragadas costumbres y egoísmo, la sociedad minando en su cimiento, 105 disolución parece le amenazan.	De tantos que azotaron a la tierra con su loca ambición y sus hazañas de ominoso renombre, ¿qué vestigios 135 el filósofo observa? Soledades formadas por su espada, o bien ruinas de pirámides tristes amasadas con el sudor y lágrimas de esclavos. De luto se reviste, se estremece 140 naturaleza cuando nace un héroe.
¿Quién podrá reparar males tamaños con imparcial tesón, sino tú mismo, amaestrado a la par por las lecciones de adversidad y de filosofía? 110 ¿Quién sofocar podrá del monstruo infando de la anarquía las cien cabezas de hidra sino tu hercúlea respetada mano? Piloto experto fuiste en la borrasca cuando roto el timón, rota la entena, 115 rugían los vientos en discordia horrenda: ora, guía la nave al puerto ansiado, de festones alegres coronada, y la ESPERANZA sobre la alta prora. En tu grande alma, no, caber no puede 120 pensamiento mezquino: aqueste suelo de los incas, salvaste; ¡él es tu patria como la margen del feliz Catuche!	¡Cuán diferente, Próspero, es la gloria noble, pura, inmortal, que te circunda! De la abyección infame de colonos a la alta dignidad de ciudadanos 145 nos levantaste tú, contento sólo con ser de ellos primero; y desdeñando esa púrpura regia, que consume con veneno fatal, cual la funesta dádiva recibida por Alcides 150 del celoso furor de Deyanira.
Bello es triunfar en las sangrientas lides, y bajo el pie del espumante bruto 125	Deja ladrar a la calumnia infame que en todos tiempos vierte su ponzoña sobre la alma virtud. ¿Vivir no quieres 155 en los siglos futuros? pues desprecia ruines clamores, miramientos vanos, acaso ingratitud: tu misión cumple; el duro casco y la coraza arroja; y la cándida toga revistiendo, dócil a inspiraciones de Minerva, 160 sabias, justas, estables, danos LEYES.
	De la inconstante Atenas la discordia, por facciones frenéticas rasgada y el injusto furor del ostracismo, hasta que bajo el yugo de Filipo 165 la altanera cerviz triste humillara, tú nos harás huir. No de la adusta bárbara Esparta ejemplo tomaremos,

ciegamente admirando sus virtudes insociables y atroces. Ni la gloria será que nos deslumbre de los hijos de Quirino feroz, tras cuyas huellas, con torrentes de sangre señaladas, servidumbre espantosa y exterminio al mundo todo enmudecer hicieron: mientras en plebiscitos tumultuarios la agraria ley contaminó los rostros; y allí donde se oyeron los acentos de Tiberio, de Cayo y Marco Tulio, se vio el tremendo tribunal de Sila sobre cráneos de víctimas erguido, y expiró libertad. En vano, en vano César cayó bajo el puñal de Bruto, ella desapareció: que nunca mora entre hombres corrompidos, devorados por vicios torpes y por sed del oro.	170	de ese horrible sendero que condujo perpetuamente a perdición y ruina?	
		¡Oh tierra de Colón! ¡oh patria mía! ¡Si escarmiento fatal no te alecciona, si dañosas y pérfidas doctrinas e hipócritas consejos no rechazas; antes que verte en la carrera odiosa de disensión, de llanto y de licencia mis tristes ojos dura parca cierre!	210 215
	180	Mas no: presagio más risueño invoco. Huésped del cielo, Libertad divina, tu hermoso rostro a este hemisferio vuelves como Palas armada, y sostenida por ti, oh Próspero, su hijo predilecto.	220
	185	Siento inflamarme de un furor fatídico. Del porvenir entre la densa niebla veo tu fama brillar, sublime, inmensa; el río de olvido arrastra tus errores, mas tus grandes virtudes serán rocas al embate del tiempo incontrastables.	225
	190	Piensa con noble orgullo que la América por ti se eleva a colosal grandeza.	
Oh de insensata Galia dura suerte ¿no lo pregonas con terribles ecos? Del humilde tugurio al alto alcázar la segur se paseó con feral pompa sin cansarse jamás: ni edad, ni sexo, ni virtud, ni inocencia, desarmaron la delirante furia demagógica, que ¡igualdad! ¡libertad! gritando siempre a los crudos verdugos aguijaba, hasta que sobre escombros y cadáveres levantó despotismo la audaz frente, y el indignado y oprimido pueblo cual presente del cielo le aclamara.	195	Un día vendrá que la vetusta Europa bajo el peso agobiada de sus crímenes y por la servidumbre degradada, reciba beneficios por injurias. En vez de destrucción y de cadenas llevarán nuestros nietos fuego hermoso de libertad, para encender la antorcha de civilización que se extinguiera.	230 235
Y tú, Iberia infeliz, envuelta en duelos sin consuelo ni término; tú, albergue perenne de dolor y de impericia, que de la teocracia el yugo besas sin saber ni servir ni emanciparte, ¿a los pueblos atónitos no clamas con voz desfalleciente, que se aparten	200	¡Oh! ¡quién lucir os viera, días gloriosos! Anticiparos en la mente férvida hace feliz al vale, a quien devora de humanidad el sacrosanto afecto.	240
	205	Lima, 1826.	

Notas:

1. En AP, pp. 659-663. El poema fue impreso con la siguiente portada: José María de Pando, *Epístola a Próspero*, Lima, Imprenta de la Libertad, por José M. Masías, 1826.
vv. 23-25. [*N. del a.*] Se alude a las tres epopeyas más célebres, la *Iliada*, la *Odisea* y la *Eneida*.
v. 123. [*N. del a.*] Río que baña a Caracas.
v. 131. [*N. del a.*] El dios Marte.

v. 151. [*N. del a.*] Es bien conocida la fábula de la túnica emponzoñada con la sangre de una serpiente, legada por un Centauro a Deyanira como un filtro para recuperar el amor de Hércules. Apenas se vistió éste con ella, sintió el veneno correr por sus venas, y expiró en medio de tormentos.

v. 161. [*N. del a.*] Casi todos los pueblos antiguos confiaron la formación de sus leyes fundamentales a un solo hombre: basta recordar a Minos, Zaleuco, Licurgo, Solón; y entre los modernos a Rousseau y Locke. Las Constituciones formadas por asambleas ofrecen tantos inconvenientes *a priori*, que no corresponde señalarlos en una nota de una epístola poética: pero reflexionemos tan sólo sobre el éxito desgraciado de las varias que abortó la revolución de Francia, de la española, y de muchas de las americanas; y no podremos menos de sospechar algún vicio inherente en el modo de su redacción. Aprovechemos nosotros el don que nos ha hecho la providencia, y pidamos un código adaptado a nuestras delicadas circunstancias, al hombre único, que desnudo de ambición, ilustrado por la experiencia, y anhelante por la gloria pura y desinteresada, posee todos los medios de darnos, como Solón, las mejores leyes políticas que podemos recibir, y, lo que es más, de establecerlas.

v. 172. [*N. del a.*] Los romanos. Tal vez los jóvenes estudiosos de los bellos modelos de la antigüedad tacharán de injustos mis juicios sobre aquellos tres pueblos famosos. Así pensé yo también a los veinte años; pero a los cuarenta se ven los objetos bajo sus verdaderos colores, y se confiesa que el gobierno de Atenas era una ochlocracia monstruosa e inicua, el de Esparta el régimen de un monasterio que se compusiese de iroqueses; y el de Roma, la eterna fluctuación entre dos elementos discordes, sobre la base de la ambición más frenética.

v. 177. [*N. del a.*] Los estudiosos de la historia romana saben que los *rostros* o proas de galeras cartaginesas adornaban la tribuna del Foro.

v. 179. [*N. del a.*] Tiberio y Cayo Graco perecieron a consecuencia de horribles sediciones excitadas por su proposición de la ley agraria, rechazada por los avaros *patricios*.

v. 204. [*N. del a.*] *Neque totam libertatem neque totam servitutem pati possunt.* Tácito.

PARDO Y ALIAGA

Felipe

Don F. Pardo nació en Lima el año de 1806. Hizo sus primeros estudios en aquella capital; pero siendo su padre un magistrado español, creyó éste de su deber el abandonar el Perú y trasladarse a la península.

Con este motivo continuó el señor Pardo sus estudios en Madrid bajo la dirección del señor don Alberto Lista, «ilustre ingenio... a quien mucha parte le cabe en la gloria de casi todos los jóvenes que con tan brillante éxito cultivan en España la bella literatura, y las matemáticas».¹

El señor Lista mostró a su discípulo la amistad y el recuerdo que le conserva, dirigiéndole en 1838, una composición poética, a la cual pertenece la siguiente estrofa:

«Yo recuerdo ¡ay de mí! los bellos días
de tu primera juventud dichosa:
cuando por mí adiestrado le pedías
a Horacio y Newton su laurel y rosa...»

Vuelto al Perú en 1828, concluyó su carrera de abogado, y se consagró a esta profesión, en cuanto se lo permitía el desempeño de varios destinos de importancia, hasta el año de 1835.

Desde esta época la vida del señor Pardo ha estado sujeta a vicisitudes de todo género. Estuvo por entonces en la República de Chile, en clase de Ministro Plenipotenciario del Perú, y encargado cerca de S. M. C. de otra misión igual que no desempeñó.

Se hallaba en Chile, con el carácter indicado, cuando, el mal éxito de las armas del general Salaverry y acontecimientos subsiguientes en el Perú le trajeron expatriaciones y trabajos y, con ellos, una penosa alteradlo en su sistema nervioso de que se resiente todavía. A pesar de ella desempeñó el Ministerio de Relaciones Exteriores hasta la caída del general Vivanco.

Actualmente se halla desempeñando el cargo de Ministro Plenipotenciario del Perú cerca del gobierno de Chile.

El señor Pardo profesa tan particular afición a la poesía, que ha podido dar a ella algunos momentos, a pesar de sus ocupaciones, de sus viajes y de su delicada salud. Ha cultivado varios géneros, en particular el festivo, al cual ha sabido dar cierta dirección social que es muy de agradecersele.

Ha escrito tres comedias de costumbres de su país, dos de las cuales se han representado en Lima. Algo se conoce de él en prosa que le coloca a la altura de los primeros escritores de costumbres en lengua española.

Las poesías que publicamos del señor Pardo están tomadas de varios periódicos, en cuyas colecciones quedan todavía muchas que no hemos podido conseguir.

Notas:

¹ [*N. de JMG*] Ochoa.

1

AL SEÑOR DON J. J. DE OLMEDO

Cortante espada que en feroz contienda abatió vencedora cabezas enemigas, y fue con sus reflejos tan tremenda cual la lumbré del rayo destructora:	5	Atleta corpulento en medio el ancho circo sus colosales miembros ostentaba y su esbelta apostura; y no bien entregaba con soberbio ardimiento	35 40
yazga en quietud eterna sumergida; en negro orín el tiempo envolverá su brillo deslumbrante y su filo tajante; hasta que carcomida,	10	el brazo a la pelea; cuando miraba, al ímpetu violento, a sus pies abatido al más fiero contrario,	 45
al impulso más leve verase en sucio polvo convertida.		en polvo, en sangre y en sudor teñido. Pero ¡ah! ya el eco grato de la gloria su espíritu apocado no enardece, no busca ya el laurel de la victoria,	
Al alazán brioso que no temió erizadas bayonetas de fuertes batallones;	15	el ceño de un contrario lo estremece, a la sangrienta lid el cuerpo niega y al ocio muelle y femenino se entrega. —Descuidado de ti, rauda caminas a igual destino, Olmedo.	50
que por entre los fuegos discurría, con vistosos arcos las manos levantando cual pudiera en festines y torneos; que, ágil, veloz, impávido y fogoso,	20	El fuego inspirador del sacro Apolo, que arrebató la mente a las divinas mansiones del Olimpo, arde en tu alma. Tú conseguiste solo entre los vates del Perú la palma;	55
densas filas rompía, y hollaba con sus plantas mil cuerpos de guerreros expirando; míralo en aquel prado, desgreñada la crin, caído el cuello,	25	ya la suerte llorando de aquel precioso niño que abrió sus ojos a la luz del día, aún atada la patria al yugo de la negra tiranía;	60
por su ingrato jinete ya olvidado. Su casco ayer el encrespado risco y la áspera montaña hería fuerte, y hoy pisa trabajoso blanda tierra. Flaco, débil y mustio,	30	ya en cántico sonoro eternizando el venturoso instante, en que el peruano pabellón triunfante vio derrocar el trono de Fernando. Pero ¡ay! ya sumergido en ocio y en silencio,	65 70
próximo a ser despojo de la muerte, perdió su ardor natío para la cruda guerra, y en la carrera el arrogante brío.			

no los labios desplegas,
ni de tu acorde lira
el eco resonante al aire entregas,
indócil tu albedrío
al elevado numen que te inspira.

Tiempo será, si su favor desdeñas,
que irritado ese numen niegue frío
su inspiración al canto,
y, en heladas cenizas convertida
el ascua engendradora de esa llama
que el corazón te inflama,
no elevarse atrevida
tu voz sonora vuelva
en sublimes canciones;
que verde musgo envuelva
las cuerdas de tu cítara, y no alcances
de tu inútil pulsar otra armonía
que mal ligados sonen.

¿Ya verás imposible que se acerca
ese funesto día,
—así a tus compatriotas doloroso
como a ti vergonzoso—,
en que perdido el sacro privilegio,
que a regiones más altas te sublima,
entre el profano vulgo te confundas?
¿Tal vez tu blando corazón herido
por el punzante arpón de los pesares
no puede complacido
darse a dulces cantares?
Tal vez ausente de tu cara esposa
y del único fruto,
que el cielo a tus amores reservara,
ligada noche y día
a tan tiernos objetos,
huye al poder del Dios tu fantasía?
¡Ah! no: bien sabes, inspirado vate,
que cual suele apacible ventolina
disipar tempestuosos nubarrones,
tal la influencia divina
de las musas, al alma pesarosa
consuela tierna amiga,

con habla cariñosa,
y la amargura del dolor mitiga.

- ¿Falta acaso a tu lira asunto digno?
75 ¿No puedes dar lecciones 115
de paz y de grandeza
a este libre hemisferio,
elevados ejemplos presentando
de otras libres naciones?
¿No ves hondo venero de belleza 120
entre los fastos del antiguo imperio?
¿Lamentar no te es dado los horrores
de la feroz conquista,
cuando —por cimentar el poder regio
de lejanos señores 125
acá en nuestras comarcas—,
85 cometieron el torpe sacrilegio
los ministros del fiero despotismo,
de hacer correr la sangre de los incas
mezclada con el agua del bautismo? 125
- 90 O bien, ¿por qué las mieles destilando
de angelical dulzura,
que la amabilidad puso en tu pecho,
por qué no ensalzas con acento blando
de nuestros ricos campos la hermosura, 130
95 y en recompensa digna
del afecto que de ellas merecieras,
por qué el gentil donaire y la ternura
no celebras, cantor, de las hermosas
que habitan estas playas, 135
100 y de las que desplegan sus encantos
allá en las deleitosas
fructíferas praderas
que fertiliza el abundante Guayas?
Tan culpable inacción destierra, oh vate: 140
105 al mágico poder de tu armonía,
has que mi pecho ufano se dilate.
Canta: y el padre del Perú, bondoso
al canto sonoro,
desde su solio diamantino ría; 145
110 canta, y mi numen inexperto guía.

Notas:

1. En AP, pp. 665-666.

A MI LEVITA
LETRILLA

(IMITACIÓN DE BÉRANGER)

A nuestra amistad sé fiel,
mi levita idolatrada.

En ambos deja estampada
Su huella el tiempo cruel.

Diez años yo con mis manos
te he cepillado leal,
sin dejar que otros profanos
pongan el cepillo en ti.
¿Y me pagarás tan mal
que te separes de mí?

En mi santo te estrené.
Mis amigos te cantaron,
y tu hechura celebraron
y tu color de café.
En sus cartas con frecuencia
te renuevan su memoria,
que a pesar de su indignancia
no se olvidaron de ti.
¡Mi único amor y mi gloria!
¡No te separes de mí!

A un sastre francés le di
por ti dos onzas y media,
producto de una comedia
sentimental que escribí.
En las primeras posturas
fuiste en extremo bonita:
mas hoy ya de tus costuras
el pelo fugaz voló.
¿Y aunque estés calva, oh levita,
podré abandonarte yo?

Un año tras otro año
siempre conmigo te viera.
Si acaso la suerte fiera
contra tu raído paño
preparase su furor;

opón la filosofía,
cual la opone tu señor
a su ciego frenesí,
y ¡dulce levita mía!
¡no te separes de mí!

5 ¡Ese zurcido!... ¡Oh recuerdo!
Con Delia una vez jugaba:
me seguía, la burlaba;
me asió del faldón izquierdo
e incauta me lo rasgó.
10 Mas la pobre en todo un día
con la aguja, no quitó
sus bellas manos de tí.
¡Levita del alma mía!
¡No te separes de mí!

15 ¿Te bañé nunca en olores
que un necio galán exhala?
¿Te expuse en una antesala
al gesto de altos señores?
Otro cruces impaciente
20 ansía o bustos de Simón;
y yo flores solamente
en tus ojales prendí.
¡Joya de mi corazón!
¡No te separes de mí!

25 Verás, verás cuán ligeros
vuelan mezclados los días
de llantos y de alegrías,
de soles y de aguaceros.
Yo voy de capa caída,
30 y muy pronto moriré:
entonces tu triste vida
podrás también acabar.
Pero mientras vivo esté,
¿quién nos podrá separar?

35 1830

Notas:

2. En AP, p. 667.

LISTA DE TOROS

LETRILLA

La mejor tarde de toros
el pueblo a gozar se apresta:
que más magnífica fiesta
no hubo en tiempo de los moros.

¿Quién hay que no se alborote,
al ver que en más bello día
no pudo doña María
figurar, ni el monigote?
A tan grande diversión
no hay gente que se resista.
Vamos pronto a la función:
¡muchachos, vendo la lista!

¡Cuánto rostro encantador
llenará el circo anchuroso!
¡Cuánto grito aguardentoso
resonará en derredor!
¡Cuánto necio mozalbete
correrá las galerías,
regando majaderías
donde quiera que se mete!
Todo el mundo irá puntual,
magistrado, oficinista,
negociante y menestral.
¿Quién quiere comprar la lista?

La saya más infeliz,
símbolo de la escasez,
y un manto que de vejez,
no es manto sino tamiz,
presas del tiempo rapaz,
sirven a Tecla de traje.
¿Si adoptará ese ropaje
por recurso o por disfraz?
A todos sale al encuentro:
todos le clavan la vista:
¡si supieran lo que hay dentro!
¡Muchachos, vendo la lista!

Perfumado don Silverio
la retaguardia le pica,
hasta que al lado se aplica.
Ansía sondear el misterio;

y por fruto de su afán
sabe que es fea y que es vieja,
mas sigue siempre a la oreja,
que a buen hambre, no hay mal pan.

5 No será él sólo cortejo, 45
de quien diga esto un cuentista
antes que acabe el despejo.
¿Quién quiere comprar la lista?

10 Ya hay galería tomada. 50
¡Qué broma! ¡qué concurrencia!
Lleva allí doña Clemencia
de niñas una brigada.

Aquel gringo don Daniel,
rojo como un camarón,
15 es quien paga la función. 55
Allá lo verán con él

muy pronto. ¡Bueno es el tal
para aguantar al corista,
al sastre y al colegial!
20 ¡Muchachos, venda la lista! 60

Para ser fiesta cabal
va también doña Rosenda,
que ya era muy reverenda
en los tiempos de Abascal.

25 Su cuerpo es como una lanza; 65
mas, como hay madapolanes,
un chasco a cuatro galanes
a dar por detrás alcanza;

y ¿quién sabe si hace alarde
de lograr una conquista?
30 Mucho hay que ver esta tarde. 70
¿Quién quiere comprar la lista?

Un espumoso alazán
35 rigiendo el brazo siniestro, 75
y recogida en el diestro
la capa en noble ademán,

frente del toril al bruto,
gallardo espera un jinete.
Veloz la fiera acomete:
40 suelta él la capa, y astuto 80

la ondea y burla su saña; hace que otra vez embista, y otra y otra vez lo engaña. <i>¡Muchachos, vendo la lista!</i>			
Al más intrépito arredra el toro sólo al mirar, capaz de despanzurrar al Convidado de piedra. Mas un bravo de buen cuño a pie aguarda cual atleta, y sin más que una pirueta, le mete el hierro basta el puño. Pero ¡ay! un hombre y un potro han muerto: ¿y quién se contrista? Siga la danza y venga otro. <i>¿Quién quiere comprar la lista?</i>	85	con la lanza al toro espera: mas no sabe, al ver la fiera, si es toro o si es avestruz. Ya va ensartado en un cuerno, y ya dos pasos no dista de la puerta del infierno. <i>¿Quién quiere comprar la lista?</i>	115 120
¡La lanzada!... ¡Qué interés, qué vivo entusiasmo inspira! ¡Cómo de aquel cuarto estira el pescuezo don Ginés! Empiezan ya los clamores: llega el lozano campeón, tan indio y tan retacón, como sus antecesores. Aunque alguno en este trance grite «¡la Virgen te asista!» ¿quién pierde por nada el lance? <i>¡Muchachos, vendo la lista!</i>	90	Aquella con su abanico se cubre entrambas mejillas, y por entre las varillas ve al indio entregar el pico. Esa beata se santigua; pero no aparta los ojos. Ese hombre de los anteojos, que parece una estantigua le dice a fray Pantaleón: «¡Padre, por san Juan Bautista, échele la absolución!» <i>¡Muchachos, vendo la lista!</i>	125 130
Bamboleándose se avanza a un sitio el adalid, y va más bravo que un Cid con todo pisco en la panza. Se hace primero la cruz;	100	¡Oh de cultura portento y del ingenio primores! De estos lances, y aún mejores hemos de tener un ciento. Ya desde ahora se avisa que habrá escenas muy chistosas, sangre, muertes y otras cosas que harán perecer de risa. No habrá nadie que denigre esta tarde al asentista, pues cada toro es un tigre. <i>¿Quién quiere comprar la lista?</i>	135 140
	105		
	110		
	1833		

Notas:

3. En AP, pp. 668-669.

v. 112. En este puerto del Perú se fabrica el aguardiente llamado también *pisco*.

LOS PARAÍOSOS DE SEMPRONIO

LETRILLA

«Si yo fuera presidente, ¡bello el país estaría! ¡Ah! ¡cómo se elevaría prontamente, hasta un grado incomprensible de prosperidad y gloria! No afearan nuestra historia de la horrible anarquía los pendones, que trastorna las naciones, y desgarrar.» <i>Otra cosa es con guitarra.</i>		con mi política unidos todos al bien marcharán, y ya no se agitarán los partidos.	
	5	¿Quién, mandando yo, alborota? ¿Quién no es sincero patriota? ¿Quién desbarra?» <i>Otra cosa es con guitarra.</i>	45
	10	«¿Qué obstáculo habrá que impida hacer mejoras a miles; formar códigos civiles; dar la vida a la agonizante hacienda, honra a la literatura;	50
«Cuanto en los libros se ensarta sobre romanas escenas, cuanto se admira de Atenas y de Esparta, cuanto hablan autores ciento de públicas libertades, no fuera en estas edades puro cuento, si los destinos quisieran que los peruanos cayeran en mi garra.» <i>Otra cosa es con guitarra.</i>	15	y lograr que la cultura tal se extienda, (no son éstas paradojas) cual suelen las verdes hojas de la parra?	55
	20	Otra cosa es con guitarra.	60
		«Irán siempre en su trabajo las oficinas corrientes, aunque lluevan expedientes a destajo.	
«Dicta el congreso una ley: en cumplirla seré activo; pues yo soy ejecutivo, no soy rey. Arruina al país quien la invoque; no importa: tieso que tieso, hasta que en otro congreso se revoque. Huirá el desorden maldito como se borra lo escrito en pizarra.» <i>Otra cosa es con guitarra.</i>	25	Haré salir de sus ocios a la turba de empleados, que a jefes poco versados en negocios, confunde, ahoga, impaciente,	65
	30	sofoca, aburre, atormenta y achicharra.» <i>Otra cosa es con guitarra.</i>	70
	35	«Quien de su deber se aparta, quien la opinión atropella, quien con pie atrevido huella nuestra carta, creará mil Marcos Brutos. Los periódicos, las leyes, el pueblo, serán mis reyes,	75
«Se encerrarán los poderes dentro de un límite eterno; y no hablarán de gobierno las mujeres:	40	absolutos.	80

Y con tan sanos intentos, ¿Quién me hace pronunciamientos? ¿quién me amarra? <i>Otra cosa es con guitarra.</i>		Sempronio, tus intenciones son patrióticas, honrosas; pero no pasan de hermosas ilusiones:	100
«Si de esta administración cuatro años el Perú alcanza, será de la bienandanza la mansión.	85	manda, y lucha con la inopia de intrigantes ambiciosos, egoístas, perezosos con la copia;	
Y cuando haya terminado de mi gobierno el período, en regla dejaré todo: al estado sin disensiones crüentas; a las cámaras contentas y a la barra.»	90	y dirás (hago una apuesta), «Otra vez para esta fiesta, ¿quién me agarra?» <i>¡Vaya al diablo la guitarra!</i>	105
<i>Otra cosa es con guitarra.</i>	95	1833	

Notas:

4. En AP, pp. 670-671.

5

¡QUÉ GUAPO CHICO!

LETRILLA

¡Dios me bendijo! No hay duda en ello, dándome un hijo, mozo tan bello. ¡Cuánta esperanza da su crianza! Aunque mi caja con él camina a su ruina, con tal alhaja me juzgo rico. <i>¡Qué guapo chico!</i>	5	hartas nociones, solo pasea y sanganea, por más sermones que le predico. <i>¡Qué guapo chico!</i>	20
El asombro era de su colegio con su mollera de privilegio. Ya que ha salido de él y adquirido	10 15	Disputa, chilla, nos hace bulla, su tarabilla nos aturrulla. Si con cariño le digo: «niño, por Dios, no grites», echa dilemas, y echa entimemas, y echa sorites, por ese pico. <i>¡Qué guapo chico!</i>	25 30 35

A mí me asombra la algarabía de lo que él nombra filosofía.	40	Mas, dados, banca y gallos juega; con mano franca; y más despliega en estas cosas,	65
Pido razones y explicaciones claras y serias; y en sus respuestas me dice, que éstas	45	sus portentosas disposiciones, que en las ligeras y pasajeras ocupaciones	70
para un borríco. <i>¡Qué guapo chico!</i>		a que lo aplico. <i>¡Qué guapo chico!</i>	
Siguió de historia, para ejercicio	50	Si le amonesto, se enciende en furia, porque más que esto	75
de la memoria con que propicio le dotó el cielo, con gran desvelo curso completo.	55	nada le injuria. Tales enojos brotan sus ojos, que me acobarda.	
Justo es le alabe: lo mismo sabe de Hugo Capeto que de Alarico.		Yo cayo al punto como un difunto...	80
<i>¡Qué guapo chico!</i>	60	<i>¡Buena me aguarda si le replico!</i> <i>¡Qué guapo chico!</i>	

1834

Notas:

5. En AP, pp. 671-672.

6

LA HAMBRE

LETRILLA

Congreso, ataques de imprenta libre, y otros achaques de este calibre, con sus ribetes	5	cada momento más cari-enjuto. Ya, ¡si alborota si escribe y chilla, si nunca agota	15
de gabinetes, soberanías y garantías, a don Canuto tienen –no es cuento–	10	su tarabilla! ¡Si vierte insano contra el tirano atroz veneno de que está lleno!...	20

Mas ¿qué le impele a dar los diarios estrafalarios, con que nos muele? ¿Tantos dislates, de disparates tal embolismo, tan vasto enjambre, es patriotismo? —No señor: hambre.	25 30	y gritadores, que otro camino sigan con tino. Orondo y serio va por albricias de mil noticias al ministerio. Lleva registro de espionaje: sirve al ministro mejor que un paje. Hasta le saca de la casaca, las pelusillas. ¡Qué maravillas hace! A montones, A manos llenas, a su mecenas adulaciones sagaces obla. Ante él se dobla, dócil, flexible, como un alambre. ¡Oh irresistible poder del hambre!	70 75 80 85 90
Pintiparado don Amadeo, acartonado pálido y feo, seco el gáznate con el debate que en la tribuna, con importuna vocinglería, sostuvo terco, y roto, y puerco, y hecho una arpía; hace muy poco se presentaba. Mas no está loco ya como estaba; ya en el congreso no pierde el seso; al alboroto puso ya coto; viste con gusto y con aseo. Hasta le veo gordo y robusto, que no se sabe ya cómo cabe tan bella alhaja en su corambre... —Ya sacó raja. Ya mato el hambre.	35 40 45 50 55 60	Mas nunca el ojo ni un dedo dista de un buen anteojo de larga vista. ¡Qué vigilancia! Ver a distancia con eso puede al que sucede. ¿Su personaje cayó de bruces? Le hace tres cruces, y feliz viaje; nuevo astro raya; vuelve a él los ojos: es atalaya de sus antojos; los examina; los adivina; los mide atento, y —este portentoso fuerza es que asombre—	95 100 105 110
Mas don Mauricio, grave y sesudo, no abraza oficio tan peliagudo. Deja a censores	65		

ni dos cabellos discrepa de ellos. ¡Qué tino de hombre tan soberano!	115	rompa el estambre? —Sí, hay pudor; pero más es el hambre.	150
Ni el meridiano con más certeza midió Delambre. ¡Tal agudeza le ha dado el hambre!	120	¡Ah! sé en prolijas censuras parco, y no te erijas en Aristarco. Deja que adulen y que acumulen torpes bajezas sobre vilezas. Deja que griten, —tienen derecho—	155
Deja que clame: ¡oh atroz vestiglo del vicio infame! ¡Oh mundo! ¡Oh siglo! Escuchando esto dijo Modesto ¿Son las edades de iniquidades que Horacio llama «Fecunda culpæ»? ¿Hay quién disculpe tanta vil trama, tanta impostura, tanta bajeza?	125	y en su provecho se desgañiten. Modesto, ceja de esos impulsos: que escriban deja poemas insulsos, tristes cuartetas, tantos poetas adocenados y desalmados:	160
¡Qué! ¿no hay fe pura ya, ni nobleza entre los hombres? ¿Hasta sus nombres se han sumergido en negro olvido?	130	que escriban deja poemas insulsos, tristes cuartetas, tantos poetas adocenados y desalmados:	165
¿No hay pudor santo, que antes que abrigo dé el pecho amigo a crimen tanto, sin indulgencia de la existencia, con fuerte acero	135	y, en Franco y Galo, a los histriones, de traducciones hagan regalo; Aunque con tales dramas bestiales terciana cobres, y hasta calambre. ¿Qué harán los pobres Si tienen hambre?	170
	140		175
	145		180
		1834	

Notas:

6. En AP, pp. 672-674.

EL MINISTRO Y EL ASPIRANTE

LETRILLA

«No es posible estar mejor: el amor al orden cunde, la hacienda va de primor, y la instrucción se difunde. Gobierno tan bienhechor forzoso será que funde la gloria de este hemisferio.» <i>Éste ocupa un ministerio.</i>	juzgar dignos de impropio?» Éste ocupa un ministerio.	40
«Esto se lo lleva el diablo: el desorden que se nota no lo ataja ni san Pablo: la hacienda está en bancarrota, y, o no sé yo lo que hablo, o hace este gobierno idiota del país un cementerio.» <i>Éste quiere un ministerio.</i>	5 «Vilmente hollando la ley ¿a quién dejarán de herir? Peor que en tiempo del rey va el estado, en mi sentir: cada prefecto es un dey cada ministro un visir: todo es tapujo y misterio.» 10 <i>Éste quiere un ministerio.</i>	45
«¡Cuánto complace el que sean premiadas hoy las virtudes! ¡Cuánto ver que sólo emplean a hombres de honor y aptitudes! ¡Cuánto que su fin ya vean nuestras largas inquietudes de la ley bajo el imperio!» <i>Éste ocupa un ministerio.</i>	15 «Si del poder se ensancharan los límites, ¡ay! entonces mucho se facilitarían de esta máquina los gonces: proyectos se ejecutarán dignos de grabarse en bronce, y algo se hiciera más serio.» 55 <i>Éste ocupa un ministerio.</i>	50
«¡Da horror ver en su apogeo a viciosos disolutos y que no se da un empleo sino a pícaros y a brutos! La nación es el recreo de estos dueños absolutos. ¿Quién sufre tal cautiverio?» <i>Éste quiere un ministerio.</i>	20 «Se anhela por una inmensa libertad en los negocios, y a este fin gime la prensa bajo el ministro y sus socios. ¿Quiérenla aún más extensa para entretener sus ocios? 25 ¡Oh vergüenza! ¡oh vituperio!» <i>Éste quiere un ministerio.</i>	60
«El mandarín más adusto ve en el pueblo a sus iguales, y gobierna franco y justo con afectos paternos. ¿Y habrá censor tan injusto que pueda manejos tales	30 «Más bienandanza cabal no tendrá la patria mía mientras la imprenta fatal no vea su último día, y se agote el manantial de calumnia, de osadía de impudencia y de dicerio.» 35 <i>Éste ocupa un ministerio.</i>	65
	«No hay libertad de opinión: por la imprenta no hay ataques. Que esperen la extremaunción los que se metan a jaques	70 75

contra cualquiera mandón.
 ¿Piensan estos badulaques
 que es la nación monasterio?»
Éste quiere un ministerio.

80

ni ambiciono administrar,
 puedo, si el alma registro
 de cada hombre, penetrar
 que el que quiere ser ministro
 no usa del mismo criterio
que el que ocupa un ministerio.

85

Sin oír este charlar
 eterno, aunque no administro

1834

Notas:

7. En AP, pp. 674-675.

8

EL DÍA DE LOS ELOGIOS

LETRILLA

Don Canuto es presa
 ya de muerte cruda,
 y deja a su viuda,
 (¿hay dicha como esa?)
 catorce muchachos
 entre hembras y machos,
 amén de infinitos
 que tuvo fortuitos.
 Sin embargo, el hombre
 hoy goza del nombre
 menos disoluto
 que se halla en la historia.
¡Pobre don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

5

10

Metódico, activo,
 dicen que fue el hombre:
 no hay quien no se asombre
 mirando su archivo:
 entre la basura
 se halló una escritura.
 Pareció otra rota
 dentro de una bota;
 y eran sus gavetas,
 armarios, secretas,
 caos absoluto,
 zarzal, pepitoria.
¡Pobre don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

30

35

40

De viuda y pimpollos
 ha sido la herencia
 fatal indigencia,
 discordias y embrollos,
 insolutos cargos,
 procesos, embargos.
 Menores y viejas
 por trampas añejas
 saltaron al quinto.
 Con todo, el difunta
 merece el tributo
 de honrada memoria.
¡Pobre don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

15

20

25

«¡Pobre! ¡y buena estampa!»
 exclama la gente.
 «¡Figura excelente!»
 ¿Figura? ¡ya escampa!
 y el tal fue bisojo,
 y a más de esto, cojo;
 y a más su joroba
 pesaba una arroba,
 y a más por narices
 (hay hombres felices)
 cupo al rostro enjuto
 atroz zanahoria.
¡Pobre don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

45

50

55

«¡Qué pasta! ¡qué porte!
 ¡Qué genio tan mole!
 ¡Qué amor merecicole
 su tierna consorte!» 60
 Sí, merecería;
 que de él recibía
 por requiebros tiernos
 pelucas y ternos,
 lapos por abrazos, 65
 por mimos trancazos.
 ¡Qué ropa de luto
 tan consolatoria!
¡Pobre don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria! 70

«¡Y qué grande suma
 de conocimientos!
 ¡Brillantes talentos!
 ¡Magnífica pluma,
 clara, vigorosa. 75
 en verso y en prosa
 en todo era experto.»
 ¡Lo que es haber muerto!
 Jamás en la vasta
 cuadrúpeda casta, 80
 se vio mayor bruto
 dar vuelta a una noria.
¡Pobre don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

1834

Notas:

8. En AP, pp. 676-677.

9

EL MINISTRO

LETRILLA

Señor ministro,
 sabe vucencia
 cómo administro
 con qué vehemencia,
 con qué desvelo 5
 defiando y celo;
 con qué servicios
 libro de engaños
 y desperdicios,
 hace doce años 10
 y cuatro meses
 los intereses
 que a mis cuidados
 encomendados
 el fisco tiene. 15
 —¿Y eso a qué viene?

Excelentísimo
 señor, a pelo:
 que es ya grandísimo
 mi desconsuelo. 20

Yo por mi parte
 conozco el arte
 de hacer con sana
 filosofía
 menos tirana 25
 la suerte mía.
 Mas ¿mi familia
 quién me la auxilia?
 De diez mesadas
 que hay atrasadas 30
 ni una he cobrado.
 —*Quedo enterado.*

Bien: mas espero
 que, ya que he escrito
 este ligero 35
 memorialito,
 quiera vucencia,
 con indulgencia
 pasar la vista
 por sus renglones, 40

y ver la lista de las razones que pongo en claro. Yo aguardo amparo del hombre recto, a cuyo aspecto mi frente agacho. — <i>Hoy no hay despacho.</i>	45	se satisfaga. — <i>Hoy no se paga.</i>	
Pues de agonía me hallo hoy más hartó. La esposa mía con sobreparto queda y con tisis; mi hija en la crisis de un mal que aumenta mis infortunios, y la atormenta los novilunios; otro chiquillo con tabardillo. ¿Qué he de llevarles? No hay cómo darles ni una tisana. — <i>Vuelva mañana.</i>	50 55 60	De añadidura, temo un embargo: esto ya apura. De penas largo es el resumen, señor: consumen mis sinsabores el diccionario, mis acreedores el calendario. Lea el escrito ¡por san Benito! Que expongo todo en él de un modo breve y exacto. — <i>Vérel el extracto.</i>	80 85 90
Mire vucencia que no da esperas ya mi indigencia. Las lastimeras exposiciones con que distraigo sus atenciones, muerto me caigo si son fingidas. Bien atendidas sean suplico, y un corto pico	65 70 75	¡Si el expediente ya está completo! ¡Si no hay pendiente más que un decreto! ¡Tenga vucencia de mí clemencia. Tal vez le aburro con mi desgracia; mas ¿dónde ocurro sino a su gracia? ¡Ah! ¡ya una vida tan afligida me causa tedio! ¿No habrá remedio para mi mal? —Vista al fiscal.	95 100 105 110
		1834	

Notas:

9. En AP, pp. 677-678.

QUÉ LÁSTIMA DE MUCHACHOS
LETRILLA

Sus padres a Juan, pimpollo, buscan mujer entre mil, huyendo de plebe vil y de pobreza el escollo.		le jurara, con la indignación más rara le despachaba al instante, hoy ya más tratable mira	45
Eleonora, que aún ignora que atractivos atesora en sus vivos ojos negros	5	sin encono, y facha a facha, al que por ella suspira. <i>¡Qué lástima de muchacha!</i>	
hace a los celosos suegros, con cuna y oro cautivos. Pronto boda: el tiempo vuela. Ya van los dos vivarachos al tálamo de la escuela.	10	Juan, al descubrir su mengua, es natural que la riña. ¡Mas juéguese con la niña que no se muerde la lengua!	50
<i>¡Qué fortuna de muchachos!</i>	15	Arman fiera pelotera, ¡qué insensatos! y se altera ciertos ratos tal la bilis	55
Juan todo su pensamiento pone en la mujer que adora, y la sensible Eleonora da por un halago ciento.	20	de Juan y su hermosa Filis, que se tiran con los platos. La injuria sigue a la injuria, y hasta en torpe dicharacho Juan llega a expresar su furia. <i>¡Qué lástima de muchacho!</i>	60
Mas ya empieza la tibieza del marido. ¡Buena pieza! que aburrido del casorio	25	Ella ya ama una divisa militar, ya engancha un gringo: muda jueves y domingo amantes como camisa.	65
busca otro laboratorio de placer a su sentido. Aunque al principio algo finge, hasta la ley, sin empacho, del pudor después infringe.	30	Y es tan sabia, y su labia tal apresta, que no agravia cuando asesta a un varón	70
<i>¡Qué lástima de muchacho!</i>	35	prosélito de Zenón su envenenada ballesta. Por esto y más que yo sé, ya algún maligno le tacha bien se presume de qué.	75
Eleonora sufre y calla: pero al cabo abre los ojos. Y remedio a sus enojos, en su mismo poder halla.	40	<i>¡Qué lástima de muchacha!</i>	80
Y si esquivia, fiera, altiva, al amante que fe viva y constante			

377

la mano hermosa
no le taladre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Dale paseos,	25
dale jarana,	
dale bureos;	
y en su lozana	
fresca mejilla	
verás cuadrilla	30
de cupidillos	
juguetoncillos,	
que travesean	
y se recrean:	
verás que hermosa	35
risa graciosa	
baña sus labios.	
Empero agravios	
recibe eternos,	
y hasta hecha ternos	40
(tal por la injuria	
se enciende en furia)	
cuando se intenta	
que haga contenta	
alguna cosa	45
que no le cuadre.	
<i>¡Qué niña tan graciosa!</i>	
<i>¡Retrato de su madre!</i>	

Un mozalbete almibarado allí se mete. Tan grande agrado se le acredita, que su visita nunca fenece. ¡Qué! si parece que se entornilla sobre la silla. Con él retoza y se alboroz la damisela que se las pela, y hasta hay de quiños y de cariños canje secreto.	50 55 60 65

de literato más mentecato, hace una alhaja: quiere, agasaja con suaves modos,	115	afable, a todos, y cariñosa, menos al padre. <i>¡Qué niña tan graciosa!</i> <i>¡Retrato de su madre!</i>	120
		1835	

Notas:

11. En AP, pp. 680-681.

12

LA LETRILLA Y LA NOTA

LETRILLA

El infrascrito... Ni al diablo se le ocurre más maldito proyecto... ¿Yo el infrascrito? Por Dios que no sé lo que hablo. Esta charla me acribilla y la paciencia me agota. <i>Mas, fuerza es poner la nota y abandonar la letrilla.</i>	5	¿Cómo la nota?... El registro de la letrilla cerremos, y de una vez empecemos. El infrascrito ministro... La materia es muy sencilla: mas mi caletre se embota <i>y es fuerza poner la nota y abandonar la letrilla.</i>	20
La letrilla, en jugueteón ademán, a otra tarea más dulce me aguijonea. Fácil la imaginación al mirarte se alborota, y la voluntad se humilla... ¿Yo abandonar la letrilla! <i>No; abandonemos la nota.</i>	10 15	Todo ha de tener su turno: ¿para qué tanta eficacia? Hora de la diplomacia cálzome el grave coturno, y mi nota sigo... ¡Idiota! ¿Y en donde vas a seguilla!, <i>¿si has escrito una letrilla en el papel de la nota?</i>	25 30
		1836	

Notas:

12. En AP, p. 681.

¡BUENAS NOCHES!

LETRILLA

Por hoy, amigo, es bastante: ya marea y acribilla escuchar tan incesante tarabilla.		pretende un auto inaudito de injusticia:	35
¡Vamos! ya me rinde el sueño; y temo que aquí trasnoches si no interrumpo tu empeño. <i>¡Buenas noches!</i>	5	¡somos cuerdos cuando viejos... ¡Hijo mío! no derroches, porque... —¿A estas horas consejos? <i>¡Buenas noches!</i>	40
—¡Buenas noches! pero advierte que aún hay que hablar infinito, y vuelvo mañana a verte tempranito. —Está corriente: haz mañana, como hoy ya no me agarroches, lo que más te dé la gana. <i>¡Buenas noches!</i>	10	—Me faltaba lo mejor. Te traigo aquí mis poemas. Has de ser tú mi censor; y no temas me irrite que al criticarme severo te desabroches. —¿Sí acabarás de dejarme? <i>¡Buenas noches!</i>	45
Te hablaré de mi querella con la inconstante Marica, de mi amor con una bella viuda y rica, de sus prendas estimables de su hacienda y de sus coches. —Me hablarás, pero no me hables. <i>¡Buenas noches!</i>	15	No aguardo fallos adversos: hay imágenes, poesía: verás fluidez en los versos y armonía, aunque de algunos vocablos la antigüedad me reproches. —¡Pelmazo! ¡con dos mil diablos! <i>¡Buenas noches!</i>	50
—Agur... Cuando estoy contigo, me embeleso, me deleito... ¡Ah! y no te olvides, amigo, de mi pleito. Temprano ves a los jueces: no en la cama te abizcoches. —Ya me lo has dicho diez veces. <i>¡Buenas noches!</i>	20	—No temo serte importuno... —¿No lo temes? ¿qué tal digas? Me importunas cual ninguno, me atosigas; y no calmará mi enojo mientras tus labios no abroches. O te vas, o me recojo. <i>¡Buenas noches!</i>	55
	25		60
	30		
	1835		
—Ese usurero maldito que tenazmente me enjuicia			

Notas:

13. En AP, p. 682.

PESADO
José Joaquín

En las *Obras sueltas* de don José Luis de Mora, citadas ya en alguna otra parte de esta colección, hallamos la siguiente noticia, relativa al poeta mexicano cuyo nombre se lee arriba: «Don José Joaquín Pesado es nativo de Orizaba e hijo de una familia rica de aquella villa; sus disposiciones naturales por las ciencias morales y políticas, lo mismo que por la literatura, son verdaderamente portentosas; su familia no lo dedicó a la carrera literaria, pero él se formó por sí mismo y por sus solos esfuerzos debidos a su estudio privado, hasta llegar a ser, como lo es, uno de los primeros literatos del país. Pesado escribe en prosa con exactitud, con facilidad y corrección; sus producciones poéticas son acaso las más perfectas que han salido hasta ahora de la pluma de un mexicano. Los principios políticos de este ciudadano son los de progreso rápido y radical, que jamás ha abandonado, pero suave y dulce por carácter, nunca ha pensado insinuarlos ni sostenerlos por castigos u otros medios que tengan el carácter de apremio o violencia. El señor Pesado fue diputado al congreso de Veracruz, bajo la administración Farías; fue también electo para el gobierno del estado, que no aceptó, y hoy vive en México para honor de la república, que a mayor edad debía elevarlo a la primera magistratura, para cuyo desempeño tiene fuerzas y capacidad sobradas. Ciudadanos de esta clase son raros; y la nación que llega a tenerlos debe colocarlos en posición proporcionada a sus talentos y virtudes».¹

Las poesías del señor Pesado aparecieron primero en los periódicos mexicanos y así corrían con aceptación hasta que las reunió su autor, bajo el título de *Poesías originales y traducidas*, en un volumen impreso en México en 1839. Estas poesías están divididas en amorosas, morales y sagradas; comprenden la traducción de muchos salmos y odas de Horacio, y una notable versión del *Cantar de los cantares*; de aquel volumen tomamos las poesías siguientes, a excepción de los sonetos últimos, escritos después de 1839.

Notas:

¹ La cita corresponde, con algunas variantes, a José María Luis Mora, *Obras sueltas*, t. 1, París, Librería de Rosa, 1837, pp. CCXC- CCXCI.

MI AMADA EN LA MISA DE ALBA

I

Puras estrellas del cielo
que en la noche tenebrosa
vais derramando en el suelo,
con vuestra luz misteriosa,
la claridad y el consuelo:

¡qué de veces habéis dado
motivos al pecho mío
para revelar osado
el objeto de un cuidado
que al mudo silencio fío!

Sublime objeto de amor
que la borrasca en bonanza
convierte con su esplendor
y levanta mi esperanza
a otro mundo superior.

Objeto que en sí contiene
el fuego con que me inflama
y en mis entrañas mantiene
con su vivífica llama
el culto puro que tiene.

Cuando apagada la edad
toque con débil barquilla
el mar de la eternidad,
yo saludaré en la orilla
el rayo de su beldad.

Tras una nube ligera
muestra la noche sus galas;
¡ay cielos y quien me diera
ceñir de fuego unas alas
para volar a esa esfera!

Yo sé que sobre esa altura
es el amor más perfecto,
es sin ficción la ternura,
más inocente el afecto
y eterna la paz y holgura.

Unido a la amada mía
visitara esas regiones
donde siempre mora el día,
bañados los corazones
de purísima alegría.

5 ¡Oh estrellas!, si acaso es cierto
que la mano que os produjo
en el espacio desierto,
os dio soberano influjo
sobre este planeta yerto,

10 haced que el benigno sino
que me tocó en nacimiento
me una a este objeto divino
y tenga en mí cumplimiento
el decreto del destino.

15 II

¡Oh tú! que de los cielos producida
destierras de mi seno la amargura
y el desabrido cáliz de mi vida
conviertes en dulzura;

20 astro glorioso, que a mi mente envía
la inspiración de un puro sentimiento,
imagen cara a la memoria mía,
alma del pensamiento;

25 modesta virgen, cuyas formas bellas
el cielo admira, el universo adora,
en cuyos ojos brillan las estrellas
y en tu frente, la aurora;

30 bajo el abrigo de la noche umbría
presente estoy (disculpa mis arrojios)
para gozar del alba antes del día
en tus risueños ojos.

35 Gratas son las esferas estrelladas,
grato en la noche el soplo de la brisa,
pero más tus dulcísimas miradas
y tu hechicera risa.

No dejes a tu amante que suspire
separado del bien que sólo quiere:
permite, ídolo mío, que te mire
y humilde te venera.

Toma el camino del templo,
diversas calles traspone,
pisa las gradas ligera
y bajo el pórtico entrose. 110

Del lecho donde duermes te levanta
y a tu ventana sal, linda doncella:
a darte la alborada se adelanta
mi tímida querella.

75 Como exhalación ardiente
que las densas nieblas rompe
y alumbra por un momento
el aire, el mar y los montes,

III

El lucero matutino
coronaba el horizonte
y de la aurora vecina
despuntaban los albores.

así se mostró en su curso 115
esta aparición veloce:
a sus luces repentinas
desapareció la noche. 80

Las ponderosas campanas
en las elevadas torres
anuncian que viene el día
con repetidos clamores.

Tras sus pisadas camino 120
y llego a la iglesia, donde
arrodillada la miro
en el pavimento, inmóvil. 85

A misa salió mi amada
de sus umbrales entonces,
como la mañana bella
y fresca como las flores.

Los ojos levanta al cielo,
luego en el suelo los pone
y en su semblante reflejan
las llamas de los blandones. 125

90 IV

El recato y la modestia
la van siguiendo conformes;
dos iris lleva en sus cejas
y en sus mejillas, dos soles.

Cuando en el templo postrada
estás ante el Ser inmenso
entre una nube de incienso,
símbolo de la oración, 130
me parece que eres ángel
que al trono de Dios asiste
y que por el hombre triste
intercedes con fervor. 95

Doquier que vuelve la vista
hace que encendidos broten
de sus miradas, deseos
y de sus labios, olores.

La cándida vestidura 135
ciñes tú de la inocencia
y brilla la inteligencia
en tu frente virginal. 100

Un vientecillo ligero
atrevido descompone
de sus profusos cabellos
los rizos puestos en orden.

En tu corazón se ocultan
de amor los puros afectos 140
y en tu mente los conceptos
de la ciencia celestial. 105

Con la mano los sujeta,
dando a sus miradas nobles
tal expresión de dulzura
que conmoviera los bronce.

¡Oh cuánto respeto imprimes:
eres bella, ingenua, pura

y reinas en una altura harto superior a mí! Moradora del emperio (no sé yo cómo te nombre), ¿quién es el hijo del hombre digno de llegar a ti?	145	de la suma inteligencia, pues que cristiano nació: espíritu que me guía en los caminos del mundo y en el piélago profundo norte fijo para mí.	170
Con esas formas divinas que acá en la tierra demuestras das al que te mira muestras de la hermosura eternal: ya sé lo que vale el alma que mis sentidos anima, pues que conoce y estima el precio de tu beldad.	155	¿Qué fuera del globo triste, de espanto y de sombras lleno, si no brillara en su seno tu rayo consolador? Tú disipas los temores, todo el universo alegras y haces sus moradas negras pensil donde reina amor.	175 180
Si gentil hubiera sido, altares te levantara, la rodilla te doblara y fueras mi diosa tú: incienso y flores rendido tributara a tu belleza, emblemas de tu pureza y tu fragante virtud.	160	v ¡Cuándo verán mis ojos aquel día en que dueño feliz de tu hermosura ni el rigor tema de la suerte impía ni que vuele cual sombra mi ventura!	185
Hoy eres a estos mis ojos imagen por excelencia	165	De inmarcesibles rosas coronado, bajo las alas del amor propicio, disfrutaré en tu seno reclinado de todos los tesoros que codicio.	190

Notas:

1. En AP, pp. 683-686; en José Joaquín Pesado, *Poetas originales y traducidas*, México, Ignacio Cumplido, 1839, pp. 21-27.

v. 36. AP: *Unida* (por *Unido*); sigo *Poetas originales*.

2

LA SALIDA AL CAMPO

¿Cómo ocultarte pudieras de mi vista enamorada, si lo que encubren tus ropas tu belleza lo declara?		En mí con rasgos de fuego vives, Elisa, grabada.	
¿Pudiera no conocerte? ¿Cuándo un amante se engaña?	5	Dejaste el traje de seda ornado de punto y gasas y tomaste otro vestido sin la pompa cortesana.	10

Sabe que en oficios rudos
también el amor se agrada
y bajo paños humildes
sus tiernas formas disfraza.

¡Qué gallarda te presentas
hermosísima aldeana!
¡Qué bien cogido el cabello,
trenzado en torno y con gracia!

Las florecillas silvestres,
que en él entretejes y atas,
se muestran envanecidas
de verse allí colocadas.

Y ese chal que en tus hombros
luce con labores varias,
contrasta con el vestido
simple y desnudo de galas.

Vencen en estima y brillo
a las margaritas raras
los abalorios que llevas
a la cándida garganta.

Y la cadena que el pecho
con dobles vueltas te enlaza,
es muestra de la que liga
a tu voluntad las almas.

Nunca en sus amenas sombras
miraron las selvas altas
prodigio, que así pudiese
ser de adoraciones causa.

Ni aun al paganismo ciego
la cazadora Diana
se representó tan bella
por los bosques y montañas.

La pobre choza que habitas
es ya gloriosa morada,
donde la hermosura reina
con nuevos triunfos y palmas.

Mudos y en silencio miran
tu belleza soberana

los labradores con gozo,
con turbación las serranas.

15

Tú de la ciudad trajiste
el amor a las cabañas:
¡cuántos afectos se ocultan
bajo sus techos de paja!

55

¡Cuántos tímidos suspiros!
¡Cuántas amorosas ansias
perturban en estos sitios
la antigua paz que gozaban!

60

Las quejas de los amores
y la voz de la alabanza
entre los bosques resuenan
y en las cimas escarpadas.

25

Vamos a la fuente, Elisa,
oye en las floridas ramas
las aves que en sus gorjeos
deidad del campo te llaman.

65

30

Oye cómo tierna arrulla
la tórtola solitaria,
que del ausente consorte
lamenta ya la tardanza.

70

35

Aman las frondosas vides
y a los árboles se abrazan,
aman las parleras fuentes,
y hasta los peñascos aman.

75

¡Qué mucho si cuanto miras
en vivas llamas abrasas!
¡Hechizo de estas riberas!
¡Incendio de estas comarcas!

80

40

Disfruta de los placeres
con que brinda la campaña
y mientras dure la siesta
goza las templadas auras.

45

El césped te ofrece asiento,
sombra la verde enramada,
fragante aroma las flores
y su frescura las aguas.

85

50

Notas:

2. En AP, pp. 686-687; en *Poesías originales*, pp. 28-30.

3

LA NIÑA MAL CASADA

No así recién casada el rostro esquivo presentes desdeñosa; no así marchita la color de rosa, turbado el fuego de tus ojos vivo muestres aniquilados en un día tres lustros de esperanzas y alegría.		a mi cuello cadenas infelices: fue la codicia que con nuevo empleo la hacha encendió del lúgubre Himeneo.	
La deidad voluptuosa de Citeres desciñó tu cintura; al tálamo te guió y a tu hermosura cubierta de rubor brindó placeres; con risa vio tu frágil resistencia y el velo descorrió de la inocencia.	5	Bañando con mis lágrimas mi lecho me encontrará la aurora, y cuando el sol el occidente dora, herido de dolor verá mi pecho; verame llena de dolor profundo la negra noche cuando cubra el mundo.	25
En estas horas que el esposo amado al mirarte se agita, tus caricias sediento solicita, sin separarse fino de tu lado, ¿olvidando sus nuevos alborozos respondes con lamentos y sollozos?	10	En dulce juventud me veo perdida, mi desamor llorando: nunca a mi pecho estrecharé, gozando, la imagen de mi ser reproducida, pues mi dolor y muertas alegrías	30
«¡Ay, desgraciada! –escucho que me dices–, no fueron los amores los que echaron violentos y traidores	15	abrieron el sepulcro de mis días.» ¡Perezca, entonces dije, el que atrevido a la ambición del oro sacrificó insensible y sin decoro el pudor y el recato desvalido! ¡Ofrezca en él un mísero escarmiento el crudo y vengador remordimiento!	35
	20		40

Notas:

3. En AP, pp. 687; en *Poesías originales*, pp. 40-41.

4

A SILVIA

¿Qué cantaré de ti, gentil doncella, de moreno color, serena frente, candorosa, inocente y humilde a par de bella?	No a ti te concedió naturaleza el color de la rosa y la azucena, ni de soberbia llena desdenes y esquiviza.	5

gozar tus brazos y amarte siempre;
jamás, Elisa, de ellos me apartes.
Los años vuelen y yo a tu lado
premio merezca, que no concede 30
benigno el cielo, si no es felice,
al tierno amante, que cual yo, amare.

Notas:

5. En AP, pp. 688-689; en *Poesías originales*, pp. 60-61.

v. 19. AP: *tálamo* (por *tálamos*); sigo *Poesías originales*.

6

EL SEPULCRO DE MI MADRE

Bajo esta losa fría ¡idolatrada madre! descansan para siempre tus restos venerables;		pidiendo al Ser supremo 25 con ruegos incesantes que en mí sus claras luces benigno derramase.

descansan y mis ojos, que no te ven cual antes, cercados de tinieblas en llanto se deshacen.	5	¡Cuántas veces la aurora te vio en estos umbrales 35 impetrando del cielo favores y piedades!

Estériles mis quejas se pierden en el aire, que nada los lamentos contra la muerte valen;	10	Jamás a lo alto fueron tus súplicas en balde, que era para el Eterno 35 tu valimiento grande.

ni logra el blando ruego que exhala el pecho amante, el que su presa vuelva la tumba inexorable;	15	¡Cuántas miró la noche tus lloros abundantes, como tu amor ardientes y a tu cariño iguales! 40

ni menos a su impulso que dóciles se ablanden, del lúgubre destino las puertas de diamante.	20	Tus flébiles suspiros herían estas naves que hora sordas repiten mis dolorosos ayes.

Llena de anhelo ardiente, rendida orabas antes, en este mismo templo donde hora inmóvil yaces,		Sobre las breves huellas 45 que en pos de ti dejaste, en escuadrón vinieron mil bárbaros pesares;

y alzándose terribles, con fuerza incontrastable lanzaronme a un abismo sobre barquilla frágil.	50	sino sepulcro humilde al pié de los altares, lugar que tantas veces en vida frecuentaste.	
Así, madre querida, desde que tú faltaste, cual náufrago navego en borrascosos mares.	55	En torno las virtudes con cándido ropaje te cercan, encubriendo llorosas el semblante.	85
Encréspanse las olas, silban los huracanes y entre agrupadas nubes rugen las tempestades.	60	Ellas en vela siempre hacen que se te guarde respeto merecido, libre de todo ultraje.	90
Perezco sin remedio, pues que llegó a apagarse la luz que era mi guía en las olas inestables.		Permite que me acerque, que con lágrimas bañe tus restos y en mi auxilio con voz débil te llame.	95
¡Oh si pluguiera al cielo que en tan horrible trance asilo bonancible en tu sepulcro hallase!	65	Deslazado del cuerpo tu espíritu brillante, sobre el empíreo goza delicias inmortales.	100
En él nacen contino provechosas verdades, alivios duraderos, consuelos perdurables.	70	Espléndida diadema te ciñe radiante y en trono de zafiros triumfas de las edades;	
Desde él la llama oculta que en tus cenizas arde, al corazón envía centellas eficaces.	75	contemplando segura, con ojos penetrantes, la ingénita belleza que vida y luz esparce.	105
No rico mausoleo de mármoles y jaspe oprime tus despojos bajo su mole grave,	80	Nunca de mí te olvides; ¡ah! mi dolor te apiade: no porque el cielo habitas dejas ya de ser madre.	110

Notas:

6. En AP, pp. 689-690; en *Poestías originales*, pp. 100-104.

v. 44. AP: *dolosos* (por *dolorosos*); sigo *Poestías originales*.

v. 78. AP: *jaspes* (por *jaspe*); sigo *Poestías originales*.

JERUSALÉN

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.

Salmo LXXXVI, 3.

I

Morada del poder y los honores,
 corte de Dios un día,
 objeto de consuelos y terrores,
 prestigio de mi humilde fantasía;

¡qué de veces, Salén, tus sumas glorias
 a mi mente se ofrecen
 y mezcladas con lúgubres memorias
 entre profundas sombras resplandecen!

Eres claro padrón, que levantado
 puso el dedo divino,
 para marcar al hombre esclavizado
 la libertad que el cielo le previno.

Eres tú, monumento sempiterno,
 eres viva enseñanza
 del amor y bondades del Eterno
 y también de su enojo y su venganza.

¡Quién me diera gozarte y ver al vivo
 en tus altas señales
 las pisadas del tiempo fugitivo
 y de Dios los designios eternos!

¡Oh! si los sacros muros visitara,
 cual pobre peregrino,
 en donde tú, Señor, la lumbré clara
 mostraste ya de tu poder divino;

donde vaticinaron tus profetas
 de tu hijo la venida
 y verdades sublimes y secretas
 mostraron a la tierra oscurecida;

donde se presentara este hijo amado,
 humilde y oprimido,
 de los sabios y grandes despreciado,
 desecho de los hombres y abatido;

en donde derramó propicio y grato
 las luces y el consuelo,
 abriendo con su sangre al hombre ingrato 35
 los supremos alcázares del cielo.

II

5 Pues que una suerte contraria
 en esta tierra me liga,
 encadenando enemiga
 los impulsos de mi amor: 40
 hágate el afecto acaso
 10 tocar lo que yo no veo
 y en las alas del deseo
 alza el vuelo, corazón.

 Junto a la rota muralla 45
 que a Jerusalén circunda,
 en la soledad profunda
 15 el Eterno te hablará;
 allí escuchará benigno
 tus oraciones sencillas; 50
 prodigios y maravillas
 a tus ojos mostrará.

20 No hay para el amor distancia
 ni tampoco inconveniente:
 lo pasado y lo presente 55
 sabe en un punto juntar.

 Paréceme que salvando
 selvas y montañas densas,
 las soledades extensas
 25 y la inmensidad del mar 60

 se presentan a mis ojos
 el monte de las Olivas,
 los estanques de aguas vivas,
 el torrente de Cedrón;
 30 los sepulcros de los reyes, 65
 el santo monte Calvario,

los escombros del santuario
y la colina de Sion.

¡Salve! suelo sacrosanto,
del hombre infeliz abrigo,
de su redención testigo,
sagrario de santidad;
asilo del inocente,
del desgraciado patrono,
de revelaciones trono
y templo de la verdad.

¡Qué hermosas son en tus montes
las plantas del que bendice
a los pueblos y predice
al cautivo libertad!

¡Del que anuncia a las naciones
que ningún opreso gima,
porque el Señor se aproxima
y en el mundo reinará!

III

Felices los que oyeron
¡oh Señor! de tu boca santa y pura
las palabras y vieron
tu modesta hermosura,
gozando tu piedad y tu ternura.

Aquí les enseñabas,
allí de tu poder muestras hacías:
los enfermos sanabas,
la muerte destruías,
en todo, como Dios, resplandecías.

Brindabas a los niños
tu amor; al infelice tus desvelos;
al pobre tus cariños;
al triste tus consuelos;
a todos con la herencia de los cielos.

Y porque tú alumbraste
del hombre las tinieblas y ceguera,
y benigno curaste
de su culpa primera
la horrible llaga, inveterada y fiera;

yaces ¡ay! enclavado
a una cruz, sobre el Gólgota pendiente,
del pecho lastimado
lanzando tristemente
suspiro profundísimo y doliente.

Como trozado lirio
que sufre del agosto los rigores,
yaces con el martirio:
75 cargaste mis errores
y eres varón de penas y dolores.

80 Tus entrañas traspasa 115
el dolor y de tu alma se apodera;
ardiente sed te abrasa;
tu aliento se acelera;
tu corazón se funde como cera.

120

¡Oh pueblo descreído,
sordo a las voces y al ejemplo ciego!
La sangre que has vertido
vendrá sobre ti luego:
tu crimen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre ti fulmina
su rayo vengador, airado el cielo.
La composición divina,
al predecir tu duelo,
lágrimas derramó sobre tu suelo.

IV

95 Cuando aquesta ciudad delincuente 130
se manchó con la sangre del justo,
un acento incesante, robusto,
fatigaba los ecos doquier.

Con proféticas voces revela
los arcanos del tiempo futuro: 135
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
¡Ay de ti, desdichada Salén!»

100 En el aire de sangre teñido
escuadrones de ardientes guerreros
con clarines, banderas, aceros,
discurrir combatiendo se ven.

140

Despeñados después los recibe
en sus senos el báratro oscuro:

«¡Ay del pueblo, del templo, del muro! ¡Ay de ti, desdichada Salén!»	145	Con el tiro postrero que lanza sobre ti la fatal catapulta, al profeta infelice sepulta que el estrago anunciábase fiel.	190
Los levitas oyeron de noche dentro el SANCTA SANCTORUM agosto, de pavor penetrados y susto, pasos de hombres huyendo en tropel: Y una voz que pronuncia: «Salgamos presto, presto del sitio inseguro»: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro! ¡Ay de ti, desdichada Salén!»	150	Y al morir, este acento repite que en el éter divágase puro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro! ¡Ay de ti, desdichada Salén!»	
		v	
El concento del harpa y salterio y los ecos del gozo callaron; los ancianos sus voces alzaron, los mancebos gimieron también; vanos son de la virgen los lloros, es del mago impotente el conjuro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro! ¡Ay de ti, desdichada Salén!»	155	¿Dónde están de la flébil elegía los tristes ecos, el amargo llanto? ¿Dó están, que no acompañan la voz mía en tan duro quebranto?	195
	160	Cayó Sion de su elevado asiento, el Señor la apartó de su memoria, trocó en pena y suspiros su contento, en afrenta su gloria.	200
De furor el romano ceñido a ti viene frenético y ciego; le precede la muerte y el fuego, el espanto le sigue después; y te cerca y te estrecha y te intima su decreto terrífico y duro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro! ¡Ay de ti, desdichada Salén!»	165	Cubrió sombra de muerte su hermosura, negra mancha su cándido decoro, perdió su estima, cual con liga impura pierde su precio el oro.	205
	170	¿Cómo yace desierta y desolada la que un tiempo humilló pueblos enteros! ¿La señora del mundo esclavizada llora sus males fieros!	
Fuertes lazos te cercan de muerte, hambre, espada, dolor te circundan, tus recintos de sangre se inundan, en ti reina mortal palidez; estallando tus puertas dan paso al gentil, al profano, al impuro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro! ¡Ay de ti, desdichada Salén!»	175	Su grandeza y beldad están perdidas, sus calles enlutadas y desiertas, sus torres y murallas derruidas, destrozadas sus puertas.	210
	180	Asentados en tierra sus ancianos sobre ceniza vil, gimen dolientes; sus vírgenes también con lloros vanos humillaron sus frentes.	215
Alza el soplo de la ira divina en tu seno una súbita llama, el incendio voraz se derrama y consume tu vana altivez; toda envuelta en torrentes de fuego, ya no ofreces un punto seguro: «¡Ay del pueblo, del templo, del muro! ¡Ay de ti, desdichada Salén!»	185	Mi vista con el llanto se oscurece al contemplar escenas tan extrañas, mi voz entre sollozos enmudece, se rompen mis entrañas.	220

¡Cómo yace entregada
hoy a letal olvido
la ciudad a quien antes
miró el cielo benigno!

Finó, Solima bella,
tu popular bullicio
y tristeza afrentosa
domina en tu recinto.

Cuando tiende la noche
su manto denegrido,
se cruzan por tus plazas
tristísimos suspiros.

«Cayó Salén», prorrumpen
los ecos adormidos;
«Cayó», también responden
los montes convecinos.

No de Gión la fuente
vierte raudales limpios,
para regar los huertos
de higueras y de olivos;

ora sus aguas turbias,
con lánguido rüido,
se arrastran torpemente
entre zarzas y espinos.

En vano con su acero
quiso el cruzado altivo
reconquistar tu gloria
dándote nuevo brillo.

Sus triunfos se pasaron,
cual pasa el torbellino
que en pos tinieblas deja
y truenos y granizos.

Y vino el agareno,
cual tigre enfurecido,
y te cerró en sus garras
con horribos rugidos.

También el idumeo,
bajando de sus riscos,
dividió por despojos
a tus inermes hijos. 260

225 Llevándose delante,
cual mudos corderillos,
con despiadada vara,
tus vírgenes y niños. 265

230 Sin reyes y sin pueblo,
templo ni sacrificio,
eres de tus contrarios
la presa y el ludibrio.

De los nuevos esposos 270
las voces de cariño
ya no en tu triste espacio
halagan los oídos. 235

Todo es pavor y llanto,
todo es dolor esquivo, 275
¡cuán largo es tu tormento!,
¡cuán duro tu castigo!

240 Cercada de tinieblas,
hundida en un abismo,
jamás te mira el cielo
con ojos compasivos. 280

245 ¡Pobrecilla! agitada
de un mar embravecido,
no hay quien de ti se duela
ni alivie tu martirio. 285

250 Cuando pisa tu suelo
el pobre peregrino,
ultrajes y rigores
participa contigo.

El tirano que ostenta 290
en ti su cetro indigno,
la piedad que te muestran
castiga cual delito. 255

¡Oh, si pudiera acaso
darte yo algún alivio! 295

¡Mas ay, que nada puede
mi canto dolorido!

VII

Con lágrimas amargas contemplaba
aquel funesto estrago y el suspiro
mi lastimado pecho trabajaba, 300

cuando vuelto de un éxtasis me miro,
al resplandor de un fósforo distante,
colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante
allí me trasladó, su diestra fuerte 305
me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte
en polvo la creación y se dilata
el pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata 310
de una parte sus lindes, el Mar Muerto
baña por otra aquella tierra ingrata.

Al extender la vista en el desierto,
de secos esqueletos descarnados 315
el infecundo suelo vi cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,
de sus primeros troncos divididos,
en confuso desorden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos
sensación más interna de amargura 320
ni a compasión mayor fueron movidos.

Entonces se apagó la llama pura
que brillaba serena y esplendente,
y sus alas tendió la noche oscura.

Poseído de horror bajé la frente 325
y al suelo la incliné con triste lloro;
después volviendo el rostro hacia el oriente,

mientras a Dios en mi aflicción imploro,
miro escrito entre luces en el cielo
el nombre de Jehovah con letras de oro. 330

«¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!
—dije con voz rendida y fervorosa—,
¿por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa
entregarás ¡oh Padre! tus hechuras, 335
trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante a compasión las penas duras
a que nacen tus hijos condenados;
no les niegues del todo tu dulzura.»

En esto se agolparon mil nublados 340
y cercaron mis ojos de repente,
dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbación cayó mi mente
y en hondos pensamientos sumergida,
vagaba en lo pasado y lo presente. 345

Una lumbré de lo alto procedida
por la tercera vez brilló a mis ojos,
y una seña de paz esclarecida

disipó de mi pecho los enojos:
un arcángel en medio despedía 350
resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimía
al asentar sus plantas y eclipsaba
con su luz la diadema que ceñía.

Con paso varonil se adelantaba 355
y el profundo cristal del mar undoso
sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetoso,
vestido de una túnica de lino
y en la mano un bastón de oro precioso, 360

reverente a encontrar al ángel vino,
y arrodillado en tierra alzó el semblante
todo arrobado en éxtasis divino.

Mudo permanecía en tal instante; la barba sobre el pecho le bajaba, cruzados ambos brazos por delante.	365	un pueblo entero poderoso alzarse y entre cantos de hosanna con presteza en tribus diferentes congregarse.	400
El cielo de esplendores le bañaba y en posición inmóvil su figura su sombra sobre el suelo proyectaba.		Colocado el profeta a su cabeza, con poderoso esfuerzo lo regía lleno de majestad y de grandeza.	405
El ángel descendiendo de la altura con una ascua vivísima de fuego a sus labios tocó con mano pura;	370	El ángel desde lo alto dirigía su marcha y le indicaba su destino; la tierra se aplanaba y abatía;	
el semblante inclinó radioso luego y en su seno inspiró con sacro aliento un alto y divinal desasosiego.	375	los montes no estorbaban el camino; saltaban de contento los collados; brillaba en lo alto el cielo cristalino;	410
Sobre las alas rápidas del viento alzó otra vez el vuelo presuroso, y allá en las nubes colocó su asiento.		claras fuentes y lagos sosegados, vergeles, huertos, frescas alamedas hallaba a su descanso preparados,	
El anciano salió de su reposo, y de santo fervor su seno henchido y lleno de entusiasmo glorioso,	380	y frutos en las verdes arboledas; la mano del Eterno le cubría, dando sombra a sus sendas y veredas.	415
puesto en pie gravemente, revestido de excelsa majestad, la voz alzando y el cetro de oro al cielo dirigido,		«Jerusalén, Jerusalén» decía la turba innumerable y sus acentos la bóveda celeste repetía.	420
del poder recibido firme usando: «Volved de nuevo ¡oh muertos! a la vida en nombre del Eterno yo lo mando».	385	Entonces resonaron en los vientos mil himnos de alabanza y de victoria a que unieron alegres sus concientos los espíritus puros de la gloria.	
Dijo, y al punto, una aura que impelida bajaba de los montes al desierto por un poder incógnito movida;	390	VIII	
		CORO PRIMERO	
el suelo resquebrado, seco, yerto, de florecillas frescas y olorosas con su soplo vital dejó cubierto.		Gloria, gloria al Señor, porque fuerte de la muerte el poder quebrantó y conforme a su santa promesa al sepulcro su presa arrancó.	425
Y viéranse en el punto presurosas las reliquias humanas reunirse, renovando su enlace, artificiosas;	395	CORO SEGUNDO	
con nervios y cartílagos unirse, de carnes, miembros y vigor llenarse, de fresca piel en torno revestirse;		Viva, viva JEHOVAH, que en la guerra los gigantes aterra de Edom;	430

a su pueblo visita y halaga
y su llaga incurable sanó.

UNA DONCELLA

EL PROFETA

Éste es ¡oh pueblo! el día
en que el Señor demuestra
la fuerza de su diestra,
su gloria y su poder;

aqueste día anunciaron
visiones y profetas;
sus palabras completas
hoy se llegan a ver.

UN JOVEN

Hoy del sepulcro helado
libertarnos le plugo
y el ponderoso yugo
de la muerte quebró;

éste es el día anunciado
con palabras expresas:
sus eternas promesas
hoy el Señor cumplió.

CORO PRIMERO

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
de la muerte el poder quebrantó
y conforme a su santa promesa
al sepulcro su presa arrancó.

EL PROFETA

Regocijaos ¡oh cielos!,
salta de gozo ¡oh tierra!
que la muerte, la guerra
y la opresión cesó.
Resuenen en los montes
los himnos de alabanza:
¡qué cierta es mi esperanza!
¡qué fiel es el Señor!

La hija de Sion querida
que en prisión sepultada
lloraba desolada,
sin consuelo y sin luz,
hoy recobra gozosa
su espléndida belleza,
su cándida pureza,
su primera virtud.

TODO EL PUEBLO

440 Viva, viva JEHOVAH, que en la guerra
los gigantes aterra de Edom;
a su pueblo visita y halaga
y su llaga incurable sanó.

IX

445 ¡Jerusalén ilustre! éste es el día
en que los ojos míos van a verte
coronada de paz y de alegría,
sin temor y sin riesgo de perderte.
JEHOVAH su salvación al suelo envía
destrozado el imperio de la muerte
y trocando en placer tu llanto y penas,
de tu cuello desata las cadenas. 480

450 Levántate del polvo, Sion querida,
do fuiste como esclava maltratada,
en mortales angustias sumergida,
del cáliz soporífero embriagada.
Grande ha sido tu culpa y sin medida, 485
y grande tu castigo, desdichada;
mas apiadado ya tu antiguo esposo,
hoy te abraza y te estrecha cariñoso.

455 Oye lo que te dice el Ser Eterno
con acento dulcísimo, inefable: 490
«Si no olvida la madre al niño tierno
que en su seno llevó por tiempo estable,
¿cómo te olvidaría mi amor paterno
ni mi afecto de esposo, inestimable?
Ofendido, calmaste mis enojos 495
con el llanto perenne de tus ojos.

Sabe tú que en mi mano dibujados tus muros y baluartes siempre tengo; ellos serán al punto reparados, que yo el Señor Eterno lo prevengo, yo que vivo en los cielos estrellados, yo que formé la tierra y que contengo en el espacio breve de mi mano al tempestoso y férvido oceáno.	500	El alto empíreo muéstrase patente y entre luces sin fin, que de allí nacen, al suelo baja una ciudad divina, como esposa que al tálamo camina.	525
¿Se ha encogido mi brazo por ventura para que yo no pueda libertarte...? ¡Levántate, Salém! y tu amargura olvida, pues que vengo a visitarte. Vístete tu preciosa vestidura, ven a tu antiguo trono a colocarte, ya no la esclavitud te deshonora, sino que eres feliz, libre y señora.	505	Y llega y se establece en el cimiento do la antigua Solima fue labrada; tiene de oro macizo el fundamento; más pura es que el cristal, más acendrada; tres puertas manifiesta a cada viento, cada una por un ángel custodiada; sus muros son crisólitos brillantes, zafiros, amatistas y diamantes.	530 535
Extiende para ti tus pabellones, toma un sitio más ancho y dilatado, que ya vienen de todas las regiones los hijos infinitos que te he dado; las remotas y bárbaras naciones a ti se postrarán: yo lo he mandado; reyes serán los criados que tú elijas y reinas las nodrizas de tus hijas.».	510 515	Allí se allega el pueblo presuroso entre cantos de gozo y alegría, y al escuadrón angélico dichoso unido en la ciudad desde aquel día, disfruta de la paz y del reposo que a los suyos JEHOVAH benigno envía. Allí jamás hay noche ni tristura: todo es delicia y paz, placer y holgura.	540
Los cielos y los astros de repente en pavesas y en humo se deshacen, y otro cielo, otro sol más refulgente y estrellas más espléndidas renacen.	520	En medio se halla el trono del Cordero de do mana una fuente de agua viva y un árbol prodigioso y duradero que cada mes da fruto con medida. No entra allí el orgulloso, el altanero, el rapaz, el violento, el homicida; el vicio corrompido y la torpeza nunca empañan su brillo y su pureza.	545 550

Notas:

7. En AP, pp. 690-697; en *Poesías originales*, pp. 117-137.

v. 5. *Salén*: *Salem* es uno de los nombres de Jerusalén; conservo *Salén* a fin de respetar el acento del verso y, más adelante, el metro.

v. 24. AP y *Poesías originales*: *mostrate* (por *mostraste*); corrijo.

v. 253. *Poesías originales*: *granizo* (por *granizos*); sigo AP.

v. 254. *Agareno*: deriva de Agar, esclava de Abrahan; refiere, por extensión y genéricamente, a los musulmanes o árabes (según el uso religioso o étnico-lingüístico).

v. 238. *Gión*: La fuente de se ubicaba al este de la ciudad; estuvo descubierta hasta que Ezequías construyó un túnel para proteger el suministro de agua.

v. 430. *Edom*: nombre alternativo de Esaú (así como Israel lo es de Jacob); fue, luego, el nombre que tomaron sus descendientes (edomitas) y la tierra que habitaron.

v. 443. AP y *Poesías originales*: *poderoso* (por *ponderoso*); enmiendo según el listado de erratas incorporado al final del tomo de Pesado.

v. 500. AP y *Poetas originales*: «*al* Señor» (por «*el* Señor»); al igual que en la nota al v. 443, enmiendo según el listado de erratas incorporado al final del tomo de Pesado.

MEMORIAS FÚNEBRES

8

EL BIEN PERDIDO

Lágrimas que abrasáis de mis mejillas el marchito verdor con curso ardiente, desde hoy se perderá vuestra corriente de la ancha eternidad en las orillas.		del sepulcro a las sombras amarillas? Pasaste ya las aguas del olvido y yo en la tierra permanezco, donde a llorarte quedé, dueño querido.	10
En vano elevaré preces sencillas para volver a ver el bien ausente: ¿podrá dar vida mi gemir doliente	5	El sitio toco que tu cuerpo esconde, clamo al mármol con grito dolorido ¡y a mi ronco clamor nadie responde!	

Notas:

Memorias fúnebres: en *El Álbum Mexicano* (México), t. II (1849), pp. 203-205 se publican bajo este mismo título doce sonetos. El autor entonces señala: «El año de 1841 se imprimieron cuatro sonetos de esta colección, que ahora se publica completa». Estos cuatro sonetos son los mismos que toma JMG y que se reproducen a continuación. Al final de los mismos, el ejemplar de JMG contiene la siguiente nota manuscrita: «Estos sonetos en el *Álbum mexicano* (864) llegan a 12». No he podido localizar la fuente que utiliza JMG.

8. En AP, pp. 697; en *El Álbum Mexicano* (México), t. II (1849), p. 203.

9

LOS RECUERDOS

Prendas en otro tiempo recibidas de mí, con dulces lágrimas regadas, con ósculos ardientes regaladas y con tristes presagios recogidas; hoy en mi duelo recordáis unidas de un afecto infeliz glorias pasadas. ¿Dónde quedáis memorias desdichadas?		Caricias de mi bien ¿dónde sois idas? Prendas, que recordáis bienes y males, vuestra vista en tormento se convierte con afectos del todo desiguales; valor tomáis de la mudable suerte: fuisteis antes de amor fieles señales, ora sólo despojos de la muerte.	10
	5		

Notas:

9. En AP, pp. 698; en *El Álbum Mexicano*, p. 203.

10

EL RUEGO

De mí con duro golpe dividida
al sepulcro bajaste, sola yerta;
tu bella forma, inanimada y muerta,
yace en polvo y ceniza convertida.

Tu alma, de los sentidos desprendida,
entre los brazos del creador despierta:
ora brillas allá con luz más cierta

en las nuevas regiones de la vida.
Mírame convertido en largo llanto,
ciegos mis ojos, sin tu lumbré pura,
despedazado el pecho de quebranto;
y merezca contigo mi ternura
un mismo asilo sobre el cielo santo
y en la tierra una misma sepultura.

10

Notas:

10. En AP, pp. 698; en *El Álbum Mexicano*, p. 203.

v. 5. *El Álbum Mexicano: dividida* (por *desprendida*); sigo AP.

v. 6. *El Álbum Mexicano: Criador* (por *creador*); sigo AP.

11

NUEVA ESPERANZA

Por la mano de Dios me fuiste dada
como rico tesoro en feliz día;
mi juventud llenaste de alegría,
dulce prenda de amor, nunca olvidada.

Hoy que gozas, al cielo trasladada,
del premio que tu vida merecía,
¿te esquivarás acaso, esposa mía,

de quien fuiste en la tierra tan amada?

No, que tu excelso espíritu desciende
del alto empíreo con callado vuelo,
y piadoso me asiste y me defiende.

5 Siente mi corazón blando consuelo
cuando, pensando en ti, fácil entiende
que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.

10

Notas:

11. En AP, pp. 698; en *El Álbum Mexicano*, p. 205.

PRIETO
Guillermo

El señor Prieto es mexicano. Hallamos su nombre en la lista de redactores de *El Museo mexicano* en la sección de literatura. De esta publicación y de *El Recreo de las familias* (mencionado ya en esta colección) hemos tomado las siguientes poesías.¹

Notas:

¹ [N. ms. de JMG] JMG anota con grafía poco clara: «Las poesías de Prieto que se registran en *El Álbum mexicano*, año 1849, son superiores a éstas y [anuncian] un verdadero progreso: descuellan entre las demás [...] misma obra = tengo otras poesías del autor copiadas manuscritas.».

1

LA SONRISA DEL PUDOR

A R. G.

Es hermosa mi querida
cuando en sus ojos de fuego
se pinta el desasosiego
que nos inspira el amor;
pero se torna más bella,
aspecto angélico toma,
cuando a sus labios asoma
la sonrisa del pudor.

Emblema de la esperanza,
arco-iris de consuelo,
símbolo de paz del cielo
entre el hombre y el amor,
señal de gratitud pura
en la beldad apacible,
es divina, indefinible,
la sonrisa del pudor.

Pura cual la voz del niño
que entre incienso al cielo sube,
cual sobre la blanca nube
nítido rayo del sol,
como el tinte de la aurora
que refleja el mar en calma...

enajena, arroba mi alma
la sonrisa del pudor.

Dije a mi amada: «yo te amo». 25
5 Me miraba, se encendía,
su cuerpo se estremecía,
moría al salir su voz;
tiene humillados los ojos,
tiene el semblante agraciado, 30
tiene en su labio encarnado
10 *la sonrisa del pudor.*

Prodigo tiernos elogios
a su encanto soberano,
imprimo en su blanca mano 35
15 un beso lleno de ardor.
Teme... duda... huir pretende...
tiembla... se acerca... se allega,
y en su labio se despliega
la sonrisa del pudor. 40

20 Es la reprensión modesta
de una ciega confianza,
es un rayo de esperanza

entre sombras de temor,
es una arma poderosa
en labios de la hermosura,
es de angélica dulzura
la sonrisa del pudor.

No es la expresión fastidiosa
de la insensata alegría,
no es maliciosa ironía
a la inocente pasión,
no es del rencor o el desprecio
la máscara engañadora;
es sublime, seductora
la sonrisa del pudor.

Mi amada compadecida
de mi pasión ardorosa,
tiende una mano piadosa
y me mira con amor,
una lágrima derrama,
vergonzosa retrocede

45 y tímida me concede
la sonrisa del pudor.

Es dulce lazo que liga 65
al amor con la inocencia,
una tierna complacencia,
es el velo del candor;
50 es en tus labios ¡amada!
la gracia más seductiva: 70
me embelesa, me cautiva
la sonrisa del pudor.

55 Adorada, esa sonrisa
me entusiasma, me embebece,
que interpreta me parece 75
el mismo agrado de Dios.
Es tu escudo la modestia,
es el honor tu divisa
60 y tu encanto esa sonrisa,
la sonrisa del pudor. 80

Octubre 2 de 1837.

Notas:

1. En AP, pp. 699-700; en *El Recreo de las familias* (México), núm. 1 (1 noviembre de 1837), pp. 28-29.

v. 69. *El Recreo de las familias*: «¡oh amada!» (por «¡amada!»); sigo AP.

v. 74. AP: *embelece* (por *embebece*); sigo *El Recreo de las familias*.

2

LA MUJER PERDIDA

¡Ven, adorada! ven: tú eres la gloria;
deja que estalle del dolor el trueno;
ven; un mar de placer bebe en mi seno
y el infierno después... palpita el pecho
como contra sus diques el torrente.
Dulce es mirar tu desmayada frente
si la cubre en desorden tu cabello,
como es entre los árboles la luna.
Arcángel de mi amor, encanto mío;
tú que perfumas con tu aliento mi alma,
airosa como el tallo del almendro
que se retrata en el sereno río.
Ven; participa del intenso fuego
que mis entrañas devorando quema;

soñé una dicha espléndida y suprema, 15
y fue su aurora tu primer sonrisa.
¡Oh, cómo la aplaudí! ¡Cuánto te adoro
cuando al través del velo de mi lloro
5 contemplo tus encantos seductores,
cual se ve entre las gotas del rocío 20
el cáliz virgen de las tiernas flores!
Me estremecí de amor; tomé tu mano
y la estreché a mis labios, y sentía
10 el pétalo de seda de una rosa
donde pasión y frenesí bebía. 25
Tú me mirabas y a mi soplo ardiente
inclinaste la faz, vertiste llanto,
como la flor que al rebramar el viento

arroja de su cáliz inocente la lluvia que guardó. ¡Pobre doncella! Como pretende huir la mariposa que en su mano sagaz apresó el niño, temblabas en mis brazos ruborosa, tu pudor encendiendo mi cariño.	30	sirve de escarnio tu afrenta y de lección tu gemir.	70
Tronaba el porvenir allá lejano y yo en tu seno plácido dormía, cual barca que en el puerto desafía las hervidoras ondas del oceano.	35	Del infiel que tanto amabas vibra en tu oído el acento, dejó esparcido en el viento el perfume de su fe. Y está tibia tu mejilla del beso de su ternura... ¡Triste es hallar amargura al despertar del placer!	75
II			
¿Dónde están, hermosa joven, esos sueños de amor ciego? ¿Ese torrente de fuego, niña, por qué se agotó? Mírate sola, perdida, sin tu gala y sin tus glorias, aislada con las memorias de tu eterna execración.	40	Miras pasar mil amantes circundados de delicias, agotando en sus caricias la dicha del corazón. Y dicen si les sorprende tu plegaria dolorida: quede a la mujer perdida la mofa y la execración.	80
La engañó el falso murmullo de las aguas del torrente: creyéndolo mansa fuente quiso la sed apagar. Después... pugnó por librarse; ¡ay! del que a beber se atreve, que es forzoso que lo lleve la corriente hasta la mar.	45	El llanto de tu deshonor gota a gota ha calcinado tu corazón, fatigado de desengaño y pesar. Compasión, clamas al mundo, piedad de mi desventura: para la mujer impura no tiene el alma piedad.	85
Rompió tu velo de virgen del amor el beso impuro y en su lugar el perjurio huella de afrenta dejó. Flor que se agostó temprana bajo del ala del hielo, mofa del florido suelo, triste, indiferente al sol;	50	De vejez la mano helada sus atractivos destierra y sólo pisó en la tierra espinas su incierto pie. En la juventud un sueño, sueño de pérfido encanto, y solo enjugó su llanto del sepulcro en el dintel.	90
ave huérfana y errante, ¿dónde vas con tu tormento? Ave, juguete del viento, ¡más te valiera morir! Congoja me da tu llanto, tu padecer me atormenta,	55	Duerme en paz; tan sólo miro sobre de tu losa yerta de un arbusto la hoja muerta que allí el acaso arrojó. No tiene inscripción tu tumba, que tu nombre en ella escrito	95
	60		100
	65		105

recordara tu delito
y viviera tu baldón.

110

Febrero de 1844.

Notas:

2. En AP, pp. 700-701; en *El Museo mexicano. O miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas* (México), t. 3 (1844), pp. 88-89.

v. 38. *El Museo mexicano: océano* (por *oceanos*)»; sigo AP, lección correcta según la cadencia de la rima.

v. 102. *El Museo mexicano: lintel* (por *dintel*); sigo AP.

3

UNA NUBE

I

En la mitad del cielo sus ráfagas derrama
reverberando ardiente desde su trono el sol,
y el lago reproduce la abrasadora llama
y lánguidos doblega sus pétalos la flor.

El aura replegando sus alas bienhechoras, 5
entre las hojas secas parece sollozar.
Ni un eco, ni un celaje, ni de aves voladoras
bandadas en los aires contéplanse cruzar.

Con tardo movimiento, muriendo de fatiga,
divísanse rebaños y al perezoso buey, 10
y las aves le siguen porque es su sombra amiga
mientras lame la yerba para apagar la sed.

Cual guardias apostados se miran los palmeros
sobre la loma agreste tranquilos descollar,
cual símbolos cristianos sombríos y severos 15
que marcan expresivos la tumba del mortal.

Los brazos descarnados del indolente espino
rastreros sobre el suelo se miran extender,
parecen desafiando la furia del destino,
durmiendo entre las rocas el sueño del no ser. 20

Un leve polvo de oro poblando está el vacío
que sube de los valles hasta el sereno azul
y ven los ojos llamas en medio a un campo umbrío
si los párpados cierran heridos por la luz.

Del lago al lado opuesto se miran mil jardines
y de árboles las copas al viento estremecer,
cual jóvenes que burlan en plácidos festines
el infalible amago de su destino infiel.

También de entre las rocas salvajes, caprichosas,
saltando despeñadas las linfas del raudal, 30
bajo dosel de parra y entre jazmín y rosas,
se ven copos de espuma temblando en el cristal.

¡Martirio! así lo siente impío moribundo
al mirar expirante del sol la postrer luz,
cuando ésta le descubre delicias en el mundo,
delicias, que percibe pisando el ataúd.

II

Señor, Señor, despliega tu sonrisa,
y mi sien que fallece cual las flores
que del fuego sucumbe a los rigores,
revivirá la brisa.

Templa ese sol que su mirar de fuego
tus santas obras iracundo abrasa,
sediento está este labio por do pasa
mi fervoroso ruego.

Diste a ese campo su tranquilo río,
a la noche la sombra de tu manto,
a las flores la brisa y el rocío;
¿y a mí tan sólo el llanto?

Que penetre mi ruego en tu santuario,
que falto de vigor muere mi acento; 50
tu labio, eterno Dios, gimió sediento
el día del Calvario.

¡Ay! que me agobia la tenaz fatiga;
¡ay! que insensible el sol quema mi frente;
extiende ¡oh Dios! tu mano omnipotente:
será mi sombra amiga.

Pego mi boca a la abrasada arena
sintiendo arder doliente mis entrañas,
miro postrado relucir serena
la nieve en las montañas. 60

Al pueblo tu verdugo, Dios clemente,
viste piadoso en medio del desierto
y tras su manto espléndido cubierto
refrescaste su frente...

III

Cual plácida joven que besa hechicera 65
la frente severa de amante infeliz,
el aura a los campos voluble se allega,
gozosa despliega su manto sutil;

festiva entre nubes de blandos olores,
cual vaga entre flores fugaz colibrí, 70
se acerca a las plantas, les presta embeleso
y aspira su beso fragante el jazmín.

Las aves rompiendo su rápido vuelo
levantan al cielo mil himnos de amor;
si al lago los labios del aura se aplican, 75
mil olas duplican la imagen del sol.

La frente elevaba con gozo al Eterno,
sentía yo tierno su soplo de paz;
vivífico el aire, dio vida a mi acento,
sonando en el viento mi canto inmortal. 80

De pronto cual ave que deja su nido,
celaje vestido de regio arrebol,
bogando en los aires cual místico velo
templó bajo el cielo benigno el calor.

Levanten las flores su aroma el más blando, 85
las aves cantando proclamen a Dios:
cayó sobre el cielo su sombra suprema...
brilló la diadema del fúlgido sol.

¡Oh cielos! eleven sublimes cantares,
sus himnos los mares, su incienso el volcán, 90
mil soles que al hombre mezquinos deslumbran
son cirios que alumbran tu mágico altar.

Celaje que vuelas con alas de armiño
más puro que el niño, cual feble cendal
que oculta el semblante de esquivia hermosura 95
y presta dulzura voluble a su faz.

Tú llevas al cielo fugaz la plegaria
que alcé solitaria ferviente al Señor,
cual ave apacible me muestras su agrado
celaje adorado, me dices su amor. 100

Empape tus alas de blanca paloma
del campo el aroma, celaje feliz:
si al verte embebido con plácido encanto,
anégame el llanto, lo vierto por ti.

Tu sombra benigna cayendo en mi frente 105
se alzó al Dios potente; palpé su bondad,
sentí mis sudores su soplo secando,
su soplo tan blando de amor paternal.

Señor, el insecto nos dice tu nombre,
el hombre ¡ay!, el hombre sí te osa negar; 110
y llevan tus sombras las nubes del viento,
las auras tu aliento, tu imagen el mar.

Mi Dios, tú que viste mi agudo quebranto,
tú acepta mi canto, mi amparo, mi bien;
tú acepta del labio que vuelve a la vida 115
la voz conmovida de intenso placer.

Mi pecho gozando de dulce ternura,
cual se abre flor pura del viento al vagar,
te rinde un aroma de ardiente alabanza,
mi santa esperanza, mi Dios inmortal. 120

Feliz ¡oh celaje! si en eco de trueno
me llama a tu seno la muerte y mi Dios;
y rápida mi alma del suelo levantas
poniendo a mis plantas la frente del sol.

Febrero 3 de 1844.

Notas:

3. En AP, pp. 702-705; en *El Museo mexicano*, t. 3 (1844), pp. 18-19.

v. 37. AP y *El Museo mexicano*: *desplega* (por *despliega*); corrijo (cfr. v. 68, en el que aparece la forma verbal *despliega*).

v. 38. *El Museo mexicano*: «y a mi sien» (por «y mi sien»); sigo AP.

v. 84. *El Museo mexicano*: *benigna* (por *benigno*); sigo AP.

TROVA A MARÍA

Otras escuchen amores de galantes trovadores, vida mía, yo ensalzaré tu hermosura, con la voz de mi ternura, mi María.		mi destino. Como entre cerril maleza ostenta el río belleza cristalino.	40
Flor de mi ignorado asilo, fuente de curso tranquilo, mi tesoro; en el silencio de mi alma, con veneración y calma, yo te adoro.	5	Tú lloras con mi ternura, tú ríes con mi ventura, dulce dueño; de noche te veo al lado del ángel idolatrado de mi sueño.	45
Tú de infortunio inclemente me defiendes dulcemente con tu sombra; tu virtud me hace dichoso, y mi labio es armonioso si te nombra.	10	Tú mi nombre le enseñaste al hijo mío y le hablaste de su padre, reviviendo embellecido el recuerdo tan sentido de mi madre.	50
Dulce es en tarde serena ver mecida la azucena por la brisa; pero es más dulce, mi cielo, cuando busca mi consuelo, tu sonrisa.	15	Cuál se dilata mi pecho cuando yo oculto te acecho con amor, y con mi hijo en las rodillas por mí alzas preces sencillas al Señor!	55
Dulce es ver entre el ramaje volar el albo celaje por el viento. Y es más dulce en tu pupila hallar la expresión tranquila del contento.	20	Silencioso voy llegando; te miro y estás llorando de ternura. Yo te adoro con encanto y río vertiendo llanto de ventura.	60
Dulce es palpar con blandura con el labio la tersura de la rosa. Y me causa más delicia una cándida caricia de mi esposa.	25	Árbol santo, árbol amigo, que amparas con tierno abrigo la inocencia. Astro en mi destino incierto, fuente santa en mi desierto, mi existencia.	65
Tú embelleces, vida mía, mi penosa medianía,	30	Para ti dicha suprema quisiera, y una diadema, mi María. Feliz viera tu grandeza	70
	35		75

del fondo de mi pobreza, vida mía.		No aspiro a regio tesoro ni que adule humilde el oro mi existencia;	
¡Ah! tu nombre me enamora, tiene cadencia sonora	80	me basta tu amor sagrado y de mi hijo idolatrado	95
y alegría; cuando lo pronuncio, blando, queda en el aura vibrando su armonía.		la inocencia.	
Y aquellos tiernos cuidados, tan puros, tan ignorados, de la esposa; dicha que cruza escondida, pero que torna la vida deliciosa.	85	Y hará risueña mi suerte cuando a mi puerta la muerte toque amiga, pensar que mi dulce esposa siempre que mire mi losa me bendiga.	100
		1843.	
	90		

Notas:

4. En AP, pp. 705-706; en *El Museo mexicano*, t. 2 (1843), p. 15.
v. 1. AP: *Otros* (por *Otras*); sigo *El Museo mexicano*.
v. 23. AP: *busco* (por *busca*); sigo *El Museo mexicano*.
v. 32. AP: *ternura* (por *tersura*); sigo *El Museo mexicano*.
v. 35. *El Museo mexicano*: *tímida* (por *cándida*); sigo AP.
v. 71. *El Museo mexicano*: «un desierto» (por «mi desierto»); sigo AP.
v. 92. *El Museo mexicano*: «no a que adule» (por «ni que adule»); sigo AP.

5

BRINDIS

Del férvido Champaña la espuma rebosante nos brinda ¡oh dulce instante! la copa del festín. Los rostros son de amigos, las voces son de amores; cubridme, sí, con flores, la senda del morir.	
¡Hurra! apaguen los vivos el grito del destino; nos dé febril el vino mil sueños de placer.	5
Ved, a mi frente burlan los tiempos mi arrogancia y estrechan la distancia del ser y del no ser.	
¡Vino! saltando toquen las nubes los tapones, fecundo en ilusiones del vino es el raudal; las músicas celebren con cánticos mi suerte mientras a mí la muerte se acerca un paso más.	10
Las flores voluptuosas exhalan su perfume, la esperma se consume con plácido brillar. Voluble reverbera la rica argentería, y encanto y alegría circuye a la beldad.	15

¡Champaña!, ¡más champaña! ¡Deleite!, ¡aturdimiento!
El áspid del tormento me hiere el corazón;
el llanto que en mis ojos a mi despecho brota,
somero gota a gota destile en mi licor. 20

¿Lloráis, esposa amada? ¿Tú lloras, mi María?
¡Mis hijos!, ¡madre mía! que cese la aflicción.
Acerba es esta vida, fugaz y engañadora,
el alma que os adora, eterna como Dios. 25

La nave que me lleva tan rápida a la nada
que parta empavesada del centro del festín;
un año que trascurre, de muerte es un mensaje:
¡hurra! se acerca el viaje: brindemos al partir.

Febrero 10 de 1845.

Notas:

5. En AP, pp. 706-707; en *El Museo mexicano*, t. 4 (1844), p. 570.

QUINTANA ROO

Andrés

El señor Quintana Roo goza de mucha celebridad en México, su patria, por sus virtudes como ciudadano y por sus talentos como escritor. Los editores de la *Colección de poesías mexicanas* colocan al señor Quintana Roo entre aquellos ciudadanos que honran a su país por sus servicios a la libertad y por su literatura; y el señor don Tadeo Ortiz, en su obra titulada *México considerado como nación independiente y libre*, le llama «poeta eminente y profundo».

1

DIEZ Y SEIS DE SETIEMBRE

Ite, ait; egregias animas, quæ sanguine nobis
hanc patriam peperere suo, decorate supremis
muneribus...

Virg. Eneid., lib. xi.

Renueva oh musa, el victorioso aliento
con que, fiel de la patria al amor santo,
el fin glorioso de su acerbo llanto
audaz predije en inspirado acento:
cuando más orgulloso
y con mentidos triunfos más ufano,
el ibero sañoso
tanto ¡ay! en la opresión cargó la mano,
que al Anáhuac vencido
contó por siempre a su coyunda unido.

¿Qué sirvió en los Dolores, vil cortijo,
que el aleve pastor el grito diera
de libertad, que dócil repitiera
la insana chusma con afán prolijo?
5 Su valor inexperto 25
de sacrilega audacia estimulado,
a nuestra vista yerto
en el campo quedó, y escarmentado
su criminal caudillo,
10 rindió ya el cuello al vengador cuchillo. 30

«Al miserable esclavo –cruel decía–
que independencia ciego apellidando,
de rebelión el pabellón nefando,
alzó una vez en algazara impía,
de nuevo en las cadenas
con más rigor a su cerviz atadas,
aumentemos las penas,
que a su última progenie prolongadas,
en digno cautiverio
por siglos aseguren nuestro imperio.

Cual al romper las Pléyadas lluviosas
el seno de las nubes encendidas,
del mar las olas antes adormidas
súbito el austro altera tempestosas;
15 de la caterva osada 35
así los restos nuestra voz espanta,
que resuena indignada
y recuerda, si altiva se levanta,
el respeto profundo
20 que inspiró de Vespucio al rico mundo. 40

¡Ay del que hoy más los sediciosos labios de libertad al nombre lisonjero abriese pretestando novelero, mentidos males, fútiles agravios! Del cadalso oprobioso 45 veloz descenderá a la tumba fría, y ejemplar provechoso al rebelde será, que en su porfía desconociere el yugo que al invicto español echarle plugo.» Así los hijos de Vandalia ruda fieros clamaran cuando el héroe augusto cedió de la fortuna al golpe injusto; y el brazo fuerte que la empresa escuda, faltando a sus campeones, 55 del terror y la muerte precedidos, feroces escuadrones talan impunes campos florecidos, y al desierto sombrío consagran de la paz el nombre pío. No será empero que el benigno cielo, cómplice fácil de opresión sangrienta, niegue a la patria en tan cruel tormenta una tierna mirada de consuelo. Ante el trono clemente 65 sin cesar sube el encendido ruego, el quejido doliente de aquel prelado que, inflamado en fuego de caridad divina, la América indefensa patrocina. «Padre amoroso –dice– que a tu hechura, como el don más sublime concediste, la noble libertad con que quisiste de tu gloria ensalzarla hasta la altura, ¿no ves a un orbe entero 75 gemir, privado de excelencia tanta, bajo el dominio fiero del execrable pueblo que decanta, asesinando al hombre, dar honor a tu excelso y dulce nombre? ¡Cuánto ¡ay! en su maldad ya se gozara cuando por permisión inescrutable, de tu justo decreto y adorable	de sangre en la conquista se bañara, sacrílego arbolando 85 la enseña de tu cruz en burla impía, cuando más profanando tu religión con negra hipocresía, para gloria del cielo 90 cubrió de excesos el indiano suelo! De entonces su poder ¡cómo ha pesado 50 sobre el inerme pueblo! ¡Qué de horrores, creciendo siempre en crímenes mayores, el primero a tu vista han aumentado! La astucia seductora 95 en auxilio han unido a su violencia: moral corrompedora 55 predicán con su bárbara insolencia, y por divinas leyes proclaman los caprichos de sus reyes. 100 Allí se ve con asombroso espanto 60 cual traición castigado el patriotismo, en delito erigido el heroísmo que al hombre eleva y engrandece tanto. ¿Qué más? en duda horrenda 105 se consulta el oráculo sagrado por saber si la prenda 65 de la razón al indio se ha otorgado, y mientras Roma calla, entre las bestias confundido se halla. 110 ¿Y qué, cuando llegado se creía 70 de redención el suspirado instante, permities, justo Dios, que ufana cante nuevos triunfos la odiosa tiranía? El adalid primero, 115 el generoso Hidalgo ha perecido: el término postrero 75 ver no le fue de la obra concedido; mas otros campeones 120 suscita que rediman las naciones.» Dijo y Morelos siente enardecido 80 el noble pecho en belicoso aliento; la victoria en su enseña toma asiento y su ejemplo de mil se ve seguido. La sangre difundida 125 de los héroes, su número recrece,

como tal vez herida de la segur la encina reverdece y más vigor recibe y con más pompa y más verdor revive.	130	joh Iturbide inmortal! a la victoria. Sus nombres antes fueron cubiertos de luz pura, esplendorosa; mas nuestros ojos vieron brillar el tuyo como en noche hermosa entre estrellas sin cuento a la luna en el alto firmamento.	145 150
Mas ¿quién de la alabanza el premio digno con títulos supremos arrebató y el laurel más glorioso a su sien ata, guerrero invicto, vencedor benigno? El que en Iguala dijo: «Libre la patria sea» y fue lo luego, que el estrago prolijo atajó y de la guerra el voraz fuego, y con dulce clemencia en el trono asentó la Independencia.	135 140	¡Sombras ilustres, que con cruento riego de libertad la planta fecundasteis y sus frutos dulcísimos legasteis al suelo patrio, ardiente en sacro fuego! Recibid hoy benignas, de su fiel gratitud prendas sinceras en alabanzas dignas, más que el mármol y el bronce duraderas, con que vuestra memoria coloca en el alcázar de la gloria.	 155 160
¡Himnos sin fin a su indeleble gloria! Honor eterno a los varones claros que el camino supieron prepararos,			

Notas:

1. En AP, pp. 708-710; en *El Apuntador. Semanario de teatros, costumbres, literatura y variedades* (México), t. 1, núm. 15 (1841), pp. 228-231. | En *El Apuntador* el título completo es: «Diez y seis de septiembre de 1810». Entre éste y la oda aparece un texto preliminar donde el autor lamenta, en líneas generales, la infausta desunión que sobrevino a la gesta independentista.

v. 1. AP: *Remueva* (por *Renueva*); corrijo según *El Apuntador*.

v. 4. [*N. del a.*] En 16 de setiembre de 1812, el autor [Ignacio Rayón] extendió un manifiesto, con el título de aniversario, por encargo de la Junta Nacional establecida en Zitácuaro. La imprenta, objeto principal de la saña de los opresores, corría mayores riesgos que los patriotas bajo el cuidado y vigilancia de don Ignacio Rayón, que hizo indecibles esfuerzos por salvarla, como lo consiguió en medio de la deshecha y horrorosa borrasca. Este jefe se dirigía entonces a los cantones Huichapan y Zimapan y se detuvo sólo medio día en reconocer el fuerte de Nadó, situado en las alturas del pueblo de Aculco. Aprovechase aquel corto tiempo para componer el aniversario que debía publicarse dos o tres días después. Llegaba ya el autor al fin de su trabajo, aunque no completaba la descripción de los sucesos ocurridos en los dos años de guerra, cuando la voz de «tenemos al enemigo encima» le hizo abreviar la tarea, cerrando el discurso con este anuncio tan felizmente justificado por el suceso: «Sin armas, repuestos, dinero, ni uno solo de los medios que ese fiero gobierno prodiga para destruirnos, la nación llena de majestad y grandeza camina por el sendero de la gloria a la inmortalidad del vencimiento». Se halla este manifiesto entre los papeles que entonces publicó la imprenta nacional y los documentos que recopiló el doctor don Servando de Mier en el tomo 2 de su *Historia de la revolución de México*, impresa en Londres en 1813. [Se refiere a Ignacio Rayón (presidente), José Ignacio Oyarzábal (secretario), «La Junta Suprema de la Nación a los americanos, en el aniversario del día 16 de sete», en José Guerra (Servando Teresa de Mier), *Historia de la revolución de Nueva España antiguamente Anáhuac o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*, t. 2, Londres, Imprenta de Guillermo Glindon, 1813, pp. 303-311.]

v. 6. AP: *trunfos* (por *triunfos*); corrijo según *El Apuntador*.

v. 10. *El Apuntador*: *cantó* (por *contó*); sigo AP.

v. 88. AP: «*su* religión» (por «*tu* religión»); sigo *El Apuntador*.

El doctor don Mariano Ramallo nació en la ciudad de Oruro (República de Bolivia) en 24 de setiembre de 1817. Recibió su educación literaria en la Universidad de Chuquisaca, en la cual se graduó en derecho el año de 1842. Desde esta época se consagró a la enseñanza, desempeñando varias cátedras y el Rectorado en el Colegio Bolívar. Actualmente es profesor de Derecho y ciencias políticas en la Universidad de la Paz de Ayacucho.

1

UNA IMPRESIÓN AL PIE DEL ILLIMANI

I			
Era una tarde de julio		Lánguida mi fantasía	
en que el sol se desplomaba		y de esta idea embargada,	
todo su ardor derramando		un objeto más grandioso	
sobre una vega templada,		con toda ansiedad buscaba;	30
en que la naturaleza	5	un objeto que pudiese	
por los yelos agostada,		aplacar la sed del alma,	
con el moribundo invierno		y calmar ese deseo	
ya victoriosa luchaba.		que el corazón abrumaba.	
Por todas partes mis ojos		Ya me gozaba en las flores	35
con dulce placer miraban		que embalsaman la quebrada	
praderas enriquecidas	10	dando vida al que respira	
de vegetación lozana,		tan libia y tan vital aura:	
que fertiliza fecundo		ya con placer el murmullo	
el Chuquiapu con sus aguas.		de las aguas escuchaba,	40
Vergel que forma un contraste		que entre las piedras del valle	
con la tierra cabrinada,	15	quebrándose se quejaban,	
de cenicientas colinas		regando con sus cristales	
por todas partes cortadas		una alfombra de esmeraldas.	
en pendientes precipicios,		En tan risueños objetos	45
de mil picos erizadas;		y escenas tan variadas,	
parece que un cataclismo	20	vagaba la mente mía	
con sus encendidas lavas		sin quedar nunca fijada:	
hubiera vuelto cenizas		cuando al volver una peña	
estas peladas montañas,		por un torrente cortada	50
de verde vegetación		se presentó ante mis ojos	
otro tiempo coronadas.	25	esa gigante montaña,	
		dominadora del mundo,	
		de los Andes soberana.	

—			
Como al salir de un letargo si el sol la pupila hiere, palpita, vacila y muere velada en negro capuz. Y los ojos deslumbrados y en las tinieblas sumidos, quedan de pronto perdidos en un torrente de luz:	55	De sus nieves plateadas cien transparentes cascadas espumantes se desatan: y en mil hilos destrenzadas por su falda se dilatan.	95
	60	Y fecundas resbalando por aquel ameno suelo, bellas flores van regando y árboles mil que ostentando están sus copas al cielo.	100
Así al verla tan inmensa tocando su frente al cielo, cubrió mis ojos un velo, y lleno de admiración, contemplaba con asombro aquel cuerpo prodigioso; monumento portentoso de toda la creación.	65	Allí el granado encendido y de corales cubierto, se alza a los aires florido; y su tronco eleva erguido el palmero del desierto.	105
—	70	Forman juntos bosque vivo, el añoso cocotero que crece junto al olivo; y el cedro que abraza altivo alpreciado limonero.	110
Mustio quedé, sin aliento viendo el inmenso coloso, y un respeto religioso absorbió mi pensamiento.			
Y extasiado yo miraba sin movimiento y sin voz, aquel gigante en que Dios todo su poder mostraba.	75	Esta risueña pradera es sitio de bendición, en ella fijó hechicera una eterna primavera su encantadora mansión.	115
		II	
Cubierto de eterno yelo a todo el orbe domina, su cabeza diamantina es el pedestal del cielo.	80	En un bosque de naranjos respirando aromas mil con que el ambiente embalsaman el azahar, el alelí, el nardo, la rosa pura y el oloroso jazmín; una deliciosa tarde en dulce placer viví.	120
En su nieve virginal jamás ha sido posada del hombre la planta osada ni del águila real.	85	El alma toda ocupada de inspiración juvenil, adormida se mecía cual la flor en su pensil: y el corazón embargado de dulce quietud feliz, calmaba aquellos latidos	125
Esa cabeza eminente perdida en el firmamento, es tocada solamente del rayo del sol fulgente y del huracán violento.	90		130

en que oscilando ¡ay de mí!		Sólo la frente elevada	165
entre el dolor y el fastidio,		del encumbrado gigante	
y en agitación febril,		por la viva luz brillante	
sólo a mi mente delirios	135	del sol era iluminada	
inspiraba y frenesí.			
Allí toda mi amargura		y esa frente colosal	
en un instante la vi		en el espacio encendida,	170
disipada, y en placeres		parecía desprendida	
convertido mi sufrir:	140	de su eterno pedestal.	
y toda la mente mía			
ocupaba ya el matiz		Radiante en la oscuridad	
de las esmaltadas flores,		asombro causaba verla,	
o ya el armonioso fin		como una infinita perla	175
con que las sentidas notas	145	colgada en la inmensidad	
de su gorjeo sutil,		—	
hace escuchar melodioso			
el pintado colorín.			
—			
En un instante volaron		Este faro luminoso	
estas apacibles horas,		al fin también se apagó,	
empero otras seductoras		y todo se halló cubierto	
mis momentos ocuparon.	150	de la oscura inundación:	180
		y en un solemne silencio	
		de aletargado sopor,	
		muda la naturaleza	
		como los hombres quedó.	
		Entonces al sentimiento	185
		de triste meditación,	
	155	en la soledad tranquila	
		toda mi alma se entregó;	
		y en la misteriosa noche	
		sintiendo la emanación	190
		deliciosa que exhalaban	
		los limoneros en flor,	
	160	gozaba en silencio mudo	
		de la asombrosa impresión	
		que me causó ese coloso	195
		¡obra gigante de Dios!	
De pronto cubierto el mundo			
por este diluvio inmenso,			
quedó sepultado en denso			
y oscuro vapor profundo.			
		Agosto de 1845.	

Notas:

1. En AP, pp. 711-713.

En las nieves del invierno
envuelta, como en sudario,
parece que en un osario
descansa con sueño eterno.

Dolorosa es para el hombre
la idea, penosa y cierta
de tener tumba desierta
en ella, triste y sin nombre.

En una soledad muda,
sin un ciprés por abrigo,
y sin que lllore un amigo
contemplándola desnuda.

—

¡Perdón! no escuches, Dios mío,
mi terrena queja impía,
y la paz al alma mía
devuélvale tu piedad:
esa paz, dicha del hombre,
esa paz, hija del cielo,

la delicia y el consuelo
de la triste humanidad.

75

Con ella libre de angustias
alzaré a vos mi memoria,
y publicaré tu gloria
con inspirado fervor:
con ella veré la tierra
menos desolada y triste,
y cuanto a mi lado existe
no me inspirará dolor.

95

80

100

Oiré en la voz del desierto
tu omnipotente entereza;
y el himno de tu grandeza
en la ronca tempestad:
y tu poder derramado
en el espacio, en los montes,
y en todos los horizontes
de la inmensa soledad.

105

85

Oruro, junio 1 de 1845.

90

Notas:

2. En AP, pp. 714-715.

REAL DE AZÚA
Gabriel Alejandro

El señor Real de Azúa nació en Buenos Aires y se educó con aprovechamiento en los colegios de aquella ciudad. Creemos que era muy joven todavía, cuando empezó sus viajes por América y Europa. No ha podido establecerse en su país «del cual conserva tantos y tan tiernos recuerdos», por serle nocivo a la salud el clima del Río de la Plata. Reside actualmente en Copiapó.

El señor Real de Azúa ha cultivado las letras con amor e inteligencia, ya haya vivido entre los monumentos de Roma, o entre las montañas de Chuquisaca. Su instrucción le ha hecho acreedor a que «varias sociedades científicas y literarias» le cuenten en el número de sus miembros.

La intención moral de las obras del señor Real de Azúa es la más pura y patriótica que pueda darse. Piensa que

el cultivo de la poesía es ya de deber en las naciones civilizadas, puesto que aun los salvajes son sensibles a los encantos del verso. El que no haya nacido poeta sepa siquiera compasar los diferentes metros para dar sentido a la lectura de los poetas, y gustar de la rima y del número por medio de un oído habituado a la armonía: este gusto es el que quisiera imprimir en los delicados órganos de los jóvenes americanos: ...muchos de ellos no manifiestan las brillantes disposiciones para la poesía, de que han sido dotados por la naturaleza, porque no se ejercitan desde temprano en la versificación, cuando debían emprender esta tarea a un tiempo con la de la gramática, como lo practicaban los antiguos.

Según este mismo señor, «el poeta es esencialmente religioso, pues acostumbrado a elevar su espíritu a las empíreas regiones, toca con su mente en el trono del Excelso, la espacia en la contemplación de su magnificencia y se abstrae de los objetos materiales por engrandecerse admirando los sublimes atributos de la divinidad».

Las obras poéticas del señor Real de Azúa componen tres volúmenes, publicados en París, por D. Vicente Salvá, mediante los años de 839 y 40. En el prólogo de uno de ellos, promete sus composiciones «morales y filosóficas» que no han aparecido todavía.

1
LA MAÑANA

Alza la Aurora su virgínea frente
bañando el cielo de encendida grana,
y húmedas rosas despidiendo ufana
al mostrarse gentil por el Oriente.

Pero antes el lucero refulgente,
heraldo y precursor de la mañana,
subió anunciando que la luz cercana
es muy más que su luz resplandeciente.

Vuelve a la vida el mundo; a sus amores
tornan las aves con festivo canto; 10
y a su rústico afán los labradores.

Y los que beben de la noche el llanto
5 cálices puros de gallardas flores,
brindan perfume, suavidad y encanto.

Notas:

1. En AP, p. 716. En la biblioteca de JMG existen tres volúmenes de Gabriel Alejandro Real de Azúa: *Poesías diversas*, París, Librería de Vicente Salvá, 1839; *Fábulas*, París, Librería de Vicente Salvá, 1839, ejemplar que contiene la siguiente nota hológrafa: «Esta colección de 116 fábulas está dividida en 6 libros. En el prólogo discurre el autor sobre la naturaleza, utilidad y dificultades del apólogo y concluye diciendo: <Creo que soy yo el primer americano que da a luz una colección completa de fábulas, dividida metódicamente por libros>. García Goyena había publicado una colección de fábulas el año 1836, también en París, siendo su editor el conocido librero Rosa»; *Máximas y pensamientos diversos en prosa y verso*, Valparaíso, Imprenta y librería del Mercurio, 1856.

2
LA MODA EN EL ESCRIBIR

Admiración con mil admiraciones
causa ver la moderna ortografía,
los puntos sucesivos de valía
están, y más de moda los guiones.

Todo el lujo ortográfico en renglones
cuatro se ha de lucir, si no, sería
mala la construcción; ¿qué se diría
del estilo, faltando suspensiones?

Pero es la admiración la más usada:
cae un borracho al pozo, ponen una! 10
cinco más si la suerte desdichada

escriben de don Álvaro de Luna!!!!!!
5 y doce para hacer más admirada,
Napoleón, tu rápida fortuna!!!!!!!!!!!!

Notas:

2. En AP, p. 717.

LA TEMPESTAD Y LA CALMA

		...Move espanto, vendo que se sostem nas ondas tanto. Camões	
¡Cuál bramas, mar ferviente, y de tu seno airado lanzas espumantes olas! ¡Cómo de saña lleno luchas contigo mismo y turbas el abismo!		vuelan con rumbo incierto, cual si ese fuera puerto.	35
¡Ay! ya niega su luz el rubio Febo, ya no refleja en tu cristal su llama; la noche del Erebo corre el fúnebre manto de tinieblas y espanto.	5	Y el piloto aturdido, que al acaso el timón y la brújula confía, porque en tan arduo caso ya ve inútil su arte, toma en el llanto parte.	40
¡A tu ruido formidable y bronco del seno oscuro de la espesa nube estalla el trueno ronco que por la esfera zumba, y horrisono retumba;	10	Siente en aquel momento, no su vida, sino al anciano padre, al hijo tierno y a la esposa querida, que deja en la indigencia si pierde la existencia.	45
y el relámpago breve y luminoso se repite, anunciando el fuerte trueno, y éste al rayo espantoso: así es que no termina ¡fuego, estridor, ruina!	15	Entonces tiende por el ancho cielo flébiles ojos, y a distancia mira un lampo de consuelo; las nubes enrarecen, o bien desaparecen.	50
Y Eolo suelta los fugaces vientos de sus húmedos antros, y seguidos de huracanes violentos hinchán el océano, el cual se agita insano.	20	Brilla el astro criador; su voz calmando el huracán, las aguas se nivelan; y un vientecillo blando, que leve se desliza, las frescas ondas riza.	55
Mas ¡ay! que con un débil blando pino la oscura tempestad furiosa juega, y flotando sin tino la frágil navecilla se aproxima a la orilla;	25	Prosigue el nauta su maniobra, y cierto de dulce calma que promete el iris, corre a tomar el puerto, alegre y victorioso del piélago espantoso.	60
a la orilla, de rocas escarpadas guarnecida: y en ellas a estrellarse sus tablas mal trabadas	30	Así el triste se salva de inminente riesgo de ver su nave dividida, y aunque éste le amedrente, le queda la esperanza que vendrá la bonanza.	65

Y así la frágil existencia mía
en la furiosa tempestad que sufre,
con las penas porfía
hasta que llegue el alma
a recobrar la calma.

Notas:

4

Raya la aurora: con vistosas nubes
 de armiño y grana, por do quier dispersas,
 los céfiros la esperan; ora quedos
 cubren con ellas el dorado oriente,
 y festonando su brillante alcázar,
 en un purpúreo trasparente incendio
 cada ráfaga tornan; ora vagos
 corren la esfera circular, a impulso
 de sus ocultas, bulliciosas alas,
 y parece que dicen: astro hermoso,
 naced abrasador, naced radiante,
 que vuestra llama templaremos gratos.
 Las parlerillas aves ¡cómo encantan
 con su dulce trinar! Cada una pide
 que se le premie con un rayo febeo
 su diestrísimo canto. A un tiempo todas
 vuelan festivas, y a la par exclaman:
 «¡Venid, oh rey del cielo! ¡oh socio amado
 de la alma luna, y a quien dais el brillo,
 fanal inmenso de perene lumbre,
 oh sol! venid; el universo todo
 quiere exaltaros, pero humilde vitor
 de nuestros picos recibid primero».
 El flamígero al fin parece, y baña
 con su lumbre vital antes la cima
 de una empinada sierra; y ella goza
 ver la primera su luciente carro,
 y es predilecta en saludar al día.
 Éste en seguida su fulgor derrama,
 y alumbra tanto la elevada cumbre
 como los valles que a sus pies se extienden.
 Todo es ya luz, y brillantez, y fuego.
 Pero la cima de la enhiesta sierra

al fin sobre ella sus alitas leves.
 Allí amorosa el aguijón esgrima,
 y el dulce néctar de su cáliz liba,
 que en miel convierte y en dorada cera.
 Tiende en seguida presurosa el vuelo
 y en un vecino tulipán, rayado
 con lindas fajas de escarlata y nieve,
 su cuerpecillo oculta; y pasa pronto
 a una azucena cándida, esponjada,
 que desplegando su ropaje puro,
 amable el oro de su seno brinda
 al cefirillo que le da mil besos.
 Mas ya corre voluble al jazmín albo
 como las galas del canoro cisne,
 en fragancia y candor émulo altivo
 de la hermosa azucena; ya lo deja
 por un azahar fino, que teniendo
 perfumada la selva, también tiene
 vida más larga que las otras flores.
 ¿Y paró allí la abeja? No, inconstante,
 el tímido alhelí, la humilde viola,
 el junco débil, el clavel gayado,
 el tomillo oloroso y otras plantas
 prueba, y apenas interrumpe el vuelo.
 Pero a la rosa que al salir festeja,
 ¿cuál florecilla de las otras puede
 disputar preferencia, bien que a tantas
 hierde después el penetrante dardo
 de la abejilla, que en panal las trueca?
 Y si entre todas se miró atendida
 antes ¿cómo antes no ha de ser de todas?

Al primer rayo de la aurora el lecho
 de rosas deja cefirillo blando;
 y trascendiendo a los aromas finos
 de tanta yerba y florecilla, parte
 a salir al encuentro a Olfía, sorda
 a los suspiros de su fiel Lisandro:
 quien tanto amor le descubrió imprudente.
 Y la divisa ya que al prado sale
 llena de gracias, de lindeza y garbo;
 sueltas al aire las doradas trenzas,
 y los rasgados, amorosos ojos
 puestos en cada flor, que no deciden
 cuál arranque la mano, esperanzada
 de hallar más adelante una más bella:
 al modo que oye repetidos ayes

de finos amadores, y a ninguno
 cede su afecto, por temor sin duda
 de que acabe su imperio. (¡Así liviana
 es la mujer por presunción y orgullo!) 115
 ¡Oh! ¡cuál se agita por llegar a ella
 rápido el cefirillo! Ya se envuelve
 en la áurea cabellera, ya la riza
 o la presenta al undulante seno.
 ¡Cuán placentero y afanado bate 120
 las tiernecitas alas, y oficioso
 ciñe la frente, de jazmines hechas!
 Luego pasa a los ojos; allí bulle,
 asoma y no se atreve, sorprendido
 del vivo incendio que se abriga en ellos, 125
 la radiante pestaña al menos sopla,
 y se retira, y vuelve, y asustado
 del peligro, veloz al labio baja.
 ¡Cómo se empapa en su licor divino!
 ¡Cuánto bebe, y se goza; y un instante 130
 adormido se queda en su señuelo,
 donde descubre imperceptible turba
 de bellos y graciosos amorcillos!
 Les besa, y besa la purpúrea boca,
 y en lo más ancho sus alitas tiende; 135
 y se desliza fugitivo, y bulle
 girando en torno del cenceño talle.
 No está allí mucho, que hasta el pie se lanza,
 y no hay lugar adonde no se atreva.
 Pero se ausenta al fin; dejó a la hermosa 140
 de su grato susurro apasionada,
 y a otras zagalas sus deleites brinda:
 a cual le bate el velo, a la otra oreja
 con fragancia suave, y atrevido
 por su mal toca en los ardientes globos 145
 que de nieve juzgó, y allí su audacia
 paga inflamado en devorante fuego.
 Pero el vital aliento que respira,
 y el perfume exquisito de su soplo,
 ¿cuál primero sintió? ¿Quién fue su Cloris? 150
 Bien que a las otras prodigase luego
 sus favores, si Olfía fue acatada
 antes ¿cómo antes no ha de ser de todas?

Estos ejemplos convencerle deben
 de cuán injustas tus celosas quejas 155
 contra mí son, que cabalmente, Victia,
 nací para quererte. Amor eterno

me unió a tu corazón cuando mi labio,
 entorpecido por la edad temprana,
 vanos esfuerzos por nombrarte hacía. 160
 Te amé, pues, antes de estimar lo que eras.
 Creció mi edad, crecieron mis afectos,
 y ya lejos de ti me fue penoso
 un instante pasar: entre las risas
 y juegos agitados, que a toda hora 165
 al muchacho divierten, yo siguiendo
 a los otros, jugaba si allí estabas
 y conmigo a los juegos asistías.
 Los años sucedieron, y al estudio
 ¡con cuánto gusto me entregué contigo! 170
 De las fugaces horas ¿no pasaba
 la mayor parte, sin que libre fuese
 a mi mano dejar aquellas obras
 llenas de ciencia, de moral y gusto?
 Fatigado mi labio, tú seguías 175
 leyéndome en la historia mucho crimen
 para poca virtud que tuvo el hombre.
 ¡Oh plácidos recreos! ¿do habéis ido?
 Vos que abundasteis en la infancia mía,
 ¿cuánta amargura me costáis ahora! 180
 ¿Hubo contento que contigo a medias
 no quisiese gustar? Dispuso el hado,
 que vuelve turbias para mí las olas
 del correntoso río de la vida,
 que ellos tan pocos y fugaces fuesen, 185
 que apenas tengo del placer idea.
 Mas, no; me engaño, pues me queda no goce
 perene en el recuerdo: por él siempre
 te veo, te oigo, y en unión vivimos.
 ¡Dulces delirios, ilusión dichosa, 190
 que nunca, nunca me dejéis os ruego;
 seré felice si con vos expiro!
 Victia, ¿y te quejas? ¿y celosa olvidas
 mi fino proceder? ¿A mí me imputas
 el haberte pospuesto a mi otro hermano, 195
 porque le dije predilecto mío?
 La cima que primero el fulgor febeo
 vio, aunque las otras tan excelsas eran;
 la rosa que primero abrió su cáliz
 a la punzante abeja, aunque en el prado 200
 tanta flor bella y odorante había;
 Olfia, a quien primero cefrillo
 oreó con fresco, perfumado soplo,
 ¿qué tienen que decir? ¿en qué fundaran
 celos si el céfiro, la abejilla y Febo 205
 después extienden su benigna influencia
 por donde quiera? Y bien, Victia, ¿lo entiendes?
 Si te he llamado predilecta mía
 antes ¿cómo has de ser después de nadie?

Notas:

4. En AP, pp. 718-720. | Título: [N. del a.] Esta hermana mía se quejó (sin duda sólo por estimularme a responder en verso) de que la expresión de cariño *predilecta*, con que a ella la distinguía, la había yo usado escribiendo a otro hermano; por lo cual traté de desvanecer sus celos con estos versos. ¡Ay! ya en la actualidad no puedo dirigirle otros igualmente cariñosos, porque la muerte, arrebatándola, puso entre nosotros una barrera eterna de silencio e incomunicación, ¡aunque no una de olvido!

5

LA CITA

Adela resistía
 y Silvio importunaba,
 Silvio, que por Adela se abrasaba.
 Pero al fin alcanzó con su porfía
 que a su cita la cruda conviniera,
 cuando cesase de alumbrar el día.
 Puntual anduvo el tierno enamorado:
 se asoma, nadie viene; en vano espera
 al dueño idolatrado.
 Mas no, ya por el soto la divisa 10
 trayendo en su compañía cautamente
 dos perros, la linterna y un sirviente,
 5 y ahogándose de risa;
 de cuya burla Silvio avergonzado,
 se fue a dormir por lo que había velado. 15

Notas:

5. En AP, p. 720.

6

LA CAMPANA

La parroquia del lugar tiene un sonoro instrumento que tocado todos marchan a rezar, causando gran movimiento su llamado. Niños, mozos y muchachas, por el qué dirá la gente o de gana van con las cabezas gachas, cuando suena gravemente la campana.		Mas el virtuoso ermitaño al sonido se levanta presuroso, y sin tenerlo por daño 5 a Dios alabanza canta fervoroso. Goza del alba el nacer cuando de oriente la puerta abre ufana, 10 y debe tanto placer a que locuaz le despierta la campana.	40
Corre el primero el amante y de plantón en la ermita se consuela, con ver pasar por delante la aldeana tierna y bonita, por qué anhela. Y cuando fino prorrumpe en prez de su llama loca, inhumana el requiebro le interrumpe, y le pone un tapaboca la campana.	15	No así el cura regalón, que antes que empiece el orate de la misa, manda espumar el capón, las natas y el chocolate a Narcisa: a la doncella modesta, 20 que tan sólo por aseo se engalana; que huye del que le hace fiesta, siendo todo su recreo la campana.	50 55 60
Apenas el pisaverde al alba cierra los ojos, que el tañido hace que inquieto recuerde, maldiciendo en sus enojos tal ruido. Y el jugador y el soldado y el enfermo, que dormitan de mañana, sin ver que es bronce sagrado, «Váyase al infierno» gritan, la campana.	25 30 35	¡Oh! ¡con cuánta devoción al toque pausado y pío van las gentes, pidiendo la absolución de su culpable desvío penitentes! Mas el padre confesor con el ojo vivaracho dice: «Hermana, vuelva esta noche es mejor, 70 que ya me toca el muchacho la campana».	65

La hora de penitencia
 el eco sagrado indica
 badajeando,
 y él como hijo de obediencia
 a tal orden no replica
 y va volando.

Entonces sí que se ofrece
 cual música al consistorio
 75 soberana,
 entonces sí que enloquece
 cuando toca a refectorio
 la campana.

80

Notas:

6. En AP, p. 721.

EPIGRAMAS

7

A UN POETA QUE USABA DE PIROPOS Y DE FRASES EXÓTICAS

Mal discípulo de Apolo,
 que con atrevido vuelo
 elevas tu estilo al cielo,
 do te entronizas tú solo;

Si tu alto ingenio pretende
 dar a luz sus producciones,
 delas en esas regiones,
 que aquí nadie las entiende.

5

Notas:

7. En AP, p. 722.

8

A UN INSIGNE EMBUSTERO

Tú, a quien la pura verdad
 es fénix descenido,
 tanto el crédito has perdido
 por tu embuste y falsedad,

que si llega a suceder
 que recitando algún cuento,
 digas ingenuo: «yo miento»
 nadie te querrá creer.

5

Notas:

8. En AP, p. 722.

9

A UN EXTRANJERO,
QUE HABLANDO MUY MAL EL CASTELLANO,
ME PEDÍA QUE LE CORRIGIERA OPORTUNAMENTE

Si, según tú me suplicas,	muy grande trabajo emprendo	5
he de corregir puntual	al servirte de este modo,	
las voces que dices mal,	pues tendré que hablarlo todo	
cuando en mi lengua te explicas;	si lo mal dicho te enmiendo.	

Notas:

9. En AP, p. 722.

10

RESPUESTA DE UN VEJETE

Dije a Beltrán: a los viejos	Y él contestó: si el amor	5
no les conviene el amor;	es fuego, por conveniencia,	
retráte, lo mejor	en esta edad de inclemencia,	
es ver los toros de lejos.	busco que me dé calor.	

Notas:

10. En AP, p. 722.

11

A UN TUERTO CELOSO

Fuertes celos te devoran	Pues bien, piérdelo: cegando	5
por tener un ojo abierto;	imita al amor divino;	
ojos que no ven no lloran,	lo cual te es fácil, estando	
dicen: y es refrán muy cierto.	en la mitad del camino.	

Notas:

11. En AP, p. 722.

FÁBULAS

12

EL GATO DELINCUENTE

¡Oh crueldad, crueldad ferina!
¡Y bien, qué hay?... una pamplina,
que el gato de don Benito
llegó a tragarse un pollito.
Y don Benito que hablaba, 5
¿cuántos de ellos se tragaba?
Uno diario era su plato.
¡Con todo en el pobre gato
es gula, horrible apetito
lo que dieta en don Benito! 10

Notas:

12. En AP, p. 722.

13

LA GAVIOTA Y EL CANARIO

Un rico extravagante de mi patria puso entre rejas de oro a una gaviota, mientras en jaula de grosero junco a un canario dulcísimo aprisiona.	¿Y porque habitas en dorada jaula hoy quieres presumir de gran señora, y mirar con desdén y menosprecio las buenas cualidades que me adornan?	15
Pues sin más razón que ésta, con desprecio 5 mira aquélla al cantor y me lo apoca, quien harto al fin de humillación y ultrajes, así reprende por su orgullo a la otra:	Pues sabe que yo aquí como en el campo soy capaz de encantar a cuantos me oigan, y tú bajo ese techo o por los aires no serás más que inmunda y graznadora». 20	
«¿Quién eres tú? Recuerda que en el río ayer no más andabas con tu tropa tras de inmundo alimento, fastidiando a todos con tu voz ingrata y ronca.	10 Nobles modernos que lográis por suerte a un palacio pasar desde una choza, no ajéis al pobre, porque puede un día hablar como el canario si se enoja.	

Notas:

13. En AP, p. 723.

14

LA PALOMA Y EL MILANO

A cuantos cargos hacía
al Milano la Paloma
porque en su zarpa la toma,
él con burla respondía:
«Hija, la culpa no es mía; 5
¿si tengo la fuerza en mano,
cómo no he de ser tirano,
y en la ocasión abusar?»

Así el poder militar
siempre se muestra milano. 10

Notas:

14. En AP, p. 723.

15

EL MULO Y EL LEÓN

Un mulo vio encima de noble blasón		y el rey de los bosques apenas le ve	
moznado, sin armas, al regio animal;		esgrime las garras y muerte le da.	
y dijo a sus solas: «¡Qué engaño! al león			
en balde tememos, no puede hacer mal».		Creamos las cosas por nuestro sentir	
		o mal informados de la realidad,	10
Creyendo en pinturas al campo se fue,	5	y cual la del mulo veremos salir	
sin uñas ni dientes pensando que está,		burlada de muerte nuestra necedad.	

Notas:

15. En AP, p. 723.

16

LA LLAMA Y EL ASNO

La llama que camina		en Bolivia atacó de esta manera:	
irguiendo la cabeza,		«No puedo ver que vayas	
y que aún yendo cargada		con la cabeza en tierra,	10
no se inclina jamás a ver la senda;		agobiado de un peso	
orgullosa por verse	5	que puedes sin dolor llevar a cuestras.	
tan gallarda y derecha,		¿Por qué de mí no aprendes	
al flaco y débil asno		que marchó siempre recta,	

dando a todos ejemplo de arrogancia, donaire y gentileza?». «Porque mi carga es doble», responde con modestia el otro (¡excepción rara, entre borricos uno sin soberbia!) «¿Qué importa eso –interrumpe la llama con vehemencia–, si aunque es doble tu carga dobles bríos te dio naturaleza? A proporción soporto, según mi resistencia, igual peso.» «¿Qué alabas como virtud tu complexión más recia? ¡Cuál ciegas, oh amor propio! –exclamó el asno–; en esas razones que me arguyes	15	para tu confusión hallo respuesta: ¿Jactarme fuera impropio de que te excedo en fuerzas, pues no es gracia adquirida sino disposición con que naciera?	35
	20	¿Y a qué otra cosa debes la gallarda presencia que aunque te aflija el peso naturalmente y sin pensar conservas?	40
	25	Si no es a costa tuya, si no has hecho violencia para vencer un vicio, ¿debes hacer alarde de tal prenda?»	45
	30	Luego dirán que el asno es estúpida bestia, pero esta vez al menos un sabio mejor que él no respondiera.	

Notas:

16. En AP, pp. 723-724.

17

LA ROSA

Una rosa clamaba: «¡Oh dura suerte!
Nazco bella, fragante y halagada;
apenas luzco un sol cuando agostada
mis galas son despojo de la muerte,
por la que nombre y esperanzas pierdo: 5
 ¡Que hasta el recuerdo
 de mí se acaba:
 quien me halagaba
 pronto ha olvidado
 que adorné el prado!». 10
Cual rosa el esplendor de nuestra vida
es adulado, efímero y se olvida.

Notas:

17. En AP, p. 724.

LA VIZCACHA Y LA CHINCHILLA

Diciendo a la vizcacha la chinchilla
 que es la más infeliz de todos ella,
 pues no tan pronto el cazador la pilló
 que de su piel avaro la desuella;
 «¿Soy más dichosa yo? –repuso aquella. 5
 ¿A mí también injusto no me mata
 porque mi carne al paladar es grata?...».
 Sépase, amiga, que en el mundo todos
 son infelices por diversos modos,
 y que quien más lamenta su destino 10
 no ganara en trocar con su vecino.

Notas:

18. En AP, p. 724.

v. 1. [N. del a.] *Callomis-Viscacia*, J. Geoff. St. Hil y D'Orbi: mamífero de los llanos de Buenos Aires.

LA LECHUZA, LA GOLONDRINA Y EL CÓNDOR

La lechuza se jactaba a presencia del cóndor de haber trepado valiente a una inmensa elevación,	a una altura prodigiosa el infinito Criador.	20
sin duda porque a unos riscos ágilmente se encumbró, dándoles en breve rato una vuelta al rededor.	La golondrina que oía dijo: «Avechucho simplón, calla, que para rastreras hemos nacido las dos.	5
¿Pero ante quién ostentaba grandes humos de veloz para escalar eminencias? ¿Y en qué precisa ocasión?	Hablar de medir alturas delante de tal señor, es vanidad la más necia, que no merece perdón».	25
En la de llegar entonces de los cielos el cóndor, después de haber revoleado por la azulada región,	¡Oh! si el vencejo supiese comprender lo que entre nos sucede, ¡qué de aspavientos hiciera de admiración!	30
y recorrido las cimas de los Andes, que elevó	Delante del mayor sabio se alaba el fatuo mayor, y habla con más vanagloria que pudiera Salomón.	15 35

Notas:

19. En AP, p. 724.

20

EL CONEJO Y LA ZORRA

El conejo se quejaba
de que el hurón noche y día
contra su vida atentaba;
y una zorra que le oía,
este consejo le daba:

«Cúbrete con un pellejo
de hurón; así pasarás
por el mismo animalejo,

y amigo íntimo serás
del que persigue al conejo».

10

Desde que dio esta lección
5 la zorra, no hay un bribón
que no vista como el bueno,
y que con mérito ajeno
no alcance la salvación.

15

Notas:

20. En AP, pp. 724-725.

21

EL SORDO

Dijo un sordo: «¿Por qué inventan
que es bullicioso el cochino,
cuando tengo en la pocilga
seis que no meten ruido?

Mienten pues los que tal dicen,
o bien un linaje mismo
no tienen todos los cerdos,
pues son callados los míos».

Es de inferir que estos eran
seis trompetas del Juicio,
que gruñir como verracos
supieron desde muy chicos.

10

5 ¡Ved cuál ciega el amor propio!
Lo que era falta de oído
en el sordo, él lo atribuía
a falta de sus vecinos.

15

Notas:

21. En AP, p. 725.

EL AVESTRUZ Y LA PERDIZ

Como tiene costumbre de llevar elevado
 el avestruz airoso su pescuezo delgado,
 y atender raras veces a lo que está en el suelo
 por esparcir la vista con incesante celo
 temiendo que ya el hombre u otro enemigo quiera 5
 sorprenderle maligno cuando él menos le viera,
 en una ocasión de éstas a la perdiz sencilla,
 no reparando en ella, hubo de hacer tortilla.
 Estábase escondida entre las verdes matas
 sin esperar el golpe de tan tremendas patas, 10
 y aplastádola hubieran si ella no grita: «Tente,
 conque vivo fiada en tu ojo solamente
 por su gran vigilancia y sin igual cautela;
 ¿vendrá a darme la muerte mi misma centinela?
 Importa estar en todo, nada haces con salvarte 15
 si a quien en ti confía dañas por otra parte».
 A lo cual le contesta el avestruz: «Amiga,
 aunque es muy afectuosa la amistad que nos liga,
 que yo aprecie mi vida más que la suya es justo,
 y prevenirlo todo no me permite el susto». 20

No con tantas cotufas a la amistad gravemos,
 que si pedimos mucho al fin la aburriremos.

Notas:

22. En AP, p. 725.

EL TIGRE Y EL HALCÓN

Tendido estaba un tigre a las orillas del río Paraná como holgazando, y un halcón que le ve de cuando en cuando enturbiar con la mano las olillas,	En efecto el cuadrúpedo, enturbiada el agua, echaba afuera muchos peces, teniendo así comida delicada. 10
Le dice: «¡Cómo! ¿ocioso y en cuclillas 5 horas enteras os pasáis jugando?». «No hay tal –responde el tigre– estoy cazando con más tino que vos las avecillas».	Nadie obra sin su fin, nadie calcula mal en propio interés; si alguno a veces demuestra lo contrario, disimula.

Notas:

23. En AP, p. 726.

EL GATO MÉDICO

Metiose un gato a médico, en ensayos para adquirir la fama de perito por poco entierra la gatuna especie, pues no mató en sus pruebas por millares (admírate, lector), mató por cuentos: era el médico aquel una guadaña. En fin compadecido hace de simples varios remedios, en verdad no malos; pero el bendito gato a todo achaque da sus recetas sin examen previo de las causas, los síntomas o el clima. Así fue que un enfermo (a quien de priesa debilidad cruel arrebatava por no haber encontrado un ratoncillo) toma un récipe de estos, cabalmente diaforético activo, y tanto suda el infeliz paciente, que a la hora de pura inanición perdió la vida.	5	Hasta hoy tenemos por acá vigentes, hechas por los Alonsos y Fernandos muchas leyes así, que al aplicarlas a infinitos perdieron en la prueba. Como no se dictaron ni se innovan atendiendo a las épocas, distancias y costumbres del pueblo en donde rigen, las aplica seguro un magistrado que se está como el gato a la rutina, y a la una parte sin piedad le espeta un fallo destructor, una receta.	20 25
	10		
	15		

Notas:

24. En AP, p. 726.

RIVERA INDARTE

José

Don J. R. Indarte nació en la ciudad de Córdoba del Tucumán el 13 de agosto de 1814; pero habiéndose trasladado su familia a Buenos Aires, se educó en esta capital, en la cual estudió hasta concluir el curso de leyes que se dicta en su Universidad. En 1834, estudiante todavía, se dio a conocer con la publicación de un opúsculo *–El voto de América–* con el cual logró persuadir de las ventajas que traería a la riqueza del Río de la Plata, el abrir sus mercados y puertos a los productos y bandera de España.

Desde algunos años atrás, estaba Indarte complicado en la política oscura y personal de los «Restauradores»: quien conozca esta política, no extrañará que cayese aquél (inocente pero horriblemente calumniado) en calabozos y en pontones de donde no pudo salir, a pesar de recomendaciones de valía, sino por mar y en rumbo a países extranjeros. Mediante la prisión rehízo Indarte sus estudios, robusteció sus ideas con nuevas y asiduas lecturas y cobró amor a la poesía dándose a versificar al mismo tiempo. «El cristiano Preso», composición a que pertenecen las dos estrofas siguientes, es de aquella época:

Anima al corazón dulce esperanza,
y una luz de los cielos descendida
ahuyenta de mi cárcel denegrida
el lúgubre capuz.

Lejos de mí rencores y venganza:
es tu instrumento el brazo del tirano;
no puedo aborrecer al que es mi hermano;
¡perdónalo Jesús!

Indarte pasó su destierro en Norteamérica y en el Brasil, siempre estudiando y escribiendo: a bordo de una embarcación, a la luz de la bitácora, convaleciente de una enfermedad cruel, escribió en los mares mexicanos varias de las poesías que publicamos.

En julio de 1839 se hizo cargo de la redacción del *Nacional*, periódico de Montevideo, en el cual, mediante seis años combatió día a día la marcha política del gobernador Rosas. Las tendencias de aquel periódico y las miras del partido a que pertenecía su redactor, aparecen del siguiente párrafo, copiado del núm. 513.

Nosotros trabajamos, porque los derechos del hombre sean efectivos; porque el sistema representativo sea una realidad; porque todos concurren a la formación de la ley por la libre elección, a la administración pública por actos arreglados a una constitución y a las mejoras de los elementos de bienestar; por la renovación periódica y progresiva de los administradores y la corrección de los abusos por el libre ejercicio de la libertad de escribir y de pedir.

Este periódico bastaría por sí solo para fundar la reputación de un hombre; pero, Indarte, incansable en el trabajo y fecundo en ideas, produjo a más, muchas otras obras, panfletos, poemas, etc., todos interesantes y que sobrevivirán a la generación actual. Rendido por la tarea y la lucha, murió de una enfermedad al pulmón en la noche del 19 de agosto de 1845, en la isla de Santa Catalina.

Rivera Indarte era modesto porque tenía mérito real: nunca se creyó poeta y desconfió de la aceptación que pudieran tener sus versos: creía, sin embargo, que la poesía era una fuerza que puede encaminar los espíritus al bien, y que ella debía «tener una misión de castigo y de premio y no perderse en el platonismo de las ideas, o en la «espiritualización del amor»: al coronarse el actual emperador del Brasil don Pedro II, le dedicó Indarte un canto, no para adularle, sino para dirigirle elevados consejos, atreviéndose a pedirle la emancipación de los hombres negros, esclavos en sus dominios:

«Rompe la vil cadena
que a esa raza embrutece:
toda opresión condena
el que a Dios obedece;
porque en la cruz del Gólgota
al expirar el hijo,
<Selle mi sangre –dijo–
del hombre la igualdad>.»

Habiéndosele dicho (según su biógrafo¹) que un poeta republicano se degradaba cantando a un monarca, contestó: «El poeta filósofo acepta la inspiración, ya venga del solio o se levante de la cabaña: en el rey y en el mendigo considera a la humanidad, y sin pretender cambio en las formas exteriores que le dan la fortuna o las leyes, sólo a ella tributa el fruto de su musa».

Las poesías de Indarte se hallan en las voluminosas colecciones de los periódicos que redactó; por consiguiente no podemos poseerlas todas: publicamos las más interesantes entre las poquísimas que tenemos a nuestra disposición.

Notas:

¹ [N. de JMG] El coronel de artillería don Bartolomé Mitre, *Biografía de don J. R. Indarte*, escrita por encargo especial del Ministro de gobierno y relaciones exteriores de la República Oriental del Uruguay.

1

EL ROSARIO

Cara memoria de mi tierna madre del pecho nunca te sabré apartar; su mano un día en él te colocara como a infalible y santo talismán.		Cuando Satán el libro del pecado gozoso lleve al juicio divinal, tú borrarás sus páginas horribles, y el fiel de la balanza inclinarás.	20
A mi frente sus labios se juntaron, y su llanto corriendo por mi faz, alzó la diestra en nombre del Eterno y pronunció su bendición de paz.	5	La vez que tus palabras pronunciamos, suspende el purgatorio su penar, y las miseras almas que allí habitan cercano ven el término a su mal.	
Peregrino en el mundo desde entonces, miro horrísono el trueno retumbar, y el rayo descender a los palacios y a mi mansión humilde respetar.	10	Antes que venga de la noche el genio con su vuelo mis ojos a cerrar, mi corazón contempla enternecido esta dulce reliquia maternal.	25
Sin duda por tu influjo misterioso la protección se alcanza celestial: das en la vida amparo, y en la muerte la aureola de los justos inmortal.	15	Y después... a otro mundo trasladado, junto a mi tierna madre creo estar, veo a un ángel de luz sobre su frente, alas de oro y de nieve desplegar.	30

Notas:

1. En AP, p. 728. La obra lírica de José Rivera Indarte se reunió póstumamente bajo el título *Poesías*, con una biografía del autor escrita por Bartolomé Mitre, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1853.

2

EL REY BALTASAR
(MELODÍA HEBRAICA)

Mane, Thecel, Phares.

En el impío festín el rey Baltasar estaba, con la corona en las sienes y sobre un trono de plata.		toda la sierva grey, se postraba y exclamaba: <i>¡Gloria al rey!</i>	
Y damas y cortesanos	5		

De Israel los vasos de oro
que se trajeran mandaba,
y en ellos el vino beban
sus concubinas amadas.
De orgullo y lascivia lleno
sus ricos mantos desgarrá,
y en la desnudez hermosa
su disolución halaga.

Y damas y cortesanos
y toda la sierva grey,
se postraba y exclamaba:
¡Gloria al rey!

—«Los verdes ojos del rey
parecen dos esmeraldas,
la púrpura de la rosa
sus rojos labios no iguala.»

—«Dichosa la virgen bella
que oye sus dulces palabras;
dichosa la que en sus brazos
de amor el aliento exhala.»

—«Prudente y sabio es el rey,
justicia tan sólo manda,
la tierra adora sus leyes,
ventura eterna le aguarda.»

—«¡Qué vale el Dios de Israel
contra el poder de su espada!
¡De los míseros judíos
cuál es la triste esperanza!

Y damas y cortesanos
y toda la sierva grey,
se postraba y exclamaba:
¡Gloria al rey!

En esto una horrible mano
sobre la pared grabara,
sentencia que nadie entiende,
y el rey Baltasar temblaba.
Era Mane, Thecel, Phares,
la inscripción de la muralla,
y al rey, la corte y el pueblo
terror de muerte causaba.
A sus magos les pregunta:
«¿Qué dicen esas palabras?».

Y ellos responden confusos:

10 «Nuestra ciencia no lo alcanza».

La reina entonces le dice:

«Llama a Daniel, ¿a qué aguardas?

Es hombre de Dios querido, 55

y en él tu padre confiaba».

15 Y damas y cortesanos
y toda la sierva grey,
se alejaba y exclamaba
¡Ay! ¡del rey! 60

20 —«Si aclaras este misterio
que a mi corazón espanta,
segundo te haré del reino
y vestirás escarlata.»

—¿Triste mortal qué me ofreces 65
cuando a ti todo te falta?

25 En esa inscripción yo leo
«Tú vas a morir mañana».
En esa inscripción yo leo
el Moro y Persa mañana, 70

30 las riquezas de tu casa.
Pues blasfemaste de Dios,
tu triste huesa *mañana*
del último de tus siervos 75
será con desprecio hollada...

35 El gozo de los tiranos
es cual fosfórica llama,
que en la noche tenebrosa
de las tumbas se levanta. 80

Sólo un momento es la tierra
de sus caprichos esclava,
pero él pasa y sus verdugos,
son polvo, gusanos, nada. 85

En tanto al mísero rey
la pena y terror desmayan.
Busca a los suyos y encuentra
sólo a Daniel que le hablaba; 90

45 pues damas y cortesanos
y toda la sierva grey,
se alejaba,
y exclamaba: 90
50 ¡Ay! ¡del rey!

Notas:

2. En AP, pp. 729-730. | Epígrafe: «mane, thecel, phares»: Palabras hebreas cuyo significado es «pesado, contado, dividido», que, según la Biblia, aparecieron escritas con letras de fuego en el muro del salón donde Baltasar celebraba su última orgía mientras Ciro penetraba en Babilonia. Se mencionan para aludir con ellas al fin próximo, fatal y desastroso que se prevé para algo. Diccionario de María Moliner.

3

MI PROMESA

SONETO

Del abierto bajel la rota quilla
consagra al cielo el triste naufragante,
que la furia del piélago espumante
logró evitar en la cercana orilla.

Del hado injusto embota la cuchilla,
sostén, Señor, mi esfuerzo vacilante;
te ofrece tuya ser en adelante,
esta alma que el dolor hoy amancilla.

Ya no será mi corazón despojos,
ingrato amor, de tu mentido encanto, 10
fosfórica visión de barro inmundo:

5 el llanto que derraman estos ojos
solo al pie correrá del leño santo,
«en que expirará el Salvador del mundo».

Notas:

3. En AP, p. 730.

4

EL PÁJARO DEL MAR

Aquella noche de memoria ingrata
mar y cielo entre sombras ocultó,
sólo una estrella a ratos despedía
por entre nubes pálido fulgor.

De las rugientes olas azotada,
luchando con el viento bramador,
la nave de los hijos de Colombia
audaz el ancho piélago surcó.

El bronce que las horas acompaña,
la fatídica décima anunció,
y el blanco paño del bajel soberbio
la estrella solitaria reflejó:

sobre el árbol mayor deforme objeto
el nauta absorto entonces descubrió;
era un oscuro pájaro selvático, 15
que reposo o asilo allí buscó.

5 Tan extraña visión en aquella hora
llenó mi alma de súbito terror;
el espíritu errante ver creía
de alguno que en las ondas expiró. 20

10 Era tal vez un ave peregrina
que la tierra extranjera abandonó,
para gozar en los nativos valles
la gloria con que el Mayo los vistió.

Horrible idea el fiero nauta tuvo
y la muerte del ave decretó,
su bárbara impiedad yo le afeaba,
ni ruegos, ni reproches escuchó.

El plomo despidió su arma funesta...
un gemido en los aires resonó,
y con sangre las velas salpicando,
sin vida, al mar, el pájaro cayó.

25 No dejará sin pena tal delito
aquel Uno, invisible vengador:
yo vi ¡ay! rojo fuego levantarse
en el lugar do el pájaro murió. 35

30 Calmó el viento y las olas se aquietaron
y el marino su hazaña celebró:
¡necio contento! a veces la venganza
es más cruel si dilata su furor. 40

Notas:

4. En AP, pp. 730-731. | Título: [*N. del a.*] Estos versos fueron escritos en los mares del norte de América.

v. 17. AP: *hera*, corrijo por *hora*.

5

LA DONCELLA LOCA

Vertiendo acerbo llanto
vaga una virgen bella,
y de mortal quebranto
lleva profunda huella
sobre su rostro pálido,
cual deshojada flor.

Doliente y enlutada
tres lustros no ha cumplido,
y ya desconsolada
del mundo ingrato ha huido,
y en el sepulcro busca
remedio a su aflicción...

En vano la doncella
con anhelantes ojos,
en su dolor más bella,
buscaba los despojos,
del generoso joven
que su alma cautivó.

No halló de sus amores
la tumba ensangrentada, 20
y las funéreas flores
de sí lanzó angustiada,
5 y entre sus labios áridos
sonó una maldición.

Y aquel virginal seno, 25
robada su esperanza,
girar sintió el veneno
10 de la hórrida venganza,
y pronunció de muerte
un juramento atroz. 30

Allá en la noche cruza
por la ciudad dormida:
15 puñal oculto aguza
demente y dolorida,
y un corazón acecha 35
por otro que perdió.

1841

Notas:

5. En AP, p. 731.

A... EN SU NATALICIO

De tu natal en el dichoso día quisiera poseer mi fantasía, para ceñir tu frente una corona; no orlada con el mirto de Helicon, ni con las flores que apetece el mundo y que marchita el viento en un segundo.		el pensamiento puro cual armiño; y con el <i>sí</i> de amor que da la esposa la lágrima de virgen piadosa.	20
No de opaco laurel, ni de oro o plata que el ansia aumenta y el contento mata, ni de rubí, topacio y esmeralda de blancas perlas o brillante gualda, ni de buscada piedra de Golconda que el ojo alegre y un tesoro esconda.	5	El incienso del ara, y el gemido que exhala el pecador arrepentido, con el ruego que un mártir expirando eleva a Dios por su verdugo infando.	25
	10	La bendición paterna, y la armonía que inunda el templo en un solemne día; cristalizando en modo caprichoso los suspiros del triste y del dichoso.	30
Una aureola mi afecto pide al cielo que ajar no pueda de la muerte el hielo, do se mire enlazada la esperanza con el bien anhelado que ella alcanza, y en bella forma estén entretejidas, de María las preces bendecidas y los maternos besos, y de un niño	15	De estas joyas formando una corona cuando el sol brilla en su plateada zona, en tu natal tu frente ceñiría, y esa corona eterna brillaría.	
		1840	

Notas:

6. En AP, p. 731.

EULOGIA PÉREZ

Murió la virgen de las dulces horas, de la belleza la dorada flor: iba a ser tuya, joven que la lloras, y alma del cielo se elevó hasta Dios.		gentil y pura como el alba hermosa para hechizar el corazón nació, y de su boca de jazmín y rosa para verter palabras de pasión.	15
En los senderos de la ingrata vida como ilusión de tierno frenesí, como la perla en arenal perdida, brilló y su lampo al esconderse vi.	5	Y era santa, inefable su sonrisa, el perfume que suelen exhalar las flores agitadas por la brisa que ha mojado sus alas en el mar.	20
Y la luz de sus ojos esplendente, suave como la estrella matinal, y los rubios cabellos de su frente cual oro y seda en su garganta ondear:	10	Hija sensible, cariñosa y pía, la corona de esposa le ofreció el ángel de la ardiente simpatía, de los santos amores precursor.	

Y la idea querida que atesora,
 bañó su rostro en cándido rubor,
 presente siempre la dulcísima hora
 en que su seno palpité de amor.

Pero con ciegas iras
 la despiadada muerte,
 en su cabeza joven
 vapor de tumba vierte,
 y desfallece y arde
 la virgen infeliz.

Y su cabello hermoso
 al punto dividido,
 no ondea ya en su cuello:
 joyel de amor perdido,
 aroma que sus hojas
 rinde entre polvo vil.

En el solemne trance
 no le amedrenta el ceño
 de enfermedad terrible:
 el encantado ensueño
 de sus amores cándidos
 le encubre su dolor.

Y entre ilusiones flota
 su mente delirando,
 piensa que el sol para ella
 sus rayos derramando,
 brilla con la luz plácida
 que alegra el corazón:

Y que guirnalda pura
 de azahar ciñe su frente,
 y que su amor de virgen
 trémula, balbuciente,
 ofrece a su adorado,
 del ara en el dintel.

25 Pero con soplo frígido
 la realidad ahuyenta
 las ilusiones de oro
 que su pasión inventa,
 y la doncella mira
 su porvenir cruel. 60

30 Férvido adiós entonces
 envía resignada
 a sus llorosos padres,
 a su familia amada,
 y a su adorado, lánguida
 dice también adiós. 65

35 70

Por su ventara ruega
 pero la idea impía,
 de que otro amor su pecho
 pueda abrigar un día,
 la aflige y al delirio
 torna de su pasión. 75

45 En su blanco ataúd como dormida
 la mira el pueblo con doliente faz,
 y no puede creer que de esta vida
 se ha desceñido el velo funeral. 80

50 Y del templo en la cúpula está ella
 transformada en celeste querubín,
 más que en el mundo fascinante y bella
 sus ecos une a la oración de allí.

Y las nítidas lágrimas recoge
 que a su memoria vierte la amistad,
 las preces de las vírgenes acoge,
 manda a sus pechos bálsamo de paz. 85

55 Las que vais a gustar santos amores
 a Eulogia un pensamiento consagrad,
 y con guirnaldas de argentinas flores
 la cruz de su sepulcro coronad. 90

Montevideo, diciembre 19, 1842.

Notas:

7. En AP, pp. 732-733.

v. 30. AP: *despiada*, corrijo por *despiadada*

(VERSOS ESCRITOS EN EL GOLFO MEXICANO)

- En las ondas azules, agitadas,
cuando el austro amenaza tempestad,
el riesgo olvido de mi frágil nave,
sólo pienso, mi bien, en tu beldad.
- Antes de verte, hechizo de mi vida,
mi triste corazón era un volcán,
y en su lóbrego centro se agitaban
fiera ambición, venganza funeral. 20
- Ruega por mí, ferviente y piadosa
al que rige la tierra, el viento, el mar;
de tus santas plegarias conmovido,
mi delincuente vida salvará.
- 5 Crudos embotes de civil discordia
lauro sangriento, aplauso popular,
eran objetos que a mi pecho hacían
de esperanza y de gozo palpar.
- Este secreto impulso que me arrastra,
hacia tu ser hermoso, celestial,
no es el amor profano do este mundo,
misterio es de pasión y de piedad.
- 10 Te vi, y amé el perfume de los campos, 25
la pureza de un pecho virginal,
el río que se esconde entre las flores
en un infante el beso maternal.
- Suele buscarte mi alma enardecida
en el éter del aura matinal,
en el cielo de un sol que se despide...
no en el grato recinto de tu hogar.
- 15 Hoy ya no cruzo el piélago espumoso 30
tras de una gloria de placer falaz;
corro a tus brazos... a mi opaca frente
una lágrima tuya animará.

Notas:

8. En AP, p. 733.

LA CINTA VERDE

- Deja mi pecho ingrato desconsuelo
que ya volvió mi plácida ilusión;
hoy con un ángel descendió del cielo
la cinta verde de inmortal color.
- me escudará del golpe a la pujanza
la cinta verde de inmortal color.
- Ella un misterio de piedad me envía,
una esperanza de futuro amor;
de mi victoria el lauro será un día
la cinta verde de inmortal color.
- 5 En negra cárcel o en hogar suntuoso 15
adornará mi amante corazón,
de mi firmeza símbolo glorioso
la cinta verde de inmortal color.
- Si en el combate una enemiga lanza
vuela a mi seno con mortal rigor;
- 10 Y si al que osado tu belleza adora 20
rindes la fe que debes a mi amor,
con muda lengua te dirá: «¡traidora!»
la cinta verde de inmortal color.

Junto a la cruz de mi funérea losa
 como reliquia de amoroso ardor,
 pueda ocultarte mano piadosa
¡oh! cinta verde de inmortal color.

Notas:

9. En AP, pp. 733-734.

10

LA LECHUZA

Si miro al mar, mil sombras considero,
 si al cielo miro, sangre me parece
 su velo azul, si al aire lisonjero,
 aves nocturnas son las que me ofrece.

Calderón

Desde aquel día en que cayó a mis plantas,
 bañado en sangre mi infeliz rival,
 una visión horrible me persigue,
 y ni un momento ceso de penar.

Llega la noche, y si mis tristes ojos
 plácido sueño llegan a gozar,
 tres veces silba el monstruo que me asedia,
 y la bóveda cruza sin cesar.

20

Temblando Elvira me estrechó en su seno, 5
 pero al querer mi triunfo coronar,
 sobre el purpúreo lecho damasquino
 vi una negra lechuza revolar.

En la vecina iglesia una campana
 lúgubrementemente empieza a resonar,
 crecen las sombras, y repite el eco
 un lejano gemido sepulcral.

Huyendo esta visión que me atormenta
 mil apartados climas recorrí,
 y ya tranquilo mi agitado pecho
 la antigua llama renovar sentí.

10

Ya de Elvira la imagen he olvidado 25
 pero constante vive mi dolor,
 y del ave nocturna a todas horas
 suena en mi oído el fúnebre clamor.

Ciego de amor y de esperanza, al puerto,
 de mi patria a la playa me volví,
 salté al esquife, y circular mi frente
 al ominoso pájaro yo vi.

15

Este ser que la sangre ha producido 30
 que derramó mi criminal furor,
 gemirá eternamente mientras dure
 de mi espíritu el pálido fulgor.

Notas:

10. En AP, p. 734.

OJOS HERMOSOS LLORAD POR MÍ

¡En vano al viento doy mi querella sin esperanza muero de amor, ayer mi vida tan dulce y bella y hoy desgarrada por el dolor! Piedad os cause mi amarga pena, pues sois sensibles y yo infeliz: turba una sombra mi luz serena... Ojos hermosos llorad por mí.			
Es la que adoro la suave aroma, el ángel puro que envía Dios; cuando a la tierra su frente asoma se agita plácido el corazón; negros cabellos y tez de nieve y labios rojos como carmín, y cual la palma graciosa y leve... Ojos hermosos llorad por mí.			
Entre pestañas negras y hermosas sus ojos brillan de amor volcán, y sus palabras son armoniosas como las auras que besa el mar, pero a mis ansias es siempre muda, o no comprende mi frenesí; Aquí en el pecho... tengo una duda... Ojos hermosos llorad por mí.			
De amor hablela tan sólo un día, y ella me dijo con triste voz: «Me aguarda pronto la tumba fría y a mis umbrales vela el dolor». Si así lo ha escrito la dura suerte			
		aborrecible me es el vivir, a ambos nos hiera la misma muerte... Ojos hermosos llorad por mí.	30
	5	Si tú me amas benigno el cielo tu vida bella prolongará, muere la rosa de ingrato suelo bajo las alas del vendaval, pero su furia firme resiste y crece altiva triunfando al fin.	35
	10	si amiga mano contra él la asiste... Ojos hermosos llorad por mí.	40
	15	Mirarme suelen sus lindos ojos y por mis venas corre el placer, mas huyen luego, ardo en enojos que su luz pura la torna cruel. Es mi enemigo... que también la ama...	45
	20	¡Quizá dichoso cual yo infeliz! Crimen de sangre mi pecho inflama... Ojos hermosos llorad por mí.	
		Nunca esta angustia la dirá el labio que tiemblo mísero de su rigor, no la castigue cual torpe agravio de eterna ausencia con pena atroz. ¡Qué importan dudas! si yo te miro mujer que ocultas al serafín, y hasta tu aliento dulce respiro...	50
	25	Ojos hermosos llorad por mí.	55
		1843	

Notas:

11. En AP, pp. 734-735.

HOJAS DE UNA GUIRNALDA

Un año más se cumple hoy
que a la tierra mandó el cielo
la flor que anhelando estoy
y que es delicia del suelo.

¡Dichosa! porque los años,
la engalanan con primores,
y ni la traen desengaños,
ni la afligen con rigores.

Cuando en su seno el otoño
ostenta su fausto día,
parece joven retoño
que a los vientos desafía.

Y resplandece más bella
y su inteligencia alta,
como la palma descuella,
como el águila se exalta.

Sin duda en la hora dichosa
que ella tuvo nacimiento,
visitó una esfera hermosa
de un ángel el pensamiento.

Sin duda fueron felices
dos flores cuyo perfume,
cuyos dorados matices,
un rayo de sol consume;
o al girar por los espacios
dos astros en armonía,
de sus ejes de topacios
se escuchó la melodía;

o a dos perlas orientales
de sus mágicos colores,
sobre lecho de cristales,
vistió el alba con amores.

Los años en mi cabeza,
hondas huellas van abriendo,
mi planta en el mal tropieza,
mis ensueños veo huyendo;

Perdida sin horizonte
navega mi triste vida,
cuando descubre algún monte
en él ve la muerte erguida.

Y mi corazón palpita
con profundo desconsuelo:
no hay quien sepa que lo agita,
no hay quien comprenda su duelo.

5 Pero si te canto, hermosa, 45
todas mis penas olvido,
cual la tórtola llorosa
si canta su bien perdido.

¿Quién pudiera tus deseos
10 uno a uno adivinar, 50
y con rosas siempre frescas
tu cabeza coronar?

¿Quién pudiera a tus umbrales
como esclavo tuyo estar,
15 y de tus ojos la lumbré 55
a todas horas gozar?

¿Quién el guardián de tu sueño
lo pudiera contemplar,
y los latidos dulcísimos
de tu corazón contar? 60

20 ¿Quién pudiera de tu boca
el rezo santo escuchar,
que al cielo elevas ferviente
de la aurora al asomar?

¿Quién pudiera a tu destino 65
su destino encadenar,
25 y como madre a su niño
sobre tu dicha velar?

El porvenir sin misterio
es para ti virgen bella, 70
en él constante el imperio
será de tu blanca estrella.

Tú siempre tendrás quien te ame,
quien al nombrarte suspire,
quien en su dolor te llame, 75
quien con encanto te mire.

35 Que eres bendición del cielo,
de poetas ilusión,
jazmín que no amustia el hielo,
dulce imán del corazón. 80

40 Montevideo, mayo 1844.

Notas:

12. En AP, pp. 735-736.

13

EN UN ÁLBUM

Página frágil símbolo de olvido,
en ti quiere tu dueño que yo grabe
mi oscuro nombre a su amistad querido.

No importa, no, que tu existencia acabe,
que mi nombre en su pecho está esculpido, 5
página frágil, símbolo de olvido.

1840

Notas:

13. En AP, p. 736.

14

A UN AGIOTISTA

...Coeur de tigre et tête de mulet.
Barth. et Mery

De cuerpo burdo, en la paciencia bruto,
villano en el querer, sierpe en malicia,
engendro de delito y avaricia,
demonio aleve de matanza y luto.

del cielo y de los hombres maldecido,
de parientes y amigos y de hermanos 10
al dolor insensible y al lamento,

La guerra soplas con rencor astuto,
y es la horrible discordia tu delicia,
que apagada la antorcha de justicia
cosechar puedes de maldad el fruto:

5 sobre tumbas de suelo enrojecido,
en convulsivo afán cuentan tus manos
precio de tu perfidia oro sangriento.

1841

Notas:

14. En AP, p. 736.

15

FRAGMENTO DE UN POEMA A MAYO

«Suenan el clarín, de América campeones,
la que es colonia quiere ser nación;
relinchan de la guerra los bridones:
¡gloria al azul y blanco pabellón!»

Entre Europa y América, lindero 5
de mar profundo paso el Hacedor,
salvole el genio de la España fiero
y la cruz en los Andes enclavó;

y bajo el soplo de ambición cruenta cayó el imperio idólatra del sol: sobre él cristiana una nación se ostenta: ya terminó de España la misión.	10	¿por qué encerrarnos en oscuros nidos si a los vientos podemos desafiar? «Suenan el clarín, de América campeones etc.
«Suenan el clarín, de América campeones etc.		Misero negro al África robado, 50 encara firme el matador fusil; de tu esposa en el vientre, condenado estaba tu hijo a servidumbre vil. Doble falange de tus amos viene, 55 hiérela osado, venga tu baldón; sobre su esclavo un déspota no tiene sino de orgullo y crimen la ilusión.
El campo labra nuestro corvo arado, vencido el toro a nuestra fuerza, es buey, y el inglés en batallas avezado sus armas ha rendido a nuestros pies. Doctores, vates, próceres tenemos, luz de la ciencia del Estado honor, ciudades, puertos, minas poseemos y un varonil altivo corazón.	15 20	«Suenan el clarín, de América campeones etc.
«Suenan el clarín, de América campeones etc.		Vuestros harapos, gauchos del Oriente, 60 trocáis por la gala carmesí, recamada de plata reluciente, que ostentan esos sátrapas allí. ¡Sus! a la carga con la lanza fija, 25 nada detenga el rápido corcel, entre el montón vuestro rencor elija 65 la sangre odiosa que ella ha de verter.
Un pueblo somos de otro pueblo esclavo, entre los siervos abatida grey: ¡tal afrenta borremos! el que es bravo no consiente en su casa extraño rey. Bellas como los ángeles del cielo de nuestra patria las mujeres son; pero al mirar un español al suelo bajan los ojos con servil temor.	25 30	«Suenan el clarín, de América campeones etc.
«Suenan el clarín, de América campeones etc.		Esa servil mesnada que se avanza a vuestro intento apoda de traición, mostrad que quien combate lanza a lanza 70 es leal adversario, no traidor. ¡No os apiadéis! que caigan esos cuellos bajo del sable, al filo del puñal: 35 ved que cuelgan en trenzas sus cabellos, son asideros que la muerte os da. 75
Grandes, obispos, jueces, generales, a nuestras playas nos arroja el mar; nobles son y señores principales, vosotros un rebaño que les dan. ¡Indio! ¿por qué derramas triste lloro? —Me envían al horrible socavón a do murió mi padre... a sacar oro, oro que a España llevará el galeón.	35 40	«Suenan el clarín, de América campeones etc.
«Suenan el clarín, de América campeones etc.		Cadalso en esos muros ominoso, para el vencido preparado está, y laurel al que en ellos animoso logre el patrio estandarte tremolar. 80 ¡Ea! a la carga, rotas sus legiones de la llanura en la tremenda lid, en salva estrepitosa esos cañones de anuncio a nuestra gloria han de servir.
Sangrienta ha sido por demás la historia del indio, presa del hispano audaz; olvidemos tan horrible memoria que a nuestros padres Dios ha de juzgar. De verdugo y de víctima nacidos, de la paloma y gavián voraz,	45	

«Suena el clarín, de América campeones etc. 85

Y después de esta guerra vencedores,
alzaremos el templo de igualdad:
habrá pueblo, no plebe ni señores,
y ara el trono será de libertad.
Y tú ¡oh mi patria! entre los pueblos bella 90
de dicha y de virtud serás mansión,
cual en opaco cielo nueva estrella
de misterioso y plácido esplendor.

«Suena el clarín, de América campeones etc.

1841

Notas:

15. En AP, pp. 737-738.

SALAZAR
José María

El señor José María Salazar (neo-granadino) fue plenipotenciario de Colombia en los Estados Unidos, por los años de 1826 Al año siguiente, obtuvo el nombramiento de Ministro de la Alta Corte de Justicia en Bogotá, cargo que no desempeñó, pues a fines de 1828 partió desde Nueva York para Europa. Murió en París.

El redactor del *Museo de Ambas Américas*, en el tercero de sus artículos sobre las «Delicias y ventajas del estudio», coloca al señor Salazar, entre aquellos ingenios americanos que han producido ingeniosas o bellas composiciones en distintos géneros de poesía. Al mismo distinguido literato debemos el conocimiento de la siguiente canción, la cual, entre otros méritos, tiene la de ser uno de los primeros cantos de la independencia.

1

CANCIÓN NACIONAL

CORO		y hasta al suelo del México hermoso libertad comunica su ardor.	20
<i>A la voz de la América unida de sus hijos se inflama el valor; sus derechos el mundo venera y sus armas se cubren de honor.</i>		CORO	
Desde el día que en este hemisferio	5	Se conmueven de júbilo y gozo las cenizas del digno Colón y los manes de príncipes tantos, cuyo trono la Iberia usurpó.	
vivir libre juró nuestro pueblo convertido de esclavo en señor.		Ya revive la patria querida	25
Este voto del cielo inspirado		de los incas, los hijos del sol,	
a la faz de la tierra ofreció;	10	el imperio del gran Moctezuma, de los zipas la antigua nación.	
con placer las naciones le oyeron, los tiranos con susto y pavor.		CORO	
CORO		Héroes indios, la América toda os saluda con himnos de amor,	30
Tú primero, inmortal Venezuela, dar supiste el ejemplo y la voz;		y os ofrece por justo homenaje roto el cetro del cruel español.	
y con gloria la Nueva Granada	15	Y vosotras ¡oh víctimas caras! que el cadalso del yugo libró,	
sus cadenas al punto rompió.		viendo el fruto de tal sacrificio	35
Bueno Aires y Chile a porfía se disputan el mismo blasón,		descansad en la eterna mansión.	

CORO		que la llama enemiga abrasó	50
		nos excitan a justa venganza	
		y nos hablan con mudo clamor.	
A los aires se eleva triunfante de la América el fiero condor, y a su vista le mira abatido de la Iberia el soberbio león:	40	CORO	
ya no ruje cual antes solía, el aliento primero perdió, la melena sacude sin brío falto ya del antiguo vigor.		¡Esto es hecho! La América al orbe se presenta cual nueva nación, la barrera del vasto oceano	55
CORO		de dos mundos impide la unión. Adiós trono, ministros, validos, instrumentos de vil opresión; bendiciendo la mano divina	
Nada importa que en vez de la fuerza	45	os decimos el último adiós.	60
ponga en juego la infame traición, y que el fin de su imperio señale con escenas de muerte y horror. Los despojos, las ruinas, los pueblos		CORO	
	1815		

Notas:

1. En AP, pp. 739-740; en *El Conductor*, Bogotá, viernes 6 de abril de 1827, p. 71, col. 1-2; en José María Salazar, *La colombiada o Colón, El amor a la patria y otras poesías líricas*, Caracas, Oficinas tipográficas de Briceño y Campbell, 1852, pp. 145-146. | En *El Conductor*, 1827, antecede al poema la siguiente nota: «Creemos dar un placer a nuestros lectores reproduciendo la siguiente canción nacional, publicada el año de 1815 de que apenas existirá rarísimo ejemplar y que es digna obra de uno de los más distinguidos talentos de que se honra Colombia, de nuestro amable compatriota el ciudadano José María Salazar, antiguo ministro de Colombia en los Estados Unidos del Norte y hoy ministro de la alta corte de justicia». | Anota Héctor H. Orjuela: «Gozaron también de popularidad una <Canción nacional>, escrita en 1814, y un año después el poema <América libre (Canción)>, impreso en el *Correo de la Nueva Granada*, del 10 de octubre, que algunos consideran nuestro primer himno nacional y que para Gustavo Otero Muñoz constituye la marsellesa colombiana, la cual en realidad celebra el grito de independencia de varios países de América: <A la voz de la América unida / de sus hijos se inflama el valor, / los derechos el mundo venera / y sus armas se cubren de honor>» (estos últimos versos son citados de Rafael Pombo, *Poesías granadinas escogidas*, ms. [s. a., s. p.], de donde también toma Orjuela la versión completa que incluye en el volumen). Cfr. José María Salazar, *Patriarca de la poesía antioqueña. Antología*, ed., introd. y notas de Héctor H. Orjuela, Bogotá, Editora Guadalupe, 2002 (Colección Héctor H. Orjuela, Historia crítica de la literatura colombiana), p. 15. | Esta composición llega a manos de JMG por medio de Juan García del Río, quien acompaña el poema con estas líneas: «Hasta ahora no parecen los materiales que he pedido a la Nueva Granada para ayudar a usted. Rebuscando aquí papeles viejos, he encontrado una poesía de Salazar que tiene el mérito de ser una de las primeras producidas por nuestra Revolución. Adjunta la hallara usted». Cfr. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 350, 4-7-1846, de Juan García del Río, Lima, a JMG, Valparaíso, p. 63. | Título: en *La colombiada*, 1852, sin título, en la sección «Poesías patrióticas». v. 4. *La colombiada*, 1852: *llenán* (por *cubren*). v. 6. AP: «de la *aurora* la *gloria* brilló» (por «de la *gloria* la *aurora* brilló»); sigo *El Conductor*, 1827 y *La colombiada*, 1852.

vv. 13-16. *La colombiada*, 1852: «Venezuela y la Nueva Granada / sus cadenas indignas rompió, / al ejemplo que disteis vosotros, / moradores del alto Ecuador.».

v. 19. *El Conductor*, 1827: *el* (por *al*); *La colombiada*, 1852: *aun* (por *hasta*).

vv. 21-44. En *La colombiada*, 1852: se refunden las tres estrofas en dos: «Ya revive la patria querida / de los incas, los hijos del sol, / el imperio del gran Motezuma, / de los zipas la antigua nación. / Héroes indios, la América toda / os saluda con himnos de amor, / y os ofrece por justo homenaje / en pedazos el cetro español. // CORO // Y vosotros, ¡oh víctimas caras! / que el cadalso del yugo libró, / con el fruto de tal sacrificio / descansad en la eterna mansión. / Ved que al aire se eleva triunfante / de la América el fiero condor, / y a su aspecto mirad abatido / de la Iberia el soberbio león.».

v. 28. [N. de JMG] Los *zipas*, principales indígenas de Bogotá, eran tributarios de los jefes de los famosos muiscas, nación poderosa que habitaba en las llanuras de Cundinamarca.

En un núm. reciente del *Día de Bogotá* hemos leído una composición poética al «Tequendama», en la cual el joven autor (de cuyo nombre sólo conocemos las iniciales) apostrofa así a los sitios en donde imperaron los *zipas*: «Mas, ¿dónde están ¡oh río! aquellos pueblos / de esta región antiguos moradores? / ¿Qué se hicieron los zipas triunfadores / que se asentaban sobre el trono de oro, / y que padres más bien que augustos reyes, / sonriendo con delicia y frente leda, / de paz y amor dictando iguales leyes, / cual se gobierna a una familia, al pueblo / con el cayado patriarcal llevaban / cual con riendas de seda? / ¿En dónde el templo en lágrimas de oro / resplandeciente al sol? ¿A qué comarca / trasladaron las aras en que ardía / el aroma suavísimo, entre el coro / de voces virginales noche y día? / ¿Dónde Aquimín, el Bogotá, el Tundama? / ¿A dónde el santo Sugamucú? ¿a dónde? / Tu trueno asolador como un lamento, / es la voz sola que a mi voz responde...». [N. de la e.] JMG hace referencia al poema «El Tequendama» de José Joaquín Ortiz, publicado en *El Día*, núm. 399.

v. 39. *El Conductor*, 1827: *se* (por *le*).

v. 46. *La colombiada*, 1852: «*use España*» (por «*ponga en juego*»).

v. 48. *El Conductor*, 1827: «*y de horror*» (por «*y horror*»).

v. 50. *El Conductor*, 1827: *abrazó* (por *abrasó*).

Data. *El Conductor*, 1827: sin data ni último coro; *La colombiada*, 1852: sin data.

SANFUENTES

Salvador

El señor don Salvador Sanfuentes nació en Santiago de Chile el día 2 de febrero de 1817, en cuyos colegios se educó hasta recibirse de abogado en mayo de 1842. Desde 1835, seguía la carrera de los empleos obteniendo el de secretario de legación al Perú en 1836, el de oficial mayor del Ministerio de Justicia y el de secretario general de la Universidad en 1837. Fue diputado por Vallenar y Freirina en la última cámara.

El señor Sanfuentes servía desde abril de 1845 el importante cargo de intendente de Valdivia, cuando fue llamado a integrar el Ministerio de Setiembre en el departamento de Justicia, Culto e Instrucción pública.

El señor Sanfuentes ha dicho en una carta confidencial: «Para mí la poesía es la primera de las artes. Me reconozco deudor a la *Eneida* de Virgilio, a la *Araucana* de Ercilla y a las tragedias de Juan Racine del entusiasmo que desde mi primera juventud concebí por ella». Fruto de este amor es el poema «El campanario», algunos rasgos publicados en el *Semanario* y otros trabajos de importancia que permanecen inéditos en poder del autor.

1

EL CAMPANARIO

LEYENDA NACIONAL EN TRES CANTOS

PRÓLOGO

Grave asunto es escribir para el público un poema: cosa difícil un tema que a todos guste, elegir.	Porque sé que para el chiste vale bien poco mi musa, y casi siempre confusa a encumbrarse se resiste.	15
Unos lo serio prefieren, otros aman lo jocoso, estos estilo pomposo, aquéllos humilde quieren.	De llorar se cansa a veces, y de describir pasiones, y entre sus inspiraciones vierte a menudo sandeces.	5 20
Yo que acometer intento empresa de tanto azar, casi siento al empezar, sucumbir mi atrevimiento.	Pero sé también, chilenos, que si nunca comenzamos, campo vastísimo damos, a los dicterios ajenos.	10
	Ya sabéis lo que nos dice un periódico perverso,	25

que no ha producido un verso
nuestro caletre infelice;

a pesar que maestro hermano
más estrofas ha medido,
que lagrimones vertido
por el monte y por el llano.

Sabéis también que indulgentes
serán con nuestros ensayos
ciertos benéficos ayos
que quieren hacernos gentes.

¿Qué tememos, compatriotas,
con tan franco pasaporte?
Ea ¡que no hay quien nos corte,
ni diga: «Callad idiotas»!

Si no sabemos hablar,
inventemos un lenguaje:
todo lo vence el coraje
y se trata de empezar.

Por mi parte, he de deciros
que aunque sé que nada valgo,
a vuestra cabeza salgo
deseoso de redimiros

de ese temor que encadena
vuestras mentes embotadas
por reglas ya desterradas
del recinto de Hipocrena.

¿No somos libres hoy día?
¿No hemos hecho mil pedazos
los ignominiosos lazos
de la hispana monarquía!

Y formando a nuestro modo
un gobierno democrático,
¿no hemos con grito simpático
dicho que el pueblo lo es todo?

Pues ¿por qué en literatura
sufrimos un yugo exótico,
y ese vestigio despótico
entre nosotros aún dura?

30

¡Vamos, vamos! que es en suma
preciso ser consecuentes,
y hacernos independientes
con la espada y con la pluma.

65

35

Escribamos sin preceptos,
cuanto a las mentes nos venga,
y ninguno se detenga
a meditar sus conceptos.

70

40

Si le falta el consonante,
en el sitio requerido,
hágase el desentendido
y continúe adelante.

75

45

Ni mida con mucho empeño
los versos que vaya echando,
que en la tierra anda alternando
lo grande con lo pequeño.

80

50

Con nuestra facilidad
la prensa gemir hagamos,
y entre tanto repitamos:
«¡Qué viva la libertad!».

85

55

Si os parece estrafalario,
compatriotas, tal consejo,
con vuestro capricho os dejo;
ya yo soy su partidario.

90

60

Y hoy permito a rienda suelta
divagar mi pensamiento,
y una historia os presento
en difícil metro envuelta.

95

Si os gusta, tanto mejor:
si os desagrada, acabose;
más de un poeta llevose
un chasco mucho peor.

Notas:

1. En AP, pp. 741-773; en *El Semanario de Santiago* (Santiago de Chile), 1842, en 9 entregas periódicas: en los núm. 5, 6 y 7 (11, 18 y 25 de agosto respectivamente) se publicaron el prólogo y el canto I; en los números 16, 17 y 18 (20 y 27 de octubre y 3 de noviembre), el canto II; y en los núm. 24, 25 y 26 (15, 22 y 29 de diciembre), el canto III y la conclusión. Agradezco la gentileza de estos datos y una transcripción paleográfica de las entregas citadas a Violeta Picard, quien preparó la primera edición crítica de *El Campanario* (aún inédita). Póstumamente, el poema apareció en Salvador Sanfuentes, *Leyendas nacionales*, Santiago de Chile, F. A. Brockhaus [Leipzig], 1885 (Biblioteca Chilena), pp. 1-85. | Anota Ignacio Álvarez que este poema fue publicado en 1842 justamente como «respuesta a las mordaces intervenciones de Sarmiento en el incipiente campo cultural chileno y, por ende, constituye uno de los primeros esfuerzos por constituir una literatura nacional». El autor precisa que «Entre julio y agosto de 1842 tuvo lugar una punzante querella que puso a Salvador Sanfuentes contra Domingo Faustino Sarmiento y Vicente Fidel López, motivada por la valoración del romanticismo. Los juicios de Sanfuentes condenando la escuela recibieron en esa oportunidad una avalancha de refutaciones muy bien documentadas por parte de los argentinos. En el trasfondo de esa controversia, sin embargo, hay un enfrentamiento entre Sarmiento y Bello. En efecto, cuando Sanfuentes escribe en el prólogo de «El Campanario» que «un periódico perverso» (*El Mercurio* de Valparaíso, donde publica Sarmiento) afirma «que no ha producido un verso / nuestro caletre [capacidad] infelice», no solo se defiende a sí mismo del autor de *Facundo*. Defiende también al maestro, al gramático Bello, a quien Sarmiento había dedicado las siguientes palabras, culpándolo en parte por la pobreza de la producción literaria chilena: «No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma». Cfr. Ignacio Álvarez, «Cuestión de tiempo: problemas del imaginario nacional en «El campanario» (1842), de don Salvador Sanfuentes», en *Taller de letras* (Santiago), núm. 38 (2006), pp. 23 y ss. A este respecto, dice Lastarria: «El *Semanario* prescindía de esta contienda, y daba publicidad a todas las composiciones literarias, ora fueran ensayos de la nueva escuela; ora fueran producciones de la antigua, como el *Campanario*, leyenda que entonces presentaban los que habían provocado aquellos cargos como prueba de capacidad poética del país, sin darse cuenta de que en ella no hay invención, ni inspiración, ni arte, y que por su versificación pesada y trabajosa se prestaba a críticas victoriosas, que se abstuvieron de hacer los acusados de ofensa al honor nacional, en prueba de que ellos no aspiraban sino a cooperar a nuestro progreso literario». Cfr. José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios*, Santiago, Imprenta de la República de Jacinto Núñez, 1878, p. 206.

v. 86. *El Semanario*, 1842: «yo ya» (por «ya yo»).

v. 91. *El Semanario*, 1842: *historieta* (por *historia*), lo cual propone un hiato forzado pero posible.

CANTO PRIMERO

viejo devoto y de costumbres puras,
aunque en su mocedad hizo diabluras.

Cuando el siglo diez y ocho promediaba, cierto marqués vivía en nuestro suelo, que las ideas y usos conservaba que le legó su castellano abuelo:	Y amaba tanto las usanzas godas, que él hubiera mirado cual delito el que se hablase de francesas modas o a París se alabase de bonito.	105
quiero decir que la mitad pasaba de su vida pensando en irse al cielo:	Sobre la filiación de casi todas las familias de Chile era perito,	110

y de cualquier conquistador la historia
recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
aducía argumentos con destreza
para hacer verosímil su concepto
de derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoy llamáramos inepto
al hombre que albergase en su cabeza
de loca vanidad tales vestiglos;
mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podía mi marqués sin mengua
alarde hacer de pretensión tan loca,
porque él era muy rico, y ¿a qué lengua
no hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
un moralista y su valor apoca:
lo que yo siempre he visto desde chico,
es que hace impune cuanto quiere el rico.

En el año una vez sus posesiones
visitaba el marqués por el verano,
ejerciendo en sus siervos y peones
la amplia jurisdicción de un soberano;
y luego a los primeros nubarrones
que le anunciaban el invierno cano,
exento de molestias y pesares,
tornaba con gran pompa a sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
en que sonaban cajas y cohetes,
ora una procesión con lujo vario
de arcos triunfales, música y pebetes,
de admiración llenaba al vecindario,
y daba a las beatas y vejetes
para conversación fecundo tema,
en que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa,
dormía hasta las ocho este magnate:
en su oratorio le decían misa
y tomaba después su chocolate.
La comida a las doce era precisa
y la siesta después, y luego el mate,
y tras esto, por vía de recreo,
iba a dar en calea su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo
llama a escuela de Cristo el campanario,
el marqués y los suyos dan ejemplo
de infalible asistencia al vecindario.
Si no hay distribución, ya le contemplo
rezar con la familia su rosario,
y luego ir a palacio diligente,
para hacerle la corte al presidente.

115

155

160

120

A las diez de la noche se despide,
sin propasarse un punto de esta hora,
y vuelto a su mansión, la cena pide,
porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
donde cabrían bien sus cuatro ahora,
y viniéndole el sueño dulce y blando,
a las once el marqués se halla roncando.

165

125

Tenía este dichoso personaje
un hijo y una hija; y al primero,
por no hacer una injuria a su linaje,
sólo de paso describir yo quiero;
leía no muy bien: su aprendizaje
de la escritura fue tan pasajero,
que en vez de letras con trabajo hacía
garabatos sin ley ni ortografía.

170

130

175

135

En la aula de un convento procurese
que aprendiese a Nebrija de muchacho;
pero en llegando a *quis vel qui* estancose,
sin poder digerir aquel empacho.
Al fin su sabio preceptor cansose
y recibió el alumno su despacho
para vivir, cual viven tantos otros,
laceando vacas y domando potros.

180

140

¡Valientes ejercicios! a los cuales
se aficionó bien pronto a tal extremo,
que el andar en rodeos de animales
era su dicha y su placer supremo.
Con tal educación, con gustos tales,
muchos lectores pensarán, yo temo,
que cuando Cosme a la ciudad venía,
en sociedad ridículo sería.

185

190

150

Error ¡solemne error! Desde el momento
que el señorito Cosme se mostraba,

la atención general y el rendimiento
de su persona en rededor volaba:
el mismo sexo hermoso ¡qué portento!
con su conversación se deleitaba,
aunque hablar de otra cosa no le oyera,
que de pechadas, lazos y carrera.

¡Tanto es lo que valía y lo que vale
ser hijo de marqués! Mas si discurro
mucho tiempo sobre esto, el cuento sale
muy prolongado, y al lector aburro.
Así, evitando que mi esplín se exhale
en duras voces, a pintar me escurro
a la bella Leonor, digna, por cierto,
de tener un hermano más despierto.

A su edad, si la cuenta bien se ajusta,
para enterar diez y ocho poco falta.
Su estatura es crecida: a mí me gusta
como a Lord Byron la mujer que es alta;
y no se tache esta opinión de injusta,
que en pigmea mujer nunca resalta
ese gentil y seductor donaire,
de que habla aquel proverbio: *amor es aire*.

Su delicado talle es tan esbelto,
que sin duda las Gracias le han formado;
breve es su planta, su ademán resuelto
y su seno gracioso y abultado:
cuando el negro cabello ondea suelto
al rededor del cuello torneado,
ver en todo su cuerpo me imagino,
la obra mejor del Hacedor divino.

Luce en sus ojos el color oscuro,
pero chispeando de celeste fuego,
y su mirada al corazón más duro
en blanda cera lo convierte luego.
Mas ¡habré de meterme en el apuro,
yo, pobre bardo que a escribir me entrego,
cuando ya tantos otros han escrito,
de pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un sí es no es henchida,
en que los signos del talento lucen,
boca pequeña y a la vez pulida,
donde las perlas y el coral relucen:

195 tanta gracia mil veces repetida,
que los poetas sin cansarse aducen
para pintar sus bellas heroínas,
son, describiendo a mi Leonor, mezuquinas. 240

200 Baste, pues, sobre prendas corporales,
y hablemos de su noble entendimiento,
que es como fértil planta entre breñales
nacida sin cultivo ni fomento;
mas su despejo y su vigor son tales, 245
que a tener el más leve pulimento,
daría en profusión rico tributo
de sazonado y exquisito fruto.

205 Por desgracia, en los tiempos de que trato
poco servían tan brillantes dotes, 250
y era en las niñas excesivo ornato
el saber algo más que hacer palotes:
coser, bordar y por la noche un rato
leer devotamente unos librotes
donde raros prodigios se injirieran, 255
los ejercicios femeniles eran.

Y si Leonor tenía letra hermosa,
era porque copiaba de continuo
novenas que su madre religiosa
juzgaba flores del amor divino; 260
y siempre que ocurría alguna cosa
en que importaba el escribir con tino,
desde el amo de casa hasta el sirviente,
hacían de Leonor su confidente.

Un viejo motilón que era muy diestro 265
en tocar en el órgano una misa,
y con su canto lúgubre y siniestro
causaba a veces a los niños risa,
fue de clave y de canto su maestro,
y si bien la enseñanza anduvo a prisa, 270
de tal manera adelantó la dama,
que hizo adquirir al motilón gran fama.

En casa de Leonor no se permite
visitar sino a condes y marqueses;
gente de estado llano no se admite, 275
sino por grande precisión a veces.
El padre confesor hace en desquite
más de veinte visitas en dos meses,

y siempre su persona gorda y santa a la familia con su vista encanta.	280	Llegando a tal edad, la mujer siente una vaga inquietud; gustosa mira de dos palomas el cariño ardiente, y apartando los ojos, ¡ay! suspira: ama a los niños con ardor vehemente y su inocencia encantadora admira: se vuelve hacia un espejo y se alboroz al notar con rubor que es buena moza.	325
Pues si bien su moral es algo estricta, son sus discursos fáciles y amenos, y al mismo tiempo que consejos dicta, cuenta pasajes de chuscadas llenos. Y sobre todo su elocuencia invicta parece despedir rayos y truenos, cuando por blanco de su arenga toma a los herejes que condena Roma.	285	Y luego va a mirar si está el zapato ajustado a su pie; si el chal es rico; examina el vestido un largo rato, y abre y cierra con gracia el abanico; se hace de crespos un pomposo ornato y ufana se acomoda el sombrero; y al fin después de agitación tan viva, viene a quedarse mustia y pensativa.	330
Este oráculo vivo de la casa del marqués, tiene en ella tal imperio, que por precepto incuestionable pasa cuanta regla prescribe su criterio; con cuidado especial no se traspasa lo que él decide sobre baile serio, siendo solo el minué lícita danza, e invención infernal la contradanza.	290	Mas Leonor no ama aún; no; quien lo crea se engañará por cierto: ella conoce de condes y marqueses la ralea, pero la encuentra insoportable, atroz; y por más bellos jóvenes que vea de una clase inferior, los desconoce, e imbuida en las ideas de su rango, cree que es fijar sus ojos en el fango.	335
En los días también de alguna fiesta dice que puede haber gran <i>manducacio</i> , y mesa de manjares bien repuesta, pero con el licor se ande despacio: que haya un poco de canto, que haya orquesta, mas que se deje suficiente espacio entre ambos sexos, pues la vil lujuria con la proximidad se vuelve furia.	295	Ella siente que falta algún encanto para ser más completa su ventura; mas de advertir cuál sea dista tanto, que se jacta de ser cual bronce dura; viendo tal perfección, lleno de espanto dice su confesor que alma tan pura no ha encontrado jamás des que confiesa, y que al fin ha de ser una abadesa.	340
Y a las diez de la noche cada uno se retire a su casa sin desvelo, que el pasar de esta hora es importuno, y anuncia planes que reprueba el cielo. Yo estoy con este padre: yo me aduno a los consejos de su santo celo, y al ver tal mutación en años pocos, exclamo: «Oh <i>tempora corrupta</i> ¡Oh locos!».	300	Por mi parte, lectores, es preciso confesaros que pienso de otro modo, y de un sabio francés sigo el aviso, pues que se amolda a mi experiencia en todo. Dice, pues, La Bruyère en su conciso lenguaje, que a mis versos acomodo, que la mujer que de tibieza charla, aún no ha visto al que debe enamorarla.	345
Vivió Leonor tranquila y satisfecha en tan mística vida algunos años, a pesar que ha llegado ya a la fecha en que amor suele hacer terribles daños, y en que la niña a la virtud más hecha, por más que la refieran desengaños, empieza a desear con ansia mucha triunfar de un pecho en amorosa lucha.	305	Y prueba con un caso sucedido en la ciudad de Esmirna a cierta dama,	350
	310		355
	315		360
	320		

que niña que hasta tarde no ha querido,
cuando llega a querer, de veras ama;
y las aguas del ancho mar tendido 365
no son bastantes a extinguir su llama.
¡Ojalá que esta máxima absoluta
la desmienta Leonor con su conducta!

Lo vamos pronto a ver, porque se acerca
la hora decisiva de su suerte, 370
y si aún consigue mantenerse terca,
ya diré con razón que es mujer fuerte.
Figúrese el lector que ya está cerca
el día del marqués, que de su inerte
reposo él sale, y quiere que haya boda 375
a que se invite la nobleza toda.

Brillando como el día los salones
me imagino ya ver con los reflejos
que despide la luz de los blandones,
repetida en finísimos espejos. 380
Las techumbres ornadas de florones
y portentosos figurones viejos,
mas de ricos dorados esmaltadas,
se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines 385
las damas de purísimo linaje,
con ricos y plegados faldellines
y ligeras mantillas por ropaje.
Los adornos de perlas y rubines,
el bordado de plata y el encaje 390
con que su lujo y su riqueza ostentan,
de sus encantos el poder aumentan.

Sentado en un macizo taburete
y de grandes señores rodeado,
preséntase el marqués con más copete 395
que si fuera un monarca coronado:
parece tener algo que le inquiete,
porque ya varias veces ha cortado
el hilo del discurso de improviso,
y se ha puesto a escuchar como indeciso. 400

De conjeturas se halla en un barullo,
porque en venir el presidente tarda,
cuya honrosa visita con orgullo,
por un aviso anticipado aguarda;

y si un leve rumor, cualquier mormullo 405
hiere su oído, que se encuentra en guarda,
con dulce sobresalto se detiene,
creyendo ya que su excelencia viene.

Últimamente un ruido no engañoso
de coche y de caballos se percibe: 410
«¡El presidente!» grita sonoro
clamor al punto, y el marqués revive.
Con los demás señores presuroso
se precipita hacia el zaguán, recibe
en él al noble amigo, y muy ufano 415
le va llevando adentro de la mano.

Pronto al salón do en impaciencia viva
las señoras esperan su llegada,
don Antonio Gonzaga y comitiva, 420
hacen con pompa y majestad su entrada.
Era el tal don Antonio de atractiva
presencia y de estatura algo elevada,
cortés, afable y amador de gloria,
según le pinta la chilena historia.

Pero a pesar de ser tan halagüeño 425
y popular su trato, bien se observa
en cierto aire sombrío de su ceño,
que un mal oculto su interior reserva:
el ver frustrado el favorito empeño
de hacer vivir en pueblos la caterva 430
de indomables indígenas, le causa
dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, y rico manto
bordado de oro el personaje tiene,
sobre cuyas labores con encanto 435
la vista de las damas se detiene.
En pos de él, aunque no con lujo tanto,
lucida escolta de oficiales viene,
jóvenes, viejos y de edad mediana,
que han sido asombro de la hueste indiana. 440

Entre ellos se halla uno a quien parece
un cariño especial tener Gonzaga,
joven gallardo, que en su aspecto ofrece
cuanto el capricho mujeril halaga:
el valor en sus ojos resplandece 445
si corre el campo de la lid aciaga,

mas si a un estrado por ventura asoma,
tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
que cubre su cabeza en leve rizo,
de extrema agilidad su cuerpo bello
y su conversación llena de hechizo;
un clásico poeta al conocello,
diría pronto que el amor lo hizo,
a fin de que las damas insensibles,
aprendiesen a ser más accesibles.

Tal fue el joven a quien el presidente,
luego que se sentó llamó a su lado;
y al marqués que le asiste diligente,
presenta el oficial afortunado,
diciendo: «Amigo mío, este valiente
joven, que siempre como a hijo he amado,
es el ilustre capitán Eulogio,
de que os hablé mil veces con elogio.

Es el que me ha sacado del barranco
en que he estado metido sin remedio,
y derrotando al fiero *Curinanco*,
libró a *Cabrito* de su duro asedio.
En vano de mil tiros se hizo el blanco,
rompiendo con sus bravos por el medio
del ejército infiel que a Angol cercaba,
pues su próspera suerte le guardaba

para honor de su patria. Bien merece
que le titule Salvador la España.
¡Gloria al mancebo que tan pronto ofrece
a nuestra imitación tan noble hazaña!». Así dice Gonzaga, y se enternece,
ocasionando admiración extraña
con su tierno discurso laudatorio,
a todo el nobilísimo auditorio.

La vista general clavose al punto
en el joven así favorecido,
y todos alabaron el conjunto
de las prendas que Dios le ha concedido.
Mas Eulogio entretanto era el trasunto
de un hombre que se encuentra confundido,
y no hallando expresión que satisfaga,
con cortesías respondió a Gonzaga.

También le hizo el marqués gran agasajo,
aunque fue más forzado que sincero,
porque al momento a su memoria trajo
que Eulogio no era un noble caballero;
y aunque es verdad que en su linaje bajo
se podía citar más de un guerrero
que se cubriera de esplendente gloria,
ésta no era bastante ejecutoria.

Diole las gracias el garzón modesto
por la falsa afección que le mostraba
y de aquel sitio retirase presto,
porque en completo aturdimiento estaba.
Pero ya Leonor ¡trance funesto!
no sé qué cosa en su interior notaba
que daba a sus ideas raro giro:
ello es que sin querer lanzó un suspiro.

Y a una amiga de su íntima confianza
que allí se hallaba, con misterio dijo:
«Lástima es que ese joven de esperanza
no sea de ascendientes nobles hijo». Que la respuesta fue maligna chanza,
esto cualquiera lo tendrá por fijo,
y con sorpresa tal llena de susto,
hizo Leonor un gesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,
en el cual varias veces mi heroína
llenó al concurso de agradable encanto
con los gorjeos de su voz divina;
pero nada le atrajo aplauso tanto,
y nada ejecutó con voz tan fina,
con tan propia expresión, cual la cantata
que aquí voy a copiar y la retrata.

«Corren mis días en perfecta calma:
no halla el camino de mi pecho amor,
y de sus tiros, victoriosa el alma,
burla el rigor.

No, no se han hecho para mí sus penas,
libre me veo entre cautivas mil,
ni quiero que arda por mis puras venas
fuego tan vil.

Dicen que suele ocasionar mil bienes, que amor es fuente de inmortal placer; yo de laurel coronaré mis sienes, libre he de ser.	530	Y tal invitación, de rubor lleno, el mancebo gentil quiso excusarse; pero ningún pretexto se halló bueno, y le fue necesario resignarse. Al dulce son del instrumento ameno deja al fin estos versos escucharse que, según malas lenguas refirieron, para aquel caso improvisados fueron.	570 575
Una pastora conocí que amaba a un pastorcillo con extremo ardor, y a la inocente el seductor juraba sincero amor.	535		
¡Mas ay! que pronto la olvidó triunfante, viéndola frío ante sus pies gemir, y otro consuelo no quedó a la amante que el de morir.	540	«Laura hermosa cual la estrella que precede a la mañana, vive sola y muy ufana con su dulce libertad.	580
La triste suerte de esa fiel pastora siempre grabada en mi memoria está, siempre del lazo de pasión traidora me salvará.		Amadores mil por ella largo tiempo han suspirado, pero ya se han ausentado, maldiciendo su impiedad.	
Y como el ave que la red burlando, que la tendiera cazador cruel, vuela, su dulce libertad cantando, por el vergel,	545	Con afecto más sincero a sus pies llega otro amante, y así pinta sollozante a Laura su padecer:	585
yo que orgullosa de desprecios huyo, yo que no quiero de dolor morir, siempre ¡oh amor! del cautiverio tuyo me he de eximir.»	550	«Influjo del hado fiero me fuerza a amarte, bien mío, ni pendió de mi albedrío el dejarte de querer.	590
No bien su canto terminó Leonora entre aplauso sonoro y repetido, cuando exclamó Gonzaga: «Pues ahora una guitarra para Eulogio pido. No sólo la natura bienhechora la prenda del valor le ha concedido, que mostrándole pródiga su afecto, le ha formado también galán perfecto.	555 560	Sé que otros te han ofrecido títulos, honor, riqueza; sé también que tu belleza sus presentes despreció. En hora fatal nacido, sin fortuna y sin honores, para obtener tus favores ¿qué puedo ofrecerte yo?	595 600
¡Vamos, Eulogio, vamos! Tus canciones distrajeron mil veces mis fatigas, cuando en pos de contrarios escuadrones corríamos las tierras enemigas. Osténtanos pues hoy las perfecciones, y que el digno marqués y las amigas nobles y bellas que a su fiesta asisten, de tus talentos a juzgar se alisten».	565	Sólo un corazón posco que te adora apasionado, y únicamente a tu lado la vida podrá sufrir. Complacerte es su deseo, y como por ti respira,	605

si compasión no te inspira,
su solo anhelo es morir.

A ti dictar mi sentencia,
vida mía, corresponde>.
Laura entonces le responde:
<La libertad es mi bien.

Ni me engaña tu apariencia,
que otros morir me han jurado,
pero ya me han olvidado;
tú me olvidarás también>.

Desprecio tan riguroso
sufrir no pudo el amante,
y ante Laura al mismo instante
de sentimiento expiró.

<¡Vive para ser mi esposo!>
clamó Laura arrepentida;
pero el cuerpo ya sin vida
sus palabras no escuchó.>

El que vagando en una fértil vega
a orillas de un arroyo entre el carrizo,
oye al nevado cisne que despliega
de su voz melodiosa el suave hechizo,
nunca a sentir las impresiones llega
con que a Leonor enternecerse hizo
en delicioso inexprimible encanto
del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algún sueño
de los que habían su niñez mecido,
aquel acento dulce y halagüeño
escuchado por ella había sido,
que la llamaba: *mi querido dueño*,
y se quejaba triste y dolorido
de la frialdad e indiferencia dura
con que pagaba su inmortal ternura.

Este recuerdo vivo y palpitante
su mente absorbe, y en estatua muda
la deja convertida al mismo instante
que un palmoreo al capitán saluda.
La amiga que la observa vigilante,
le dice «Hola, Leonor ¿qué es lo que anuda

al presente tu voz? ¿No te entusiasma
esa linda canción que a todos pasma?>.

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo
610 débil enfermo que el causón padece, 650
responde la doncella: «¡el trance amargo
del desdichado amante me entenece!>.
La amiga sonriose, y aunque largo
espacio a nuevas chanzas se le ofrece,
esta vez prefirió dejar que libre 655
615 el fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,
y al oficial tomando de la mano,
le llevó hacia Leonor, y con atento
ademán y lenguaje cortésano, 660
620 «Señorita –le dice– mucho siento
no verme ya tan ágil y lozano
como en los días de mi edad primera,
pues danzar un minué con vos quisiera.

Mas como impropio de mi edad reputo 665
ofrecerme yo a vos por compañero,
625 os presento en Eulogio un substituto,
que vos gustosa aceptaréis espero>.
La joven, sin tardarse ni un minuto,
se levanta con rostro placentero, 670
y siguiendo al mancebo afortunado,
630 se halló bien pronto en medio del estrado.

La música sonó: los dos danzantes,
enlazadas las manos avanzaron,
y luego en movimientos elegantes 675
y graciosas posturas se apartaron.
635 Sus ojos expresivos y brillantes
diversas veces con temor se hallaron,
y el carmín de sus rostros encendiase
y aun en sus pasos turbación notose. 680

640 Mas Leonor en su gracia majestuosa
y aéreos ademanes parecía
aparición celeste y luminosa
que en sueños suele ver la fantasía.
Una respiración algo anhelosa 685
en su agitado seno se veía,
645 y cierta languidez que cunde en ella,
la hace mostrarse cada vez más bella.

Y cuando a fin de terminar, volvieron los dos con leves pasos a acercarse y sus dos manos en unión sintieron, y sus pies mutuamente aproximarse, sin duda en aquel punto conocieron que si merece la existencia amarse, es sólo por saber cuáles arcanos el amor les descubre a los humanos.	690 695	Nunca había bailado con más gusto mi heroína un minué, ni hubo quien fuese con la bella pareja tan injusto, que aplausos repetidos no le diese: sólo el marqués sufrió con ceño adusto que un compañero tal su hija tuviese, mas su enojo no osó salir al labio, que ofender al amigo temió sabio.	700

Notas:

- v. 134. AP: «que anunciaban» (por «que *le* anunciaban»); restituyo para preservar el metro.
v. 177. *El Semanario*, 1842: «En *el* aula» (por «En *la* aula»).
vv. 199-200. *El Semanario*, 1842: *oyeras* y *carreras* (por *oyera* y *carrera*).
v. 233. «un sí es no es»: según el *Diccionario panhispánico de dudas*, locución adverbial que significa <un tanto, algo>.
v. 318. AP: *refiera* (por *refieran*).
v. 375. [*N. del a.*] La palabra *boda* entre nosotros significa cualquier función doméstica. En este sentido se toma aquí.
v. 378. *El Semanario*, 1842: «con reflejos» (por «con *los* reflejos»).
v. 388. *El Semanario*, 1842: *ropajes* (por *ropaje*).
v. 405. *El Semanario*, 1842: *murmullo* (por *mormullo*).
v. 565. *El Semanario*, 1842: *tus* (por *las*).
v. 592. *El Semanario*, 1842: «dejarte querer» (por «dejarte *de* querer»).
v. 645. *El Semanario*, 1842: «que observa» (por «que *la* observa»).

CANTO SEGUNDO		los días de su dulce primavera, sin ablandar su corazón de fiera,	720
I			
Terminose la fiesta y el concurso se retiró a sus casas satisfecho; la negra noche al promediar su curso, vio reposando a todos en el lecho, menos a dos, que dieran buen recurso para alargar mi canto un largo trecho, si quisiera pintar cómo violenta de dos amantes la pasión se aumenta.	705 710	III	
		para poder decirnos qué contento tan dulcemente triste es desvelarse vagando con la mente en seguimiento de un objeto empeñado en alejarse, cuando torna más bello a aproximarse, y con sus ojos lánguidos nos mira, y al escuchamos suspirar, suspira? Que no bien le olvidamos un momento,	725
II			
Pero no he de aburrir a los lectores con una relación que ellos ya saben; a falta de otros méritos mayores, por conciso deseo que me alaben. ¿Quién no ha tenido su época de amores? ¿Qué monstruo ha permitido que se acaben	715	IV	
		él está ahí: su andar es como no sueño que blandamente el corazón halaga el eco de su voz es un beleño que en celestial deleite nos embriaga:	730

le vemos alargarnos halagüeño
un brazo de marfil, su mano vaga
sentimos como velo trasparente
cariñosa pasar por nuestra frente.

735

V

Vamos a asir esa adorada mano,
y ¡cielos! como ambiente se desliza:
fue toda una ilusión, un soplo vano,
que la onda sosegada apenas riza.
¡Desvanecido nuestro error insano,
el destino que atroz nos tiraniza,
tiende su brazo y nos recuerda impío
que nunca será cierto el desvarío!

740

VI

Leonor y Eulogio como dos imanes
mutuamente atraídos se quisieron,
en vano a aquella sus antiguos planes
de indiferencia avergonzar la hicieron:
en vano a su memoria los desmanes
de las malignas lenguas se ofrecieron,
como incendio voraz su amor la abrasa,
y cuanto estorbo se le ofrece arrasa.

745

750

VII

Y si ella por acaso se estremece,
la oposición paterna presumiendo
y un mar de desventuras le parece
que entre ella y su cariño está rugiendo,
con nueva reacción su audacia crece,
una voz dulce y amorosa oyendo,
que le dice: «Leonor, juntos vivamos,
o ambos a dos por nuestro amor muramos».

760

VIII

Si al capitán en fin alcurnia ilustre
no le ha otorgado su infeliz destino,
¿no le dan sus hazañas mayor lustre
que a los nobles un vano pergamino?
¿Quién dirá que su casa se deslustre
con un enlace tal, cuando el más fino

765

el más puro crisol sin duda alguna,
las virtudes lo dan, no la fortuna?

IX

Así la joven infeliz se place
alimentando su ominoso fuego,
y en deseos vehementes se deshace
porque vuelva a su vista Eulogio luego.
Al fin el presidente satisface
el anhelar de su cariño ciego,
y volvió a casa del marqués un día
trayendo al capitán por compañía.

770

775

X

¡Cuántas dulces miradas se cambiaron
los amantes a falta de expresiones!
¡Cuán fervientes sus pechos palpitaron
al contemplar sus mutuas perfecciones!
Dos ángeles sin duda sojuzgaron,
enviados por Dios a estas regiones
a fin de que su amor tan puro fuera
como el azul de la celeste esfera.

780

XI

Siguiose a esta visita otra visita
y muchas más después; y ya bien claro
se ve que el presidente solicita
proteger el amor del joven caro.
Ya la cruel locuacidad maldita
que todo lo pondera sin reparo,
va publicando por Santiago toda
que Gonzaga va a hacer una gran boda.

785

790

XII

La madre de Leonor fue la primera
que pertrechada de senil malicia,
penetró tal proyecto, y considera
que al marqués debe darle esta noticia.
Incrédulo al principio se exaspera
el magnate, y culpando la estulticia
de su esposa, le dice con enfado
que sólo presumirlo es un pecado.

795

800

XIII

Mas la marquesa aduce pruebas tales
a fin de demostrar que razón tiene,
que apartando a sus ojos los cendales,
el buen marqués a convencerse viene;
y con el fin de precaver fatales 805
resultados tal vez, no se detiene
en jurar que a Gonzaga dirá recio
¿si ha podido tenerle por un necio

XIV

y esperar que él consienta en un enlace
que cubriera de oprobio a su ascendencia? 810
Que la alta injuria que con esto hace
a su amistad, le agota la paciencia.
Esta resolución no satisface
a la astuta matrona, y su prudencia
halla que es necesario ver un modo 815
de conseguirlo sin peligro todo.

XV

Después que largas horas discurrieron
sobre un asunto de interés tan grande,
los dos con sabio acuerdo resolvieron
que a Leonor esconderse se le mande: 820
diferentes excusas previnieron
para cuando Gonzaga la demande,
y a ella misma dirán que en caso urgente,
con desprecios despida al pretendiente.

XVI

Mas por fortuna de la amante triste 825
la ocasión no llegó de que le fuera
con el rigor que un hijo no resiste,
intimada una orden tan severa.
De síntomas crueles se reviste
más cada vez el mal que en traicionera 830
lentitud consumiendo va a Gonzaga,
y ya su vida al descubierto amaga.

XVII

Pronto le fue imposible del palacio
salir a divertir su amarga pena,
y de su estancia en el estrecho espacio 835
suspira en vano la llanura amena:
su fuerza se extinguió; su cuerpo lacio,
cual árbol majestuoso que condena
a perder su verdor larga sequía,
perdió su robustez y lozanía. 840

XVIII

Y cual leve vapor que por el viento
lentamente se exhala y se disuelve,
dejando el corporal alojamiento,
el alma de Gonzaga al cielo vuelve. 845
A tan triste noticia en sentimiento
y luto y llanto la ciudad se envuelve,
ponderando del muerto las bondades,
con que supo captar las voluntades.

XIX

Después que con gran pompa y aparato
se le hicieron los últimos honores, 850
el fino Eulogio que ni un breve rato
del lecho se apartó de sus dolores,
volvió a entregarse al pensamiento grato
y exclusivo ya en él de sus amores,
y a buscar empezó con vano empeño 855
quien le llevase a casa de su dueño.

XX

Mas viendo al fin que nadie se le ofrece
a realizar su fervoroso anhelo,
y que un día tras otro desaparece 860
sin brillarle esperanza de consuelo,
en su impaciencia loca le parece
que debe sofocar todo recelo
y armarse del valor que necesita
para hacer por sí solo una visita.

XXI

Locura fue en verdad; pero locura
de las que amor inspira a cada paso
al hombre de más seso, si procura
que su ardiente pasión no sufra atraso;
mas la pena de Eulogio fue tan dura,
que el cuento mío de moral no escaso
será si la describo a mis lectores
con todos sus perfiles y colores.

XXII

En el primer salón Leonor se encuentra
cosiendo al lado de su madre, cuando
con garboso ademán Eulogio entra,
si bien interiormente tiritando;
todo su esfuerzo militar concentra
el vencedor del infidente bando
para hacer un bellissimo saludo;
pero respuesta conseguir no pudo.

XXIII

Sin hablar la marquesa al fin le mira,
mas con ceño tan agrio, que bien puedo
al del Ande igualarlo, cuando en ira
furiosa brama y nos infunde miedo.
La sangre al corazón se le retira
a Eulogio, y desfallece su denuedo;
y aun yo no sé del infeliz qué fuera
si Leonor a tal punto no le diera

XXIV

una mirada, muda; ¡pero escrito
iba en ella un volumen! amorosa
cual la que a un hijo que se va proscrito
da en el último adiós madre llorosa:
melancólica y triste como el grito
que exhala un amador sobre la fosa
del dueño que adoró; mirada ardiente
cual la que echa a la patria un hijo ausente.

XXV

865 Con ella algún aliento recobrando,
Eulogio se desploma en un asiento,
que no le han ofrecido, y balbuceando
se esfuerza a pronunciar un cumplimento. 900
Pero sin atender su dicho blando,
870 cual si solo se hallase el aposento,
regañando a Leonor, dijo la madre:
«¿Zurciste ese chaleco de tu padre?»

XXVI

¡Mira que corre prisa, niña floja!». 905
Difícil es que a comprender alcance
875 del pobre Eulogio la fatal congoja
quien no se haya encontrado en igual lance.
A veces imposible se le antoja
que le tenga el destino en ese trance, 910
y piensa que todo es un sueño vano
880 que agita y turba su cerebro insano.

XXVII

Y ve que los objetos se oscurecen
y se le van perdiendo en lontananza;
pero tornan bien pronto y resplandecen, 915
y la terrible realidad le alcanza.
885 Ya sus sentidos muertos desfallecen,
y ya el dolor con súbita pujanza
le punza y hiere y le destroza el pecho,
sin dejarle alentar un sólo trecho. 920

XXVIII

Mira a los muebles y al callado muro
890 creyendo que en su inmóvil apariencia
van a dolerse de su horrendo apuro,
pero los halla en fría indiferencia.
Imagínase al techo menos duro 925
y levanta la vista ¡qué demencia!
895 las grotescas figuras que allí estaban,
riendo de su angustia, le burlaban.

XXIX

Él hubiera querido que cayese,
 en medio de este horrible parasismo, 930
 el techo de la casa, o que se abriese
 bajo sus pies al punto un hondo abismo;
 o a terminar su confusión viniese
 el hacha fiera del verdugo mismo.
 ¡Vanos deseos de su mente ciega! 935
 Todo consuelo a su dolor se niega.

XXX

Y lo peor de todo es que ni tiene
 valor para marcharse en el momento,
 que una mano invisible le detiene,
 como ligado a un potro, en el asiento: 940
 si al fin a levantarse se previene,
 al punto le acobarda el pensamiento
 de hacer una salida desairada,
 así no logra resolverse a nada.

XXXI

Inmóvil, cabizbaja y silenciosa 945
 Leonor tiene la vista en su costura,
 pero el llanto en los ojos le rebosa,
 revelando su pena y su amargura:
 a veces su mejilla esplendorosa
 la palidez de un muerto desfigura 950
 y a veces arde tanto y se enrojece
 que en pura sangre prorrumpir parece.

XXXII

Y más y más se aumenta su congoja,
 y aun se imagina desplomarse muerta,
 cuando ve que su madre ya se arroja 955
 a emplear una burla más abierta,
 que llama a la criada, y que se enoja
 porque ha poco dejó franca la puerta
 para que entrasen importunas gentes,
 «otra ocasión le romperá los dientes». 960

XXXIII

No aguantó más Eulogio, y al fin pudo
 su sombrero tomar y levantarse,
 hizo una inclinación, y ciego y mudo
 de aquel infierno consiguió escaparse. 965
 Respondió la marquesa a su saludo
 con un «anda con Dios» que fue de helarse,
 y la infeliz Leonor convulsa y yerta,
 cayó sobre la alfombra como muerta.

XXXIV

Faltan palabras a mi torpe pluma
 para poder pintar como debía 970
 la horrenda confusión que a Eulogio abrume
 mientras a largo paso se desvía.
 Como gusano vil se hallaba en suma
 el mísero humillado, y aunque ardía
 cual nunca el sol en la mitad del cielo, 975
 sus miembros embargaba un frío hielo.

XXXV

De espantosos ruidos su cabeza 945
 y de crueles vértigos zumbaba,
 y de una en otra idea sin fijeza
 su abrasado cerebro divagaba. 980
 Inmensa se le hacía la largueza
 de las calles que raudo atravesaba
 por llegar lo más presto a sus umbrales,
 y de los hombres esconder sus males.

XXXVI

Pues que tiene vergüenza el sin ventura 985
 de cuantos a su paso se le ofrecen,
 y aun los desconocidos se figura
 que al mirarle a la cara le escarnecen.
 Al fin triste refugio a su amargura
 los muros yertos de su estancia ofrecen, 990
 donde apenas se ve, cuando convulso,
 es darse muerte su primer impulso.

XXXVII		cuánta sangre han derramado en los campos del honor?	1030
Iba ya a preparar la fatal arma, cuando de pronto a su memoria vino el llanto de Leonor, la triste alarma	995	IV ¡Y una simple ejecutoria a ellos les da un derecho inasequible al que ha hecho tanto mérito a la gloria!	
con que había mirado su destino: este recuerdo su furor desarma, y cambiando de acuerdo con más tino, toma pluma y papel y entre borrones a su amada dirijo estos renglones:	1000	¡Ah! si al recorrer mi historia, Leonor, mi modestia dejo, si con violencia me quejo, perdóneme tu alma pura, que en mi terrible amargura soy incapaz de consejo.	1035 1040
I		V	
«Nacido en humilde esfera, sin duda debí mirar que a tanta dicha aspirar excesivo arrojo era.			
¡Mas ay! si la suerte fiera	1005	¡Y estos son ayes postreros que exhala el que va a morir! Voy de nuevo a combatir por los que me ultrajan fieros,	
fue para Eulogio tan dura, ¿podía yo por ventura obligar al pecho mío a contemplar yerto y frío tu celestial hermosura?	1010	por hacer más placenteros sus gratos días de calma. Tan sólo en la muerte el alma puede hallar algún consuelo. ¡Adiós, Leonor, dete el cielo de eterna dicha la palma!	1045 1050
II		VI	
¿Y hacer que al asir tu mano no retemblase la mía cuando en el baile te vía gala del aire liviano?			
¿Por ventura diome en vano a mí el cielo un corazón?	1015	A morir sin ser llorado voy en los campos do un día la esperanza me reía de un porvenir fortunado.	
¿Por qué cruel sin razón cometo un delito horrible con mostrarme tan sensible como esos nobles lo son?	1020	No me pesa haber mirado mi ilusión desvanecida, y si al dejar yo la vida algún tormento me asiste, sólo es ignorar si fuiste culpable en mi despedida».	1055 1060
III		XXXVIII	
Mas dirán con altivez que pude en silencio amarte, pero mi amor declararte era mucha avilantez.			
Yo preguntaré a mi vez	1025	Confianto sus quejas a esta carta, sintió ligero alivio el desdichado, y ya sólo procura hacer que parta	
¿en qué les soy inferior?			
¿Con qué hazañas de valor ellos la patria han honrado,			

a poder del objeto idolatrado. Una esclava por fin a quien él harta de dones y promesas, se ha encargado de entregarla a Leonor, y esta respuesta vino a calmar su agitación funesta:		Torna a escribir a su dueño, y la piedad, la pasión, dejar de admitir sus cartas no consienten a Leonor. Con esta correspondencia crece su afecto veloz como la llama que activa fiero norte volador: de modo que ya no piensan sino en unirse los dos, del universo a despecho, sin reparo ni temor. Y queda al fin concertado que en la primer proporción Leonor dejará a sus padres por seguir a su amador. ¡Desgraciados que no advierten que son débiles los dos, y se opone a su cariño un poderoso señor!	1110
«Después de una larga lucha con mi deber, os contesto: bien sé que falto con esto al respeto paternal. Pero con tanta injusticia por mi causa habéis sufrido, que tenéis bien merecido este alivio a vuestro mal.	1070		1115
Sería crueldad extrema imaginar un momento que en aquel recibimiento pude tener parte yo. ¿Mis ojos no os anunciaron lo que el corazón sufría? ¿Pero qué remedio había si una madre lo ordenó!	1080		1125
Si al despedirnos por siempre, aún pedís otro consuelo, pongo por testigo al cielo del voto que voy a hacer. Ya que amaros me prohíben, jamás al menos mi mano será de ningún tirano de esos que puedo querer».	1085	Llegose el jueves de Semana Santa, el sol en occidente se escondió, y en un silencio lúgubre que espanta sumergida Santiago se quedó.	1130
Eulogio leyó esta carta y mil veces la leyó, dando besos repetidos a la prenda de su amor. Sus líneas bálsamo fueron que su angustia mitigó, rocío que dio la vida al marchito corazón. Vertió llanto de consuelo, y aun a bendecir llegó la hora fatal que le había causado tanta aflicción, puesto que ella produjera alivio de tal dulzor.	1090	A la luz del crepúsculo dudosa se ve de cuando en cuando atravesar por las calles la gente fervorosa, que camina y no cesa de rezar. Las mujeres envueltas en mantones, van hiriendo sus pechos con fervor al son de sus devotas oraciones; y los hombres en traje de dolor. Todos a pie, los ojos en el suelo, y descubiertos, sin farol ni luz, en largos grupos, implorando al cielo, van tras la enseña de una negra cruz. Todas las puertas míranse cerradas, no se ve luminaria ni candil: tan sólo las iglesias alumbradas se hallan de antorchas funerales mil.	1135
	1095		1140
	1100		1145
	1105		

Y se eleva en el ancho presbiterio un vasto monumento sepulcral: suenan en el coro el místico salterio, y del profeta el cántico ritual.	1150	a fin de redimir nuestros pecados, sufrió Dios mismo a su promesa fiel.	1185
Parece que de repente la ciudad se ha transformado en panteón dilatado que han salido a recorrer		Aquí con sus azotes los judíos remudándose están de dos en dos para romper y desgarrar impíos el cuerpo santo donde habita un Dios.	1190
las almas de los difuntos que habitan sus sepulturas, envueltas en vestiduras negras y horribles de ver.	1155	Y más allá, del escuadrón nefario de sayones cercado va Jesús, sin fuerzas arrastrando hacia el calvario, sobre sus hombros la pesada cruz.	
Y hacia los templos caminan con llorosas cantilenas a pedir que de sus penas tenga el Señor compasión.	1160	Viene luego la Virgen congojosa, la madre que, mirándole sufrir, parece al Padre eterno lacrimosa por el cordero que olvidó, pedir.	1195
Entretanto no se siente rumor de campana alguna, mas la matraca importuna viene a aumentar la ilusión.	1165	En torno de las andas, ¡ved! desnudos a la mitad del cuerpo pecador, diversos penitentes marchan mudos lacerando sus carnes con furor,	1200
¿Veis de las gradas de ese angosto templo una solemne procesión bajar? Por la vecina calle la contemplo sus alas misteriosas prolongar.	1170	las sienes coronadas con espinas, ceñido el cuello de un cruel dogal, al golpe de aceradas disciplinas resurte un sanguinoso manantial.	1205
La flor de la nobleza va alumbrando, y visten todos funeral capuz, el aire levemente va agitando en cada diestra una ominosa luz.		Del pueblo que en redor la marcha cierra miro la turba acrecentarse, hervir, y en medio del asombro que la aterra, de pesadumbre y compunción gemir.	1210
Tristes los rostros, el andar tardío, como agobiado de mortal dolor, viene después el escuadrón sombrío de los ministros santos del Señor.	1175	La procesión desemboca a la plaza principal, do se agolpa de tal modo del pueblo el hirviente mar, que a los que mecen sus olas respiración falta ya.	1215
Ora en hondo silencio se adelantan, ora de triste música al compás lúgubres himnos fervorosos cantan, con que la pompa se realza más.	1180	Y en la terrible apretura de aquel confuso ondular que envuelve de las tinieblas el cobertor funeral, todos cuantos iban juntos divídense aquí y allá, buscando sólo por dónde escurrirse cada cual.	1220
Sobre andas anchurosas imitados van los tormentos que en Sion cruel,			

La marquesa entre el tumulto se halló por casualidad, que con Leonor asistía a esta fiesta cuaresmal. Largo rato, a pesar suyo, se agitó en la tempestad, recibiendo aquí un pellizco, un empujón por allá; y cuando al fin sin aliento logra del turbión salvar, recobrada ya del susto y la congoja mortal, lo primero a que ella atiende es a ver en dónde está su prenda, que entre el tumulto se dejó tal vez atrás. Tiende en derredor la vista, pero ¡qué fatalidad! a ninguna parte logra ni aun su sombra vislumbrar. «¡Perdida!» exclama, y se vuelve, con un doloroso afán, a mezclar en la apretura, sin temer la estrujen ya. La llama, y sólo responde del pueblo el sordo bramar; pregunta a todos por ella, nadie noticias le da. Y cansada de pesquisas, viendo que son por demás, a su casa se dirige, diciendo: «Allí debe estar. ¡Permitidlo así, Dios mío, y tened de mí piedad!».	1225	mas al oír negativa cielo y tierra se le junta.	1270
	1230	Nadie la ha visto volver ni a darle noticia acierta, y ella, sin Leonor, desierta su casa imagina ver.	
	1235	«¡Salgan todos a buscarla! Y que mi umbral nadie pise sin que a lo menos me avise en dónde podré encontrarla.	1275
	1240	Llamen también al marqués.» A este mandato imperioso, cada cual sale afanoso alas haciendo los pies.	1280
	1245	Registran calles y plazas, templos y casas de amigas; pero ¡inútiles fatigas! que no encuentran ni las trazas.	1285
	1250	Era ya la media noche y Leonor no parecía, aunque revuéltose había la ciudad a trochemoche.	1290
	1255	El marqués está furioso y crece su rabia ciega a cada nuncio que llega sin aviso venturoso,	
	1260	«¡Torpes! –dice a sus esclavos– vosotros tenéis la culpa». Y sin admitir disculpa, les da bofetones bravos.	1295
A pesar de tanto abril que sobre sus miembros pesa, las calles rauda atraviesa como la brisa sutil.		Todos huyen de su vista, pues parece un tigre fiero que no espera carnicero sino hallar a quien embista.	1300
Es su paso acelerado como el de Eulogio aquel día, que hacia su mansión corría confundido y despechado.	1265	Noche fue de triste duelo ésta en casa del marqués: todo es llorar, todo es alzar plegarias al cielo.	1305
Llega por fin y pregunta con la congoja más viva;			

Pero en vano, pues la aurora siguiente y otras vinieron, y las pesquisas siguieron, sin saberse de Leonora.	1310	A su ruido el pájaro nocturno que en la bóveda encuentra habitación, recuerda de su sueño taciturno y hace crujir su chilladora voz.	1350
Era ya una especie cierta que o fugitiva o robada andaba la hija adorada, mas ¿con quién? nadie lo acierta.		Entonces, ¡ay! parece de la tumba del que halló su postrer morada allí, que una plegaria dolorosa zumba pidiendo alivio a su cruel sufrir.	
Por fin, al declinar el cuarto día, se logra vislumbrar una esperanza, sabiendo que una hermosa en compañía de un bello joven hacia el sur avanza. Por las señas que da la lengua impía que la amante pareja a la venganza	1315	Solo está el templo, triste y silencioso; pero en su aspecto es fácil conocer que se prepara un acto religioso... ¡Derrame Dios su bendición sobre él!	1355
denuncia del marqués, claro se infiere que a Eulogio y a Leonor mostrarse quiere.	1320	Una puerta lateral se abre y parece por ella Eulogio: su faz destella un contento celestial.	1360
No bien llegó al magnate aqueste dato, cuando se apronta él mismo al seguimiento, pues para castigar tal desacato, fuera un delito malograr momento. Veinte jinetes en un breve rato, provistos de un insólito armamento, parten veloces, y el marqués delante, a quien Cosme acompaña en este instante.	1325	Sin duda por más decoro, va de uniforme vestido, que la púrpura ha teñido, dándole esmaltes el oro.	1365
	1330	Más de un premio de valor sobre el pecho está brillando, y rica espada colgando de un labrado ceñidor.	1370
Desmantelada y pobre una capilla en el centro de humilde población, con los destellos moribundos brilla que está en su ocaso despidiendo el sol.		Por la mano de su amante sigue Leonor conducida, de oscura tela vestida, con un manto rozagante.	
Un solo altar ocupa su testero, no luce el oro ni la plata en él, a cada lado un pobre candelero se ve con lumbré vacilante arder.	1335	Ella no lleva otro adorno que su hermosura hechicera, va suelta su cabellera el cuello halagando en torno.	1375
La imagen de Jesús crucificado se eleva sobre tosco pedestal, la Virgen amorosa está a su lado con pecho herido y lacrimosa faz.	1340	Tan turbada está la triste y su mirar es tan vago, que bien se ve que un aciago presentimiento la embiste.	1380
Hondo silencio en la capilla impera, sin que murmure su oración un fiel, y sólo allí la brisa pasajera viene un lamento a introducir tal vez.	1345	Ni parece que hacia el ara viniera del himeneo,	

pues vacila como un reo que a su suplicio marchara.	1385	Ya están delante del ara frente uno de otro los dos, y el sacerdote en el medio, los testigos en redor.	1425
No bien entra en el templo y se le ofrece delante el ara do va a ser su unión, cuando tiemblan sus miembros, palidece, y volviéndose atrás, clama «¡Qué horror!». 1390		«Juráis, Eulogio, a la vista del divino Redentor, pura fe y eterno afecto a la que se halla ante vos?»	1430
Eulogio con dolor la reconviene por este inexplicable proceder, con que demuestra que a disgusto viene, cuando él un cielo ante sus ojos ve.		—«Sí juro» sin detenerse, alegre Eulogio exclamó. «¿Y vos, señora, juráis que siempre en el corazón Eulogio el último objeto ha de ser de vuestro amor?»	1435
Ni por esto Leonor recobra aliento, antes parece su terror cundir, y en dolorido funeral acento que al bronce ablandaría, dice así:	1395		
«Perdona, Eulogio mío, ¡soy culpable! Por ti mi hogar paterno abandoné, y sobre mí del cielo inexorable el rayo se prepara a descender».	1400	Antes de que la joven respondiera, sordo ruido resonó remoto, como si aproximándose viniera, de asolación preñado, el terremoto.	1440
—«¡Fantasmas de tu mente, dueño mío! ¿Crees que se oponga a nuestro afecto un Dios? Él no es injusto como el mundo impío, y él nos va a conceder su bendición.»	1405	Es semejante el ruido que se escucha al que hace en medio de la noche umbría cuando asalta al redil con rabia mucha, de hambrientos lobos la manada impía.	
—«¡Su bendición! ¿No ves lo que yo veo? ¿Un féretro mortuorio allí no está? ¿No te hace estremecer aquel trofeo? Ay ¡sácame de aquí, no puedo más!»	1410	O al que a veces asusta a un delirante que en tormentosa convulsión perplejo, está viendo a la muerte a cada instante aproximar su fúnebre cortejo.	1445
Puso término a esta triste y extraña conversación el cura que se presenta con los testigos en pos.		Suspensos quedan todos y aturdidos con este amago de terrible agüero, y más cuando perciben los sonidos de voz furiosa y de enemigo acero.	1450
Al aspecto venerable del Ministro del Señor, Leonor se esfuerza algún tanto a ocultar su turbación.	1415	Falta de aliento casi, hacia la entrada vuelve la vista la infeliz doncella, y se siente de horror petrificada viendo a su padre aparecer por ella.	1455
«¡Y ya está mi suerte echada!» dice con siniestra voz, y aunque trémula se deja conducir por su amador.	1420	Diabólico mirar en el semblante desfigurado del marqués fulgura, en su diestra una espada relumbrante al rayo vengador se me figura.	1460

Sus vestidos están llenos de lodo
cual si de largo viaje se apeara:
ángel de perdición parece en todo,
que al moribundo pecador se encara.

«¡Prendedlos! –grita al escuadrón de siervos 1465
que auxiliar de sus iras trae consigo–
¡No respetéis a nadie! ¡Los protervos
según su ofensa sufrirán castigo!»

A este mandato, cuyos ecos zumban
por la capilla amenazando horrores, 1470
hacia el grupo indefenso se derrumban
del marqués los armados servidores.

Leonor lanzando un grito doloroso,
sobre el seno de Eulogio desfallece,
marchita flor que al vendaval furioso 1475
el tallo rinde y sin sostén perece.

Cíñela su amador en tierno abrazo,
y aprestándose él solo a la defensa,
juzga que ha de bastar su heroico brazo
para triunfar de muchedumbre inmensa. 1480

Ya en su diestra reluce el fuerte acero,
y ya amenaza en furibundo tono
con muerte inevitable al que primero
ose de cerca provocar su encono.

En vano el sacerdote se adelanta 1485
y en alta voz les pide consideren
que es de Dios mismo la morada santa
la que sus iras profanar hoy quieren.

El bravo capitán, sólo atendiendo
a rechazar el enemigo empuje, 1490
es fiera que a sus hijos defendiendo
la garra afila y los colmillos cruje.

Él sonríe de triunfo y de alegría
viendo que llega la ocasión ansiada
de librar a Leonor de su agonía 1495
o de morir en brazos de su amada.

Uno de los contrarios acercarse
osó, impelido de indiscreto celo:

del primer tajo Eulogio sin turbarse
hizo rodar su brazo por el suelo. 1500

Y la sangre en hirvientes borbotones
del mutilado miembro resaltando,
hace ciar los bárbaros sayones
que se acercaban con furor infando.

En vano el marqués les clama 1505
que no abandonen su presa,
pues la medrosa sorpresa
hielo en sus venas derrama.

Y todos temen hallar
la suerte del compañero 1510
que con grito lastimero
hace el templo resonar.

El marqués que ya no alcanza
a moderar su impaciencia,
ni tolera resistencia, 1515
hierro en mano él mismo avanza.

Y así grita en su despecho:
«¡Oh viles que en vano traje,
veréis si él tiene coraje
para herir también mi pecho!» 1520

A esta voz cual si fuera la que un día
ha de llamar a juicio al pecador,
del desmayo profundo en que yacía
se ve volver a la infeliz Leonor.

Trémula, helada, respirando apenas, 1525
y el triste rostro en palidez mortal,
con las pupilas ¡ay! de llanto llenas,
hermosa imagen de un dolor fatal,

de los brazos de Eulogio se desprende,
y avanzándose en medio, dice así: 1530
«¡Padre mío! yo soy quien os ofende,
yo la sola culpable: heridme a mí.

Pero vos no daréis injusta muerte
a aquél que sólo por mi amor faltó.
Ni vos, Eulogio, agravareis mi suerte, 1535
amenazando al que el vivir me dio.

¡Ya la sangre ha corrido!... ¡Ay Dios! Mis ojos tu templo santo reteñir la ven! Calmad, calmad, Dios mío, sus enojos, y un parricidio no sufráis también...». 1540	y aunque miras mis lágrimas ardientes al son de mis gemidos resbalar. 1575
Así diciendo, Leonora las manos al cielo alzaba, mientras el llanto destilaba de su vista encantadora.	Temes que el someterte mengua sea con que se manche tu luciente honor, y en tu diestra irritado aún centellea el ministro fatal de tu valor... 1580
Sus labios en contracción, arco trémulo formando, están sin hablar mostrando lo que sufre el corazón. 1545	Ven a triunfar primero ante las aras oyendo el voto con que a ti me entrego, y ve si todavía te preparas a resistirte a mi doliente ruego.
Y al mirar aquel semblante tan bello y tan afligido, sintírase enternecido un corazón de diamante. 1550	¡Oh tú solo mortal a quien el alma adoró desde el punto en que te vi, tú cuya vista mis tormentos calma, sin el cual no hay contento para mí, 1585
Contúvose el padre fiero, de sí mismo avergonzado, y dijo, casi ablandado: «¡Que se rinda sólo quiero!». 1555	yo te juro a la faz del mundo entero, te juro en la presencia del Señor, que si me apartan de tu lado, muero, desde hoy es tuya la infeliz Leonor!» 1590
—«Que te rindas, Eulogio, ¿lo has oído? Lo que no hizo el temor, hazlo por mí. Nuestro destino adverso lo ha querido. ¿De qué aprovecha resistirle aquí? 1560	Oyendo tal juramento, ciego el marqués de furor, hacia su hija avanzaba a partirle el corazón. 1595 «¡Teneos! –gritole Eulogio con una imponente voz– Yo he triunfado... A vuestro turno vais a triunfar también vos. 1600 No niego que os he ofendido, y aunque bien pudiera yo deciros que no hice en esto sino volver por mi honor, ni trato de disculparme, ni imploro vuestro perdón. 1605 Yo sé muy bien lo que puedo esperar de un gran señor. Ahí tenéis a vuestras plantas el acero que me dio 1610 más glorias y más nobleza que vuestra alcuña os dio a vos, el que me había hecho digno de un tratamiento mejor, si al mundo no avasallara 1615 injusta preocupación.
Tú pudieras triunfar de tus contrarios: a todo basta tu valor: lo sé. Pero ¿qué sirven triunfos tan precarios, si el mundo en ellos mil delitos ve?	
Tú me has visto seguirte al pie del ara para jurarte sempiterno ardor. 1565 El cielo no dejó que yo acabara mi promesa, ¿quién vence su rigor?	
Es forzoso ceder, Eulogio mío, y no pugnar contra el torrente aún, si nuestro amor condenan como impío el cielo y tierra en aversión común... 1570	
Mas tú vacilas ¡ay! y aunque me sientes tu mano entre las mías estrechar,	

Haced de mí a vuestro antojo, vuestro prisionero soy, y no me asustan venganzas que aun la muerte es un favor. Sólo por ella, tal vez... ¡Mas sería agravio atroz temer que, siendo su padre, la negaseis su perdón!»	1620	mientras las manos le ataban sin respeto o compasión. Sólo cuando vio al marqués el brazo asir de Leonor, y apretarlo y sacudirlo con violencia tan atroz, que la hizo exhalar un ¡ay! al impulso del dolor, sólo entonces un suspiro	1640 1645
Dijo y su espada a los pies del marqués fiero arrojó, para aguardar su destino con firme resignación. El padre injusto amarrarle a sus siervos ordenó, y lanzáronse a él los viles, como se lanza al león desangrado, la caterva que ante su saña tembló. Ni una queja virtió Eulogio ni muestra dio de dolor,	1625 1630 1635	salió de su corazón, y en su párpado agobiado una lágrima asomó. Cura, testigos y amantes, en prisionero convoy, salieron, cercados todos del marqués y su escuadrón. Por un momento sus pasos irse alejando se oyó; pero se perdió el ruido, y el templo solo quedó.	1650 1655

Notas:

- v. 727. *El Semanario*, 1842: *suspira* (por el primer *suspirar*).
v. 728. *El Semanario*, 1842: este verso es el cuarto de la octava, desplazado los demás una posición.
v. 739. *El Semanario*, 1842: *todo* (por *toda*).
v. 924. *El Semanario*, 1842: *lo* (por *los*).
v. 988. *El Semanario*, 1842: *escarnece* (por *escarnecen*).
v. 1209. *El Semanario*, 1842: «que aterra» (por «que *la* aterra»).
v. 1247. *El Semanario*, 1842: *apertura* (por *apretura*).
v. 1386. *El Semanario*, 1842: *del* (por *el*).
v. 1543. *El Semanario*, 1842: *mientras* (por *mientra*).
v. 1611. *El Semanario*, 1842: *gloria* (por *glorias*).

CANTO TERCERO

¡Cielos! ¡venir al mundo! ¿Y qué es el mundo? Los sabios le han llamado justamente <i>el valle del dolor</i> , y me confundo al ver que el hombre abandonarlo siente. ¡Sólo el Criador con su saber profundo pudo hacernos amar tan locamente esta mansión en que sufrimos tanto, pagando con mil penas un encanto!	1660	¡Hombre indolente, acércate! en tus labios olea blandamente la sonrisa, y en tu perpetuo gozo ni aun resabios de antiguos duelos el común divisa; ¿mas dime si reputas como sabios a aquellos que observándote de prisa, propalan que jamás angustia sientes? Si tú lo afirmas, yo diré que mentes;	1665 1670

y sostendré que apenas comenzaba
tu espíritu infantil a abrir los ojos,
del mundo en el jardín ya contemplaba 1675
de trecho en trecho germinar abrojos;
y aunque tu sol en su zenit brillaba,
en tu horizonte nubarrones rojos,
cual sombras aterrantes parecían,
que enlutar su esplendor fieras querían. 1680

Pero corriendo tus felices años,
se iba aumentando más la sombra densa,
llegando entre terribles desengaños
tal vez a hundirte en lóbreguez inmensa,
y entonces para alivio de tus daños 1685
ibas buscando por la niebla extensa
un astro que guiase tu camino,
y ese era el rostro de tu amor divino.

Mas, ¡ay! lejos de hallar en su mirada
la dulce compasión de tu amargura, 1690
veíasla quizá tibia y helada
reír, y de tu propia desventura
hacer alarde... ¿Tu alma desesperada
no deseó en tan triste coyuntura
que no fuese un delito tan villano 1695
darse la muerte por su propia mano?

Tú gemiste en silencio, y aun llegaste
a fuerza de dolor y de despecho
a triunfar de tu suerte: en el contraste
bronze insensible se volvió tu pecho, 1700
así como no hay tósigo que baste
a privar de la vida al que se ha hecho
larga habitud de su terrible prueba
y es vano ya que en profusión lo beba.

Y tu presente risa es ironía, 1705
una ironía amarga, engañadora,
porque bien sabes que en la tierra impía
no encuentra simpatías el que llora.
¡Tienes razón! Fuerza es que el hombre ría
mientras en la alta habitación no mora, 1710
donde a su Dios con dudas mil no ofenda.
—Volvamos entretanto a la leyenda.

Que voy a describir en tosco estilo
una sesión de la Real Audiencia,

- pero el pueblo por sabio le reputa,
porque empezando a hilar el largo estambre
de su difusa estrepitosa arenga,
no hay freno ya que su furor contenga. 1760
- Cerca de él está Eulogio: a la cintura
lleva cadena que a sus pies descende,
y sus manos también esposa dura
con injusto rigor aprieta y hiende;
está casi encubierta su figura, 1765
pues sobre el seno su cabeza pende,
aunque la turba que le mira atenta,
no halla de palidez su faz exenta.
- Si es cierto su dolor, si en desaliento
se encuentra Eulogio, no es que le acobarde 1770
un secreto interior remordimiento,
o su sentencia con terror aguarde.
¡Pero hallarse en tan triste abatimiento!
¡Ver a su fiero acusador alarde
hacer de la opresión en que le tiene!... 1775
¿Por qué la muerte de una vez no viene?...
- Luego que el escribano del proceso
la relación monótona concluye,
el fiscal con razones de gran peso
entabla su filípica, y arguye 1780
citando leyes en profuso exceso,
y más de un escritor que mucho influye,
y exige al fin la muerte sin dispensa
para el autor de tan horrible ofensa.
- Pidió tras él el defensor permiso 1785
y dijo: «Es de alabar la sabia argucia
con que mi contendor nada conciso
casi a mi pobre parte desahucia;
pero yo voy a darle un buen aviso,
y es que las costas pagará su astucia: 1790
tan cierto me hallo de probar que Eulogio
castigo no merece sino elogio.
- ¡Primun! La ley que el adversario cita
no es aplicable aquí sin que se tuerza
su sentido, pues ella se limita 1795
al que roba muchachas por la fuerza.
Mirad a fojas treinta y tres escrita
- la absolución de Eulogio: allí se esfuerza
Leonor en inculcar que por su gusto
dejó la casa de su padre injusto. 1800
- ¿Y quién dice que fugas semejantes
merezcan escarmiento? ¿El griego, el godó,
y el persa y el francés qué hacían antes
si los padres les daban con el codo?
¿Quién dirá que los dioses son tunantes? 1805
Pues jamás perdonaron ningún modo
de obtener del amor la dulce copa;
dígalo el toro que arrebató a Europa.
- Aún hay más: estos robos a menudo
han producido imponderables bienes, 1810
naciendo de ellos un varón membrudo
que en verde lauro coronó sus sienes.
Y ¡oh tú, imponente Roma! yo no dudo
que si mil pueblos a tus plantas tienes,
¡de las Sabinas lo debiste al robo! 1815
Quien no lo confesase fuera un bobo».
- Causó al principio risa más que enojo
a los jueces discurso tan agudo,
después uno empezó a cerrar el ojo,
otro un bostezo reprimir no pudo; 1820
escapose un respingo al menos flojo,
y al que era más alegre un estornudo,
y al fin y al cabo se durmió el regente,
cansado ya de su papel de oyente.
- Mas despertole Eulogio que abrasado 1825
como una grana levantando el rostro,
«¡Basta, señor! –le dijo a su letrado–
que tanta necedad ya yo no arrostro.
Señores –continuó– yo que un soldado
sólo he sido hasta aquí, cuando me postro 1830
a pedirlos de hablar justo permiso,
no os pienso fastidiar: seré conciso.
- Toda mi desventura ha procedido
de haber amado con ardor extremo,
y de haberme la suerte concedido 1835
correspondencia de mi bien supremo:
Leonor por su cariño me ha seguido,
y a mi conciencia contrariar no temo

asegurando aquí que su pureza no tuvo que sufrir de mi terneza.	1840	Fuerte campanillazo en la ancha mesa del tribunal sonó, mas no bastara a calmar del marqués la furia aviesa, si Eulogio en voz de trueno no exclamara: «¿Quién soy yo, me decís? A toda priesa cualquier campo de lid os contestara esa pregunta que me hacéis triunfante si vos los consultasteis un instante.	1885
Para hacerla mi dueño, para darla por siempre de mi pecho el señorío de su mansión me resolví a sacarla. Es verdad que sus padres con impío desprecio me prohibieron adorarla; mas la sola razón de su desvío fue no haber yo nacido en alto puesto: toda mi culpa atroz consiste en esto.	1845	Mucho tiempo hace ya que una batalla en Chile no se dio, sin que mi pecho o el de mi padre fuesen dura valla al furor enemigo; y a despecho de ese orgullo feroz que en vos estalla gloriosos nuestros brazos nos han hecho; ¡buscad en tanto vos los grandes hombres de vuestra alcurnia, y repetid sus nombres!	1890
Ahora, pues, preguntad –siguió mostrando un alto y venerable crucifijo, que el juez que el cielo habita recordando, en frente al tribunal se hallaba fijo–, preguntad a ese Dios si él expirando en los tormentos de la cruz, maldijo la estirpe mía, o si al rendir su aliento abrió a todo hombre el celestial asiento.	1850	¿Yo hechura de un capricho? ¿Pero acaso los ascendientes vuestros algo fueron, mientras vertiendo el oro a cada paso una venal nobleza no obtuvieron? Como hez inmundada en reluciente vaso, su baldón en un título escondieron, ¿y porque así no quise yo ilustrarme pensáis que sin temor podéis hollarme?	1895
Mas si el juez de la tierra halla por justo que sólo por quien soy se me castigue, ni os tacharé por vuestro fallo augusto, ni menos pediré que se mitigue. Tanto he sufrido ya, tanto el injusto destino ha largo tiempo me persigue, que lejos de inquietarme por mi suerte, casi os suplico sentenciéis a muerte».	1860	Si al padre de Leonor en vos no viese, marqués, yo vuestro rostro escupiría... Señores, perdonad que así se exprese mi dolor un instante. ¿No podía su rabia contentar que yo estuviese aquí aguardando la sentencia mía lleno de grillos e ignominia suma como al que un crimen horroroso abruma?	1900
Dijo; el fiero marqués con rostro arisco lanza al mirarle por los ojos fuego, y el influjo mortal del basilisco quisiera que sobre él tuviesen luego; en lenguaje violento como el risco que de alto monte se desprende ciego, «¡Malvado! –prorrumpió– ¿juzgas que sea poca falta que un vil de tu ralea	1865	¿Era también preciso que el ultraje viniese a completar la obra inhumana, y que en silencio vil yo ni el coraje tuviese de humillar su audacia insana? <i>Sacrilego asesino</i> en su lenguaje furioso me ha llamado, y esta vana inculpación es fuerza que confunda antes, oh jueces, que en silencio me hunda.	1910
contaminar con su mirada impura la tierna flor de mi esperanza osase y el cristal que halagaba una aura pura con su aliento pestífero empañase? ¿Quién eres, dime, tú, funesta hechura del capricho de un jefe, y en qué base disculpas forjas a tu arrojo indino, vil robador, sacrilego asesino?».	1870	Sangre en el templo derramó mi espada, mas fue por defenderme, fue, señores,	1915
	1875		1920
	1880		

por salvar a mi amante refugiada junto a mi corazón de sus furores. Si vuestra alma no ha sido siempre helada de la pasión más tierna a los ardores, sólo haré esta pregunta a vuestro pecho: <en situación igual ¿qué hubierais hecho?>».	1925	Una mirada volcánica a los jueces arrojó, su rostro desfiguró una sonrisa satánica.	1965
Así termina Eulogio, y el semblante volviendo a doblegar sobre su seno, sonaron sus cadenas un instante, luego quedó de movimiento ajeno. El gran concurso que le oyó anhelante, de entusiasmo y piedad a un tiempo lleno, alzó de aprobación sordo murmullo, del marqués reprobando el fiero orgullo.	1930	Y murmurando se fue: «¡Si ellos en poco han tenido la ofensa que he recibido, yo mismo la vengaré!».	1970
	1935	Condujeron a Eulogio al triste encierro de lóbrega mansión, de do debía, al primer rayo del siguiente día, el camino emprender de su destierro.	
El cual quisiera hablar, y aún más vehemente dar cursó a la ira que su aliento exhala, pero la campanilla del regente sonó, mandando despejar la sala.	1940	Allí, como en la tumba se sepulta cadáver yerto en impasible calma, frio ostentando su firmeza de alma, el reo al vulgo observador se oculta.	1975
No fue largo el acuerdo, y nuevamente al reo que aguardaba en la antesala, entrar y arrodillarse le mandaron, y así el injusto fallo le intimaron.		Mas ¡ay! Cuando a la hora señalada los ministriles a sacarle entraron, sola y desierta la prisión hallaron, y su cadena en tierra destrozada.	1980
«Una doncella robasteis pura, noble y sin mancilla, y una sagrada capilla de sangre humana empapasteis. Las leyes que quebrantasteis reo de muerte os reputan, mas vuestros jueces computan lo que a Chile habéis servido, y en destierro indefinido de este reino os la conmutan.»	1945	Dan voces, se amenaza al carcelero, registran la prisión, gente se invoca, por la ciudad y campos se desboca buscando a Eulogio un escuadrón entero.	1985
	1950	Levanta una sumaria el escribano y jura el alguacil, la Audiencia amaga; pero ni una vislumbre incierta y vaga vino a aclarar las sombras de este arcano.	1990
A ninguno esta sentencia pudo allí contento hacer, y el pueblo dejó entender a las claras su impaciencia.	1955	Las beatas decían que un prodigio esta desaparición era sin duda, que una horrible legión de diablos muda, llevo al preso sin dejar vestigio.	
Eulogio con ironía dio gracias al Tribunal, y el marqués con infernal furia el labio se mordía.	1960	A fin de autorizar error tamaño, cuentan que a media noche una vecina se asomó para ver quién origina rumor que siente por la calle extraño, y alcanzó a distinguir con gran sorpresa cuatro ardientes demonios que salían	1995 2000

del cuartel, y a caballo conducían
en hórrido silencio humana presa.

El que priva por ser menos iluso
pretende que un amigo la cautela
con oro adormeció del centinela
y en libertad al prisionero puso.

Entre tanta confusión
de conjeturas diversas
sólo algunos por Eulogio
peores sucesos recelan.

Estos son los que conocen
del marqués la impía tema,
y saben que en él el odio
es carcoma que se aferra
de un tronco, y no le abandona
hasta tornarle en pavesa:
los que saben que en la noche
del día en que dio sentencia
el Tribunal contra Eulogio,
él de su casa saliera
oculto, sin dar noticia
del objeto que le lleva,
ni decir a dónde vaya
ni cuándo será su vuelta,
seguido de cuatro esclavos
que a todo trance obedezcan,
¡y que aún el puñal esgriman
al menor gesto que entiendan!

Dos auroras han pasado
sin que de ellos nadie sepa,
así como ignoran todos
la suerte que Eulogio tenga.

¿Y quién puede imaginarse
lo que en vista de esta ausencia
sufrió la triste Leonora,
de horribles celos llena?
Ella adora ¡ay infelice!
ella por larga experiencia
sabe que antes que su padre
el tigre su rabia enfrena;
y está viendo al hado adverso
tan tenaz en ofenderla

que abrigar no osa un instante
leve esperanza risueña.

Por fin al tercero día
estuvo el marqués de vuelta,
sereno el rostro y el alma
al parecer satisfecha.

En lugar de la sombría
meditabunda apariencia
que él al partirse llevara,
sus facciones más abiertas

mostraban que sus pesares
ya le inquietaban apenas,
fuese por estar vengados,
o porque a olvido los diera.

Sólo la amante Leonora
mirando esta calma tiembla,
y que es la nieve que encubre
un volcán furioso piensa.

Aun juzga que de su padre
en la mirada siniestra
hay algo que está anunciando
criminal acción sangrienta;

pues en torno sus pupilas
los párpados que blanquean
manchas rojas de repente
de infausto agüero presentan;

y cuando alguno de Eulogio
el escape le recuerda,
vagan atroces sus ojos,
aunque él finja indiferencia.

Convirtiose en certidumbre
el temor de la doncella,
cuando un esclavo entregole
una carta con cautela.

Un retrato dentro había,
y con sangre cuatro letras
mal trazadas, con las cuales
darían horrible nueva,

porque alarido espantoso
lanzó la triste al leerlas,
y quedó por largo tiempo
en hondo estupor envuelta.

2045

2050

2055

2060

2065

2070

2075

2080

Pocos días después, una mañana de las postreras del templado abril, de un convento de monjas la campana los aires hiere en vibraciones mil.	2085	cuando se corre el velo tras la reja que el santo coro del convento guarda.	
El sol que ostenta su esplendente llama sin un celaje por la esfera azul, sobre apiñados grupos la derrama vestidos de mantón y negro tul.	2090	Por sus dobles hileras de pilares atónita la vista se extasía, admirando los tétricos lugares donde al Señor se invoca noche y día.	2125
Mujeres son que corren la ancha vía que conduce hacia el templo del Señor, dando a su andar veloz nueva energía de la campana el lúgubre clamor.	2095	¿De dónde viene ese clamor profundo que súbito amedrenta el corazón? ¡Parece que cien voces de otro mundo acordes alzan funeral canción!	2130
«Ya no vamos a hallar hueco ninguno» —una beata exclama por aquí. —«¡Ay, niña! si es horror: monjío alguno de tanta bulla y confusión no vi.»	2100	Se siente discurrir por los recintos internos esa triste cantilena, ya se oyen sus acentos más distintos y ya del coro los espacios llena.	
—«¡Dicen que ella va a ser sacrificada!» —una bella susurra más allá. —«¡Harto lo ha merecido la malvada!» —responde en voz severa la mamá.		Envueltas en sus lúgubres sayales de monjas aparece doble fila, y sin mirar al pueblo, con ciriales en misteriosa lentitud desfila.	2135
—«¡Pobrecita! —una vieja solterona dice, ostentando falsa compasión— De aquella que a sus gustos se abandona ¡estos al fin los desengaños son!».	2105	Un momento su paso ha detenido, y hasta los cielos su clamor se alzó, el órgano con eco interrumpido su entonación funesta acompañó.	2140
Así van hablando y el paso aceleran, pues ya desesperan poder del monjío los lances contar. ¡Inútil empeño y estímulo vano, que desde temprano de gentes el templo se ve rebosar!	2110	Mas vedla ya marchar, ¡cuánta fantasma sólo a su voz atenta desaparece! ¿Es ilusión de un sueño que me pasma y para siempre al despertar fallece?	2145
—		A la puerta del convento corre el pueblo en confusión, y acudir por dentro siento hacia allí la procesión.	2150
Mil luces en sus aras centellean aumentando del sol el brillo inmenso, y por su ámbito vasto se pasean espesas nubes de oloroso incienso.	2115	También al marqués severo y a la marquesa yo miro, y a su presencia suspiro, porque la víctima infiero.	
Ya son las once y reparar se deja bien la inquietud con que el concurso aguarda,	2120		

La vasta puerta de repente abriose, y lo interior del claustro descubriose, la procesión sombría allí se hallaba y ante el umbral al mundo presentaba un momento a Leonora, hermosa como siempre, encantadora, coronada la frente de perlas con diadema reluciente, y ostentando más lujo en su vestido que jamás el oriente ha producido: era la triste un sol que relucía más brillante que nunca en aquel día para eclipsarse eternamente, era una mansa cordera que sin quejarse de su amarga suerte, iba sumisa a recibir la muerte.	2155	le infunde una apariencia tan celestial y pura, que el vulgo ver en ella se figura una paloma que hacia el alto cielo va suavemente a remontar su vuelo.	2200
	2160	A fin de darla el postrimer abrazo, la marquesa sus pasos avanzó, la joven al mirarse en su regazo ni extremo afecto ni aversión mostró.	2205
	2165	Sólo una bella lágrima temblante se miró de sus párpados correr, ¡reconvención que un pecho sollozante daba a una madre injusta al perecer!	2210
	2170	Abrazarla el marqués quiso a su turno, (la ceremonia lo pedía así) mas cual si espectro aterrador nocturno fuera, la joven le alejó de sí.	
Cubre su frente palidez süave pero indicios no da de pena grave, su tranquila mirada en tierra está clavada y en sus mejillas que la fresca rosa como antes ya no esmalta esplendorosa, sólo de cuando en cuando se aparecen, cual fugitivas sombras que incesantes en sueños ven pasar los delirantes, leves manchas que pronto desaparecen.	2175	Asombráronse todos, y la madre reprendiendo su arrojo con furor, «¿Te olvidas –exclamó– de que es tu padre?» — «¡Dejolo ya de ser! –dijo Leonor–,	2215
	2180	de sangre nos divide un mar horrendo, un mar que él nunca apartará de sí. ¿Su injusta voluntad no estoy cumpliendo? ¿Y qué más tiene que exigir de mí?»	2220
Y en su aparente calma del interno dolor que sufre el alma sólo se ven indicios algo ciertos en sus cárdenos labios entreabiertos, que a veces un temblor rápido agita, como cuando una ráfaga ligera la superficie de algún lago altera. Su seno ora palpita en conmoción extraña, mas ora inmóvil respirando, engaña.	2185	Así exclamando temblaba como la hoja sacudida, y de su vista encendida vivos rayos arrojaba.	2225
	2190	De escándalo el pueblo lleno por un momento encuentre; pero al punto adelantose la procesión, y en su seno	2230
Era la paz que el firmamento ostenta cuando feroz se acerca la tormenta y al horizonte sube cual punto leve imperceptible nube.		quedó la víctima oculta, como débil navecilla que hecha pedazos la quilla, en las ondas se sepulta.	
Mas el nevado encaje de su costoso traje, símbolo de su cándida inocencia,	2195		

- La puerta volvió a cerrarse,
y la mística armonía
lentamente se entendía
por los claustros alejarse.
- Pronto en el coro volvieron
a entrar las monjas cantando,
y los cirios apagando,
a sus asientos se fueron.
- Quedaron sólo dos junto a la silla
que en medio el coro ocupa la abadesa,
y Leonor, indefensa cervatilla,
en medio de ellas para ser su presa.
- De sus ricos vestidos la despojan,
y los joyeles de su cuello y sien
como galas inmundas los arrojan
sobre el polvo en fanático desdén.
- Y luego sus suavisimos cabellos
que descendiendo hasta los pies están,
pasando el hierro cortador por ellos,
también al suelo sin dolor los dan.
- Leonor los vio caer, y aunque sus ojos
sobre ellos un instante se fijaron,
no sin pena mirando esos despojos
que un día mil bellezas envidiaron,
- empero esta aflicción presto borrose,
y por su mente tan veloz pasó,
cual muere la ola que en tormenta atroce
bramando en medio de la mar se alzó.
- ¿Por qué sentirlos ya, si ella no ignora
que aquél que un tiempo los amó tan fiel,
es un cadáver insepulto ahora,
y ya no puede disfrutarlos él?...
- A vestirla del saco se preparan,
pero al quitarla su postrer adorno,
que era un verde jubón, ¡cielos! reparan
oculta cinta de su cuello en torno,
- de la que pende con esmalte vario
de oro y rubíes, cual brillante estrella,
- 2235 y a guisa de devoto relicario,
de hermoso joven miniatura bella.
- Pretenden arrancársela al instante,
pero Leonor su intento previniendo,
la aferra entre sus manos anhelante
y resiste impertérrita diciendo:
- «No, no puedo cederos mi tesoro,
el solo bien que me dejó la suerte,
si no os ablanda mi doliente lloro,
antes que os lo llevéis dadme la muerte».
- «¿Qué es lo que hacéis?» exclama la abadesa
a este altercado con severo tono.
—«¡Es un retrato!» dícnle de priesa
las despojantes con piadoso encono.
- «¿De quién?» —«¡De un joven!» —«¡Pa-
dre Dios eterno!
¡Y en estos sitios conservar desea
todavía esa alhaja del infierno!
¡Que yo en el polvo sin tardar la vea!»
- La joven con gran dolor
tuvo que ceder su prenda,
última querida ofrenda
que Eulogio hiciera a su amor.
- ¡Mas ay! desde aquel instante
a impulso de su amargura,
se apoderó la locura
de su mente delirante.
- Y olvidando lo pasado,
insensible a lo presente,
fue sólo un eco doliente
del huracán que ha acabado.
- Apenas revestida la tuvieron
del áspero sayal y ancho ropón,
cuando hacia la abadesa la impelieron
a hacer su respetuosa sumisión.
- Leonor obedeciendo reverente
se arrodilló delante del sitial,

y recibió sobre su helada frente la sacrosanta bendición claustral.	2310	Allí luego su discurso en dos partes dividiendo, una reseña fue haciendo del destino mundanal:	2350
Levantose después, y en torno al coro las monjas todas abrazando fue, parecida a un brillante meteoro que por las tumbas divagar se ve.		las espinas que entre flores al que lo sigue depara, y su sinsabor compara con la beatitud claustral.	
Luego que visitó con paso lento tanta fantasma muda y sin sentir, que sólo se movía en el asiento su fraternal abrazo a recibir,	2315	Adujo diversas citas de la escritura sagrada, y aunque nadie entendió nada, a los más los convenció.	2355
de las rejas del coro cerca viene do los padrinos alumbrando están, doblega las rodillas, y sostiene con su derecha un cirio que le dan.	2320	Leonor, con la vista fija en tierra, le estuvo oyendo, e ir en su rostro cundiendo mortal palidez se vio.	2360
E inclinados los ojos, ella escucha la plática del padre confesor, que se prepara en elocuencia mucha a ser la lengua del divino amor.	2325	Pero cuando el sacerdote la dijo: «si un día, hermana, alguna pasión profana pudo agitaros tal vez,	2365
Mas era tanto el gentío, y así por ver se agolpaba a las rejas, que ya ahogaba padrinos y confesor,	2330	¡ay! relegadla al olvido, porque esta mansión dichosa a la que en Dios no reposa, sólo es mortal lobreguez».	2370
el cual clamaba en su aprieto: «¿Qué irreverencia es aquésta? ¿Sólo por ver una fiesta a Dios perdéis el respeto?		Entonces los ojos la mísera alzando vidriosos y turbios como ojos de un muerto, y en risa frenética al pueblo mirando, decir algo quiso su labio entreabierto.	
¡Ea! pues, profano vulgo, despejad que ya me ahogo, si no me dais desahogo, como hay Dios, que os descomulgo».	2335	¡Mas ay! como suele en invierno aterido helarse la lluvia en el aire al caer, tan sólo lanzaron horrendo alarido, sin que una palabra pudiese correr.	2375
Gritando así, se enrojece su rostro como un tomate, mas no por eso el embate del fiero tropel descrece.	2340	Su vista fijose, sus miembros temblaron, un vértigo horrible su frente sintió: sin fuerzas el cirio sus manos soltaron, y al fin sobre el suelo su cuerpo cayó.	2380
Viendo al fin que en balde chilla, resuelve no estar en bajo, y no sin grande trabajo se sube sobre su silla.	2345	Absorto su arenga cortó el predicante, pasmado sintiose el concurso quedar,	

las monjas corrieron el velo al instante, que vino esta escena horrorosa a ocultar.	2385	¿Qué figura estoy mirando vagar por los corredores, ora en pasos voladores, ora en lentitud marchando?	2430
Media noche va a sonar, brilla en el cielo la luna, mas tal vez una importuna nube la viene a entoldar: nube que se ve rodar negra, ominosa y tardía, que a cada instante varía su fantástico contorno y parece un triste adorno puesto en salón de alegría.	2390	que apenas se oye, igual es al murmullo de la brisa que revolver se divisa de su ropón al través.	2435
Los campos y la montaña ora hermosos resplandecen, ora en partes se oscurecen cuando la luna se empaña. Y así en variación extraña de trechos de luz y sombra vagando el alma se asombra y sumida en amargura, imagen a la natura de la humana suerte nombra.	2395	Ya la ilumina la luna, ya entre las sombras se esconde, según el lugar por donde la lleva su atroz fortuna. No vuelve atrás vez alguna el rostro, atenta a su objeto.	2440
	2400	¿Es algún sucio esqueleto que negra intención suscita, y a cumplir se precipita de alto conjuro el decreto?	2445
	2405	Al pie del gran campanario y delante de su puerta se detiene un punto incierta, luchando en designio vario.	2450
El viento apenas suspira y el aire sin movimiento deja oír el rumor lento del río que tardo gira. Sólo rara vez se mira algunas ráfagas flojas sacudir las secas hojas, que del tronco desprendidas, van volando confundidas a formar alfombras rojas.	2410	Tal vez su intento nefario la amedrenta más allí, mas de repente la vi resuelta desaparecerse, y la puerta estremecerse con rauda choque sentí.	2455
	2415	Mudo de asombro he quedado, y esa aparición un eco triste, indefinible y hueco en mi cerebro ha dejado.	2460
Todo al pecho temeroso anuncia ruina y espanto, los claustros están en tanto en silencio pavoroso. Sólo turba su reposo el ciprés que renegrea y el bulto denso menea, cuyo funeral ropaje, sin que el otoño le ultraje, del tiempo se enseñoorea.	2420	¿Se habrá cual sueño alejado porque yo su imagen borre? No, que en lo alto de la torre vuelve a aparecer. ¡Miradla! Descubre un rostro de gualda su velo que se descorre.	2465
	2425	La luna a sus anchas luciendo a tal punto, me deja el semblante admirar de Leonora,	

no ya rozagante cual brilla la aurora, sí mórbido y triste cual sol ya difunto.	2470	¡Un sepulcro y una amante que sobre su mármol llora!... ¿Por qué yo no soy ahora la que en el sepulcro estoy?	2510
¡Ay! ¡Cómo tan presto acercose a la tumba! Cual vagos recuerdos sus gracias ya son, o incierta armonía que lúgubre zumba si cubre la noche fatal panteón.		Una mano me condujo a un altar, y alguien decía: <¿Por qué lloras, vida mía, cuando un cielo veo yo?>.	
La lánguida frente sostiene en su mano, y alzando los ojos sin lágrimas ya, olvida a sus plantas el mundo profano y fija en los astros inmóvil está.	2475	Y yo seguía llorando, aunque la voz me animaba. ¡Cielos! ¿y por qué temblaba?... ¡Ya todo se me olvidó!	2515
¡Mas oh! ¿Qué memoria de pronto la asalta? ¿Por qué sacudiendo en atroz frenesí su hermosa cabeza, de súbito salta, y dar ¡ay! dos vueltas en torno la vi?	2480	¿Por qué a lo lejos no veo un incendio propagarse, el huracán levantarse y el viento en furor bramar?	2520
¿El ruido del viento, el caer de las hojas, del astro nocturno el sereno esplendor, habrán en sus fibras relajas y flojas tal vez producido una imagen de amor?	2485	¡Tal vez el mar furibundo hasta esta torre llegara, y en sus olas yo mirara un cadáver blanquear!	2525
Un canto parece a entonar se dispone; su voz que al principio es un eco de muerte, bien pronto endulzando su acento disone, en harpa divina por fin se convierte.	2490	¡Qué gloria morir con él aunque entre las olas fuese, sin que un tirano viniese nuestro abrazo a dividir!	2530
Y atentos los aires, callados los vientos, escuchan absortos la dulce canción, ¡la frígida torre a sus tristes lamentos parece temblando sentir compasión!...		Mas ¡ay! para mi consuelo ni un cadáver me conceden, y sólo las hojas pueden junto conmigo morir.»	
«Vuelan las hojas, las hojas sin cesar volando van, y todas al fin caerán, porque es tiempo de morir.	2495	¡Morir! los ecos tristes repitieron. ¡Morir! el campanario resonó: la luna rojas nubes escondieron al punto en que Leonor desapareció.	2535
Nacieron para secarse, y aunque brillaron un día, ¡cada sol que amanecía las acercaba a su fin!	2500	Inmóvil la natura, silenciosa, y sumergida en honda lóbreguez, de un desastre la nueva pavorosa está esperando con terror tal vez.	2540
Yo también brillé como ellas, y vi envidiar mi ventara, hoy ya ser se me figura hoja que volando voy.	2505	Un ruido sordo se oye de repente del campanario en confusión salir,	

y luego las campanas el ambiente solas empiezan ¡oh portento! a herir.	2545	Fue de Leonor el mísero destino no reposar debajo el pavimento del templo del Señor, donde el acento del himno alzado a la suprema altura, hubiese mitigado su amargura. Sólo fue dado saludar sus manes al rugir de los fieros huracanes. Al aire libre, al sol y lluvia expuesta cual rosa que perece en la floresta, al pie del campanario está Leonora. Y todas huyen su sepulcro ahora, cual si estuviese por Jesús maldito, jaun su memoria el claustro la ha proscrito como sus padres a la triste en vida! Ni jamás una flor se vio esparcida sobre su lecho de eternal reposo.	2585
¿Media noche será? ¿Llaman por suerte al coro a las esposas de Jesús?... No, que doblando están: ¡en son de muerte lloran por alguien que dejó la luz!	2550		2590
Atónitas las monjas van saliendo de sus celdas aprisa, y con sorpresa tienden oídos al clamor tremendo que el campanario de esparcir no cesa.			2595
Corren, se buscan, vuelven y admiradas la causa se preguntan entre sí, y reconocen de terror pasmadas ¡que sólo falta la novicia allí!	2555		
La abadesa en fatal presentimiento, con luces y en estrecha procesión a sus súbditas manda que al momento la cansa corran a indagar del son.	2560	Sólo en medio el silencio pavoroso de la noche, una dulce melodía en torno suyo resonar se oía, preludiando de amor tiernos delirios.	2600
Sumisas obedecen, y caminan temblando todas con pavor glacial; mas no bien sus antorchas iluminan del campanario la mansión fatal,	2565	Y en el invierno dos hermosos lirios nacer sobre la tumba se miraban, que al soplar de los cierzos enlazaban sus pétalos llorosos blandamente, imitando de amor el beso ardiente.	2605
y entre la incierta claridad se pudo el techo percibir, cuando lanzaron todas a un tiempo un alarido agudo, al suelo las antorchas arrojaron,	2570	Dos aves entre tanto venían a entonar su dulce canto al rededor, y en ecos gemidores contarse parecían los amores, cuya historia encerraba aquel sepulcro.	2610
y en espantosa confusión corriendo, no paran hasta el medio del jardín. Temblante aún, y de un cordel pendiendo, ¡a Leonor vieran rematar su fin!		Mas no bien claro el sol, y el cielo pulcro anunciaban de alegre primavera la brillantez primera, cuando una y otra flor mustia y marchita a un tiempo se secaban, cual si sólo cuando ofuscaba el huracán el polo, pudiesen existir, y la exquisita aroma del verano para ellas fuese destructor gusano.	2615
Una fosa cavada al otro día del campanario ante el cimientto había. Sin aparato ni señal de duelo, ni canto que por él se eleve al cielo, un cadáver descende a aquella tumba, y mientras el azadón sobre él retumba la menuzada tierra apisonando, ni un solo ¡ay! de dolor, ni un eco blando con un ¡Descansa en paz! a honrarlo vino.	2575 2580		2620
		Al punto la avecilla se alejaba y a la desierta tumba no acudía hasta que en el invierno venidero	2625

el uno y otro lirio renacía, y en eco plañidero ella a seguir su lloro retornaba.		él en espesa montaña de un campo de su señor un cadáver mutilado	2655
—		horriblemente encontró, que exhalando corrompido insoportable feto,	
¿Qué suerte cupo al marqués?		apenas se distinguía	
¿Días serenos gozó	2630	que a un joven perteneció.	2660
después que hirió sus oídos la desgracia de Leonor?		Él le había sepultado movido de compasión,	
¡Ay! a demostrarlo así		y por miedo largo tiempo	
él aleve se esforzó,	2635	hondo silencio guardó.	2665
y siguiendo en sus devotas prácticas de religión,		¿Había sido de Eulogio aquel despojo de horror?	
insultaba al mismo cielo con su hipócrita fervor.		Todos así lo creyeron, y el marqués de execración	
Quizá insensato esperaba que de su crimen atroz	2640	universal abrumado,	2670
jamás las densas tinieblas alumbrase un resplandor.		largo tiempo no venció su cruel remordimiento,	
¡Cómo débiles se engañan los malvados! No tardó		que como espectro feroz le hacía la noche umbría	
muchos años en saberse	2645	divagar por su mansión, pidiendo misericordia	2675
por pública y cierta voz que uno de sus propios siervos,		con doloroso clamor, y sin que humano consuelo	
lleno de espanto y terror, de la muerte en los delirios		diese alivio al corazón.	
claramente reveló	2650	Hasta que acabado el cuerpo en horrible consunción,	2680
que en aquellos mismos días que Eulogio desapareció,		entre espantosa agonía, su último aliento rindió.	

Notas:

- v. 1713. *El Semanario*, 1842: *escribir* (por *describir*).
- v. 1766. *El Semanario*, 1842: *prende* (por *pende*).
- v. 1804. *El Semanario*, 1842: «daban el» (por «daban *con* el»).
- v. 1808. [*N. del a.*] Alusión al robo de Europa por Júpiter en figura de toro.
- v. 1813. *El Semanario*, 1842: *potente* (por *imponente*).
- v. 1816. [*N. del a.*] Por si alguno encontrase inverosímil este modo de argumentar del abogado de Eulogio, debo prevenir aquí que esta imitación no hace más que dar una idea muy remota de los discursos de aquellos tiempos. Cualquiera que haya registrado algunas páginas de los manuscritos sobre la historia del país que existen en nuestra Biblioteca, se habrá quedado asombrado de hallar que por lo menos sus dos terceras partes se pierden en digresiones y comparaciones fundadas sobre la historia antigua y la mitología.
- v. 1851. *El Semanario*, 1842: «*al* juez» (por «*el* juez»).
- v. 1884. *El Semanario*, 1842: «trueno exclamara» (por «trueno *no* exclamara»).
- v. 1888. *El Semanario*, 1842: *consultaseis* (por *consultasteis*).

- v. 1988. *El Semanario*, 1842: *amarga* (por *amaga*).
- v. 2069. *El Semanario*, 1842: *algunos* (por *alguno*).
- v. 2080. *El Semanario*, 1842: *darianle* (por *darian*).
- v. 2126. *El Semanario*, 1842: *el* (por *al*).
- v. 2135. *El Semanario*, 1842: *Envuelta con* (por *Envueltas en*).
- v. 2140. *El Semanario*, 1842: «clamor alzó» (por «clamor se alzó»).
- v. 2215. *El Semanario*, 1842: *Asombrándose* (por *Asombráronse*).
- v. 2277. *El Semanario*, 1842: *anhelantes* (por *anhelante*).
- v. 2280. *El Semanario*, 1842: *es* (por *el*).
- vv. 2386-2387. *El Semanario*, 1842: se introduce en medio de estos dos versos el título «Conclusión».
- v. 2454. *El Semanario*, 1842: *desaparecerse* (por *desparecerse*).
- v. 2580. *El Semanario*, 1842: *mientras* (por *mientra*).
- v. 2652. *El Semanario*, 1842: *desapareció* (por *despareció*).

TAGLE
Francisco M. Sánchez de

Poeta mexicano a quien llama un escritor compatriota suyo: «ingenio noble y sublime, cuyos pensamientos elevados, elocuencia y estilo castizo, han contribuido a restaurar el bello gusto de la poesía en México».¹

«¿A quién los bellos sonos
no agradan que tañir diestro sabes?»

dice el autor de los *Ocios juveniles* dirigiéndose al mismo Tagle. Este señor, según la composición de donde tomamos los dos versos anteriores, ha cultivado géneros muy diferentes en sus poesías,

«ya festivas, ya plácidas, ya graves».

Notas:

¹ Sección «Bosquejos biográficos», en *El Museo mexicano. O miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas* (México), t. 4 (1844), p. 500. La frase original dice: «Don Francisco Manuel Sánchez de Tagle, ingenio noble y sublime, quien por su pureza de pensamientos elevados y su elocuencia y estilo castizo ha contribuido a restaurar el bello gusto de la poesía en México [...]».

1

A LA LUNA EN TIEMPO DE DISCORDIAS CIVILES

¡Con qué silencio y majestad caminas por miles de luceros cortejada, súbditos que dominas, ornato augusto de la noche helada!		y en esa ebúrnea majestuosa frente, de donde luz gratísima difundes por la inmensa creación desfallecida, con que sopor le infundes,	
Ellos acatan tu beldad fulgente	5	seguro germen de repuesta vida.	20
desque en carro de nácar y de plata asoma en horizonte, consuelo al triste y al virtuoso grata;		A tu argentada luz sus presas cede, que otra vez le arrancó, mal de su grado, voz que todo lo puede,	
y extáticos te siguen por la inmensa bóveda del santuario del Eterno,	10	Duermen los montes y en sus grutas hondas	25
do la oración intensa del justo perseguido escucha tierno.		duermen los vientos y el horrible trueno; duermen del mar las ondas y Leviatán y monstruos de su seno.	
Con ellos te saludo, almo destello de la luz perennal, fija la mente		Hace pausa la vida de los seres	
y ojo absorto en tu cuello	15	que engrandecen al orbe: tu beleño	30

embarga sus poderes con ligaduras de apacible sueño.		y los densos vapores de allí lanza contra famas sin cuento,	
¡Alto silencio, interrumpido apenas por pies del gamo que ni toca el suelo, y las hojas serenas	35	y amancilla y marchita cuanto alcanza.	80
recorriendo Favonio en blando vuelo, salud, oh don de la triforme diosa, que descendes al pecho trabajado en vida congojosa,		En grupos parten desconfianza y celos, y a la discordia en su pos siguieron: padres, hijos, abuelos	
nido revuelto de mortal cuidado,	40	romperán lazos que antes los unieron.	
del temer y esperar sin fin ni tino y de allí lanzas el aciago susto; y ya el néctar divino de la quietud, a tu presencia, gusto!		No habrá mérito ya, virtud segura:	85
Tú avanzas, ¡oh bella majestuosa!	45	todo se ataca, todo se atropella con mano y lengua impura, impudente maldad todo lo huella.	
recorriendo la bóveda azulada, ufana cual la esposa que del lecho nupcial sale adornada.		La patria del placer y la abundancia ya es del horror y crímenes guarida, y tenebrosa estancia	90
Te rinden homenaje cielo y tierra; y la sombra huye sin saber a donde: ya tras fragosa sierra, ya en la lejana nube se te esconde,	50	donde la rabia carnícera anida.	
plegando el manto más y más, medrosa, mas tú, incansable, en solita carrera, por siempre victoriosa,	55	¡Y es a tu nombre, oh patria idolatrada, que los malvados fraguan tantos daños con los que destrozada	95
no le das tregua y lanzas de do quiera.		aparezcas infame a los extraños!	
Todo es calma y dulzor, ¿y el hombre...? ¡oh Luna!		¿Qué mal has hecho a tus rabiosos hijos que así desgarran el materno seno, y sólo en dañar fijos,	100
huye veloz del tachonado cielo, tu luz le es importuna y a la maldad consagra su desvelo.	60	gustado apenas, les hasta lo bueno?	
No alumbres, no, los crímenes atroces que unos contra otros sin cesar maquinan: mutuamente feroces al dolor y a la muerte se destinan.		Las antiguas heridas aún gotean ¡y abrirte quieren nuevas, insanables, los que amarte vocean,	
O víctimas o cómplices furiosos	65	hipócritas, perversos, detestables!	
busca tan sólo el hombre en sus hermanos, con ojos sanguinosos en el vagar amenazante insanos.		¡Qué porvenir te labran tan funesto	105
Ahora ¡oh dolor! en hórridas reuniones, astutos para el mal, el mal sazonan; preparan combustiones; amasan el penar y más se enconan.	70	y tan discorde de tu bella aurora! ¿Doblará el cuello enhiesto la que del orbe se vería señora?	
Allí la seducción la venda teje que del incauto oprimirá los ojos y mirar no le deje	75	Paz, dulce paz, ¿de nuestro triste suelo para nunca volver te habrás marchado?	110
sino fantasmas, ocasión de enojos.		¿Y el fervoroso anhelo del patriota veraz será frustrado?	
La atroz calumnia, el venenoso aliento		¿No ha de haber ya justicia so la tierra ni quien vindique hollados sus derechos?	
		¿Siempre amagos de guerra	115
		mantendrán yermos nuestros caros lechos?	
		Si así ha de ser, oh Luna, cede el puesto y haz al ocaso de tu lumbre dueño; fine mi vida presto:	120
		cierre mis ojos el eterno sueño.	

Notas:

1. En AP, pp. 774-775; en José María Luis Mora, *Colección de poesías mexicanas*, París, Librería de Rosa, 1836, pp. 243-248. Aparece también en *El Observador de la República Mexicana*, vol. 3, núm. 8 (25 de julio de 1827), pp. 248-251 y en Francisco Manuel Sánchez de Tagle, *Obras poéticas*, recogidas y ordenadas por su hijo don Agustín, t. II, México, R. Rafael, 1852, pp. 73-78. | En *Colección de poesías*, entre el título y el poema, se agrega «Oda».

v. 1. Marcelino Menéndez y Pelayo ha advertido que este verso es idéntico al primero de la elegía a «Las miserias humanas» de Juan Meléndez y Valdés. Lo curioso del caso es que, cuando cita la primera cuarteta del poema de Sánchez de Tagle, transcribe *festejada* y no *cortejada* (ver próxima nota). Esta variante léxica indica que Menéndez y Pelayo –al menos en este caso– no sigue las ediciones mexicanas, sino la AP. Cfr. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana*, t. 1, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911, p. 108.

v. 2. *Colección de poesías*: «por miles de luceros *certejada*,»; AP: *festejada*; sigo *Obras poéticas*. Se trata de una evidente errata que JMG enmienda substituyendo *certejada* por *festejada*; la lección autoral es *cortejada*, tal como aparece en *El Observador* y en las *Obras poéticas*.

v. 7. *Obras poéticas*: «en el Oriente» (por «en *horizonte*»); sigo AP y *Colección de poesías*.

v. 24. *Obras poéticas*: «engullir el menguado» (por «engullir el *caos* menguado»); sigo AP y *Colección de poesías*.

v. 40. *Obras poéticas*: *del* (por *de*); sigo AP y *Colección de poesías*.

v. 43. *Obras poéticas*: «*pues* ya» (por «*y* ya»); sigo AP y *Colección de poesías*.

v. 69. *Obras poéticas*: *Ora* (por *Ahora*); sigo AP y *Colección de poesías*.

v. 81. AP: *celo* (por *celos*); sigo *Colección de poesías* y *Obras poéticas*.

v. 82. *Colección de poesías*: «*y la discordia*»; *Obras poéticas* «*y las discordias*» (por «*y a la discordia*»); sigo AP.

v. 84. *Obras poéticas*: *unieran* (por *unieron*); sigo AP y *Colección de poesías*.

v. 96. *Obras poéticas*: «*aparezcas e infame*» (por «*aparezcas infame*»); sigo AP y *Colección de poesías*.

2

TRADUCCIÓN

DE LA ODA 11, LIBRO II, DE LAS DE JUAN BAUTISTA ROUSSEAU

EL RUISEÑOR

Doliente Filomena,
¡qué no des treguas al antiguo duelo
cuando en calmar tu pena
todo *ser* muestra cariñoso celo!

A tu vuelta renace,
para agradarte, el orbe; sombra luego,
la que al pudor aplace,
ofrece el bosque a tu ardoroso fuego.

Por ti su soplo helado
llévase lejos Aquilón furioso; 10
y reverdece el prado
y orna luz nueva al cielo fulgoroso.

5 La que a Céfalo amores
llanto fecundo le tributa a Flora;
balsámicos olores, 15
libando rosas, Céfiro atesora.

Toda ave, embebecida
 con tu canto dulcísimo, enmudece;
 ni a tu inocente vida
 el ambicioso cazador empece. 20

Con todo, inconsolable
 nutres recuerdos, siempre sumergida
 siempre, en el lamentable
 caso de aquella hermana tan querida.

¡Mas ¡ay! cuán diferentes 25
 son nuestros males y los míos mayores!
 Lloro yo los presentes
 y la causa pasó de tus dolores;

y natura festiva
 en mitigar tu pena muestra anhelo, 30
 cuando a mí se me priva
 aun de quejarme el mísero consuelo.

Notas:

2. En AP, p. 776; en José María Luis Mora, *Colección de poesías mexicanas*, París, Librería de Rosa, 1836, pp. 105-107.

v. 3. *Colección de poesías: calma* (por *calmar*); sigo AP.

VALDÉS
Gabriel de la Concepción

Sus cantos revelan un corazón de león
y una frente de águila.

Museo de Ambas Américas

G. de la Concepción Valdés, más conocido con el nombre de «Plácido», era un oscuro joven de color, nacido en Matanzas en la isla de Cuba. La aparición de sus poesías en 1838, le granjeó la amistad de personas distinguidas, extendiéndose su fama de poeta a todos los países en donde se habla lengua española.

Pero no le valieron estos méritos para escapar a la sentencia de muerte fulminada contra diez y nueve hombres de color, procesados por conspiradores contra los habitantes blancos de la isla. Plácido, comprendido en aquel número murió con rara energía, atravesado por las balas, en las primeras horas del día 28 de junio de 1844. La pobre víctima pudo consolarse, tal vez, recordando que «no es el patíbulo el que afrenta sino el crimen»; pero ella buscó en Dios la resignación para sus últimas tribulaciones, como se ve por su soneto, «Fatalidad», y por la «Plegaria», cuyos versos recitó caminando a la muerte.

El señor Salas y Quiroga en sus «Viajes a Cuba», ha consagrado a Plácido algunas páginas entusiastas, colocándole más arriba de todo poeta americano (incluso Heredia) por el «genio, la inspiración, la hidalguía y la dignidad».

1

JICONTÉCAL

Dispersas van por los campos las tropas de Moctezuma, de sus dioses lamentando el poco favor y ayuda. Mientras ceñida la frente de azules y blancas plumas, sobre un palanquín de oro, que finas perlas dibujan; tan brillantes que la vista, heridas del sol, deslumbran, entra glorioso en Tlaxcala el joven que de ellas triunfa.		Himnos le dan de victoria, y de aromas le perfuman guerreros que le rodean, y el pueblo que le circunda, a que contestan alegres trescientas vírgenes puras: «Baldón y afrenta al vencido, loor y gloria al que triunfa». Hasta la espaciosa plaza llega, donde le saludan los ancianos senadores, y gracias mil le tributan.	15 5 20 10

Mas, ¿por qué veloz el héroe, atropellando la turba, del palanquín salta y vuela, cual rayo que el éter sulca? Es que ya del caracol, que por los valles retumba, a los prisioneros muerte en eco sonante anuncia. Suspende a lo lejos hórrida la hoguera su llama fúlgida, de humanas víctimas ávida que bajan sus frentes mustias. Llega, los suyos al verle, cambian en placer la furia, y de las enhiestas picas vuelven al suelo las puntas. Perdón, exclama, y arroja su collar; los brazos cruzan aquellos míseros seres que vida por él disfrutaban. «Tornad a México, esclavos; nadie vuestra marcha turba; decid a vuestro señor, vencido ya veces muchas, que el joven Jicontécal crueldades como él no usa, ni con sangre de cautivos asesino el suelo inunda; que el cacique de Tlaxcala ni batir ni quemar gusta	25	tropas, dispersas e inermes, sino con armas y juntas. Que arme flecheros más bravos, y me encontrará en la lucha con sola una pica mía	55
	30	por cada trescientas tuyas; que tema el funesto día, que mi enojo a punto suba; entonces, ni sobre el trono su vida estará segura;	60
	35	y que si los puentes corta porque no vaya en su busca, con cráneos de sus guerreros, calzada haré en la laguna.» Dijo y marchose al banquete	65
	40	do está la nobleza junta, y el néctar de las palmeras entre víctores apura. Siempre vencedor después vivió lleno de fortuna;	70
	45	mas, como sobre la tierra no hay dicha estable y segura, vinieron atrás los tiempos que eclipsaron su ventura, y fue tan triste su muerte	75
	50	que aún hoy se ignora la tumba de aquel ante cuya clava, barreada de áureas puntas, huyeron despavoridas las tropas de Moctezuma.	80

Notas:

1. En AP, pp. 777-778. Existe, efectivamente, un raro volumen titulado *Poesías de Plácido* (Imprenta de Gobierno y Marina, Matanzas, 1838); no pude, con todo, dar con él; sí son accesibles las *Poesías completas de Plácido*, última ed., corregida y aumentada con algunas composiciones inéditas, París, Casa de Mme. C. Denné Schmitz, 1857 y *Poesías completas*, con doscientas diez composiciones inéditas, nueva ed. ilustrada por ocho láminas fotográficas y en color, Casa editorial Maucci, Buenos Aires, 1903.

2

A MI RIVAL,
DESPUÉS DE LA MUERTE DE MI AMADA

Ya los pájaros cantores, no darán músicas bellas, ni danzarán los pastores, ni el cielo vestirá estrellas, ni la primavera flores.	5	Yo sé, Pilar, cuanto hacías en obsequio de mi amada, y que amistad le tenías, y algo más; pero, así en nada mi honor ni el suyo ofendías.	20
Ni los simples tomeguines vendrán por verla en la fuente, ni ella al verme en los jardines, orlará grata mi frente, de claveles y jazmines.	10	Por ser cosa natural que unánimes dos estén; y no porque en caso tal, quisieras tú a Fela bien, debo yo quererte mal.	25
Aquella frente agraciada, en cuya forma hechicera tuvo el placer su morada, tornó a lo mismo que era antes de ser engendrada.	15	Nuestra situación retrata dos cazadores que en vano corren para ver quien mata la paloma, y un milano a la vista la arrebató...	30

Notas:

2. En AP, p. 777-778.

3

EPIGRAMA

Ufano un sepulturero, tentando su bolsa un día, cantaba como jilguero, porque en verdad nunca había ganado tanto dinero.	5
«Gracias a Dios soberano que este año has tenido hermano gran cosecha», dije yo, y él cavando respondió: «Gracias al doctor Fulano».	10

Notas:

3. En AP, p. 779.

MUERTE DE GESLER

Sobre un monte de nieve transparente,
 en el arco la diestra reclinada,
 por un disco de fuego coronada
 muestra Guillermo Tell la heroica frente.

El calor le abandona, sus sangrientos
 miembros bota la tierra al oceano,
 tórnanle a echar las olas y los vientos: 10

Yace en la playa el déspota imprudente,
 con férrea vira al corazón clavada,
 despidiendo al infierno acelerada
 el alma negra en forma de serpiente.

¡No encuentra humanidad el inhumano!
 5 Que hasta los insensibles elementos
 lanzan de sí los restos del tirano.

Notas:

4. En AP, p. 779.

FATALIDAD

¡Ciega deidad que sin clemencia alguna
 de espinas al nacer me circuieste,
 cual fuente clara cuya margen viste
 maguey silvestre y punzadora tuna!

Sal de los antros del averno oscuros
 sigue oprimiendo mi existir cuitado;
 y si sucumbo a tus decretos duros, 10

Desde el materno tálamo y la cuna
 el férreo muro del honor pusiste,
 y bárbara, cruel te complaciste
 por verme descender desde la luna.

diré como el ejército cruzado
 5 exclamó al divisar los rojos muros
 de la santa Salem: «¡Dios lo ha mandado!».

Notas:

5. En AP, p. 779.

A DIOS

PLEGARIA

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,
 a vos acudo en mi dolor vehemente;
 extended vuestro brazo omnipotente,
 rasgad de la calumnia el velo odioso,
 y arrancad este sello ignominioso
 con que el mundo marcar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
 vos sólo sois mi defensor, Dios mío:
 todo lo puede quien al mar sombrío,
 olas y peces dio, luz a los cielos, 10
 5 fuego al sol, giro al aire, al norte hielos,
 vida a las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos, todo fenece
 o se reanima a vuestra voz sagrada;
 fuera de vos, Señor, el todo es nada, 15
 que en la insondable eternidad perece,
 y aun esa misma nada os obedece,
 pues de ella fue la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
 y pues vuestra eternal sabiduría 20
 ve al través de mi cuerpo el alma mía
 cual del aire a la clara transparencia,
 estorbad que humillada la inocencia
 bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra a tu suma omnipotencia 25
 que yo perezca cual malvado impío,
 y que los hombres mi cadáver frío
 ultrajen con maligna complacencia,
 suene tu voz y acabe mi existencia;
 cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío. 30

Notas:

6. En AP, pp. 779-780.

VALDÉS
JOSÉ MANUEL

Fue este señor: catedrático de prima de medicina Protomédico general del Perú, Director del Colegio de medicina y cirugía de Lima, y socio de la Real Academia de Medicina de Madrid.

El doctor Valdés, según su propio testimonio, ocupó toda su vida en el estudio y ejercicio de su profesión; «pero siendo lícito a todos reposar algunas horas, y distraerse honestamente», dio sus ocios a la versión castellana de los salmos, cuya primera edición se publicó en Lima el año 1833. En la presente colección se sigue la edición hecha en París en 1836, en dos tomos.

1

SALMO VIII
DOMINE DEUS NOSTER

El Salmista celebra la grandeza de Dios, y las prerrogativas naturales concedidas al hombre.

¡Oh Dios y Señor nuestro! ¡Qué excelso y admirable en la tierra es tu nombre, pues su gloria reluce en todas partes!		¿Qué es el hijo del hombre, para que tú te dignes visitarle?	20
		A los ángeles santos poco inferior le criaste; mas tú le glorificas, para que a todos los vivientes mande.	
¡Qué mucho si en los cielos tu grandeza no cabe, y tanto los excede, que no pueden contigo compararse!	5		
		Para que como a dueño le sirvan y le acaten las ovejas, los bueyes, y cuantos brutos en el campo pacen.	25
A párvulos sencillos inspiras que te alaben: y de este modo humillas a los que no te rinden homenaje.	10		
		Los pájaros veloces, que atraviesan los aires; y hasta los mismos peces, que surcan los senderos de los mares.	30
Pero yo cuando miro esos cielos tan grandes, que formaron tus dedos, a la luna y estrellas rutilantes:	15		
		¡Oh Dios y Señor nuestro! ¡Qué excelso y admirable en la tierra es tu nombre, pues su gloria reluce en todas partes!	35
¿qué es el hombre –te digo– que recuerdo de él haces?			

Notas:

1. En AP, p. 781. La primera edición de estas traducciones, mencionada por JMG en la nota bio-bibliográfica, corresponde a *Salterio peruano o paráfrasis de los ciento cincuenta salmos de David y de algunos cánticos sagrados*, en verso castellano, para instrucción y piadoso ejercicio de todos los fieles, y principalmente de los peruanos, Lima, Imprenta de J. Marías, 1833. A este libro, José Joaquín Mora dedicó un poema y un artículo, publicados ambos en el *Mercurio Peruano* (Lima), núm. 1657 (16 de abril de 1833), pp. 1-3. Cfr. Luis Monguió, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*, Madrid, University of California Press and Castalia, 1967, pp. 68-70. En *Salterio peruano*, 1833, pp. 15-16.

2

SALMO XVIII
COELI ENARRANT

El profeta celebra en este salmo la gloria de Dios, contemplando las obras admirables de la naturaleza; y hace un elogio de la ley divina. Las prerrogativas que se atribuyen aquí a la ley, sólo se verifican perfectamente en el evangelio.			
Con clara voz publican los cielos la excelencia de la gloria de Dios: su omnipotencia las obras de sus manos testifican; y el claro firmamento las declara en armónico concento.	5	Con pasos de gigante emprende su carrera, desde un extremo al otro de la esfera: la repite gozoso en el instante; y al mundo vivifica con la luz y calor que comunica.	25 30
Cada día al que sigue anuncia su grandeza: sus encomios también la noche expresa: la que sucede el cántico prosigue; y este himno permanente en todo idioma se oye claramente.	10	Sin mácula y hermosa más que el sol la ley santa, al sumo bien las ánimas levanta; y en sus promesas fiel y generosa, hace a los pequeñuelos que aquí gusten la ciencia de los cielos.	35
Su armonioso sonido en la tierra percibe hasta el salvaje que en su extremo vive: y sólo el temerario, que su oído cierra a este lenguaje, le niega al Hacedor el homenaje.	15	Sus mandatos son rectos; dirige las acciones; alegra los devotos corazones, excitando dulcísimos afectos; y es su luz tan activa, que a la razón ilustra y la cautiva.	40
Su trono majestuoso, de clara luz formado, parece que en el sol ha colocado: pues cual sale del tálamo el esposo, así es la bizarría del astro refulgente que hace el día.	20	Inspira el temor santo que al alma fortalece, y que en el justo siempre permanece. Es muy veraz; no admite algún quebranto; y en el premio o castigo, su justificación está consigo.	45

Aquesta ley divina, más que el oro es amable, y las piedras preciosas; porque estable, es la felicidad a que encamina, y porque más dulzura que la miel tiene para el alma pura.	50	Mírame, pues, propicio; tu indignación se acabe; tu santa gracia mis pecados lave, y echa de mí al orgullo, al grande vicio, que a ninguno perdona, porque a todos los hombres inficiona.	70
Tu siervo, ¡oh Dios! la observa, y tal deleite gusta, que todo fuera de ella le disgusta: y al que esta santa caridad conserva, le tienes preparada copiosa recompensa en tu morada.	55 60	Entonces mis loores serán a tu oído aceptos: rumiaré en tu presencia los preceptos, con grato corazón a tus favores; y por ningún motivo me apartaré jamás de tu atractivo.	75
Mas ¡ay! ¿quién tener puede ¡oh Señor! sin tu lumbre, de todos sus delitos certidumbre? Haz que de los ocultos libre quede: y tu perdón imploro de los ajenos que contrito lloro.	65	Así, Señor, lo espero, porque ya con tu ayuda, de falsos bienes mi alma está desnuda, y sólo quiere amar al verdadero. A ti se dé la gloria, pues tuya, ¡oh Redentor! es mi victoria.	80

Notas:

2. En AP, p. 782-783. En *Salterio peruano*, 1833, pp. 45-48.

3

SALMO XXIII DOMINI EST TERRA

David en este salmo describe el carácter de los predestinados, y celebra la entrada triunfante del Arca del Señor en el tabernáculo, que figuraba la gloriosa ascensión de nuestro Señor Jesucristo a los cielos.

Del Señor es la tierra, y todo lo que en ella se contiene; su vasta redondez, cuanto ella encierra; y todos los vivientes que en sí tiene.		¿Quién en el valle de miseria y llanto podrá ante su Santuario contemplarle?	
Porque la crió de nada; sobre mares y ríos le dio asiento, para que de aguas sin cesar bañada, diese a sus moradores alimento.	5	Aquel que es inocente en sus obras y afectos; cuya vida dedicada a servirle santamente, no le fue sin provecho concedida;	15
¿Y quién al monte santo del Señor subirá para alabarle?	10	que nunca falso jura, ni a su prójimo engaña con malicia, y sus palabras conformar procura a la eterna verdad y la justicia.	20

Al que en esto es constante,
benedicirá el Señor; será regido
por Dios su Salvador, y en todo instante
por su misericordia protegido.

Así al justo consuela,
que le busca por fe en las criaturas,
y cuyo amante corazón anhela
ver al Dios de Jacob en las alturas.

¡Príncipes celestiales!
Abrid las puertas y entonad victoria:
levantaos, ¡oh puertas eternas!
pues viene el rey a entrar en su alta gloria.

¿Quién es, decís pasmados,
este Rey de la gloria? santo y fuerte
señor, que combatiendo, derribados
ha dejado al infierno y a la muerte.

25 De vuestra corte el velo
¡oh príncipes! alzá: sagradas puertas,
abrí, para que entre el Rey del cielo,
por cuyo triunfo quedareis abiertas.

30 ¿Quién es el Rey laudable
que entra triunfante en la celeste esfera?
El Dios en las batallas formidable;
el Rey que en todo el universo impera.

Notas:

3. En AP, p. 783. En *Salterio peruano*, 1833, pp. 60-61.

4

SALMO XXVIII AFFERTE DOMINO

Entre diversas opiniones sobre este salmo, parece más probable la de que el profeta describe en él una tempestad, dando gracias a Dios por la lluvia que cayó en la Judea después de una larga sequedad.

¡Fuertes hijos de Dios! venid al templo,
detestando contritos las ofensas,
y ofreced al Señor sus corderillos
como lo ordena.

Tributad al Señor toda alabanza;
ensalzado por vos su nombre sea;
y ante su tabernáculo adoradle
con reverencia.

Su voz retumba en pavorosa nube
de aguas negras preñada, cuando atruena
este Dios de la gloria, y con sus aguas
baña la tierra.

Esta voz formidable y poderosa,
que obra con tanta prontitud y fuerza,
la majestad divina del Excelso
nos manifiesta.

Ella destroza los robustos cedros;
y hasta los que en el Líbano descuellan
sobre el lumbroso cielo, hechos pedazos
al punto quedan.

5 Y vagan por el aire sus astillas,
como saltan con mucha ligereza
el becerro y pequeños unicornios
cuando se alegran.

10 Corta esta voz la llama, y hace el rayo:
al estallido los desiertos tiemblan;
y hasta el horrendo Cades se estremece
con la tormenta.

15 Los ciervos huyen con terror y espanto
porque los bosques esta voz penetra,
y abren camino las ardientes llamas
entre las selvas.

Los hombres que a Dios temen, conmovidos	y que sentado en esplendente trono,	
al grave estruendo de esa voz tremenda	por siempre reina.	40
se unirán en el templo para honrarle		
35 con grandes fiestas.	Será su pueblo invicto en los combates	
	Con el continuo amparo de su diestra;	
Allí confesarán que es absoluto;	y gozará después de sus victorias,	
que puede enviar sus lluvias cuando quiera;	de paz perpetua.	

Notas:

4. En AP, pp. 783-784. En *Salterio peruano*, 1833, pp. 75-76.

v. 27. [*N. del a.*] Cades es un horroroso desierto, inmediato a la ciudad de Cades, de la que tomaba el nombre. Se le llamaba también el desierto de Farán o de Sin, según se lee en el cap. 13 del lib. de los Números. En este desierto acampó algún tiempo el pueblo de Israel.

v. 29. [*N. del a.*] El texto dice «que prepara a los ciervos»; y según el hebreo, «que hace parir a las ciervas». El mayor número de expositores refiere: que las ciervas por su construcción física, paren con mucha dificultad, y con gravísimos dolores, cuando el terror causado por el trueno no les facilita el parto; apoyando su opinión en lo que se lee en el cap. 39 del lib. de Job, sobre el parto de las ciervas. Mas como ningún Santo Padre haya explicado el texto de este modo; como san Juan Crisóstomo exponiendo a Job, asegura que las ciervas paren fácilmente; y como ni Buffon, ni su anotador Sonini, en su difusa descripción de estos animales, hablen del difícil parto, ni de la estrecha organización que se supone en las hembras, yo he preferido la exposición de Le-Blac y Calmet, que no adhieren en este punto al sentir de los demás expositores.

5

SALMO XLVI
OMNES GENTES

Este salmo parece haber sido compuesto por David, para celebrar el trasporte del Arca, de Cariathiarim al tabernáculo preparado en Jerusalén. Pero la gloriosa ascensión de N. S. J. C. y la vocación de los gentiles, están claramente profetizadas en él.

¡Oh pueblos esparcidos por la tierra!	Nos ha elegido para ser su herencia,	
Alabad al Señor con himnos sacros;	y de todos los pueblos el más grato;	
y en muestra de contento y regocijo,	pues del padre Jacob nosotros somos	15
aplaudidle también con vuestras manos.	la hermosa stirpe que es su objeto caro.	
Porque altísimo es Dios: porque es terrible.	5 Fijad la vista en Dios: ved cómo sube	
Sí enciende su furor contra los malos;	con júbilo divino al monte santo:	
y porque es el Rey grande que domina	el Señor vuela al son de las trompetas,	
sobre la tierra y todo lo criado.	en medio de la pompa y los aplausos.	20
Él solo ha sometido a nuestro imperio,	¡Oh pueblos fieles! en la noche y día,	
los pueblos que creyeron destrozarnos;	10 load a nuestro Dios con dulces salmos:	
y por él nuestros fieros enemigos,	cantad de nuestro Rey las alabanzas,	
se postran en la tierra que pisamos.	porque al pueblo elegido ha puesto en salvo.	

Mas como es Rey y Dios del universo, y son todos los hombres sus vasallos, alabadle con júbilo piadoso, sus divinos preceptos observando.	25	y sobre eterno y refulgente trono, recibirá más puros holocaustos.	
Reinará sobre todas las naciones este Dios poderoso, recto y sabio:	30	Pues al Dios de Abraham soberbios reyes, después de abandonar sus dioses falsos, se unirán por la fe, debida al cielo que el Señor ha de dar a sus vicarios.	35

Notas:

5. En AP, p. 784. En *Salterio peruano*, 1833, pp. 134-135.

6

SALMO LXXXIV BENEDIXISTI DOMINE

En este salmo se anuncia la libertad del pueblo hebreo cautivo en Babilonia. Pero bajo de esta figura se profetiza y pide la redención del género humano por el mesías J. C., en cuyo tiempo se juntarían la misericordia y la verdad, y deberían darse un ósculo santo la justicia y la paz.

En fin, Señor, tu bendición echaste sobre esta tierra que tu herencia llamas; y al pueblo de Jacob has libertado del duro cautiverio en que se hallaba.		No será así, mi Dios: cual tierno padre, visitarás de nuevo nuestras almas; y con júbilo santo entonaremos los cánticos piadosos que te agradan.	
Le has perdonado todas las maldades, que dieron ocasión a su desgracia; abismando sus culpas en el seno de tu misericordia soberana.	5	Tu gran misericordia, Señor mío, sobre nosotros míseros derrama; y envía al Salvador, de quien tu pueblo espera su salud con vivas ansias.	25
Has aplacado tu terrible enojo; y así el castigo riguroso apartas, cuando por nuestras culpas indignado, tu justicia pedía la venganza.	10	Atento oiré lo que a mi mente inspire mi Señor y mi Dios, pues sus palabras, la dulce paz anunciarán al pueblo que nunca en sus trabajos desampara.	30
¡Omnipotente Dios! consuma tu obra: Salvador nuestro, tu piedad nos valga: conviértanos tu amor, y haz que a ti vuelvan los que distantes de tu gremio se hallan.	15	La dicha de los justos me revela, que la divina ley fielmente guardan; y también de los pobres pecadores, que ya por el perdón contritos claman.	35
¿Tú, Señor, por ventura, nos condenas a ser el blanco de tu eterna saña? ¿Y será tu furor tan implacable, que se bebe también en nuestra raza?	20	Venturosos sin duda son los fieles, si el temor santo en su interior se arraiga: su Salvador se acerca, y con el brillo de su gloria, esta tierra será santa.	40

Satisfechas entonces la justicia
y la misericordia, y dándose ambas
un ósculo amigable, en todo el mundo
harán que la justicia y paz renazcan.

El Señor tan benigno con nosotros,
así como al presente nos rescata;
con su divino soplo hará que brote
su fruto nuestra tierra, estando intacta. 50

Nacerá la verdad de limpia tierra,
pues la eterna justicia al contemplarla,
bajará presurosa desde el cielo
para fijar en ella su morada.

45 Y quien de él se nutriese, a la justicia
verá delante, y que le tiene a raya,
dirigiendo sus pasos por la senda 55
que lo conduzca a la celeste patria.

Notas:

6. En AP, p. 785. En *Salterio peruano*, 1833, pp. 145-147.

v. 52. [*N. del a.*] María Santísima es esa tierra intacta y fecunda, que sin detrimento de su virginidad, concibió y parió a Jesucristo Dios y hombre verdadero y fruto bendito de su vientre. A imitación de María, todos los cristianos que se nutren de su divino fruto, pueden y deben concebir en su corazón, y parir cada día a J. C. por el amor e imitación de sus virtudes. Así nos lo enseñan los SS. Padres; y san Jerónimo se expresa en estos términos: *Lo que nació una vez de María, nace cada día en nosotros; y si queremos, podemos parir a Cristo.*

7

SALMO LXXXVI FUNDAMENTA EJUS

Bajo la figura de la ciudad de Jerusalén, célebre por ser el centro de la religión en los judíos, por estar construida sobre los montes Sion y Moria, y por su numerosa población; elogia el profeta a la iglesia cristiana, edificada, como dice san Pablo en su carta a los Efesios, c. 2, *sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, en el mismo Jesucristo, que es la principal piedra angular, en el cual todo el edificio que se ha levantado, crece para ser un templo santo en el Señor, en el cual vosotros sois también juntamente edificados para morada de Dios en espíritu.*

Jerusalén se mira fabricada
sobre el Moria y Sion, sagrados montes;
y Dios ama a Sion, más que a las tiendas
donde los hijos de Jacob se acogen.

Vendrán a ti también los filisteos,
los de la rica Tiro y los etíopes,
que separados ahora por su culto, 15
estarán en su fe y amor conformes.

Ciudad de Dios, magnífica, admirable,
tus prodigios publican claras voces:
así son conocidos y admirados
tu grandeza y poder en todo el orbe.

5 ¿Por ventura los que a Sion mirasen
con tanta gente, no dirán entonces:
la ha fundado el Altísimo, la ampara,
y así en ella florecen tantos hombres? 20

Vendrán a tu recinto, el Señor dice,
de Egipto y Babilonia las naciones:
haré que me conozcan y confiesen,
que en el templo me alaben y se postren.

10 Será tan numeroso su gentío,
tantos los principales y los nobles,
que solamente Dios podrá contarlos,
porque escritos los tiene y los conoce.

25

Se elevan a sus útiles alturas,
los orgullosos montes: aparecen
las humildes llanuras;
y aquestas criaturas,
conforme a tu mandato se establecen.

45

El rostro con aceite se embellecen;
y el pan es la comida cotidiana,
con que se robustecen,
y que más apetecen,
por ser tan nutritiva como sana.

85

Término señalaste al mar: hiciste
de ligeras arenas sus murallas:
Y a tu orden no resiste,
pues cuando las embiste,
atrás se vuelve sin salvar las playas.

50

A los árboles riegas de los prados,
y a los cedros del Líbano que al cielo
se miran levantados,
por ti solo plantados,
donde albergan las aves sin recelo.

90

La tierra fertilizas con las fuentes
que humedecen los valles y campañas;
y conductos patentes,
abres a sus vertientes,
entre las duras y ásperas montañas.

55

Las guía la cigüeña, y con presura
hace su nido: el ciervo va ligero
al monte, en cuya altura,
halla cueva segura;
y el erizo entre piedras su agujero.

95

Así a las aguas haces asequibles:
beben las bestias que en el campo pacen
dóciles y apacibles;
y las fieras terribles,
su deseo igualmente satisfacen.

60

Tú hiciste que la luna en su carrera,
por tiempos señalados alumbrase:
y que el sol en la esfera,
a su ocaso corriera,
después que nuestro cielo iluminase.

100

Con frecuencia en sus plácidas orillas,
se notan numerosas poblaciones
de mansas avecillas,
que en humildes casillas,
entonan entre piedras sus canciones.

65

Cuando el sol de nosotros se desvía,
con negras sombras a la tierra enlutas;
sigue la noche al día,
y salen a porfía,
los animales fieros de sus grutas.

105

Sobre los altos montes de la sierra,
agua viertes en tiempos señalados;
y así en toda la tierra,
a las plantas que encierra,
enriqueces con frutos sazonados.

70

Los leoncillos hambrientos con presteza,
por los amenos prados se derraman,
rugiendo con fiereza;
y deseando una presa,
a ti, por ella ocurren, y a ti claman.

110

También brota heno con que se mantienen
machos brutos; y yerbas especiales,
que a los hombres convienen,
porque eficacia tienen
para alivio y remedio de sus males.

75

Mas luego que ellos renaciendo miran
al claro sol, sus rayos luminosos
tal miedo les inspiran,
que al punto se retiran,
y ocultan en sus antros tenebrosos.

115

Otras plantas les sirven de sustento,
o para hacerles cómoda la vida:
les da el trigo alimento;
alegría y aliento
el delicioso vino en la comida.

80

Al contrario, sacude el hombre el sueño,
cuando raya la luz, y al sol descubre;
y alabando a su dueño,
trabaja con empeño,
hasta que por la tarde se le encubre.

120

¡Qué grandes son tus obras! resplandece tu saber, ¡oh Señor! en cuanto hiciste: y porque en ti creyese el hombre, y te sirviese, ¡con qué dones la tierra enriqueciste!	125	Mas no mueren a un tiempo; pues reservas de cada especie, para que produzcan; cuyos hijos preservas, y así siempre conservas en la tierra entes que se reproduzcan.	155
¿Quién viendo al mar tan grande y anchuroso, con brazos de agua y peces sin guarismo, amante y respetuoso, como a Dios poderoso, ¿no te adora humillándose a sí mismo?	130	Sea dada al Señor eterna gloria, pues le agradan las obras de sus manos; y la sagrada historia dilate su memoria, excitando su amor en los humanos.	160
En él viven y tienen sus moradas animales pequeños y mayores: y las naves osadas, sobre ondas encrespadas, navegan despreciando sus furors.	135	¡Terrible es nuestro Dios! si se enfurece, y ve a la tierra, con espanto sumo se turba y estremece, como si feneciese: y si a los montes toca, exhalan humo.	165
Y el enorme dragón a la ligera saltando, burla al piélago violento: mas de ti sólo espera cada animal do quiera que le hayas colocado, su alimento.	140	A mi Señor por tanto beneficio, le haré mientras viviere, de alabanza perpetuo sacrificio: y será mi ejercicio, cantarle salmos lleno de confianza.	170
La comida les das, y la reciben: tu mano ven abierta en su indigencia; y el socorro perciben todo el tiempo que viven confiados en tu grande providencia.	145	Ojalá que después de yerros tantos, merezca en todo tiempo complacerle con mis devotos cantos; y que unido a los santos, inundado de gozo logre verle.	175
Si el rostro les ocultas, se estremecen y el aliento les falta: sus sentidos y miembros desfallecen; y exánimes perecen, para quedar en polvo reducidos.	150	Luzca, Señor, el venturoso día, en que a los pecadores justifiques, y aun a la gente impía: y alábale, alma mía, para que más y más te purifiques.	180

Notas:

8. En AP, pp. 786-788. En *Salterio peruano*, 1833, pp. 298-304.

v. 1. AP: *magnifica* (por *magnífica*); restituyo según *Salterio peruano*, 1833, en el entendido de que es la lección correcta.

v. 136. [N. del a.] Por dragón se entiende la ballena, y demás cetáceos, o peces de enorme magnitud.

v. 166. AP: «A *mi* Señor» (por «A *mi* Señor»); restituyo según *Salterio peruano*, 1833.

VARELA
FLORENCIO

El doctor don Florencio Varela es hijo de Buenos Aires y se ha educado en esta ciudad. Del *Colegio de ciencias morales* pasó muy joven a las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores del gobierno de Buenos Aires, en donde hizo una carrera lucida en tanto que estudiaba jurisprudencia y otras ciencias en la Universidad.

A consecuencia de los sucesos políticos de 1829, emigró el señor Varela a Montevideo donde permanece hasta ahora ejerciendo la profesión de abogado. No ha mucho que desempeñó una misión importante del gobierno de aquella plaza, cerca de algunos gabinetes europeos, logrando que en el seno de las cámaras francesas hicieran el elogio de su carácter y talento los señores Thiers y Guizot.

Hasta el año de 1830 consagró el señor Varela sus horas de descanso a la bella literatura y particularmente a la poesía; pero, sumamente severo con sus obras y consagrado después con más asiduidad a sus asuntos forenses y a los negocios políticos del Río de la Plata, no ha cuidado de revisar ni de reunir sus numerosas composiciones métricas que existen en los periódicos a cuya redacción concurrió.

El señor Varela posee una rica colección de obras impresas y de manuscritos relativos a la América meridional y se prepara a escribir la historia antigua y moderna de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Publica actualmente un periódico, el *Comercio del Plata*, en cuyas columnas da lugar a importantes documentos relativos a la geografía y a la historia de la parte austral de nuestro continente. Estos documentos forman ya tres tomos importantes, dignos de la atención de los estudiosos.

Las composiciones que publicamos a continuación no son las mejores del señor Varela sino las únicas que poseemos: ellas pueden dar alguna idea de la elevación y bondad de las ideas, que son también las de sus amigos políticos.

1

LA ANARQUÍA

Alzad, alzad de la tumba, la frente, sombras guerreras, perdidas por libertarnos de la ibérica cadena.		¿no fue vuestro último voto la quietad de nuestra tierra?	10
Alzad del polvo y decidme; cuando en la horrible pelea disteis el postrer aliento con generosa firmeza,	5	¿No exclamasteis, expirando, «Honrad la memoria nuestra con la concordia, argentinos, dad a la patria existencia, dadle leyes; ¿sin las leyes la libertad es licencia?».	15

Tal dijisteis: ¿y es posible
que en corazones de piedra
vuestro clamor se estrellase
sin conmoverlos siquiera?
¡Ah! sí es posible: ya el crimen
entronizado se ostenta,
y el asiento de las leyes
profanado bambolea,
decidiendo nuestra suerte
o la traición o la fuerza
de los pérfidos caudillos
que tremolan con afrenta
el mortífero estandarte
que la discordia les diera.

¡Bárbaros! La patria en vano
opone su débil fuerza
contra el anárquico bando,
que se avanza, y tala, y yerma,
bien como el rauda torrente
desprendido de la sierra,
cuando descende a los llanos,
rompiéndose entre las breñas,
y caudaloso arrebatada
cuanto en su camino encuentra.
¿Qué es el amor de la patria,
qué su honor, qué su existencia,
para los hijos protervos
que exterminarla desean?
¡Ay! nada son sino voces,
voces inútiles... Ella,
apenas sus grillos rompe,
se adelanta con nobleza
a contener la arrogancia
con que el umbral de la tierra
profana la planta aleve
de la ambición extranjera.
Lanza al Oriente sus hijos,
sus tesoros; toda entera
se sacrifica en venganza
de tan insólita afrenta,
y a la virtud de sus hijos
fía su quietud. ¿Y es ésta,
ésta es la ocasión, impíos,
de que en la nefaria diestra
enarboléis los puñales
con que amagáis su existencia?

¿Qué más hicieran los tigres
de la sanguinaria Iberia,
para volver a sus garras
la que un día fue su presa?
¿Qué más hiciera el tirano
que al Brasil de horrores llena,
para imponernos su yugo
si tan imbécil no fuera?
¡Traidores! ¿y qué esperanza
a horrores tantos os lleva?
Cuando el fratricidio impío,
multiplicándose apriesa,
por el furor del hermano
asuele la hermana tierra
y en el general naufragio
nuestra patria quede envuelta;
¿qué esperáis entonces? ¿Dónde
llevaréis la planta incierta
para evitar los horrores
que os cercarán donde quiera?
¿Quién abrigará en su seno,
en vez de un hombre, una fiera,
que la marca del delito
llevará en su frente impresa?
¿Dónde volveréis la vista,
sin hallar ruinas? ¿Qué herencia
legareis a vuestros hijos,
sino una triste existencia,
cercada, al nacer, de horrores
y para horrores dispuesta?
¡Hijos a quienes el crimen
dará la primera escuela,
y en vuestras propias entrañas
capaces de hundir la diestra!
¿Cuándo fue mansa la prole
de las feroces panteras?
Mirad hacia atrás: en sangre
regada está vuestra huella;
volved los ojos al tiempo
que apresurado se acerca,
y hallareis sangre... ¿No os grita
¡No más sangre! la conciencia?
¿Dó está la virtud? ¿sus aras
cayeron también por tierra?
¿No la escucháis?... Y entretanto
las sierpes de su cabeza

con su sagrado fuego al hombre justo.
 Al fin los ojos míos,
 que tanto tiempo con dolor vagaron,
 huyendo de espectáculos impíos,
 un objeto encontraron
 en que fijarse sin horror: y mi alma,
 marchita, acongojada,
 con tanto crimen como el suelo encierra,
 halla por fin do reposar en calma
 la agitación pasada;
 y revive, al mirar que aún en la tierra
 se adora la virtud. Sí, que hasta el cielo
 veo elevarse el grande monumento,
 que con noble desvelo,
 alzó la fraternal beneficencia,
 para ofrecer asilo y valimiento
 al mísero que gime en la indignencia.

A su vista, de gozo arrebatado
 late mi corazón, mi fantasía
 se inflama en el momento;
 un numen celestial mueve mi aliento,
 y a su impulso lanzado,
 entona ya con grata melodía
 el canto de alabanza que merece
 la virtud que en silencio resplandece.
 ¿Ni cómo he de callar? ¡Pues qué! ¿podría
 reservarse tan sólo el don del verso
 para ensalzar al opulento erguido,
 que de escándalo sirve al universo,
 viviendo en el deleite sumergido,
 mientras una parte del linaje humano
 sin sustento parece? ¿O solamente
 es digno de cantarse el inhumano,
 cuyo orgullo insolente
 el carro precipita de la guerra
 en la azorada tierra;
 y furioso atropella
 al joven y al anciano,
 al niño y la doncella;
 y por do quier pasó la ronca rueda
 yermo el terreno y asolado queda?...

¡Esto gran Dios, se canta! ¿Y se venera
 el nombre del coloso, que algún día
 con su mano abarcó la Europa entera,
 cuando a su carro triunfador la uncía;

y de su acero el formidable filo
 sañudo desbastó cuanto se encierra
 desde el Rin a Moscow, de Italia al Nilo;
 en tanto que a la tierra
 no hay quien enseñe los sagrados nombres 60
 de los ilustres hombres,
 que en enjugar las lágrimas ajenas
 hallan tan sólo ocupación constante;
 ni viven más que de endulzar las penas
 con que ven oprimido al semejante? 65

Mas yo los cantaré. ¿Qué importa ahora
 que el venenoso diente
 cebe en ellos la envidia roedora;
 que sus trabajos la maldad desdeñe?

¿Qué importa que un demente 70
 con solo un soplo en apagar se empeñe
 la lámpara del sol? El astro hermoso
 sigue su curso, que ninguno ataja,
 y derrama su lumbré bondadoso
 sobre el mismo insensato que le ultraja. 75

Venid, venid vosotros, los que erguidos
 en ociosa opulencia,
 en jamás escuchasteis los gemidos,
 ni el doliente clamor de la indignencia;
 los que a la compasión siempre negados, 80
 ignoráis la amargura
 a que la suerte dura
 condenó a tantos seres desgraciados;
 venid al rico suelo del Oriente,
 y contemplad el edificio hermoso, 85
 que alzó la caridad pura y ardiente
 de un hombre generoso
 que ya la oscura eternidad abarca,
 mas que dejó en el suelo,
 por vengar el ultraje de la parca, 90
 dignos imitadores de su celo.

Mirad ese edificio: entre sus muros
 ni brilla el oro, ni deslumbra el lujo,
 que con afanes duros,
 de remotas regiones 95
 el orgullo condujo,
 para adornar espléndidos salones,

donde engaña la vida el poderoso
 con el bullicio del festín pomposo.
 Modesta sencillez, silencio santo
 en sus muros abriga, o solamente
 se interrumpe algún tanto
 con el clamor del mísero doliente,
 que desde el triste lecho,
 donde la Caridad sus males cura,
 bendice entre su pecho
 la mano que el alivio le procura.
 Penetrad su recinto religioso;
 sus salas recorred; y confundidos,
 resonar sentiréis en los oídos,
 un eco misterioso,
 que por do quiera, os dice:
 «Aprende a socorrer al infelice».

Y se aprende, es verdad. Las vastas salas
 pobladas vi de semejantes míos,
 que en dolores impíos
 hundió la enfermedad, cuando sus alas
 sobre ellos desplegó; y en su morada,
 desvalida, indigente,
 esperaban la muerte lentamente,
 del hambre y la miseria acompañada.
 Pero la Caridad que siempre vela
 en bien del desgraciado,
 asilo y protección allí le ofrece,
 le auxilia, le consuela;
 y con blando cuidado
 a la parca homicida
 la víctima arrebató, y restablece
 la fuente casi exhausta de la vida.
 Yo lo vi por mi bien; y de mi pecho,
 de placer y ternura conmovido,
 el suspiro lanzose en el momento,
 que prolongaba el silencioso techo
 con eco repetido,
 mientras mi llanto sin cesar bañaba
 el santo pavimento,
 que con respeto religioso hollaba.

Mas ¿qué nuevo espectáculo se ofrece
 a mi alma enternecida? ¿Quién me llama
 con más grande interés, y más acrece
 la grata admiración que ya me inflama?
 ¿Con qué en esta morada bienhechora

tan solamente a la virtud se adora?
 Sí; que en sus mismos muros levantado
 también halla el benéfico instituto,
 donde se abriga el inocente fruto
 de un amor desgraciado,
 por la moral severa condenado.
 Instituto de bien; honor eterno
 del pueblo que le funda;
 prodigio de cordial beneficencia,
 fuente siempre fecunda
 de todo sentimiento noble y tierno;
 obra inmortal que la virtud dirige;
 y ofrenda la más digna, en la presencia
 del Dios excelso que los mundos rige.
 ¡Ay! el amor, que todo lo trastorna,
 el frenético amor asaltó el pecho
 de una incauta mujer: cayó marchita
 la gracia virginal, que al sexo adorna;
 y en criminoso lecho
 el fruto nace de la unión vedada.
 Desde el fondo del alma al punto grita
 el austero pudor, y desolada
 la madre miserable,
 apura del dolor la hiel amarga,
 mientras que a la opinión inexorable
 sus desagrazios el pudor encarga:
 entonces la infeliz sufre la pena
 a su culpa debida;
 cuando de angustia y de tormentos llena
 a la voz del honor obedeciendo,
 lejos arroja el ser a quien dio vida,
 que el pecho maternal está pidiendo.
 ¿Y quién le abrigará? ¿Solo y tendido
 sobre el helado suelo,
 ninguno oirá su llanto dolorido?
 ¿Será que la miseria le destruya,
 y pague el inocente pequeñuelo
 con la vida, una culpa que no es suya?
 No, no será; la Caridad sublime
 de los hombres benéficos, que miran
 en cada semejante un nuevo hermano,
 y al bien de los hermanos sólo aspiran,
 al huerfanillo que desnudo gime
 tienden al punto la oficiosa mano;
 ellos allí le dan albergue y cuna,
 ellos educación, ellos fortuna.
 ¡Salud, hombres ilustres! Mientras brama

el implacable genio de la guerra,	190	vuestros grandes trabajos, vuestros nombres,	215
bañando en sangre la preciada tierra		y el mundo agradecido,	
que en otros siglos a Colón dio fama;		sabrás pesarlos en más fiel balanza,	
mientras tantos millares de insensatos		y os pagará el tributo merecido	
sólo se ocupan en soplar la llama		de dulce gratitud y de alabanza.	
de la discordia atroz, que entre el estruendo	195		
del campo y los guerreros aparatos		Seguid vuestra tarea, y entretanto	220
una generación va consumiendo;		permitidme siquiera	
vosotros, en silencio reunidos,		que mi menguado canto	
empleáis vuestras vigiliass, meditando		a la luz saque, por la vez primera,	
el modo de aliviar más desvalidos,	200	tantas obras de bien. Si entre mi pecho,	
de hacer que sea el infortunio blando,		por mi mal algún día	225
y llevadera la miseria. El mundo		desmaya la virtud, yo iré volando	
hoy vuestras obras todavía ignora,		a penetrar bajo el sagrado techo	
porque el siglo de ahora,		de ese asilo feliz; el alma mía,	
en maldades fecundo,	205	entonces vuestro ejemplo contemplando,	
las más nobles acciones		al sendero perdido	230
por medio ve del engañoso prisma		conseguirá volver; arrepentido,	
que a los hombres presentan las pasiones,		la huella seguiré que me revela	
siempre que la <i>moral</i> es un sofisma,		el genio que bendice	
y un sueño la virtud. Mas vendrá día	210	a la ilustre <i>Hermanidad</i> , y en esa escuela	
en que alzada hasta el cielo		aprenderé a aliviar al infelice.	235
la voz de tantos hombres			
como deben la vida a vuestro cielo,	1830		
proclamará a porfía			

Notas:

2. En AP, pp. 791-794.

v. 85. [*N. del a.*] El Hospital General de Montevideo, levantado al pie en que se halla, y sostenido por los *Hermanos de la caridad* es, sin duda, uno de los mejores edificios de esta capital. A él está unida la casa de Expósitos, que también sostiene la *Hermanidad*. Acaban de colocarse sobre la puerta principal del edificio tres estatuas de mármol blanco que representan la Maternidad, la Religión y la Constancia.

3

LA CONCORDIA

Deh, fate un corpo sol di membri amici,
fate un capo che gli altri indrizzi e frene.
Gerusalemme liberata

¡Ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!
Por ti este pueblo sacudiera el yugo
de servidumbre dura;
y, en tu inmensa bondad, al fin te plugo
darle nueva existencia,
y llamarle a gozar de independencia.

5

No abandones jamás la tierna planta
al furor de los vientos, cuando apenas
lozana se levanta.
Libra a tu pueblo ¡oh Dios! de las escenas
de discordia inhumana,
que destruyen la tierra americana.

10

Si en merecida pena a sus delitos impuso tu justicia a otras naciones los males infinitos que traen las fraternales disensiones, el pueblo del Oriente como recién nacido es inocente.		El cielo la robó tanta ventura. Llanto y respeto a su fatal estrella: y el que, con lengua impura, se atreva mancillar su fama bella, y su desgracia insulte, en el profundo averno se sepulte.	50
Sálvale, por piedad: no se marchiten jamás sus esperanzas deliciosas; sin fin en él habiten la Concordia y la Paz, hijas dichosas de la virtud, consuelo al hombre justo dado por el cielo.	15 20	Sus males evitad, hijos de Oriente; de la Concordia al delicioso abrazo volad alegremente: él os estreche con perpetuo lazo, ahogando en vuestra orilla de la anarquía la letal semilla.	55 60
A su sombra benéfica florecen las ciencias y las artes bienhechoras, los pueblos se engrandecen llenos de vida; y leyes protectoras la perfección alcanzan y moderada libertad afianzan.	25 30	La madre entonces besará tranquila al hijo de su amor, sin que la muerte de la rebelde fila se lo arrebate en flor; y a dura suerte su ancianidad condene, y de amargura y de dolor la llene.	65
La Concordia es la fuente más fecunda de los bienes que gozan los humanos; y como el sol inunda con su fulgor las cumbres y los llanos, ella con su influencia a todo sabe dar nueva existencia.	35	Ni temerá el colono que inclemente el soldado feroz sus mieses tale, dejando solamente la negra huella que el furor señale; y de pueblos cubiertos los campos se verán que hoy son desiertos.	70
Al verla se despeñan al abismo la ambición prepotente, la ignorancia, el ciego fanatismo, la sacrílega y ruda intolerancia, y todos los errores que las pasiones traen con sus furores.	40	Mis votos oye ¡oh Dios omnipotente! Y una familia sola reunida forma en el rico Oriente, que, a leyes paternas sometida, la peligrosa rienda nunca usurpar con crímenes pretenda.	75
Ella fue la que un día dio renombre a mi patria: por ella el universo veneraba su nombre, y la historia veraz, y el rico verso en página divina honraron la república Argentina.	45	Ampara tú su juventud dichosa, y hostias de paz adornen tus altares; con mano bondadosa vierte sobre ella dones a millares de la gloria y ventura; ¡ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!	80
		Montevideo, 1830.	

Notas:

3. En AP, pp. 794-795.

AL BELLO SEXO ORIENTAL

En este día penas a un lado; venga la lira vamos cantando.		El fin entonces miré cercano de mis marchitos jóvenes años.	40
Tiernos, sencillos, suenen mis versos en alabanza del bello sexo.	5	Mas, por fortuna, pisó mi planta estas riberas hospitalarias:	
Las orientales ora me inspiran: vamos cantando, venga la lira;	10	y aquí me dieron hogar y asilo; hallé consuelos encontré amigos;	45
pues son las hijas del rico Oriente como las flores que da diciembre.	15	Y vi las hijas del rico Oriente, como las flores que da diciembre.	50
Todas gallardas como azucenas, modestas todas como violetas;	20	Todas amables graciosas todas; que como aquellas su suelo adornan.	55
como las rosas todas lozanas, y todas suaves como las malvas.		Ellas hicieron con sus modales, con la dulzura de su carácter,	60
Yo de la tierra donde he nacido salí llorando, pobre y proscripto.	25	que mis tormentos se mitigaran; y que, si extraño mi dulce patria,	
Y los sollozos de mi familia, de mis amigos, de mi querida,	30	halle en la suya blandos cuidados, que son alivio, de un desterrado.	65
fueron el sólo triste consuelo que me dejaron en tal momento.	35	Hijas donosas de aqueste suelo, ¡así mis votos oyera el cielo!	70

Vierta sus dones sobre vosotras, jóvenes tiernas, madres y esposas.	75	Vuestros ejemplos, vuestros cuidados, harán virtuosos los ciudadanos.	100
Amor os brinde sólo delicias, como a mí ¡ay triste! bríndome un día.	80	Así la patria, verá gozosa, que su fortuna debe a vosotras.	
Jamás los celos ni las mudanzas marchitar puedan vuestra esperanza.		¡Y así mis votos oyera el cielo! Pero entretanto donoso sexo	105
Entre los brazos del himeneo, vuestros amores bendiga el cielo.	85	recibe el voto de un argentino, que mientras llora triste y proscrito,	110
Y vuestros hijos a par que crezcan, con el sustento virtudes beban.	90	canta a las hijas del rico Oriente como a las flores que da diciembre.	115
Dulces y blandos como sus madres, vuestro cariño tiernos os paguen.	95	1830	

Notas:

4. En AP, pp. 795-796.

VARELA
JUAN CRUZ

Heureux le poète national! avoir des
chants pour la patrie c'est en avoir
pour la postérité.

I. I.¹

Don Juan C. Varela nació en Buenos Aires el 24 de noviembre de 1794. Empezó sus estudios universitarios en 1810, en Córdoba del Tucumán y, en 17 de noviembre de 1816, se graduó allí en teología y cánones: inmediatamente regresó a su ciudad natal en donde obtuvo, sin solicitarlo, un empleo en las oficinas del departamento de gobierno.

Debiendo reunirse en 1816 un Congreso general de las Provincias Unidas del Río de la Plata, fue nombrado el señor Varela entre los diputados por Buenos Aires. En 1826 desempeñó el cargo de secretario del Congreso Nacional hasta la disolución de este cuerpo.

Don Juan C. Varela perteneció activamente al movimiento político de su país. En el período que media entre los años 1816 y 1829, no sólo fue empleado y funcionario público, sino fundador también y redactor de varios periódicos políticos y literarios, en los cuales atacó sin tregua todas las malas propensiones de la sociedad colonial. El *Mensajero Argentino*, el *Tiempo*, el *Centinela*, el *Porteño*, son otros tantos diarios en los cuales mostró el señor Varela el liberalismo de sus principios y su acendrado patriotismo.

En 1826 se dividió la sociedad argentina en dos grandes y enconados partidos políticos y desde entonces fue muy agitada la existencia del señor Varela. El enérgico lenguaje del *Porteño*,² las sales picantes del *Granizo*, le trajeron una prisión en la cárcel de policía y un amago serio contra su persona en la tarde del 9 de noviembre de 1827.

En 1829 se refugió con su familia en Montevideo y continuó en esta ciudad trabajando para la prensa periódica como redactor del *Patriota* y de la *Revista Oficial*, hasta que salió desterrado para la isla de Santa Catalina por orden del presidente Oribe, en octubre de 1836. Murió en Montevideo el día 24 de enero de 1839: murió expatriado, sin bienes de fortuna; pero «no todo murió en él», porque «quien canta para la patria canta también para la posteridad». Su nombre es querido entre los suyos, porque expresó en hermosos versos el sentimiento popular en la guerra y celebró todas las mejoras sociales en la paz.

El señor Varela escribió versos desde niño: en los periódicos que hemos citado arriba insertó casi todas sus poesías líricas, las cuales reducidas mucho en número y severamente castigadas, legó a su hermano don Florencio, en cuyo poder existen manuscritas.

Escribió dos tragedias que corren impresas y dejó traducidos los primeros libros de la *Eneida* y las odas de Horacio en su mayor parte.

Notas:

¹ Epítgrafe tomado de *Choix de poésies contemporaines*, André Crénier, de la Martine, Casimir Delavigne, Charles Nodier, madame Tastu, mademoiselle Delphine Gay, madame Desbordes Valmore, Jules Lefèvre, Alfred de Vigny; précédées d'une histoire de la poésie moderne, par M. J. Janin, Paris, Bureau de la Bibliothèque Choisie, 1829, p. x.

² [N. de JMG] El doctor don Manuel Bonifacio Gallardo asoció su nombre al del señor Varela en la redacción de este periódico, escrito desde la prisión.

1

A DON RAMÓN DÍAZ,

CON OCASIÓN DE LA MUERTE DE SU HERMANO DOCTOR DON MATÍAS PATRÓN,
ACAECIDA EN CÓRDOBA EL 6 DE ENERO DE 1822, A LOS 38 AÑOS DE SU EDAD

Sí, Ramón, es verdad: el tiempo fiero, la hoz cortante y el nervioso brazo desde que hay sol alzados, su vista atroz al universo entero horrendo tiende desde el borde mismo del inapeable abismo en que fijó su asiento permanente, y a do precipitados se derrocan los siglos hondamente. La edad que ya pasó, la edad presente un solo instante son ante sus ojos; y a la edad venidera, cual si ya se escapara a sus enojos, con ávida impaciencia ve acercarse al sepulcro insondable de los siglos; y su ansia destructora, lejos eternamente de saciarse, tanto más crece cuanto más devora.		y mil y mil pasiones conjuradas con horrible furor en nuestro daño.	30
	5	Allí ve el tiempo en una convocadas la época de Aquiles, más remota que el remoto cantor de sus hazañas; y la época del grande poderío de Napoleón terrible, cuando azota al soberbio león de las Españas;	35
	10	cuando su heroico brío la impertérrita hueste secundaba, y desde el Rhin y el Lodi terror y asombros a la Europa daba:	40
	15	corre hasta las llanuras que sostienen la pesadumbre inmensa de las altas pirámides, que miran con envidia y respeto las naciones, y cuya cavidad enorme, extensa, cien dinastías, cien generaciones tragó, y cien glorias del antiguo Egipto.	45
Sentado allí en el límite espantable do su imperio se cierra, mira en un solo punto confundidas cuantas edades distinguió la tierra: aquella de oro, en que el mortal guardaba sin juez la ley, sin leyes la justicia; y ésta de duro fierro que el cielo en su rencor nos reservaba; esta edad en que vino la malicia, el doblez, el engaño,	20	Tal es el tiempo: todo lo amontona al borde de su abismo: todo lo ve a la vez; y luego él mismo los siglos hacinados despeñando con una de sus manos, con la otra los siglos venideros va abarcando.	50
	25		

A cada instante a la insaciable muerte en su furor apela, y la insaciable muerte a cada instante al horrendo llamado horrenda vuela: a do su negro carro la arrebató allí se ceba su feroz guadaña, y en afanosa saña, a do ciega voló, más ciega mata.	55	Y yo lo vi, Ramón. Angustiadora la enfermedad un día las negras alas sacudió y el viento que, al mover de sus alas se movía, en pestilente aliento	100
Sí; ciega, inexorable, tan pronto criminal que justiciera, al criminal y al justo los confunde, y en su veloz carrera en un sepulcro igual, igual los hunde. ¡Ay, Ramón! ¡Ay, Ramón! su furia insana ni tiene fin ni modo. Los frescos años de la joven bella y la cabeza cana del anciano rugoso, cede todo al ímpetu y furor con que atropella. La opulencia insultante yace hollada por la rápida rueda y al mismo tiempo la miseria honrada en igual torbellino envuelta queda. El esclavo al caer mira y se asombra de ver caer con él al poderoso que hasta la nada lo humilló algún día, y ante quien, azorado y humildoso, al sonar de su voz se estremecía.	60	a la mísera Córdoba envolvía. Llegó a tu hermano el venenoso soplo y las castas cortinas la mano del dolor alzó en su lecho; y caer lo miramos y en derredor del lecho retemblamos.	105
Es muerte todo y todo es de la muerte cuanto este globo abarca; que en su furia sañuda jamás amengua la insaciable Parca. ¿Qué mucho, si la cruda ni acatar sabe la virtud hermosa? La virtud y el saber. ¿Qué es de tu hermano? En la honda tumba yace y poderosa cubre la enorme losa las cenizas, a mi alma siempre caras, del amigo veraz, del juez humano, del hombre digno, a quien gozoso el cielo en su nacer rió, y a quien avaras las horribles miradas de la muerte se volvieron al fin, y a nuestro suelo en luto sepultaron y sobre él los dolores derramaron.	65	Témis y Astrea en sentimiento mudo temieron de la Parca la venganza, y no vieron qué mano sostendría el equilibrio fiel de su balanza si tu hermano y mi amigo perecía.	110
	70	Y pereció sin fin. ¡Ay! ¿Qué valieron los secretos del arte que se emplea en embotar el filo de la guadaña que a la muerte dieron los rencores del tiempo? El frágil hilo que ata el ser al no ser ¿tan fácilmente se rompe y huye la preciosa vida al bátrito profundo, mientras el ingrato mundo	115
	75	la virtud muerta para siempre olvida?	120
	80	Mas no la olvidará. Si el clamor ronco con que mis versos suenan, si el ¡ay! profundo que el dolor me arranca tal vez en eco bronco por otros climas, como aquí, resuenan, entonces es, entonces, que conmigo el anchuroso mundo el nombre caro de mi dulce amigo repetirá con labio gemebundo.	125
	85	Repetirá; sus plácidas virtudes tendrán el digno premio; y la victoria del tiempo y de la muerte no alcanzará jamás a su memoria.	130
	90	Yo aprendí en su morir; y tú aprendieras a no dar treguas a tu llanto largo, si, como yo, lo vieras apurar lentamente el trago amargo del cáliz de dolor, que envenenaba	135
	95		140

la fuente pura de su dulce vida, ¡ay! en sazón en el sepulcro hundida. ¡Allí vieras al hombre! Desde el lecho tu hermano contemplaba el insondable y horroroso estrecho a do su vida rápida volaba para ahogarse sin fin: empero entonces imperturbable el alma, jamás gozó de más tranquila calma. Él oyó rechinar sobre sus gonces la formidable puerta de la honda eternidad; mirola abierta y miró sin temblar; que no temblara aunque cielos y tierra se movieran contra su sola frente y aunque cielos y tierra de repente a su vista el Criador aniquilara.	145	o su vida o su muerte de su labio. En el templo de Temis penetraba; sus divinos oráculos oía; y cuando ejecutaba, la equidad compasiva presidia sus menores consejos. Nunca odiosa será a la humanidad reconocida su memoria, Ramón: en faz llorosa, y en arrastrado y lúgubre ropaje, irá a la tumba que tragó a tu hermano a tributar el plácido homenaje debido a la virtud, y al pecho humano en que vivió escondida, por modesta tal vez desconocida.	190
Todo esto vale la virtud: todo esto atropella iracunda la muerte sin piedad; más furibunda cuanto en faz más serena el mortal que la arrostra a su vista tremenda no se postra.	150	Mas bastante lució; que en vano, en vano al rayo engendrador del sol hermoso se opondrá densa la tiniebla obscura. Del eterno fanal la lumbre pura, destinada a bañar lo mismo el llano que la nevada altura, atraviesa la niebla y tanto dora las comarcas del Persa que el astro fulgoroso humilde adora, como las de occidente, en que reclina su lumbrosa frente. Lo mismo es la virtud, aunque quisiera ocultarse modesta: ¿y quién podría su encanto resistir y no adorarla en el mortal dichoso que ha sabido inmaculada en su alma conservarla?	195
¿Qué teme la virtud? ¿Qué temería tu tierno hermano, cuando ya pisaba los voraces umbrales de la mansión callada de los muertos? ¿Qué vez, qué día los acerbos males del semejante oyó, sin que volara a su alivio veloz y en larga mano de la miseria el llanto no enjugara? La balanza fatal en que se pesa el premio y el castigo confíole Astrea; y le entregó la espada que siempre está desnuda y levantada sobre la audaz cabeza del desacatador de tantas leyes como dictó llorando la justicia, por refrenar del hombre la malicia. Ministro santo de la diosa augusta jamás en sus altares sufrió profanación; ni en faz adusta y en insultante agravio afligió al criminal, que ya agobiaba el peso del delito y esperaba	165	Tal fue tu hermano; y tal lo ha conocido el dichoso país, en que su cuna tu tierna madre de esperanzas llena ha siete lustros que meció tranquila. Sobre el alto destino y la fortuna sagrada de la patria, en algún tiempo su labio pronunció. Cuando la guerra sopló en nosotros la discordia impía y la angustiada tierra la sangre ciudadana enrojecía: cuando la altiva frente de crímenes y horrores circundada levantó triunfadora la anarquía y los fraternos lazos la civil disensión hizo pedazos;	210
	160		205
	170		215
	175		220
	180		225
	185		230

la patria entonces en su angustia acerba lo llamó y acudió: voló a los llanos do, tendida la hueste, preparaba contra sí misma, contra sus hermanos, los cuchillos sangrientos que aflaba. Llegó, los embotó; del alto cielo la paz, por él llamada, descendió a nuestro suelo, de abundancia y placeres coronada.			
¡Oliva y rosas a su tumba, y llanto! Llanto largo más bien. ¡Ay! nunca, nunca del sueño helado a que cerró sus ojos dispertará a la luz; y yo entretanto maldigo de la Parca los enojos y los maldigo en vano; que ella se burla en mi dolor insano.			
jAy! vuelve, vuelve, idolatrado amigo: llámalo, mi Ramón: tu blanda madre que lo llame también; él la llamaba cuando, muriendo, se estrechó conmigo, cuando, muriendo, me estampó su beso, y entre sus tiernos brazos mi corazón se dividió en pedazos. Tu madre solamente, sí, tu madre, ausente lejos de su triste lecho, sus postreros momentos amargaba. Ríos y llanos le apartaban de ella, llanos y ríos en su amor salvaba; y mil veces y mil su dulce nombre en gemidos envuelto repetía, y mil veces y mil su helado rostro el tierno llanto del amor cubría. <i>Adiós</i> le dijo en moribundo labio; y al repetir <i>adiós</i> , la muerte fría sopló en su boca, congeló su aliento y su suspiro se perdió en el viento.	235 240 245 250	Desperado y perdido hacia su lecho me volví llorando; y veía, y dudaba; y mi labio a los suyos acercando, otra vez y mil veces le llamaba. ¡Vano llamar! ¡y suspirar más vano! Que al reino del olvido la voz no llega que lanzó el gemido. Más valiera, Ramón; sí, más valiera ni sentir ni querer; y cual huimos de carnívora fiera, así del hombre, cuyo pecho vimos abierto a la amistad y a sus encantos. ¡Ay! ¿Quién resiste, si se pierden ellos, tan acerbo pesar, tan largo llanto? Resista el duro; mientras yo postrado sobre el cadáver del que fue mi amigo, todos los nombres del amor le daba, y desoído y solo de ingrato a mi cariño le acusaba.	280 285 290 295
jAy! vuelve, vuelve, idolatrado amigo: llámalo, mi Ramón: tu blanda madre que lo llame también; él la llamaba cuando, muriendo, se estrechó conmigo, cuando, muriendo, me estampó su beso, y entre sus tiernos brazos mi corazón se dividió en pedazos. Tu madre solamente, sí, tu madre, ausente lejos de su triste lecho, sus postreros momentos amargaba. Ríos y llanos le apartaban de ella, llanos y ríos en su amor salvaba; y mil veces y mil su dulce nombre en gemidos envuelto repetía, y mil veces y mil su helado rostro el tierno llanto del amor cubría. <i>Adiós</i> le dijo en moribundo labio; y al repetir <i>adiós</i> , la muerte fría sopló en su boca, congeló su aliento y su suspiro se perdió en el viento.	255 260 265	¿De qué no lo acusara? Allá en su pecho mis secretos vivían y los secretos suyos hasta el mío a esconderse venían, cuando en días serenos, no de amargura, como aquestos, llenos, su amigo me decía, me alargaba su mano cariñosa y temblaba su mano entre la mía. Llorémosle Ramón: eternamente llorémosle los dos. Allá en la tumba quedó mi corazón; pero mi llanto sincero, permanente, a do quiera me sigue y a do quiera su sombra me persigue; su sombra amiga, que por todo veo, y a quien mis tiernos brazos en vano tiendo en mi tenaz deseo.	300 305 310 315
Llora, llora, Ramón, cual yo he llorado cuando toqué su faz, cuando en sus ojos busqué la luz y la encontré perdida y toqué muerte do buscaba vida. Mi vista entonces enclavé en el cielo, mi lengua entonces desaté en agravio de la misma deidad, y en largo duelo eran ofensas cuanto habló mi labio.	270 275	¡Oh tiempo! ¡Oh muerte, que sin fin maldigo! Anticipad mis horas y llenadlas: que ya su peso soportar no puedo. Se malogró mi idolatrado amigo, se malogró sin fin; y yo entretanto ni su ceniza fría,	320

que yace lejos de la patria mía,
puedo regar con mi afanoso llanto.

¡Oh tiempo! ¡Oh muerte! La profunda
que abrieron para él vuestros enojos 325
es mi huesa también: arrebatadme
hasta su borde ya y allí dejadme
confundir con los suyos mis despojos.

Notas:

1. En AP, pp. 798-802; en [Ramón Díaz], *La lira argentina o Colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de la Independencia*, [París], 1824, pp. 406-418, firmado por «J. C. V.»; en *La lira argentina*, ed. crítica, estudio y notas por Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1982, pp. 522-534, con el núm. CXX. | [N. de JMG] Don Ramón Díaz, representante del pueblo de Buenos Aires mediante tres legislaturas; procurador general y defensor de pobres y menores; editor de *La lira argentina*. Murió en Buenos Aires, su patria, a la edad de 28 años, el 6 de diciembre de 1824. | [N. de la e.] Pedro Barcia afirma que esta nota representa el primer registro de la atribución de la *Lira* a Ramón Díaz. Cfr. Pedro Barcia, «Estudio preliminar», en *La lira argentina*, 1982, p. xx.

v. 11. *La lira*, 1824: *antes* (por *ante*).

v. 84. AP: *globlo*; corrijo por *globo*.

v. 85. *La lira*, 1824: se omite la preposición *en*.

v. 90. *La lira*, 1824: *ponderosa* (por *poderosa*).

v. 105. [N. del a.] Cuando murió en Córdoba el doctor Patrón, estaba aquel pueblo sujeto a una pestecilla, que a pesar que no arrastraba víctimas, no dejaba de presentar pacientes en casi todas las casas. Patrón murió de otra enfermedad.

v. 107. *La lira*, 1824: *atras* (por *castas*).

v. 189. [N. del a.] El doctor Patrón fue muchos años fiscal de la excelentísima Cámara de justicia en Buenos Aires.

v. 225. [N. del a.] Fue diputado por Buenos Aires en el último congreso general.

v. 239. *La lira*, 1824: incorpora la conjunción *y* entre *embotó* y *del alto cielo*.

v. 242. [N. del a.] Él y el señor doctor don Mariano Andrade firmaron la paz de Buenos Aires con Santa Fe en 1820.

vv. 243-244. En *La lira*, 1824, se incorpora la siguiente nota: «Mirtos y rosas a su tumba, y llanto; / llanto más bien...» Versos de Quintana en su «Oda a la hermosura».

v. 307. *La lira*, 1824: *Llorésmolo* (por *Llorémosle*).

v. 308. *La lira*, 1824: *llorésmolo* (por *llorémosle*) y *su tumba* (por *la tumba*).

2

AL INCENDIO DE CANGALLO

¡Venganza eterna! ¡Sin piedad venganza!!!
Hijos del sol, ¿qué hacéis? Ahora, ahora
renazca el odio y el rencor inmenso
a que provoca la feroz matanza,

la sed de sangre que sin fin devora
a los tigres de Iberia. El humo denso
mirad cual forma impenetrable nube
y el éter todo en derredor se inflama.

5

Oíd, mirad, que la estallante llama hasta los astros sube; y entre ruina y ceniza un pueblo de patriotas agoniza.	10	con bárbaro furor quema, aniquila, y se goza el feroz al ver la llama. ¡Cangallo miserable! ¡Pueblo amigo, condenado a llenar en nuestra historia las páginas de llanto! tu memoria no pereció contigo: ya vengarte juramos; 15 vengarte, sí; y a la venganza vamos.	20
¿No sabéis? ¿No sabéis? El fiero hispano, estirpe atroz del execrando Atila, en el Perú desesperado brama; y en su última impotencia deshumano,			

Notas:

2. En AP, p. 802; en *La lira argentina*, 1824, pp. 418-419, sin firma y sin título; en *La lira argentina*, 1982, pp. 535-536, con el núm. CXXI. Otras referencias bibliográficas: anota Barcia que apareció también en Juan Cruz Varela, *Poesías*, 1879, pp. 145-146, con el título: «Al incendio del pueblo de Cangallo en el Perú, ejecutado por el general español Carratalá, y aprobado por el virrey La Serna, en decreto del 11 de enero de 1822». | [N. de JMG] Este pueblo del Perú, situado en el departamento de Ayacucho a dos jornadas de la ciudad de Huamanga fue incendiado por *Carratalá* y consumada la ruina por decreto del virrey Laserna dado en Lima a 11 de enero de 1822. En noble represalia de estos actos, se llama calle de *Cangallo* una de las principales de Buenos Aires.

v. 1. En *La lira*, 1824, se incorpora la siguiente nota: «Extraído del *Argos* de Buenos Aires, rasgo inserto con motivo de la noticia que se tuvo del incendio del pueblo de Cangallo (en el Perú) por el atroz Carratalá y aprobado por el caudillo La Cerna.

3

LA PREOCUPACIÓN

¡Oh preocupación! tu nombre solo es una plaga a la afligida tierra, más terrible mil veces y más asoladora que la guerra. La impostura es tu madre: nuevas creces la sencillez te da, y en el instante el poder te fomenta y sus aspiraciones alimenta. En todo tiempo tu ominosa sombra, bajo distinto velo, ha cubierto de crímenes el suelo, y tú les diste de virtud el nombre. En todo tiempo el hombre supersticioso, débil, engañado, oráculos falaces ha escuchado que la mentira por verdad vendieron y en su interés al mundo le dijeron:	5	«oye, cree y enmudece; el cielo te lo manda y obedece».	
		Ciego, ciego el mortal obedecía: y contra el mismo corazón luchando, y contra su conciencia batallando, corazón y conciencia sujetaba a la voz que le hablaba en nombre de los cielos y en nombre de los cielos le mentía.	20 25
	10	Viérase entonces, al rayar el día, engañado el egipcio, postrarse con sacrílego respeto ante el primer objeto que presentó a su paso la fatalidad ciega del acaso.	30

Viérase después correr al Nilo con afán presuroso y al feroz cocodrilo tributarle humilde la adoración debida al ser que diera al universo vida.			
Viérase como en Áulida Ifigenia, al mandato de Calcas, fue del beso materno arrebatada y en aras homicidas con horrenda piedad sacrificada, consintiendo Atridas: y el ejército iluso y tantos reyes, al sacerdote infame obedeciendo y el fuego de las aras encendiendo, se imaginaban dioses como Calcas tiranos y feroces.			
¡Oh preocupación, siempre funesta! Pero funesta más, cuando en el cielo apoyas los errores que al miserable suelo con sombra de piedad cubren de horrores. ¡Religión! ¡religión! tu nombre santo do quiera se profana; y en vano la deidad manifestarse bondadosa ha querido a la menguada inteligencia humana. Los mismos que escucharla han pretendido, entre tiniebla densa y entre negra impostura han logrado ocultar su lumbre pura.	35	todo el orbe camina en ciega obscuridad, lo mismo ahora que en los siglos de atrás; y el pueblo ignora lo que saber debiera si, al gritar ¡religión!, no se mintiera.	70
	40	Hay impostores que a los pueblos llevan por la senda torcida que se abrió el interés de los llamados intérpretes del cielo; y por siempre ocupados en condensar el velo de la superstición y la ignorancia, nos engañan con pérfa arrogancia.	75
	45		80
	50	Tal vez no en vano por el ancho mundo, del sud al septentrión y del oriente hasta el remoto ocaso, el aire hiende, y por el mar profundo atraviesa una voz, en dulces tonos gritando ¡libertad! y estremeciendo desde el cimiento los soberbios tronos. Al trozarse do quier los eslabones del crudo despotismo, se trozará tal vez esa cadena con que ató a la razón el fanatismo. Éste teme la luz, que ya se acerca; y, al sentirla llegar los impostores, entre el temor horrible que los cerca redoblan sus engaños y furores. ¡Pueblos! no los oigáis. El cielo mismo no los oyó jamás. Ellos violaron de la razón los fueros, al cielo y a los hombres insultaron y su interés es siempre embruteceros.	85
	55		90
	60		95
	65		100
La religión es hoy el instrumento, como siempre lo ha sido, de la astucia, la intriga; y confundido el resplandor de la verdad divina,		1823	

Notas:

3. En AP, p. 802; en *El Centinela* (Buenos Aires), tomo 1, núm. 9 (22 de septiembre de 1822), pp. 131-133; en *La lira argentina*, 1824, pp. 467-470, sin título y firmado «El C.»; en *La lira argentina*, 1982, pp. 593-597 y con el núm. CXXIX. Otras referencias bibliográficas: en Juan Cruz Varela, *Poesías*, 1879, pp. 157-160, con el nombre de «La superstición» y totalmente rehecha, con esta nota: «Debe tenerse presente al leer esta composición que fue hecha en esa época en que se había exaltado furiosamente el fanatismo, con motivo de la reforma eclesiástica, sabiamente ejecutada en Buenos Aires por el Gobierno». | En *El Centinela*, 1822, aparece en la sección «Correspondencia», firmado

por «El Canario», y con la siguiente introducción: «Señores editores del *Centinela*. Ha llegado a mis manos una obrita española, titulada *Preocupaciones* e impresa en Cádiz el año de 1820. Su volumen es el de un solo tomo en cuarto; y en la página 82 he leído el siguiente rasgo, que me parece a propósito en nuestras circunstancias; tanto más, cuanto es contraído a las preocupaciones puramente religiosas. Si ustedes lo juzgan conveniente, tendrán la bondad de insertarlo en su acreditado periódico, pues la obrita todavía no circula con generalidad entre nosotros». Anota Barcia al respecto: «La presentación más parece artimaña de autor que declaración veraz. Dificilmente, con el agudo sentido de autoría de Juan Cruz Varela, hubiera incluido en la selección tan rigurosa, de sus *Poesías*, en 1879, <rasgos poéticos> como entonces se decía, de plumas ajenas». Un título más ajustado a su temática sería, de hecho, «La religión».

v. 33. *El Centinela*, 1822: *Vierásele* (por *Viérasele*).

4

TRIUNFO DE ITUZAINGÓ

CANTO LÍRICO

Las barreras del tiempo rompió al cabo profética la mente, y atónita se lanza en lo futuro, y la posteridad mira presente. ¡Oh porvenir, impenetrable, oscuro!			
Rasgose al fin el tenebroso velo que ocultó tus misterios a mi anhelo: partiose al fin el diamantino muro con que de mi existencia dividías tus hombres, tus sucesos y tus días.	5	de Maratón no suenan; Platea y Salamina cual si no fueran son; y ya no llenan Leónidas y Temístocles el orbe; que otra gloria más ínclita domina y la atención del universo absorbe.	30 35
Mil siglos ya volaron ante los ojos míos; mil naciones con ellos perecieron; y otras generaciones, y otros imperios a la vez nacieron: empero la República Argentina se salva sola en tan inmensa ruina. Presente allá en las pósteras edades, veo que no ha quedado ni memoria de griegos y romanos: otra historia de admiración embarga al universo; otros hechos sublimes, otros nombres miro allí consignados en las líneas fatídicas del verso y en páginas eternas; y los hombres los pronuncian, de asombro penetrados, y en respeto profundo, por los inmensos ámbitos del mundo.	10	<i>Ituzaingó</i> y el <i>Uruguay</i> escritos, enseñan a los reyes de la tierra que los <i>libres</i> no sufren sus delitos. Descended hacia mí, numen del canto, mientras el genio de la historia corta la pluma de oro, que a la tierra deje, cual yo la miro en el momento, absorta.	40 45
No suenan las Termópilas, los llanos	20	Mientras jaspes y mármoles y bronces el buril no penetra y a los siglos de entonces gravada pasa indestructible letra; o mientras en estatuas colosales el mundo no conoce todavía esos republicanos inmortales que dieron glorias a la patria mía.	50
	25	Descended hacia mí, numen del canto; y, si un mortal feliz pudiese tanto, mi verso irá por cuanto Febo dora, del austro a los triones, y, leído en las playas de occidente,	55

llevado por la fama voladora, admirará después a las naciones que reciben la lumbre refulgente del rosado palacio de la aurora.	
Sepultado en el bátrato profundo y respirando rencorosa saña, porque ya no asolaba el Nuevo Mundo, como cuando triunfamos de la España, el monstruo de la guerra concitara a la ambición sedienta; y la ambición sangrienta que del monstruo los ecos escuchara, a la venganza en su socorro acude: la venganza sus crímenes prepara, la discordia sus víboras sacude, y su grito feroz hinche el averno. Estos genios del mal luego quebrantan las eternas puertas del infierno, con hórrido alarido el mundo espantan; y al Brasil se lanzaron y el estruendoso carro despeñaron.	60 65 70 75
Entonces ese déspota insolente que en el Brasil domina tiende a los bellos campos del oriente una mano alevosa y asesina: y con enojo horrible y bronco tono, «No puede ser –clamó– que el argentino así se burle de la voz del trono y tenga más poder que el del destino. El mío es dominar un hemisferio que tuvo la osadía de aspirar a ser libre en algún día; ni basta a mi ambición mi solo imperio».	80 85
Así dijo el tirano; pero escrito estaba ya en el alto firmamento con caracteres ígneos su delito, con caracteres ígneos su escarmiento: escrito estaba; y de la voz divina, del fallo irrevocable, el cumplimiento confiose a la República Argentina. Ella llamó a sus hijos, y sus hijos el flamígero acero descolgaron, esos mismos aceros que algún día las falanges ibéricas segaron, cuando otro rey imbécil nos quería arrebatar la independencia cara y que el baldón de América durara.	90 95 100 105
Ya tremolando por el aire veo aquel mismo estandarte que en torno a la infeliz Montevideo paseaba fiero el sanguinoso Marte, cuando el muro cercaba que de España las huestes encerraba.	110
Ya las voces escucho de los mismos guerreros que fueron el terror de los iberos en Pichincha, en Junín, en Ayacucho; guerreros argentinos que llevaron triunfantes sus banderas, desde la margen del ondoso Plata hasta el opimo Chile. Las barreras eternas de los Andes se allanaron al terrible marchar de los campeones:	115 120
parten de allí, cual rayo, a otras regiones y con igual decoro en el Perú la espada desnudaron, y de sangre enemiga la lavaron en las corrientes del Rimac sonoro.	125
El Ecuador los vio, Quito amagada miró argentinos y quedó asombrada: y helos de nuevo aquí, y arder de nuevo en bélico furor toda la tierra;	130
justo rencor a la nación conmueve, justa venganza cada pecho encierra; ¿y quién es el valiente que se atreve a conducir los bravos a la guerra? ¿Cuál es el general que en sí confía? ¿Cuál es más fuerte si el acero blande?	135
¿A quién la patria sus venganzas fía? ¿Cuál es el héroe que a los héroes mande? ALVEAR se presentó: toda la hueste con vótores festivos lo aclamaba;	140
<i>¡éste es el vencedor, el genio es éste!</i>	
Y sus triunfos la hueste presagiaba. La espalda en tanto del inmenso río las naos brasileiras oprimen formidables y altaneras;	145
y en vano, en vano, en belicoso brío arde la capital, los campos arden. ¿Cómo atraviesan a la opuesta playa los valientes de aquí, que, cuanto tarden, crece el peligro en que la patria se halla?	150
¡Tardar! No lo consiente el marino impertérrito, terrible,	

que sintiéndose intrépido, invencible, se decide a forzar a la Victoria a que empiece a tejerle la corona, con que algún día en Uruguay las sienes le adorne del laurel con que blasona.		se desprendió del campo la cohorte.	200
Alzose BROWN en la barquilla débil, pero no débil desde que él se alzara, y la espumante prora, dividiendo las ondas cristalinas, convierte al enemigo vencedora; le arroja de las aguas argentinas, y en un combate, y mil, al mundo enseña que el poder es ser bravo, y que Fortuna del sublime valor, que la desdeña, no tiene en las hazañas parte alguna.	155	¡Oh madres argentinas! Contra el pecho oprimid, oprimid al tierno infante, que ya no tiene padre en adelante. ¡Esposas! Empapad el yerto lecho en llanto de dolor, que ya partieron, y la orfandad y la viudez amarga la marcha del soldado precedieron, derramando tras sí miseria larga.	205
Mientras, contra la fuerza y el destino, BROWN combatía la tremenda flota, quedaba libre el líquido camino; y a la playa remota volaban las legiones animosas, que al causador de tan inicua guerra a mostrar iban ya que las banderas de la patria flameaban victoriosas, lo mismo que en las aguas, en la tierra.	160	Pero no: presentad a vuestros hijos el valor de sus padres por modelo y dejad a las madres brasileras llanto sin fin, inacabable duelo; que sus hijos caerán en las hileras en grande muchedumbre, cuando el filoso acero corte un día el encorvado cuello, que sufría el yugo de oprobiosa servidumbre.	210
«¡Salud, Banda Oriental! ¡Salud, campeones! ¡Que desde Sarandí poseís la gloria! Fue vuestro primer paso una victoria, vuestro ensayo primero hundir legiones: ya la patria os saluda; sus hijos sois; y, uniendo el occidente su esfuerzo a los esfuerzos del oriente, vuestros hermanos manda en vuestra ayuda.»	165	¡Tirano del Brasil! Ya nuestros bravos traspasaron el límite anchuroso que divide la tierra de los libres de la tierra infeliz de los esclavos.	215
Tal dijo Alvear, cuando pisó la playa opima, fértil, de riqueza llena, que fue la presa de ambición ajena, y que ya libre para siempre se halla.	170	Ahora es el tiempo de que el rayo vibres con que nos amagabas jactancioso, cuando inmensas distancias separaban ejércitos y ejércitos; ni Marte en tus campos plantaba su estandarte, ni nuestro sol tus águilas miraban.	220
Otra vez os imploro, ¡oh númenes del canto! Pulsad mi lira con el plectro de oro, o borro el verso que no alcanza a tanto. Oiga yo resonar::: ¿Mas qué interrumpe el eco celestial de la armonía?	175	¿Tirano del Brasil! ¿Adónde, adónde los ministros están de tu venganza? ¿O cuál es el lugar en que se esconde, huyendo de la bárbara matanza, ese grupo venal, en cuya frente miro la marca del esclavo impresa, afrentando el valor del combatiente?	225
¿Quién en voces horrisonas prorrumpe y destruye su grata melodía? ¡Ay! Que sonó la trompa, la ronca trompa del feroz Mavorte y en belicosa pompa	180	¡Déspota! Tú, que perpetuar pretendes la usurpación de una provincia ajena, ¿tú mismo patrimonio no defiendes? ¿Y cuál es el poder de que blasonas, si apenas nuestro intrépido soldado el umbral del imperio ha traspasado, el suelo del imperio le abandonas?	230
	185	¡Oh Dios! ¡Y aquesto es rey! ¡Y un pueblo entero su honor, su suerte, su vivir le fia! Sí; pero ya no más; que llega el día en que corona y cetro::: ¿Mas la sierra no es que, tronando, en derredor retumba	235
	190		240
	195		245

y el eco clamoroso de la guerra hinche la esfera y por los aires zumba? ¿No es que el casco y la lanza de Belona, allá en la cima del lejano monte, brillar se miran, cual nimbosa luna, cuando sube sangrienta al horizonte?	250	pero tienen valor, son argentinos. Ábrete, historia, y muéstrame aquel hombre que, como de poder por prueba rara, en Córcega produjo la natura, para que el universo se asombrara. Voluntad eficaz, omnipotente, que trastornar el orbe se propuso; y trastornara el orbe ciertamente, «y ya la especie humana no sería lo que la hizo el Criador en algún día», si conseguido Napoleón hubiera que, como su ambición mandaba al genio, su ambición a su genio obedeciera.	295
Sí; que yo veo la caverna oscura preñada de armas y hombres sin lanzarlos; si no van nuestros bravos a buscarlos al mismo pie de la fragosa altura: así Tesandro y Menelao y Epeontes y Neoptolemo y el astuto griego, para envolver en una noche infanda la ciudad de Neptuno en sangre y fuego, calcularon la estúpida confianza con que hasta el pie del pérfido caballo el troyano imprudente correría y, sin temer la bárbara asechanza, a su sombra tranquilo dormirla. Pero así no será; porque el guerrero a quien confió su libertad la patria, si es que aprendió de Marte frío valor en el combate fiero, no ostenta menos el saber y el arte con que provee, dirige, determina, y el arma del soldado, su ardimiento, el tiempo, la distancia, el movimiento y las dos fuerzas y el lugar combina. Desde este día, Alvear, tu nombre aumenta la lista de los grandes generales que ya la historia de la guerra cuenta y a que tributa honor en sus anales. ¡Tal premio ha merecido tu pericia en el arte fatal de la milicia! ¡Fatal y necesario! Derramado por la extensión desierta, donde horroriza la natura muerta, nada es que el sol abrasador hostigue al escuadrón valiente y no haya fresca linfa que mitigue la sed rabiosa, inaplacable, ardiente: su gloria es la fatiga; y la bóveda espléndida del cielo, o de la húmeda noche el negro velo, el solo techo que al guerrero abriga; marchar es su descanso y áridos arenales sus caminos:	255 260 265 270 275 280 285 290	Muéstramelo lanzado en su carrera, todo el mundo ocupado de admirarlo: o deja que la olvide, por buscarlo del Egipto en los vastos arenales, seguido de franceses inmortales. ¡Oh! ¡Cuál la musa se complace ahora de ver que el mismo verso que esa campaña describir podría, la campaña de Alvear describirla! Y atónito observara el universo que del gran capitán el gran modelo no en vano se ha grabado en la memoria y que tenemos gloria parecida a la suya en nuestro suelo. Mas ya salvan el yermo inhospitable las huestes argentinas, y mostraron su frente deleitable de Vallés las bellísimas colinas. ¡Brasileros, salud! Los hombres libres con una mano vuestra mano enlazan en signo de amistad; mas con la otra el acero fatal con que amenazan descargarán, cual rayo, sobre aquellos, que, al oro vil de un déspota vendidos, intenten atrevidos su fuerza y su valor medir con ellos. ¡Brasileros! Mirad los que pregonan su renombre y sus hechos hazañosos; mirad esos soldados que blasonan de que armaron sus brazos poderosos por defenderos hoy, como abandonan al furor militar del extranjero vuestro honor, vuestra vida. ¿Y qué sería de vosotros ¡oh pueblos! este día,	300 305 310 315 320 325 330 335 340

si el argentino acero fuese instrumento vil en viles manos de la ambición fatal de los tiranos?		o, en curso desusado, baña los campos que no había bañado: así retiembla la campaña en torno	390
¿Qué hacéis, qué hacéis, soldados, que ya no descendéis de la alta cumbre	345	bajo el pie del alípedo caballo; y así en varias y opuestas direcciones corren los formidables escuadrones; y ya la falda de la sierra tocan	
y, por estas llanuras derramados, ostentáis vuestra inmensa muchedumbre?		que inexpugnable al enemigo abriga,	395
¿Todo el tesoro que Vallés encierra abandonáis así? ¿No sois testigos		y ya vuelven al llano y lo provocan sin perdonar trabajo ni fatiga.	
de que recogen ya los enemigos	350	¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes bien prontamente os cubrirán de gloria	
las ansiadas primicias de la guerra?		y harán que se conserve entre las gentes	400
¿Y están entre vosotros los valientes que allá en el Volga y en el Rhin bebieron		con asombro y honor vuestra memoria, hoy se ven precisados	
y, a la ambición y al despotismo fieles, a playas remotísimas vinieron,	355	a simular temor y retirarse, por probar si se atreven a lanzarse	
en demanda de gloria y de laureles?		de la sierra esos tímidos soldados:	405
¡Qué! ¿No hay audacia en el feroz Germano, y audacia no hay en el Sicambro fiero		pero tiemblen del bárbaro escarmiento con que habrán de pagar en algún día	
para bajar al llano	360	la torpe y degradante villanía de obligar a un valiente al fingimiento.	
con ímpetu guerrero		Así lo dijo Alvear y a los campeones	410
y que triunfe el valor, y no la suerte, en los campos horribles de la muerte?		abrasados en sed de la venganza ordenó que siguieran sus pendones	
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura defendidos se creen. Así acosada	365	hasta el campo feroz de la matanza. El enemigo entonces se alucina,	
del veloz cazador tímida cierva,		equivoca el temor con la destreza	415
más y más se enmaraña en la espesura, y aún su pavor conserva,		y recién abandona la aspereza cuando cree que el contrario huye cobarde.	
ya del venablo y del lebre! segura.		¡Infelices! Marchad; la muerte espera; para saciar su saña nunca es tarde	420
¡Ministros de un tirano!		y ella os va a sorprender en la carrera.	
Mirad, mirad la marcha triunfadora	370	El sol sepulta en tanto su carro esplendoroso en occidente	
con que avanza la hueste vencedora, conquistando los pueblos del Imperio:		y abandona el olimpo refulgente a la enlutada noche: el negro manto	425
pero ¡qué conquistar! despedazando los grillos de oprobioso cautiverio	375	cubre la frente de la luna clara, y el trémulo brillar de los luceros,	
y por todo su tránsito sembrando		el horror que en el campo se prepara y el bélico furor de los guerreros.	
la semilla del árbol que algún día cubra todo el Brasil, como ha cubierto	380	En la densa tiniebla de la noche mil sombras pavorosas divagaban,	430
del frío Septentrión al Mediodía, el suelo que Colón ha descubierto.		cuyo lamento y míseros gemidos las huestes enemigas aquejaban;	
Pero Alvear, persiguiendo a la victoria, quiere que el lauro de la lid le brinde;	385	y, por lúgubres ecos repetidos, sangre, horrores y muerte presagiaban.	
y en vano, en vano san Gabriel se rinde, que un pueblo sin defensa es poca gloria.			
Como cuando retiembla el pavimento del fuego subterráneo conmovido			
y el río en encontrado movimiento, o retorna al lugar donde ha nacido,			

Pero al campo argentino
no así el pavor cubría
en tan terrible noche: de contino
ALVEAR por las legiones discurría;
y hora dispone que escuadrón tremendo
siga a Lavalle en su feroz avance,
hora elije el lugar de donde lance
el tronador cañón su globo ardiendo:
éste es el sitio que el infante guarde,
aquella el ala que primero parta;
aquí la muerte una falange guarde,
allá la muerte otra legión reparta.
Frío y sereno ALTEAR, ordena todo
y todo lo prevé; no de otro modo
que, si en lugar de la batalla fiera,
la fiesta de su triunfo dispusiera.
La terrorosa expectación del día
hace cesar el sol; y el brasileiro,
que en fuga vergonzosa nos creía,
atónito, azorado,
mira a su frente al enemigo fiero,
a espantable venganza preparado.
¡Oh día de prodigios y de horrores!
¡Día de lulo, asolación y llanto!
No, no le puede celebrar mi canto:
perdonadme, terribles vencedores;
este asunto no es mío;
toma tu trompa, canorosa Clío.

Antes que los mortales
la industria de matar adelantaran
y el rayo a las esferas celestiales
atrevidos robaran,
y en los horribidos bronce lo encerraran;
con no menos furor, con menos arte,
a los campos de Marte
los feroces guerreros descendían
en silencio espantoso, y más de cerca
más segura la muerte repartían.
Así en Ituzaingó, silencio horrible
reinaba en toda la extensión del campo,
y con paso terrible,
y con serena frente,
se acercan uno al otro el combatiente.
La presencia del riesgo, la certeza
de muerte inevitable,
si en la lucha sangrienta no vencían,
infundieron valor, dieron fiereza

435 a los mismos soldados
que, en las breñas poco antes abrigados,
parecían un grupo de indolentes,
tímidos, pusilánimes, indignos 485
de matar y morir entre valientes:

440 *Brown* a su frente está; y él solo fuera
el digno contendor que ALVEAR tuviera.
Ya se acercan las masas condensadas
de los fieros teutones, 490
de agudas bayonetas erizadas,
rodeadas del cañón: sus batallones
muros parecen que moviera el arte;
inexpugnable muro: no hay guerrero
tan formidable que contra él se estrelle, 495
ni rayos suficientes a abrasarlo,
ni fogoso bridón que lo atropelle,
ni pujanza bastante a derribarlo.
El valor argentino solamente
la tremenda falange 500
pudiera ver llegar, y no temblara;
y la vio y no tembló, y el corvo alfanje
desnudo con que pronto la segara.

Pero el bronce tronó: la muerte fiera
subió en su carro a la señal de Marte 505
y se lanzó en el campo carnícera;
el belicoso bruto al punto parte,
que ya el audaz jinete
alzó el acero y le soltó la brida,
y al ímpetu feroz con que arremete 510
retiembla la campaña combatida.

465 Y retembló otra vez, que el bronce fiero,
lanzando el rayo con letal destino,
a la implacable muerte abrió el camino:
saltó la sangre del primer guerrero 515
y otra sangre la veng,

470 y ya no hay dique que el furor contenga,
de temor que el estrago a la distancia
no tan sangriento sea,
y de que silbe el plomo en la pelea 520
sin herir, sin matar, los escuadrones
se acometen, se chocan, se rechazan
y se estrellan legiones con legiones,
y con mutuo furor se despedazan.

475 Queda encerrado en el fusil entonces 525
el plomo matador, callan los bronce;
y en manos del soldado
el puñal fiero, y el filoso sable,

	la bayoneta y la tremenda lanza,	¡Oh brasileras huestes! ¡Más valiera	
	a sirven más al furor de su venganza;	que tal honor el hado	
	y, en silencio horroroso y espantable,	en este día atroz no os concediera!	
	se ejecuta la bárbara matanza.	La sangre que el campeón ha derramado	
	Sin elección la inapiadable muerte	mil vidas vale, y el estrago horrendo	580
	ciega revuelve su fatal guadaña,	recién empezará. ¡Venganza! grita	
	y ciegamente hiere, rinde al fuerte,	el intrépido Paz. ¡Venganza! clama,	535
	ceba en el débil su sangrienta saña,	ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,	
	y ningún bando es suyo. En la campaña	y ¡venganza, venganza! ALVEAR responde.	
	la sangre amiga y la enemiga sangre,	Toma el lugar de su difunto amigo,	585
	a raudales hirvientes y copiosas,	hondo en el pecho el sentimiento esconde,	
	corren mezcladas, cual mezcladas corren	y se lanza, cual rayo, al enemigo.	540
	las aguas de dos ríos caudalosos	El soldado lo sigue: vanamente,	
	después que en la confluencia se encontraron	con la muerte de Brandzen orgulloso,	
	y con ímpetu horrible se chocaron.	el experto jinete brasiero	590
	Golpe ninguno se descarga en vano:	oponerse pretende al impetuoso,	
	¡brazo a brazo pelea el combatiente!	al repetido choque: allí el acero	545
	ni hay punta aguda, ni tajante acero	corta, hiende, destroza, despedaza;	
	que no penetre el pecho de un valiente,	como torrente, el escuadrón furioso	
	que no corte la vida de un guerrero.	por sobre miembros palpitantes pasa,	595
	De ALVEAR empero la razón serena	por sobre moribundos atropella,	
	el valor ardoroso dirigía,	deja a su espalda el espantoso estrago	550
	sin ceder al furor que la enajena:	y con sólida falange al fin se estrella.	
	su ánimo imperturbable no se inmuta	La aguda bayoneta la defiende	
	y en el confuso caos mantenía	de aquel ímpetu ciego,	600
	la inalterable calma del que ordena,	y el mortífero plomo se desprende	
	la ardiente intrepidez del que ejecuta.	de su prisión de fuego;	555
	Del medio de la lid llamando a Brandzen,	pero más fiero el argentino avanza	
	«Allí –dijo– el combate es más sangriento,	por el camino que le abrió la lanza,	605
	y nuestra patria, amigo, este momento	o del fogoso bruto el ancho pecho.	
	entre su honor y la ignominia lucha».	Ciérrase luego el escuadrón deshecho	
	No dijo más. El héroe que lo escucha,	vuelve, júntase, estréchase, acomete	560
	fierro, orgulloso de que así lo mande	con ímpetu mayor, con mayor ira;	
	y allí lo envié donde el riesgo es grande,	y otra vez y mil veces se retira,	
	a la arena con ímpetu descendié:	y otra vez y mil veces arremete.	610
	el rayo está en su mano y en sus ojos	Así las olas la muralla embaten,	
	la llama brilla que el honor enciende.	Y, contra ella rompiéndose estruendosas,	565
	La presencia de Brandzen los enojos	se vuelven, se alzan y otra vez furiosas	
	redobló del soldado: tal un día	con repetido empuje la combaten,	
	allá a los campos de la antigua Troya	hasta que se desploma a lo más hondo	615
	Héctor descendería,	la contrastada mole, y victoriosas	
	con un valor igual, con igual suerte,	revuelven los escombros en el fondo.	570
	en demanda de Aquiles y la muerte.	La enemiga legión no de otro modo	
	Y el momento llegó. La parca avara,	desaparece al cabo;	
	no satisfecha de vulgar matanza,	la vida de algún bravo	620
	una víctima grande señalara:::	tal ruina cuesta, pero es ruina todo;	
	Y Brandzen expiró::::: ¡Golpe terrible!	y, cayendo guerreros a millares,	575

digno holocausto fueron a las sombras de <i>Brandzen</i> y <i>Besares</i> .		los siguen, los persiguen, los destrozan, los acaban en fin, y no reposan, y a la lid vuelven que pendiente se halla.	670
La lid por todas partes entretanto es, como aquí, sangrienta, y, como aquí, se aumenta por todas partes el horror y espanto. Asorda el trueno del cañon; su fuego la árida yerba inflama que todo el campo cubre; cunde luego la abrasadora devorante llama, mientras el aire hienden globos ardiendo, que también lo encienden. Pelea el combatiente enfurecido entre el incendio, el humo, la ceniza; y el grito lamentable del herido, la hórrida convulsión del que agoniza, la sangre hirviendo en el ardido campo, los miembros destrozados y lejos de sus troncos arrojados, tal es el cuadro que la lid ofrece; ¿y ya no es tiempo ¡oh Dios! de que ella cese? Basta para triunfar. ¡Qué! ¿La victoria vende tan caramente sus laureles? ¿Dónde costó jamás muertes tan crueles el arrancar sus palmas a la gloria?	625 630 635 640	Llegaron, y al instante disipose la nube que cubría el rostro al sol, que a su zenit subía, nunca más majestuoso, más radiante. De lo más elevado de los aires desciende de repente un trono refulgente, de azul, y de oro, y resplandor velado; armoniosos cantares mil voces celestiales repetían, y las sombras de <i>Brandzen</i> y <i>Besares</i> el pedestal del trono sostenían. Belgrano estaba en él. Su frente orlaba el laurel de la gloria y en su mano brillaba la espada que nos daba la victoria, cuando BELGRANO fue. «Basta de sangre –el héroe prorrumpió– que éste es el día en que, en otro febrero, rendir vio Salta el pabellón ibero, y cubrirse de honor la patria mía: este estrago fatal, este escarmiento es sacrificio a mi memoria digno, y digno de la patria el vencimiento. ¡Argentinos! triunfad.» Dijo, y benigno sobre la sien de ALVEAR en el momento dejó caer el laurel que lo adornaba, y la visión desapareció en el viento. En el medio del campo se entroniza entonces el terror; el brasilero el estrago contempla, se horroriza, y deja el premio del combate fiero a quien lo dio el valor. El argentino también vuelve, y se asombra de mirar a sus pies la horrible alfombra que le dejó la muerte por despojos. Ella su vista en el estrago ceba; y, no bien satisfechos sus enojos, por sobre muertos su carroza lleva.	675 680 685 690 695 700 705 710
Y en medio del estrago ¿adonde está el guerrero cuya presencia triunfa, cuyo amago pavor infunde al enemigo fiero, y cuyo brazo el genio de la guerra armara él mismo del fulmíneo acero, para que hiciera estremecer la tierra? ¿Lavalle dónde está? Cual raudó viento que arrebató en furioso torbellino cuanto encuentra en su paso, y que, violento, derribando no más, se abre camino: o cual de la alta cumbre de repente, las desquiciadas rocas arrastrando, rápido se despeña algún torrente, y a los llanos con ímpetu bajando, todo arranca en su curso, todo arrasa, y sobre ruinas espumoso pasa; así Lavalle y su escuadrón valiente atropellan, derriban este día a todos los que hubieron la osadía de ponerse insensatos a su frente; muy más allá del campo de batalla	650 655 660 665	<i>Soler, Mancilla, Lavalleja, Iriarte, Laguna, Paz, valiente Olavarria,</i> ¡cuánto os debió la patria en este día en que alzasteis triunfante su estandarte, sirviendo con honor a su venganza!	715

Y tú también, incontrastable <i>Oribe</i> , el debido tributo de alabanza de la justicia y la amistad recibe.		de su lumbre divina, triumfante, de ambiciosos respetada, libre, rica, tranquila, organizada,	735
Ni tampoco tu nombre en el olvido debe quedar, <i>Vilela</i> , sepultado:	720	ya brilla la República Argentina. ¡Ilustre general! ¡Oh, si mi verso al del cisne de Mantua se igualara!	
tú al campo del honor has conducido pacíficos vecinos, que al soldado dieron grandes ejemplos de bravura, cual si en la escuela de la guerra dura	725	se extendiera tu gloria y lo llenara!	740
educado se hubieran y a sus horrores avezados fueran.		Pero admite entretanto de mi cansada Musa el débil canto; que el día llegará que el aire rompa la voz del genio a quien Apolo inspira;	
¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras que en el campo formáis son hoy la patria; sólo cubren su honor vuestras banderas.	730	y, desdeñando ya la humilde lira, tal vez empuñará sonora trompa el que cantó exaltado	745
Hija de la victoria, ya de lejos os saluda la paz, y a los reflejos		<i>aquella ingrata noche había pasado.</i>	

Notas:

5

Joven terrible, rayo de la guerra, espanto del desierto, cuando vuelves triunfante a nuestra tierra, del negro polvo de la lid cubierto, te saluda la patria agradecida;	5	en la orilla feliz del argentino. Desde entonces la espada fulminante, en sostén de la patria que elegía, cual hijo de la patria el más amante,	20
y la campaña rica, que debe a tu valor su nueva vida, tus claros hechos y tu luz publica.		Y mientras tanto, el bárbaro indomable, el indio rudo, habitador del yermo, con estrago espantable	
¡Gloria al valiente <i>Rauch</i> ! Suelo extranjero su cuna vio mecer; del Rhin helado	10	por toda la comarca discurría, y su rencor antiguo, inaplacable, de horfandad y miseria la cubría.	25
fueron las aguas que bebió primero: amó la libertad, y abandonado con noble intrepidez a su destino, vino por medio de la mar furiosa a defender las aras de la diosa	15	Tal como alguna vez de la montaña se lanza a la llanura de repente con estrépito horrísomo el torrente, y retiembla a lo lejos la campaña,	30

y arrebatan las ondas victoriosas
 el pastor, el ganado, la cabaña,
 las mieses y las vides pampanosas;
 o como suele con silbido horrendo
 el huracán pasar, y donde pasa
 todo se precipita con estruendo,
 todo envuelve en su vórtice y lo arrasa;
 el salvaje feroz, no de otro modo,
 en bandas tumultuosas se lanzaba
 del fondo del desierto,
 y nuestros ricos campos inundaba.
 A la piedad y a la ternura muerto
 su corazón ferino, y abrasado
 de la sed de rapiña y de matanza,
 el brutal indio, rudamente armado
 del fuego, de la flecha y de la lanza,
 volaba en el alípedo caballo,
 derramando a torrentes su venganza.

A la pálida luz de opaca luna
 que vaga en la alta noche entre celajes,
 arremetían sin barrera alguna
 las sanguinarias hordas de salvajes;
 y el hórrido alarido,
 la súbita algazara, interrumpían
 el sueño fementido
 en que, confiados en la paz, yacían
 del campo los tranquilos moradores.
 ¡Ese era el sueño precursor de muerte!
 ¡Era el último sueño! Los amores
 tal vez de la consorte y las caricias,
 al lecho humilde de la humilde choza
 lo hicieron descender entre delicias:
 ¿y despertará de él miserable
 para caer en brazos de la esposa,
 exánime, sangriento, moribundo,
 verla insultar por un salvaje inmundado
 con brutal osadía,
 y espirar en tan bárbara agonía?
 Sí, que ya el fuego estallador devora
 los apacibles lares;
 y el temblón viejo, que abrigado mora
 allá en los más recónditos hogares,
 atravesado el descarnado pecho
 de saeta homicida,
 lanzó el cansado aliento por la herida;
 en tanto que del lecho inmaculado
 arrebatada con brazo ensangrentado

a la intacta doncella
 otro bárbaro atroz, y la destina
 para esclava de torpe concubina, 80
 sin apiadarse al llanto de la bella.
 35 ¿Y tan crueles horrores,
 sin levantar la diestra al escarmiento,
 impunemente cometer dejamos?
 La riqueza adquirida con sudores, 85
 la población del campo y su ornamento
 40 se roba, se destruye, ¿y no vengamos
 el repetido ultraje
 sobre la vida del feroz salvaje?
 ¡Qué mengua! ¡Qué vergüenza! Rauch no pudo 90
 más tiempo tolerarla: concitando
 45 las huestes valerosas de su mando,
 juró humillar al bárbaro inclemente
 y descendió al desierto de repente.
 Ágil muy más que el indio y atrevido 95
 como feroz aquél, pisa el soldado
 50 el terreno hasta entonces oprimido
 sólo de planta bárbara, y dejado
 en inculta aridez. La turba impía
 que arrebató en trofeo mil cautivas, 100
 entre alaridos, en lugar de vivas,
 55 llegaba ya a la tosca *toldería*
 y de pingüe ganado rica presa
 entre sí dividía
 sin cuidado y temor. Mas la sorpresa 105
 fue mayor que el placer, cuando improvisó
 60 como en día sereno
 suele estallar tal vez el ronco trueno,
 sintieron a sus pies temblar la tierra,
 al repetido golpe de la planta 110
 del cuadrúpedo amigo de la guerra,
 65 que furioso sobre ellos se adelanta;
 y el jinete, vibrando el limpio acero,
 y *Rauch* de su legión a la cabeza,
 arremeten con ímpetu más fiero, 115
 con más estrago, con igual presteza,
 70 que cuando el rayo las esferas hiende
 y cuanto encuentra en su carrera enciende.
 ¡Pudo llevarse al fin el escarmiento
 a los inmensos llanos 120
 que habitan los salvajes inhumanos!
 75 ¡A tanto alcanza el bélico ardimiento!
 Pudo llevarse, al fin, por vez primera,
 y de playa extranjera

vino a las nuestras un guerrero experto a exterminar la raza carnícera de los tigres feroces del desierto.	125	ruedan moles ingentes por la sierra al empuje del bárbaro arrojadas. Toda retumba en derredor la tierra al estruendoso golpe de la roca	155
Reliquias de la inmensa muchedumbre escapar logran del tremendo estrago, y, atravesando de la sangre el lago, escalan fugitivas la alta cumbre de la helada montaña, que domina soberbia la campaña. En la fragosa altura recobrados un tanto del susto, del pavor y del espanto, creyeron su existencia ya segura. Intentan la defensa nuevamente con tosco ardid de inusitada guerra, cual el que allá, en la infancia de la tierra, la natura tal vez al combatiente primero le enseñó: pero el valiente que conducía <i>Rauch</i> a la victoria, arredrarse no sabe, ni abandona las sendas de la gloria. Con firme pie, por la pendiente grave de la cuesta fragosa, la legión animosa con el rayo en la mano se aproxima, y mientras tanto, desde la alta cima, con estruendo espantoso despeñadas,	130 135 140 145 150	pero el fuerte soldado entre la dura lluvia se abalanza, y, venciendo el peligro denodado, el plomo, al cabo, del mosquete lanza; y luego, luego en la enemiga altura pone el pie vencedor y largos bajan los arroyos de sangre a la llanura. ¡Gloria al valiente <i>Rauch</i> ! ¡Gloria a los bravos que por la gloria y el honor trabajan y a tan heroica empresa lo siguieron! ¡Redención a los míseros esclavos que tantos años en dolor gimieron! ¡Y paz a la campaña! Su riqueza no será ya la presa del ávido salvaje que asolaba cuanto su furia bárbara encontraba; y el labio virginal de la doncella cantará los loores del guerrero a quien debe sus amores, y el padre anciano las caricias de ella.	160 165 170 175
	1827		

Notas:

5. En AP, pp. 804-812.

v. 102. [*N. del a.*] *Toldería*: Éste es el nombre que se da a las informes chozas de cuero en que habitan los salvajes.

6

EL VEINTE Y CINCO DE MAYO DE 1838, EN BUENOS AIRES

«Ya raya la aurora del día de mayo: salgamos, salgamos a esperar el rayo que lance primero su fúlgido sol. Mirad, todavía no asoma la frente, pero ya le anuncia cercano al oriente de púrpura y oro brillante arrebol. Mirad esas filas, el rayo, el acero, los patrios pendones, la voz del guerrero al salir el astro saludo le harán:	5	de párvulos tiernos inocente coro alzará a los cielos el canto sonoro y todas las madres de amor llorarán. Por los horizontes del río de Plata el pueblo en silencio la vista dilata buscando en las aguas naciente fulgor; y el aire de vivas poblarase luego cuando en el baluarte con lenguas de fuego anuncie el momento cañón tronador,	10 15

cándida y celeste la patria bandera
sobre las almenas será la primera
que el brillo reciba del gran luminar:
y ved en las bellas cándida y celeste
como la bandera la nítida veste
en gracioso talle graciosa ondear.
Yo he sido guerrero: también ha postrado
mi brazo enemigos: me le ha destrozado
la ardiente metralla del bronce español.
No sigo estandartes inútil ahora,
pero tengo patria... Ya luce la aurora
y seré dichoso si miro este sol.»
Así entre extranjeros que absortos oían
y a ver esta pompa de lejos venían,
hablaba un soldado, y era joven yo.
¡Qué mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquellas!
¡Pasaron! ¡Pasaron! Ni memoria de ellas
consiente el tirano que el mando robó.
¡Ay! sella tus labios, antiguo guerrero,
y no hables ahora si ansioso extranjero
la gloria de Mayo pregunta cuál es!
¡Sí, sella tus labios, reprime tus iras,
¡ah! no te desprecien los hombres que miras,
espera los días que vendrán después!
¡En vano se abrieron de oriente las puertas!
¡Cómo en negra noche, mudas y desiertas
las calles y plazas y templos están!
Sólo por escarnio de un pueblo de bravos,
bandas africanas de viles esclavos
por calles y plazas discurriendo van.
Su bárbara grita, su danza salvaje
es en este día meditado ultraje
del nuevo caribe que el sur abortó.
Sin parte en tu gloria, nación Argentina,
tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
en su enojo el cielo tal hijo te dio.
Feroz y medroso, desde el hondo encierro
do temblando mora, la mano de hierro
tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.
Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
los hombres de Mayo son hombres de crimen
para este ministro del genio del mal.
Sin él *patria, leyes, libertad* gritaron,
sin él valerosos la espada empuñaron,
rompieron cadenas y yugo sin él.
Por eso persigue con hórrida saña
a los vencedores de su amada España

y en el grande día la vengra crüel.
El Plata, los Andes, Tucumán hermoso,
y Salta y el Maipo y el Perú fragoso
¿le vieron acaso pugnar y vencer?
Vilcapugio, Ayuma, Moquegua, Torata
donde la victoria nos fue tan ingrata,
¿le vieron acaso con gloria caer?
A fuer de cobarde y alevé asesino
espiaba al momento que al pueblo argentino
postrado dejara discordia civil.
Y al verle vencido por su propia fuerza
le asalta, le oprime, le burla y se esfuerza
en que arrastre esclavo cadena servil.
¡Oh Dios! No supimos vivir como hermanos,
de la dulce patria nuestras mismas manos
las tiernas entrañas osaron romper:
¡Y por castigarnos al cielo le plugo
hacer que marchemos uncidos al yugo
que oscuro salvaje nos quiso imponer!
¿Y tú, Buenos Aires antes vencedora,
humillada sufres que sirvan ahora
todos tus trofeos de alfombra a su pie?
¿Será que ese monstruo robártelos pueda
y de ti se diga que sólo te queda
el mísero orgullo de un tiempo que fue?
¿Qué azote, qué ultraje resta todavía,
qué nuevo infortunio, cara patria mía,
de que tú no seas la víctima ya?
¡Ah, si tu tirano supiese siquiera
reprimir el vuelo de audacia extranjera
y vengar insultos que no vengará!
De Albión la potente sin duro castigo,
del Brasil, de Iberia bajel enemigo
la espalda del Plata jamás abrumó.
¡Y hora extraña flota le doma, le oprime,
tricolor bandera flamea sublime,
y la azul y blanca vencida cayó!
¿Qué importa al perjurio tu honor o tu afrenta?
Los heroicos hechos que tu historia cuenta,
tus días felices, tu antiguo esplendor.
Deslumbran su vista, confunden su nada,
y el bárbaro intenta dejar apagada
la luz que a los libres en mayo alumbró.
Tú, que alzando el grito despertaste un mundo
postrado tres siglos en sueño profundo
y diste a los reyes tremenda lección,
¿de un déspota imbécil esclava suspiras?

¡Eh! contra tu fuerza ¿qué valen sus iras?
 ¿No has visto a tus plantas rendido un león?
 ¡Hijos de mi patria, levantad la frente 115
 y con fuerte brazo la fiera inclemente
 que lanzó el desierto, de un golpe aterrad!
 Lavad vuestra mancha, valientes porteños,
 y mostrad al mundo que no tiene dueños
 el pueblo que en mayo gritó libertad. 120

Notas:

6. En AP, pp. 814-815.

v. 90. [*N. del a.*] *Col misero orgoglio d' un tempo che fu* dice el vehemente Manzoni en uno de sus coros.

v. 114 [*N. del a.*] Alusión al último verso de la primera estrofa del himno nacional argentino.

7

DE MI MUERTE

Ora benigno me dilate el cielo estos momentos que llamamos vida, ora le plazca que el presente sea mi último día;		Tiemble el malvado que evitar pudiendo llanto y dolores, corazón de piedra, al afligido que a su vista gime, bárbaro muestra.	
bien me acostumbre la dolencia larga a ver de lejos que la muerte llega, bien como rayo que improviso hiere, súbito venga;	5	Torpe calumnia que mi vida amarga. fiero me pinta con colores negros; y el pecho blando que me dio natura finje de acero.	25
ya me arrebate del festín alegre, entre los brindis del ligero Baco, ya cuando, a solas, de mi patria lloro triste los hados;	10	Mas como el numen que al mortal espera en las regiones donde no se miente, no me hará cargo de dolor ajeno, mi alma no teme.	30
sin que me aflija roedora duda bajaré impávido a la eterna noche y las riberas pisaré tranquilo del Aqueronte,	15	¡Oh cielo! escucha mi ferviente voto y no me niegues lo que sólo ruego para el momento en que la tumba helada me abra su seno.	35
iré a presencia de mi juez severo sin ese miedo que al impío turba; que por mi causa no corrió en la tierra lágrima alguna.	20	Primero muera que mi tierna esposa, muera primero que mis dulces hijas y, moribundo, con errante mano pulse la lira.	40

Montevideo, 1830.

Notas:

7. En AP, p. 816.

ÍNDICE
AMÉRICA POÉTICA

HIDALGO, Bartolomé.....	7
1. Diálogo patriótico interesante,. entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las islas del Tordillo y el gaucho de la Guardia del Monte	8
2. Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano, de todo lo que vio en las fiestas mayas en Buenos Aires, en el año 1822.....	14
INURRIETA, Manuel	18
1. La cadena de pelo. (Satisfacción a una dama)	18
2. La que vi en el baile. (Inédita)	18
IRISARRI, Hermógenes	20
1. A una mujer.....	20
2. El poeta. (Fragmentos)	22
3. A Lice.....	23
4. Pensamientos. Canto sáfico	25
LAFINUR, Juan Crisóstomo.....	28
1. A la muerte del general don Manuel Belgrano. Canto fúnebre.....	28
2. A la muerte del general don Manuel Belgrano. Canto elegíaco	30
3. A la oración fúnebre, que en la iglesia Catedral de Buenos Aires fue pronunciada por su prebendado doctor don Valentín Gómez, en las exequias del general don Manuel Belgrano. Oda	32
4. A una rosa. (Soneto)	33
5. Brindis en un convite patriótico.....	34
LAFRAGUA, José María.....	35
1. Iturbide	35
CASTILLO Y LANZAS, Joaquín M. de.....	42
2. Una revolución.....	42
3. A la señorita doña... en sus días	43
4. El patriotismo.....	44
5. La victoria de Tamaulipas. Canto.....	44
6. La Grecia. (Byron)	60
7. La oración. Traducción del inglés de la señora Hemans	61
LILLO, Eusebio.....	62
1. Introducción a una leyenda titulada «Loco de amor»	62

2. Las flores. En el álbum de la señorita...	64
3. El junco.....	65
4. El ángel y el poeta. (Fantasía)	68
LÓPEZ Y PLANES, Vicente	73
1. Los oficiales de la Secretaria del soberano Congreso a la patria, en la victoria de Maypo. Oda.....	73
2. Marcha nacional argentina.....	75
LOZANO, A.	77
1. Mi adiós a Puerto Cabello	77
2. A Caracas.....	78
3. A.....	80
4. Bolívar	82
5. Ayes del corazón.....	85
6. A Villapol	87
7. Un recuerdo de Puerto Cabello. El mangle.....	89
8. Un canto y una lágrima. Al desgraciado joven autor de <i>El harpa del proscripto</i>	91
9. Napoleón	92
10. América.....	94
LUCA, Esteban.....	96
1. A la victoria de Chacabuco. Oda.....	96
2. Al triunfo del vicealmirante Lord Cochrane, sobre el Callao el 6 de diciembre de 1820.....	98
3. Canto lírico a la libertad de Lima.....	100
MADIEDO, M. M.	107
1. El Gualí.....	107
2. La noche.....	108
MADRID, José Fernández.....	110
1. Canción al padre de Colombia y libertador del Perú.....	111
2. La prisión de Atahualpa. Elegía.....	113
3. La muerte de Atahualpa. Elegía.....	114
4. A las banderas de Pizarro remitidas a Bogotá por el Libertador. Soneto.....	116
5. A los libertadores de Venezuela en 1812.....	117
6. A la muerte del coronel Atanasio Girardot, el día de sus exequias fúnebres.....	118
7. Al Libertador, el día de su cumpleaños	120
8. Canción al mismo asunto.....	122
9. A los pueblos de Europa.....	123

10. A la memoria de Porlier y Lacy, el 2 de mayo de 1820.....	125
11. Fragmento de la descripción de una comida en un cafetal.....	127
12. Fragmento de una oda a Iturbide en 1823	128
13. Napoleón en Santa Helena.....	129
14. Al ciudadano Miralla, con motivo de haber sosegado el furor del pueblo el 15 de abril de 1820.....	129
LAS ROSAS.....	130
15. Dedicatoria.....	130
16. Rosa primera. La Inocencia.....	130
17. Rosa segunda. La rosa de la montaña.....	131
18. Rosa tercera. El deleite.....	132
19. Rosa cuarta. El día de Amira.....	134
20. Rosa quinta. La malva-rosa	135
21. Rosa sexta. El orgullo vencido.....	136
22. Rosa séptima. La inconstancia	136
23. Rosa octava. La salud.....	137
24. Rosa novena. A mis madres	138
25. Rosa décima. Mi corona y sepultura.....	139
26. Defensa de la rosa primera.....	140
27. A una amiga.....	141
28. La noche de luna.....	142
29. A mi bañadera.....	146
30. Mucho amor. Canción. Imitación de Béranger.....	147
31. Amira y yo. Canción. Imitación de Béranger.....	148
32. A Desval	149
33. Romance para el álbum de dos señoritas inglesas	150
34. Para el álbum de Mrs. Gil, recién casada	151
35. Pobre de mí.....	152
36. El retrato de Amira	153
37. La hamaca. Canción.....	153
38. Sátira dirigida a mi malogrado amigo el señor José Antonio Miralla, que me había remitido los dos versos siguientes para que me sirviesen de tema para una sátira:	155
39. A Fato que aconsejó al autor que no hiciese versos en el mes de enero por ser tiempo de mucho frío. Epigrama.....	157
40. Con motivo del restablecimiento del poder absoluto en La Habana. Canción..	157
41. A una ceiba de la isla de Cuba. Soneto	158
42. A dos hermanas. Traducción.....	159
43. Sobre la inmortalidad del alma	159

44 . «Los tres reinos de la naturaleza».	
Fragmentos de una traducción del poema de Delille.....	163
MAITÍN, José Antonio	168
1. Canto a Bolívar. Fragmento.....	169
2. A la noche.....	174
3. Jehovah.....	176
4. El ave del valle	177
5. El suspiro.....	178
6. Para un álbum	180
7. Impresiones de teatro.....	181
8. Meditación	183
9. Choroní. (Fragmento).....	185
10. A mi amigo T. E. R.....	186
11. Homenaje a Bolívar. Desahogo patriótico.....	187
12. Al señor José Antonio Maitín.....	190
MARÍN DE SOLAR, Mercedes	192
1. Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales.....	193
2. A la sepultura del señor don Manuel Vicuña, primer arzobispo de la iglesia chilena.....	198
3. Impresiones de la ópera.....	198
MÁRMOL, José.....	201
1. Los trópicos. (Fragmentos de un poema manuscrito: el <i>Peregrino</i>).....	202
2. A Buenos Aires bajo su latitud. (Fragmento del <i>Peregrino</i>).....	204
3. Las nubes. (Fragmento del <i>Peregrino</i>).....	205
4. Los tres instantes	208
5. A Rosas, el 25 de mayo	209
NAVARRETE, Manuel.....	215
1. A Fabio, en la remisión de estas poesías.....	216
2. Las flores de Clorila.....	218
3. Oda I	218
4. Oda II.....	219
5. Oda III.....	220
6. Oda IV	220
7. Oda V	221
8. Oda VI	222
9. Oda VII	222
10. Oda VIII	223

11. Oda IX	223
12. Oda X	224
13. Oda XI	224
14. Oda XII	225
15. Oda XIII	225
16. Oda XIV	226
17. Oda XV	226
18. Oda XVI	227
LA INOCENCIA	227
19. Oda I	227
20. Oda II. La zagaleja	228
21. Oda III. La Simplicidad	229
22. Oda IV. La corderita	230
23. Oda V. El premio	231
24. Oda VI. La tortolita	232
25. Oda VII. El hijo de Venus	233
26. Oda VIII. La fuentequilla	234
27. Oda IX. La Venus de Chipre	235
28. Oda X. Conclusión	236
LA MÚSICA DE CELIA	237
29. Oda I	237
30. Oda II	238
31. Oda III	238
32. Oda IV	239
33. Oda V	240
34. Oda VI	241
35. Oda VII	241
36. Oda VIII	242
37. Oda IX	243
38. Oda X	243
39. Oda XI	244
40. A Clori en el lecho	245
41. A los canaritos de Lisi	246
CUATRO JUGUETILLOS A CLORILA	246
42. Juguetillo I	246
43. Juguetillo II	247
44. Juguetillo III	247
45. Juguetillo IV. El centzontli	248
46. Letrilla. La rosa del valle	249

VERSOS BOLEROS	250
47. I.....	250
48. II.....	250
49. III.....	250
50. IV	251
51. V	251
52. VI	251
53. VII.....	251
54. VIII.....	252
55. IX.....	252
56. X	252
57. XI	253
58. XII	253
59. XIII.....	253
60. A Filis en el campo	253
61. A unos ojos	254
62. Duda amorosa.....	255
63. A un canarito de Celia	255
64. La mañana.....	256
EL AMANTE MÁS FIEL DE LOS PASTORES. ÉGLOGA PRIMERA	258
65. Dedicatoria.....	258
66. Poeta, Mopso, Fenicio.....	258
LA PASTORA MÁS FIEL DE LA CABAÑA. ÉGLOGA SEGUNDA	264
67. Dedicatoria.....	264
68. Poeta, Doris, Filomena	264
DESPÍDESE SILVIO DE CLORI. ÉGLOGA TERCERA	267
69. Silvio, poeta.....	267
LLORA SILVIO LA AUSENCIA DE CLORI. ÉGLOGA CUARTA.....	268
70. Silvio, poeta.....	268
CELEBRA SILVIO LA VUELTA DE CLORI. ÉGLOGA QUINTA.....	270
71. Silvio, poeta.....	270
SONETOS	271
72. Influjo del amor.....	271
73. Recuerdos tristes.....	271
74. A Clorila en tres meses de ausencia.....	272
75. El sueño en el día de Clori	272
76. El ruego amoroso	272
77. Resolución del amor.....	273
78. La separación de Clorila.....	273

79. La triste ausencia	274
80. A la vuelta de Clori	274
81. A Clori en el campo.....	274
82. Las trampas de la cautela.....	275
83. Agradecimiento	275
84. La hermosura.....	276
85. La juventud.....	276
86. Exclamaciones de una mujer celosa.....	276
87. Noche triste.....	277
RATOS TRISTES.....	280
88. Dedicatoria.....	280
89. Rato I. Mi fantasía.....	281
90. Rato II. El destino.....	282
91. Rato III. La persecución.....	282
92. Rato IV. Mi soledad.....	283
93. Rato V. La ingratitud.....	283
94. Rato VI. Mi orfandad.....	284
95. Rato VII. La fuga	285
96. Rato VII. La terminación de mis gustos.....	286
97. Rato IX. La ausencia.....	286
98. Rato X. La esperanza	287
99. Rato XI. El amor extinguido.....	288
100. Rato XII. El remordimiento.....	288
101. Rato XIII. El día de Fileno	289
102. Rato XIV. La libertad.....	290
103. Rato XV. La muerte de Filis.....	290
104. Rato XVI. Mi retiro	291
105. Rato XVII. Mis ensueños.....	292
106. Rato XVIII. Mis padres bienaventurados.....	292
107. Rato XIX. La consunción.....	293
108. Rato XX. Mi difunta hermana	294
109. Rato XXI. La inmortalidad	295
110. Rato XXII. La memoria.....	296
111. A un poetastro	296
112. Del amor	297
113. Peligro del amor pasado. De pronto	297
114. A los ojos de Crisea	297
115. Al mismo asunto.....	298

FÁBULAS.....	298
116. Fábula I. Mis censores.....	298
117. Fábula II. El mosquito.....	298
118. Fábula III. El estanque, el arroyo y Ceres.....	299
119. Fábula IV. La araña, el mosco y la criada.....	299
120. Fábula v. Las dos pájaras.....	300
121. Fábula VI. Los viejos casados.....	301
122. Fábula VII. El dengue.....	301
123. La Divina Providencia. Poema eucarístico dividido en tres cantos.....	302
124. La alma privada de la gloria.....	307
125. Soneto. A nuestro señor Jesucristo en sus tres caídas.....	309
OLMEDO, J. J.	311
1. Mi retrato.....	312
2. A un amigo en el nacimiento de su primogénito.....	315
3. <i>Ensayo sobre el hombre</i> . de M. Pope.....	317
Epístola I. de la naturaleza y estado del hombre con relación al universo.....	317
4. La victoria de Junín. Canto a Bolívar.....	324
5. Al general Flores, vencedor de Miñarica.....	339
6. Soneto. En la muerte de mi hermana.....	343
7. Traducción de la oda xiv lib. i de Horacio.....	344
8. Fragmento del Anti-Lucrecio. (traducción libre del lib. IX v. 771).....	345
9. Para el álbum de la señorita Rosa O. de Zeballos, insigne profesora de música, y de sus dos bellas primas.....	346
ORGAZ, Francisco.....	347
1. Preludios del arpa.....	347
2. Un recuerdo a mi patria.....	348
3. El porvenir de Cuba.....	350
PACHECO Y OBES, Melchor.....	353
1. El cementerio de Alegrete. (En la noche).....	353
PANDO, José María de.....	356
1. Epístola a Próspero.....	357
PARDO Y ALIAGA, Felipe.....	361
1. Al señor don J. J. de Olmedo.....	362
2. A mi levita. Letrilla.....	364
3. Lista de toros. Letrilla.....	365
4. Los paraísos de Sempronio. Letrilla.....	367

5. ¡Qué guapo chico! Letrilla	368
6. La hambre. Letrilla.....	369
7. El ministro y el aspirante. Letrilla	372
8. El día de los elogios. Letrilla	373
9. El ministro. Letrilla.....	374
10. Qué lástima de muchachos. Letrilla.....	376
11. Mi vecinita. Letrilla	377
12. La letrilla y la nota. Letrilla	379
13. ¡Buenas noches! Letrilla.....	380
 PESADO, José Joaquín	381
1. Mi amada en la misa de alba	382
2. La salida al campo.....	384
3. La niña mal casada.....	386
4. A Silvia.....	386
5. La posesión tranquila.....	387
6. El sepulcro de mi madre.....	388
7. Jerusalén	390
Memorias fúnebres.....	398
8. El bien perdido.....	398
9. Los recuerdos	398
10. El ruego.....	399
11. Nueva esperanza	399
 PRIETO, Guillermo.....	400
1. La sonrisa del pudor	400
2. La mujer perdida	401
3. Una nube	403
4. Trova a María.....	407
5. Brindis	408
 QUINTANA ROO, Andrés.....	410
1. Diez y seis de setiembre	410
 RAMALLO, Mariano.....	413
1. Una impresión al pie del Illimani.....	413
2. Inspiración	416
 REAL DE AZÚA, Gabriel Alejandro	418
2. La moda en el escribir.....	419
3. La tempestad y la calma.....	420

4. A Victia.....	421
5. La cita.....	423
6. La campana.....	424
EPIGRAMAS	425
7. A un poeta que usaba de piropos y de frases exóticas	425
8. A un insigne embustero	425
9. A un extranjero, que hablando muy mal el castellano, me pedía que le corrigiera oportunamente	426
10. Respuesta de un vejete.....	426
11. A un tuerto celoso	426
FÁBULAS.....	427
12. El gato delincuente.....	427
13. La gaviota y el canario.....	427
14. La paloma y el milano.....	428
15. El mulo y el león	428
16. La llama y el asno.....	428
17. La rosa.....	429
18. La vizcacha y la chinchilla.....	430
19. La lechuza, la golondrina y el cóndor.....	430
20. El conejo y la zorra	431
21. El sordo.....	431
22. El avestruz y la perdiz.....	432
23. El tigre y el halcón	432
24. El gato médico	433
RIVERA INDARTE, José.....	434
1. El rosario.....	436
2. El rey Baltasar. (Melodía hebraica).....	436
3. Mi promesa. Soneto	438
4. El pájaro del mar	438
5. La doncella loca	439
6. A... en su natalicio.....	440
7. Eulogia Pérez.....	440
8. A.... (Versos escritos en el golfo mexicano)	442
9. La cinta verde	442
A...	442
10. La lechuza.....	443
11. Ojos hermosos llorad por mí.....	444
12. Hojas de una guirnalda.....	445

13. En un álbum.....	446
14. A un agiotista	446
15. Fragmento de un poema a Mayo.....	446
SALAZAR, José María.....	449
1. Canción nacional.....	449
SANFUENTES, Salvador.....	452
1. El campanario. Leyenda nacional en tres cantos	452
TAGLE, Francisco M. Sánchez de.....	490
1. A la Luna en tiempo de discordias civiles.....	490
2. Traducción. de la oda 11, libro II, de las de Juan Bautista Rousseau.....	492
El ruiñeñor	492
VALDÉS, Gabriel de la Concepción.....	494
1. Jicontécal.....	494
2. A mi rival,. después de la muerte de mi amada.....	496
3. Epigrama.....	496
4. Muerte de Gesler.....	497
5. Fatalidad.....	497
6. A Dios. Plegaria	497
VALDÉS, José Manuel	499
1. Salmo VIII. Domine deus noster	499
2. Salmo XVIII. Coeli enarrant.....	500
3. Salmo XXIII. Domini est terra	501
4. Salmo XXVIII. Afferte domino	502
5. Salmo XLVI. Omnes gentes.....	503
6. Salmo LXXXIV. Benedixisti domine	504
7. Salmo LXXXVI. Fundamenta ejus.....	505
8. Salmo CIII. Benedic anima mea	506
VARELA, Florencio.....	509
1. La anarquía.....	509
2. A la hermandad de caridad de Montevideo	511
3. La concordia	514
4. Al bello sexo oriental	516

VARELA, Juan Cruz.....	518
1. A don Ramón Díaz, con ocasión de la muerte de su hermano doctor don Matías Patrón, acaecida en Córdoba el 6 de enero de 1822, a los 38 años de su edad.....	519
2. Al incendio de Cangallo.....	523
3. La preocupación.....	524
4. Triunfo de Ituzaingó. Canto lírico.....	526
5. Al coronel don Federico Rauch.....	534
6. El veinte y cinco de mayo de 1838, en Buenos Aires.....	536
7. De mi muerte.....	538



Entre febrero de 1846 y mediados de 1847, una serie de fascículos circuló por distintos puntos de Sudamérica bajo el título de *América poética*. Representa el primer intento de un panorama abarcativo de la poesía escrita en los países de Hispanoamérica después de sus respectivas independencias. Reunidos, esos cuadernos conforman la *América poética. Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*.

Esta empresa monumental reúne 53 autores de 11 países, 455 composiciones. Poetas de las escuelas romántica y clásica cantan a la libertad, a los amores, a la historia compartida y a una naturaleza recuperada y pródiga, a la potencia simbólica de los climas y la diversidad de la gente y sus labores. Se trata del proyecto bibliográfico más contundente del siglo XIX. Su autor, Juan María Gutiérrez (1809-1878) –intelectual argentino por esos años exiliado en Chile–, funda un corpus continental para estimular la obra por venir, que publicite y enaltezca la literatura americana frente a los españoles y los prejuicios del viejo mundo. Pero también, sobre todo, que sea del gusto y provecho de la naciente cultura local, tan necesitada de *invención* como la América misma.

La presente edición proyecta ese gesto hacia el presente: un estudio preliminar reconstruye el horizonte político-cultural en que la obra surgió, mientras un tratamiento crítico cuidadoso devuelve los textos –cotejados y revisados– a la conversación viva de la cultura contemporánea.



UNAM
SAN ANTONIO



Biblioteca
Arte & Cultura
UNAM San Antonio